



Todos los naufragios

Laura Castañón



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 37
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82

Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115

Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Capítulo 119
Capítulo 120
Capítulo 121
Capítulo 122
Capítulo 123
Capítulo 124
Capítulo 125
Capítulo 126
Capítulo 127
Capítulo 128
Capítulo 129
Capítulo 130
Capítulo 131
Capítulo 132
Capítulo 133
Capítulo 134
Capítulo 135
Capítulo 136
Capítulo 137
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Gregorio y Onel son dos amigos que han crecido juntos en Nozaleda, pueblo que recrea una villa vecina a Gijón en las primeras décadas del siglo XX. Pertenecientes a dos familias (Santaclara y Los Forquetos) que encarnan dos modos diferentes de entender el orden de las cosas, la vida les llevará a cada uno por su camino sin que nunca se separen del todo. La llegada de la Guerra Civil y la victoria del fascismo marcará su destino y supondrá el fin de su mundo.

Todos los naufragios es una historia de amores prohibidos. Cuenta la vida de unos personajes que se enredan indefectiblemente con el tiempo que les ha tocado vivir y nos sumergen sutilmente en la convulsa historia de la primera mitad del pasado siglo. Una novela sobre el poder de la amistad, de los temores, de la forma en que la ausencia dicta destinos y de las ataduras, en definitiva, de las vidas sobre las que, para bien y para mal, acecha la sombra de un pasado que siempre acaba regresando.

Todos
los naufragios

Laura
Castañón

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1472

*Para los míos, por
quienes soy.*

*Y, sobre todo, para
Sofía y Sergio, que son mis
mejores libros porque ellos
crean y escriben
los argumentos de su
existencia.*

No hay naufragio mayor que el de mirar y no verte.

SUBURBANO

La Habana, marzo de 1946

Querido amigo:

Siento de todo corazón ser portadora de malas noticias, que usted habrá podido adivinar al ver el sobre ribeteado en negro, que siempre anuncia un luto...

Sé que el dolor que siento en mi corazón por la muerte de mi hijo no será menor que el que le procurará a usted saberlo. Tengo constancia de cómo era de fuerte la amistad que les unía.

Quiero que sepa que mi hijo falleció atropellado por un automóvil justamente cuando se dirigía a las oficinas de la naviera para comprar el billete que lo llevaría de vuelta a España ahora que la guerra europea ha terminado. Tenía tanta ilusión por viajar y por encontrarse con usted...

Podría culpar al destino, pero no voy a hacerlo. Toda mi vida ha sido un constante juego de gato y ratón, como si la casualidad se burlara de mí o me hubiera convertido en marioneta de sus caprichos. Su última jugarreta, llevarse a mi hijo después de haberlo devuelto de la muerte, no deja de ser otra burla cruel.

Ahora que mi hijo ya no está, no puedo evitar sentir envidia de usted, que tantos años compartió con él, del mismo modo que sé que usted sentirá envidia de mí por haber sido compañía y testigo en estos últimos y valiosos años. Si mi salud no fuera tan quebradiza ya, creo que me gustaría viajar a España y recorrer a su lado los paisajes y los escenarios que lo vieron crecer, reír y también morir por primera vez. Entre los dos podríamos completar el rompecabezas de su vida, porque se llevó consigo los secretos que creyó oportunos. Tal vez los que más me duelen sean aquellos que prometió contarme desde España, y que se completarían con su regreso, que tenía previsto para varios meses más tarde. Lo haré acompañado, me dijo, ahora no puedo contártelo, pero te hará muy feliz. Eso me hace sospechar la existencia de tal vez una novia o algo parecido, aunque él nunca quiso hablar de nada al respecto. ¿Tal vez podría usted

aclararme ese extremo?

No sé si le servirá de consuelo: Quizá la gratitud por ese tiempo compartido, el recuerdo de su imagen y su risa, le procure un bálsamo que yo trato de aplicarme agradeciendo el reencuentro y los pocos años que pude disfrutar de él. Puedo asegurarle que, aunque mi corazón está triste, su recuerdo y la inmedible felicidad del encuentro me han dado argumentos suficientes para esperar a la muerte con esperanza.

Suya afectísima,

C. L.

2

Gregorio Santaclara nunca pudo olvidar, a pesar de que tenía cinco años escasos, la tarde de julio que su padre lo llevó a conocer el cinematógrafo al Salón Luminoso del paseo de Begoña. Esto es el futuro, le dijo, este será el siglo de las máquinas y de los inventos, y tú, Goyito, tú vas a crecer en este siglo, y quién sabe qué adelantos no llegarás a conocer. Por lo pronto, tú vas a estudiar, no como tu padre. Como el tío, entonces, dijo el niño con los ojos fijos en las brillantes gotas de sudor justo en el instante de romperse y hacerse diminutos riachuelos, que su padre eliminaba de su rostro rubicundo con un pañuelo que volvió a doblar primorosamente tras la operación. No, como tu tío no, el tío es cura, tú estudiarás de verdad: cosas de ciencia y de números, nada de latines, ni de rezos, que por tanto rezar este país no termina de salir de su atraso. Pero ahora las cosas serán distintas, fíjate bien en lo que vas a ver, porque esto es muy importante, esta es la prueba de que vienen tiempos de progreso.

Gregorio se quedó muy impresionado con aquellas palabras, aunque no las entendió del todo, y desde el regazo de su padre, rodeados de una multitud de gijoneses y veraneantes inquietos y expectantes, consiguió sobreponerse al susto que le dio que se apagaran las luces y todo quedara a oscuras salvo un cuadrado en la pared en la que empezaron a aparecer unas figuras que se movían para regocijo general de un público que chillaba con entusiasmo: ¡La finca de Bustillo! ¡Eso ye Somió, ho!, para llegar al paroxismo: ¡Coño, Pilonga! ¡Y Rigueletu!, entre carcajadas que celebraban, con la exageración propia de quien acude a un espectáculo que garantiza la diversión, que un

grupo de policías terminara por hacer caer al río Piles, con gran profusión de esparavanes, a personajes locales muy conocidos mientras perseguían a los ladrones de fruta.

Con los años, Gregorio, el único hijo varón de Honorino Santaclara, dueño de gran parte de la parroquia de Nozaleda, no podría separar el cine de la irrevocable decisión de su padre de verlo convertido en un hombre de ciencia, en un firme defensor del progreso, en un médico como lo había sido —además de periodista, concejal y efímero alcalde— don Eladio Carreño, por quien Honorino sentía gran admiración y respeto.

A pesar de que Clemenciano Santaclara, el tío cura de Gregorio, no se cansaba de decirle a su hermano que solo Dios era dueño de los destinos de los hombres y no podía considerar una señal aquella majadería de que el niño hubiera nacido justo la noche en que se asaltó a pedradas, con gritos contra la guerra, la comandancia de la Guardia Urbana, durante la concentración de reclutas que debían incorporarse a filas, lo que era lo mismo que incorporarse a la guerra de Cuba, Honorino no se quitaba de la cabeza que cuando volvía a su casa de la aldea con la impresión de los desórdenes, había tenido la convicción de que el hijo que había nacido en su ausencia, justo durante el motín, traía consigo la promesa de un tiempo nuevo, de progreso, de ciencia, de razón. Había acompañado a Tomás y Amparo, dos de las personas que llevaban trabajando desde que él podía recordar en su casa. Habían ido a despedir a Canor, el hijo pequeño del matrimonio, que había entrado en quintas y se embarcaría con destino a la guerra, y con el motín que se había formado ni habían podido verlo. De hecho, parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Amparo, enhebrando el desconsuelo con los silencios, no había dejado de llorar en todo el trayecto de vuelta y, aunque no había dicho nada, porque sabía que el señor era buena persona y siempre los había tratado muy bien, no podía apartar de su corazón ni de su cabeza que ninguno de los Santaclara había tenido que ir a servir al rey, porque el mundo era así, si tenías dinero, te librabas, y si no, contribuías con sangre. Lo que no sabían ni Tomás *el Forquetu*, ni Amparo, aparte del destino que Canor se estaba fraguando en aquel mismo momento, era que hasta el último instante Honorino Santaclara había estado tentado de efectuar el pago para evitar que el chico,

fuerte y listo, tuviera que marcharse al servicio, y solo lo había frenado el temor a la mirada reprobadora de su mujer, que no hubiera dudado en hablar con el cuñado cura de la extravagancia de aquel hombre que, definitivamente, no sabía estar en su sitio.

—Toda la culpa es del Ateneo Obrero, ese nido de los demonios —decía Clemenciano siempre haciendo chasquear los nudillos de sus dedos en una maniobra que a Honorino lo sacaba de sus casillas—, nada bueno puede aprenderse ahí, Honorino, os llenan la cabeza con ideas contrarias a la religión, y de ahí qué vas a sacar, nada bueno, ni temor de Dios, ni nada, qué necesidad tienes tú de ir ahí, si ya sabes leer y las cuatro reglas. Además, tú no eres un obrero, a ver qué pintas tú con esa colección de blasfemos y ateos, con los de la fábrica de Tabacos, o los de La Asturiana, o los obreros de la fábrica de vidrio de los de Truan. Si supieras algo del latín que tanto te gusta denostar, podrías entender el origen de las palabras y sabrías la diferencia entre proletario y propietario. Tú serás aldeano, pero propietario, no tienes nada que ver con todos esos de las blusas y las boinas.

Del mismo modo que el padre de Gregorio nunca consideró necesario que ninguna de sus dos hijas aprendiera más allá de lo que la maestra de la escuela les había enseñado en sus primeros años, no perdió de vista ni un instante la instrucción de su vástago varón. Por eso, aunque las personas que frecuentaba en el Ateneo Obrero no se lo recomendaban, como la oferta alternativa tampoco le convencía demasiado, lo envió a los jesuitas, que se habían instalado un par de décadas atrás en la ciudad, hasta que llegó el momento de iniciar la andadura universitaria en Valladolid, es decir, el momento de convertirse en el hombre por el que, en la penumbra del Salón Luminoso, ambos comprometieron su empeño mientras unos rateros hacían de las suyas con espasmódicos movimientos y aparatosos golpes y caídas en la pantalla de aquel invento que señalaba que un tiempo nuevo y un futuro imprevisible se escribía en las líneas secretas de los días.

3

Tuvieron que pasar casi ocho años para que hubiera noticias de Canor, a quien sus padres habían dado por muerto.

Estaba vivo.

Lo confirmó Honorino Santaclara, que leyó la carta de Canor en voz alta, y tres veces nada menos, porque Amparo así se lo suplicó, incapaz de ahuyentar ni con la primera lectura, ni con la segunda, la sombra que habitaba su corazón desde que concluyó que su hijo pequeño estaba muerto, y ellos (el poder, la Guardia Civil, el ejército, los del ayuntamiento, los curas), que sin duda tenían que ver con esa circunstancia, se empeñaban en contarle una mentira que no solo los eximía de su responsabilidad, sino que, además, atribuía al propio Canor la condición de verdugo de las esperanzas de sus padres.

La carta no era muy larga, pero en ella se decía lo sustancial: sin aclarar demasiado de qué modo había burlado su incorporación al ejército, hacía una reconstrucción somera de lo que habían sido aquellos años, pasando por alto las dificultades de los primeros tiempos y explayándose en su situación actual: parecía que las cosas le iban bien, y ello se debía a que se había puesto al servicio de un coruñés particularmente espabilado que ya llevaba muchos años en La Habana, y de él había aprendido todo cuanto necesitaba saber acerca del impensable —para un chico acostumbrado únicamente a tratar con bueyes y con maíz— mundo de las antigüedades, las bibliotecas y el arte. Informaba también a sus padres de que pensaba volver el siguiente verano y que lo haría acompañado por su esposa, una sobrina del gallego que lo había acogido bajo su protección y con la que acababa de casarse. Lo que ya les

resultó más difícil de entender aún en aquel mar de confusión que acababa de anegarles el entendimiento, fue una frase que Honorino hubo de leer una vez más por petición de los padres, en la que mencionaba que también llevaría consigo a su hijo Onel. Todavía con el estupor de conocer que Canor seguía vivo, trataban de hacerse a todas las novedades que, como una avalancha de información, los había aturcido. Pero en medio de todo ello, algo no terminaba de encajar en su cabeza, tan habituada a que las sumas fueran sencillas y los acontecimientos siguieran un orden. Si acababa de casarse, cómo era que tenía un hijo, que además se llamaba de un modo tan raro... Finalmente, Canor anunciaba sorpresas para cuando volviera el verano siguiente, recomendaba a sus padres que se cuidaran mucho, se interesaba por sus hermanos, y les pedía que no dieran demasiada publicidad a las noticias que acababa de suministrarles, porque, aunque tenía entendido que su desertión ya podría haber prescrito, cuanto menos se supiera, mejor.

4

Cachita Lavín era hija de Estela, una actriz española que había triunfado en la provincia de Cienfuegos representando papeles dramáticos en el teatro Avellaneda, hasta que el incendio que lo arrasó condujo sus pasos hacia la capital, donde el éxito se le resistió lo suficiente como para acabar haciendo pequeños papeles en zarzuelas en el Albisu y aceptando requerimientos de espectadores atildados, cuya generosidad, directamente proporcional a su edad, le permitió ir sobreviviendo y sacando adelante a los hijos que constituían un catálogo de tonalidades entre el blanco y el negro, resultado de los caprichos de la genética y de la variedad en el origen de los padres. Fue por culpa de alguno de ellos, aunque las cosas nunca llegaron a mayores, por lo que Cachita conoció desde bien temprano la fascinación que ejercía sobre los hombres, y supo aprovecharla para sacar adelante la profesión que con mucho menos de la mitad del talento interpretativo de la madre, pero con el atractivo inconfundible y juncal del padre —un negrito dulce, con el ritmo de la isla en el cuerpo y los labios cálidos como brasas que había vuelto del revés a Estela poco antes de desaparecer con una *vedette*, vallisoletana como la propia Estela, que se lo llevó con ella en su vuelta a la madre patria—, pronto la colocó en el punto de mira de los caballeros que frecuentaban a su madre.

Cachita Lavín sabía, pues, moverse. Tenía un talento natural para encontrar el ritmo, y, una vez que lo pillaba, como si alguien le hubiera puesto en los dedos unos polvos mágicos que distribuía en torno a sí, ejecutaba con una precisión que superaba los límites de la perfección cualquier coreografía

impuesta o inventada sobre la marcha, de modo que contemplarla era asistir a algo parecido a un milagro, que se convertía en maldición en cuanto se incorporaba cualquier fragmento que en la obra exigiera la concurrencia de la voz. Cachita cantaba como un pato, no tenía ni la más remota posibilidad de afinar siquiera por error. Y, además, como lo sospechaba (y como se lo decía cualquier director, generalmente entre gritos), ponía tanto empeño en hacerlo bien que su voz sobresalía entre las demás. La solución había sido pedirle que hiciera movimientos con la boca, como si estuviera cantando, y alguien habría pensado que era en ese momento y no en otro en el que se inventaba el *playback*, aunque no esté documentado en ninguna parte. Pero eso tampoco mejoraba las cosas: se esforzaba tanto para que pareciera que cantaba que la gesticulación que imprimía a su rostro convertía en grotesca cualquier actuación suya.

Así las cosas, nunca tuvo demasiadas posibilidades de hacer carrera en el mundo del espectáculo, porque tampoco tenía buena memoria para los textos y, además, todo lo pronunciaba con la misma entonación cantarina con que saludaba al día o discutía las decisiones, y todo aquello que no fuera bailar, todo aquello que no fuera hacer de su cuerpo la ceremonia del deseo y la concupiscencia, excedía a la capacidad artística que los genes habían depositado en su ADN. Sus días en el Albisu fueron escasos, pero pronto fue reclutada como bailarina que hacía un número en solitario en los entreactos de cualquier función que se representara en el Alhambra, de modo que un público fiel, entregado y en general rijoso, acudía sistemáticamente aunque fueran sainetes, la especialidad del Alhambra, que ya habían visto una docena de veces, solo por ver las piernas bruñidas, por el escote prometedor, por la curva que dibujaba su cadera, por el movimiento hipnotizador de sus brazos, solo por ver a Cachita Lavín, la criolla que también embrujó a Canor.

Canor se enamoró de Cachita, sin embargo, sin saber que era bailarina y sin adivinar siquiera qué asombro de piernas se ocultaba bajo sus faldas largas, que parecían corrientes, aquella mañana en que ella entró en la tienda de antigüedades de Camilo Naveira con un reloj de bolsillo de caballero, y que según ella había pertenecido a su abuelito, dispuesta a conocer cuánto podría obtener por él. Y a que se le hiciera efectivo, a ser posible cuanto

antes. Ese tipo de transacción excedía del conocimiento, la pericia y sobre todo la agudeza de Canor, que apenas llevaba dos meses trabajando en el establecimiento, por lo que la dirigió al dueño y contempló, mientras quitaba el polvo con un plumero a una talla de la Virgen con el Niño bastante fea y de origen igual de dudoso, el perfil de Cachita, su pelo recogido en un moño y sujeto con unas peinetas de carey, los pequeños pendientes en sus orejas, y se sorprendió a sí mismo pensando en cómo le gustaría mordisquear aquellos lóbulos. La cabeza se le fue de tal modo que, mientras la muchacha hablaba con don Camilo, Canor ya había recorrido varias veces (con los ojos, con la boca, con las manos) el intuido cuerpo de Cachita, ya había bebido de su voz palabras que ella jamás había pronunciado y ya había iniciado una vida en común con ella que soñaba con prolongar cuando él volviera a Asturias, en una casa que construirían en el prado más solejero de Nozaleda. Para cuando Cachita guardaba en el pequeño bolsito de tela que llevaba cosido en el interior de su falda, a la altura de la cintura, los billetes conseguidos por aquel reloj, Canor ya la había convertido en la madre de sus hijos y en la mujer de su vida por siempre jamás.

No fue la mujer de su vida porque nunca se casaron. Ni siquiera pudo decir en ningún momento que aquella muchacha de piel demasiado oscura para ser blanca, y demasiado clara para ser considerada siquiera mulata, fuera su novia, aunque fueran muchas las noches compartidas en el calor risueño de su cama, que según se decía era conocida por un gran número de fieles espectadores de las funciones del Alhambra. Sin embargo, ella siempre le juró que ni uno solo de ellos (una masa informe de levitas y sombreros, de habanos malolientes y monóculos que no enfocaban a ningún sitio, y a quienes Canor jamás se había preocupado de ponerles nombre, ni oficio, ni intenciones) había tenido con ella trato carnal alguno que implicara aquella parte de su cuerpo donde él perdía la cabeza, la voluntad y terminaba por licuarse sin remedio. No le importaba hacer uso de la boca y de las manos para amansar el deseo de todos aquellos hombres que llenaban el camerino de flores y su casa de regalos, pero solo con Canor, aseguraba, era capaz de entregarse. La vehemencia de estas afirmaciones apuntaló la ciega fe del muchacho, y no dejó ni un solo resquicio para la duda cuando Cachita le comunicó que se

encontraba encinta. Para entonces él ya sabía que por mucho que el amor que se profesaban tuviera esa intensidad, la bailarina de las piernas incandescentes nunca sería su mujer. Era como si, de un modo inversamente proporcional a la calidez de su piel y a la consistencia de su carne dulce, el alma fluyera intangible, y una fuerza más poderosa que todo lo que él era capaz de quererla condujera los pasos de ella y su voluntad a un lugar en el que él, con su equipaje de cartón de pueblo remoto y verde, nunca podría darle alcance.

No le hizo falta tampoco comprobar que el bebé tenía el dedo meñique del pie izquierdo mucho más largo que el resto de los dedos, como todos los hombres de los Forquetos. Sabía que las palabras que Cachita pronunciaba en la profundidad de las noches eran tan ciertas como también lo eran los silencios cuando se trataba de jurar un amor eterno que Canor sabía que nunca tendría. Ella transitaba con los pies descalzos por unos sueños que él jamás osaría pisar.

No le extrañó por tanto que tras el nacimiento de Onel, aquel bebé cuya piel se fue volviendo dulce de leche muy muy clarito a medida que transcurrían los meses, Cachita iniciara los preparativos para marcharse a Estados Unidos con uno de aquellos hombres, que para Canor tenían la consistencia de sombras sin rostro, dispuesta a que por nada del mundo le ocurriera lo que a su madre, que había ido escribiendo los capítulos de su vida con los nombres de los hijos que los hombres que algún día dijeron querer ayudarla para que fuera una gran actriz le habían dejado como único recuerdo de su paso, tantas veces fugaz, por su vida. No le extrañó, por tanto, que en ningún momento se planteara ni siquiera como remota posibilidad llevarse con ella al niño, que empezaba a dar sus primeros y titubeantes pasos, y que pasó a ocupar el primer puesto en la vida, los deseos, no solo de Canor, sino de Camilo Naveira, su mujer y sus sobrinas, una de las cuales, Etlvina, se alegró particularmente de que Cachita saliera de la vida del muchacho asturiano con sus baúles repletos de sombreros y trajes con lentejuelas y plumas, rumbo a un país del que esperaba que no volviera jamás.

5

Cuando Canor regresó, tras casi nueve años en Cuba, aparte de la lágrima tonta, aderezada por la nostalgia cultivada con esmero en la isla con el concurso de otros españoles, muy proclives a protagonizar escenas de profesión de amor incondicional a la madre patria y orgullo desde la lejanía por las bellezas incomparables de la tierra que había quedado atrás, lo primero que tuvo que hacer, tras los abrazos de rigor, el atropellado recuento de vicisitudes y el intento nada fácil de ponerse al día con sus padres y sus hermanos, fue a buscar a Liborio Santaclara.

Nadie lo había sabido, pero la huida de Canor solo había sido posible gracias a los buenos oficios de Liborio, que, con algo de dinero, favores que le debían y mucha mano zurda, había conseguido que se embarcara justo antes de tener que presentarse en la comandancia. Y había guardado el secreto durante todo aquel tiempo, con alegría contenida y culpabilidad por la tristeza infinita de Amparo y Tomás, que lo daban por muerto, pero sin atreverse a decirles nada porque tampoco tenía muy claro que el destino definitivo del muchacho no hubiera sido en todo caso la muerte, puesto que el viaje que le había arreglado tenía sus riesgos, derivados en gran parte del hecho de hacer una parte del trayecto como polizón. Aparte de que mucho se temía que aquella idea peregrina del enganchador de que escapar de la posibilidad de que lo enviaran a la guerra de Cuba huyendo a Cuba como civil era lo más astuto sería en realidad una trampa mortal. Así que se calló.

Él mismo, que siempre confiaba en la suerte como aliada de todos sus desbarajustes, había llegado a pensar, ante la persistente falta de noticias de

Canor, que este no habría arribado a Cuba como estaba previsto, y por eso, cuando lo vio llegar aquella mañana de verano entre la calima que venía del mar y subía por las calles empinadas de Cimadevilla hasta hacer un remanso en la plaza de los Remedios, tuvo la sensación de que un fantasma del pasado, con aquel impoluto traje blanco y el sombrero panamá, lo visitaba justo cuando estaba a punto de cerrar uno de sus negocios, tan dudosos como opacos.

Era Canor, que hablaba con una mezcla de acento cubano y gallego que hacía muy peculiar su conversación, de modo que sus palabras, aun siendo conocidas, viajaban en una melodía desconocida y se transformaban en otras. Era Canor, que hacía recuento de lo mucho que lo había recordado en aquella travesía interminable, en la tormenta del cuarto día, cuando el aire se volvió negro, tan negro que la oscuridad terminó por romperse y el cielo entero se derramó sobre el mar, furioso y violento. Era Canor, que le traía noticias de un amigo suyo, a quien le había entregado su recado para que lo acogiera los primeros días, cuando él apenas entendía quién era y qué había sido de su mundo pequeño y verde, de los olores conocidos, del cobijo, y fue el que lo puso en contacto con Camilo Naveira, que a la postre sería el artífice de su prosperidad, el que le había enseñado todo acerca del negocio de las antigüedades, y los motores. Era Canor, que sabía agradecer los favores y que había buscado a Liborio en cuanto llegó a su tierra para pagarle con creces todo lo que le debía. Aunque en ese momento ninguno de los dos pudiera imaginar de qué forma se pagan a veces algunas deudas y qué vueltas tan extrañas da la vida cuando le da por ponerse juguetona.

6

Los meses que Canor y Etelvina, su mujer, pasaron en Nozaleda se fueron en un soplo: las novedades, el repaso de acontecimientos nimios sucedidos en la aldea y que Amparo ponía en conocimiento de su hijo con la certeza de que de ese modo él no tuviera un hueco en su biografía, el mismo vacío que ella había acunado noches enteras de lágrimas por su ausencia en los largos años que lo creyó muerto, quién se había casado con quién, quién se había muerto, en qué punto estaban las relaciones envenenadas entre algunos de los habitantes de la aldea que eran de mucho tirar de pala de dientes para dirimir asuntos de lindes. También quería saber de su vida de allí, aunque la asustaba: tan lejos, tan extraño todo, y si era verdad aquello que decían algunos de que los negros en realidad no daban miedo, y si el calor, y si había serpientes, pero siempre bordeando el espinoso asunto de Onel, de aquel niño que contemplaba con estupefacción todo lo que lo rodeaba, que se enamoraba de los patos que corrían por la antojana y observaba con atención inusitada a las gallinas esperando con una mezcla de paciencia y excitación el momento en que dejaban caer un huevo en la hierba seca, para cogerlo triunfante y llevárselo corriendo a la abuela. Era su hijo, Canor era su hijo, pero ni ella ni Tomás acertaban a pronunciar la frase que tenían en la cabeza: *Entós, esi rapacín, qué*, de dónde había salido aquel niño, que era todo risa y rizos negros y piel demasiado dorada y labios gruesos, un niño tan distinto a cualquiera que hubieran visto nunca, incluso a los que traían los gitanos cuando venían con los carrmatos una de cada tres o cuatro primaveras, niños oscuros y fugaces, pero tan diferentes de Onel. Clemenciano Santaclara sobrevolaba con avaricia

de urraca (él prefería pensar que lo hacía llevado por el mandato de la Santa Madre Iglesia y de Dios Nuestro Señor) tratando de recabar datos que le permitieran saber si la criatura, con aquel nombre tan poco cristiano (había consultado varios santorales, incluso se había trasladado a Oviedo con el fin de indagar en la biblioteca diocesana), estaría bautizada. En el extranjero ya se sabía cómo se las gastaban, y Cuba, aunque santificada por el heroísmo de tantos misioneros, mantenía una extraña, según le habían contado, concomitancia con las religiones paganas. Lo mismo aquel niño que a saber de qué madre provenía, porque con aquellos rasgos no resultaba difícil sospechar que alguna mezcla de raza tenía, estaba sin bautizar. Si los padres de Canor mantuvieron la discreción en un asunto que sin duda les concernía bastante más, el cura no fue capaz de tanto, y un buen día se lo preguntó a bocajarro a Canor, que, recordando todavía las inquisitoriales confesiones de niño, enrojeció hasta las orejas, temeroso de que don Clemenciano, asistido según se decía por la gracia de Dios, que todo lo ve, pudiera saber de las noches de pecado que se habían marcado la madre del pequeño y él, y se limitó a decir —con una vehemencia que dejó al sacerdote con la sospecha de que era impostada— que por supuesto, padre, que cómo no iba a estar bautizado, que cómo se imaginaba que iba a exponer él a su hijo a los peligros de un viaje en barco sin estar bautizado. Aunque, por si acaso, un día que Onel jugaba en el bebedero que tenían las vacas de los Santaclara, aprovechó para acercarse por detrás y, con un poco de agua del propio bebedero, bendecida a toda prisa, roció los rizos del pequeño pronunciando unas palabras que el niño no entendió y que lo llevaron a reaccionar con furia y gritar un «¡Comemienda!» iracundo, que terminó de confirmar las sospechas del cura: solo un ser que no estuviera bendecido por la gracia divina del Santo Bautismo podía proferir tal insulto a un representante de Dios.

Estaba claro que Etelvina no era la madre, porque el niño la llamaba Etel, y, sin embargo, a Canor lo llamaba papá, o papito, pero el origen seguiría siendo un misterio para los abuelos, y ni siquiera el día que Canor se sentó con ellos a la mesa de la cocina, cuando agosto quemaba sus últimas brasas nocturnas y todos se habían ido a dormir, y les planteó abiertamente su deseo de dejar el niño a su cargo por lo menos hasta que volviera el año siguiente,

ninguno de los tres encontró el camino para hablar, ni ellos supieron o quisieron preguntar, ni Canor fue capaz de traer a la cocina en la que permanecían los olores de su infancia más remota la imagen de Cachita Lavín, sus piernas de bronce, el lunar que se pintaba al lado de la boca y la sonrisa con la que abarcaba el mundo entero y con la que todavía incendiaba su recuerdo.

El viento de septiembre despeinó, con la calidez de las promesas felices, los adioses que Canor y Etelvina repartieron en la aldea. Se iban, volvían a La Habana, pero habían dejado tanto de sí mismos allí que parecía que no se marchaban del todo. Dejaban a Onel, que los despidió subido a los hombros de su abuelo, dejaban la situación económica de la familia bastante resuelta, si se la comparaba con cómo estaba apenas tres meses antes. También habían introducido algunas novedades interesantes que tenían que ver con la higiene, y Tomás, por primera vez en su vida, había entrado en un banco, el Banco de Gijón, de creación reciente, después de transformarse en sociedad anónima la Casa de Banca de Florencio Rodríguez, un indiano que había sido íntimo de Camilo Naveira, y que había retornado a Gijón algunos años antes. Canor había abierto una cuenta a nombre de su padre para asegurar un pequeño capital al que podrían recurrir en caso de necesidad, y donde él pensaba ir haciendo llegar su dinero desde Cuba. Dejaban también admiración y envidia entre los vecinos, que jamás habían llegado a pensar que aquel muchacho pudiera llegar a transformarse en el hombre que había vuelto para poner a su familia, a los Forquetos, en un lugar que nunca habrían imaginado, dueños de tantas propiedades como pudo ir consiguiendo, empezando por aquellas de las que Liborio, apremiado por sus propias complicaciones económicas, no tuvo empacho alguno en deshacerse. También Honorino, resignado ya a quedarse sin los Forquetos, los empleados más trabajadores y abnegados que había tenido jamás, y consciente de que el progreso traía consigo otras posibilidades de inversión en la ciudad, accedió a venderles primero la casita en la que vivían —y que Canor mantuvo aunque inició la construcción de otra mucho más grande y moderna justo al lado, para no olvidar sus raíces—, y algunos de los prados que Tomás siempre había trabajado con la misma dedicación que si fueran propios.

Pero todas esas novedades no fueron nada, comparadas con la última sorpresa que les guardaba Canor a todos ellos, y que llegó a la casa la víspera de partir. Tomás estaba preocupado por justamente la falta de preocupación de su hijo acerca de cómo trasladarse hasta Gijón al día siguiente con los baúles. Dada la situación, y aunque en la relación no se apreciaba ningún tipo de tirantez, no parecía muy conveniente pedirle el favor a Honorino Santaclara, pero Canor sonreía tranquilo. No hay problema, viejo (desde que había vuelto llamaba «viejo» a su padre, cosa que no había hecho jamás y que todos interpretaron como una de las costumbres del otro lado del mar). Y no lo había. Antes del mediodía se materializó la sorpresa que Canor había preparado con especial cariño: una espectacular *xarré* que, como única concesión que se permitía a la arrogancia, ya había procurado que fuera mejor, más grande —con los asientos más amplios y con capota— que la que tenía Honorino Santaclara.

Que Gregorio se convirtiera en el ídolo del hijo de Canor era cuestión de tiempo. A pesar del carácter un poco salvaje del niño llegado de Cuba y el exotismo que la mirada de los habitantes de la parroquia le confería, los días de Onel estaban marcados por la observación sistemática de todo aquello que hacía Gregorio y la imitación posterior de todos los comportamientos. Los tres años que había de diferencia entre ellos (Gregorio tenía ocho y Onel cinco cuando se conocieron) eran el margen perfecto para que la admiración no alcanzara los niveles de la mitología, y, a pesar de las reticencias de Gregorio (Onel era como un grano molesto, como una sombra que pisaba sus huellas, que imitaba sus gestos y husmeaba todos sus propósitos), ambos compartieron un verano de árboles para trepar, renacuajos para pescar en el bebedero, cerezas, manzanas y moras, *orbayu* y sol, de sorprenderse con las hogueras de verano y con la planta del arbolón cuando llegaron las fiestas del Carmen, de aprender a hacer salir a los grillos de su agujero con una hierba y de asistir estupefactos al nacimiento de un ternero, y solo cuando llegó septiembre y se planteó la vuelta a la escuela sus caminos iniciaron un proceso de separación que no hizo sino acentuar la adoración que Onel sentía por Gregorio, Goyito, como lo llamaba la abuela Amparo, que lo achuchaba cuando se lo encontraba, mientras el niño parecía librar una batalla entre una nostalgia antigua que le horadaba la memoria y un fastidio que se sentía obligado a manifestar en su condición de niño ya mayor, pero que se había convertido en el espejo en que Onel se miraba, la referencia, en el objeto de su adoración sin paliativos.

El colegio de la Inmaculada en Gijón, en la carretera de Ceares, a las

afueras de la ciudad, era el hogar de Gregorio durante el curso. Los jesuitas habían admitido como interno al niño de Santaclara no solo gracias a los buenos oficios del tío Clemenciano, sino también porque, a pesar de su tierna edad, enseguida descubrieron en él una inteligencia destacada y un interés por aprender que no tardaron en convertirlo en lo más parecido a un pequeño genio. A Gregorio, a quien le gustaba aprender más que ninguna otra cosa en el mundo, le costaba en cambio asumir como vida propia aquellos pasillos interminables, la comida en el refectorio con el resto de los niños internos, los dormitorios con todas las camitas alineadas, el rumor de las sotanas de los curas deslizándose por los pasillos, la sopa de fideos, los rezos en la capilla, el frío que no conseguía sacarse del cuerpo a pesar de los gruesos jerséis que le habían tejido primero Amparo y luego su hermana Servanda, cuando aprendió los misterios de la lana. Pensaba en Nozaleda y en su imaginación un verano interminable se extendía con un catálogo de árboles, pájaros, risas, animales y, desde aquel comienzo de curso, también Onel.

Se encontró, por tanto, con que a la vuelta en el colegio, mientras aprendía nociones de aritmética y de geografía, entre las cosas que lo acechaban como salvación o huida, estaban la risa blanca de Onel y el paraíso perdido que por obra y gracia de la presencia de aquella suerte de hermano pequeño de entonación cantarina se le antojaba irrecuperable y le provocaba ganas de llorar. Y en algunos momentos sintió, mientras aprendía la asignatura de la nostalgia, una envidia inexplicable, como si fuera objeto de algún error, la consecuencia de que alguien estuviera escribiendo las secuencias equivocadas en el guion de su vida. Por qué, si era por su bien, si estaba en aquella especie de prisión del conocimiento y la sabiduría, y eso sucedía porque, gracias a Dios (como decía su tío Clemenciano) o a quien sea (como remataba su padre en voz muy baja), su familia, y por tanto él, disponían de medios para ello. Porque él iba a ser médico. Y rico. Y famoso en la ciudad por curar a gente muy principal. Y sería tan sabio que todos recurrirían a él cuando estuvieran enfermos. Y Onel, que aprendería a sumar y a restar, a leer con el dedo siguiendo cada sílaba de las palabras, a poner su nombre y poco más, vivía sin embargo instalado en una existencia de la que él había sido expulsado, con la coartada del *portubién* y *elfuturomejor*.

Solo que, como la genética es muy caprichosa, resultó que un día Clemenciano oyó cantar a Onel y lo puso de solista en el coro de la iglesia del Carmen de Nozaleda. A Onel le gustaba mucho cantar, y aquello le divirtió aunque no entendiera muy bien qué eran aquellas palabras incomprensibles que tenía que repetir. Le bastaba la melodía para hacerlo feliz. Y un día que uno de los jesuitas fue por allí por un funeral, lo escuchó y quiso hablar con los padres para proponerles que formara parte del coro del colegio de la Inmaculada, porque su voz era prodigiosa. Y no, no había problema: le darían una beca para que pudiera estar interno en el colegio. Con Gregorio Santaclara, mira tú qué suerte para los dos. Sí, ya sabían que era muy pequeño, que acababa de cumplir los seis años, pero aquella voz, aquella maravillosa voz, había que aprovecharla mientras fuera tan blanca, tan extraordinaria. Tan excelsa.

Gracias a las disposiciones del papa Pío X, que bajó la edad para recibir la primera comunión (la edad de la discreción) de los catorce años a los siete, resultó que Onel y Gregorio recibieron el sacramento el mismo día a pesar de la diferencia de años, estatura, madurez e incluso conocimientos (memorísticos, sí, pero conocimientos) del catecismo y de la historia sagrada. Onel había asumido ya tiempo atrás, desde que ingresó en el colegio de los jesuitas, que todo lo que tuviera que ver con aquel mundo, tan próximo al de don Clemenciano, era un galimatías que renunciaba a descifrar. Del mismo modo que cantaba con cristalina voz palabras en latín tan incomprensibles como si más que pertenecer al lenguaje humano fueran los sonidos emitidos por los pájaros que seguían siendo sus compañeros de correrías cuando volvía a la aldea, todo lo que salía de la boca de los curas, cuando contaban historias peregrinas sazonadas con enigmáticas palabras aunque no fueran latines, lo aceptaba como irremediable, misterioso y por supuesto ajeno. No obstante, el hecho de prepararse para la primera comunión le resultaba particularmente grato, y no por el hecho de recibir a Dios en su corazón por el procedimiento de tomar una sagrada forma que iba al estómago y que luego, en virtud de quién sabe qué complicado procedimiento fisiológico, terminaba en la víscera cardíaca, que era algo que había suscitado una encendida discusión entre Gregorio, y su tío Clemenciano, saldada con una sonora colleja y un «¡esto por contestón!», que a Onel le había llevado a tener la precaución de no plantear ninguna duda acerca de aquella pintoresca exposición de hechos:

Pregunta: ¿Se puede decir que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo es blanco y redondo?

Respuesta: No, porque lo blanco y redondo son propiamente los accidentes del pan.

Pregunta: ¿Es el mismo cuerpo que el que tiene Jesucristo en el Cielo?

Respuesta: Sí, y el que estuvo en la cruz, y en el sagrado vientre de la Santísima Virgen.

Pregunta: Luego, ¿está a un mismo tiempo en distintos lugares?

Respuesta: Así es, efectivamente; del mismo modo que el sonido de una campana puede estar en muchos oídos.

Pregunta: ¿Se puede decir que Jesucristo, Nuestro Señor, está en la Hostia Consagrada en pie o sentado?

Respuesta: No, porque está allí en modo espiritual, con el alma en el cuerpo.

No. La razón por la que la perspectiva de la primera comunión le hacía tener el corazón en vilo, poseído de una felicidad tan saltarina como desconocida, era porque su padre le había asegurado en alguna de aquellas cartas tan distantes en el tiempo como gozosamente leídas y aprendidas de memoria, que, si no antes, al menos para su primera comunión cruzaría el océano para estar con él. Y además iba a conocer a su hermana Camila, que había nacido algunos meses atrás, y esto, aunque le producía una cierta inquietud, también le procuraba una curiosidad, como un pájaro ansioso habitándole el pecho. Como tenía un recuerdo muy vago del viaje que él mismo había protagonizado en aquel barco en el que estar malo de la barriga había sido lo más frecuente, y seguramente por lo mismo se le había hecho infinitamente largo, empezó varios meses atrás a preguntar a su abuela cada dos por tres si papá y Etel y Camila ya estarían viajando. Amparo, incapaz de confesarle la verdad al niño, había ido dándole largas, mientras se preguntaba cómo iba a hacer cuando llegara el momento y su hijo Canor no llegara. Y, sobre todo, cómo iba a decirle que la razón por la que no estaría a pesar de tantas y tan reiteradas promesas era que, tras el nacimiento de la niña, Etel no había vuelto a estar bien, y finalmente, a pesar de todos los cuidados médicos y los mejores especialistas, había fallecido dejando por segunda vez a Canor a cargo de un bebé. En la última carta, donde los ponía al corriente de esa triste circunstancia, manifestaba su firme deseo de volver en una fecha próxima y establecerse en Gijón, cerca de su familia y recuperar a su hijo. Fue este

extremo el que Amparo y Tomás eligieron para compensar el disgusto que sabían que Onel iba a tener por la ausencia de su padre, en un día que todos se esforzaban en denominar como tan señalado. Hasta ese momento, el niño siempre había entendido que los días *tan señalados* eran las Navidades, y eso sí que era un festín de casadielles de nuez y turrónes de Verdú, así que, una vez que la perspectiva de ver a su padre se esfumó, le quedó como dudoso premio de consolación la posibilidad de alguna de esas cosas ricas de los días tan señalados. Tampoco le hablaron de la muerte de Etel, aunque a él le resultó un poco sospechoso que la abuela le dijera en voz muy bajita, cuando lo dejó para incorporarse con el resto de los niños comulgantes, que tenía que rezar por papá y por Camila y por Etel, sobre todo por Etel. Como don Clemenciano hablaba de un asunto tan confuso como misterioso, que generaba imperceptibles codazos entre los niños mayores, y tenía que ver tanto con el pecado como con el impreciso mecanismo de la llegada al mundo de los niños, y que se completaba con el genérico «las mujeres», durante un instante, Onel creyó que tal vez Etel, en cuanto mujer, tenía más pecados, porque encima había tenido una niña, lo que hacía que en su persona se reunieran todas las circunstancias de aquel difuso y turbio argumento, con los codazos, el secreto, y el sexto y noveno mandamientos, que eran tan confusos en su formulación (No fornicarás, No desearás a la mujer de tu prójimo) como en las explicaciones con las que las preguntas del catecismo trataban de arrojar luz. Así, Onel tenía bastante claro que el sexto mandamiento lo obligaba a no calentar los pies en el *fornicu*, la parte de la cocina de carbón donde iban a parar las brasas, y que era lo más apetecible del mundo los días de lluvia cuando el agua de los charcos le mojaba los escarpinos a pesar de les corices o les madreñes, y él llegaba corriendo y arrimaba un banquín de madera y colocaba los pies en el *fornicu* con gran cuidado para que las brasas no lo tocaran pero que el efecto del calor secara rápidamente los escarpinos mojados antes de que la abuela Amparo descubriera el estropicio. No entendía muy bien qué tenía que ver eso con las respuestas que había tenido que memorizar para pasar el exigente examen de don Clemenciano.

Había renunciado a entender nada que tuviera que ver con los curas, y se había quedado mucho más tranquilo cuando, un día que acompañaba al abuelo

Tomás mientras cuchaba el prado de detrás de casa, y después de que este hubiera intentado por todos los medios dar respuesta a aquella retahíla de palabras incomprensibles que iban de aquello de *los mayores en edad, saber y gobierno*, que según el catecismo eran *entendidos por padres a más de los naturales, y que amorosa y cuerdate debían haberse los esposos como Cristo con la iglesia*, el hombre hubiera clavado la pala de dientes en la tierra, y apoyándose en el mango, mirara largamente a Onel para decirle:

—Mira, rapacín. Los Forquetos nunca fuimos de mucha letra ni mucho aprender, pero aunque lo hubiéramos sido, dígotte yo una cosa: de toes les coses de la iglesia y eso, lo único que aprendí fue que Dios date la fe pa que entiendas lo que dicen los curas. Y si no lo entiendes, igual ye que a ti no te dio fe, entonces tienes que disimular, y hacer como que lo entiendes. Dices que sí y, hala, tós contentos.

Que Dios me dé fe, que Dios me dé fe, se decía Onel mientras se colocaba en la fila junto a otros niños del pueblo enfundados en chaquetas heredadas, pantalones largos y zapatos impolutos, demasiado concentrados en la responsabilidad del momento como para mirar, siquiera de reojo, la fila de niñas que avanzaba en paralelo, casi todas con vestidos de organdí blanco, menos las cuatro niñas cuyos padres habían fallecido en los dos últimos años, que se veían obligadas a que su vestido fuera negro. Que Dios me dé fe, repetía, interrumpiéndose de pronto con el recuerdo de que tenía que rezar por su padre y por su hermana, y sobre todo por Etel, y entonces volvía la confusión, el barullo de ideas en la cabeza, espantadas por la sonrisa de Gregorio, que aprovechó para susurrarle al oído cuando pasó por delante de él para colocarse en el banco:

—Esta tarde mi tío Liborio nos lleva a ti y a mí a ver jugar al Sporting Gijonés.

9

Una noche soñó que alguien hacía daño a su criatura. Qué curioso imaginar a quien nunca has visto, a alguien de quien conservas una confusa imagen de apenas tres kilos de carne fragante, de piel recién estrenada, y cuyo recuerdo (esa vaga colección de nostalgias sobrevenidas) se mezcla de forma dolorosa con decisiones que solo cuando han pasado los años se saben equivocadas. Aún no sabía cómo de grande había sido su error y trataba de no preguntarse acerca de sus propias decisiones por un procedimiento tan sabio como escasamente eficaz a largo plazo: llenar las horas de actividad, de nombres, de escaparates, de interesados halagos, de incendios con sabor a fuego fatuo. La cosecha de decepciones, de amores con fecha de caducidad, de licores que embotaban su capacidad de decisión, de sueños de éxito que no terminaba de cruzar esa línea que separa lo normal de lo extraordinario, aún no habían hecho de la herida que poco a poco se abría paso en lo más profundo de sí misma el reino incógnito de lo perdido, ese espacio capaz de hacer aflorar las resoluciones más audaces y también más suicidas.

Soñó una noche con un niño que lloraba la muerte de un pájaro, oyó el bramido de la injusticia en el fondo del pecho del pequeño, su odio sin esquinas al causante de la muerte, y en los dedos de manicura impecable creció la ira y supo que podría matar con sus propias manos, clavar en la carne sus dedos como puñales y aniquilar sin ningún miramiento a cualquiera que tuviera la osadía, la absoluta indecencia de restarle una sonrisa de la cara a aquel chaval cuyos rasgos era incapaz de dibujar a

partir del vago recuerdo del gesto contraído y berreante de aquellos primeros y confusos días en que su mundo se convirtió en un laberinto de indecisiones.

Lo único que conservó de aquel sueño fue la palabra con la que se despertó, como si sus cuatro sílabas le besaran los labios de la misma forma que tantas veces había hecho aquel a quien había oído pronunciarla:

Nozaleda.

10

De pronto odiaba a Gregorio después de haberlo idolatrado, de haberlo convertido en la referencia de su conducta, el espejo en que mirarse. Durante años lo había seguido como un perrillo, por él había combatido su escasa querencia por los libros, por ser como él, por ser tan listo y saber tantas cosas. Por él suspiraba por tener el pelo lacio y poder soplar hacia arriba y levantarse el flequillo. En el colegio se sentía feliz cuando algún niño despistado pensaba que eran hermanos, o cuando él lo defendía de los bobos que lo llamaban, haciendo gala de su escasa imaginación y de la falta de adecuación entre el mote y el aspecto al que ha de hacer referencia, porque el niño de los rizos estaba flaquito, Tonel, o cuando los curas, que conocían la especial relación existente entre ambos, los asociaban en momentos, obviando la incontrovertible circunstancia que entre ellos se daba: Onel no dejaba de ser el nieto de quienes habían sido criados de Gregorio, por mucho que las cosas hubieran cambiado, lo que se había traducido en una furibunda carta de Canor desde La Habana al director del colegio, acompañada de una importante suma de dinero, después de saber que su hijo había sido becado, como si él no pudiera pagar su educación. En la carta, en la que dejaba bien patente su voluntad de correr con todos los gastos de la estancia y educación del niño, además de añadir una cantidad considerable como donativo, disculpaba a sus padres por no haber reaccionado en su momento, argumentando que, tras una vida de tantos sacrificios y trabajo, no eran capaces de asumir que las cosas habían cambiado y no podían evitar considerar la educación en los jesuitas como uno de esos lujos a los que solo

podían acceder los señores. Y ahora ellos lo son, y como tales deben ser tratados, concluía, mezclando despreocupadamente la soberbia y la revancha, consciente de lo elevado de la suma con que los curas sin duda alguna podrían disculparlo.

Onel, que no deseaba otra cosa en el mundo que ser como Gregorio, sentía un odio inédito, una furia irreconocible. Cuando era más pequeño, Celso, uno de Nozaleda, que segaba pación en un prado vecino al de su abuelo, le había producido una sensación parecida, cuando, sin contemplaciones, le retorció el cuello a un picaniellu que tuvo la mala suerte de romperse un ala, y que Onel habría dado media vida por llevarse a su casa. Nunca le perdonó aquel acto de crueldad, y cuando muy poco tiempo después se supo que Celso había muerto ahogado en el bebedero de las vacas a donde seguramente había ido a parar al volver a casa de madrugada y muy borracho, con la intención de echarse un poco de agua y espabilarse para que Basilia, su mujer, no le armara una muy gorda, Onel sintió que por fin se le quitaba el nudo que desde el incidente del pájaro carpintero se le había formado en el pecho: Celso había pagado por lo que había hecho y él podía volver a respirar.

Y le daba rabia, porque por la mañana habían hecho la primera comunión, y se suponía, así lo había dicho don Clemenciano hasta la saciedad, que ambos contaban por ello con la gracia santificante, Jesús estaba en su corazón y en lo sucesivo habrían de ser buenos. Pero algo no encajaba, y eso lo enfurecía mucho.

La mañana había sido perfecta, y ni siquiera había echado de menos a su padre. Los abuelos endomingados, la camisa blanca reluciente del abuelo Tomás y los zapatos nuevos de la abuela, que le hacían un poco de daño porque estaba acostumbrada a calzar alpargatas o zapatillas. También estaban sus tíos, y los primos, y después de la misa se habían ido todos juntos a casa y habían desayunado un chocolate más bueno que el que jamás había tomado, con picatostes, y con frixuelos, y con unas galletas de nata que hacía la abuela. Más tarde había ido de la mano de Tomás y Amparo a visitar a algunas personas que no habían podido ir, y todas le habían dado algunas monedas y le habían dicho qué neñu más guapu. Y venga con la gracia de Dios, y *ay, si tu padre te viera, cómo-y diba a prestar...* Y después de la comida Gregorio

había aparecido por la casa, porque su tío Liborio iba a llevarlos a ambos a ver un *match*, como decía él, de fútbol, que era aquello que se jugaba a veces en la playa de Gijón, como darle patadas a un balón, pero con personas mayores. Onel había oído hablar de ello: había varios equipos, pero sobre todo, el Sporting Gijonés, que incluso había salido de Asturias para jugar contra otros equipos, y a algunos los había ganado. Liborio, según le contó Gregorio, estaba entusiasmado con el espectáculo, y ahora que, después de peregrinar por diferentes fincas de la ciudad, tenían un lugar fijo para jugar, un estadio (Onel tomó nota mental de esa palabra, que no había oído nunca, a pesar de que a veces en el colegio había oído a algunos niños disputar acerca de si la Sportiva Gijonesa, que si el Sporting Gijonés, y la idea que le había quedado es que este último era el de los pobres, por lo despectivo de los comentarios de algunos de los chicos más finos del colegio) en la finca donde estaba el molino de maíz. Goyito le dijo que su tío los invitaba, y les pagaba la entrada, que costaba una perrona, lo que sumió a Onel en una confusión (¿había que pagar por eso?, ¿por ir a un prado a ver cómo jugaban con un balón?), pero no dijo nada y disfrutó de la felicidad que le estaba procurando aquel día que, por si fuera poco, con la gracia de Dios, también le permitía estar cerca de Gregorio, que era lo más parecido a lo primero.

Pero ahora lo odiaba. Mientras volvían a casa en la *xarré* de Honorino, que había ido a buscarlos, Onel sentía una furia que muy poco tenía que ver con los dones del Espíritu que se suponía le había procurado recibir a Jesús Sacramentado.

Tenía un poco de barro en los zapatos nuevos, y confiaba en que su abuela no se enfadara demasiado, era curioso ir a la ciudad y acabar más embarrado que cuando andaba por les caleyes de Nozaleda. Mientras miraba el negro cuero acharolado de sus zapatos, sentía que las orejas se le enrojecían, y se negaba a mirar a Gregorio, que sentado a su lado contemplaba el paisaje oscurecido silbando con despreocupación. Todavía oía sus risotadas, y continuaba sintiendo la mirada de desprecio con que había contemplado sus ocho años de inocencia seguramente extemporánea en aquella casa de la Puerta de la Villa donde habían llegado con Liborio.

Aún no había tenido tiempo de enterarse muy bien de cuál era exactamente

el mecanismo del fútbol, más allá del empeño que ambos equipos parecían tener en mantener en su poder, es decir, entre sus pies, el balón, y pasárselo unos a otros avanzar hasta llegar a la portería, y, allí, colarlo de una patada. Oía a la gente que lo rodeaba, una variopinta multitud de hombres de diferentes edades y niños, gritar palabras que le resultaban totalmente novedosas, y veía a Liborio que, fumando a su lado, parecía poner tanta atención en el campo de juego como en las personas que se encontraban entre el público. En un momento determinado, justo cuando acababa de comenzar el segundo tiempo, cogió a ambos niños por encima del hombro y les dijo bueno, vamos a irnos, este partido ya está ganado, y no tiene mucha ciencia. Añadió, a preguntas de Goyito, que iban a dar un paseo hasta el centro de la ciudad, donde tenía que hacer una visita. Onel dejó que los ojos se le llenaran de mar en el trayecto que recorrieron al lado de la bahía, y sintió la melancolía imprecisa de siempre porque no podía evitar el recuerdo de que al otro lado, pero muy muy lejos, estaban los seres que amaba. También dejó que sus ojos de niño se maravillaran con los objetos que ocupaban los escaparates de la ciudad a donde bajaba en contadas ocasiones, contempló la gente arremolinada para entrar en el teatro Dindurra mientras caminaban por el paseo de Alfonso XII, después de pasar la pérgola de los Campinos. Ya cerca del Humedal, Liborio los hizo pasar a un portal oscuro y subir unas escaleras que olían a madera fregada con arena, y vagamente al recuerdo de la comida del domingo y, en el segundo piso, una mujer les abrió la puerta mientras paseaba su mirada con extrañeza del rostro de Liborio al de los dos críos, y de nuevo a Liborio, que encogió los hombros ligeramente y le dijo que no se preocupase, añadiendo a continuación que aún quedaba la mitad del partido, así que tenían tiempo. Aquella mujer parecía muy amable, y les dio un café con leche y marañuelas, justo antes de que Liborio desapareciera tras ella por una de las dos puertas que tenía aquella estancia que a Onel, seducido por todo lo urbano, le pareció infinitamente más lujosa que el comedor de sus abuelos. Liborio asomó la cabeza por la puerta y le dijo a su sobrino que no perdieran de vista al niño que andaba gateando por allí y volvió a desaparecer, cerrando la puerta con premura. Fue entonces cuando Goyito le guiñó un ojo con complicidad y empezó a decirle que si sabía lo que estaban

haciendo. Él siguió mordiendo la marañuela y le dijo que no, aunque por el gesto de su amigo comprendió enseguida que tras aquella puerta se ocultaba algún secreto, alguna de aquellas cosas de las que hablaban los chicos mayores y que él sospechaba que debía de tener que ver con aquellas cosas raras del catecismo, los pecados, la impureza y todo lo demás. Por si esa sospecha no era suficiente, con un lenguaje muy gráfico y muy desenvuelto, mezclando palabras que no había oído en la vida, y que dio por hecho que algo tenían que ver con lo técnico, y otras muchas que formaban parte tanto del repertorio de palabrotas y pecados que tan prohibidas le tenía la abuela como de las que oía a los hombres cuando llevaban las vacas a que las cargara el toro, Gregorio se lo empezó a explicar, y la consecuencia de todo aquel confuso galimatías hizo que el pedazo de marañuela que había mojado en el café se deshiciera antes de llegar a la boca y cayera en la taza, y quedara flotando sobre la superficie, mientras los ojos de Onel, poco a poco, se ensombrecían y no podía evitar sentirse ignorante y pequeño ante Goyito, que se desenvolvía con total desparpajo mientras pronunciaba aquellas cosas y alardeaba de que él también haría lo que detrás de la puerta estaba haciendo su tío, incluso Onel, aunque era pequeño, también podía hacerlo, pero para eso tenía que aprender, y para ello lo mejor era observar cómo lo hacían.

Odiaba a Gregorio, y no sabía por qué, seguramente porque se sentía subyugado por él, y porque siguiéndolo como un perrillo, como siempre hacía, se había acercado con precaución a la puerta que Gregorio abría con todo cuidado, y los gemidos, como si a aquella mujer le estuvieran causando algún daño, se colaron por la breve rendija. Primero miró Gregorio, y luego le hizo un hueco a él para que también espicara la escena que se desarrollaba en el interior, y que a Onel le perturbó enormemente: en una postura similar a como había visto a los animales, Liborio empujaba, con los pantalones por los tobillos, a la mujer, que era una confusa mezcla de carne abundante y blanquísima y ropa interior, las enaguas levantadas, los pechos enormes fuera del escote, balanceándose como las ubres de las vacas, y en medio de aquel confuso caos las palabras entrecortadas y aquella extraña sensación, desconocida, un hormigueo en sus partes, como lo llamaba el abuelo, algo que también debía de estar pasándole a Gregorio, porque de reojo veía que había

metido su mano en el pantalón, y un laberinto de sensaciones oscuras que de pronto se convirtieron en vértigo, en abismo, cuando se sintió empujado por Gregorio y antes de que pudiera darse cuenta estaba metido en la habitación con un estrépito que seguramente solo estaba en su cabeza, pero que hizo que Liborio y aquella mujer detuvieran los jadeos para gritar: pero qué coño haces aquí, el uno, y la otra, guaje del demonio... de modo que ni siquiera pudo decir que Gregorio lo había empujado, y escapó antes de que Liborio fuera casi capaz de reaccionar, y en la sala Gregorio reía, se burlaba de él y de su enorme vergüenza, y ese fue el momento en que el niño que gateaba se echó a llorar y ni siquiera trató de consolarlo, solo se sentó en una silla con las mejillas ardiendo y un trozo de marañuela deshaciéndose entre sus dedos, consciente de haber perdido, por lo pronto, la gracia de Dios. No solo no sabía qué hacer con tanta vergüenza, también le asustaba el castigo que podría caerle por parte de Liborio, y lo que dirían sus abuelos cuando se enteraran de su comportamiento.

Odiaba a Gregorio con todas sus fuerzas mientras volvían a casa, le asustaba el silencio de Liborio cuando salió con la mujer minutos después, ella arreglándose el pelo y la bata, para coger al bebé que lloraba, el modo en que les señaló la puerta para irse. Odiaba la soltura de Gregorio y el modo en que le dio las gracias a la señora por el café y las marañuelas, mientras él no podía levantar la vista del suelo. Odiaba ser pequeño y no saber, pero también odiaba lo que iba sabiendo, y tenía muchísimo miedo, y de pronto le parecía que había pasado un siglo desde el momento luminoso de la primera comunión cuando él cantó con aquella voz que todo el mundo señalaba como angélica, el solo del *Gloria in excelsis*, y la mañana de sol, y las niñas vestidas de blanco.

Pero la noche recién caída aún le guardaba una sorpresa, un momento que no fue capaz de descifrar del todo, y que sucedió cuando, tras guardar silencio durante todo el viaje, fumando sin parar, y cuando Honorino, que había ido a buscarlos, detuvo la *xarré* delante de la antojana de la casa de los abuelos, Liborio se volvió hacia él y le dijo suavemente:

—De lo de hoy, ni una palabra a nadie. Pero a nadie, ¿eh? Será nuestro secreto, que ya empezáis a haceros mayores, eh, vaya dos. Seréis manguanes...

Y le guiñó un ojo, que espantó fantasmas, pero que a duras penas

disminuyó, apenas nada, el rencor hacia Goyito que le abrasaba las entrañas.

La gran novedad de aquel verano fue la llegada de Canor y de su hija Camila, que aún no había cumplido el año. Onel esperaba encontrar a Etel, pero en el abrazo que le dio su padre, algo más fuerte que las palabras, le hizo entender que esa ausencia iba a sumarse en su vida a la otra, la de su auténtica madre, y que por entonces ubicaba en un cielo sonrosado y algodonoso durante el día y profundamente estrellado durante la noche.

Canor había encanecido y tenía el pelo más ralo, y a cambio había ensanchado el cuerpo, sin llegar a engordar, con lo que se confirmaba la certeza presentida por todos en su primer viaje de que su capacidad para ocupar un espacio en el mundo iba en aumento. Contribuían a ello lo impecable de su atuendo y la cadena de reloj que brillaba sobre su chaleco. Sin embargo, cuando su madre lo abrazó, halló en él al niño de siempre, pues solo con ella se rindió a la fragilidad que albergaba en lo más recóndito de su corazón, y lloró largamente por la pérdida de Etel, y sobre todo por sí mismo y por el desamparo que se le había instalado en cada una de las células de su cuerpo, y que se traducía en que no podía oír llorar a la niña sin sentir unos irrefrenables deseos de arrojarse al primer abismo que encontrara. Amparo, experta en el dolor de las pérdidas, se permitió llorar con su hijo durante unos instantes, para después respirar profundamente y coger la cara de Canor entre sus manos y decirle con las palabras simples de las madres que esa tristeza se iba a pasar, y que su vida aún tenía mucha historia por delante.

Fuera por eso o por la alegría de Onel colgándose de su cuello a todas horas, y riendo como un loco, o porque su madre, concedora de que la

congoja y el abatimiento que habitan en ese lugar tan impreciso llamado alma tienen los días contados cuando se los combate con el sistemático suministro de los alimentos que devuelven a los hombres hechos y derechos al calor de la infancia, preparó durante días toda clase de *llambionaes*, concretamente las que más le habían gustado a Canor cuando era pequeño: las sopas de leche y azúcar, los bizcochos esponjosos, la empanada de manzana, los borrachinos, las rosquillas de anís, la compota de peras, el chocolate cocido despacio y engordado con un poco de harina de maíz, los flanes de huevo con su caramelo tostadito, las rebanadas de pan con mantequilla espolvoreada con azúcar... de forma que, imperceptiblemente, su piel abandonó la textura de ceniza y fue adquiriendo un brillo que tenía su complemento en los ojos, que poco a poco lo situaron en el lado de acá del mundo: como quien vuelve desde un lugar muy lejano y contempla con extrañeza, pero también con alivio, la realidad, reconocible y próxima.

Después de vender las empresas que había creado en La Habana y obtener por ellas unos considerables beneficios, Canor había vuelto para quedarse. Y para ello, para hacer efectivo ese retorno de forma permanente, recuperado del dolor a base de carbohidratos, se marcó dos objetivos: se construiría una casa, y montaría un negocio en Gijón. Lo primero, lo había acariciado como deseo durante los años que pasó en Cuba, desde las primeras noches en el viaje en barco huyendo de sus obligaciones con el ejército, y más tarde, cuando conoció a Cachita Lavín. Con Etelvina aparcó el deseo de volver a su pueblo: ella estaba profundamente enraizada en la vida de La Habana, y la proximidad de toda la familia atenuaba hasta el silencio la morriña de las suaves montañas verdes de su aldea en Meira, pero el fallecimiento de su mujer le devolvió la urgencia de su tierra y el sueño de una casa.

Pero hasta que eso sucedió, hubo tiempo para otras cosas, especialmente para el reencuentro con su hijo y para la sorpresa continua de hallar la memoria de Cachita Lavín en cada uno de los gestos de Onel, especialmente cuando lo veía dormido con aquella forma de ronroneo gatuno que le devolvía a las noches cálidas del trópico. Pero más allá de la enfebrecida evocación de la piel y la pasión, era la ternura la que se adueñaba de su corazón, de modo que, poco a poco, y por la confiada inocencia del niño dormido, la bailarina

mulata que de modo tan violento había gobernado su deseo fue transformándose en su recuerdo en una niña también, dormida y frágil, náufraga de besos dulces, candorosa y blanca. Paralelamente, recuperada su propia memoria de niño cuando lo veía trepar a los manzanos, perseguir a los pájaros, *llindiar les vaques*, llenar los bolsillos de cerezas o retozar con los perros, los días de verano trajeron también para Canor el reencuentro con Liborio, las largas conversaciones acompañados de un número creciente de botellas de sidra, la visita compartida a las amigas que frecuentaba el tarambana de los Santaclara y, en definitiva, la sensación de que aquella aldea y aquella ciudad a la que bajaba con frecuencia eran su casa, el lugar al que volvía para quedarse, la única patria que reconocía, aunque no pudiera evitar el remordimiento que permanecía ahí, oculto, pero acechante, de lo escasa que había sido la contribución a su defensa.

Con Liborio, y en las noches interminables en que sus conversaciones encontraron acomodo, fue pergeñando la otra línea de actuación, la que tenía que ver con su ocupación una vez retornado. Mientras Liborio le aconsejaba que hiciera buenas inversiones y viviera de los dividendos que estas le procurarían, con todo el tiempo para disfrutar de la vida, Canor acariciaba, como un sueño, algo mucho más tangible: dedicarse al negocio de los automóviles, lo que solía hacer a Liborio estallar en carcajadas, porque no podía ser negocio de ningún tipo vender, y eso con suerte, uno o dos coches al año a las escasísimas personas que podían costárselos...

Flora Mateo llegó a Nozaleda con el viento de septiembre instalado en el levísimo revuelo de su larga falda de ligero *tweed* gris, mucho más estrecha de lo que estaban acostumbrados a ver por allí. Se había quitado la levita que junto con la falda componía el traje sastre y la había colocado en el antebrazo, haciendo equilibrios con las dos maletas, una más grande y otra más pequeña pero aparentemente más pesada, y la blusa inmaculadamente blanca de bordado inglés dejaba adivinar que la muchacha se había apuntado a la moda del corsé más ligero. Todo ello, unido a los tirabuzones perfectos de una melena casi rubia que le cubría media espalda, por debajo de un pequeño sombrero de color azul *lanvín* (las mujeres de la aldea nunca habían oído hablar de esa denominación y preferían llamarlo azul azulete), le daba un aspecto de niña crecida, desmentido de inmediato por la mirada de color gris, en la que libraban batalla una inteligencia fácilmente identificable, la franqueza, la voluntad y la seguridad en sí misma.

En definitiva, nadie había visto en aquella aldea una mujer como la que en la mañana del primer día de septiembre de 1915 descendió de la *xarré* de Honorino Santaclara, que había recibido el encargo expreso de recogerla en la estación del tren de Gijón para conducirla al que sería su hogar en los meses siguientes, unas dependencias en el piso de arriba de la escuela. Era la sustituta de doña Alejandrina, una envarada mujer que padecía asma y a quien el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes había tenido a bien, tras múltiples solicitudes, requerimientos y certificados médicos, conceder su traslado a un pueblo del sur de León del que era natural y donde su hermano

cura ejercía como párroco. Su plaza, según tenían entendido en el pueblo, la ocuparía Flora Mateo, una maestra madrileña de veintidós años a quien su claro posicionamiento contra el gobierno de Maura (había participado en las manifestaciones que protestaban por sus actuaciones) no había granjeado precisamente simpatías en el ministerio, a pesar de pertenecer a una familia con posibles y muy partidaria de la ley y el orden. De hecho, fue esa circunstancia, la influencia de su padre, dueño, entre otras muchas cosas, de una empresa de cerámicas de gran renombre, lo que la condujo fuera de Madrid para apartarla de las malas influencias, en un intento de compensar lo que sin duda había sido un grave error, porque ya se sabía cómo podían pervertir las mentes poco formadas las ideas extranjeras: permitirle estudiar durante un año en París con menos de veinte años. Como este extremo se desconocía en el pueblo, la extrañeza de que la nueva maestra llegara desde Madrid constituía uno de los acontecimientos que daría que hablar, sin duda, durante una larga temporada. Su presencia, tan llamativa, su elegancia y su forma de comportarse tan diferente a la gente del pueblo, alimentó las conversaciones en el chigre, en el lavadero y en los encuentros ocasionales en la fuente o a la salida de misa.

Quienes más lo notaron fueron los propios críos, medio centenar de niños y niñas de diferentes edades que encontraron acomodo en la nueva escuela, construida con las aportaciones de algunos emigrantes, Canor entre ellos, y el trabajo de los propios vecinos. Estrenar escuela y maestra convirtió la vuelta al colegio en todo un acontecimiento, y en una experiencia que hizo olvidar rápidamente tanto los métodos como las absurdas enseñanzas de doña Alejandrina, transformando de la noche a la mañana un mal inevitable que se concretaba en reglazos en los nudillos y sabañones por el frío, en una aventura en la que aprender abría perspectivas vitales inimaginables hasta la fecha.

Más allá de la curiosidad que suscitaban su origen madrileño, sus trajes y sus elegantes tirabuzones, cuyo perfecto acabado era motivo de admiración y de envidia a partes iguales, su llegada desbancó cualquier otro tema de cotilleo general, sobre todo porque no pasó mucho tiempo sin que comenzara a generar controversia el hecho de que les enseñara palabras en francés —decía que no bastaba con repetir las lecciones, que había que entender lo que se

decía para dejar de ser loritos— y, sobre todo, que, al parecer, había suspendido la costumbre de doña Alejandrina de rezar el ángelus a mediodía.

Este tipo de decisiones pedagógicas alteraron bastante los ánimos, por lo que don Clemenciano tomó rápidamente cartas en el asunto y visitó a la maestra en su clase, y ante todos los niños le recordó su deber de hacer buenos cristianos, que como todo el mundo sabía era la base de cualquier instrucción infantil. Como era mediodía, el cura tomó el mando de la clase y comenzó a rezar el ángelus con los niños, sin que Flora Mateo se inmutara y sin que abandonara aquella sonrisa leve que, con el tiempo, quienes más la conocieron sabrían identificar como el disfraz perfecto de su estado de furia absoluta, tan lejana de la sonrisa franca, abierta y con los ojos chispeantes que exhibía cuando de verdad era feliz. Colocada un poco más atrás de don Clemenciano, y confundida con el rumor de los rezos de los niños, movió los labios con la pericia de quien es dueña de sus decisiones, de modo que ante la mirada de reojo del cura, profusamente entrenada en el oficio de decir misa de espaldas al pueblo controlando simultáneamente el grado de recogimiento de los fieles, dio la impresión de que se unía a una oración de la que no participaba en absoluto. Terminados los rezos con tres avemarías de regalo por gentileza de don Clemenciano, y con el rostro ligeramente coloreado por la profunda satisfacción que le procuraba saberse salvador de las almas de los tiernos infantes y, sobre todo, haber dejado bien claro quién era cada cual en aquel pueblo, este se despidió de la maestra recordándole que, si le parecía bien, él podía acudir a la escuela para dirigir el ángelus o el rosario, que doña Alejandrina siempre rezaba con los niños por la tarde durante el mes de noviembre, por todos los difuntos, que era un pueblo muy unido y estaba bien que los unos colaboraran con los otros. Flora mostró sus perfectos dientes en lo que parecía una sonrisa pero era la manifestación inequívoca de que la ira estaba creciendo por momentos, aunque eso era algo que solo ella sabía, y con su voz más angelical le dijo al cura que le parecía muy bien, que si quería ella también podía ir a la iglesia a ilustrar a sus feligreses acerca de asuntos tan importantes como el curso del río Duero o cómo se había desarrollado la conquista de América. Poco acostumbrado a la ironía, y seducido por lo que a él le pareció una sonrisa sincera, don Clemenciano no fue capaz de entender

que Flora Mateo iba a ser un hueso duro de roer.

La presencia de la maestra iba a cambiar muchas cosas en aquel pueblo, pero, sobre todo —y desde el primer instante—, alteraría para siempre la relación de dos personas que la vieron bajarse el primer día de la *xarré* y hacerse cargo de sus maletas, sin dejar que nadie la ayudara, y dirigir sus pasos firmes hacia la escuela acompañada por Honorino Santaclara, que portaba (él sí requirió la ayuda de un par de muchachos) un baúl de gran tamaño y aparentemente muy pesado porque estaba lleno de libros y material escolar. Sin intercambiar palabra, Canor y Liborio, que hasta ese momento discutían animadamente acerca de automóviles, tuvieron la sensación de que estaban ante una mujer que también a ellos podía cambiarles la vida.

Gregorio y Onel nunca tuvieron constancia de la marea de dimensiones formidables que provocaba, con la terquedad de las olas que golpean las rocas, y ocupaba más horas de las que parecería lógico en la vida de su tío y su padre, respectivamente, la presencia turbadora y fresca de Flora Mateo. Internos en los jesuitas, solo volvían a casa algún fin de semana, y para entonces, ocupados en sus cosas, no solían ser conscientes del confuso mundo de los mayores, a quienes, por supuesto, tampoco presuponían asuntos amorosos. Goyito ya había aprendido que su tío Liborio era un donjuán, un picaflor, y eso poco tenía que ver con el amor como emoción ingobernable, por lo que ya todos habían perdido la esperanza de que sentara la cabeza y se casara con una chica en condiciones. Por su parte, Canor, ocupado en sus nuevos negocios y en el avance imparable de las obras de su nueva casa, había visto cómo ante sus vecinos su imagen evolucionaba: ya no era ni el rapaz más jovial de los Forquetos, ni el indiano retornado, sino que poco a poco adquiría un peso específico en el pueblo, de forma que era todos y ninguno de los que había sido. Ni Onel ni Gregorio sentían particular interés por Flora Mateo. Su vida académica permanecía tan ajena a la escuela del pueblo que nada que tuviera que ver con ello les ocupaba ningún hueco. A Gregorio porque pasaba la mayor parte del tiempo de su episódica y breve estancia en Nozaleda encerrado en el comedor de su casa con los libros que conseguía de la biblioteca del colegio y los que le compraba su padre, todos ellos relacionados con la biología y la medicina, su gran pasión, y a Onel porque, cuando se veía en la aldea, se convertía en el niño salvaje que, con alpargatas

y los viejos pantalones de tirantes y la camisa casi siempre mal abotonada, espiaba a los malvises, los mederizos, raitanes, verderinos, andolines, ñerbatos o estorninos, identificaba los diferentes trinos, aprendía a imitarlos a la perfección, trepaba a los árboles para observar los nidos con cuidado extremo, sin tocar nada, y le faltaba tiempo para colgarse de su abuelo y compartir con él los trabajos del campo, que este no descuidaba en absoluto, por mucho que su hijo se empeñara en que dejara muchos de ellos en manos de alguno de los que trabajaban ahora en su hacienda del mismo modo en que él y sus antepasados habían trabajado toda la vida para otros amos. Tomás *el Forquetu* constituía la excepción de la norma que recomienda no pedir nunca a quien pidió, ni servir a quien sirvió. Él seguía siendo el mismo hombre que durante casi tantos años como recordaba tener había servido a los Santaclara, y le costaba un esfuerzo superior a su capacidad entender que aquel par de muchachos bien dispuestos y rebosantes de energía que su hijo había contratado para que sacaran adelante los trabajos de la hacienda, ahora mucho mayor de lo que nunca había sido, se encargaran no solo de llevar todo el peso del trabajo, puesto que por eso les pagaban, sino que además fueran capaces de hacerlo tan bien como él mismo.

Si, en vez de estar tan concentrados en sus intereses, los dos niños le hubieran dedicado un mínimo fragmento de su tiempo y algo de la reflexiva sutileza que habitaba sus miradas de niños listos y observadores, habrían comprobado, seguramente con extrañeza, el complejo juego de seducción triangular que se establecía, sin apenas palabras, entre los tres. Habrían asistido entre curiosos y divertidos al modo en que tanto Canor como Liborio reconocían su inseguridad a la hora de acercarse a la maestra, como si de pronto hubieran vuelto a la adolescencia, y en el caso de Liborio, ni eso, porque él nunca había conocido la timidez que ahora amenazaba con doblar sus rodillas cuando ella lo miraba, asomando el alma a sus ojos grises, y peor aún, con llevarlo al puro desmayo cuando sonreía con aquellos dientes tan perfectos. Él, en su escaso conocimiento de los recursos poéticos, daba por asociarlos con perlas, para inmediatamente concluir que lo mejor de aquella boca era, sin duda, lo que seguro que era capaz de hacer. A él, que nunca había sentido inseguridad alguna, le faltaba de repente la confianza, y se pasaba más

tiempo del que nunca había dedicado a tales menesteres consultando al espejo acerca de su aspecto y de la idoneidad de su indumentaria, mientras se maldecía por aquella debilidad que descubría en su corazón seductor, enamoradizo y trivial. Si él solo quería derribar aquella fortaleza inexpugnable que se adivinaba detrás de la mirada franca y la sonrisa amable. Solo eso, justo lo que había conseguido con todas las mujeres con las que se lo había propuesto, sin excepción: las más decentes, las más casquivanas, las más casadas, las más beatas, las más remilgadas, las más pudorosas, las más tiradas, las más indiferentes. Todas, absolutamente, todas las que por la razón que fuera se habían colocado en su punto de mira, habían sucumbido a su inapelable capacidad para la seducción. Por ello no podía evitar maldecirse a sí mismo y a su debilidad por el hecho de estar dedicándole, no ya tanto tiempo ni tanta energía a aquella mujer, sino, y esto era mucho peor, por estar permitiendo que una conquista le estuviera arrebatando aquella confianza en sí mismo que era la defensa que lo mantenía a salvo de cualquier sufrimiento.

Canor, apenas superado el duelo por su mujer, había encontrado en la mirada de Flora Mateo, y en las escasas palabras que cruzaban cuando se encontraban por casualidad (después de que Canor hubiera calculado con la precisión llevada al milisegundo) por alguna de las caleyes del pueblo, o delante de la iglesia, o camino de la casa de Santaclara —que la proveía de la leche y la mantequilla que necesitaba—, el aliento definitivo para encontrarle, como siempre había hecho, la gracia a la existencia. Sin ojos más que para la sonrisa y la mirada de Flora (la percepción de Liborio solía situarse en cambio del cuello hacia abajo, adivinando redondeces, calibrando tersuras, imaginando secretos), Canor fantaseaba con aquel halo mágico que emanaba de los pasos de la maestra, como si el alma se impusiera a cualquier otra consideración, y entonces, como tampoco poseía grandes recursos poéticos, concluía que la única razón por la que aquella mujer ocupaba su mente de aquel modo, dejando a su paso un aura dulce como la fruta madura y una añoranza de bolero escuchado en la noche, era porque, más que mujer, era un ángel.

—El progreso, Liborio, parece mentira que tú no seas capaz de verlo así.

Al escepticismo de Liborio en materia de venta de coches sucedía siempre la risa de Canor, que contraatacaba diciendo que eso era el futuro. Por eso había tenido que ser Honorino Santaclara, en el curso de una comida celebrada en su casa en la que estuvieron como invitados Canor y su hijo Onel, el que rompiera una lanza a favor del amigo de su hermano, y augurara un futuro en el que quien más quien menos acabaría por motorizarse.

—Yo lo que le digo a Canor es que el hotel restaurante en la plaza del Marqués se traspasa, y sería una buena oportunidad. Es un negocio seguro. Solo tienes que supervisarlos, porque va solo. El personal es muy laborioso, y la clientela está asegurada: todos los viajeros hacen noche en él.

—No me veo dirigiendo un hotel.

—Tampoco te veo vendiendo autos, si quieres que te diga la verdad. Y tú no tendrías que dirigirlo. Solo supervisar.

Clemenciano, que mordisqueaba con fruición unas chuletitas de cordero, permanecía callado, aguardando el momento preciso en que su intervención se recibiera como si el mismísimo Dios de los Cielos hablara por su boca, y para ello administrar los silencios era una de sus habilidades esenciales.

—Podrías contratar a Liborio para que lo dirigiera —dijo tímidamente Honorino, consciente de que su deseo de ver que la vida de su hermano adquiría aunque fuera un ápice de estabilidad era solo comparable al temor que le procuraba el errático, atolondrado y vivalavirgen carácter del pequeño de la casa.

—Ya, eso ya lo hemos hablado —se apresuró a decir Canor—. Me fio de él absolutamente, porque nadie mejor que Liborio conoce el mundo de los establecimientos públicos.

—Y además, una cosa no quita la otra. De tu aventura motorizada no va a quitarte ningún tiempo. Podrás vender todos los coches que tú quieras. Bueno, todos los que quieran comprarte, que no van a ser muchos.

—No sé por qué te empecinas en una idea tan absurda, Liborio, no lo puedo entender. Este siglo es el del progreso, parece mentira que no lo entendáis. Ahora hay muy pocos coches, pero pronto todo el mundo querrá tener uno. Asistiremos a grandísimos adelantos. Quién nos iba a decir que íbamos a poder ver moverse ante nosotros a personas que no están delante, una pura imagen, sin más... Cuando se ha visto el cine, todo es posible.

Honorino miró a su hijo Gregorio, que comía con un silencio impostado, masticando con cuidado bajo la sombra del bozo que presagiaba adolescencia, aunque por debajo de la mesa se librara una batalla de puntapiés con Onel, que estaba a su lado y que a duras penas podía aguantar la risa.

—¿Qué más quieres? —dijo Liborio sonriente—. Me dejas al cuidado del hotel, amarrado al duro banco, y a ti te queda el camino libre aquí, el tiempo que te dejen tus numerosas ventas de automóviles, claro, ejem, para cortejar a... *yasabesquién*.

Clemenciano pareció desplegar una invisible antena que, aunque no interfería en absoluto ni con su masticación ni con el rechupeteo de los huesos de las chuletas, se tradujo en la elevación perfectamente perceptible de la ceja derecha.

—Venga, venga, hombre, no digas tonterías... —Canor se apresuró a intentar borrar el efecto de las palabras de Liborio, pero enrojeció, como cuando era pequeño. Su batalla contra el rubor, librada en dos continentes, ya la había dado por perdida.

—No son conversaciones para la mesa, Liborio, que hay ropa tendida.

Honorino lo había pensado el mismo día que llegó Flora Mateo. Mientras la acompañaba a casa cargando su equipaje, pudo captar en un segundo las miradas de los dos amigos: hambrienta una tras la evaluación rápida del cuerpo que se adivinaba bajo el serio atuendo, soñadora la otra, como si en

ese mismo instante cada uno de ellos se hubiera quedado con una de las partes en que el dualismo antropológico de los clásicos divide al ser humano. Canor y Liborio habían dividido sin pestañear a aquella mujer en cuerpo y alma. Y cada uno había elegido con qué parte se quedaba.

—Yo solo digo que para Canor sería únicamente una inversión. El hotel va solo y el restaurante también. Tampoco es que sea muy grande, creo que únicamente son dieciocho habitaciones con vistas al mar, que no sabes cómo les gusta eso a los viajeros que vienen de León y de Valladolid, aunque luego los pobres se pasen la noche soñando con barcos. Vistas al mar en casi todas las habitaciones y vistas al mar en el restaurante. Y el precio es una ganga, eso puedo asegurarlo. El dueño está deseando dejarlo y marcharse a Zamora con su mujer. Tú no tendrías ese problema.

—No, claro, yo ni me quiero ir a Zamora ni tengo mujer. —Canor sonrió mientras miraba de reojo a don Clemenciano, que seguía alimentando su silencio a la vez que alimentaba su cuerpo mortal—. Lo pensaré, no creas que me disgusta del todo la idea. La ubicación que tiene me permitiría no tener problemas para traspasarlo si me aburro.

—O si te falla este manguán —musitó Clemenciano como si únicamente estuviera hablando para el flan de huevo que ocupaba su paladar en aquel instante.

—Yo lo único que te digo, Canor, y esto te lo dice un aldeano, es que no descartes lo de los autos. —Honorino trataba de borrar con esta afirmación apresurada el comentario admonitorio de su hermano el cura—. El signo de este siglo es el progreso. Asistiremos, sin duda, a toda clase de maravillas relacionadas con la ciencia y la mecánica.

—El progreso solo nos traerá desastres, y, si no, al tiempo —dijo el cura, depositando sobre el plato de postre la cucharilla, en la que no quedaba ni un resto del caramelo líquido del flan, como si con aquel gesto subrayara la idea que seguramente le había llevado toda la comida formular en el tono adecuado para dejar flotando en el aire la amenaza que se fragua en ese lugar que ningún humano, ni siquiera los elegidos, puede modificar, ni tan solo una pizca, para que el destino no se convierta, como lo hace con frecuencia, en un inapelable castigo.

Después de un otoño de miradas furtivas y educados saludos, y de un invierno en el que fueron frecuentes los ofrecimientos de Canor, interesado en conocer qué tipo de necesidades podría tener Flora Mateo (tal vez leña, para calentar la casa, algún recado de la ciudad, llevar sus cartas a correos, lo que precisara, para eso estaba él, faltaría más), la primavera de aquel año trajo consigo una explosión de mimosas amarillas en los árboles que bordeaban el camino de la escuela, y una sucesión de hechos extraordinarios que alteraron la vida pausada de Nozaleda. Cuando aún se seguía hablando de las extrañas formas de educar de la nueva profesora, apareció por Nozaleda su hermano Emilio, un muchacho de apenas veinte años, en cuya mirada habitaba una tormenta permanente y una vida cargada de argumentos que parecían contradecir el cálculo de los días que llevaba sobre la tierra. Emilio había vivido mucho, y ese mucho lo había vivido en París los últimos tres años. La estancia parisina, en la que su padre tenía puestas grandes esperanzas, le había cundido bastante más que a su hermana, y no para bien, precisamente. Podría haber sospechado algo, habiéndolo dejado bajo la tutela del tarambana de su tío Nicolás, que se había casado con una joven sabiamente elegida, puesto que, si bien no era demasiado agraciada, había llegado al matrimonio con una soberbia casa en Saint Honoré y con las acciones de un buen puñado de empresas que les permitían mantener un elevado tren de vida. Mientras que el año que Flora pasó en París lo dedicó a estudiar Filosofía en la Sorbona, Emilio, que aparentemente había ido para aprender Economía y Derecho, había dedicado su estancia a relacionarse con nostálgicos de la Comuna,

artistas, escritores y otras gentes de mala vida y peor economía, y a ver cómo su salud, que nunca había sido muy buena, se veía definitivamente dañada con un par de enfermedades venéreas leves y con una tuberculosis que, una vez demostrada su fortaleza frente a la medicina francesa y sus remedios, lo devolvió a su casa de Madrid de forma puramente provisional, ya que su traslado a Asturias estaba más que decidido, en la confianza de que el aire puro de la aldea contribuiría a la curación que tan remisa se mostraba.

Emilio traía consigo, a pesar de su juventud, o tal vez por ella, un montón de ideas revolucionarias, un catálogo de amores fugaces y un equipaje de bacilos de Koch que, sin embargo, no habían conseguido arrancar de sus labios una sonrisa que mezclaba la seducción con una inocencia infantil que tan buenos réditos le había proporcionado. Traía también la devoción que siempre había sentido por su hermana, y el deseo de entender por qué, aparte de los problemas que había tenido por su significación en las protestas ciudadanas, había enterrado en un pueblo asturiano, tan diferente de la ciudad y sus prodigios, su juventud. Flaco, con los ojos como enormes pozos oscuros en la palidez de su rostro, tenía sin embargo una sonrisa arrebatadora y blanca, y una elegancia extraña, invisible para los habitantes de Nozaleda, partidarios del viejo refrán que concluye que no hay mejor espejo que la carne sobre el hueso.

Todo ello no causó precisamente indiferencia entre las mujeres que con paciencia infinita Flora había conseguido reunir en su casa después de terminar las clases.

Porque ese había sido el gran éxito de Flora en los meses que llevaba como maestra, de lo que más orgullosa se sentía, más allá de lo entregados que había conseguido tener a unos niños más acostumbrados a recibir reglazos en los dedos que a ser considerados seres pensantes, paulatinamente entregados al encanto que se desprendía de su voz de extraño acento (tan señoritinga, tan de la capital, decían algunos), alejado de la línea de entonación cantarina de la aldea, y subyugados por aquella mirada que los leía por dentro. Doña Alejandrina también les miraba la conciencia, como decía ella, pero lo hacía en su condición de ayudante del Altísimo a la hora de contribuir con Él a la tarea salvífica del género humano. Vamos, que la diferencia entre una y otra

era abismal: con doña Alejandrina se sabían fiscalizados y parecía que ningún pecado, ninguna falta, ni la desidia con la que habían abordado determinadas tareas ni la falta de diligencia para hacer un buen examen de conciencia antes de la confesión con don Clemenciano, quedaban fuera del alcance de los escrutadores y diminutos ojos de la maestra. Nada tenía que ver con la forma en que Flora los miraba: por dentro, sí, pero como si les tocara el corazón. Vivían también en un estado de enamoramiento permanente, disputándose la cercanía de la maestra, imitando los gestos y hasta el peinado (aquella melena de tirabuzones parcialmente recogidos con una cinta siempre a juego con el vestido o la falda que llevara), peleando por el privilegio de colocarse a su lado cuando se apelotonaban a la salida y la acompañaban a casa. Resultaban estar interesados todos de repente por la geografía de aquellos lugares remotos, que tenían vida porque no eran únicamente trozos de colores desvaídos en un mapa, sino que, a través de la voz de Flora, había montañas y ríos, y ciudades con edificios impresionantes, y puentes, y personas que hablaban otros idiomas (¡que también se podían aprender!) y grandes teatros, y ellos podrían un día llegar a conocerlos, porque para eso escuchaban ensimismados los avances en los medios de locomoción. O el misterio de los quebrados, que entendieron a la primera el día que Flora se presentó con una enorme tarta de chocolate que fue partiendo de forma que todos supieron enseguida que $1/16$ era mucho menor que $1/4$ aunque 16 fuera mayor que 4, o precisamente por eso. De pronto todos querían dibujar, porque Flora les había dicho que si lo hacían tal vez pudieran llegar a ser grandes pintores, como Velázquez, que pintó *Las meninas*, o como Vermeer, o como Goya. También quisieron todos, de un día para otro, ser científicos y estudiar la naturaleza, o médicos capaces de entender qué le ocurría al cuerpo humano y ponerle remedio.

Más allá del formidable éxito que suponía el entusiasmo generalizado de unos niños aldeanos por la anchura de un mundo ajeno a las preocupaciones esquemáticas de su entorno, lo que Flora había conseguido, al principio sin proponérselo, y, cuando empezó a ver las enormes posibilidades, con un empeño vehemente, era aquella especie de escuela paralela que había terminado por montarse en su propia casa por las tardes, cuando terminaba su

trabajo, y que en solo unos meses reunía a un grupo de siete mujeres que robaban tiempo al tiempo y aplicaban velocidades de vértigo a las tareas en casa para extraer apenas una hora y vivirla en casa de la señorita Flora.

Todo había empezado con Dorina, la madre de dos de los niños de la escuela, y, a lo que se veía, bastante torpe a la hora de vestirlos con ropas demasiado grandes o demasiado pequeñas. Flora se ofreció a echarle una mano: de sus años de formación en la Escuela de Magisterio, tenía nociones de corte y confección, que más tarde había desarrollado por su cuenta con la ayuda de alguna amiga particularmente hábil y luego en París, gracias a la costurera que vivía en la casa de Saint Honoré, de forma que gran parte de la ropa que llevaba y que tanta sensación causaba en el entorno había salido de sus manos y de su aguja. Cuando los dos pequeños de Dorina acudieron a misa con su nueva ropa, que no era tal, sino una sabia combinación de prendas en desuso y algunos trozos de tela que tenía ella en casa —y con unos botones espectacularmente bonitos que se había comprado en una mercería en Gijón—, todas las mujeres quisieron saber y supieron que Dorina no solo podía ponerles a sus niños unos pantalones y unas chaquetas con tan buen aspecto, sino que todo ello, aquel milagro, se había producido en muy poquitas horas, en casa de Flora, y tal circunstancia actuó como la más eficaz publicidad, alimentada por el hecho de que, en el tiempo en que se había fraguado aquel milagro de la transformación de prendas prácticamente inservibles en otras de estreno, Dorina había puesto buen cuidado en que nadie supiera en qué se andaba, porque muy convencida del éxito de aquella empresa tampoco estaba y, como era muy joven, no tenía la piel lo suficientemente dura como para que no le importara el catálogo de chanzas con que su intento de hacerse modista (porque de tal temeridad la acusarían, sin duda) fuera la comidilla en la fuente, a la salida de misa o en cualquier conversación de caleya.

Con la cadencia de un goteo, otras mujeres fueron llegando: con timidez, con justificaciones que Flora desdeñaba con una sonrisa, feliz de estar entrando en la vida de aquel pueblo, tan lejano de lo que había sido su vida hasta entonces.

El vaivén emocional entre Canor y Liborio, tejido con miradas y sobreentendidos ajenos a cualquier formulación explícita, no solo ocupaba parte del tiempo (más incluso del que ella creía lógico) de Flora Mateo. También, para su sorpresa, pronto constituyó materia de conversación de las tardes con las mujeres. No al principio, claro, porque la timidez, la falta de confianza y una extraña incertidumbre ante aquella situación novedosa procuraban que la fluidez habitual de las mujeres quedara oculta bajo una capa de respeto, como el que se guardaba en presencia de don Clemenciano, que, de todas formas, duró muy poco tiempo: pronto se impuso la risa de Dorina, el despistado aterrizaje de Marta en la realidad desde el universo de nubes por el que transitaba, la oportuna palabra de Encarna desde su aparente mala leche, la visión aguda y certera de Victoria, la concesión a la infancia perdida de Meli. Y con la risa, la broma, la palabra fácil llegó también el tiempo para la confianza, y el tiempo para las otras cosas, entre las cuales tomó carta de naturaleza, por lo obvio que resultaba a los ojos de aquellas mujeres, la duplicidad de pretendientes de Flora.

Y eso a pesar de que Marta insistía en que ambos eran demasiado mayores para la maestra. Ella misma tenía una edad parecida, y tanto Liborio como Canor le parecían vejesterios, por muy atractivos que pudieran resultar para el resto de las mujeres, que si bien no ocultaban el extraño nerviosismo que les procuraba la seductora presencia de Liborio (ninguna lo decía, pero prácticamente todas habían tenido algún encuentro más o menos comprometido con él, zanjado en la mayoría de ocasiones con un restregón a la sombra

cómplice de algún castaño), sabían que, justamente por ello, no era hombre de mucho fiar, mientras que la apacible mirada de Canor, sus formas amables, su firmeza y seguridad, unido a que lo sentían más próximo, lo convertían en el candidato idóneo. Por mucho que la fortuna lo hubiera favorecido en las Américas, seguía siendo uno de los de ellos, un Forquetu, y hasta lo recordaban en los años anteriores a cuando embarcó. Y Liborio era un Santaclara.

Flora, aunque le divirtieran las discusiones y la charla amable de las mujeres, procuraba no alentar demasiado las disquisiciones. Tenía muy claro que el objetivo principal de aquellos encuentros era, por encima de todo, puramente educativo, aunque ellas no lo supieran. Les enseñaba cómo hacerse vestidos para la fiesta del pueblo, vestidos de verdad, y no aquel atuendo repetido hasta la saciedad: medias de lana o de algodón, saya de estameña o percal, refajo de lana o algodón, camisa y enagua, de lino o algodón, y luego el justillo, una chaquetilla o manta ligera —según la temperatura—, y por último un pañuelo de algodón o lana. Vestidos como los que ella misma llevaba y que había aprendido a confeccionarse. Con todo, tampoco aquellas clases de corte y confección, como pomposamente las llamaba Meli, que se lo había oído a una prima suya que vivía en Gijón, eran el objetivo principal. Lo que Flora buscaba, por encima de todo, era modificar para bien la durísima vida de aquellas mujeres: enseñarles desconocidos hábitos de higiene que chocaban muchas veces con la tradición, inculcarles nociones de salud, especialmente todo lo que tenía que ver con los niños.

También les enseñaba a pensar, sin que se dieran cuenta, porque, poco a poco, en las reuniones, además de hablar, Flora instauró la costumbre de leerles en voz alta mientras ellas cosían o hacían punto, o peleaban con las medidas para cortar la ropa. Empezaron con el *Adiós, Cordera* de Clarín, y se emocionaron con una historia que no estaba tan lejos de su mundo referencial, y como esa emoción les gustó, siguieron con la triste historia de la lazarilla Nela, enamorada de Pablo Penáguilas, el chico ciego que al recobrar la vista no soportará la fealdad de la protagonista, lo que tenía a las mujeres sumamente indignadas por la injusticia manifiesta que eso suponía, especialmente a Encarna, que repetía sin parar qué hijoputa, qué hijoputa, lo

que hacía totalmente extensivo al resto de los hombres.

Y entonces, un día, recibieron la visita de don Clemenciano, que ya había oído, porque nada quedaba fuera de su control, que en casa de la maestra se reunían algunas mujeres un par de tardes a la semana. A ninguna se le escapó el gesto de Flora de ocultar bajo unos trozos de tela el libro que estaba leyendo hasta segundos antes de que el cura, con aquel revuelo de manteo, intensificado por el viento que se había puesto a soplar desde el mediodía y parecía venir preñado de una lluvia que descargaría antes de que anocheciera, llamara a la puerta.

—Vaya, vaya, qué alegría de reunión de mujeres hacendosas. Cómo me gusta veros así, hijas, dándole a la aguja y aprovechando el tiempo... sin que ello suponga, espero, desatender vuestras tareas del hogar...

Todas se apresuraron a negar con la cabeza. Porque además era cierto. Todas sabían que, si querían permitirse aquella expansión que suponía encontrarse en la casa de la maestra, ni una sola de sus obligaciones debía resentirse. Al contrario, todas se esforzaban particularmente y ponían más mimo en dejar la cocina perfectamente recogida y los animales atendidos, y, quien más quien menos, solía dejar preparada para la cena algo especial, una compota de manzana, por ejemplo, o unas galletas (de hecho habían tomado la costumbre de llevar algunas para compartirlas con el chocolate a la taza que Flora solía preparar) que compensaran aquella libertad que se tomaban.

—Así, así me gusta. Yo no quiero meterme donde no me llaman, pero, señorita Flora —había siempre un claro retintín en esa forma de llamarla señorita—, ¿no le parece que sería muy oportuno y sería una forma admirable de conjugar el sabio mandato de «ora et labora» que, mientras cosen, rezaran el santo rosario?

Los caminos de Gregorio y Onel se separaron, aunque solo aparentemente, porque la pubertad del pequeño trajo consigo el consecuente cambio de voz y que el cura que se ocupaba del coro empezara a torcer el gesto cuando Onel entonaba el *Kyrie eleison*. Cantar era la única compensación que le aportaba vivir interno en un colegio en el que la relación con los otros niños se limitaba a jugar sin apenas palabras y las clases suponían una suerte de prisión en la que solo algunas veces, muy pocas, encontraba algo que le resultara de interés. Jamás había entendido qué demonios eran las raíces cuadradas ni para qué servían, ni, sobre todo, por qué se llamaban raíces, si nada tenían que ver con las rugosas estructuras orgánicas que tanto lo seducían en sus andanzas por la aldea, especialmente desde que el abuelo le había dicho que los árboles eran muy curiosos, porque crecían hacia arriba con el tronco y las ramas y crecían hacia dentro de la tierra con las raíces. Esa vocación por lo oculto de los árboles lo apartaba de forma inmediata de las evoluciones del profesor en el encerado escribiendo números incomprensibles. Y la amistad con Gregorio no lo redimía del hartazgo insoportable que le procuraban los rezos, la rigidez, el frío de los pasillos, la sensación enojosa de provisionalidad del dormitorio, la irritante proximidad de niños estirados y presumidos, abocados muchos de ellos a convertirse en insufribles lechuguinos que inexplicablemente terminarían por regir los destinos del resto de los habitantes de la ciudad desde sus puestos de privilegio. Gregorio tampoco le hacía demasiado caso: su pasión por el conocimiento, por encerrarse en la biblioteca para llenar con palabras cualquier tiempo libre alejaba cualquier posibilidad de relación con

Onel, interesado en compartir con él las nostalgias de Nozaleda. Así que, a pesar de que Canor opinaba que la enseñanza en los jesuitas podía garantizarle un futuro con muchas más opciones que las que él mismo había tenido, la insistencia del pequeño en dejar el colegio y acudir a la escuela del pueblo con la señorita Flora fue tal que, antes de terminar el curso incluso, Onel empaquetó en su pequeña maleta de cartón gris, comprada con tanta ilusión unos años atrás por la abuela, todas sus pertenencias y volvió a Nozaleda a instalarse en su hogar definitivo, el que su padre había construido y que secretamente soñaba con compartir con la maestra.

Y fue seguramente Onel el responsable último de que la balanza en la que se medían las dudas de Flora Mateo en un movimiento pendular entre Liborio y Canor se inclinara hacia este último. Por mucho que la mirada ígnea de Santaclara atravesara las defensas que la maestra había edificado en torno a su corazón, poco a poco la nobleza y aquello que se parecía al candor y que tan bien rimaba con su nombre se hicieron un hueco en el pensamiento de Flora y hasta en su deseo. Y fue justamente por Onel, que empezó a sentarse en los bancos de la escuela cuando la promesa de primavera extendía sus brazos floridos en las mimosas y en las reuniones de las tardes comenzaba la vida a abrirse paso a través de las palabras, las historias, las páginas de los libros y los hilos de colores con los que se bordaban iniciales en sábanas, o se aprendía a zurcir en condiciones, o a tejer, mientras se enhebraban temores, y se sacaba el jaretón a la esperanza, y la risa adquiría dimensiones desconocidas, de tan francas. Al menos hasta que aparecía Emilio, el convaleciente hermano de Flora, pálido y fugaz pero perturbador, con aquel mundo insondable que se asomaba a sus ojos hundidos en el abismo que dibujaban los pómulos. También Emilio influyó en la decisión, pero fue principalmente por Onel, que en el segundo banco, al lado de la ventana, dejaba a veces vagar su mirada desde la pizarra hasta los castaños del camino, alertado por el melodioso tic tic tic de un raitán, o por el batir de las alas y la cola de alguna pareja de cagapraos, y Flora veía en él a su padre, por más que el parecido fuera mínimo, porque la melancolía que convertía en náufraga la mirada de ambos tenía el mismo origen, aunque ni siquiera fueran conscientes de ello, y la ternura empezó a hacer su trabajo de oleaje imparabile en el

corazón de la maestra, de modo que la seguridad trabajada con esmero dio paso a una extraña vacilación cuando Canor se hacía el encontradizo o cuando acudía a la salida de la escuela con la excusa de recoger a su hijo para ir juntos hasta la casa de los abuelos, o por el modo en que sin que él se diera cuenta lo veía desde la ventana de su casa, cargando con la pequeña Camila sobre sus hombros. Y fue así como un día se sorprendió a sí misma mirando el reloj que habían colocado sobre la mesa para enseñar a los más pequeños los misterios de la medida del tiempo, para dejar a continuación que la mirada se escapara por los cristales hacia el camino, buscando la figura de Canor. Y Liborio Santaclara no tuvo más remedio que admitir que aquella mujer se le escapaba viva una tarde que descubrió un brillo de constelaciones imposibles en la mirada de ella, justo cuando Canor apareció inesperadamente en el recodo del camino que él se había empeñado en hacer a su lado. Supo entonces que nada había que hacer en la batalla por el corazón (aunque se empeñara en decirse a sí mismo que lo que codiciaba realmente era su piel y sus piernas) de Flora Mateo. Y por primera vez en su vida, sintió algo que, si no era dolor, se parecía bastante.

—El demonio ha entrado en nuestro pueblo, queridos feligreses. Os digo que Satanás, ese maestro en disfraces, ha entrado en nuestro apacible pueblo y debéis estar atentos, porque sus asechanzas no tienen otro fin que arrastraros con él al abismo nauseabundo de su morada en el infierno.

Don Clemenciano observó a su estupefacta parroquia, que a duras penas (hablar en misa y apartar la mirada del frente estaba no solo mal visto, sino también castigado con las penas del infierno) reprimía el deseo de comentar con sus vecinos de banco a qué o a quién podía estar refiriéndose el cura. Don Clemenciano aprovechó la pausa dramática para aclarar la voz y continuó.

—Os digo que el demonio está entre nosotros, pero no puedo deciros qué forma adopta, porque en cada momento puede ser una cosa: una serpiente (advirtió un respingo colectivo en los bancos de su derecha, los de las mujeres) o un forastero que aparezca por aquí, o una mujer de insospechada belleza, o unas ideas revolucionarias, o una persona que conozcáis de toda la vida. Él sabe cómo ocultarse a los ojos de los hombres, acordaos de qué forma tentó a Eva en el paraíso. Porque eso sí es cierto: tenga la forma que tenga, siempre os tentará, siempre querrá llevaros a su terreno, siempre está reclutando víctimas para las llamas eternas. Tened mucho cuidado, hijos míos, y estad atentos, porque vienen tiempos terribles, y el demonio acecha siempre, en batalla permanente con nuestro Señor Jesucristo. Y ¿a quién vais a elegir? ¿A quien os ofrece el Reino de los Cielos, la gloria eterna, la compañía de los ángeles y los santos o a quien solo quiere para vosotros la condenación y el infierno? Parece fácil, ¿verdad? Pues ese es el gran poder del demonio, el

grandísimo poder de Satanás, que sabe cómo engañaros. Dios Todopoderoso es transparente y limpio, solo os dice la verdad, pero el demonio, ay, el demonio os enreda prometiendo placeres, y riqueza, y todo lo bueno, pero sabed, sabed todos, queridos feligreses, que nada de eso es cierto: os engaña con ideas que parecen cabales y os promete paraísos en la tierra, y no, no os equivoquéis, los paraísos en la tierra ¡no existen!, recordadlo bien, este mundo es un valle de lágrimas, y de ninguna manera va a cambiar eso, porque Dios Nuestro Señor tiene reservado para vosotros el paraíso, pero en la otra vida, en la que tendremos después de nuestra muerte, desconfiad por tanto de las promesas de Satanás... que está en nuestro pueblo, no puedo deciros bajo qué forma, pero os aseguro que yo lo he visto... ¡Lo he visto con esos ojos que se van a comer la tierra, pero que verán el rostro de Dios Todopoderoso, porque yo no sucumbiré a todas las tentaciones que el diablo me presente! ¡Y vosotros tampoco, queridos feligreses, porque vosotros, como yo, gozáis de la protección de la Virgen Santísima, y estaréis atentos para no caer!

Este tipo de sermón formaba parte del repertorio del que cíclicamente echaba mano don Clemenciano para mantener en alerta a su parroquia, pero en aquella ocasión (y algo de eso parecían sospechar los callados feligreses por el interrogante que se dibujaba en sus rostros), él mismo tenía la certeza de que no había exageración alguna en sus admoniciones. El demonio estaba en la aldea y lo peor de todo era que por primera vez entendía eso que repetía cada cierto tiempo acerca de su capacidad para transmutarse en cualquier otra cosa, de hacerse presente bajo cualquier apariencia. Y le daba rabia, porque no había forma humana de comprobarlo de un modo científico, con algún tipo de prueba de las que mencionaba la Biblia, no estaría mal por ejemplo que lo del olor a azufre fuera cierto, porque eso permitiría identificar la presencia de Satanás con más evidencias que lo que su intuición de buen cristiano y la gracia de Dios que le asistía podían permitirle. Miraba a su parroquia, al conjunto de hombres y mujeres que bajo el ambón donde se situaba para el sermón lo miraban con el temor reflejado en los ojos, y se sentía como el pastor que ha de preocuparse por la integridad de su rebaño. Allí estaban hombres y mujeres, niños y ancianos que él tenía que proteger de las asechanzas del maligno. Paseó la mirada por la concurrencia: el grupo de

ancianas beatas que bisbiseaban durante todo el rato hablara él o no, perdidas en unas oraciones confusas y seguramente incoherentes, como si le rezaran a otro dios, vio a su hermano Honorino con su hijo Gregorio, y a la mujer con sus hijas en los bancos del otro lado del pasillo. De nuevo Liborio se había escaqueado de la santa misa, aunque estaba casi seguro de que cuando se vieran le diría que había estado en Gijón y que habría asistido a San Pedro. Vio también al Forquetu con su hijo Canor y con aquel crío, Onel, y, durante unos segundos, al comprobar cómo el pequeño, que había dado un importante estirón en los últimos meses, le sostenía la mirada, pensó por un instante si sería en aquel alma donde el demonio habría asentado sus reales. Había algo inquietante en aquella criatura que siempre lo había hecho sospechar. También le procuraba la zozobra de estar ante una amenaza sin ambages el rostro sereno de la maestra, la elegancia con que se desenvolvía, y le parecía peligroso el modo en que tanto los niños como las mujeres parecían beber los vientos por ella. No solo eso: más de un hombre le había confesado las veces que pecaba contra el noveno mandamiento con la imagen de Flora Mateo. Si era capaz de propiciar esa cantidad de pecados en los hombres, seguramente la figura de Satanás no andaría lejos. Sin embargo, mientras recorría las filas de los bancos con la mirada describiendo con todo lujo de detalles las penas del infierno, en una alocución que ya se sabía de memoria y en la que incorporaba elementos cada vez más aterradores, sintió de pronto un frío en la nuca, el aliento gélido de una presencia del más allá. Fue el instante en que descubrió de pie, apoyada en una de las columnas del fondo, muy cerca del confesionario, una figura flaca e inconfundible: aquel tenía que ser el hermano de la maestra, Emilio Mateo. Y no había duda: allí estaba, detrás de sus ojos brillantes y su aspecto quebradizo de frágil muchacho enfermo, el mismísimo Satanás.

En esos dos años Onel y Gregorio parecían haber separado sus destinos, porque este último se había trasladado a Valladolid para estudiar los últimos cursos de bachiller antes de hacerse médico, y Onel, después de dejar el colegio de los jesuitas, seguía en la escuela por dos razones: su padre quería que estuviera escolarizado hasta los catorce años y, además, él se sentía bien en la escuela con Flora: la adoraba, y seguía aprendiendo a su lado, lo que no resultaba habitual porque eran muy pocos los chicos de su edad en una escuela rural en la que aquello de la instrucción no estaba particularmente valorado y la mayoría la abandonaba mucho antes. Además, empezaba a acompañar a su padre en el negocio de la venta de coches. Sin embargo, por extraño que pudiera parecer, fue esa distancia la que convirtió en inquebrantable aquella extraña amistad, forjada en la infancia a golpe de admiración y desdén. Mientras Gregorio se adentraba en el mundo de la ciencia con un entusiasmo que se convirtió enseguida en excelentes calificaciones, Onel exploraba el mundo en el que vivía: al apego que siempre había sentido por la naturaleza, especialmente por los pájaros, se había sumado un interés creciente por las personas, sus reacciones, sus pensamientos. Le gustaba hablar con su abuelo, que sabía más cosas que nadie de las nubes, de la tierra, de las cosechas y de los árboles, pero también con Liborio, que lo instruía acerca de los que ya empezaban a ser sus trasnochados trucos de seductor, y le contaba secretos de los clientes del hotel. Y sobre todo con Emilio, con quien daba largos paseos que al uno le servían para que los pulmones recuperaran su costumbre de respirar y al otro para conocer las calles de París, los cafés y, sobre todo, las

teorías revolucionarias que Emilio traía consigo ocultas en lo más profundo, dormidas a la espera de situaciones, interlocutores, compañeros con quienes poder compartirlas. Y Onel resultó ser una esponja, el perfecto aprendiz, el cómplice leal. Y empezó a escribir su destino con la caligrafía de la incertidumbre.

Después de comprender que en la batalla por el corazón de Flora Mateo no había otra que admitir la derrota con dignidad y elegancia, Liborio comenzó a frecuentar los burdeles, que era algo que había hecho más bien poco, interesado como había estado siempre, más que en el sexo, en la conquista. Y no es que acudiera a esos establecimientos urgido por el deseo, sino por la curiosidad que le provocaban los aspectos laterales del asunto, especialmente el juego, donde ya había dejado más dinero del puramente recomendable. Fue ahí, en una excursión a Oviedo para conocer la casa de Nuncia Chaves, de quien le habían hablado maravillas algunos de los clientes del hotel —en su mayoría, viajantes de comercio que antes de llegar a Gijón recalaban en Oviedo y allí habían disfrutado de las carnes de las muchachas, de los fados de la dueña y de la suerte esquiva o generosa del tapete—, donde conoció a Sefa Quintana.

No se había enamorado de ella, que, en los últimos tiempos, y seguramente como consecuencia de un embarazo y del exceso de cuidados de Nuncia Chaves, había transmutado de frágil sirena en ballena varada, para difícilmente conseguir el retorno a la quebradiza condición de muchacha que había suscitado en su tiempo el deseo del ingeniero Bartomeu. Porque a Sefa Quintana, antes de convertirse en madame Josephine y en Sephine, la adivina prodigiosa, le había desgraciado la vida el tal Bartomeu, a cuya casa acudió para trabajar como sirvienta cuando no tenía ni siquiera quince años. Y esa desgracia le llegó a Sefa Quintana de la peor manera imaginable. Antes de que se convirtiera en madame Josephine y en Sephine, la adivina prodigiosa, hubo

de trasladarse a Oviedo, a una casa donde vivían muchas chicas, alguna de las cuales también había pasado por una desgracia como la suya, y allí la ayudarían. La acogió Nuncia Chaves, y allí supo del dolor de un parto y del desgarró de entregar a su hijo (era lo mejor, claro que sí, todos se lo dijeron y ella también llegó a afirmarlo, pero a lo mejor no lo era), que tan poco se parecía al muñeco imaginado, y que llegó al mundo como si albergara dentro de sí un llanto inabarcable que se prolongó durante la hora escasa que tardó en ser recogido por una de las monjas del hospicio, que murmuró a Nuncia Chaves que había una familia muy buena para él en Gijón. La habían convencido para que entregara a su hijo, porque era lo mejor.

Lejos de ello, y después de un alivio rápido y más bien insustancial pese al empeño de cualquiera de las pupilas que resultara requerida a tal efecto, lo que seducía a Liborio era ver a Sefa Quintana, el escote pródigo, las manos vertiginosas, los ojos fugaces que, sin embargo, durante unos segundos se incrustaban sin remisión en la mirada de alguno de los jugadores, incapaces de huir a tiempo de los pozos oscuros en los que caían sin remedio y a los que acababan confesando sus secretos más herméticos, empezando por las cartas que tenían en ese momento, de manera que para Sefa Quintana ganar las partidas era coser y cantar. Curiosamente, para no haber ido apenas a la escuela, resultó que tenía una mente tremendamente despierta a la hora de controlar a los jugadores que dejaban su dinero en el rudimentario casino de andar por casa que también albergaba el establecimiento de Nuncia. Esa facilidad extraordinaria para el juego se había transformado también en una fuente de ingresos en forma de billetes. Y cada vez que añadía uno más, dobladito para aumentar su tesoro, su sueño de marcharse a la ciudad donde su hijo estaría creciendo se movía dos pasos en dirección hacia ella.

Consciente de esa indeclinable soberanía que la mirada de Sefa y el alma que la gobernaba ejercían sobre los jugadores, Liborio no tardó en imaginar las infinitas posibilidades que se abrían ante él, y la amistad con la muchacha, por entonces interesada únicamente en hacerse un capitalito para poder instalarse en Gijón, guiada por su ambición paralela, fue cuestión de muy poco tiempo. El justo para que las conversaciones que mantenían en el cuarto al que se retiraban aparentemente con otros fines y la indudable capacidad del

hombre para seducir con su palabra y convencer a la chica, que en un principio acogió con una risa cuyas raíces se perdían en los más pretéritos días de Grameo, su pueblo, de que nada había de descabellado en el plan, dieran sus frutos y perfilaran los cambios que convertirían a Sefa Quintana en madame Josephine y en Sephine, la adivina prodigiosa, una máquina de ganar dinero. Aun así, y a pesar de los buenos presagios y las expectativas tan favorables que le planteaba Liborio, Sefa Quintana no quiso olvidar su primer propósito: encontrar a su hijo. Así que iba a instalarse por su cuenta, pero iba a seguir haciendo lo que sabía, lo que llevaba haciendo en los últimos años, aunque contaba con administrar el dinero lo suficientemente bien como para no tener que hacer otra cosa que gobernar la casa, organizar las citas, cuidar de las chicas y tratar con los clientes, no como una puta si no venían tan malas que no tuviera más remedio, sino como una empresaria.

Así, una tarde de marzo, mientras los gijoneses más interesados por el devenir mundial seguían en los periódicos los avatares de la guerra europea y los más localistas despotricaban por los pésimos olores que en los últimos días asolaban la villa ante la falta de limpieza de las alcantarillas, el local contiguo al hotel de Liborio en la plaza del Marqués se convirtió en la casa de madame Josephine, un lugar discreto y elegante, regentado por la misma mujer que, ataviada con una túnica y un turbante en la cabeza, recibía, en la penumbra de un cuarto especialmente habilitado para ella —oportunas tinieblas, luces estratégicas, despliegue de telas, aromas exóticos— a clientes del hotel escogidos con cuidado y a los conocidos de Liborio cuya cuenta bancaria los convertía en oportunos objetos de las adivinaciones de Sephine.

Valladolid, 2 de noviembre de 1916

Querido amigo Onel:

No sabes el frío que hace en esta ciudad. ¿Te acuerdas cuando en invierno nos gustaba mirar los carámbanos que quedaban colgados de los canalones porque era algo que sucedía solo algunas veces a lo largo del invierno? Bueno, pues aquí no te voy a decir que sea a diario, pero ya he visto muchos desde que empezó el frío. Y luego está la cencellada, que yo no sabía lo que era, porque se parece a cuando cae una xelá en Nozaleda, pero no es lo mismo, o sí, bueno, para que te hagas una idea, piensa en una xelá, pero muy muy gorda, que parece que está nevado, incluso parece que nieva porque a veces hasta ves caer los trocitos de hielo. Mucho frío, pero mucho. Y tú te quejabas del frío que hacía en el colegio, cuando estábamos en los jesuitas. Aquí, por más guantes que me ponga, no me quito los sabañones de encima.

Por lo demás, te diré que estoy estudiando mucho, porque el curso preparatorio para la carrera que hacemos en la Facultad de Ciencias es muy duro, y aunque los jesuitas me instruyeron en la mayor parte de las materias, ahora me encuentro con que tengo que aprender lengua alemana, además de francés, y se me está haciendo bastante difícil. Pero le he prometido a mi padre que me haré médico, y lo conseguiré.

De diversiones poco te puedo hablar, porque apenas tengo ratos de esparcimiento, y tampoco tengo muchos amigos, aparte de los compañeros de clase, que andan tan aplicados como yo, así que salvo algún paseo por el Campo Grande los domingos después de misa, poco más puedo contar.

Lo que sí puedo decirte es que me acuerdo mucho de ti, más de lo que creía, y siempre que veo alguna cosa pienso que a ti te gustaría, o que no, pero siempre lo miro como si lo hiciera a través de tus ojos.

¿Y tú? ¿Qué haces tú? ¿Cómo está tu familia?

Sé bueno, Onel, y estudia mucho, piensa que te lo digo como si fueras mi hermano

pequeño.

Recibe un fuerte abrazo de este que lo es,

GREGORIO

Nozaleda, 19 de noviembre de 1916

Querido amigo Gregorio:

Había empezado a escribirte esta carta con la pluma que tiene mi padre en el despacho, pero me cayó un borrón y, cuando estaba poniendo el secante, entró Flora (ahora ya no puedo llamarla la señorita Flora, porque va a casarse con mi padre en unos meses) y miró por encima de mi hombro y me dijo, pero bueno, Onel, no pongas eso de espero que al recibo de esta carta te encuentres bien de salud quedando yo bien por la presente. Yo creía que las cartas se escribían así, pero dice Flora que no, que escriba como si estuviera hablando contigo, que no sea «alambicado». Tuve que buscar la palabra en el diccionario y ahora ya sé lo que significa, así que no voy a ser alambicado y voy a escribirte como si estuviera hablando contigo y así te cuento cómo están las cosas desde que te fuiste.

Lo primero que tengo que decirte es que no creas que te hice un feo porque no me despedí de ti. Cuando mi padre dijo que ibas a venir a despedirte, me dio mucha pena, aunque te parezca que eso es de maricas, como dices tú, y pensé que no me gustaba mucho eso de despedirme, no me gustan las despedidas, siempre me acuerdo de cuando me despedí de mi padre y de Etel, cuando era pequeño, y que ella me dijo que nos veríamos enseguida, y ya ves, nunca más la vi, y por eso no me gusta nada despedirme. No me apetecía despedirme de ti, y no es que piense que no voy a volver a verte, supongo que será porque eres el mejor amigo que tengo, o casi el único, porque por aquí no hay muchos más y los rapaces de la escuela no son como tú, que siempre estás hablando de cosas interesantes, aunque a veces me chinchas tanto. Así que quería que me disculparas porque el día que viniste a despedirte me marché con el caballo de mi abuelo hasta Baldornón, y estuve viendo una bandada de malvises. Esas cosas que yo hago, ya sabes.

De aquí no hay mucho que contar. Bueno, que mi padre se va a casar con Flora, pero eso no es mucha novedad, porque llevan ya bastante tiempo de novios, será en primavera y me gusta ver a mi padre contento. Me gusta la escuela con ella, mucho más que con los curas del colegio, además no nos hace rezar, y ya sabes tú que a mí eso de rezar no se me da nada bien. Por eso no le gusto nada a tu tío el cura, que siempre que me lo encuentro me mira raro y me pregunta cuándo me voy a confesar. Mis abuelos cada vez están más mayores, y mi padre dice que tengo que pensar que algún día se morirán, pero

yo eso sí que no quiero pensarlo. Algunos domingos nos juntamos todos en su casa, con mis tíos y mis primos, y también va Flora, que hace una tarta de avellanas que está muy rica, casi tanto como las cosas que hace mi abuela. ¿Te acuerdas cuando nos hacía aquellos buñuelos cuando eran los santos? Este año me acordé de ti mientras me los comía, supongo que ahí no te los habrán hecho.

Yo voy muchas veces a Gijón con mi padre en la *xarré*, y no te lo vas a creer, pero el otro día me dejó montarme en un coche que trajo para don Justo Bueno, el juez, que ya me dirás qué nombre tan apropiado, y me explicó cómo se hacía para guiar. Bueno, me riñó porque dice que no se dice guiar sino conducir. Cualquiera día aprenderé a conducir y ya verás, iré a verte a Valladolid y nos daremos un paseo por la ciudad. Bueno, bueno. Ya sé que todavía no me dejan hacerlo, porque no tengo años, pero un día lo haré, ya lo verás. Cuando estamos en Gijón vemos mucho a tu tío Liborio, a veces va él a vernos por la tienda y otras vamos nosotros a su hotel, que a mí me gusta mucho, porque tiene una campanilla en la recepción que me gusta hacer sonar. Mi padre le dice a Liborio que tiene que casarse y sentar la cabeza, pero él dice que ya la tiene sentada, que ya tiene una edad, pero no sé yo, porque mi padre cuando le dice eso mueve la cabeza como si negara.

Te diré que en Gijón hubo un temporal muy gordo el otro día, y mi padre y yo nos asomamos al Muro, y las olas eran enormes. Mi padre me explicó que alguna vez había ido con tu tío Liborio a aguantar cachones, pero yo creo que en cuanto me lo contó se arrepintió, porque me dijo que no se me ocurriera hacerlo en la vida.

Bueno, Goyito (ay, no, que ya sé que no te gusta que te llame así, pero no quiero hacer un tachón), espero que me escribas, no sabes qué ilusión me hizo recibir una carta para mí.

Recibe un abrazo de tu amigo,

ONEL

Valladolid, 18 de febrero de 1917

Querido amigo Onel:

Me alegra saber que, como me contaste durante las vacaciones de Navidad, y como me reafirmas en tu carta del 5 de los corrientes, has encontrado en mi tío Liborio un amigo. ¿Te acuerdas cuando nos llevó a ver el fútbol? Cómo te enfadaste conmigo, tus ojos echaban chispas y tuve la sensación de que, de haber podido, me habrías arrancado la cabeza. Bueno, no quiero pensar ahora en esas cosas, y sí prefiero contarte que he aprobado todos los exámenes que tuve en enero, y que mi vida aquí sigue su curso, aunque echo mucho de menos Nozaleda, y a ti, y a mis padres y hermanas, y siento

mucha pena por ellos, por mis padres, ahora que sé que mi hermana Inés va a hacerse monja y ya no será compañía para ellos. Al final, mi tío Clemenciano lo consiguió, aunque solo a medias, porque quería llevárselas a las dos. Menos mal que mi padre lo convenció de que, con la salud de mi madre, una de las dos tendría que quedarse, y de todas formas no me imagino a Vanda en un convento. Aquí me gusta mucho hablar con mis compañeros de todo lo que está pasando en Europa, y no sabes cómo me gustaría viajar, aunque ahora no sea el momento más adecuado por tanta guerra. Tenemos suerte de que a España no llegue.

Voy a dejarte, no sin un poco de pena. Me doy cuenta de que escribirte a ti es mantener mi relación con lo que soy, con mis raíces. Es como si fueras mi familia. Como dice uno de mis compañeros, los amigos son la familia que elegimos. Yo no sé si te elegí a ti, o me elegiste tú, pero eres mi amigo, y, por tanto, mi familia.

Recibe un fuerte abrazo,

GREGORIO

Nozaleda, 4 de marzo de 1917

Querido Gregorio:

Es muy bonito eso que dices de la amistad. Mi padre dice siempre que tener amigos es un tesoro, y Flora siempre está con lo mismo, en la escuela siempre se empeña en que los que están enfadados se amiguen y siempre haya concordia. Estoy muy contento de que mi padre se vaya a casar con ella, aparte de que todo el mundo me envidia, porque tendrías que ver cómo la quieren todos en Nozaleda, siempre le llevan cosas, que si una gallina para hacer caldo, que si nueces o avellanas, o unos huevos, o una manteca recién mazada. Por no hablar de que cuando se hace el sanmartín todos le dan la prueba: un poco de picadillo, un poco de hígado, unas costillas (no sabes lo ricas que las hace con arroz) y un poco de lomo. Porque la quieren mucho todos, las madres que se reúnen en su casa muchas tardes para aprender a coser también le están muy agradecidas. Le están haciendo no sé qué para la boda, una colcha o unos juegos de cama, y a mí me tienen en el secreto. A mí me gusta mucho su hermano Emilio, ese que tú dices que es un poco raro. Pero de raro nada. Es un sabio, no te imaginas la cantidad de cosas que sabe, y además ha vivido en París y ha conocido a mucha gente importante. Flora le dice que no me meta pájaros en la cabeza, pero a mí me gusta todo lo que cuenta de la Comuna y de la distribución de la riqueza, y, además, me ha dejado muy tranquilo porque me ha demostrado que Dios no existe, que era algo que yo ya venía sospechando, y lo hablaba mucho con mi abuelo, que tampoco lo tenía nada claro.

Ahora me doy cuenta de que a falta de ti, tengo unos amigos un poco raros: mi

abuelo, que es el mejor de todos, tu tío Liborio y Emilio. Todos muy mayores para mí. En lo que se suelen poner de acuerdo los tres es que yo tendría que pasar más tiempo con los guajes de mi edad, pero no sabes cómo me aburro jugando a la peonza. Emilio me deja unos libros un poco raros que no entiendo mucho, pero me esfuerzo porque, aunque me gusten mucho los pájaros y los árboles, yo también quiero ser culto como Emilio. También me gustaría ser tan conquistador como tu tío Liborio y, aunque aún sea muy joven, estoy en ello. Eso sí, tengo que decirte que no acabo de encontrarle el tranquilo, quiero decir, sí se me da bien, pero no termino de encontrarle del todo la gracia.

Y por cierto, hablando de tu tío Liborio. El otro día fui por el hotel porque mi padre me encargó preguntarle si quería ir hasta Nozaleda con nosotros y me sucedió una cosa. Resulta que llegué y me encontré con que el muchacho de recepción me dijo que el señor Liborio estaba en una reunión muy importante, y como le dije que era solo para darle un recado, pero que necesitaba respuesta, me hizo pasar a un pequeño salón, que es donde está el gramófono, con unos sofás muy cómodos y con una puerta de la que salió Liborio y, antes de que le dijera nada, me hizo pasar como con mucho secreto al cuarto del que acababa de salir. Me llevé un susto enorme, porque al principio pensé que era algo de misa o así, porque estaba en penumbra y había unos cortinajes de terciopelo y olía a algo parecido al incienso cuando don Clemenciano empieza a darle al botafumeiro ese que tiene, pero casi me asusto más aún cuando vi a una mujer muy rara sentada ante una mesa. Llevaba un turbante en la cabeza, con plumas, parecido a cuando hacen la cabalgata del día de Reyes. Liborio me dijo: te presento a madame Sephine, y yo pregunté ¿Sefín? Qué nombre más raro, y él me dijo que se escribía «Sephine», que era francés, de Josephine. Y me contó que es adivina. Yo me quedé muy sorprendido y le dije que si es que era adivina, a ver si adivinaba qué era lo que tenía que decirle a tu tío Liborio, y ella me dijo que me sentara en aquella silla y que la mirara. Solo estaba la luz de unas cuantas velas y las tenía colocadas de tal forma que su cara parecía más bien cosa del más allá, me dio un poco de miedo, y ya sabes que yo me asusto poco. Ella se me quedó mirando y me dijo que la magia no funciona así, me lo dijo en español perfecto, así que no debe de ser francesa, que no se trata de lo que yo pregunte sino de lo que ella conteste, y entonces cerró los ojos durante unos segundos y, cuando los abrió, juraría que los tenía de otro color, pero eso es imposible, así que serían figuraciones mías. Lo que me sorprende es que me dijo algo así como: «Ay, pobre niño, que el amor de la madre huyó con la música a otra parte. No sabes cuánto poder tienes y cómo podrías usarlo antes de que la muerte te arrebatase la vida. Y a lo mejor sabes que ya lo has hecho. O a lo mejor no, pero tienes poder». Y luego volvió a cerrar los ojos y, cuando los abrió, dijo solo: «Liborio no va a acompañaros hoy a tu padre y a ti, que tenemos una sesión de adivinación para notables».

Así que, como ves, lo sabía, adivinó a qué iba yo, aunque lo que me dijo a mí no

tuviera ni pies ni cabeza y a lo mejor se lo dice a todo el mundo así para hacerse la misteriosa. Es una mujer muy rara, parece mayor, pero debe de ser joven, está rolliza, tiene unos brazos que le asomaban entre la túnica, del tamaño de dos troncos de cerezal, y las cejas las tiene con una forma rara, muy finas. Pero, aunque es morena, no es gitana, que yo pensaba que las adivinas eran todas gitanas, esta no, no sé si será francesa de verdad por su nombre, yo creo que no, porque habla como tú y como yo, pero se llama Sephine y luego tu tío me contó que tiene poderes de verdad, que es adivina y que yo mismo había sido testigo de ello. También añadió, como quien no quiere la cosa, que es la dueña de la casa que está pegada al hotel, donde me dijeron que hay mujeres de la vida, y añadió que ya me contaría con calma todo, pero que gracias a ella estaba ganando mucho dinero. No sé si tu tío estará metido en lo de la casa, o si será por la adivinación, pero, en cualquier caso, no me extraña nada, y creo que a ti tampoco te extrañará, que ya sabemos los dos cómo es Liborio.

Lo que me pregunto es qué pensará tu tío Clemenciano de todo esto. Solo espero que no se entere, aunque yo creo que con Liborio ya estará curado de espantos.

Estaba tan emocionado con lo de la adivina que se lo conté a Emilio y ahora está empeñado en ir a conocerla, y creo que la semana que viene iremos los dos. Ya te contaré.

Desde que pasó eso tengo que decirte que no hago más que tararear una canción que estaba puesta en el gramófono del hotel mientras esperaba a Liborio, tengo que decirle que me deje escucharla para poder cantarla entera, porque me paso el día con lo único que me acuerdo: «soy hermano de la espuma, la la la la, la, la, y del sol y del sol. Canta, la, la, sueña, con claveles de pasión». Y me voy a volver loco hasta que no la sepa entera.

Bueno, acabo por hoy, que al paso que llevo termino con el papel de cartas que tiene mi padre en el despacho. Además, me ha dicho Flora que si las cartas pesan más de lo estipulado hay que pagar el doble de sellos.

Recibe un abrazo de tu amigo que lo es,

ONEL

Resultó que una tarde de marzo vino Dios a ver a don Clemenciano Santaclara, y lo hizo en forma de Estanislao Pastor, un capitán de la Guardia Civil recién incorporado al cuartel de El Lloredal, muy próximo a Nozaleda, en el que ejercía labores de mando, tras un brillante currículum y una fulgurante carrera que lo había llevado de ser un joven desocupado y sin mayores expectativas en la vida que la pura holganza y la persecución y conquista de cuantas chicas se ponían a tiro a alistarse en el ejército como voluntario, conseguir toda clase de reconocimientos por su heroica actitud en el desembarco de Larache, de donde había salido catapultado, gracias a las influencias de su padre, hacia la Guardia Civil en calidad de teniente, y en cuestión de poquísimo tiempo, también gracias a los movimientos sutiles pero efectivos en los despachos, había sido ascendido a capitán, y eso le había permitido optar a un destino incomprensible para casi todo el mundo. Sin embargo, estaba profundamente justificado para él, y para la espina que llevaba clavada desde que una jovencísima Flora Mateo le había puesto las peras al cuarto, harta de la colección de mentiras que, con la pasión del amor adolescente, enceguedo y tenaz, no había tenido ni armas ni argumentos para combatir hasta el momento mismo en que, como en un mal folletín, se le cayó la venda de los ojos y fue capaz de ver a Estanislao como realmente era: un auténtico payaso además de un canalla. Flora, quién lo diría, había dicho hasta aquí llegaron las aguas, a ver qué te has creído, y le había salido un tonito castizo y chulo, como si, en vez de en uno de los mejores barrios de Madrid, hubiera crecido en una corrala, hablando a gritos y peleando por cada centímetro del territorio y de la

vida. Flora, la dulce Flora, la niña de la melena clara y los tirabuzones de cuento de hadas, siempre con sus libros, seria y responsable, destinada desde el principio de los tiempos, o así lo creía él con la fe turbia de quien se siente acreedor de todo, a ser su esposa, dócil y callada, apacible y discreta, reposo y consuelo, madre de los hijos (muchos) que tendrían, había sacado de algún remoto rincón de sí misma, a saber qué enigma de la genealogía se había resuelto en aquel instante para que ella le dijera eso, que hasta aquí llegaron las aguas, Tanis, ya no vamos a ser novios, no me gusta que me mientan y tú eres un mentiroso, y ya no es que tengas novias en todos los barrios de Madrid, que también, es que ya no puedo mirarte a la cara sin que me dé esta mezcla de risa y de odio, de desprecio y de asco. Eso le había dicho ella, que era la que él amaba, ella que no había entendido ni podría entender que él era un hombre, y que qué tendrían que ver los cuerpos fugaces, los amores provisionales, las novias que no eran más que el juego, la alegría de la conquista. No como ella. La madre de los hijos que iba a tener. Con aquella bofetada que había dolido más que si no estuviera elaborada únicamente con palabras, Estanislao Pastor se había alistado en el ejército porque quería poner tierra por el medio, porque no quería decirse a sí mismo el daño que le había hecho y, sobre todo, porque en su cabeza, elemental y equipada con cuatro o cinco ideas inamovibles y pertinaces, no terminaba de hacerse sitio la capacidad para comprender que una mocosa de dieciséis años, tan cándida y tan poco vivida, a la que había respetado casi del todo, albergara tanta decisión, y tanta insolencia. Claro, que debió de haberlo previsto cuando le dijeron que a Flora la habían visto en la Puerta del Sol en compañía de otras dos muchachas, ¡y que llevaban falda pantalón! Él entonces no había querido creerlo. Cómo su Flora, su dulce Flora, iba a ponerse semejante prenda. Antes la mataría su padre que dejarla salir de casa vistiendo tamaña barbaridad, arriesgándose a ser insultada. Ni siquiera se lo había preguntado, porque hacerlo, estaba seguro, denotaría tal grado de desconfianza en la virtud de ella, que seguro que a Flora le habría dado un disgusto. Cuando la oyó decirle aquello de hasta aquí llegaron las aguas, empezó a creer que tal vez quienes le habían dicho aquello estaban en lo cierto, y que era posible, solo posible, que él hubiera estado engañado con respecto a aquella muchacha, y que a lo mejor

también era cierto que ella aspiraba a ser maestra y trabajar como tal, y que cuando una vez lo miró con una suspicacia que él no entendió del todo, pero que por un instante espantó la ternura y la adoración con que la mirada de ella resbalaba siempre por su rostro y que a él tanto le gustaba porque era como si no hubiera otro dios en los confines del universo que él mismo con su carne mortal, y aquella donosura que causaba estragos, tal vez lo hizo así, sin la acostumbrada devoción, porque, en el fondo, albergaba la voluntad de ser ella, la que él no conocía, la que le dijo hasta aquí llegaron las aguas.

La había odiado desde aquel mismo instante. No porque lo hubiera abandonado, a pesar de que ese sentimiento era inédito para él, que habitualmente tenía, si acaso, problemas por lo contrario: dificultades solventadas con una mirada glacial cuando alguna muchacha —y eso solía suceder con las que más fatigas le habían causado hasta conseguir su favor— se ponía más pesada de la cuenta y reclamaba quién sabe qué derechos en virtud de la entrega de su propia virtud, o con palabras más inclementes aún si la mirada no bastaba. No, no sabía en qué consistía que alguien decidiera que ya no, porque nunca le había importado nadie, y sospechaba que aquel frío en las entrañas, aquel lobo hambriento que le comía por dentro a dentelladas era aquello de lo que hablaban los poetas, según decían. El desamor. Y, sin embargo, el sentimiento que de verdad lo devoraba, mucho más allá de la pena o del frío de saber que ni tenía a Flora ni iba a tenerla, era la desilusión, y más aún, algo que tampoco había sentido jamás, aunque había oído hablar de ello: el ridículo. Sentía que Flora se había burlado de él, lo había sumido en una especie de océano de desconsuelo, no tanto por haberla perdido, sino por la sensación acre y desasosegante de haberse equivocado. Él, tan dueño de sí mismo y del universo en que vivía, él, que no tenía que pedirle permiso a nadie para nada y que solo sabía doblegar voluntades y conseguir de los demás cualquier cosa que se propusiera, se había equivocado con una niñata en la que había puesto más amor —él llamaba amor a aquel empeño derivado de lo que consideraba una buena elección de hacer de ella la mujer de su vida y la madre de sus hijos— del que consideraba estrictamente necesario: le había regalado pendientes y sortijas, la visitaba especialmente arreglado, le llevaba caramelos de violeta, la trataba no ya como una señorita, que era

obvio que lo era, sino como una posesión preciada, como una figura de porcelana carísima, como a una princesa, como a su futura esposa. Y ella — esto dolía como una herida en carne viva restañada con vinagre— se había burlado de su amor, no lo merecía, lo había traicionado con su desdén, no había sabido valorar el amor inconmensurable de él.

Era una maldita zorra.

Durante años, mientras se beneficiaba a todas las mujeres que se ponían a tiro y coleccionaba romances leves y purgaciones diversas, había creído que la imagen de Flora, su dulzura tibia, la forma en que sonreía y su mirada, que parecía (solo lo parecía, cómo no había sabido verlo) pura adoración, pertenecía al pasado, estaba olvidada en algún rincón de la mente donde guardamos bajo llave las cosas que ya no duelen, pero siempre aparecía. La odiaba, la despreciaba, hacía inventario de todos los defectos que imaginaba en ella más allá de lo que había podido constatar, pero luego, algunas noches, en mitad del sueño ligero del cuartel, con el eco de los disparos aún resonando en su cabeza, aparecía la imagen tierna de Flora, y entonces despertaba empapado en sudor, roto por el deseo y a la vez tan solo y tan desamparado como un niño perseguido por un monstruo, y entonces se preguntaba qué habría sido de ella, cómo sería su vida si aquel día ella no hubiera dicho lo de las aguas y no le hubiera dado la espalda Recoletos arriba, sin mirarlo siquiera, con los tirabuzones bailando sobre los hombros, erguida y digna y, sobre todo, segura, con todo su cuerpo dibujando en el aire de la tarde la firme decisión de que nunca volvería a estar con él, que nunca sería su mujer, y que él nunca sería su dueño.

Supo por su familia, que tenía lazos de una amistad antigua con la familia de Flora, que efectivamente se había hecho maestra. Supo que se había ido a París. Supo que, como él sospechaba, una semilla de rebeldía y disidencia crecía en ella, y que andaba en malos pasos, rodeada de aquellos que constituían un peligro para el orden público, manifestándose contra el Gobierno. Supo que había tenido problemas con el ministerio y que finalmente había habido un arreglo para su traslado al norte, a un pueblo en Asturias. Por no hablar de que se había echado un novio fugaz, que había terminado por abandonarla después de un sonoro engaño. Esa era la vida que había elegido,

la muy imbécil: maestra de escuela en un lugar remoto, tan lejos de todo lo que él habría podido ofrecerle. Supo también que Emilio, su hermano, aquel chiquillo al que no soportaba, era un bala perdida y, él sí, frecuentaba a lo más peligroso de la sociedad, que coqueteaba con los anarquistas, y que su estancia en París, siguiendo los pasos de su hermana, lejos de servir para espantar aquella amenaza de semilla subversiva, había hecho que profundizara en el pensamiento —si es que a esa doctrina tan perniciosa podía llamársele pensamiento y no pura ignorancia disfrazada de teoría— anarquista. También supo que había enfermado y se había trasladado a Asturias con su hermana, lo cual era una buena noticia y a la vez no lo era: se alejaba del foco de revolucionarios madrileños, pero Asturias era un foco de insurrección latente, y Gijón, eso se sabía en Madrid, una olla donde se cocía lo más granado del movimiento anarquista. A buen sitio había ido a parar.

Esto último era lo que le contaba a don Clemenciano Santaclara, lo de los anarquistas, claro, no la historia de Flora y aquel resquemor antiguo, aunque le habló de ella, de la vieja amistad de sus familias, de lo contenta que se pondría sin duda cuando supiera que por una de esas carambolas del destino, o por un simple azar (no le contó sus tejemanejes, su espionaje sistemático de plazas libres, de traslados y destinos, de sustituciones y ceses), ahora coincidieran, tan lejos de su ciudad de origen. Pudo detectar la reticencia del cura, como una sombra huidiza en la mirada, y supo que, a pesar de las palabras elogiosas de don Clemenciano (cómo no pronunciarlas ante una autoridad, la máxima autoridad de la zona, sabiendo que se trataba de una amistad antigua) hacia Flora, allí, en Nozaleda, albergaban, y esto le produjo una extraordinaria satisfacción, el convencimiento de que la maestra mantenía aquella inquebrantable rebeldía que él había podido percibir, y padecer, cuando ella no era más que una muchacha de dieciséis años. Era una muy buena maestra, parecía ser, aunque muy distinta a la anterior, seguramente estaba más instruida, pero. Tenía una agradable voz y se granjeaba las simpatías de todo el pueblo, pero. A pesar de estar muy integrada en el pueblo, acudía con frecuencia a Gijón y decían que tenía relación con intelectuales (decían incluso que con masones, pero ya sabía el capitán cómo eran las hablaturías) que seguramente serían buena gente, pero. Era muy educada en el

trato con todo el mundo, y había montado en su casa una especie de taller de costura y de labores para las mujeres del pueblo, pero. Sí, claro, era una buena cristiana, siempre iba a la santa misa los domingos, pero. Ni uno de esos peros, sin embargo, habían sido no ya explicitados, sino ni siquiera pronunciados, y, a pesar de ello, como una estela, habían flotado en el aire de aquella tarde de marzo, como las diminutas partículas de polvo en suspensión que se hacían visibles en una franja de luz procedente del sol triste de un invierno agonizante. Todos esos peros sin pronunciar entraban en el cerebro de Estanislao Pastor con el sabor del oporto en un vaso de cristal tallado con que el cura lo había obsequiado, y hallaban acomodo en un nido en el que durante años había crecido el rencor enhebrado con el deseo insatisfecho y con la batalla que aún libraba su desconsuelo y su ira.

También supo, mientras sentía las pupilas de don Clemenciano inquisitivas y ávidas de complicidad clavadas en las suyas, seguro, o al menos eso parecía, de estar provocando un terremoto de proporciones desconocidas en aquel joven tan marcial y tan resuelto, algo que por alguna razón extravagante jamás se le había pasado por la cabeza.

—Pues mire qué suerte. Flora va a sentirse muy feliz de que esté usted por aquí: así podrá acompañarla en su enlace matrimonial el mes que viene.

A Sefa Quintana, que así seguía nombrándose a sí misma, por mucho que le hubieran cambiado el nombre por aquello que Liborio denominaba *glamour* o cosmopolitismo, no le gustaba pensar que era bruja. Adivina, le decían, y qué. Una bruja, sin más. Como llamaban a su abuela materna, que hacía cocimientos de hierbas que buscaba por el monte y que nadie conocía, y que después de que Manolín *el de la Pena Grande* se muriera, a pesar de sus sahumeros y sus emplastos, de los floritos administrados con cuchara cuando ya ni tragar podía, cayó en desgracia allí en Grameo y ya no había vuelto a salir de casa. La güela se había muerto cuando Sefa era pequeña, pero la recordaba en el jergón del fondo, encogida siempre, con el cuerpo sarmentoso y oscuro, puro hueso bajo la piel macilenta y la mirada glauca, pero aterradora. Los niños decían que ella era nieta de la bruja y, cuando querían chincharla, que era casi siempre, también le llamaban bruja a ella, y decían, de dónde lo habrían sacado, que a las brujas se las quemaba en el fuego, se las empujaba a la lumbre y allí morían retorcidas. La abuela de Sefa apenas hablaba y, cuando lo hacía, era terrible, porque se limitaba a decir una sola frase: *Vienen a por el alma de Eladia, o de Jacobo, o de Pepe el de Engracia, o Juanín va entregala en el pozu.* Y aunque la madre de Sefa le ordenaba guardar silencio y no decir jamás nada a nadie, ella sabía que era cierto, porque esa misma noche empezaría a aullar los perros y al día siguiente habría un muerto, previsible o no, de enfermedad o en la mina, pero siempre acertaba. Ella, en cambio, jamás había hecho ninguna predicción, jamás había adivinado nada, y solo después de que naciera su hijo, empezó a

desarrollar algo que le produjo una enorme inquietud: no la facultad para anunciar las muertes, que ni la tenía, ni quería tenerla, sino el hecho de que los pensamientos de quienes la rodeaban le resultaran tan fáciles de leer como un libro abierto. Lo de como un libro abierto era un decir, porque ella leer, lo que se dice leer, había aprendido muy poco y lo hacía con una enorme dificultad, y, en cambio, los pensamientos de quienes la rodeaban aparecían ante ella claros e inequívocos, como si estuviera viéndolo, como si oyera lo que pensaban sin tener que mover los labios. Así había descubierto lo sencillo que era desplumar a los jugadores en la mesa una vez que aprendió los rudimentos del póker y, a la vez, para su sorpresa, mezclados con los corazones, las picas y los tréboles, obtenía información de las familias y negocios, los secretos y las mentiras. Y aunque todo eso se lo guardaba muy para ella, porque en su corazón de niña grameana aún pervivía el pánico a que alguien pudiera llamarla bruja y recluirla para siempre en una habitación oscura, sin ventanas y sin apenas aire, no había podido evitar que ese secreto fuera conocido por Liborio, el único de los hombres que frecuentaban la casa de Nuncia Chaves que parecía más interesado en conocerla a ella, su historia y su infancia de niña que trepaba a los árboles y que cogía esculencios con las manos para pánico generalizado de otras niñas, que en disfrutar de aquel cuerpo orondo que se le había quedado y que difícilmente nadie que la hubiera conocido ni en Grameo, ni en Bustiello, podría identificar como suyo, lo cual, por otra parte, era una suerte, porque, aunque nunca había hecho ni el más mínimo ademán, a Sefa le horrorizaba pensar que el ingeniero Bartomeu, que muy de tarde en tarde hacía parada en el burdel, pudiera requerir sus servicios.

La idea de instalarse en Gijón fue de Liborio, y suya la ayuda para alquilar la casa, para presentarle a media docena de chicas que estaban interesadas y que, además de limpias, tenían clase y juventud para que su casa fuera de lo mejorcito de toda Asturias: elegante, discretísima, con una clientela verdaderamente selecta. A ella le interesaba cambiar de ciudad, y no porque estuviera mal con Nuncia, que había sido para ella lo más cercano a una madre, a una hermana mayor, al consuelo, al cuidado. Quería ir a Gijón porque lo único que había conseguido averiguar del paradero de su hijo era que las monjas se lo habían dado en adopción a un matrimonio de aquella ciudad que

para ella era solo un nombre y un mar acerca del que tenía una vaga idea porque nunca lo había visto, y pensaba en ello como en el río que pasaba por delante de Bustiello cuando había riada, pero ya sabía que era mucho más, como si hubiera riada, pero no se viera la otra orilla. Y ese pensamiento era difícil de transformar en una imagen. Cuando Liborio le habló de su gran plan, de que pudiera ejercer de adivina en su hotel, en un cuartito casi secreto al que accederían únicamente aquellas personas realmente importantes, nada de una atracción de feria, solo se tranquilizó cuando fue capaz de verse a sí misma del modo en que Liborio la pintaba con sus palabras: una túnica brillante, luz tenue de velas encendidas, una bola de cristal sobre la que aprendió a pasar las manos como si se concentrara mucho, como si le preguntara lo que los ojos de los clientes ya le habían dicho sin pronunciar ni una sola palabra, aromas exóticos y clientes forrados, y comprendió que tal vez sin moverse de aquel cuarto podría obtener la información que la llevara hasta su hijo, que, por lo que podía deducir, crecía feliz en un hogar de posibles.

Pero las dotes adivinatorias de Sefa, de Sephine, la adivina prodigiosa, capaz de saber lo que pensaban quienes la miraban y de ver lo que les deparaba el futuro, no fueron suficientes para que ella misma pudiera interpretar ni un solo augurio que le permitiera saber si encontraría a su hijo.

Estanislao Pastor le había pedido a Clemenciano Santaclara que por favor le guardara el secreto de su presencia en El Lloredal ante Flora hasta el día del enlace matrimonial, porque quería que fuera una sorpresa para ella. El cura ya había indagado ante la maestra acerca de la presencia de los miembros de su familia madrileña en la boda, pero ella había sido, como tenía por costumbre, hábilmente evasiva y le había contestado que los numerosos negocios de su padre reclamaban su presencia en la capital y el delicado estado de salud de su madre no hacía aconsejable el viaje.

—Los tendré muy presentes en ese día tan señalado —añadió—, porque además sé con seguridad que ellos me tendrán muy presente a mí en sus oraciones. Y además, no estaré sola: toda la familia de Canor es ya mi familia, y estará mi hermano, que es mi máximo apoyo.

Tuvo entonces el cura la tentación de hablarle de una sorpresa que tal vez Dios misericordioso tuviera a bien concederle en forma de gracia especial para ese día, pero prefirió callar. Había algo que había detectado en el capitán de la Guardia Civil que le producía un extraño desasosiego mezclado con una cierta complacencia. No era capaz de explicarse a sí mismo cuál era la razón última de una cosa y otra, pero ahí estaban ambas, confundidas con su propia inquietud. De algún modo, no creía que la amistad que manifestaba Pastor por la maestra fuera real o que, al menos, no estuviera contaminada por otras emociones más o menos perversas que confiaba en ir conociendo a medida que la relación entre ambos se fortaleciera.

Como la sospecha era una de las actividades favoritas de don

Clemenciano, y también la elucubración acerca de las razones que movían a unos y a otros a determinadas conductas, elaborando con ellas una minuciosa teoría sobre personalidades y devenires, el cura dedicó gran parte del tiempo en los días previos a la boda a pensar de qué forma reaccionaría la maestra el día de su boda al ver a su viejo amigo Estanislao Pastor. Sin embargo, ni en el más aventurado de sus cálculos podía prever de qué forma la cara de Flora Mateo iba a transformarse en el instante en que el capitán se acercó a ella para felicitarla, de qué manera se le había borrado la sonrisa que iluminaba aquel rostro apacible y feliz y cómo una nube oscura le había arrebatado el brillo de la mirada.

No había sido la única reacción: también había estado muy atento al modo en que el demonio que habitaba los interiores de Emilio Mateo había salido a la superficie, y hasta había sabido leer en su mente aquel significativo *Pero qué coño hace aquí este hijo de puta.*

Nozaleda, 21 de mayo de 1917

Querido amigo Gregorio:

Han pasado dos días desde la boda, que fue el sábado, y ya nos vamos recuperando de todo lo que comimos, de todo lo que cantamos y de todo lo que bailamos. Dicen por aquí que nunca se vio que la boda de un viudo fuera tan alegre y con tanta fiesta. Ya sabes que la costumbre es hacerlo casi a escondidas, pero también me he dado cuenta de que a lo mejor es porque en todo el pueblo tienen un enorme cariño por mi padre y por Flora, y eso se notó en todo, desde que no quedó nadie que no fuera a la misa, y además todos muy endomingados, hasta que luego estuvieron en la comida, que se hizo en la pomarada para todo el pueblo. Habíamos estado mi padre y yo montando unos tableros como mesas los días de atrás, y luego pusieron unos manteles y mucha comida, y hasta vinieron con un acordeón y venga a bailar y a beber sidra, que mi padre sacó una pipa, y tengo que decirte que se bebió entera, no te digo más. Flora nos había enseñado en la escuela hace tiempo a hacer el cálculo con fórmulas del número de litros que caben en una pipa, y por lo que yo pude saber, allí había unos 476 litros, así que calcula.

Pero fue una fiesta muy divertida, a lo mejor justamente por eso. Y mi padre se emocionó, y Flora también, y Emilio estuvo en su papel, muy elegante, y además de bailar con todas, que parecía que guardaban la vez, repartió muchos puros, y yo encendí uno, pero empecé a toser y me pareció asqueroso, y mi padre se rio. Vi a mis abuelos muy muy contentos, y eso me hizo feliz, y estuvieron también tus padres, y tu tío Liborio, y tu hermana Servanda. Liborio y mi padre se abrazaron tanto que parecía que no se iban a soltar, y aunque eso fue después de la misa y aún no se había bebido nada, estaban tan emocionados que tenían lágrimas en los ojos los dos. También Flora estuvo muy contenta y muy sonriente, aunque sucedió una cosa que me llamó la atención: justo cuando íbamos a empezar a comer, llegó un guardia civil, que por lo visto es el capitán del cuartel de El Lloredal, y yo me di cuenta de que Flora, cuando lo vio, cambió la cara

totalmente, supongo que sería la sorpresa, porque resulta que se conocían de Madrid, que era un amigo de la familia, o algo. Le pregunté ayer a Emilio por él, porque no me pasó desapercibido su mal gesto cuando lo vio, y me dijo que era una mala persona, que había pretendido a Flora y que, además, no venía a nada bueno. Por lo visto, lo han entrenado para controlar los brotes anarquistas, y yo me reí y le dije ya, claro, para eso lo mandan a El Lloredal, que es un pueblo, tendrían que haberlo mandado a Gijón, al cuartel de Los Campos, o al de Ceares, o al que fuera, pero Emilio me dijo que no, que yo no tenía ni idea de cómo actuaban. El caso es que el capitán —Pastor, creo que se llama— tiene cara de mala persona, de estos que siempre parecen enfadados, y yo le noté un gesto raro cuando Emilio le dio un puro y lo miró así, como chulo, y le dijo: que sean dos, hombre, que no se diga. No me gustó ni un pelo. Y a las pruebas me remito con eso de que Dios los cría y ellos se juntan. En realidad no hablé con nadie más que con tu tío Clemenciano. Luego se echó unos bailes con dos o tres mocines y se marchó, no sin antes despedirse de Flora besándole la mano. Un chulo, ya te lo digo yo.

Bueno, quería contarte también que en la boda canté. Pero no solo en misa, que canté el *Ave María* con mi hermana Camila, que la habíamos estado ensayando mucho y nos salió muy bien. No, no. También canté en la fiesta canciones que aprendí del fonógrafo que tiene Liborio, y tuve mucho éxito, me aplaudieron mucho cuando canté *Bartolo*, aunque don Clemenciano me miró raro, como con disgusto, y luego, cuando terminé, me dijo que con una voz tan bonita como la mía no tendría que darme a la procacidad. Procacidad. Tuve que preguntarle a Flora qué significaba, y me quedé muy confuso, porque no me parecía que hubiera cantado nada procaz. Flora me dijo que no me preocupara, que el escándalo estaba en quien escuchaba y no en quien cantaba.

Lo importante del asunto es que me gusta mucho lo de cantar, sabes que siempre me ha gustado, y mi padre, que ya había bebido sidra asgaya, me dijo después que cómo le gustaría a mi madre ver que yo canto tan bien, con lo mal que cantaba ella. Me pareció que era una crítica gratuita y que no venía a cuento, aunque estuviera en el día de su boda con otra mujer, pero él me dijo entonces que no me equivocara, que mi madre cantaba mal, pero que había sido la mujer más guapa y la que mejor bailaba de Cuba. Quise preguntarle más cosas de mi madre, pero ya no soltó prenda. Creo que aprovecharé y lo emborracharé cualquier día para que me cuente, porque va a ser la única forma de saber de dónde vengo, que tampoco es que me importe mucho, pero me llamó la atención, porque nunca me había dicho nada de mi madre.

En fin, querido Gregorio, te prometí que te contaría todo lo de la boda, y ya lo he hecho. No te he dicho, sin embargo, que Flora estaba muy muy guapa, con un vestido muy bonito y que le pregunté a mi padre si ahora tenía que llamarla mamá y mi padre se rio y me dijo que estaba tonto, que qué cosas se me ocurrían. Pero mi hermana ha empezado a llamarla mamá, seguramente que como es más pequeña...

Espero tu carta ansiosamente, y también tu regreso, que ya no creo que tardes

demasiado en volver, aunque lo principal es que hagas bien los exámenes y apruebes. Te diré que las cerezas están creciendo, y este año sospecho que a mediados de junio ya estarán para comer. Así que, como no vengas pronto, no sé si las pillarás.

Un fuerte abrazo de tu amigo,

ONEL

Aunque a Flora no se le había desdibujado la sonrisa el día de su boda con Canor al reconocer entre los invitados el poblado bigote de Estanislao, el cerebro no había dejado de enviarle señales de alerta desde el mismo instante en que la mano de él, que no recordaba tan viscosa, tomó la suya y el roce del bigote amortiguó el de unos labios que apenas pudieron percibir otra cosa que los nudillos encrespados. A Canor le habló someramente del capitán Pastor, de Tanis, que era el nombre que, en lo más recóndito de su recuerdo, aún permanecía en su memoria junto con el olor inconfundible de los felipes al traspasar la puerta del café de Fornos, o el olor a mimosas y a almendros florecidos en la Quinta de los Molinos, o el sonido de los organillos de las verbenas, o el olor amarillo de la cera de abejas con que se lustraban los muebles de su casa. En definitiva, el nombre de Tanis, a pesar de la repugnancia en que había llegado a transformarse la contundencia de la herida, tenía algo de llave que abría la puerta a aquel otro mundo, el de los carruajes, las sombrillas en el Retiro, los cielos espectaculares, el bullicio de ciudad que dormía el sueño del voluntario olvido en el fondo de su memoria. Canor, sin darle mayor importancia, se limitó a decirle que, a él, la autoridad en general, y la Guardia Civil en particular, no le producían ni la más mínima simpatía.

Así que Estanislao Pastor le había seguido los pasos (ni Flora ni Canor podían conceder ni la más mínima posibilidad a que su presencia fuera fruto de la casualidad), pero, aunque le producía una ligera inquietud, le parecía exagerada la beligerancia con que Emilio había acogido la sorprendente

presencia del antiguo novio de su hermana en la boda de esta con Canor y el aún más sorprendente hecho de que estuviera destinado al frente del cuartel de El Lloredal. Las actividades de Emilio suscitaban en Flora una extraña sensación en la que se mezclaba la preocupación por sus continuas idas y venidas y un orgullo tan clandestino (se decía a sí misma que debía proteger al hermano pequeño, y todo aquello tenía que ser peligroso) como el caminar felino que Emilio había desarrollado y que más de una vez había estado a punto de matarlos de un susto. Más tarde supieron que en los círculos anarquistas en que se movía ya lo conocían como Milio *el Gatu*, y era por algo. Cada vez que la maleta de cuero que todavía olía a París desaparecía del cuarto de Emilio de la mano de su dueño camino de Barcelona, a Flora se le encogía el corazón. Se decía a sí misma que su hermano no iba a correr más peligros de los necesarios, que las cosas igual no estaban tan mal: desde la confluencia que parecía haberse establecido meses atrás entre los anarquistas y el sindicato de la UGT, que los había llevado a promover la huelga de diciembre, y el eco que esta había tenido (incluso se había detectado simpatía entre algunos sectores de la clase media, algo que había sido ampliamente comentado en algunos de los encuentros que Flora había mantenido con miembros del Ateneo Obrero en la casa de Rosario Acuña, asomada al mar en un acantilado de la Providencia), Flora tenía la esperanza de que las posiciones más beligerantes, defendidas por su hermano, fueran encontrando un acomodo más negociador, lo que tampoco casaba mucho con la sonrisa entre burlona y condescendiente con que Emilio la obsequiaba cuando hablaban de ello. Por eso, su felicidad de recién casada, la tranquilidad que Canor le proporcionaba, tenía su contrapunto en el pánico que en mitad de la noche se colaba en su sueño y en la imagen de su hermano en peligro.

Pero no habría de pasar demasiado tiempo sin que a esa preocupación por Emilio se le sumara el disgusto que llegó en forma de sobre con membrete del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes a través de la Dirección General de Enseñanza Primaria, en la que se le informaba de que debido a su cambio de estado civil se hacía necesario, en virtud de la legislación vigente, que abandonara su profesión. Y aunque era algo que Flora siempre había sabido, aquella confirmación por escrito la devolvió de pronto a una realidad

más fría: la de las disposiciones, las órdenes, la imposición. La que la convertía en súbdita, en mujer dependiente, la que venía a demostrarle que no había rincón remoto en el que refugiarse. También en aquel momento supo que, más allá del frío contrato que había firmado para acceder a su plaza de maestra, alguna voz había señalado la conveniencia de que también con ella se cumpliera la ley. Sabía que en muchos pueblos, si ni la maestra ni su marido ponían inconvenientes, el ministerio solía ser flexible y, al menos durante un tiempo, nada impedía que la labor se siguiera desarrollando.

Ella tenía que haberlo pensado, claro, y se maldecía por su inocencia. Detrás de la inapelable comunicación que con lenguaje administrativo cercenaba los días de fracciones en la pizarra, fábulas de Samaniego, figuras geométricas, análisis sintácticos, el río Duero nace en la falda meridional del pico Urbión, los Reyes Católicos, España limita al norte, Platero es pequeño, peludo y suave, los fenicios y los cartagineses, las divisiones con decimales, detrás, había otras manos que habían movido con presteza los hilos adecuados: y Flora podía ver sin ningún tipo de duda que una de ellas asomaba al final de la manga de una sotana y la otra de un uniforme de la Guardia Civil.

7 de abril de 1922

Querido amigo Gregorio:

Te escribo con un cierto temor. Todo anda tan revuelto que ya ni me fío de la inviolabilidad de las comunicaciones postales. Todo el mundo habla de la inminencia de un golpe de Estado que ponga fin a tales desmanes, y aunque tendrías que oír (supongo que lo imaginas, pese a lo poco que te ha interesado la política) lo que opinan al respecto Emilio y sus amigos, la verdad es que tener no las tengo todas conmigo, y no sé siquiera si no intervendrán el correo (influencia de mis amigos, esta suspicacia) aunque sea tan inocente como la carta a un hermano del alma que está a puntito de convertirse en médico para honra de su familia y alegría sin límites y hasta orgullo míos.

De hecho me he preguntado si no será esta la última carta que te escribo a Valladolid, y lo hago con mucha ilusión, porque ha sucedido algo que me ha hecho sentir que es cierto, que pronto vendrás y será muy agradable que te instales en la ciudad, aunque, tengo que confesarlo, la inmediatez de tu matrimonio me tiene un poco cariacontecido, que es una palabra que me decía Emilio cuando era más pequeño. El otro día tu tío Liborio pasó por las oficinas y me sacó a rastras a pesar de que yo tenía una cita con el juez García Sigüenza, que quiere comprarse un Elizalde precioso, de casi treinta y siete mil pesetas. Nada menos. Bueno, pues ni por esas, tu tío me dijo que se encargara mi padre de tal asunto, que yo tenía que ver algo que me iba a interesar.

Así que me fui con él hasta la Plazuela, y allí, junto al reloj, esperamos hasta que llegó un señor muy serio, cuyo nombre, aunque Liborio me lo dijo, no lo recuerdo, que nos hizo acompañarle hasta la puerta de entrada del primer portal de la calle Ruiz Gómez. La cosa es que iba a enseñarnos un piso, la primera planta del edificio, que me pareció espléndido de verdad. Grande, con unos hermosos balcones, tanto a Ruiz Gómez como a la Plazuela como a la calle Uría. Eso sí, querido amigo, el tranvía debajo mismo

de tus narices... Perdí la cuenta del número de habitaciones, todas espaciosas, y con la madera de los suelos resplandeciente. Un magnífico cuarto de baño con una bañera maravillosa, mejor que la de la mejor habitación del hotel de Liborio (bueno, siempre digo el hotel de Liborio aunque sea el de mi padre), te lo puedo asegurar. Todo esto para que sepas, y lo hago porque tu tío me ha autorizado, que parece que ese es el piso que tu padre planea comprar para ti. Vamos, tu nidito de amor con Merceditas, a quien por cierto vi también el otro día paseando por la calle Corrida del brazo de dos amigas tuyas, la flacucha y la otra, que creo recordar que era la que me queríais arrimar a mí, que ni loco, aunque ya me fijé que me pone ojitos y Merceditas le dio un codazo muy significativo.

Vamos, que, por lo que parece, pronto estarás aquí con tu título bajo el brazo, el piso en propiedad para montar tu consulta y tu novia dispuesta a acompañarte al altar. Ya tienes tu vida hecha, Gregorio, hay que ver.

En cuanto a mi vida, te contaré que mi fama de cantante ha llegado ya lo suficientemente lejos como para que, además de que tu tío me deje cantar en el bar del hotel, los del Setién me hayan ofrecido cantar ahí. Será una sola actuación, así que voy a elegir muy bien el repertorio. No hago más que escuchar los discos del gramófono del hotel, y tengo un guitarrista de la orquestina que toca en el café que va a acompañarme en la actuación. Ya te contaré si triunfo. Mira que si me convierto en un Carlos Gardel... Por lo pronto, una de las canciones que interpretaré, porque me sale bastante bien, es la de *Pobre mi madre querida cuántos disgustos le daba y luego venía a conformarla con un beso al abrazarla cuando el perdón le pedía*. Te parecerá una tontería pero siempre me acuerdo de mi madre cuando canto esa canción. Es decir, me acuerdo de que no he conocido a mi madre, a lo mejor por eso dicen que me sale tan bien, que pongo mucho sentimiento. También voy a cantar el *Tico Tico* y otras. Y hasta una en inglés de un disco que tiene tu tío, pero eso ya te lo contaré, porque estoy tratando de memorizar bien todas las palabras aunque no entiendo nada de lo que dice.

Tengo ganas de que vengas.

Recibe un abrazo,

ONEL

El tiempo, como una cortina pesada y llena de polvo, parecía haberse detenido, vertical e inmóvil, sobre el aire de Nozaleda. Llegaban, como si de un remoto planeta se tratara, noticias de la campaña africana de Melilla, y los pocos que leían *El Noroeste* se empapaban de expresiones como nuestros valerosos soldados, rudos combates, heroicidades del Tercio, tropas victoriosas, que ponían unas gotas de esperanza en el corazón atribulado de los escasos padres que habían tenido la desdicha de ver partir a un hijo a lo que entendían como una muerte segura en un lugar dejado de la mano de Dios, tierra de infieles y salvajes, abrasada por el sol y llena de moros, sultanes que no sabían muy bien qué eran pero sonaba a cuento leído en los escasos días de escuela. Dolía imaginar allí a aquellos muchachos desmañados, acostumbrados a la lluvia y al mar próximo y a las montañas cercanas, y a la humedad de las hayas y los carbayos, a *cuchar* las tierras y *palotiar*, a segar y cabruñar, y recoger la hierba, a esfoyar las panoyas de maíz, a cuidar de las vacas y a mirar la vida como un río que por mucho que pase siempre es el mismo, quizá porque no habían leído a Heráclito y se habían quedado muy sorprendidos cuando Flora Mateo se lo hizo ver en la escuela.

Intentaban que la vida permaneciera protegida por el cielo nublado, el rumor del viento en los castaños y en el maíz, el olor de las manzanas en el suelo del desván sobre hierba seca desafiando a los otoños, prolongando su vida y su perfume hasta las Navidades, transformadas en el horno en el postre de muchos días.

Transcurrían imperturbables también las tardes en la casa de Flora, y las

horas de costura, de bordado de iniciales para sábanas que serían ajuar, de mantelerías de punto de cruz, de patitos amarillos en sábanas para serones, de jerséis tejidos después de filar la lana y teñirla, de piezas en la ropa de cama gastada por el uso y, con todo ello, con las agujas entre los dedos ennegrecidos de arrancar maleza en la huerta, con callos de usar sin descanso la fesoria y los garabatos, florecían las palabras. Los versos de Campoamor, por ejemplo, especialmente los del tren expreso, algunos de cuyos fragmentos llegaron a aprenderse de memoria las mujeres, aunque Flora bien creyó que nunca llegaría siquiera a terminar de leerlo, porque no solo la primera y la segunda vez se vio interrumpida por la curiosidad (y daba gracias al cielo por ello) de las mujeres, que querían saber qué significaba albedrío o infausto, y eso sin salir de los dos primeros versos, para luego dejarse atrapar por la historia, suspirar ruidosamente en algunos de los momentos y emocionarse con el desenlace hasta la lágrima. Pero no era solo Campoamor. También, aunque al principio se mostraban renuentes, porque era mucho más emocionante leer los trajines amorosos de los poetas o los cuentos de Clarín, Flora les leía noticias del periódico, que hablaban de países lejanos, de Marruecos, especialmente, y trataba de hacerles entender por qué había una guerra, cómo se organizaba el Gobierno y por qué, aunque todo les pareciera distante y cosa de la capital, o incluso de Gijón (tan ajeno al devenir de la aldea), también las decisiones tomadas en lejanos despachos les afectaban en su vida diaria.

Algunas de las cosas oídas con más o menos interés, como un mal necesario —muchas veces— antes de asistir a la lectura de algún romance o de alguna historia de mujeres atrapadas por sus propias pasiones (no dejaba de ser curioso cómo podían entender los amores de Ana Karenina, a la vez que podían despellejar viva a cualquiera que osara ponerle los cuernos a su marido en la propia Nozaleda), entraban en franca contradicción con las que don Clemenciano bramaba desde el púlpito los domingos, empeñado como seguía en el mal que acechaba al pueblo y a la patria entera. Y que si el hedonismo —que al final consiguieron que Flora les explicara que no tenía nada que ver con los malos olores como ellas habían intuido—, que si las ideas terribles que vienen del extranjero, que si el hombre que quiere emular a Dios y se enroca en su soberbia ignorando la dimensión real, y que un día el

Altísimo se enfadará y arrojará sobre nosotros su furia devolviendo a tan engreídos personajes a su condición de hormigas y arrasando de paso el hormiguero, lo que constituirá una catástrofe de dimensiones siderales, y que si el diluvio universal que volverá a producirse porque los hombres se alejan de Dios, que si Sodoma y Gomorra y las estatuas de sal, y que si no digamos las mujeres cuando olvidan dónde está su deber y cuál es su obligación de esposas y madres y conceden a la cháchara y a la molicie el tiempo y la voluntad que habrían de emplear en que su hogar fuera un pedazo del cielo que está por venir y no la antesala de un infierno inexorable, y toda una retahíla de admoniciones catastróficas de las que las mujeres que iban por las tardes a casa de Flora terminaban por sentirse responsables, unas más que otras, hasta el punto de que alguna, especialmente espoleada en el confesionario, abandonó el cálido remanso de palabra y bordado, los tapetes de ganchillo, las coderas y las piezas en los pantalones de mahón, los versos de Rosalía, el eco de países de los que nunca habían oído hablar, la risa de las tardes, el reducto compartido para la esperanza.

Las vacaciones de verano de Gregorio Santaclara empezaban realmente un mes antes de que pisara Nozaleda. Los exámenes de junio en la Facultad de Medicina eran un anticipo gozoso del tiempo que se avecinaba en la aldea que olía a mar y se mecía en las colinas onduladas. Mientras preparaba todo lo que tenía que ver con la patología quirúrgica, una de sus asignaturas favoritas, junto con la correspondiente a enfermedades de garganta, nariz y oídos, y patología y clínicas infantiles, su cabeza viajaba al verano en Nozaleda. Apasionado absolutamente por el conocimiento, Gregorio se enterraba literalmente en las páginas de los libros, perseguía a los profesores por los pasillos para aclarar o incluso discutir con ellos algunos extremos y durante semanas vivía ajeno a cualquier noticia que le secuestrara, aunque fuera momentáneamente, del universo médico. Y a pesar de esa concentración, y tal vez como complemento a ella, el joven tenía cada vez más presente el aroma que a principios de verano se respiraba en su pueblo, y que desde siempre había asociado con la vuelta del colegio, con el inicio de unos meses de liberación, de leer en libertad, de sentarse debajo del cerezo en la parte de atrás de la casa con unos cuantos libros que iba devorando poco a poco hasta que era requerido por Onel y sus ansias de aventura. También, en los últimos años, el verano era Gijón, la playa, las horas en Las Carolinas, discutiendo ampliamente con otros contertulios, algunos de ellos médicos en ejercicio de su profesión, las disposiciones del doctor Corral en torno a los baños en el mar y su conveniencia o no para los individuos linfático-nerviosos, que solo podían bañarse cuando el agua del mar estaba entre 22 y 29 grados, es decir,

casi nunca. En Las Carolinas, Gregorio Santaclara era asiduo a los baños de algas, y a almorzar en el restaurante Setién la especialidad de *beefsteak*. También el cine con su padre, con quien mantenía como un rito acudir para ver alguna película, no importaba cuál, todo por revivir aquel instante mágico en que ambos asistieron al nacimiento de algo tan nuevo y tan impresionante. O las visitas de rigor a familiares más o menos lejanos, interesados siempre en conocer sus avances en la carrera, y la que cada año hacía al colegio de los jesuitas para reencontrarse con los profesores que tanto habían influido a la hora de incluir en su carácter, de por sí nada problemático, y con bastante tendencia a la obediencia y al estudio, una disciplina feroz y un sentido extraordinariamente riguroso de superar todos y cada uno de los obstáculos que se le pudieran plantear, de forma que nada lo apartara de su objetivo en la vida: llegar a ser médico, un buen médico.

Estudiaba, y los conocimientos que durante el curso habían protagonizado sus desvelos terminaban por fijar la estrategia para sacar el mayor partido a los exámenes, para que sus notas no bajaran ni una décima de la excelencia que se había marcado desde el instante mismo en que pisó la Facultad de Medicina. Sus ojos paseaban por la clínica y la patología, por la química y la salud pública, pero la proximidad de las vacaciones, el calor colándose por la ventana entreabierta de su cuarto, el olor de la hierba recién cortada en los jardines de la residencia y la inmediata referencia al frescor verde de los prados recién segados en Nozaleda en las primeras horas de la mañana, todo ello formaba una mezcla de placidez y extraña voluptuosidad que lo llevaba, como si de pronto tuviera alas, a planear sobre prados y árboles y caminos que se sabía de memoria, que vivían en los recovecos más escondidos de su conciencia.

El último año, sin embargo, algo había cambiado. Ya había realizado prácticas en el hospital de Valladolid, y tenía garantizado un segundo periodo en el hospital de Caridad de Gijón. Por fin iba a volver a su tierra, y los años pasados en aquella ciudad mesetaria en la que en invierno se le congelaban los pensamientos pronto empezaban a ser un recuerdo. La última carta de Onel con la noticia de la adquisición del piso que iría parejo a su matrimonio con Mercedes, la muchacha voluntariosa y decidida a convertirse en su esposa,

apenas se conocieron, tres años atrás, un domingo por la tarde, paseando por la calle Corrida, le había provocado una extraña desazón, como si una parte de sí mismo, que por el momento era fácil de dominar, aunque no estaba del todo seguro de que eso se mantuviera así mucho tiempo, se amotinara.

Su vida siempre había discurrido, como el agua de un río, por un cauce previsto. Todo parecía sabido desde siempre, como si alguien hubiera diseñado el acontecer de los días, la ceremonia de los episodios que sin alteraciones importantes escribía la biografía de su tiempo. Nada que se saliera de ese guion en el que los papeles de protagonista y secundarios estaban perfectamente determinados y las aventuras apenas podían denominarse así, puesto que carecían del elemento de la falta de premeditación, de lo espontáneo, casi de lo natural. Gregorio no dejaba que nada de lo que sucediera fuera de su control interfiriera en sus decisiones. Si acaso Onel, con aquel carácter suyo, aquella tendencia a la improvisación, la alegría infantil con que acompañaba sus resoluciones, constituía el único elemento capaz de introducir una dosis apenas homeopática de sorpresa a los días.

Solo que aquel curso, concretamente los últimos meses, algo parecido a un terremoto de consecuencias aparentemente controladas había venido a romper aquella apariencia de impavidez, como si, de pronto, la tranquila fluidez del río que era Gregorio hubiera entrado en una sucesión de rápidos y torrentes. Se llamaba Gadea, y venía trasladada desde la Universidad Central de Madrid, donde había tenido algunos problemas por su empeño en especializarse en cirugía, con la consiguiente antipatía de alguno de los doctos profesores, que contemplaban cómo aquel año ya ascendía a más de sesenta el número de muchachas que habían abandonado su antigua pretensión de optar como mucho a ser enfermeras y, sin ningún tipo de empacho, elegían ser doctoras. Gadea era una burgalesa que había abandonado su ciudad para perseguir el sueño, que había acariciado desde niña, de convertirse en médico y ser capaz de manejar el bisturí con la precisión con la que era capaz simultáneamente de realizar unos extraordinarios bordados, y que se había encontrado con que, si quería terminar su licenciatura, dadas las diferencias con el catedrático, tenía que trasladarse a Valladolid, donde parecían

dispuestos a recibirla con la concesión al exotismo que constituía que fuera la primera mujer que cursaba estudios de Medicina en aquella universidad.

No es que las cosas con Gadea hubieran ido a mayores. Mantenía una extraña fidelidad emocional (lo que no menoscababa en absoluto la existencia de las lógicas y esperables efusiones carnales de pago) hacia Mercedes. Pero Gadea era distinta. Para empezar, pensar en ella como en una mujer le resultaba bastante estafalario, y no porque no tuviera un aspecto inequívocamente femenino, aun debajo de aquellos vestidos holgados de talle bajo, tan poco propicios a mostrar ningún tipo de exuberancia en el caso de que la hubiera: telas de punto con caída, y siempre sombreros de fieltro, y la melena pelirroja corta con flequillo, tan parecida a las actrices de las películas si no fuera porque su rostro era un catálogo de pecas. Señorita Zanahoria la llamaba alguno de sus compañeros, y ella reía, acostumbrada a moverse con soltura en un mundo de hombres. Era justamente por eso. Costaba ver como una mujer a alguien con quien podías hablar exactamente igual que con cualquier compañero. De no ser porque prefería dedicar sus horas a estudiar en la biblioteca, habría sido muy sencillo verla en las tabernas cercanas a la facultad confundida con el resto de los estudiantes.

Gadea le explicó que se llamaba así porque su padre, el catedrático Francisco García, autor de sesudos estudios y brillante conversador, era un medievalista fascinado por los mitos y las leyendas que se habían originado para explicar, unas veces, ocultar, otras, y sacar más guapos para la historia a sus protagonistas siempre, y había estudiado particularmente el episodio de la jura de Santa Gadea del *Poema de Mio Cid*. También, que el cura que la bautizó se negaba a cristianarla con tal nombre, que decía que no existía, que tenía que llamarse Águeda que era el real, y lo de Gadea no era más que un vulgarismo de la gente, es como si quisieras bautizar a un niño como Grabiél, y Gadea entonces reía, y su rostro pecoso se iluminaba y los ojos azules, no muy grandes pero tan vivos, brillaban, y Gregorio pensaba que era tan distinta a todo, y le recordaba la risa de Onel, aquella alegría inabarcable que tanto echaba de menos.

Hablaron de hacer juntos muchas cosas, de viajar a Burgos, su ciudad, para visitar la iglesia de Santa Gadea, de ir juntos al teatro alguna vez, al

Zorrilla o al Lope, y sobre todo, al cine, a las proyecciones en el teatro Pradera, reconstruido totalmente después del incendio de tres o cuatro años atrás.

Nada de aquello, sin embargo, había llegado a realizarse. Aquel paseo por los jardines del Campo Grande, un domingo por la mañana después de salir ambos de misa en la iglesia de San Juan de Letrán, había sembrado su corazón con un veneno que llevaba consigo el rumor de las alas de los faisanes en la Pajarera, la brisa colándose entre los olmos, que habían empezado a enfermar inexplicablemente, el parloteo feliz de niños jugando al aro y niñas saltando a la comba en un revuelo de organdí, lazos y perfumes de domingo. Caminaba con Gadea a su lado y hablaban de órganos enfermos, de humores y tumores, rememoraban el lugar exacto donde se había ahorcado a reos o donde había tenido lugar algún oficio de horroroso recuerdo y, sin embargo, las palabras oscuras, las referencias lúgubres, la memoria siniestra saltaban en pedazos por aquella extraña alegría que Gregorio no acertaba a definir ni a entender: la de llevar a su lado a una muchacha distinta a todas, flaca bajo el vestido azul de talle bajo y brazos desnudos porque se había quitado la chaqueta de obligado uso en la iglesia. Una muchacha que no lo parecía y que sin embargo lo perturbaba más de lo que ninguna otra lo había hecho jamás. Más de lo que lo había perturbado nunca Mercedes, con quien era tan fácil todo, de quien se limitaba a escuchar las fruslerías, que por lo que tenía entendido eran moneda de cambio en las conversaciones de novios, y a quien le relataba con cierta desgana, solamente espoleada por el entusiasmo que ella manifestaba, los avatares de algunas cuestiones relacionadas con su vida universitaria, y de quien, por otra parte, se confesaba enamorado: era una chica educada, discreta, dueña de los silencios y sabia administradora de las palabras, decente y todo aquello que se esperaba para convertirse en la esposa adecuada de un médico. Se imaginaba a su tío Clemenciano mirando horrorizado a Gadea, escuchándola hablar con aquel aplomo y aquella seguridad que sin duda elevaría a categoría de falta de educación. No. Definitivamente, el noviazgo con Mercedes, su próximo matrimonio, no peligraba en absoluto.

Tal vez por aquello, o porque la proximidad de los exámenes los recluyó a ambos en las cuatro paredes de sus cuartos respectivos, la historia con Gadea

nunca tuvo más capítulos que aquel prólogo de domingo por la mañana en Campo Grande.

Y sin embargo, mientras estudiaba, los codos hincados sobre la mesa tratando de memorizar la mayor cantidad posible de conocimientos, Gregorio Santaclara pensaba en el verano en Nozaleda, en el final de su licenciatura, en los días que pronto serían más que la promesa que ahora intuía colándose entre las palabras familiares de sus libros tan deslustrados de pasar las páginas, de subrayar conceptos, de hacer anotaciones con letra ilegible y tinta añil en papeles que dejaba a modo de marcapáginas, el primer Santaclara que, en opinión de su padre, tenía estudios de verdad (¿cómo hablar de estudio, de ciencia, de conocimiento para referirse a la mucha teología que pudiera haber estudiado Clemenciano, si nada más opuesto a la ciencia y al conocimiento podía haber que la fe, por pura definición?), libraba en su corazón una batalla inesperada y atroz: la del deseo simultáneo de irse y de quedarse, de borrar de su mente la turbación que amenazaba con convertirse en volcán de lava tan roja como su cabello, y a la vez de entregarse sin remedio a aquella alegría inocente y sabia que brotaba de los labios de Gadea convertida en risa y en palabras.

La extraña amistad forjada entre Sefa Quintana y Liborio Santaclara no estaba exenta de un componente de esa complicidad adolescente que, de forma tan inusual como inquebrantable, se produce a veces cuando la urgencia sexual no encuentra más eco que el inexistente deseo hacia esa persona, que, oh, milagro, también parece inmune a darle salida a cualquier apremio con el primero. Cada uno de ellos había encontrado en el otro la excusa perfecta para mostrarse como era en realidad sin que la necesidad de fingir para conseguir determinados fines contaminara su forma de comunicarse, sino que la dotaba, por el contrario, de una abierta sinceridad, de modo que Liborio encontraba en Sefa, lejos de cualquier necesidad de mostrarse seductor, de buscar el modo de conseguir llevársela al catre (no le gustaba mucho físicamente, y eso ayudaba bastante), la compañera a quien hacer partícipe de dudas y de ideas, persuadido como estaba de las facultades intuitivas de la mujer para leer el corazón y la mente de los demás. Por otra parte, Sefa Quintana había encontrado en Liborio algo absolutamente inesperado. Si alguien se tomara la molestia de preguntarle por qué se sentía tan a gusto al lado de aquel hombre con quien no tenía que bajarse las bragas, y aun a pesar de ello (o tal vez justamente por esa razón) la trataba con infinito aprecio, y parecía más interesado en su opinión sobre los clientes que frecuentaban su hotel, tal vez la única respuesta sería que con Liborio podía reírse sin importarle que quedara al descubierto que le faltaban dos piezas en la dentadura (uno de los colmillos superiores y el premolar que lo acompañaba), resultado de una mala noche con un cliente que había conjugado de un modo lamentable su frustración con

la ingesta excesiva de aguardiente. También porque, aunque no fuera capaz de explicárselo, con Liborio terminaba por recuperar una parte de sí misma, en versión corregida y aumentada, la infancia remota en Grameo, los caminos empedrados, los nombres casi olvidados: la Pena Grande, la Braña, la Reguera, la Mosteyal, el camino serpenteante de bajada a Revallines, al Tercero de Conveniencia, para seguir a Caborana, aquel otro camino de cabras que desde la Pena Grande la llevaba a Bustiello, y por el que subían las mujeres con los cestos llenos de alimentos del economato en imposible equilibrio sobre la cabeza, los castaños de Bandoreyo próximos al cementerio y el pánico a que se le hiciera de noche y las sombras de los muertos se asomaran por el muro ante sus crédulos y asustados ojos de niña... Todo eso, unido a sabores como el de la mantequilla sobre el pan oscuro de escanda espolvoreada con azúcar de algunas meriendas que conseguía, el rumor del viento en los árboles en otoño, o los sonidos de los pájaros, volvía a ella cuando hablaba con Liborio, que llevaba en sus bolsillos paisajes tan diferentes y sin embargo tan iguales, y lo hacía reconvertido en idílico, poniendo a su infancia desgraciada y precaria una escenografía de impensable belleza. Así, cada vez que acompañaba a su amigo a Nozaleda, se producía en ella una suerte de recuperación idealizada de su propia infancia rural, encontraba semejanzas tan maravillosas como inexactas entre el paisaje levísimamente ondulado por la proximidad del mar y la profundidad del valle del Aller, y le gustaba reconocer utensilios, instrumentos de labranza que recordaba vagamente de su tiempo ya prácticamente sepultado en el olvido, y se convertía en la niña entusiasmada y feliz que nunca había sido, de la mano de un divertido Liborio que no entendía aquellos arrebatos de incontenible alegría, porque ni siquiera ella era capaz de entender que tal vez lo que de verdad la apasionaba de aquella relación era que le estaba permitiendo reescribir su vida, dulcificar sus recuerdos, olvidarse por un rato del aliento del ingeniero Bartomeu, de los años en la casa de Nuncia Chaves, del hijo perdido, de los clientes pestilentes, del tiempo en que su cuerpo se convirtió en una especie de envoltorio sin nada dentro, sin caer en la cuenta de que había sido capaz de lo más difícil: convertirse en agua, insípida, incolora, inodora, pero sobre todo inasequible al intento de que nadie pudiera escribir

en ella intenciones o juicios. Y en esa fluida esencialidad, la intuición, la magia y lo que Liborio entusiasmado llamaba artes adivinatorias habían encontrado su camino.

Pero, sobre todo, entre Liborio y Sefa se había establecido una particular alianza, basada en la volatilidad de los fines que perseguían, es decir, ninguno en concreto, porque si bien cada uno de ellos encontraba en el otro lo que no hallaba en nadie, no parecía que de su amistad se derivara un beneficio que justificara las horas que ambos deseaban pasar en compañía, por mucho que Liborio hubiera encontrado interesantes posibilidades (traducidas en ganancias que no dudaba ni un instante en compartir con ella) gracias a las facultades que la convertían en cotizada adivina y en jugadora invencible.

Nada había hecho, sin embargo, que la memoria de Flora se desvaneciera del pensamiento de Liborio. Convertida, por obra y gracia de lo inamovible de su lealtad a Canor, en absolutamente intocable, guardaba de ella el secreto aroma de lo que nunca fue aunque hubiera podido ser. Y pese a que no quería confesárselo a sí mismo, y mucho menos a Sefa, en el fondo sabía que el desinterés que poco a poco se había instalado en su deseo tenía bastante que ver con el modo en que la renuncia a Flora se le había incrustado en la voluntad, inasible y determinante, rectora de sus días y su destino. Por eso, a pesar de todo, no le escocía el corazón cuando veía juntos a Canor y a Flora, tan sencillamente felices, como si se hubieran juntado el hambre y las ganas de comer (o *juntóse con topóse*, como decía Sefa) y la serenidad de uno hubiera encontrado el eco en la tranquilidad de la otra, y el amor fuera esa suma de voluntades por hacer de lo más próximo un lugar habitable y un poco mejor cada día.

Porque ese y no otro parecía el empeño de ambos: la labor incansable de Flora, que a veces tenía su traducción en las incontables sustituciones que hacía en la escuela, o en las tardes con las mujeres, o en ocuparse tanto de los niños con más dificultades a los que enseñaba desinteresadamente en su casa, como de aquellos que despuntaban, con los que adquiría el compromiso de conseguir por todos los medios que sus padres entendieran que había que hacer un esfuerzo por su futuro, por un lado, y, por otro, suplía hasta la extenuación las horas de colegio para que su examen de ingreso de

bachillerato en la ciudad fuera superado de forma incontestable. Y, por su parte, Canor no se quedaba atrás en su empeño de conseguir toda clase de mejoras para Nozaleda, en las que se le iba parte de sus ahorros y de las ganancias que su negocio de coches y su hotel le procuraban.

Esa armonía, sin embargo, producía en Liborio un sentimiento de difícil explicación. Como si, por algún mandato de carácter divino, él fuera el garante de todo aquello, como si hubiera de mantenerse atento para que nada perturbara la felicidad de la que él mismo se consideraba en parte artífice en la medida en que había sido capaz de renunciar al sentimiento más potente, extraño y maravilloso que mujer alguna le hubiera suscitado.

Por eso quiso propiciar el encuentro de Sefa con Flora. Quería saber si era capaz de detectar en el temblor de su pupila algún presagio que confirmara la extraña angustia que se le había instalado a él en el pecho.

Los informes que Estanislao Pastor dirigía a la superioridad tenían como característica principal la tendencia a la exageración, de forma que parecía que algo se iba cocinando en el entorno de Emilio Mateo, pero sin que nunca se pudiera concretar en nada. Así, contenían en su mayor parte generalidades acerca de la abundante actividad desplegada por el hermano de Flora con los miembros de los sindicatos, particularmente la CNT. No dejaba de ser una excusa. En Madrid consideraban que a Pastor le sobraba capacidad y escalafón para ocuparse del mando de cuarteles más importantes que el de El Lloredal, pero el capitán había insistido en permanecer ahí, renunciando incluso a algunas de las prebendas que sus galones podrían proporcionarle, y para hacer más creíble su renuncia a ocupar puestos más importantes, insistía en la necesidad de mantener bajo vigilancia a Emilio Mateo, cuya relevancia en el anarcosindicalismo no dudaba en exagerar para justificar lo que en realidad no era más que pura coartada para mantenerse cerca de Flora. Había terminado por desarrollar una mezcla de adoración y odio hacia ella, con la extraña consecuencia de que tanto lo uno como lo otro rebotaba en sí mismo, sin rozarla a ella ni remotamente, de forma que cualquier sentimiento, para bien o para mal, solo encontraba eco en su propia persona.

Una parte de sí mismo, la más proclive a la tozudez, insistía en el empeño de creer que su presencia en la boda de Flora la había dejado fuertemente impresionada. Daba igual que la razón, y los ojos que tenía en la cara, acostumbrados a la sospecha y a las conclusiones rápidas, le indicaran que apenas se había inmutado, y había reaccionado como si acabaran de verse

apenas unas semanas atrás. Educadamente le había preguntado por su familia y, lejos de mostrarse sorprendida por su presencia, había admitido como lo más natural del mundo su destino en El Lloredal, para a continuación recibir besos entusiasmados, restallantes en las mejillas todavía comestibles de la maestra, y felicitaciones atropelladas de mujeres prematuramente envejecidas envueltas en lo que parecían ser sus atuendos dominicales, oscuros y de un paño excesivo para la mañana luminosa con que el cielo había bendecido el acontecimiento.

No era la primera vez que la veía, aunque ella jamás se había percatado de su presencia en ninguna de las ocasiones en que él, amparándose en la invisibilidad de los rasgos personales que le proporcionaba el uniforme, había propiciado algún encuentro en la distancia que le permitiera contemplarla mientras caminaba por alguna caleya de Nozaleda, acompañada de algún rapacín, o incluso de Canor, por quien sentía un desprecio tan grande que ni se molestaba en hacerlo responsable de la lejanía de ella, porque en realidad le otorgaba un papel menor: la responsabilidad de que Flora no le perteneciera era solo de la mujer, y si alguien había de pagarlo sería ella.

No contaba con ningún plan, ni para reconquistarla, tarea esta bastante complicada habida cuenta de que había contraído matrimonio y no entraba en la visión de su propia historia y de la vida en general de Estanislao Pastor la opción de convertir en amante a aquella que no tenía otra misión que la de ser la esposa fiel y madre de sus (muchos) hijos, ni para vengarse, aunque tenía que reconocer que habían sido muchas las noches en que se le habían ocurrido las más extravagantes posibilidades de hacer sufrir a Flora. La venganza era, y Pastor no podía menos que reconocerlo así, un asunto curioso. Sabía que lo había acompañado toda su vida, asociado inevitablemente a los celos de sus hermanos, a la envidia que jamás definiría como tal sin, al menos, concederle el adjetivo de sana para acompañarla, de sus compañeros primero en el colegio y más tarde en su actividad profesional. La venganza se convertía en una compañera fiel en las noches de tormentas interiores cuando el único consuelo que podía aplacar la herida de los celos o los zarpazos de la envidia consistía en planificar cuidadosamente, hasta el mínimo detalle, esa venganza para que estuviera a la altura de la afrenta. Disfrutaba particularmente

imaginando la cara de sorpresa de su víctima, su comprensión en un segundo infinito de que *eso* que le ocurría (una desgracia inmensa, un dolor insoportable) era su castigo, era lo que se merecía por aquello que hubiera osado cometer contra él. Entonces, era él, el que había padecido la ofensa, el escarnio, el ultraje, quien se convertía en la encarnación misma de la justicia, la que no siempre saben, quieren o pueden aplicar los tribunales, y la mirada despavorida de quien en su imaginación ya tenía la característica inapelable de reo le producía una satisfacción capaz de aplacar la infamia de la que estuviera sintiéndose víctima. No siempre llevaba a cabo sus venganzas, y las veces, no pocas, en que lo había hecho, el resultado final no había llegado a igualar en ningún momento el grado de satisfacción alcanzado durante las noches en las que había habitado en su cabeza, acompañando sus delirios y sus insomnios, en las horas de guardia en la garita, en la soledad de su cuarto y de sus pasos, que ya jamás abandonarían el ritmo castrense, la actitud de enérgico administrador de una fuerza y una bravuconería filtrada por los altos designios del honor, el patriotismo, la valentía y toda la palabrería destinada a bendecir lo que las más de las veces era únicamente una agresividad y una crueldad convenientemente canalizada.

Y entre todas las posibles venganzas aplicables a Flora y a su desdén imperdonable, la que se presentaba como más propicia, por la proximidad afectiva y, por tanto, generadora de un dolor más intolerable, como más justificable y más sencilla de disfrazar de legalidad, lo que tenía la ventaja de añadir a la justicia personal la consideración de estar contribuyendo a hacer del mundo un lugar más habitable al liberarlo —por el procedimiento que fuera— de la acción de seres dañinos, la que resultaba idónea y sumamente gratificante era la que pudiera aplicarle a Emilio Mateo, el hermanito de los cojones, como solía llamarlo en su fuero interno.

La antipatía se remontaba a muchos años atrás, a la adolescencia madrileña, al tiempo en que a Estanislao Pastor se le metió en la cabeza pretender a Flora y esta, seguramente dejándose llevar por la novedad de sentirse cortejada, y seducida en su inocente juventud por la apariencia educada y elegante (no era poco el tiempo que destinaba, previo a cada cita, en atildarse para presentarse ante ella impecable y distinguido), accedió a

convertirse en su novia, a pesar de que su padre enarcase la ceja sin ver del todo claro que aquel petimetre, porque ese era el único calificativo que se le ocurría, fuera el más adecuado para aquella niña voluntariosa y dulce. De aquel tiempo databa el primer ultraje proporcionado por Emilio, y desde entonces permanecía en el archivo de su memoria, bajo el epígrafe de «Casos que aún no han sido vengados». No por menor resultaba menos imperdonable, y tal vez si las cosas no hubieran salido tan mal con Flora hasta habría podido olvidarlo, pero el episodio ahí estaba, y por muchos años que hubieran pasado, aún lo sumía en una vergüenza insoportable, porque podía ver el gesto burlón del crío, todavía imberbe, entrando inopinadamente en el saloncito en el que él aguardaba a que le anunciaran que Flora ya podía recibirlo, el gesto de burla de Emilio al advertir que los garbanzos que había comido a mediodía, en combinación con quién sabe qué tipo de elemento químico, habían provocado una espantosa reacción en sus tripas, y habían encontrado alivio en forma de gas particularmente maloliente que, aprovechando la soledad en que se hallaba y confiando en la renovación del aire que procuraría la ventana entreabierta, Estanislao se había permitido dejar salir con una combinación estruendosa y hedionda que fue justamente descubierta por Emilio, que acababa de abrir la puerta y que rompiendo a reír hizo ademán de taparse la nariz con una mano mientras con la otra palmoteaba el aire intentando hacer desaparecer la peste y sumiendo, sin saberlo, a Estanislao Pastor en el abismo de la vergüenza, la humillación y la mortificación, que solo encontraría el cauce adecuado para superarlo en la planificación de la venganza.

Los posteriores pasos que Emilio había ido dando en su vida no habían hecho otra cosa que confirmar que si alguien merecía pagar por la afrenta de Flora, por aquella espalda cubierta por los tirabuzones claros que vio alejarse Recoletos arriba después de decirle aquello de hasta aquí llegaron las aguas, por el modo en que su mundo, el sueño de su vida, la esposa tranquila, dulce y obediente, los niños rubios y listos, bonitas ellas, fuertes e intrépidos ellos, el hogar apacible al que volver de su lucha diaria en la vida y descansar de otras turbulencias amatorias, que, estaba seguro, con la edad dejarían de ser tan pertinentes, habían desaparecido, era Emilio.

Y Emilio estaba en su punto de mira. Cierto que no había podido pillarlo en ningún delito flagrante, y aunque sabía con certeza de su adscripción, sus movimientos, sus idas y venidas por todo el territorio español y su papel determinante en el funcionamiento de los distintos grupos anarquistas y cenetistas gijoneses, no había sido capaz de encontrar los argumentos suficientes que lo llevaran al cuartón. Pero tampoco era así la cosa: en realidad, Estanislao Pastor aguardaba sin prisa, y le parecía una estupidez detener a Emilio Mateo por cualquier tontería de la que con algún abogado listillo podría librarse sin problemas. Aguardaba el momento de pillarlo en algo sustancial, algo que acabaría con sus huesos en la cárcel para siempre. Y no tenía prisa. Si algo se repetía desde niño era que la venganza era un plato que se servía frío.

Gregorio Santaclara retornó a Nozaleda el verano de 1922 con su título bajo el brazo, y con unas prácticas que realizaría en los meses siguientes. Lo hizo después de un tedioso viaje en el rápido desde Valladolid, y llegó con el tiempo justo para la comida de san Pedro, que en su casa se celebraba con especial ceremonia desde siempre, porque ese era el nombre del abuelo, el padre de Honorino, Clemenciano y Liborio, que parece ser que siempre había padecido por tener un nombre demasiado vulgar y no había querido que sus hijos pasaran por la misma experiencia. Aunque hacía tiempo que el abuelo había fallecido, la familia seguía reuniéndose ante una fabada espectacular que la abuela, fallecida también, había puesto buen cuidado en perpetuar, en lo que a la receta se refería, en la nuera Catalina, la madre de Gregorio, que para mantener la tradición un año tras otro se lamentaba de que no le había salido tan buena como la de la suegra, y temía que los paladares de los hijos acusaran esa diferencia. A Gregorio su madre le ponía de los nervios, siempre lo había hecho. No podía soportar su tono quejumbroso, su permanente pesimismo, su temor por todo, ya fuera una tormenta, un ratón, o la cercanía de la muerte en el pueblo. Todo era un drama, todo era motivo de queja, todo presagiaba desgracias. Se preguntaba si alguna vez la había visto, no ya reír abiertamente, sino simplemente sonreír, se lo preguntó en aquella comida, el mismo día de su retorno, cuando todos estaban tan contentos porque el más joven de los Santaclara tenía su título de doctor en Medicina, a falta de las prácticas, sí, admitían todos, especialmente Liborio y Honorino, felices y propensos a beber más sidra de la cuenta mientras hacían caso omiso a las lamentaciones de

Catalina y manducaban fabes y compango como si no hubiera mañana. Y eso que había habido un pequeño desacuerdo, una mirada reprobadora, un comentario afilado: al tío Clemenciano no le hacía ni pizca de gracia que Onel compartiera mesa con ellos, pero estaban en casa de su hermano Honorino, que siempre se había caracterizado por confraternizar más de la cuenta con las personas que no estaban en su situación, y eso trascendía a lo puramente económico, puesto que si bien los Forquetos, y Onel era uno de ellos, siempre habían sido pobres como ratas, esa circunstancia había revertido ya muchos años atrás con la vuelta de Canor, así que no se trataba de eso, era más bien el muchacho, aquella piel tostada, vestigio de quién sabe qué proximidades con lo maléfico, oscura como su alma, y sus amistades, aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, que se podía sustituir por que Dios, en su infinita bondad, los había criado, pero había sido el demonio el encargado de juntarlos: a Onel con la maestra y, sobre todo, con su hermano, aquel alma negra, descreído y marxista o algo peor, si es que ello era posible, porque de hecho don Clemenciano había hecho su propia lista de las características de los anarquistas frente a los que él genéricamente llamaba marxistas y no terminaba de decidirse por cuál de las dos corrientes de pensamiento era más merecedora de las penas del infierno, aunque tampoco estaba del todo seguro de la filiación exacta de Emilio Mateo y, por tanto, del camino por donde sin duda llevaría a aquel muchacho amigo de su sobrino, cuyo origen seguía tan turbio como su presente. Tampoco a Onel, cuya antipatía por el cura era de sobra conocida, le hacía ninguna gracia compartir con él aquel mantel bordado de las grandes ocasiones en la mesa del comedor de los Santaclara, que por otra parte se sabía de memoria, con aquellos dos enormes aparadores oscuros, tan pesados que dudaba mucho que alguna vez se hubieran movido ni un centímetro de la ubicación donde los recordaba siempre, y el cuadro aquel tan espantoso que representaba un bodegón que lejos de suscitar el apetito terminaba por remover sus tripas y amenazar con una náusea insuperable. Pero aun así, a pesar de esa mutua antipatía que ninguno de los dos se molestaba en disimular, Gregorio estaba tan contento con el final de su carrera, con su vuelta a casa que, por una vez, quería tener a toda su familia junta. Y Onel formaba parte de ella por pura elección. Si cuando eran pequeños se había

sentido fastidiado por la admiración del niño, los años habían ido confirmando la amistad como una roca sólida e inamovible, mucho más fiable que cualquier otro sentimiento, incluidos el familiar y el amoroso. Los años de separación, las cartas, los reencuentros, le habían confirmado que Onel era el hermano que nunca había tenido, y que lo que los unía estaba por encima de todo.

Había llegado a la estación del Norte después del mediodía, tras un larguísimo viaje que había comenzado al alba, y lo había recibido la llovizna, la grisura del cielo, el olor del mar próximo. Su tío Liborio lo esperaba en su flamante coche, aparcado delante de la estación, pero la sorpresa le llegó en forma de ágil salto desde la barandilla de madera que circundaba todos los terrenos y edificios de la estación: Onel se le echó encima y ambos cayeron al suelo abrazándose como dos oseznos ante la divertida mirada de Liborio, que no podía evitar ver en aquellas risas su propia amistad con Canor, que como uno de los tesoros más preciados guardaba aún en su memoria, a pesar de que ese recuerdo siempre terminaba por mezclarse con la sensación agri dulce de haber perdido una batalla en la que ni siquiera estaba muy seguro de que ninguno de los dos hubiera peleado, pero el botín, que era el corazón de Flora, había quedado fuera de su alcance para siempre. Trató de reconvenirlos argumentando que ya no eran unos críos, y que como los viera un guardia iba a pensar que estaban peleándose de verdad, así que hicieran el favor, y solo entonces pudo abrazar a su sobrino, mientras aprovechaba para sacudirle el polvo del elegante traje que se había puesto para llegar a casa como médico, y que las horas de viaje habrían conseguido maltratar de no ser por aquella elegancia interna que los años de estudio y la cuna, por rural que fuera, imprimían a todos sus movimientos, a sus gestos, a sus ademanes.

Don Clemenciano había dejado ya muy claro, con una mezcla de ironía y de inocencia, de forma que, aunque existiesen claras sospechas de su intención, nunca se podría afirmar con rotundidad cuánto de malévolo había en su formulación, lo que opinaba acerca de la presencia de Onel en la mesa. Eso fue después de pontificar, mirándolo de reojo sobre los males del progreso y el sistemático alejamiento de Dios que comportaba. Parecía centrarse en su sobrino, previniéndolo de la ciencia, de la soberbia que embargaba a los

hombres de ciencia, que...

—... en cuanto han aprendido cuatro cosas se consideran más sabios que Dios, pobrecillos, tú no serás de esos, ¿verdad, Goyito?, la ciencia solo es válida si va de la mano de la fe, que los científicos se pasan de rosca, si no leí el otro día de un médico muy famoso que decía que después de haber hurgado en los interiores de no sé cuántos cuerpos podía afirmar que no había alma, que no se encontraba por ningún sitio, que el único alma en que podía creer era el cerebro... ¡el cerebro! Habrase visto mayor desatino, todo eso sucede, sobrino, por la soberbia, cree el hombre que sabe, y qué va a saber, solo Dios es omnisciente, el hombre jamás alcanzará esa potestad, unos pobres conejillos todos ellos que creen que saben algo y solo provocan la risa del Altísimo. Cuando no su furia. Así que tú ten mucho cuidado siempre con la soberbia, sobrino, nunca pienses que eres importante, la vida de los enfermos nunca dependerá de ti, de lo que tú hagas: eres solo un instrumento del que se vale el Señor para devolver la salud a los enfermos, eso no lo olvides nunca.

Hizo una pausa para engullir un par de cucharadas de fabada y, aprovechando el silencio que se había formado alrededor de sus palabras, prosiguió, añadiendo a aquellas invectivas suyas disfrazadas de consejo su (sabia e indiscutible) opinión acerca de la situación política, eliminando de paso de un manotazo una mosca que se había colado por la ventana, que permanecía abierta porque, a pesar de la ausencia de sol, el calor se había hecho cómplice del bochorno y la humedad. Afuera aguardaban, y Onel y Gregorio ya habían intercambiado una mirada en la que habitaba toda la infancia compartida, las cerezas que atiborraban las ramas de los tres enormes cerezos. Gregorio no pudo evitar tocarse el antebrazo en una retroactiva caricia, recordando el tiempo que tuvo que traerlo en cabestrillo por el esguince que se hizo al caerse de una de ellas mientras Onel trepaba como un mono hasta el picalín.

—Menos mal que parece que esto se va a acabar muy pronto.

Había tal triunfo en aquella afirmación que Onel no pudo evitar levantar los ojos del plato donde procuraba tenerlos fijos para que no se le notara la ira que por momentos crecía en su interior, y se encontró con los de Liborio, también interrogantes y sorprendidos, porque, aunque no participara en

absoluto de la agitación en que Onel estaba plenamente inmerso de la mano de Emilio, conocía todos y cada uno de los movimientos. El cura no fue ajeno a aquel intercambio de miradas, pero prefirió hacer como que no se daba cuenta y continuar con lo suyo. Fue Gregorio quien abrió la boca para preguntar a qué se refería, añadiendo que en Valladolid los grupos de anarquistas eran casi testimoniales, para posteriormente aclarar que él tampoco estaba enterado de gran cosa, puesto que su vida siempre se había circunscrito a los ámbitos universitarios.

—Hoy en día el mal se introduce en cualquier sitio, Gregorio, y las ideas marxistas anidan incluso en ambientes impensables, que por estar imbuidos por el conocimiento deberían ser totalmente impermeables... Nunca se sabe dónde campa el demonio. Pero yo me refería en general. No queda mucho tiempo de esta anarquía y de este terror que siembran por las calles...

—Te refieres a los pistoleros, ¿no? —La frase pronunciada por Liborio tenía tal dosis de inocencia que, si no fuera porque todos lo conocían, habría podido parecer fruto de la mayor ignorancia.

—Los pistoleros son el resultado de la violencia de los obreros, naturalmente. Y no hagas mucho caso de lo que leas o te cuenten por ahí. —Miró de reojo a Onel, que parecía muy interesado en contar el número de florecitas de color rosa que constituían la guirnalda del borde del plato de delicada porcelana—. Muchos de los crímenes de los que se habla no son resultado más que de ajustes de cuentas entre obreros, y cosas así. Es muy fácil culpar siempre a los patronos.

—Pues yo, por lo que tengo entendido... —Honorino trató por un instante de hacer valer las cosas que había oído en sus cada vez menos frecuentes visitas al Ateneo Obrero de Gijón, pero fuera lo que fuera, los comensales se quedaron sin saberlo, porque el cura cortó, con aquella indiscutible autoridad que poseía, cualquier posibilidad para afirmar lo que en realidad era ya un viejo rumor.

—Habrá un pronunciamiento militar. Y ya va siendo hora, porque esto es insoportable ya. Yo no me canso de rezar, especialmente por nuestra Inés, que, como sabéis, y de ello me ha informado la madre general recientemente, pronto hará sus votos de los tres años, antes de la profesión final. Llegan

noticias terribles, y la amenaza es permanente, lo que, por otra parte, no es nada nuevo. Las persecuciones han sido siempre parte de la historia de la Iglesia de Cristo. Por eso siempre permanecerá, porque el Señor nos somete a todos a toda clase de pruebas, pero sabemos que Él siempre nos protege, y siempre habrá hombres valientes para defenderla.

Catalina Valdés, estremecida por la posibilidad de que a su hija pudiera ocurrirle algo tras los muros del convento, donde la creía a salvo de la mayor parte de las desgracias, que para ella solían concretarse en los desastres meteorológicos, hizo ademán de ofrecer más fabada y señaló que en la cocina aún había una fuente con más compango, y que estaban a tiempo, porque pronto iba a servir el arroz con leche que había elaborado durante toda la mañana

—Aunque no me salió del todo bien —añadió como tenía por costumbre—. El que estaba rico era el que hacía vuestra madre...

Nadie hizo caso a ese comentario, porque cada uno vagaba por sus propios pensamientos. Pero Clemenciano volvió a la carga mientras se limpiaba los labios con la servilleta de hilo antes de beber de su copa de vino (a él la sidra siempre le había parecido una bebida demasiado vulgar).

—No digo yo nada sobre este muchacho aquí, que es como de la familia, no en vano es nieto de los más fieles servidores que ha tenido esta hacienda, pero Goyito, hijo, digo yo que sería más lógico que nos acompañara Merceditas, ahora que estáis prometidos...

Onel había seguido masticando educadamente, sin mirar al cura que acababa de pronunciar aquellas palabras, que rápidamente fueron neutralizadas por un inicio de protesta de todos los comensales, y finalmente por la voz ya un poco acompañada por los efectos de la abundante sidra que había trasegado para ir haciendo hueco a los dos enormes platos de la majestuosa fabada, de Liborio, que, divertido y socarrón sentenció:

—Sí, ho, Clemen... Lo que pasa es que tú sabes que Merceditas come como un pajarín y Onel es un serio competidor para ti en eso de comer el arroz con leche que tú idolatras...

El verano trajo consigo para Gregorio Santaclara la incorporación inexcusable a sus prácticas médicas en Gijón, aunque en un principio hubiera pensado hacerlas en Oviedo, en el hospital manicomio de Llamaquique, cuyas instalaciones pasaban por ser unas de las más interesantes del norte, y los profesionales que prestaban sus servicios allí gozaban de un gran prestigio y, sobre todo, y ese era el principal argumento esgrimido por el tío Clemenciano, la comunidad de Hijas de la Caridad era la encargada del cuidado de enfermos e instalaciones, que pertenecían a la orden. Como él conocía perfectamente a la madre general, las cosas serían más sencillas para Gregorio. Esta fue una de las primeras veces en que el joven médico tuvo conciencia de que ya había crecido y era adulto, porque nunca hasta ese instante se había atrevido a levantar una ceja ante un comentario del cura que con mano de hierro (a veces enguantada) manejaba los destinos familiares. No solo había levantado la ceja: también se había negado, suavemente eso sí, y se había atrevido a hacer valer su propio criterio. Y para ello, aunque no pudo evitar sentir sobre su nuca la alarmada mirada de su madre, que temía a su cuñado más que a las siete plagas bíblicas y lo veneraba como si ya hubiera alcanzado la condición de santo en vida, le había mencionado al tío Clemenciano que no necesitaba protección alguna de ninguna monja, ni de ninguna comunidad religiosa, ni siquiera del equipo directivo del hospital, al que no dudaba que tendría acceso, dada la abundancia y calidad de sus contactos: tenía su título, su capacidad para trabajar y aprender y de eso únicamente pensaba valerse. El cura torció el gesto, contrariado, y, como si

estuviera a punto de ser inmolado, hizo un amago de disculparse por intentar hacer lo mejor por él y de paso reconvino a Gregorio recordándole aquello que habían hablado acerca de la soberbia de los científicos. Y mientras murmuraba *Mal empezamos*, giró sobre sus talones y, con un ademán más teatral que otra cosa, se envolvió enérgicamente con su manto y abandonó la casa de su hermano sin molestarse en despedirse ni siquiera de Catalina, que aún no había acertado a sumar las palabras suficientes para enhebrar una disculpa por la mala educación de su hijo.

Pero Gregorio ya lo había decidido en los primeros días en la Facultad de Medicina: haría sus prácticas en el hospital de Caridad de Gijón y no se trasladaría a Oviedo, ni se adscribiría a la habitual rutina de la mayoría de los licenciados de pasar su periodo de prácticas con algún médico amigo de la familia que justificaría su aplicación y aprovechamiento en la consulta privada. En esta línea, en cambio, iba la opinión de Merceditas, que no terminaba de ver claro que su novio quisiera meterse a trabajar con enfermos de toda clase y condición, aquejados de enfermedades que se veían agravadas por su decaída situación económica y las pésimas condiciones de vida. No, aquel no era lugar para su futuro marido, ella se merecía mucho más. Esto era algo que siempre había sabido, desde que había logrado enterrar el odiado Cherines con que la conocía todo el mundo en su pueblo, ya cerca del límite con la provincia de Santander. Cherines *la del boticario*, para ser más exactos, con lo que conocidos y vecinos dejaban clara su filiación. No era que odiara llamarse Cherines, que cada vez que la llamaran así se le formaba un nudo en el entendimiento de la pura rabia. Se trataba de algo mucho más amplio: odiaba su pueblo, la gente que lo formaba, las calles empedradas y toscas, el deficiente saneamiento, la presencia de animales en franca convivencia con los humanos, los gritos de las vecinas y, sobre todo, los olores. No podía soportar que todo oliera tan mal. A Merceditas le había costado mucho hacerse con ese nombre, y ahora no podía renunciar a su condición. En cambio, Onel estaba loco de contento: que Gregorio se fuera a Gijón significaba que se instalaría, al menos gran parte de los días, en el hotel de Liborio, donde también él pernoctaba en numerosas ocasiones, y tendrían la oportunidad de recuperar el mucho tiempo que los años de separación les

había hurtado, aunque a cambio hubieran fortalecido el extraño vínculo que los unía.

Para Gregorio, de algún modo, era su adiós a la vida de Nozaleda, al mundo que le había sido propio, a la tierra y a la gente que había constituido su universo. Sin embargo, por más que hurgaba en su interior en busca de algún atisbo de melancolía derivada de las visiones, los olores, el tacto de las cortezas de los árboles, los gestos, las estancias, nada de ello sumaba lo suficiente como para que la nostalgia le atenazara el corazón. Tenía la impresión de que mientras en Nozaleda siguiera su familia, no se iba del todo, nada había de definitivo en la forma en que se producía la ruptura, era como si en el fondo continuara allí una parte de su vida mientras existieran la casa y las personas, mientras pudiera volver a oler la hierba recién segada en junio, mientras lo recibiera el paisaje de colinas suaves que avanzaban hacia el intuido mar y los cerezos bordeando el camino, las lilas y los sanjuanés, los setos de boj, la curva y la fuente, los manzanos en la pomarada, el recorrido de la luna en el cielo las noches de verano y la sinfonía de las estrellas en las de invierno, cuando contemplarlas suponía un desafío a la helada. Nada le indicaba, por más que la razón se empeñara en escribir sus propios renglones, que aquello era un punto y aparte en su biografía. Tenía su título universitario, una novia con quien se casaría la siguiente primavera y un piso en propiedad en la Plazuela San Miguel donde, sin embargo, no pensaba trasladarse hasta que lo hiciera con su esposa. Tenía veintitrés años recién cumplidos, ganas de vivir y de trabajar, de zambullirse en el acontecer de la ciudad, demorarse despacio por sus paseos, frecuentar los cafés, ir al estadio del Molinón a ver jugar al Sporting, acudir al teatro Dindurra para ver las obras puestas en pie por la compañía de Francisco Morano o por la de María Guerrero, llevar de su brazo a Merceditas y acudir a alguno de los bailes de máscaras que se prolongaban hasta la madrugada en verano en los Campos Elíseos, o a las fiestas del Real Club de Regatas donde ella se sentía a sus anchas, con todas sus amigas, socias también.

Pero, sobre todo, Onel. Las horas de conversación, contándole historias de su vida en Valladolid, escuchando su relato pormenorizado y vibrante de los pequeños detalles de su vida cotidiana, de la gente que lo rodeaba, de su

trabajo con su padre, del modo en que había conseguido librarse del servicio militar, de la complicidad con Liborio, las historias de la adivina Sephine, y, por encima de todo ello, fascinante y peligroso, todo lo que tenía que ver con la semiclandestinidad en que vivían la militancia, el magisterio que sobre él ejercía de forma permanente Emilio Mateo, sus confidencias. El chico que no había estudiado era el que le suministraba libros al universitario, y poco a poco hacía crecer en él un larguísimo rosario de preguntas que tal vez habían estado ahí desde siempre, heredadas de la curiosidad y el sentido de la justicia, de la nobleza decente de su padre. La amistad de Onel, insustituible. Única.

Sucedía de forma inesperada. A veces en mitad de la noche, o justo cuando estaba a punto de quedarse dormido. Era un sobresalto, como si de pronto le tiraran de los pies, o le sacudieran un hombro, y era tan intenso que Onel se incorporaba convencido de que había entrado alguien en su cuarto, ya estuviera en cualquiera de las habitaciones del hotel o en su propia casa en Nozaleda. El susto que lo devolvía a la vigilia apenas abandonada minutos atrás se iba transformando en angustia, en la recuperación del espacio como si volviera de muy lejos, de algún punto remoto seguramente fuera de este mundo. Poco a poco reconocía los contornos de lo conocido: el rectángulo de la ventana, el perfil de la silla apoyada en la pared, la mancha oscura del armario, incluso (y eso le permitía discernir si se encontraba en su casa o en el hotel) la silueta bien de los barrotes metálicos del piecero de su habitación bien de las delicadas curvas de madera de la cama del hotel. Superado ese instante, el del reconocimiento, la angustia crecía con la convicción de que algo le estaba pasando. Siempre, desde que podía recordarlo, era así: volver a la vigilia justo antes de entrar en el sueño con la insoportable zozobra, con el desasosiego de la sospecha de que estaba olvidando algo (una tarea, algo que se le había encargado, un recado que tenía que darle a alguien, deberes de la escuela sin hacer). Una vez repasado mentalmente que nada se le había olvidado, la angustia daba paso a la congoja, porque era el instante en que caía en la cuenta de que había perdido algo, de que le faltaba algo y no podía saber qué. Y aunque indagaba en los rincones más inabordables de su memoria, de la conciencia arrancada al sueño, no podía saber qué era, ni de

dónde venía aquella desazón insoportable que poco a poco iba dando paso a una tristeza sin nombre, al desconsuelo, porque terminaba por caer en la cuenta de que se trataba de una colosal pérdida, tan inmensa que ni siquiera podía bautizarla porque, por desconocer, ignoraba hasta qué era aquello que había perdido, lo que le faltaba. A veces, de repente se echaba mano a uno de los pies, porque por un instante se le cruzaba por la cabeza, en esa nebulosa de conciencia que era la frontera desde la que había regresado, la extravagancia de que le faltaba un pie. O un brazo. Una vez, de muy pequeño, inesperadamente se le ocurrió que le faltaba la cabeza. Entonces culpó a una historia que le había contado el abuelo mientras lo acompañaba en la campina donde estaba segando, a propósito de un episodio terrible de un padre que con la guadaña no había advertido la presencia de su niño y... en este punto la impresión había sido tan brutal que hizo responsable al relato de aquella angustia de haber perdido la cabeza, pero no era tal. En realidad era un episodio más que venía repitiéndose una y otra vez y que parecía que nunca lo abandonaría.

Años atrás, cuando la muerte del abuelo, creyó dar por fin con aquello que le pasaba y que jamás le había contado a nadie. No era muy lógico, porque el abuelo se murió cuando se murió, y él recordaba que desde siempre tenía esa especie de salto en el vacío que cada cierto tiempo se repetía justo en el momento en que iba a dormirse profundamente. De niño, incluso lloraba cuando dormía. A veces, sin que supiera por qué, tal vez asociado a cualquier actividad onírica a punto de iniciarse, había un perfume, una ternura blanda, una voz amada aunque desconocida, un presagio o un recuerdo sin archivar, sin rostro, sin nombre. La primera noche después del fallecimiento de su abuelo, cuando se produjo una vez más aquella ruptura despiadada en el camino que lo conducía al sueño, enseguida cayó en la cuenta de lo que le ocurría, lo que le faltaba. Sentado en la cama con el corazón en la garganta pensó: Ya no está, el abuelo ya no está. Y sucedió algo curioso: la tristeza fue infinita en ese momento, pero a la vez el alivio encontró hueco y al menos la desazón se quedó inerte. Sabía qué le faltaba, qué había perdido. Por aquella época, Sephine, la adivina prodigiosa, la amiga de Liborio, le dijo que sabría que su abuelo ya había encontrado acomodo en la otra vida cuando una noche

soñara con él y pudiera hablar y sobre todo le viera la cara. Desde entonces, Onel espiaba sus sueños, dejaba un lápiz y una libreta en la mesilla de noche para anotar cuanto antes todas las imágenes, justo al despertar, pero nunca hacía falta, porque recordaba a la perfección cada circunstancia y la evolución que habían ido sufriendo esos sueños desde el instante mismo del fallecimiento: los primeros días soñaba que se le moría su perro, o el gato Anacleto, y eso le producía una enorme angustia, y se despertaba llorando. Más tarde soñó que se morían otras personas, vecinos de Nozaleda, algún conocido de Gijón, gente con la que se cruzaba a diario y de quien de pronto alguien le decía que se había muerto y él, inexplicablemente, sentía un dolor lacerante, una marea de pena que subía por su pecho hasta la garganta, y volvía el ahogo. Semanas más tarde, el abuelo Tomás empezó a transitar por sus sueños, como si anduviera de puntillas por una nube. De hecho, la primera vez había sido así: soñaba que se encontraba tumbado en la huerta, después de haber estado *palotiando*, y entonces lo veía en una de las nubes. Era él, pero estaba de espaldas. La incorporación apresurada para alcanzarlo coincidió con su incorporación en la cama, y se encontró abrazando el aire y estrechando entre los brazos un vacío infinito. Otra noche, en otro sueño, lo vio sentado en la cocina de su casa. Onel estaba sentado en el suelo, o tal vez tumbado en el suelo de la cocina, porque lo veía desde abajo, y era él: sus escaquineros, los calcetines de lana filada que le había tejido Amparo, el pantalón de paño. Y más arriba, el periódico, *El Comercio*, lo que era extraño porque el abuelo no sabía leer. Era él, pero el periódico tapaba su cara. Intentó hablarle pero la voz se le rompió en la garganta con un estrépito de cristales que lo tuvo afónico varios días. También soñaba que doblaba una esquina de cualquier calle de Gijón y lo veía caminando por la otra acera, inconfundible, de espaldas, y se sentía extraño, porque su abuelo odiaba ir a Gijón, dejar aunque fuera un rato Nozaleda, donde todo era próximo y conocido, mientras que las calles de la ciudad lo asustaban, le producían temor los ruidos y el tranvía lo horrorizaba. Onel quería correr para alcanzarlo, y las piernas, siguiendo esa ley no escrita de los sueños, se negaban, cuanto más intentaba correr para alcanzar al abuelo que se alejaba, más pesaban sus pies, como si de pronto fueran bloques de hormigón.

Solo un tiempo después, cuando ya creía que aquellas pesadillas no iban a acabar nunca, una noche, por fin, vio la cara de su abuelo. Le pareció más joven, como era en el retrato que un fotógrafo le hizo un día que llevó a la feria un enorme buey de Santaclara y les dieron un premio, lo que no parecía espantar del todo el susto ante la cámara de fuelle de su rostro con bigote poblado, boina calada y chaleco sobre camisa clara. Esa noche, según la teoría de Sephine, la adivina prodigiosa, su abuelo ya había encontrado la paz en la otra vida, porque estaba sonriente y feliz y le dijo: Onel, ya sabes que nosotros, ser, somos de poca misa, pero los curas convien nun tenelos a mal, así te lo digo.

Y a veces esa frase volvía una y otra vez a su cabeza como si en su elemental formulación encerrara un enigma de cósmicas dimensiones.

—Canor, te he dicho que no me acuerdo.

—Cómo que no, no puede ser. Nadie se olvida de andar en bicicleta.

La vida era perfecta las larguísimas tardes de junio, con Canor empeñado en que Flora aprendiera a andar en bicicleta. Aunque había aprendido a hacerlo de niña, en el Retiro, se había negado durante un tiempo, aterrorizada, hasta que de pronto dijo qué diablos, a ver por qué no voy a poder hacerlo, y con la bicicleta de Canor, acompañada por su risa y sus fuertes manos sujetando el sillín hasta que volvió a tomar confianza, a las afueras de Nozaleda, recuperó el placer perdido de la infancia, del equilibrio, cuando la libertad era el viento en la cara, y los rizos rubios de entonces despeinados. Pasados ya los treinta, sobre una bicicleta incómoda y pesada, volvía a ser niña, y si bien apenas había dejado de serlo nunca, volvía a ser feliz con el entusiasmo secreto de sentirse dueña de todo lo que le sucedía.

Aunque en su corazón había sitio para el desvelo, y motivos para ello no le faltaban cada vez que veía a su hermano Emilio y escuchaba de sus labios algunos de los argumentos relacionados con su actividad sindical, la vida de Flora transcurría entre la placidez y algo que se parecía bastante a la felicidad. Canor era un compañero perfecto: la adoraba, cuidaba de ella, se preocupaba de que estuviera bien. Sentados en las tardes de verano, aguardaban el anochecer en la antojana, en unos sillones de mimbre sobre los que Flora había colocado unos bonitos cojines elaborados por algunas de las mujeres de las tardes, y que habían constituido, entre otras cosas, su regalo de boda. Habían ido guardando retalitos de todas las telas utilizadas para

confeccionar las prendas que habían hecho ayudadas y dirigidas por la maestra y finalmente los habían cosido en una suerte de *patchwork* intuitivo y emocionante, porque allí estaba su historia, la de aquellos años, la ropita que habían ido haciendo para los niños y los vestidos de cuando tenían que ir a una boda, los delantales para la cocina. Diminutos trozos de vida cosidos con el alma de Flora, que les había mostrado el camino, no solo de la costura y el punto: también de las historias, las páginas escritas, y la lectura, porque más de una había conseguido aprender a leer, con la torpeza de enfrentarse a las letras desde la adultez de los ojos acostumbrados a *llindiar* ganado, a distinguir las malas hierbas en la huerta, vigilar a los niños y escudriñar en la noche cualquier amenaza, la presencia de la Güestia, o los miedos más próximos y palpables. Concentrar en líneas indescifrables todo su deseo de aprender, su necesidad de enterarse por sí mismas de las historias que dormían en los libros que la maestra alineaba en un estante del cuarto donde cosían y dejarse llevar por la mano de Flora en ese aprendizaje, había sido el éxito de sus vidas. Y todo ello aunque en la aldea más de uno las mirara con curiosidad y hasta con desprecio cuando la condición de nuevas lectoras trascendía, lo que no era muy frecuente porque, a pesar de que se sentían felices y orgullosas, había un temor anudado en su voluntad, un pánico insalvable, puesto que nada podía asegurar que no estuvieran haciendo algo que no les correspondía, por mucho que Flora les dijera, por mucho que, en su casa y bajo su tutela, todo pareciera lógico, y hasta maravilloso. Por lo pronto, sabían que era mejor que don Clemenciano no se enterase de ello. Si alguien les hubiera preguntado la razón, seguro que no habrían podido ni sabido explicarla, pero era una verdad tan asumida como la sucesión del día y la noche. La mayoría ni siquiera tenía la valentía suficiente de decírselo a su propio marido, aunque secretamente sintiera una satisfacción sin nombre cuando lo veían silabear trabajosamente para leer algo que ella podía leer de corrido.

Canor, los niños de la escuela, en la que pasaba todo el tiempo que podía, las mujeres de las tardes, el paisaje, los sonidos conocidos y los silencios, Camila y Onel, con quienes tenía una relación difícilmente clasificable, entre la maternidad asumida y la amistad espontánea.

La vida era esa placidez en la que los detalles nimios se convertían en protagonistas. Preparaba mermeladas con la fruta de la temporada, ayudaba a Canor en la enorme huerta que tenían al lado de casa, y había reservado un espacio para hacer un pequeño jardín en el que soñaba con hacer crecer, de momento con poco éxito, además de toda clase de flores, hierbas para utilizar en la cocina y para aliviar los males: milenrama para las mujeres que llegaban a *esa* edad, valeriana para los problemas de sueño, tomillo para los catarros que se agarraban más de la cuenta, mejorana y tila para los nervios, estragón para las lombrices, cilantro para los gases, anís para la digestión, salvia para el dolor de garganta. Y aunque, de momento, ese proyecto no tenía muchos visos de hacerse tan real como era en su cabeza, no perdía la esperanza.

La vida era eso también: los afectos, la enseñanza, los descubrimientos, el olor de la lavanda o de la albahaca, preparar conservas de tomate, colocar las manzanas recogidas en la pomarada sobre un lecho de hierba seca durante meses para que no se estropearan, ver cómo crecían las plantas de las patatas, comprobar horrorizados que tenían plaga de boliche que había que eliminar de inmediato de las plantas de faba que crecían hermosísimas, poner los palos para los fréjoles, regar con cuidado las eras, vigilar la lluvia, ver feliz a Canor haciendo trenzas con las cebollas antes de colgarlas en el corredor. La vida era charlar con Camila, cuyo cuerpo había iniciado tiempo atrás su imparable avance, las piernas que se habían alargado interminablemente en los años anteriores adquirían las redondeces que también se iban colocando en otros puntos de su anatomía, la voz había cambiado ligeramente, la cara, para su espanto, había sido víctima de una floración de granos inesperados y tenía toda la pinta de llegar a ser casi tan alta como Onel, con el que compartía unos rasgos que les proporcionaban un ligerísimo y a la vez inconfundible aire de familia, especialmente en alguno de los ademanes, y de quien, sin embargo, la separaba sin remedio la tonalidad de la piel, porque en ella parecían haberse perpetuado todas las sangres celtas, y tanto los ojos, clarísimos, como el delicado pelo rubio y la tez blanca que era la admiración de todas las mujeres del pueblo, proclamaban a los cuatro vientos sus orígenes, más allá incluso de la apariencia de sus padres. A saber de qué antepasado le venía aquella claridad trigueña en el pelo, de quién los ojos como espejos zarcos, de quién

la albura de amanecida en la piel. La vida era el rocío en verano, el amanecer helado y las estrellas solitarias en el cielo despejado antes de que se hiciera de día, el calor de los troncos quemándose en la chimenea, la lana corriendo por las agujas y transformándose en un jersey para Onel, en una rebeca para Camila, en una chaqueta para Canor, que le hablaba de sus años en Cuba, las confesiones secretas, el tiempo como un río manso, el olor de la verdura cociéndose con la compañía del chorizo y el tocino, las horas ganadas a los días cuando empezaba la primavera, las mimosas implantando su dictadura de perfume en el camino que llevaba a casa, la intermitencia de Emilio, los sobresaltos de su llegada, el miedo que daba su ausencia, la soledad en la casa cuando Canor pasaba tiempo en Gijón ocupándose del asunto de los automóviles, el ir y venir de los niños a la escuela, los paseos por Gijón para comprar telas, para visitar las librerías, para comprar dulces, primero en los carromatos que ofrecían delicias en la calle y ya más tarde en la confitería La Paz, al lado mismo de la playa, en la calle Jovellanos.

—¿Lo ves? ¡Me voy a caer, me voy a caer...!

La risa entonces de los dos, la bicicleta, Flora y el propio Canor rodando sobre la hierba, protagonistas de algo que, aunque no le pusieran nombre, era la felicidad.

Así era entonces la vida para Flora.

Pero la vida era también lo clandestino, lo que Flora sentía que formaba parte del ámbito más secreto de sí misma. Y lo clandestino era la casa de Rosario Acuña en la Providencia, a donde, desde hacía algún tiempo, se dirigía un par de días a la semana para acompañar a la anciana, a la que había admirado toda su vida y que pasaba sus últimos años asomada al Cantábrico, con su misma mala leche de siempre, sus ideas cada vez más vehementes, sus ganas de pelear por las mujeres, por los obreros, por la cultura.

Conocer a Rosario Acuña había sido una de las cosas más importantes que le habían ocurrido a Flora. Ignoraba que viviera tan cerca, y se había sentido ilusionada como una niña pequeña cuando su hermano Emilio había accedido a llevarla para que la conociera. Emilio, y algunos de sus camaradas del Ateneo Obrero y de algunas otras sociedades culturales gijonesas, mantenían reuniones en la casona de la Providencia, y a una de ellas había acudido Flora con el corazón encogido y las piernas temblando, porque Emilio se había esforzado en describir como peculiar y un tanto cortante el carácter de la escritora. Iba a conocer a la mujer que había admirado desde que, siendo aún una niña, supo del escándalo que había supuesto la puesta en escena de *El padre Juan* y de su inmediata retirada por el mismo motivo. Más tarde había tenido noticia de su exilio a raíz de un artículo en el que criticaba ferozmente a unos universitarios que habían agredido a unas chicas americanas que realizaban estudios en la Universidad Central, y siguió admirando su fuerza, su personalidad y su talento. Había leído todo lo que había podido encontrar sobre ella, y acudió a la cita tan ilusionada como convencida de que existían

muchas posibilidades de que una vez más se cumpliera la ley no escrita de que el entusiasmo convierte en mayor la decepción. No fue así, sin embargo, y a Rosario, Flora le resultó interesante. Tal vez por el poquito de vanidad del que no es fácil sustraerse, tal vez por la propia personalidad de Flora, su carácter afable, su inteligencia, el modo en que esta última manifestaba sus pensamientos y su admiración, se produjo el extraño milagro de la amistad a destiempo, con décadas de diferencia entre las dos, con biografías disímiles y sin embargo tan próximas, de forma que fueron muchas las tardes de las dos últimas primaveras de la escritora en las que ambas contemplaron el mar desde los ventanales que daban al acantilado mientras Flora se bebía una a una todas las palabras de Rosario, la memoria de su vida, sus ideas, sus proyectos, que no parecían encontrar hueco en su edad, sus convicciones, sus descreimientos, sus puntos de vista en lo que se refería a educación, y compartieron el interés de Flora por la Escuela Neutra, algo que Rosario conocía muy bien, y las certezas firmemente aferradas en lo más profundo de su pensamiento de que el siglo en el que vivían sería el de las mujeres, a pesar de lo mucho que habría que pelear todavía con las caducas instituciones, y con las propias mujeres, a veces las peores enemigas de sí mismas, y sobre todo con la iglesia, auténtica barrera para conseguir que la razón, la ciencia y la igualdad, imprescindibles para que la sociedad gozara de algo parecido a la justicia, terminaran por imponerse.

A Flora, las reuniones en casa de Rosario Acuña le permitieron conocer a aquellas sombras que venían a ser los camaradas de su hermano y que, al tener rostro y sonrisa, y afabilidad, abandonaban de pronto la condición de amenaza: cómo iba a sucederle algo malo a Emilio si estaba en compañía de aquellos hombres dados a la risa y a la reflexión a partes iguales, que admiraban de forma incondicional a Rosario Acuña, que leían los periódicos y también leían poesía, que se emocionaban con los discursos encendidos de Rosario y discutían con ella con vehemencia sus propias convicciones, que habían aprendido a no sorprenderse ante aquella mujer cuya exquisita cultura y brillantez en la expresión de sus ideas no le impedían estar ocupándose de sus gallinas y sus patos, que correteaban por los alrededores de la casa, ni, a pesar de su edad, dedicarse a quitar las zarzas que crecían y arrebatarle horas

al sueño para la escritura o la sencilla reflexión.

De todos aquellos días, Flora guardaba memoria de una tarde, cuando ya se iba a marchar y Rosario Acuña se dirigió a ella con un cuaderno después de revolver en uno de los cajones del pesado aparador.

—Aquí tienes, esto es lo más preciado que te puedo ofrecer, un cuaderno para que escribas. Escribe todo, escribe siempre, vacíate de palabras y conseguirás pensar mejor. Y haz el favor de referirte a mí solo como Rosario, que si utilizas el apellido parece que está hablando de mí un subsecretario.

En aquellas reuniones en las que se hablaba y se reía, y se pensaba y se despotricaba contra el poder y el clero, Flora había encontrado el antídoto perfecto para conjurar cualquier miedo, aquella sombra inconcreta que, como una nube insidiosa, a veces se situaba sobre su cabeza y no le dejaba ver el sol.

Un día la añoranza se despierta del letargo al que fue sometida por la sucesión de acontecimientos, por los viajes, por los escenarios, por los ramos de flores y las lisonjas, los amantes y los perfumes, los éxitos diminutos y los sueños siempre delante de los ojos, como una zanahoria que te conduce inexorable más allá. El tiempo de los aplausos y los requiebros, del amor a deshoras, del champán y de las ciudades sucediéndose más como laberinto que como destino, del lujo de los teatros y la miseria de los bares. Un día, en fin, se demora la noche un rato más, y de pronto los años son como piedras y la vida que en ellos se contiene, como ceniza y humo, intangible, una sucesión de imágenes que amarillean, ciudades intercambiables, rostros de hombres perfectamente prescindibles, flores que se secaron en un libro de poesía, pero que resulta imposible recordar de quién procedían y por qué en un momento resultó una buena idea conservarlas entre palabras hermosas, horas desiertas en pensiones oscuras, amaneceres tardíos, incendios en la piel cada vez más helados, inesperadas voces llamando a la sorpresa, decepcionando después.

Un día, en fin, llora un niño en su cochecito en el parque, un día desaparecen las engorrosas menstruaciones, un día las pesadillas recurrentes (esa confusión entre su propio sueño y el sueño de alguien lejano, reclamando ambos lo perdido, como si practicasen la misma coreografía sentimental), un día se derriban unos muros invisibles que protegían como una coraza infranqueable el ámbito más oculto del alma, y brota de pronto una inexplicable urgencia, la necesidad imperiosa de

recuperar, de borrar tiempo y distancia, de encontrar el hueco donde abrazar la pérdida, algo que se parece al arrepentimiento pero duele y destruye muchísimo más.

Y entonces el océano, las millas, los nudos, los kilómetros se convierten en el único enemigo a batir y se inicia una guerra sin cuartel con un único objetivo a conquistar: detener el tiempo en un abrazo infinito.

Para cuando Rosario Acuña falleció en su casa del acantilado, Flora Mateo, que seguía siendo la misma, era ya otra. Esa aparente contradicción se explicaba por el modo en que las conversaciones, los días compartidos tras los ventanales de la casa habían ido construyéndola por dentro. Aquel tiempo, cuando el mar rugía y las olas estallaban contra las rocas, cuando las horas eran furia y el cielo amenaza, o permanecía en una quietud aún más aterradora, la del monstruo dormido en lo profundo. Materiales había, le decía Rosario sonriendo, que tú, Flora querida, ya venías con mucho trabajo hecho. Se refería a las muchas lecturas, la experiencia parisina, aquella permanente búsqueda de la serenidad y a la vez la ebullición de las ideas preparadas para hervir. Habían sido días de palabras hilvanadas tras los ventanales, persiguiendo a los patos y las gallinas por el pequeño huerto para encerrarlos en el gallinero, de libros que se llevaba prestados y le devolvía con tanta puntualidad como preguntas le sugerían. Y luego estaba la digestión de todo aquello: los pensamientos que acompañaban sus pasos en el trayecto de vuelta a Nozaleda caminando, a menos que Canor se acercara a buscarla con la *xarré* o con alguno de los coches de su establecimiento, si es que había llegado alguno y fuera necesario probarlo, un poco nerviosa porque las sombras se le echaban encima si se entretenía algo más de la cuenta, y siempre se le escribía en la nuca una indefinible inquietud, la sensación de que alguien la observaba, probablemente por culpa de todas las historias de miedo que las mujeres de las tardes se empeñaban en contar y que ella despreciaba sistemáticamente y desmontaba con la fuerza de la razón y la lógica, pero que, qué malditas, ahí

quedaban ocultas, inscritas en algún remoto rincón de su memoria, dispuestas a teñirle el pensamiento de miedo, a espantar las ideas aprendidas, los conceptos inesperados, las reflexiones, los poemas que Rosario le leía y de los que ella hacía suyos algunos versos.

Aunque tal vez era cierto y alguien la espiaba desde algún lugar en el tramo boscoso que cruzaba para atajar, y esto la espeluznaba porque, como siempre les decía a las mujeres de las tardes, a quien hay que temer siempre es a los vivos: los muertos no salen de sus tumbas. Ay que no, decían ellas horrorizadas, los espíritus vagan por ahí siempre, sobre todo si no están en paz, y si no les rezas a las ánimas del purgatorio todas las noches, te despiertan tirándote de los pies... Los vivos tenían peligro, sí. Y los vivos que tenían peligro llevaban unos bigotes como los de Estanislao Pastor.

Había pasado el tiempo suficiente como para que cualquier amenaza no pronunciada perdiera, cuando menos, la arista de la inminencia. Se habían visto un par de veces, en la fiesta de San Antonio en El Lloredal y una vez en Gijón por pura casualidad, justo cuando ella salía de la droguería La Cantábrica, en la plaza del Carmen, y él se bajaba del tranvía. Por un instante, la sorpresa en la cara de él, que no parecía esperar encontrarla, chocó abiertamente con la de ella, y los dos, desprevenidos, hicieron un amago de saludo que para él fue mucho menos de lo que le habría gustado y para ella excedió el cupo de lo que estaba dispuesta a concederle.

El temor, tan vago como indescifrable, que albergaba en su corazón hacia aquel que en otro tiempo había sido —por razones que aún no había podido entender y que atribuía a su ignorancia en asuntos sentimentales— su novio le ponía alas en los pies cuando caminaba por los parajes más desiertos del trayecto de vuelta a casa. Si por un lado creía que no había razón para atribuirle maldad a Estanislao Pastor, no podía quitarse de la cabeza la sensación de que aquel hombre, en cuyo rostro se había instalado la geografía de la desconfianza en forma de pliegues y resabios, guardaba en alguno de los bolsillos de su uniforme un arma invisible capaz de herir mucho más que cualquier disparo.

Y no saber por qué le producía una inquietud insoportable. Muchas veces pensaba en escribir acerca de ello, porque ese tipo de sensaciones eran a las

que Rosario Acuña había aludido desde el fondo de aquella mirada suya que siempre veía más lejos, más adentro, cuando le dio el cuaderno. Pero había algo de insoportable en aquella inquietud, algo que paralizaba, como si las palabras, lejos de neutralizar la acción de los fantasmas, los conjuraran para que se hicieran presentes.

Fue precisamente con motivo del fallecimiento de Rosario Acuña cuando aquella nube de desasosiego que tapaba el sol en el momento más inesperado, de modo que en mitad de una risa se abría paso un temor inconcreto, encontró el hueco adecuado para hacerse presente y mostrarle qué era exactamente lo que se ocultaba detrás.

Flora había acudido unos días antes a casa de Rosario Acuña porque, como cada año, el Primero de Mayo era una fiesta que había que celebrar en ese lugar, y había coincidido allí con varios miembros del Ateneo Obrero. Durante un buen rato habían discutido acerca de la política madrileña, de las posibilidades de que finalmente el Ejército decidiera tomar cartas en el asunto y de las consecuencias que ello podría tener. Había cierto desánimo entre los contertulios, y un silencio de palabras medidas en Rosario, que acusaba un cansancio derivado de un catarro que había padecido en las últimas semanas. Su compañero, mucho más joven que ella, se había acercado en un par de ocasiones para ofrecerle una taza de té que ella había rechazado. Tampoco el vino en las copas de cristal tallado que sacaba siempre de la vitrina cuando venían sus amigos y contertulios había conseguido que acercara los labios más que un par de veces.

Y ahora, mientras acompañaba el féretro del brazo de Canor, que había acudido con ella, rodeados de una multitud de obreros y de intelectuales, Flora revivía una y otra vez el momento en que vio la muerte instalada en los ojos de la mujer. No fue, como muchos asegurarían más tarde, en el modo en que abordó a uno de los dirigentes del Ateneo Obrero para decirle que le gustaría que el grupo de teatro que tenía la asociación representara *El padre Juan*, aquella controvertida obra suya que tantos problemas le había suscitado. No. En ese momento, a pesar de la gravedad que le imprimía el cansancio que la habitaba como un huésped indeseable, había algo de ilusión infantil, de malicia, tal vez imaginando la cara que sin duda pondrían las fuerzas vivas al

saber de la representación, el eco que llegaría a los ambientes hostiles de Madrid que la habían visto caer una vez, arruinada económicamente pero nunca hundida, con motivo de la primera representación, ya tantos años atrás. En realidad, cuando Flora pudo vislumbrar de qué manera la muerte ya se había adueñado de cada gesto y de cada mirada de Rosario, fue cuando al abrazarla, en la despedida, le musitó al oído los versos de un poema que había escrito y que le había dado manuscrito algunos meses atrás: «En ese instante supremo, el alma / mandará al cielo su luz postrera / la última ráfaga de sentimiento / la última chispa de inteligencia». Aquella última chispa de inteligencia que en su poema tenía el encargo de maldecir la religión católica fue la que Flora se llevó consigo, cosida a su propia mirada, como si se le hubiera otorgado un regalo y en ese instante, como un relámpago, trasladado ya a otra vida, a otra memoria, a otro pensamiento, el hálito del conocimiento y la voluntad, algo se desintegrara en el interior de Rosario y la muerte, sin más alharacas, se hubiera instalado en ella de forma que solo fuera cuestión de horas que sumara una victoria más en esa guerra en la que siempre gana.

Rodeada de gente, obreros y círculos intelectuales de la ciudad, con una presencia casi inexplicable de mujeres, la lluvia no dejó de caer desde que salieron de la casa hasta que llegaron al cementerio de Ceares después de recorrer el Muro, la calle Juan Alonso, la plaza San Miguel, Concepción Arenal y Cebrales hasta encarar la carretera que terminaba en el cementerio. Y ni un solo cura, naturalmente. Ni entierro religioso, que ya lo había dejado ella bien claro en su testamento.

Ya era otra Flora Mateo, aunque seguía siendo la misma. Había aprendido que la voluntad no se doblega, que uno tiene que vivir exactamente como cree que tiene que vivir. Había empezado a aprender a domesticar el miedo, pero sabía que aún le quedaba un largo camino. Lo supo en el instante en que se le encogió el corazón cuando vio a Emilio acercarse con Onel al féretro, ya en la calle Marqués de Casa Valdés, justo antes de enfilear Cura Sama, para relevar en el traslado a hombros. Le pareció tan niño y tan vulnerable. Y sintió el pánico de quien sabe que sus brazos no tienen la fuerza suficiente para detener el infortunio que se cierne sobre quienes amamos.

Servanda Santaclara llevaba el nombre de su abuela materna, y había heredado de ella y de su madre, Catalina Valdés, un sentido catastrófico de la existencia y una tristeza de origen indefinido que encontraba innumerables razones para manifestarse a poco que uno mirara con los ojos de quien busca la desdicha en todo lo que lo rodeaba. Era la mediana de los tres hermanos, y podría haber quien asegurara que esa posición con que el destino había querido rubricar su llegada al mundo, unida a la carga genética que traía en su ADN, legada por generaciones y generaciones de mujeres desventuradas, asomadas al balcón del desconsuelo, eran las responsables de su pesimista actitud ante la vida.

Servanda Santaclara ni siquiera era guapa, como su hermana Inés, la pequeña, cuyos oscuros y risueños ojos siempre acompañaban como si fueran una indisoluble unidad a la sonrisa más beatífica del mundo. Adoctrinada desde muy pequeña por su tío Clemenciano, que supo sembrar en ella la vocación religiosa alternando las promesas de un cielo de caramelo con las espantosas visiones de un infierno como alternativa, Inés era una especie de santa local, dulce, bondadosa, siempre con el nombre de Dios en los labios, caritativa y abnegada. Y muy sacrificada, en el sentido más pío de la palabra. Lectora incansable de vidas de santos proporcionadas por la surtida biblioteca de su tío, Inés practicaba toda suerte de sacrificios por los pecadores, que consistían en magullar su cuerpo y someterlo a tiranías inclasificables: algunas de ellas inspiradas por las vidas de los santos, y otras creadas por su propia imaginación. Así podía pasarse el tiempo que le llevaba rezar un rosario, con

su correspondiente letanía, arrodillada en su cuarto sobre unos garbanzos que previamente hubiera agarrado del saco de la despensa donde los guardaba su madre. O colgándose de las ramas de algún árbol, dejando su cuerpo a merced de lo que pudieran aguantar sus brazos y sus manos aferradas a una rama, hasta que una sensación extraña en la que se mezclaba el dolor de las muñecas y de los dedos, los brazos a punto de descoyuntarse de las articulaciones de los hombros y la respiración que la propia postura hacía terriblemente dificultosa, le procuraba algo parecido a lo que ella llamaba éxtasis fervoroso, y que en realidad no difería demasiado de un aviso del cuerpo de que podía morir en cualquier momento.

Servanda no era guapa como Inés, pero tampoco había encontrado en la religión la justificación de su vida más allá de hacer responsables a aquellos descerebrados de Adán y Eva de todos los males del mundo. Sentía un rencor desmesurado hacia los primeros padres, a los que encontraba culpables de cualquier desdicha cotidiana que le aconteciera. Y eran muchas, porque Servanda era una experta en rastrear las huellas de la desgracia reciente o antigua y en anticipar todas las que estaban por venir, ya fuera debidas a las inclemencias meteorológicas o la maldad del ser humano. No necesitaba pensar en que el mal venía del demonio, como bramaba domingo tras domingo su tío Clemenciano en el púlpito de la iglesia del Carmen, le bastaba con adivinar en todas las personas la perversa intención de hacer daño, de perjudicar, de tejer una red de maldad acechante y desalmada.

Tampoco en su casa le habían facilitado las cosas. Era la mediana, y mientras que Inés dedicaba su tiempo a los rezos y a las bienaventuranzas diversas, en la contemplación deavecillas canoras, de florecillas del campo que no se preocupaban del vestido, de la mano creadora y magnífica del Dios todopoderoso a quien daba gracias de continuo y solicitaba toda clase de favores, era Servanda la que fregaba, limpiaba, ayudaba a hacer comidas y se partía el lomo desde muy niña, amiga de azadas, fesorias, garabatos y toda clase de aperos. Era Servanda la encargada de dar de comer a las gallinas y asegurarse de que llegada la noche todas estuvieran recogidas. La que se acercaba a la cuadra a media mañana a proporcionarles un brazado de hierba a las vacas. La que sacaba el cucho que se amontonaba en la cuadra a la parva

donde más tarde serviría para que quienes trabajaban en la hacienda se encargaran de cuchar los prados y las huertas. Servanda hacía las mismas labores que cualquiera de ellos, y además vivía la responsabilidad delegada por su madre, coleccionista de dolencias diversas y aficionada en grado sumo a la antología de desgracias que estaban por venir, de las tareas de la casa. Y no debería hacerlo, no de ese modo, al fin y al cabo era la hija del dueño, pero el propio Honorino escasamente consciente de su condición de amo, proclive a identificarse con las personas que trabajaban para él y con los obreros en general, practicaba también los mismos modos, y le parecía lo más natural del mundo que ella, desde muy niña, lo hiciera. Alguien tenía que *ir por delante* dando ejemplo, y si Inés era una flor de delicada santidad y Gregorio tenía que estudiar, solo Servanda parecía la natural candidata a primero acompañar al padre en su entrega a la tierra y después hacerse cargo de la responsabilidad de sacar adelante casa y hacienda. Y allí se quedó ella, sin ni siquiera ser capaz de sentirse atrapada.

Comían unos bocartes en una de las mesas del restaurante del Cantábrico, desde donde era posible contemplar el trasiego de la plaza del Marqués, cuando Canor, después de mirar atentamente a su hijo y comprobar que sus ojeras habían adquirido un color violáceo, que casaba mal con la vitalidad y el buen tono general que manifestaba, le preguntó si le ocurría algo, si estaba preocupado, si se encontraba bien. Añadió que Flora también había expresado su preocupación por el mismo motivo, y que si había algo que lo inquietara, no dudara en contárselo.

Onel se quedó sorprendido. No sabía que le ocurriera nada. No había más preocupaciones que las que generaba el por otro lado bastante floreciente negocio de la venta de automóviles, a lo que dedicaba gran parte de su tiempo, mientras que el resto se le iba en leer mucho, salir por la ciudad con Gregorio en las horas que las prácticas en el hospital de Caridad y la absorbente Merceditas le dejaban, y las reuniones a las que acudía de vez en cuando con Emilio en las temporadas en que él andaba por Nozaleda.

—¿Ninguna mozuca? —preguntó Canor mientras le guiñaba el ojo.

Onel se ruborizó. A veces acompañaba a alguna chica en los paseos por la calle Corrida, casi todas conocidas de Merceditas, empeñada en ennoviarlo con alguna de sus amigas, sin mucho éxito porque lo aburrían mortalmente. Alguna noche había terminado, sin encontrarle gracia alguna a la situación, con una de las muchachas de la casa de Sefa Quintana, casi siempre impelido y hasta apremiado por el propio Liborio, pendiente siempre de aquel chico al que consideraba tan sobrino como lo era Gregorio.

—No. Ninguna que merezca la pena. Qué prisa tenéis todos por casarme, que aún tengo tiempo, ho.

Los dos se quedaron callados, masticando sin hacer ruido y bebiendo sidra. Parecía que el silencio iba a hacerse dueño de aquella comida y Canor se sintió obligado a decir algo que colgara palabras en el aire con olor a pescado frito, así que optó por hacer una referencia (*espalma bien, ¿viste?*) a la sidra justo en el instante en que Onel había decidido, después de escarbar en su propia conciencia, romper también el silencio.

—Como no sea lo de las noches...

Y entonces le explicó lo que le ocurría siempre cuando estaba a punto de quedarse dormido: las caídas en el vacío, la sensación de que le faltaba algo, de que algo se le había olvidado, de que inexplicablemente había perdido un brazo que no sentía, o un pie, y aquella angustia, la nostalgia de algo tierno que se colaba en los pliegues mismos del inicio del sueño y lo devolvía a la realidad con la conciencia de la pérdida: algo se le había quedado en algún sitio.

—¿Sabes qué es lo más raro? A veces incluso hay un perfume, tengo la sensación de que un olor se me cuele en los pulmones y solo puedo respirarlo. Como si me invadiera la memoria, y ese es el momento en que me sobresalto y me despierto. No sé qué es, porque no lo identifico con nada. Me falta algo y no tengo ni idea de qué puede ser.

Canor lo miró queriendo entender de dónde podía venir la añoranza, la pesadumbre. Por un instante le vino al pensamiento el sabor de un dolor antiguo. Su hijo se había quedado absorto, y de pronto señaló con el dedo índice hacia arriba, a un punto impreciso del aire, y tardó unos segundos en darse cuenta de que ese gesto tenía la finalidad de llamar su atención sobre algo que sonaba lejano, procedente tal vez del gramófono de Liborio, en el saloncito cuya puerta estaba abierta.

—¿Oyes eso? Es algo así. Algo como esa música. Ya sé que la música no huele, pero la sensación es esa. Lo oigo ahora y me pasa lo mismo, como si formara parte de la misma nostalgia.

Canor escuchó con atención. Era una guajira, aunque no pudo identificarla.

—Pide que nos hagan un café. Me parece que hoy es un buen momento

para que hablemos de tu madre.

Llegó y pasó la boda, y Merceditas no fue capaz de decir si había sido un día feliz o no. Sí que lo había sido por muchas razones, afirmaba en su fuero interno, donde mantenía siempre interesantes conversaciones consigo misma: ella estaba guapísima, su vestido resultó ser espectacular a los ojos de todo el mundo, los invitados quedaron satisfechos con el banquete y Gregorio era el hombre más atractivo del mundo. Hacían una pareja tan ideal. Todo ello a pesar de la lluvia, que solo tuvo clemencia y dejó de caer para permitir que la salida de la iglesia y el traslado hasta el restaurante se hicieran sin mayores complicaciones. Previamente, para disgusto de la novia, que no pudo evitar sentir que su boda se arruinaba sin remedio, las cosas se habían puesto feas. La lluvia y la consecuente riada habían arrancado el puente que comunicaba el pueblo donde los padres de Merceditas tenían su casa con el resto de la villa. Eso hizo que muchos de los invitados que habrían pasado por casa antes de la ceremonia para tomarse el pisco labis correspondiente y admirar la exposición de ajuar que su madre había preparado y a la que Merceditas añadió la montaña de ropa bordada que traía consigo, ante la perspectiva de tener que caminar aproximadamente dos kilómetros desde el puente que quedaba operativo para el paso de vehículos, no quisieran hacerlo y hubieran de esperar por la novia en los aledaños de la iglesia. Esto, para los que se trasladaban desde Gijón, no dejó de ser un inconveniente, que Onel, como amigo del novio y de algún modo responsable de gran parte de la organización, suplió generosamente pagando sin parar rondas en una taberna próxima a la iglesia. Así se elevó sustancialmente el estado de ánimo de los

invitados, aunque a algunos de ellos ya los emborrachó directamente desde bien temprano, y, como consecuencia, todos y cada uno de los detalles de la ceremonia, de la apariencia de los novios, tan guapos, tan elegantes, de la calidad del convite, se convirtieron a la vista de todos en extraordinarios, y la lluvia pasó a un segundo plano y, si se la mencionó, nadie lo hizo para manifestar fastidio, sino para, en virtud de no se sabe qué sabiduría ancestral, vaticinar una felicidad sin fin para los novios, puesto que eso y no otra cosa era lo que venía a significar que lloviera el día de la boda.

No hubo París, ni Londres, ni Roma, y aunque a Merceditas le habría encantado poder enviar postales desde esas ciudades a sus amigas y a sus familiares como constatación de la dicha que vivía y de la maravillosa vida que había comenzado, a la vista de cuánto se había cansado en el viaje de tren a Madrid, casi se sentía agradecida. El entusiasmo inicial con que comenzó la luna de miel, al día siguiente de la boda, aún con todo el cansancio de la celebración y la nebulosa extraña y tan feliz de la noche, pronto se vio superado por el cansancio espantoso del traqueteo del tren, de los paisajes sucediéndose planos por la llanura castellana, la incomodidad de los asientos, las paradas interminables. Madrid estaba muy lejos, lo recordaba perfectamente porque allí había viajado años atrás para pasar un año en el colegio de las Damas Negras, y en su memoria el viaje era una pesadilla. No quería ni imaginar lo que podría ser viajar a otro país. Y después de todo, y una vez que descansaron en aquel hotelito de la Puerta del Sol, ¡había tantas cosas que ver y que ella, encerrada en los altos muros de aquel colegio, no había llegado ni a vislumbrar! Cierto que lo de los museos, que Gregorio tenía tanto interés en enseñarle y que él ya había visitado con anterioridad, se le hizo un poco pesado: salas enormes llenas de cuadros que no se terminaban nunca, cuadros que representaban cosas antiguas y personas que Gregorio nombraba y que a ella le removían, con suerte, algún recuerdo perdido en su memoria de las escasas clases de historia. ¿Breda? Algo le sonaba. Más raro era lo de los cuadros que Gregorio se empeñaba en atribuir a los pintores flamencos. ¿Flamencos? ¿Cómo iban a serlo, si no se veían guitarras ni estaban vestidos de flamencos ni nada? Pero era tan feliz del brazo de su recién estrenado marido que le daba igual, y terminó por recorrer las salas

prestando atención a lo brillante de los suelos y a los visitantes, que parecían extasiarse mirando aquellos cuadros, que eso sí, qué grandes eran y qué bonitos hacían en las paredes.

Y a cambio, Gregorio también la había llevado a visitar un parque maravilloso, eso sí lo recordaba del colegio, un domingo por la tarde que las llevaron las monjas, y la envidia que había sentido ella de aquellas parejas de novios que paseaban y ahora, eso era el triunfo en la vida, ellos eran una de esas parejas, y hasta remaron en un barquito en un estanque y se hicieron fotos. Y, sobre todo, habían estado en tiendas maravillosas, que por eso sí que merecía visitar la capital, y la de cosas que se compró... Bueno, por las calles también, tan enormes, y con tantos coches bonitos y gente distinguida. No había dejado de tomar nota de ademanes, de aquella forma tan elegante de salir de los automóviles, o de sentarse en los cafés, y, cuando tomaron el tren de regreso a Gijón, Merceditas llevaba, además de un abultadísimo equipaje con sus nuevas adquisiciones, los ojos llenos de imágenes de la vida intuida en la gran ciudad, y el propósito de hacer de su existencia, de su matrimonio y de sus días una copia fidedigna del buen gusto y la distinción.

Tanto entusiasmo no le había dejado entrever ni por un instante la sombra que oscurecía la mirada de Gregorio con una capa de nostalgia imposible, en algunos momentos del día o de la noche, especialmente cuando el tren hizo su parada en la estación de Valladolid.

Fue justamente Gregorio (después de que las dos sirvientas no solo lo hubieran detectado ya como inequívoco y hablaran de ello en la cocina con toda naturalidad, sino que incluso lo hubieran comentado con algunas de sus amigas y colegas, sirvientas en las casas de amigas de Merceditas, que no se enteraron antes que el propio Gregorio de puro milagro) el que se quedó mirando a su mujer mientras cenaban y concluyó que aquella palidez, las náuseas que la aquejaban permanentemente, y que a veces parecía que perdía el equilibrio, no podían tener otro origen que un embarazo.

Esa fue la primera decepción de Merceditas, que ya había sumado otras tres o cuatro menores desde que se casaron, y que ella únicamente atribuía a posibles despistes, como el hecho de que él no recordara la fecha cuando se cumplió el primer mes de la boda, o que no reparara en que llevaba una blusa nueva o, peor aún, que, cuando se encontraban con sus amigas y sus maridos en la calle o en algún café, él se comportara con una amabilidad menor de la que ella había hecho gala ante ellas, exagerando sin ningún tipo de decoro lo arrebatador, ameno, agradable, fascinante, simpático, interesante, cautivador y maravilloso que era.

Se consoló pensando que aquella falta de entusiasmo (a pesar de que había sido amable con ella y le había dicho que procurara cuidarse, y no hacer esfuerzos, y que variara determinadas pautas en su dieta con el fin de aliviar los molestos vómitos) tenía que ver con el carácter de todos los hombres. Ya se sabía: el embarazo era asunto de las mujeres, no iba a pretender que él se mostrara terriblemente agradecido por el hecho de que ella estuviera gestando

a su hijo. Y, naturalmente, la cosa mejoraría cuando naciera el bebé.

Si hubiera sabido lo que suponía el sintagma *naciera el bebé* no se habría mostrado tan satisfecha durante los meses de embarazo, que por lo demás se habían parecido bastante a una pesadilla: ninguno de sus vestidos le sentaba bien, hubo de procurarse el oficio de la modista, que por mucho que se empeñara no podía evitar que todo lo que se ponía le diera el aspecto de una mesa camilla, y cuando no habían sido las náuseas, llegó el ardor, aquella sensación de tener una bola de pelo de gato en la boca del estómago, y luego se le hincharon los pies, le salieron varices, tenía un estreñimiento que se quería morir, a pesar de que le daban en ayunas un par de cucharadas de mermelada de ciruela disuelta en agua tibia, y terminaron por salirle hemorroides, que la tenían desesperada.

Con todo, aquello habían sido flores comparado con el espanto del parto. ¿De verdad aquel bulto tan enorme tenía que salir *por allí abajo*? Gregorio había perdido la paciencia y había dejado sola a la comadrona con el encargo de que si algo iba mal (es decir, peor) lo llamara, que estaría allí mismo, en su consulta. Las dos criadas se hacían cruces de que fuera posible que alguien gritara de aquella manera, aunque ambas parecían estar de acuerdo en que entre las señoras era muy frecuente que presentaran enormes dificultades para parir porque ese era un síntoma más de su escasa capacidad de sufrimiento.

Pero finalmente la niña nació, precedida, eso sí, por los desaforados gritos de Merceditas, que a grandes voces chillaba una y otra vez que no le sacaran al niño, que lo dejaran allí, que maldecía a su marido y juraba que jamás de los jamases volvería a tocarle ni un pelo de la ropa (ni del coño, aullaba fuera de sí), hasta que la evidencia de los vagidos de un bebé (¡es una niña, Merceditas, has tenido una niña preciosa!) le vino a confirmar que aquello había pasado. Con el cuerpo dolorido por el esfuerzo y el rostro desencajado, pero sumamente aliviada, convencida de que había protagonizado una hazaña, Merceditas tuvo fuerzas para sonreír a Gregorio cuando lo vio entrar por la puerta. Sentía que había cumplido su misión en la vida, y aunque le habría gustado darle un varón porque ya se sabía que los hombres los preferían a las niñas, esperaba que su marido supiera valorar su enorme sacrificio. Ya se lo recordaría ella con frecuencia, por si acaso.

Con el paso de los días, sin embargo, Merceditas tuvo ocasiones para comprobar que las cosas no eran como ella había esperado. Ciertamente que Gregorio se ocupaba de que nada le faltara. Que decidió que una de las criadas se encargara específicamente de los cuidados de la niña y de la madre. Que cuando los pezones comenzaron a agrietarse y se le hizo imposible la lactancia no puso pero alguno a que un ama de cría amamantara a la niña. Que fue solícito con ella y le preguntaba con frecuencia cómo se encontraba. Que le regaló un broche de oro con la forma de dos manos (una grande y otra diminuta) unidas en una especie de alegoría de la maternidad. Que fue cariñoso, atento, amable, considerado, afectuoso, complaciente y cortés.

Y de todo ello, de esa suma de atenciones de Gregorio, Merceditas presumió todo lo que pudo y más cada vez que alguna de sus amigas acudía a la casa a conocer a la niña, con algún regalito para la recién nacida y con toda clase de detalles para ella.

La nota pintoresca y vergonzante la habían puesto los padres y la hermana de Gregorio, que se presentaron mientras ella charlaba animadamente con sus amigas en el saloncito, pormenorizando en detalles acerca de lo horrible que había sido el parto, y allí se habían sentado compartiendo el espacio, sin que pareciera que fueran conscientes de que estaban totalmente de más, como si ignoraran las más elementales normas de etiqueta y buenas costumbres. Y encima su suegra había soltado sin inmutarse que ya le habían dejado en la cocina una cesta con alimentos para que se recuperara. Y no contenta con semejante vulgaridad, había pasado a detallar el contenido: los huevos frescos, unas mantecas bien amarillas (para que te repongas, que estás un poco descolorida), chorizos del último sanmartín, morcillas para que te hagan pote, una gallina para caldo, que es muy bueno y tienes que tomarlo como mínimo los cuarenta primeros días, las primeras patatas de la huerta, unos patatinos muy ricos para que te los guisen con carne, y así siguió mientras Merceditas se moría de vergüenza, sus amigas se miraban sorprendidas (y aunque ella lo ignorara, auténticamente envidiosas de las viandas, que al ser descritas con detalle por la madre de Gregorio tenían la virtud de movilizar los jugos gástricos)... y un bote grande de melocotón en almíbar, comprado, eh, que ya sé que a ti te gusta más que las conservas que hacemos en casa con las ciruelas

claudias, y licor de guindas del que hacemos en casa también, y también, ah, y hay leche de hoy, que ya la hervimos antes de venir para que no se cortara, con bien de nata, que vamos a ver si podemos hacer que te mandemos leche cada dos días o así, que tienes que beber mucha y la de los lecheros que compráis por aquí, no sé yo, que lo mismo os la mezclan con agua para sacar más ganancia, y ya verás, si cueles bien la leche, verás cuánta nata da, ya le diré a la criada que te haga unas galletas, que tú ahora tienes que comer y restablecerte, que los partos son muy duros, y la crianza más, y eso que tú aquí no tienes el trabajo que yo tenía, en los pueblos ya se sabe, que cuando nació Gregorio apenas tuve descanso, ni los cuarenta días siquiera, y encima Amparo, la de los Forquetos, se me puso mala y tuve que encargarme yo de todo, y...

Afortunadamente, Gregorio había cortado, invitando a sus padres a conocer algunos cambios que había hecho en su consulta, aquel inexplicable torrente verbal de su madre (que nunca había hablado tanto y tan seguido y que seguramente lo hacía porque, intimidada por aquellas mujeres tan finas, su timidez congénita y su habitual reserva, fruto de un insobornable complejo de inferioridad que sentía cuando estaba en presencia de alguien de la ciudad, había implosionado hasta convertirse en aquel largo y sorprendente monólogo).

Las cosas no eran como había imaginado Merceditas. No lo eran de ninguna de las maneras, y no tanto por lo que se veía, que Gregorio tenía un comportamiento intachable, y hasta había dejado de compartir con Onel las salidas de siempre y era escaso el tiempo que pasaba fuera de casa, en algún café o simplemente paseando solo por el Muro. No. Aquello iba más lejos que la pasión y entrega que Gregorio había manifestado siempre por su trabajo, las horas que pasaba en la consulta dedicándolas a sus pacientes, el tiempo que consagraba (y qué necesidad había, pensaba Merceditas, si ya había estudiado la carrera) a hundir la nariz en sus libros, a encargarse que le trajeran, en una librería de la calle Covadonga, las últimas publicaciones. La dedicación a la medicina siempre había sido intensa, pero, aunque ahora lo era incluso más, la intuición femenina de la que siempre hablaba Merceditas como un prodigio de exactitud incuestionable le decía que algo no iba como tenía que ir. Por eso la

tristeza empezó a hacerse fuerte en su corazón. Y no encontraba motivo alguno capaz de desmentir sus peores presagios, el resultado de sus análisis. Una y otra vez buscaba en el fondo de sí misma, y como un sabueso rastreaba la más mínima señal que le permitiera entender qué le ocurría a su marido. Qué le ocurría con ella, naturalmente, que era la única vertiente que realmente le interesaba. Iba distribuyendo la culpa sucesivamente a la dedicación al trabajo, a la posible decepción de Gregorio porque no le hubiera dado un varón, a la forma en que su cuerpo había cambiado (esa había sido la auténtica razón por la que había decidido no seguir maltratando sus pechos con la lactancia) y parecía no encontrar el modo de volver al que había sido, a los llantos de Valeria durante la noche, que aunque eran atendidos por la doncella, siempre despertaban a Gregorio, y más de una vez había sentido que se levantaba y caminaba por el pasillo hasta encerrarse en su consulta durante horas. Y sin embargo, aparentemente, con ella se comportaba igual.

Solo que era otra cosa la que le daba las claves de aquel desajuste insoportable, y tenía que ver con la forma en que Gregorio la miraba.

Merceditas se había dado cuenta de que, por mucho que la mirara, Gregorio Santaclara ya no la veía.

A Flora Mateo no se le escapó el estado en que la boda de su mejor amigo sumió a Onel en los meses siguientes. No era mucho el tiempo que pasaba en Nozaleda, porque había adquirido la costumbre de quedarse en Gijón, donde Liborio tenía para él una pequeña habitación de forma permanente, en su condición de hijo del dueño, en el Cantábrico, y solo a veces decidía pasar un par de días en Nozaleda, refugiado en su cuarto de niño, abrazando en las noches una nostalgia imposible, que no era capaz de descifrar, y disfrutando de los cuidados que Flora, especialmente preocupada por él, le suministraba, como en su día hiciera con Canor su propia madre, convencida de que la tristeza, especialmente cuando no se conoce su origen, se cura con bizcochos, rosquillas, casadielles, frisuelos, hojaldres, marañueles, borrachinos, leche frita, buñuelos, magdalenas, galletas, suspiros y todas las harinas, azúcares y huevos sabiamente mezclados con el concurso del horno o la sartén, con cremas o sin ellas, con la misma capacidad para el consuelo que entonces Amparo *la Forqueta* había procurado para su hijo, aunque en aquel caso la herida era evidente, y Onel, en cambio, era un enigma, con la mirada oscura y la perenne sonrisa como un disfraz.

Venía de antiguo aquella melancolía que, ciertamente, se le cobijaba en los ojos y que le restaba amplitud a la sonrisa de siempre generosa, pero los últimos meses, coincidiendo con estancias más frecuentes en la casa, esos ojos delataban que algo tenía su corazón que buscaba refugio, como si los brazos de un niño pequeño trataran de aferrarse a algo que no fuera desconsuelo. Sin embargo, Flora, acostumbrada al silencio de Canor y al que en general solían

mantener los hombres, incapaces de explorar en algún otro sitio por debajo de la corteza de las cosas si eso implicaba a los sentimientos, trataba de cuidar sin preguntar, y dejar que fueran sus ojos y su sonrisa los que, si acaso, invitaran a Onel al desahogo.

Solo que no parecía que, al menos de momento, eso fuera posible, más que nada porque tampoco él sabía ponerle nombre a lo que le pasaba. Iba a Nozaleda y sentía una nostalgia terrible de su abuelo, también de la abuela, pero, si bien en el caso de esta última la congoja lo atrapaba solo si le daba por entrar en la casa, cerrada de momento hasta que su padre y sus tíos decidieran su destino definitivo, no había rincón en Nozaleda y sus alrededores que no lo devolviera a los tiempos de su infancia de la mano del abuelo Tomás, *a recostrines* sobre sus hombros: su forma de coger una fensoria, el ritmo de su respiración mientras segaba, el eco cuando llamaba a las vacas por su nombre y estas, sin importar la distancia que mediara, acudían haciendo sonar sus cencerros, la sensatez con que se manifestaba y, sobre todo, aquel cariño silencioso. Si Onel se paraba a pensarlo, nunca nadie lo había querido tanto sin necesitar ni una sola palabra para hacérselo sentir. Trataba de ahogar esa melancolía dejándose querer por las muchachas de Nozaleda, que, junto con las no tan muchachas, bebían los vientos por él sin excepción. Acompañaba a una, se dejaba caer por los alrededores del lavadero, era amable con unas y con otras. Si alguna intentaba conquistar su corazón, ponía una ligera distancia, suficiente para que no continuara por ahí. Todas pensaban que tendría alguna novia en Gijón, y que cualquier chica de Nozaleda era poco para él.

Pero no era así. En Gijón, a pesar de los esfuerzos de las amigas de Merceditas y de tantas otras muchachas, Onel no pasaba de tener relaciones tan breves como intrascendentes. Conquistaba sin ningún esfuerzo, y con poco interés, y conseguido el objetivo a alcanzar, dejaba de tener ningún tipo de fascinación por nadie. Parecía, y de hecho estaba, mucho más seducido por los libros que le suministraba Emilio, o por los que conseguía en la biblioteca del Ateneo Obrero, a donde acudía con frecuencia desde que se había trasladado su sede a las casas de Veronda, en la calle Ezcurdia, justo al lado de la playa. Ahí, además, había trabado amistad con algunos de los socios y participaba en

charlas y conferencias, que iban dando forma a sus creencias, de modo que su cada vez más radical ideología se apoyaba firmemente en el pensamiento de gente que admiraba.

Su vida en Gijón, además del Ateneo Obrero y del trabajo, que lo había hecho un experto en automóviles, su funcionamiento y, de paso, y por ello también, le había facilitado el contacto con los más adinerados miembros de la ciudad, tenía otros dos puntos cardinales. Uno era el Cantábrico, donde no solo pernoctaba, sino que además, por un lado, había fortalecido la relación de admiración y cariño mutuo que Liborio y él se profesaban, y por otro, lo acercaba a una parte de la sociedad gijonesa más golfa, la que frecuentaba tanto los chigres de Cimadevilla como los de los alrededores, incluyendo la plaza del Marqués, y el Muelle. En el Cantábrico, respetable y elegante, tenía la opción de entrar en contacto con viajeros de comercio, con marinos de países extranjeros, con hombres de negocios que procedían de distintas ciudades y que traían consigo las novedades, las noticias, las historias y hasta las músicas de otros lugares, de modo que el bar del hotel, y el saloncito donde los huéspedes podían sentarse cómodamente con su copa y su cigarro, se convertían en una fascinante ventana a un mundo, que se le hacía cada vez más deseable desde el confinamiento inevitablemente provinciano de la ciudad. Gracias a los viajeros habituales, recibían discos para el gramófono y Onel tenía acceso a canciones cuya letra aprendía de memoria e interpretaba luego. También ganaba y perdía dinero, siempre con moderación, en las discretas timbas que se organizaban, y a través de Sefa Quintana y de algunas de sus chicas, con las que de vez en cuando, más por hábito que por auténtica necesidad, mantenía relaciones, conocía algunos de los detalles más íntimos de señores muy serios a los que veía los domingos salir de misa de doce en la iglesia de San Pedro.

El cuarto de sus puntos cardinales era Gregorio, de quien parecía haberlo distanciado su recién estrenado estado civil, su entrega en cuerpo y alma a su consulta, que estaba convirtiéndose en una de las más prestigiosas y, según se decía, le estaba dando dinero a espuestas, y, sobre todo, la absorbente presencia de Merceditas, que se había tomado muy en serio el asunto del matrimonio y no parecía dispuesta a permitir que hubiera ni un solo instante,

más allá de las sacrosantas y abundantes horas dedicadas a la consulta y que ella aprovechaba para hacer compras o tomar té con sus amigas, en que no estuvieran juntos exhibiendo su prosperidad y su felicidad. Si iba de visita a su casa, Merceditas lo hacía pasar al saloncito con los sillones tapizados con un floreado en tonos pastel, muy celebrado por sus amistades, y allí se sentaban los tres, de modo que la antigua camaradería, las bromas y juegos de palabras que siempre habían practicado, se quedaban reducidos a cuatro fórmulas de cortesía, a lugares comunes, a que Merceditas relatara pormenorizadamente su repertorio de tonterías. De cada visita, Onel salía con una tristeza anudada en la garganta, con la sensación cada vez más dolorosa de que le habían robado a Gregorio y se habían llevado una parte nuclear de su propia vida.

Por eso, cuando, una noche de principios de verano, después del nacimiento de su hija Valeria, vio aparecer por el Cantábrico a Gregorio, no pudo evitar que en su corazón se mezclaran la alegría por esa recuperación inesperada y la preocupación porque en la mirada del amigo de una vida entera había una tormenta cuyas consecuencias, en ese momento, ninguno de los dos podía ni siquiera imaginar.

El atraco al Banco de España tuvo una amplia repercusión, no solo en la ciudad. También a Nozaleda llegaron voces y ecos de la que constituyó la principal noticia de sucesos en Gijón, apoyada por una amplísima cobertura periodística. Todos los datos, pormenorizadamente detallados en *El Comercio*, en *La Prensa* y en *El Noroeste*, tuvieron un seguimiento que llevó a la multitud a concentrarse frente al banco donde se había producido el atraco, que durante décadas seguiría dando que hablar, para protestar escandalizados, y a las manifestaciones de duelo que siguieron tras la muerte del director, que había resultado herido por los atracadores. Uno tras otro fueron desgranándose testimonios de testigos que pasaban por allí, de los que podían describir con detalle la mirada diabólica de los atracadores, su atuendo, que difería sustancialmente según quien lo contara, sus gestos, incluso los planes pretéritos y hasta futuros que habían sustentado aquel episodio de la historia gijonesa. Como en tantas otras ocasiones, todo el mundo tenía no solo una opinión, también tenían certezas, sospechas, teorías, un arsenal de pistas fiabilísimas y, sobre todo, una frase que se repetía hasta la extenuación: *Yo no sé dónde vamos a parar, esti mundo ta perdiu, esto no acaba bien, dígotelo yo*. La ciudad vivía en ese estado general en el que se mezclaba la indignación con la excitación de que algo de semejante envergadura se hubiera producido en Gijón, acostumbrada a delitos menores derivados del exceso de sidra y otros alcoholes en las tabernas, de los enfrentamientos que la miseria, los malquereres entre vecinos y las pasiones suscitadas en las viviendas menos salubres, y a algún que otro homicidio siempre inscrito en el ámbito de lo

posible, de lo que podían deparar los días como constatación irrefutable de que los seres humanos vivían permanentemente unidos a sus propias miserias. Un atraco a un banco era otra cosa. Un botín tan exageradamente grande (*Hay muchas perres a esa hora, el primer día de septiembre*, les informaron. *Hay a carretaes*) se convertía en acontecimiento, y la irrupción en Gijón de pistoleros como aquellos de los que se hablaba en los periódicos, una novedad generadora de conversaciones, tertulias, elucubraciones, y hasta de coplas y chascarrillos musitados en voz muy baja, porque había un muerto, y no uno cualquiera, sino el director del propio banco. Solo había que ver el pedazo de esquela en la primera página de los periódicos cuando finalmente, tras varios días de agonía y de indescriptibles sufrimientos aliviados por la presencia de sus familiares y sobre todo de su director espiritual, un jesuita a quien llamó en cuanto cayó herido por las balas y que lo confortó en su agonía, falleció y concitó en las calles gijonesas una espectacular manifestación de duelo por el convecino abatido en un atraco nunca visto.

También hubo numerosas protestas, no ya por el suceso en sí, sino por la desprotección de los ciudadanos, la falta de efectivos y, sobre todo, de equipamiento, lo cual había quedado plenamente de manifiesto en el curso del atraco, en el que los pocos guardias que pudieron haber minimizado, o incluso detenido, a los atracadores se vieron superados no solo por la destreza, puntería y entrenamiento de los atracadores, sino también, y esto resultaba patético, por la escasez y pésimo estado de sus propias armas. Este malestar, originado por el evidente desamparo, fue rápidamente canalizado hacia el verdadero origen del problema: quienes manifestaban permanentemente su disgusto y su enfado por la cantidad de recursos económicos que el Gobierno, en una imparable sangría, dedicaba a la guerra de África, encontraron la justificación para hacer oír sus voces, en la calle y en los periódicos, y por una vez se sintieron comprendidos y apoyados por una amplia mayoría ciudadana que había visto cómo su estable y ordenado mundo podía venirse abajo y las fuerzas del orden poco podían hacer para evitarlo.

Cuando Honorino Santaclara, acompañado de Canor, acudió a Gijón para el sepelio, encontró al que para él seguía siendo un muchacho particularmente taciturno. Con la discreción que lo caracterizaba, trató de averiguar, sin entrar

nunca en territorios personales, si había algo que lo preocupara. No necesitó Canor otra cosa que detectar el interés y la preocupación que su insólito silencio causaban en Honorino para empezar a charlar por los codos, desordenadamente, mezclando anécdotas de su vida en Cuba con los últimos acontecimientos en Nozaleda en materia de bodas o defunciones, precios alcanzados por alguna finca en venta, avatares del negocio de coches, cotilleos acerca de alguno de los adinerados gijoneses que habían manifestado su intención de hacerse con tal o cual modelo de automóvil, el estado de sus articulaciones y su reuma (y en ello contó con la amplia y documentada colaboración del propio Honorino, que compartió sus propias dolencias con detalle). Esta última circunstancia distrajo lo suficiente a Santaclara, que olvidó de pronto el silencio apenas roto por monosílabos que había presidido gran parte del viaje desde la aldea.

Y ese olvido, y por tanto la inevitable falta de insistencia, se tradujo en una cierta tranquilidad en Canor, que llevaba varios días que no las tenía todas consigo.

Había sido cosa, cómo iba a ser de otro modo, de su cuñado Emilio, que cada vez que aparecía por Nozaleda traía consigo un catálogo de preocupaciones para Flora y, por tanto, por partida doble para Canor, que no podía soportar que en la mirada diáfana de su mujer se cruzaran nubes de amenaza por leves que fueran. Sabía con toda seguridad que cualquier día traerían la lluvia, y quién sabe cuántos sufrimientos más, así que tanto las amistades de Emilio —tan felinas como él mismo— y los libros y publicaciones que se iban acumulando en su cuarto como la tormenta que viajaba con él como si cada una de sus maletas estuviera cargada de peligros, lo ponían en guardia permanentemente.

Pero la última había sido verdaderamente notable. Tanto que aún no tenía muy claro que se hubiera terminado, y mucho menos qué tipo de consecuencias podrían tener tanto para Flora como para él.

Todo había empezado a media mañana del sábado. Flora partía fréjoles en la cocina para ponerlos al fuego y él acababa de comprobar, feliz, que estaba poniendo buen cuidado en quitarles la hebra que no podía soportar cuando se la encontraba en el plato. Acababa de arrancar unos tomates que las lluvias de

los últimos días amenazaban con arruinar y se los estaba dejando a su mujer en la cocina cuando ambos se sorprendieron por el ruido de un coche que avanzaba hacia la casa. Él lo identificó enseguida: se trataba de un Chandler Sedan cerrado, absolutamente fantástico, por el que se había interesado el dueño de unas minas de montaña de la zona de Narcea. Había advertido a Onel del enorme cuidado que habría de tener con esa pieza, que constituía el reclamo para los viandantes cuando lo aparcaban delante del garaje, y, de forma inexplicable, su hijo venía a una velocidad bastante inadecuada, poniendo en peligro no solo la venta sino la propia integridad del coche.

Que además Onel aparcara de una forma tan rara, en la parte de atrás de la casa, adonde el acceso resultaba particularmente complicado, no dejaba de añadir un elemento de angustia y de preocupación, justo antes de percatarse de que Onel no venía solo, claro: también Emilio viajaba en el automóvil, en el asiento del copiloto y de un ágil salto había tomado tierra, como si al nerviosismo que habitualmente regía todos sus movimientos se hubiera añadido una excitación desconocida. Cuando Canor estaba a punto de abrir la boca para empezar a gritarle a Onel por su falta de cuidado, la puerta de atrás del auto se había abierto de improviso, y un individuo moreno con una chaqueta de cuero negro había salido de la nada. Onel, entonces, tranquilizó a su padre con la mirada y le hizo un gesto para que entrara en la casa.

No le explicaron quién era aquel hombre alto y fuerte, con tanta noche en el pelo abundante y bien cortado como en la mirada, que presagiaba vendaval, ni por qué Emilio condujo a ese hombre y al saco de arroz que portaba, con lo que quiera que llevara dentro, además de un pequeño morral, hacia la cuadra mientras miraba (ambos lo hacían) con suspicacia en todas las direcciones posibles. Las explicaciones de Onel, tan confusas como extravagantes, concluyeron con una nada tranquilizadora frase:

—Tú no te preocupes, papá. —Onel seguía llamándolo así, aunque aquella denominación fuera una anomalía en los registros conversacionales de su pueblo, que preferían el término padre, o el reducido pa.

—Estando por medio Milio es difícil no preocuparse. Nos va a traer problemas cualquier día, no me canso de decírselo a Flora.

—Serán un par de días. Ventura tiene que quedarse aquí y se irá pronto. —

Onel se mordió los labios, como si de pronto quisiera cerrarle la puerta a un nombre que ya había dejado salir...

—No lo he oído —repuso Canor, que leía el pensamiento de su hijo—. No he oído nada, pero tampoco quiero saber nada. Ni quién es, ni qué lleva en ese saco. Eso sí: no quiero verlo, y que se vaya cuanto antes. Y tú, mejor no te metías en fregaos de estos: cuanto más lejos andes de Milio, mejor.

Pensaba en todo aquello caminando al lado de Honorino, ante ellos un mar de canotieres, en una impresionante manifestación. Honorino se había encontrado con algunos conocidos, y la conversación giraba en torno a la indignación que les producía que los recursos de la nación se estuvieran arrojando a aquel saco sin fondo que era la campaña africana mientras se desatendían de un modo tan flagrante las necesidades en materia de seguridad, como quedaba patente en un suceso tan terrible como aquel. Canor sentía un sudor helado en la espalda, en franco contraste con aquel soleado día de septiembre. Prefería pensar que aquello podría ser síntoma de alguna enfermedad que estaba incubando, pero bien sabía que más bien se correspondía con el miedo, con la certeza de que, durante tres días, uno de los responsables de aquel suceso —casi con toda probabilidad, el jefe de la banda— había permanecido oculto en su propia casa.

Y se habían librado por los pelos. Eso también le causaba horror. Aquella misma mañana se habían presentado dos guardias civiles acompañando al propio capitán y, sin demasiadas contemplaciones, habían querido registrar la casa y las cuadras. Dijeron que era rutina, que todos tenían la obligación de hacer un pormenorizado examen de las aldeas de los alrededores de Gijón, puesto que, aunque algunos de los miembros de la banda habían caído en Oviedo, se desconocía el paradero de otros, del jefe, sin ir más lejos, un individuo muy peligroso, y que seguramente llevaba consigo el dinero del botín. No le había pasado desapercibido a Canor el gesto de desdén con que Flora se había sentado en el banquín de madera que había al lado de la ventana y se había puesto a contemplar con gran interés unos geranios, como si buscara en ellos el menor de los atisbos de que podrían estar empezando a ser víctimas de una plaga de pulgones microscópicos.

No habían encontrado nada, claro. El tipo que había estado escondido en

casa se había esfumado aquella misma noche, en un caballo que a saber de dónde había sacado Milio y en una dirección que Canor no había querido saber. Los guardias, de todos modos, al examinar el pajar donde se había ocultado, habían llamado la atención de su capitán y del propio Canor, que los acompañaba aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir, acerca de unas marcas en una piedra de la pared. La hierba acumulada allí, y que se había recogido en los meses anteriores, estaba aplastada como si alguien hubiera pasado algún tiempo sobre ella y hubiera matado el tiempo trenzando hierba seca. Canor, sobre la marcha, inventó que los mozacos, alguno de sus sobrinos y sus amigos, solían utilizar el pajar para sus cosas (quiso ser confiado con Pastor, pero se encontró con una mirada helada) y que incluso llevaban a alguna rapacina por allí, cosas de chavales, y le hacían adornos para el pelo con la hierba.

—Y supongo que las marcas en esas piedras serán de los polvos que les echan.

Canor nunca había visto tanto resentimiento en los ojos de nadie.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? —Onel empujó con el pie una piedrecita y la lanzó a una gran distancia mientras caminaban hacia el puente que cruzaba la desembocadura del Piles. Caía la tarde sobre la ciudad que dejaban atrás, y el sol comenzaba su ceremonia de despedida por detrás de la Campa Torres.

Habían pasado los años y allí estaban los dos, recuperada por una confesión de consecuencias aún desconocidas la vieja intimidad fraguada en tantas horas, historias, desvanes, rodillas despellejadas, columpios hechos con sogas colgadas de árboles, conversaciones interminables, fantasías comunes acerca de las dimensiones del universo, discusiones sobre filosofía en las que siempre se enfrentaban sin remedio las lecturas revolucionarias que Milio le proporcionaba a Onel con las teorías más ponderadas (más timoratas, le reprochaba él) de Gregorio, descubrimientos, sueños y secretos. Allí estaban, y la luz de septiembre se mezclaba con el olor inconfundible de las algas que dejaba la marea.

—¿Qué te iba a decir, Onel? No sé qué querías que te dijera. —Gregorio se paró un instante y miró a los ojos a su amigo, como si el énfasis que imponía a su propia comprensión de la situación que vivía quedara subrayado con la sinceridad de su mirada y fuera necesaria la quietud para rubricarla—. No había nada que decir. Nunca ocurrió nada. Era una compañera, solo eso.

—Era una compañera, pero su recuerdo sigue ahí y, por lo que se ve, mucho no te deja dormir ni vivir.

—No es eso lo peor, y por eso necesitaba contártelo. Es la forma misteriosa en que crece en mi cabeza. Tanto, que acabaré por volverme loco,

porque es una obsesión.

Gregorio parecía verdaderamente contrito, y Onel se dio cuenta de que había perdido peso. A lo mejor las ojeras que oscurecían su mirada no eran tanto por las malas noches que les daba Valeria, empeñada en reclamar la atención de su madre varias veces a lo largo de las horas nocturnas, con su llanto desesperantemente intermitente, con sus berridos, que no parecían obedecer a ninguna causa aparente.

—Bueno, la niña también llora mucho, y eso influye —añadió Gregorio como si estuviera leyendo el pensamiento de Onel, lo que tampoco era tan infrecuente, puesto que era un juego que practicaban desde niños—. Agota, ¿sabes?

—Ya, pero, que yo sepa, tú no tienes que darle de mamar, de eso se encargará su madre, digo yo.

—Dices mal, de eso se ocupa una ama de cría. Pero no, no es que le tenga que dar yo de mamar, claro —rió Gregorio y, por primera vez, el velo oscuro que confería a su rostro una gravedad desconocida desapareció y dejó paso, de forma momentánea, al muchacho de las tardes en Nozaleda—. Lo que quiero decir es que Merceditas también está bastante sobrepasada con los llantos de la niña. Tan pronto le da por lamentarse y hundirse en el abismo culpándose como la emprende contra mí, ¿no soy médico? Pues debería curarla o, como mínimo, saber qué le pasa. Te aseguro que no es muy agradable, y verla de ese modo todavía me empuja más a pensar en *ella*.

Ella, según supo esa tarde Onel y siguió sabiendo a medida que caían las horas y se vaciaban vasos de sidra en Casa Jamín, ya en Somió, ocupaba las horas del día y de la noche de Gregorio, y, obviamente, no era Merceditas. Onel escuchaba a su amigo hablar de una mujer pelirroja con la cara pecosa y los ojos vivos, con las manos tan pequeñas y los dedos hábiles y veloces, con la mente tan brillante como la de cualquiera de sus compañeros, todos hombres. Y de su forma de hablar, como si ella fuera un muchacho y a la vez no pudiera esconder en modo alguno su exquisita femineidad (Onel tomó nota: el muy cursi de Gregorio había dicho «exquisita femineidad», así que todo apuntaba a que estaba enamorado en serio).

—Es tan especial... no puedes ni imaginarlo. —Gregorio parecía haber

encontrado en la conversación atropellada, en la confianza gozosa el camino para que la angustia que por lo visto llevaba anegando su entendimiento en los últimos meses terminara por huir convertida en palabras que, al menos de momento, Onel escuchaba con toda la atención—. Es como si fuera un chico. Con ella puedo hablar de todo, y se ríe mucho. Y tiene el pelo así como...

—Como un incendio. Eso ya me lo has dicho.

—Es tan distinta a Merceditas. Tan distinta a cualquier mujer.

—¿Y dices que no pasó nada entre vosotros? Vaya, que en todo el tiempo no hubo nada. ¿Ni un besín siquiera? —Onel acompañó aquella frase de una melodía un tanto burlona, a la vez que ponía una mueca y los ojos en blanco.

—No, no hubo nada. Ya te digo que es como estar con un chico, pero...

—... pero con tetas. —Onel trató de sonreír mientras lo decía, mientras que trataba de entender por qué aquellas alusiones de Gregorio le hacían sentir tan incómodo.

—Sí. Pero ni siquiera las veo, quiero decir, me resulta tan fascinante su conversación, y la forma en que mueve esas manos...

—... tan pequeñas, ya, ya sé, ya sé. —Como Gregorio empezaba a estar ligeramente achispado y el propio Onel estaba sobrepasando su límite de consumo de sidra, este trató de cortar lo que amenazaba con ser un bucle interminable en el que el médico haría inventario de los rasgos, gestos, actitudes y gracias de la muchacha en cuestión, cuyo nombre aún no había mencionado, y pronunció las palabras que, como un golpe certero en mitad de la frente, resituaban las coordenadas en que se movían.

—¿Y qué vas a hacer?

Gregorio se quedó en suspenso, colgados los labios del filo de una frase en la que de nuevo describía pormenorizadamente a la muchacha que lo habitaba.

—¿Que qué voy a hacer? ¡Coño! Esperaba que tú me lo dijeras, yo apenas puedo pensar en lo cotidiano, en las consultas y en mantener el tipo en casa. Todo esto me está costando la cordura, así que te suplico que seas tú quien piense lo que debo hacer. O lo que puedo hacer. O lo que sea, pero que me saque de este laberinto en el que, te lo juro, acabaré muriendo de pura obsesión...

Y Onel supo entonces que tenían un problema. Los dos.

Al otoño le siguió un invierno de manual, con viento y escarcha, con lluvia fría y silenciosa, y algunos niños descubrieron el prodigio de los carámbanos cuando se acalambraron los bistechos y aprendieron a no pasar por debajo porque la leyenda contaba que si uno se desprendía y te caía en la cabeza te la abría sin remedio y te fulminaba. Hizo frío, fue invierno, y Nozaleda fue blanca porque recibió la gozosa e inesperada visita de la nieve, inusual en aquel lugar en el que el olor del mar se adivinaba ya en el aire cuando se abrían las ventanas de las casas, a veces mezclado con el más próximo y animal del cucho de las vacas y la deficiente higiene. El mar estaba en cuanto se salía del pueblo, después de pasar la Cerezalona y la fuente donde se cogía el agua para la casa en cubos de porcelana que se colocaban sobre un rodete en la cabeza, y, en un equilibrio aprendido desde pequeñas, las mujeres caminaban bamboleantes y extrañamente seguras portando además, la mayoría de las veces, otro par de cubos, uno en cada mano. Solo unos metros después del recodo se atisbaba un horizonte: primero, únicamente una rayita, la que asomaba detrás de las colinas, y poco a poco, ante los ojos, crecía un azul que casi nunca lo era. El mar Cantábrico traicionaba el tono de los mapas y de las tarjetas postales que excepcionalmente el cartero traía desde lejanos y legendarios lugares americanos donde permanecían algunos de los hijos del pueblo —y también sus descendientes—, que habían salido cruzando aquella inmensidad poderosa y extraña, ajena a la vida cotidiana de Nozaleda y, sin embargo, presente. Sus habitantes vivían voluntariamente de espaldas al mar, y sin embargo no podían evitar los rugidos que a veces tronaban como una

amenaza turbulenta, como si las profundidades albergaran dioses de pésima catadura y peores intenciones. Tal vez ese temor, al que no sabían poner nombre porque en ningún momento se paraban a considerar que existía, tenía que ver, sin embargo, con el hecho de que ni uno solo de los habitantes se dedicara ni a la pesca ni a nada que tuviera que ver con el mar. Era algo que estaba allí. Como las montañas. Preferían verlo con la misma indiferencia, ignorando deliberadamente que se trataba de un animal vivo, de un latido poderoso y atroz, y había incluso algunos que lo desdeñaban de tal manera que podían pasarse años enteros sin ni siquiera alcanzar a ver el devenir de las olas. Más aún, había (y esto a Onel, que sentía una fascinación especial por lo marítimo, no dejaba de hacerle gracia) algunos que se negaban a acercarse siquiera, y hasta lo hacían extensible a algo tan aparentemente inofensivo como comer pescado. Su abuelo, por ejemplo. Recordaba a Tomás *el Forquetu* diciéndole a la abuela: «Ay, Amparo, no, no se te ocurra darme parroches, que si como pescao, luego sueño con barcos». A Onel le extrañaba muchísimo que los barcos pudieran protagonizar alguna pesadilla, aunque también era cierto que, en su cabeza, el recuerdo del viaje desde Cuba se perdía en los laberintos de la memoria. Fue mucho tiempo después cuando conoció la historia de la que nadie quería hablar, y que hacía referencia a un tiempo tan lejano que algunos, especialmente las generaciones más jóvenes, sospechaban que tal vez se confundían en él la realidad y la imaginación. Hablaba la leyenda de los tiempos en que una parte importante de los habitantes de Nozaleda salían al mar en barcas cuidadas y volvían con abundantes merluzas, sardinas y besugos. Y una vez incluso colaboraron en la pesca de una ballena a la altura de Peñarrubia con unos cuantos pescadores de Cimadevilla. De ese pasado quedaba un rastro de palabras que con los años cambiaron de significado mientras mantenían el significante, de modo que a veces algunos se sorprendían en sus visitas a Gijón, al recorrer el barrio pesquero o el puerto, de que términos que ellos utilizaban para denominar otras realidades (así «copo», así «manjúa», así «mansía», así «boliche», así «cacea») correspondieran realmente a diferentes sistemas de pesca, tácticas que nadie recordaba haber utilizado jamás, como tampoco se podía asegurar que alguien tuviera memoria de haberse subido a una barca en toda su vida, y

sin embargo todos aseguraban que hubo un tiempo, por mucho que no se pudiera precisar más allá de un «yo siempre lo *oyí* contar», en que la vida de Nozaleda alternaba la tierra y el mar como lo más natural del mundo. Y aseguraban, pero siempre en voz muy baja y solo en ocasiones muy especiales, que el pueblo había dado la espalda al mar después del gran temporal, del gran naufragio, que nadie sabía tampoco fechar ni siquiera de forma aproximada, asegurando en cambio que era algo que siempre habían oído, que tal vez los güelos, o los bisagüelos, o hasta más atrás, quién sabe en qué perdido y polvoriento rincón de un pasado de décadas enteras, sin duda, siglos. La cosa era que una ola gigantesca llegó a adentrarse en la tierra, superando la barrera del alto acantilado, elevándose por encima de la suave colina, lamiendo los prados hasta la Cerezalona, o incluso, decían, hasta la entrada misma del pueblo, de forma que las mujeres salieron espantadas de sus casas, con los niños agarrados a sus faldas, y, sin importarles la posibilidad de que otra ola hiciera el mismo recorrido, corrieron a asomarse a la colina, y algunas incluso se acercaron hasta el borde mismo del acantilado, convencidas de que si esa ola había conseguido llegar hasta sus casas, qué no habría hecho con las seis o siete barcas llenas de hombres que habían salido de madrugada ignorando que aquella mar un poco picada iba a convertirse en cuestión de unas pocas horas en una trampa mortal, y el mar, oscuro y traidor, en tumba de las vidas y en sarcófago de tantos sueños. Nunca más se había sabido de todos ellos, y aunque fueron muchas las viudas desesperadas, con la pena anudándoles el pañuelo oscuro de la cabeza y la esperanza cada vez más débil, ni un solo trozo de madera —y mucho menos un cuerpo— fue vomitado de los abismos insondables donde habrían ido a parar tantos hombres. La ausencia de cadáveres, la imposibilidad de un entierro que permitiera cerrar un capítulo terrorífico de la comarca convirtió a Nozaleda en un lugar neblinoso, con la memoria absorta en sus propios vaticinios, y fue un campo propicio para la aparición de fantasmas, de espíritus terribles, de presagios y maldiciones, de sucesos inexplicables. Todo ello sumió el dramático episodio en el más espeso de los silencios. A pesar de ello, de la voluntad de olvido y de mantener a raya al miedo y la desdicha, el aire, imponiéndose a cualquier determinación en el pueblo durante días, durante semanas, sabía salado, como

si el mar se hubiera quedado instalado con vocación de eternidad. O tal vez fuera la sal de tantas lágrimas.

Un poco antes de que la primavera pusiera fin al despropósito de vientos, lluvias y heladas, un poco antes de que los niños dejaran de sentir como novedad la presencia de la nieve, que visitó Nozaleda media docena de veces —para pasmo de sus habitantes, que agotaron el cupo de «esto en la vida había pasado»—, Flora Mateo recibió la noticia de la gravísima enfermedad de su padre y decidió que era el momento de viajar a Madrid. Canor quería acompañarla, pero un catarro de preocupantes dimensiones lo tenía en la cama, bebiendo infusiones de orégano y azúcar *requemao* y haciendo vahos de eucalipto sin que pareciera que aquella profusión de toses y mocos estuviera dispuesta a abandonarlo. Temía por Flora, no solo por el hecho de que viajara sola, que era algo que a ella no le preocupaba en absoluto, y se lo recordaba riendo y diciéndole que antes de que se conocieran había sido capaz de viajar sola incluso a París; también le preocupaba que el tren pudiera quedarse atascado con la nieve en Pajares, como ya había sucedido en varias ocasiones. Hasta Clemenciano Santaclara, experto en presentarse en los hogares en sus visitas pastorales a la hora más inesperada, lo que le permitía enterarse de todos los pormenores vecinales y familiares, se sintió en el derecho de opinar que era muy arriesgado hacer un viaje tan largo con aquellos temporales.

Más tarde, mientras Flora lidiaba con la situación creada en aquel viaje, lamentaría profundamente haber comentado nada con el cura, puesto que solo él podía ser el responsable de que en la estación de Oviedo, ya anohecida la tarde, se subiera al tren el mismísimo Estanislao Pastor.

En realidad no fue hasta llegar cerca de Campomanes (el tiempo que le

llevaría ir revisando todos los vagones hasta dar con ella) cuando la figura del exnovio, su tricornio y el verde de su recién renovado capote, que había dejado de ser gris en la última remodelación de uniforme, se recortó en el pasillo.

Hasta ese momento, en el tiempo transcurrido desde la salida de Gijón, tras ponerse lentamente en marcha el pesado tren correo-expreso, que acababa de modernizarse con la electrificación de la vía en la zona de Pajares, Flora ni siquiera había abierto el libro que pensaba releer: *Consecuencias de la degradación femenina*, que la propia Rosario Acuña le había dedicado en la primera página con su peculiar caligrafía y con aquellas palabras tan bonitas que la animaban a seguir en su tarea de hacer mejor la vida de las mujeres mediante el conocimiento sin desfallecer. Pensaba dedicar gran parte del viaje a reflexionar sobre aquel libro, y a pensar en general. En un principio dudó sobre si incluir en su equipaje el cuaderno, todavía immaculado, que Rosario le había regalado, y aunque le parecía que podría ser el momento de inaugurarlo, la sospecha de que sería incapaz de sacar de dentro los temores asfixiantes, la decidió a dejarlo en Nozaleda. Se le antojaba verdaderamente apetecible contemplar el paso del paisaje tras la ventanilla, o dormitar en su asiento de primera. No había querido coche cama porque deseaba profundamente dormir solo lo justo y disfrutar de la melancolía del viaje, de la mezcla de emociones que le suscitaba estar viajando durante tantas horas, hacerlo sola, ir a la ciudad que apenas había pisado en los últimos años (de hecho, la última vez había sido precisamente con motivo del fallecimiento de su madre) y, sobre todo, saber que se dirigía a despedirse de su padre, al que tal vez ni siquiera llegara a ver con vida. Su tía Amparito había sido muy explícita en la carta que les había enviado a ella y a Emilio: dejaba claro que ya que en vida apenas se habían ocupado de él y había tenido que ser el servicio de la casa el encargado de soportar sus achaques y su mal carácter, esperaba que ahora que estaba a punto de entregar su vida al Altísimo tuvieran la decencia de dejarse ver para, como mínimo, solicitar su perdón por el pésimo comportamiento que habían tenido y lo malísimos hijos que habían sido, preocupados únicamente de sus propios asuntos, incapaces de cumplir con sus obligaciones como hijos respetuosos y solícitos, y en caso de que la

distancia no lo permitiera y llegaran tarde para ello, participar al menos en las exequias. Aquel viaje, tanto el de ida como el de vuelta, era para ella su propia despedida de la memoria de su padre, la recuperación de los momentos vividos a su lado y, por tanto, la recuperación de la infancia: un somero repaso a lo que había sido su relación, pero también a lo que había sido su vida, una indagación, seguramente estéril, para conocer dónde falló el mecanismo de relojería que tendría que haber hecho que su relación familiar fuera de otra manera y no aquel catálogo de desapegos en que se había convertido, por qué necesitó siempre la huida, dónde estuvo el error que la alejó irremisiblemente del afecto, por qué empezó a no poder soportar cada frase pronunciada en aquella casa, qué sombras extrañas llegaron desde los primeros años y por qué de pronto aquello se convertía en insalvable. Necesitaba encontrar una posibilidad de redención para su padre y también para sí misma, cualquier cosa que justificara la intuición de que algo estaba mal, que le permitiera dirimir, separar lo normal de lo extraordinario, y esto, a su vez, de su propia culpa.

Y entonces, llegó Estanislao Pastor y dijo solo:

—Hola, Flora.

Su primer pensamiento fue para descartar, casi sin que hubiera llegado a formarse en su cabeza, una teoría de la casualidad, para de inmediato recordar la visita de don Clemenciano: solo él podía haberlo informado (y ocasiones para ello seguro que no le faltaban, porque era muy habitual encontrarlos paseando en animada charla, y se sabía que ambos jugaban al ajedrez en la rectoral).

—Qué curioso, qué coincidencia. ¿También viajas al Foro?

Hubo una sonrisa que por un instante ambos compartieron. El reconocimiento en la forma de llamar a su ciudad establecía una curiosa complicidad, aun sin que Flora lo hubiera pretendido, si bien en su descargo bien podía argumentar que la estupefacción en que la había sumido la presencia, en su mismo vagón, de su antiguo novio transmutado en aquel guardia civil tan serio en que se había convertido, la había dejado sin ningún tipo de defensas.

El resto del viaje había sido una absoluta pesadilla, una de esas en que

alguien te observa y no dice nada pero sabes que la amenaza está escrita en la turbiedad de esa mirada. Estanislao Pastor apenas había abierto la boca en todo el viaje para hablar con ella, y en cambio había establecido una animada charla con un señor muy serio que se había montado en la estación de Ujo y que iba, según contó, a Madrid para entrevistarse con los máximos responsables de la Sociedad Hullera, para dejar algunas cosas resueltas, puesto que el marqués de Comillas, dueño de todas las minas de la comarca, estaba gravemente enfermo. A Flora, aparentemente concentrada en ver pasar la oscuridad desde la ventanilla intuyendo la blancura un poco fantasmal de la nieve cada vez que salían de alguno de los incontables túneles que jalaban la subida a Pajares, le dio la sensación de que la conversación que mantenían el director de la Sociedad Hullera (para entonces ya sabía, puesto que así se había presentado, que se llamaba Benito Montañés) y el propio Estanislao Pastor estaba destinada, al menos por parte de este último, a ser escuchada por ella. Por qué si no, de pronto, le preguntaba, con suma educación, eso sí, si no tendría alguna hija en edad de merecer que pudiera presentarle, puesto que era un hombre soltero y estaba deseando encontrar una mujer a la que convertir en su esposa. Y aunque Montañés parecía mucho más interesado en glosar la grandiosa humanidad y la sin duda alguna santidad del moribundo marqués, por quien profesaba una admiración que rayaba el fanatismo, al menos a los ojos de Flora, le había hablado de la mayor de sus hijas, una tal Isidra, limpia y hacendosa como la que más, y que hasta el momento no había tenido novio alguno a pesar de las muchas virtudes que la adornaban. El interés de Estanislao Pastor —era evidente— tenía mucho de impostura, como si tratara de despertar en ella unos extemporáneos celos, pero también provocó enseguida el cansancio —y hasta un poco de pesadumbre— en su interlocutor, que prefirió encerrarse en sus propios pensamientos primero y roncar suavemente después. La madrugada también intentaba vencer a Flora, que veía cómo sus músculos se aflojaban y reclamaban el sueño, a pesar de sentirse intranquila y profundamente incómoda con Estanislao Pastor sentado frente a ella, mirándola sin ningún tipo de disimulo ahora que su compañero de viaje se había dormido con la cabeza dolorosamente doblada sobre su hombro.

—Verás qué tortícolis —sonrió Estanislao señalándolo—. Dormirse con

la cabeza así es lo peor del mundo. Te lo digo yo, que en alguna guardia me he quedado como un cesto.

Flora guardó silencio y sonrió sin apenas despegar los labios, tratando de hacer conciliar su absoluto desinterés con una amabilidad que no tenía otro origen que un cierto temor sin nombre que la acompañaba desde el instante mismo en que lo había visto entrar en el vagón.

—Me han dicho que tu padre está muy enfermo. No sabes cómo lo siento.

—Gracias. Sí lo está. Ya lleva mucho tiempo mal. Por eso viaje, para verlo.

—Es inevitable que cuando una persona nos abandona, que no quiera Dios que sea el caso de tu padre y se recupere, recordemos los buenos momentos que hemos pasado a su lado, y yo solo tengo buenos recuerdos suyos — Estanislao Pastor se embalaba sin remedio— de la época en que, ya sabes... cuando tú y yo...

Flora lo cortó sin contemplaciones.

—Sí. Es normal que suceda. Esperemos que se recupere, aunque no nos dan ninguna esperanza.

La firmeza de estas palabras, que movían el foco de la conversación de los recuerdos de la juventud compartida y del amor de entonces hacia la enfermedad del presente, dejaron a Estanislao Pastor sin saber a qué palabras acudir para que el diálogo no solo se mantuviera, sino que además discurriera por los cauces más propicios para su propio interés. Le habría gustado ser claro y manifestar el deseo por ella, que lejos de abandonarlo se había convertido en su compañero de todas las madrugadas, y que convivía con el recuerdo de su risa, que se miraba en el espejo y veía el brillo de sus ojos, que guardaba en una cajita de plata un mechón de su cabello que ella le había regalado una vez, que miraba por las noches el único retrato que poseía de ella: uno que les había hecho un fotógrafo que retrataba parejas y familias en el Retiro y que ella nunca había llegado a tener en su poder —fue él el encargado de recogerlo en el estudio del fotógrafo en Tirso de Molina—, que la espiaba sistemáticamente desde que se había instalado en El Lloredal sin que ella tuviera ni la más remota constancia de ello, que acechaba sus pasos con la excusa de establecer algún tipo de vigilancia sobre su hermano y sus

actividades y que si no había obtenido grandes resultados a la hora de descubrir el carácter delictivo y subversivo de Emilio, no era tanto —que también— por la escurridiza capacidad de este para burlar cualquier control como por la distracción que suponía el más mínimo movimiento de Flora.

Todo esto se lo habría dicho de haber encontrado un atisbo de invitación a la confianza en ella, la más mínima de las rendijas por las que pudiera colarse la confesión. Había fantaseado mucho con aquel viaje desde que Clemenciano Santaclara le habló de ello y añadió, un tanto escandalizado, que, pese a estar su marido enfermo con un catarrazo tremendo en la cama, Flora Mateo viajaría sola a Madrid. Se había inventado unos asuntos ineludibles que resolver en la capital, en la Capitanía General, confiaba en que la noche fuera cómplice y, sobre todo, esperaba que Flora tuviera las defensas bajas por la inminente muerte de su padre, que estuviera débil, que buscara en él algún tipo de consuelo. Había imaginado que ella, llevada por los recuerdos y el dolor (el dolor sin duda movería los recuerdos, de eso estaba seguro, y con los años, ya se sabe, estos se dulcifican y por un proceso de selección natural permanecen únicamente los buenos, los agradables, aquellos en los que sin duda ella se vería joven y guapa, halagada por él, joven y guapo también), se arrojaría en sus brazos necesitada de alivio y aliento. Y entonces...

Aquí, en este punto, la imaginación de Estanislao Pastor sufría una especie de cortocircuito. No era capaz de mezclar la imagen de Flora con ninguna otra imagen lúbrica de las muchas que poblaban su recuerdo con tantas mujeres de rostros olvidados y cuerpos escurridizos. Con ella era otra cosa: para empezar, no era capaz de dibujarla en su mente sin ropa. Cómo sería el cuerpo de Flora, de qué forma la carne redondearía la estructura ósea, qué perfumes emanarían de su piel cuando el sudor y la pasión se hubieran hecho dueños de su voluntad. Pensaba en ello sin descanso y no era capaz de conseguir una fotografía mental fidedigna. Y ese misterio, el halo de inconcreción, las formas intuitidas pero sin desvelar, se convertían en su cabeza en una obsesión.

Eso pensaba mientras la noche dibujaba acertijos en un cielo estrellado y en los campos mesetarios que cada vez ponían menos distancia entre el tren y su destino. La helada que estaría pintando de escarcha la llanura debía de ser de las históricas y se adivinaba desde el confortable vagón. Miraba a Flora,

que había cerrado los ojos, pero estaba seguro de que no dormía, no lo hacía al menos con la tranquilidad que habitaba a Benito Montañés, cuyos sueños seguramente estaban colonizados por la devoción y el cumplimiento del deber de los que había hecho gala en su conversación.

El rostro de Flora no era el de la muchacha de entonces. La piel se había hecho más fina, y unas arrugas en torno a los ojos daban cuenta de que los años habían sido pródigos en risa. Y se había cortado la melena, aquellos tirabuzones de adolescente que todavía brincaban en su recuerdo. El pelo seguía teniendo la memoria de los reflejos rubios, pero en la melena corta y lisa, bajo el sombrero de fieltro, parecía haber sido secuestrada la espontaneidad y la frescura de la niña madrileña con la que seguía soñando cada noche. Parecía dormida, arrebujada bajo el abrigo de lana de color beige que había colocado a modo de manta para, además de conjurar cualquier frío —y aunque esto él lo ignoraba—, protegerse de cualquier mirada suya. Pensó en acariciar su cara aprovechando el sueño, pero le entró la duda de si realmente estaría dormida.

Y entonces llegó la furia, como sucedía siempre. En su corazón se desató el odio, primitivo y torpe, hacia aquella mujer. Siempre que le sucedía, y solía ser muy frecuente, siempre acompañado de la frase que escoltaba esa sensación como una consigna desde la primera vez, aquello de que del amor al odio hay un solo paso. Y esto bien lo sabía él. Nadie podía sentir una pasión tan absurda, tan perdurable, tan ingobernable y, un segundo después, un odio tan brutal hacia la misma persona. Del mismo modo que un segundo antes el pensamiento de Flora solo le procuraba deseo y ternura, un amor desmedido y la certeza de que podría hacer cualquier sacrificio por su felicidad, pasaba, sin más transición que una sombra apenas perceptible que se cruzara por delante de su mirada, al odio, un resentimiento que le agujereaba la conciencia, un aborrecimiento que lo colocaba al borde mismo de la náusea. Entonces, la bellísima Flora, la dulce Flora, pasaba a convertirse en lo más parecido a un monstruo, una víbora peligrosa, una arpía sin corazón. Y Estanislao Pastor se descubría mirándose las manos y adivinando en ellas una prolongación de su propia hiel. Incontrolable.

El temor de Flora, sentada frente a él, tratando de sustraerse a su presencia

por el procedimiento de mirar hacia dentro con los ojos cerrados, no conocía los resortes del pensamiento que ocupaba a Estanislao. Simplemente, odiaba a aquel hombre. Sin levantar los párpados podía verlo: la confusión de su rostro, las huellas de las cosas que, quién sabe, habría vivido. Tal vez habría matado a alguien en su trabajo. Cómo se mira uno al espejo cuando ha arrancado una vida, la que sea. Qué se encuentra en el fondo de la mirada, qué rastro deja en los rasgos anodinos, en el bigote, en la sombra de los pómulos, en la boca. ¿Puede la boca volver a sonreír con inocencia cuando has ejercido una violencia extrema, cuando has golpeado hasta machacar otro cuerpo, cuando tus propias manos han seccionado una vida? ¿Desaparece del todo la sangre que te ha manchado las manos?

Por un instante, Flora tuvo la sensación (un leve movimiento del aire, un aviso de su propio cuerpo en tensión, la alerta que se dispara sin que se sepa cuál es el mecanismo que la pone en marcha) de que, si abría los ojos, tal vez encontrara inclinado, muy cerca de ella, el rostro de Estanislao. Por un instante pensó que podía suceder, que él aprovechara la noche, la situación en la que estaban y pudiera hacer algo tan impensable como besarla, y ese pensamiento le removió el estómago de tal manera que sintió que iba a vomitar, pero siguió sin abrir los ojos, aterrorizada con que pudiera ser verdad, tratando de distinguir la respiración del otro viajero de la de Estanislao, valorando si ambos dormían o si, como se temía, este último se mantenía despierto y en guardia, y lo que era peor, sin dejar de mirarla. Así que permaneció inmóvil hasta mucho después, cuando el amanecer empezó a disipar las tinieblas y Madrid estaba ya mucho más cerca, y el rumor de algunos movimientos le dio la pista de que Benito Montañés se había despertado, y lo oyó musitar: la señora está dormida, espero no haberles molestado, porque cuando duermo en posiciones raras a veces puedo roncar, y Estanislao Pastor simplemente se limitó a decir: Sí, está dormida, parece un ángel, ¿verdad?

Para cuando llegaron a la estación, y bajarse del tren fue enfrentarse de pronto a la mañana helada y a la realidad de un padre agonizante ante quien se encontraría en muy poco tiempo, los nervios de Flora habían sido tensados al máximo. Sentía que, en lugar de sangre y músculos y huesos, su cuerpo era una

especie de central eléctrica, que los impulsos automáticos eran los que le permitían levantarse, coger su pequeña maleta, ponerse el abrigo mientras el tren terminaba de detener su marcha. Que, si la tocaban, provocaría tal descarga que cualquiera quedaría muerto en el acto.

Así que cuando Estanislao Pastor se acercó a ella y le susurró que le permitiera acompañarla en un coche hasta su casa, a Flora le costó muchísimo mantener las formas y negarse amablemente, insistiendo en que no se preocupara, que todo estaba bien. Solo en ese momento, él, un poco desesperado ya, a punto de desbordarse tras una noche en que la confusión y la proximidad de la mujer que ocupaba permanentemente su pensamiento habían conseguido hacer de su voluntad un cóctel de explosivo resultado, se sorprendió tomándola del brazo y diciéndole muy cerca del oído

—Yo quiero verte, Flora, yo... no sabes cómo pienso en ti.

Y ella, entonces, que también había pasado una noche terrible en absoluta tensión, dejó que saliera del fondo de sí misma lo que en otras circunstancias habría mantenido a raya.

—Ni se te ocurra. Ni se te pase ni por un instante que jamás pueda haber nada entre nosotros. Por si se te ha olvidado, soy una mujer casada y muy feliz. Y aunque no fuera así, y tú fueras el único hombre de la tierra, por nada del mundo dejaría que me tocaras ni un solo pelo. No se te olvide jamás.

No podría arrancar esa sensación porque de nuevo volvía a notar como si le faltara algo, igual que en las noches, cuando justo antes de quedarse dormida, en el instante mismo en que creía que podía entregarse al sueño, alguien parecía llamarla, impedirle dormir, como si hubiera olvidado alguna de sus tareas (sí, pero cuál), como si hubiera algo irrecuperable en su vida. ¿Habrá alguien que piense en mí en algún sitio?, solía preguntarse, y la única respuesta que se le ocurría, y que venía de la mano de una corriente en su pensamiento a la que accedía inevitablemente cuando esa interrupción en la posibilidad de conciliar el sueño se producía en el momento en que había conseguido enganchar con una cierta inconsciencia, la única y absurda respuesta era que había un bebé al que debía amamantar y había olvidado hacerlo. Y estaba en peligro.

Había echado de menos a Canor hasta la desesperación. Maldecía el catarro que le había infectado las vías inferiores y lo mantenía en la cama, tan lejos de ella y del dolor que no sabía que existía y que parecía haber decidido quedarse incorporado como un miembro más de su cuerpo, invisible y difuso, capaz de ocuparla entera y de quebrar su voluntad. Se había sentido sola, a pesar de la llegada in extremis de Emilio, que viajó desde Barcelona para llegar a la casa del padre cuando este acababa de morir. Si hubiera estado Canor no se le habría instalado aquella sensación antigua de necesidad de cobijo, a ella, que siempre había protagonizado los episodios de su vida con la energía y la decisión que había ido trenzando en su mucha soledad infantil, en los libros que le habían alimentado la voluntad y le habían abierto paisajes, sentimientos, ideas, convicciones y, sobre todo, el deseo de seguir aprendiendo, de hacer de la vida un descubrimiento constante, a ella, ahora, necesitada de protección y echando de menos, hasta quedarse sin aliento, el abrazo de Canor y su amparo.

Apenas había podido hablar con su padre, que había consumido lo escaso de su fuerza en respirar con una abrumadora dificultad. Por un momento, sentada al lado de su cama, respirando la presencia de la muerte que rondaba sin esconder sus intenciones, le había parecido que su padre la miraba, pero tal vez estaba mirando más allá de ella, tal vez se acogía a lo que quiera que pudiera aferrarse para decidir que, llegado aquel momento, su vida había tenido sentido. La presencia de sacerdotes, que siempre habían formado parte de la nómina de visitas frecuentes de aquella casa, hacía bastante difícil

cualquier intento de comunicación. Y también las tías, con sus rosarios en latín, con sus letanías y sus oraciones que pretendían acompañar el tránsito del enfermo y de paso adelantaban el duelo, y convertían en cámara mortuoria lo que en la memoria de Flora constituía el ámbito privado de sus padres, el lugar de la casa donde no se podía entrar, tan solo de visita cuando su madre estaba enferma. La habitación de la enfermedad, y ahora la de la muerte.

Los días en Madrid habían terminado por convertirse en una pesadilla en la que se hubiera caído, arrastrada por un remolino que cada vez la conducía más abajo. Por eso habría estado bien tener a Canor cerca. Por eso le escribía en cuanto se quedaba sola en su cuarto, aunque no tenía muy claro que aquellas cartas llegaran antes que ella misma.

Había sido una pesadilla la agonía con la ausencia de Emilio, que no terminaba de llegar y en quien ella esperaba encontrar algún tipo de apoyo. Había sido una pesadilla la convivencia con sus tías, sus reproches, el modo en que la reprendían como si fuera una niña, con frases hirientes, impropias de aquella caridad cristiana de la que tanta gala hacían (sí, sí, espero que no se te ocurra derramar ni una lágrima, a los padres se los quiere y se los honra en vida, a ver si te va a dar por venir ahora a llorar por quien tuviste abandonado como un perro, pero más tarde también la habían recriminado porque no lloró, ni en el velatorio, ni en el funeral, ni en el helado cementerio de San Isidro, mientras el féretro era introducido en el panteón de la familia en el patio de San Pedro, destino final de los miembros del clan desde hacía más de un siglo. No lloró, y entonces también le dijeron que no era de buena hija eso de no derramar ni una sola lágrima, que si en vez de corazón tenía una piedra, que si cómo podía ser tan poco sensible, que si...).

Había sido una pesadilla también la propia muerte, el frío que se le instaló por dentro y la sensación de que le habían arrancado la raíz, que si algo la sostenía en el mundo, aunque jamás le prestara atención alguna, era la presencia de los padres, y su ausencia la dejaba a ella misma sin nada que la amarrara a la tierra, a merced de la guadaña de la muerte, que no encontraría dificultad alguna en el momento en que quisiera llevársela. Y lo que era mucho peor: Canor también podía morir. También él vivía ya sin amarres, colocado en la línea de salida, sin generación anterior que lo protegiera en la lógica de

los turnos.

Con ser un pensamiento que no solo amenazaba, sino que se reveló como dueño de una potencia difícil de combatir en los meses y años que siguieron al episodio del fallecimiento del padre, no era solo la muerte lo que hacía que Flora perdiera pie. Fue también el reencuentro en el velatorio y en los funerales con tantas personas de los años lejanos de su infancia, viejos parientes cuyos nombres no recordaba, amistades remotas de sus padres que curiosamente guardaban y no vacilaban en recordarle en medio de la vorágine anécdotas jugosas de su infancia, la memoria de sus hazañas infantiles, las frases pronunciadas con más o menos fortuna, que, desde luego, podían haber pertenecido a cualquiera porque para ella eran ajenas, remotas, inexistentes. Y todos repitiendo una y otra vez la grandeza del fallecido, su bondad sin límites, su generosidad, su temor de Dios. Todos empeñados en disfrazar de santidad los más nimios detalles, en convertir en trascendentes las anécdotas más simples. La muerte transformaba todo, convertía la decisión en un tejido blando, y cada vez que alguien, con su mejor intención, decía que al menos su padre ahora estaría en la gloria con su esposa, a Flora se le nublaba la mirada y no podía evitar los episodios más amargos, la violencia que se adivinaba en aquel dormitorio donde ellos no podían entrar, los gritos. Y entonces volvía a echar desesperadamente de menos a Canor.

También esto había sido una pesadilla. La curiosidad insaciable de los amigos de la familia acerca de su marido, como si dudaran de la veracidad de su matrimonio, de forma que Flora se vio, para su propia incredulidad, dando detalles de lo que formaba parte de su vida que jamás, en su sano juicio (la muerte tenía también ese extraño efecto secundario, convertirte en una persona en equilibrio para mantener la prudencia y hasta la cordura), habría compartido con aquella colección de personajes que había arrancado de su vida y su memoria tanto tiempo atrás.

Trataba de encontrar apoyo en Emilio, pero este, con su extraordinaria capacidad camaleónica, se desenvolvía como pez en el agua, como si llevara toda su vida departiendo con todos aquellos que pululaban por la casa comprobando los objetos y las alfombras, como si evaluaran con ojos teñidos de envidia el valor de lo que aquellos hijos descastados heredarían en los días

siguientes, en cuanto se hicieran los trámites oportunos.

Los trámites. Ese había sido un capítulo más de la pesadilla. Y la constancia de los bienes que heredaban, y que para Flora constituían una pesada carga, solo aliviada por el hecho de compartirla con su hermano, que tampoco parecía muy interesado en ellos. Y la burocracia de la muerte, con sus números, sus firmas, sus disposiciones. Y aquella somnolencia en la que vivió sus días madrileños, rodeada del frío como cristal que parecía haberse instalado en la ciudad, aquel frío que vestía las calles de una brisa helada y que el débil sol de mediodía apenas podía espantar. La compañía de Emilio, el reencuentro con el hermano de la infancia, el adolescente brillante, el cómplice de las horas de castigos compartidos, fue apenas un refugio frágil de paredes quebradizas: él llevaba tanta tormenta en la mirada —ajena al momento— que parecía como si su presencia en la casa familiar no fuera más que un paréntesis en esa otra vida, la de la fuga y la palabra, la de la consigna y la lucha, la teoría y la acción. Se le notaba en que nunca parecía estar con ella. Si iban por la calle, su mirada se movía veloz e inquisitiva de un lado a otro y había algo de felino en sus movimientos, aunque sus colegas hubieran decidido optar por lo más doméstico del club, el gato, para apodarlo. Milio *el Gatu*, incluso fuera de Asturias, aunque algunos por el sur hubieran querido sustituir la «u» del final por la para ellos lógica «o». Y sin embargo, a pesar de aquella vocación de guardia permanente y huida presta, durante aquellos días Flora recobró al hermano de antes, no al que vivía a temporadas en su casa como si se refugiara de un naufragio o se escondiera de la muerte. No: durante aquellos días ambos vivieron el espejismo de otro tiempo. Y algunas alianzas de entonces se renovaron sin que fuera necesaria ceremonia alguna ni palabras dichas en alto que las subrayasen.

En una de esas tardes, justo la víspera de iniciar de nuevo el viaje hacia el norte, mientras cenaban en el saloncito donde los recluían cuando eran pequeños y no podían acompañar a los mayores en las comidas, Flora le habló del encuentro que había tenido con Estanislao Pastor, la extraordinaria coincidencia de que ambos viajaran en el mismo tren, el modo en que haciendo uso de su indiscutible autoridad se había instalado en su mismo vagón, y la tensión que esto le había supuesto durante las horas en que, sin

pasarse, pero sin dejar de ser una amenaza tácita, había hecho del viaje una auténtica pesadilla.

—Ya puedes tener cuidado, Flora. Ese fulano es un hijo de puta, y no sé yo cómo va a acabar esto.

Por entonces, Milio *el Gatu* tenía bastante con permanecer oculto, con disimular su presencia y hacerse notar lo menos posible. Había considerado seriamente en su momento, después del apoyo prestado en el atraco de Gijón, el ofrecimiento de Durruti de unirse a los Solidarios: su personalidad escurridiza, la agilidad de sus movimientos, no solo los puramente físicos, puesto que jamás habían visto a nadie con aquella facilidad para convertirse en una sombra, inaprensible y veloz, sino también su destreza para planificar, para pensar en todos los puntos de fuga posibles en cualquier acción de calle, la inusitada rapidez con que era capaz de diseñar no solo un plan B, sino un plan C y otros tres o cuatro alternativos, lo convertían en un elemento deseable y hasta imprescindible en la organización. Emilio, que andaba por entonces un poco golpeado emocionalmente por su historia extraña con una muchacha del sur, Rocío, a la que quería y no, no descartaba la idea de la huida con los Solidarios a América. Incluso se había trasladado a su cuartel general en Francia, a donde había ido a parar un numeroso grupo de correligionarios después de la ilegalización definitiva del sindicato tras el atentado en el que había muerto el verdugo de la audiencia de Barcelona. Eso, y el asalto al cuartel de las Atarazanas, también en Barcelona, que se había revelado como un fracaso en toda regla (y ello a pesar de que Milio les había advertido de que había muchas posibilidades de que les fallaran los conjurados del interior), el chapucero intento de entrar por Vera de Bidasoa, que les dejó varios compañeros muertos, y el modo en que los calabozos del Castillo de Montjuic iban llenándose de militantes detenidos, había llevado a Milio a

considerar integrarse en el grupo y emprender con ellos la peripecia sudamericana. Le pudo más, al final, su propio instinto, la sensación de que frente a la aventura estaba su propia convicción teórica. Prefería retirarse, permanecer oculto y leer mucho, y trabajar en el ideario, por mucho que sus facultades estratégicas fueran deseables entre sus compañeros. Estaba, además, aquella batalla interna entre los reformistas o moderados y los radicales. Por un lado, el revolucionarismo doctrinal de la Internacional Comunista y los factores derivados del más radical anarquismo empezaban a fraguar algo nuevo que surgiría de esta permanente fricción, y que a Milio le interesaba particularmente. Por otro lado, era plenamente consciente de las dificultades que estaba pasando el comité nacional, generadas por aquella extraña situación de ilegalidad, semiclandestinidad y una cierta pero en ocasiones engañosa tolerancia. Ya había tenido que trasladar su sede desde Sevilla a Zaragoza, y de ahí a Barcelona. Todos estaban de acuerdo en que lo mejor sería un nuevo traslado, en esta ocasión a Gijón, donde, gracias a la firmeza y al control ideológico de Eleuterio Quintanilla, había prevalecido la necesidad y el instinto de sobrevivir, por encima del ardor revolucionario y subversivo de enfrentamiento al poder (y ocasiones había habido, puesto que después del atraco al banco en Gijón el entusiasmo había hecho que algunos centros y algunos grupos protagonizaran incidentes que habían llevado al gobernador civil a decretar el cierre de algunos de ellos). Por otro lado, Milio estaba entusiasmado porque tenían previsto volver a sacar el semanario *Solidaridad Obrera*, y todo ello, al menos eso esperaba, serviría por un lado para mantener una cierta calma, necesaria en tiempos en que había que elegir entre la resistencia a la autoridad o la supervivencia de la organización, y a la vez para llevar a cabo una reorganización que llevara aparejada una elevación de la moral a través de la reflexión y las ideas y la posibilidad de rearmar los distintos sindicatos, después de que, en Gijón, el de la construcción, por ejemplo, y el antiguo Sindicato Metalúrgico hubieran sido desgajados en asociaciones perdiendo su condición de sindicatos únicos. Todo esto, el modo en que la tradicional dialéctica entre reformistas y radicales se trasladaba a la discusión legalidad/ clandestinidad, el modo en que el propio Emilio podía pivotar entre ambas tendencias y su creciente implicación en la construcción

ideológica, lo convencieron de que el mejor lugar para él, al menos mientras las condiciones externas no cambiaran, sería Gijón. Así que, según convino con Flora, todo lo referido a sus asuntos en Madrid quedaba en manos de los abogados, que se ocuparían de vender las propiedades que fuera menester y manejar las inversiones del modo más conveniente. Lo único que a los dos verdaderamente les importaba era que hubiera disponible un dinero que, en el caso de Milio, estaría destinado a los gastos que originaba su entrega sistemática a su ideología y, en el caso de Flora, serviría para, de la forma más discreta posible, ayudar a aquellas familias de Nozaleda cuyos hijos tenían verdadera capacidad para realizar estudios pero carecían de cualquier medio que permitiera aquel dispendio.

El dinero de los Mateo, finalmente, iba a servir justo para aquello que a quienes se habían encargado de amasarlo les parecía una auténtica pérdida de tiempo en un caso y un suicidio en el otro.

En el hotel Cantábrico se estaba preparando la kermés de fin de año. Liborio Santaclara consideraba que una fiesta como San Silvestre, con la salida y entrada de año, bien merecía algún tipo de celebración notable. Sabía que en ciudades como Madrid, y eso le habían contado los numerosos viajeros madrileños que pernoctaban en su hotel, viajeros de comercio en su mayoría, se organizaban grandes jolgorios y una multitud solía congregarse en la plaza Mayor y allí, con el sonido de las doce campanadas, tomaban las doce uvas.

Era el momento de celebrarlo en Gijón, donde hasta el momento las fiestas de San Silvestre solían restringirse a las sociedades artísticas, que organizaban conciertos, y a algún restaurante que tímidamente ofrecía una cena especial. Su hotel organizaría una fiesta por todo lo alto, con una cena extraordinaria y una celebración en la que no faltara de nada. Ni la orquesta, ni las uvas, ni el champaña. Nada.

Las chicas de Sefa Quintana se habían encargado de publicitar entre sus selectos clientes que tal evento se celebraría en el hotel, que sería de lo más fino y a la vez divertido, y que acudiría mucha gente importante de la ciudad para cenar platos nunca paladeados por gijonés alguno.

Liborio estaba empeñado en que los platos que se sirvieran, además de la contundencia y la calidad insobornable de los productos, habrían de tener un toque chic, como decía él, sin que Carmina, la cocinera, entendiera muy bien el alcance de tal denominación. A saber qué quería decir con eso.

—Que sea fino, ¿nun quier decir eso, don Liborio?

—Fino solo, no. Tiene que ser chic.

Pues de ahí no lo sacaban. Carmina elaboró tres propuestas, que escribió sobre un papel de estraza donde le habían envuelto unas merluzas aquella misma mañana aprovechando el lado exterior, que no había sido inutilizado para la escritura por la humedad del pescado. Con su letra de niña de escasos años de escuela, fue escribiendo los platos que le parecían adecuados de su relativamente amplio repertorio, y terminó por enseñárselo a Liborio, que se limitó a asentir y a hacerle algunas preguntas técnicas sobre algunos de los ingredientes que utilizaba en las distintas preparaciones, y se fue con el papel de estraza a su despacho, donde, escribiendo en la máquina nueva que acababa de comprar —y que con enorme dificultad conseguía el milagro de que en el papel colocado en el rodillo salieran letras de imprenta—, transformó, tras numerosos intentos y hojas arrancadas de cuajo, el menú rudimentario en la expresión de Carmina en algo auténticamente chic, con palabras en francés y, sobre todo, y esto era lo más importante, adoptando la reciente moda de anteponer el artículo determinado al nombre de cada preparación. También iba a pasarse por Casa Rato a encargarse fiambres (pavo trufado, gallina en galantina, pastel de capón, pastel de Italia, lechón relleno, lengua a la escarlata, jamón en dulce, butifarra trufada, salchichón de foie gras) y, sobre todo, el champaña, que tenían de importación, de no menos de quince pesetas la botella (Viuda de Clicquot, Piper Americain, Pommery, Cordon Rouge, Moët Chandon...). Además, había ido consiguiendo unos obsequios: un bonito paraguas, unos guantes, un par de zapatos del gran bazar del calzado Derby y un frasco de esencia Coty Paris para efectuar un sorteo entre todas las señoras asistentes a la cena. La fiesta iba a ser recordada en Gijón y se hablaría de ella muchísimo tiempo. Eso, o no se llamaba Liborio Santaclara.

Cuando el Trópico. Aquella nostalgia de palmeras meciéndose, los vestidos elegantes, la voz maravillosa de su madre entonando villancicos de su tierra lejana —que hablaban de frío y de nieve— mientras el sol se negaba a ocultarse, las calles del barrio, que tenían en común el olor a puerco asado durante horas en los patios, para la cena, la piel crujientita —que le encantaba—, los tostones de plátano verde y el arroz congrí que su madre remataba con unas rodajas de naranja colocadas justo al terminar la cocción para después taparlo y dejar que el sabor y el aroma contagiaran los brillositos granos de arroz, los frijoles negros. Cuando el Trópico, cuando la vida eran las calles y la risa y la vida latiendo por las venas, redondeando los huesos de su cuerpo, regalándole la cadencia de una tierra, la calidez que no se iría nunca, el cimbreo, el ritmo imparable, la piel melosa, mientras continuaba en su empeño de negarle la afinación y la voz, como si no fuera hija de su madre y el talento artístico que podía habitarla dependiera únicamente de los genes del negrito bailarín que, decían, había sido su padre.

Toda esa nostalgia tropical concentrada detrás del cristal de una noche fría, con los ojos empañados por la niebla del alcohol barato que iba bajando de nivel poco a poco en la botella. La soledad trepando por sus piernas, que mantenían una impecable dureza, como si la huella de las caricias de tantas manos y de tantos miles de ojos no hubieran mancillado la tersura, el desencanto de los días repetidos, y la certeza cada vez mayor de que en alguna esquina del tiempo se le había perdido algo, sin que

supiera muy bien qué podía ser: desde luego, no tenía que ver con el Silent Night, Holy Night con el que aquel nutrido grupo de hombres, mujeres y niños encendían la noche, detenidos precisamente allí, en la zona de la ciudad en la que, según su punto de vista, el pecado había hecho su morada. En días tan dados a la buena voluntad parecían querer que sus voces (tan afinadas que le daban una envidia insoportable) quedaran prendidas en el aire con los mensajes de paz, amor y un Dios generoso y dispuesto a salvar a la humanidad. No era eso lo que la mordía por dentro, y, además, aquel grupo de personas voluntariosas y seguramente provistas de excelentes intenciones pronto abandonarían sus calles para dirigirse a Capitol Street, justo debajo del reloj, que estaría adornado con ramas de acebo y enormes lazos rojos, como las farolas, como las entradas de las grandes casas de la zona. No se iría esa sensación por mucho que el color cobrizo del contenido de la botella siguiera bajando y supiera que en cuestión de nada tendría que sentarse delante del espejo, encontrarse con aquella que habitaba en el otro lado y que a veces, burlona, le hacía guiños con palabras de allí, del Trópico, que estaba olvidando del todo.

Onel, que transitaba por el laberinto de sus propios y nudosos pensamientos, había participado aquellos días en las ceremonias que acompañaban inevitablemente la celebración gastronómica de la Nochebuena. Aunque las siempre abundantes nueces (Nozaleda no se llamaba así por capricho, el número de nogales, unos en fincas privadas y otros bordeando el camino y, por tanto, de titularidad pública, era notable) ya estaban recogidas desde octubre, Onel, como en casa de los abuelos, cuando era niño, había colaborado en el proceso de romper las cáscaras y extraer el fruto, y molerlo posteriormente en un pequeño molinillo que, como las máquinas que servían para picar la carne y luego hacer chorizos, se atornillaba hasta quedar sujeto al borde de la mesa de madera. Una fuente, colocada en una banqueta, recogía la nuez molida, que luego Flora, como en su momento había hecho la abuela año tras año, mezclaría con azúcar y con un poquito de anís para preparar el relleno de los casadielles. A Onel, por muchos años que hubieran pasado, no dejaba de seducirle la transformación de la harina y la manteca en una montaña (mira, Camila, le decía a su hermana cuando era pequeña, ¿ves? Lo que está haciendo Flora es un volcán. En cualquier momento, ya verás, hará explosión) que después, con una destreza impecable y un rodillo que en sus manos se convertía en implacable, estiraba la masa una y otra vez, doblaba, de izquierda a derecha, y ahora de derecha a izquierda, otra vez estirar y vuelta a doblar, pero esta vez de arriba hacia abajo, y luego de abajo arriba, y estirar, y volver a hacerlo, un número impar de veces, seguramente por una cuestión de pura convención, porque Onel no recordaba que la abuela contara, al menos no en

voz alta, el número de veces que doblaba la masa y el orden en que lo hacía. A él siempre le había hechizado el modo en que el cuchillo se hundía en la masa extendida y hacía geometrías perfectas, rectángulos precisos, para colocar unas cucharadas del relleno (este siempre había sido su cometido, la importante misión que tanto la abuela como Flora después le habían encomendado) para que luego ellas doblaran la masa sobre el relleno y la cerraran con precisión, apretándola bien con un tenedor para impedir que reventara cuando finalmente les casadielles pasaran por el aceite muy caliente de la sartén.

Era la primera vez que no estaba Camila, ya recién casada, para compartir aquel rito de la preparación y la echaba de menos. No es que le gustaran especialmente las Navidades, pero sí compartir con quienes quería aquellos momentos cálidos, el olor de les casadielles friéndose, el adobo del pitu cuando ya estaba a punto de pasar por la sartén para sofreírse y posteriormente permanecer en una tartera acompañado de verduras.

Y los dos reían porque la preparación de la Nochebuena tenía esa inevitable carga de risas que no sabían bien de dónde salían, pero seguramente estaban escritas en la información que secretamente se transmitían los genes, quién sabe desde cuántas generaciones atrás, tal vez desde que aún no existía la Navidad como tal y los celtas que poblaban el territorio celebraban el Yule, o quizá la Fiesta de las Madres, el solsticio de invierno en general, la necesidad imperiosa de que el sol, que parecía estar huyendo en las semanas anteriores, recobrar su pasión por la tierra y las velas encendidas, los fuegos, la celebración de la gratitud y la compañía habitaban los corazones de los lejanísimos ancestros. Cuánto somos, pensaba Onel, que aquellos días se había sumido en la pesadumbre y en la zozobra, cuánto somos, que ni siquiera sabemos de dónde viene, qué secretas experiencias han ido configurando nuestra historia sin que lo sepamos, por qué los pecados de alguien se han transformado en culpa en nosotros veinte generaciones más tarde, de dónde sale cada una de nuestras equivocadas decisiones.

Pesaba más todo eso —la negrura, que como una marea lo anegaba varias

veces al día, a poco que cediera el mando de sus pensamientos a aquel malestar ingobernable— que el delicioso olor de les casadielles en la sartén, que la proximidad de la hora de la cena de Nochebuena y que aquella reunión familiar en la que estarían todos los que podían considerarse como tal (Canor y Flora, con su hermano Emilio, Camila y su marido, él mismo), por mucho que los lazos de sangre que los unían no dejaran de ser parciales, como si hubiera mucho más en la voluntad de estar juntos que en la obligación que impone la filiación.

Había empezado el viento y no se presagiaba una Navidad particularmente plácida, al menos en lo meteorológico. En cuanto se detuviera aquel rugido que venía del mar para mezclarse extrañamente con un arrebatador viento del sur, un *aire les castañes* que se prolongaba más de lo normal, en cuanto se hiciera la calma en aquel remolino en que se había convertido toda la costa, vendrían las lluvias de golpe, seguramente torrenciales, en una tierra que estaba acostumbrada a que las nubes no hicieran otra cosa que acariciar la tierra con besos, con la lluvia persistente, sí, pero fina y sin violencia. Desde la ventana, Onel vio llegar a su padre: los años comenzaban a quebrar su cuerpo, que había sido recio y sólido, el anclaje perfecto con la tierra y con la vida. Últimamente la espalda parecía cargar un peso excesivo, y los años parecían haber decidido instalarse definitivamente sobre los hombros con su equipaje de nostalgias y quimeras. Los pasos se habían hecho más lentos, como si su idilio con la tierra que amaba le hiciera más difícil levantar mínimamente los pies de ella. Había cogido la costumbre de caminar cada tarde hasta ver el mar. La senda que llevaba a los acantilados, de hecho, había dejado de ser un caminito estrecho entre la maleza gracias a sus pasos y a la foceta que a veces llevaba consigo para ir limpiando de artos la ruta. Onel, que observaba todo desde niño y se había acostumbrado a escudriñar más allá de la mirada de su padre, temía que algún tipo de mal anduviera rondándolo. No le gustaba la muerte. No le gustaba nada la posibilidad de perder a los que amaba, y aquella Nochebuena, desde la ventana de su cuarto en el primer piso, la figura de Canor, atosigada por el viento, se convertía de pronto en su pensamiento en una víctima propicia, en el candidato ideal para tener que enfrentarse de nuevo a la pérdida. Y no estaba él para seguir perdiendo con lo

que tenía encima.

Tal vez era eso. Justo en esos instantes (la zozobra, la pesadumbre, el desasosiego, y hasta el pánico) volvía la mirada al áncora más firme de su vida, al padre que también había sido madre, al hombre con el que jamás se había podido enfadar. Ahora que el mundo se le estaba haciendo añicos y que todo él era ansiedad, le hacía falta más que nunca aquella firmeza de Canor. Ahora más que nunca necesitaba que al árbol poderoso, enraizado e irreductible, no lo vencieran ni el tiempo ni el temporal.

Bajó las escaleras como había hecho de niño, saltando de golpe los dos últimos escalones. Flora, desde la cocina, entre divertida y cómplice, repitió una vez más en el mismo tono de voz que siempre había acompañado ese salto, la ceremonia que reproducían desde el principio de su vida juntos.

—¡Oneeeeeeeeeeeel!

—¡Quéeeeeeeeeee!

Ya hacía mucho tiempo que mantener el ritmo exacto, la misma entonación, la escrupulosa duración silábica se había convertido en el juego que ambos practicaban, y seguramente Flora se habría sentido defraudada si Onel no hubiera saltado los dos escalones finales o si tras su reconvención él no hubiera respondido igual que siempre. La vida, pensaba ella, estaba tejida con esos detalles diminutos, por lo que el fallo en uno de ellos ponía patas arriba la armonía del resultado. Onel saltaba, ella lo reconvénía, él contestaba. Todo estaba bien. Incluso aunque el rostro de Onel en los dos últimos días pareciera el mapa de la preocupación y la ansiedad.

Onel salió al camino para recibir a su padre. Venía del cementerio, le contó. Se acercaba siempre el día de Nochebuena a visitar las tumbas de sus padres desde su fallecimiento, y Onel sintió que una rebanada de pena se incorporaba a la suma de lo que traía encima y optó por el silencio.

Canor exploró a su hijo mirándole al otro lado de la ventana de sus ojos y, rescatando la mirada de su propia melancolía —que la visita al cementerio había alimentado— y con la voz pausada de los momentos especialmente solemnes, preguntó:

—¿Y a ti qué te pasa, hijo?

Tenía la opción de mentir y asegurar que no pasaba nada. Atribuir su

preocupación a los problemas que le estaba dando el motor de un Fiat y su endiablada dinamo, o a lo mucho que le estaba costando cobrar las últimas mil pesetas del automóvil que le había vendido a un conocido ingeniero. Pero la tormenta que lo habitaba necesitaba con urgencia una vía de escape, y su padre lo notó inmediatamente, y lo cogió del brazo para, en lugar de seguir hasta la casa, tomar una caleya hacia donde ambos sabían que irían: el camino que llevaba al mar.

—De todo, papá. Me pasa de todo.

La adoración que Flora Mateo sentía por su hermano Emilio venía ya de muy atrás, tal vez del momento mismo del nacimiento, cuando se asomó desde sus escasos cuatro años a la cuna y vio un trocito de carne sonrosada y berreante y unas manitas que parecían buscar su lugar en el mundo, como si no le bastara el prodigio de pulmones que desafiaban la tranquila atmósfera de la casa de los Mateo rasgando en dos el aire. Si en ese momento había sido un instinto de protección, la conciencia inapelable de hermana mayor y, por ello, responsable del pequeño, con el tiempo, su hermano llegó a ser el cómplice dispuesto a secundarla en sus proyectos, el compañero de juegos en el cuarto de los niños, el confidente, todo. Une mucho compartir palizas, y a ellos les tocó sufrir la ira desmedida de un padre que, en cuanto le iban mal las cosas en algún negocio o tenía algún tipo de contrariedad, solía expresar su frustración convirtiendo en insuperable agravio, en falta extrema, cualquier asunto menor: una palabra dicha a destiempo por su esposa, una respuesta poco convincente, un comentario disonante eran suficientes para un empujón, para una bofetada. Pero era peor con los niños: a ellos había que educarlos, y solo se conseguía endureciendo su carácter con golpes. Partidario del viejo asunto de la letra con sangre entra, utilizaba esta frase como excusa para justificar su propio malestar, puesto que solo se despojaba del cinturón para golpear a unos niños asustados y, por lo demás, no demasiado traviosos ni maleducados, más interesados en sus propias fantasías, en sus libros de cuentos y en sus propias historias, cuando algo le había salido mal, cuando había tenido que ceder en contra de su voluntad, cuando explotaba la tensión

acumulada en sus gestiones financieras. Entonces, la más mínima excusa, la más mínima falta eran suficiente para que su sombra amenazante se recortase en el quicio de la puerta del cuarto donde jugaban (armando tal vez más barullo del habitual, porque cómo no hacerlo cuando el barco pirata en que navegaban arribaba a una isla llena de peligros y monstruosos animales mitológicos), y los dos sabían que arreciarían los golpes acompañados por los insultos.

Y después no se disculpaba, jamás lo había hecho. Ni con su mujer ni con ellos. Eran ellos los que (su madre les había enseñado lo que ella misma practicaba) debían pedirle perdón: eran ellos, con su mal comportamiento, los que generaban aquellas explosiones de ira, los que conseguían que perdiera los nervios, los que lo obligaban a hacer algo que él en absoluto deseaba. Con el cuerpo todavía dolorido por los correazos, todo parecía volver a la calma, aunque sabían que no, que aún duraría un tiempo aquel malestar, que ellos tendrían que tener un comportamiento ejemplar para hacerse perdonar haber causado *aquello*.

Generalmente compartían las palizas, porque también generalmente *delinquían* juntos. Como todo dependía del grado de malestar que el padre hubiera acumulado en su relación con el mundo, bastaba cualquier cosa para que sacara su furia a pasear, y particularmente los gritos de unos niños que jugaban felices eran motivo más que suficiente. Con Flora, los arrebatos se justificaban en su condición de hermana mayor y, por tanto, responsable y obligatoriamente destinada a controlar cualquier desmán del pequeño, pero Emilio, inquieto y con la rebeldía asomándose siempre a una mirada que atravesaba conciencias y ponía en cuestión sin una sola palabra la validez de cualquier argumento, era el destinatario apropiado en la lógica violenta del padre. De entonces le venía a Flora aquella necesidad de proteger a los más débiles: del número de azotes recibidos con la contundencia de la piel del cinturón. Porque, eso sí, su padre tenía la consideración suficiente como para coger siempre el cinturón por la hebilla, evitando así que los niños recibieran los golpes del hierro. Eso siempre se lo señalaba la madre, como para que estuvieran agradecidos de que él tampoco quisiera hacerles tanto daño.

Defendió tantas veces a Emilio, se colocó delante de él para evitar que

recibiera tantos golpes (aunque era inútil, porque eso enfurecía más al padre, que entonces duplicaba la ración), que entre ellos, por si no hubiera habido ya cariño, se había establecido una sólida alianza sin palabras que los había colocado ya para siempre en un plano de rebeldía frente a todo aquello que simbolizaba su padre y en el deseo de hacer mejor la vida de los débiles. Es cierto que ambos diferían en los métodos y en las formas. Flora había sabido sobrevivir en los años difíciles de la adolescencia, y había conseguido librarse de los palos por el procedimiento de fingir. Ante todos aparecía como una muchacha de buena familia, cumplidora con sus deberes (religiosos, familiares, sociales). Todo ello con un único objetivo: conseguir la formación necesaria para alcanzar su independencia y poner tierra por medio cuanto antes de aquella casa, aquella familia y aquella vida. Y poder llevarse, también cuanto antes, a Emilio. Claro que Emilio enseguida comenzó a valerle por sí mismo, y la rebeldía que le venía de serie en el instante mismo del nacimiento (aquellos puñitos que golpeaban el aire, aquel desgarró en los gritos) encontró camino de salida, y lo hizo con más libertad de la que el severo control de la sociedad en que vivían le permitió nunca a Flora.

Tantos años después, Flora trataba de entender aquella confusa biografía que les habían escrito. Jamás habían vuelto a hablar de la temible sombra del padre en la puerta de su cuarto, jamás habían vuelto a mencionar los golpes y las lágrimas, pero los dos lo tenían presente, aunque a veces, muchas veces, Flora habría querido que aquello (por otra parte tan frecuente, según había oído comentar a sus amigas mientras ella callaba, avergonzada y pudorosa) formara parte de una pesadilla. Y que abrir los ojos fuera suficiente para conseguir que se esfumara.

Ni siquiera con motivo de la muerte del padre habían aflorado, más allá de lo que puede tener de fugaz una sombra intuida en el secreto de la noche, los episodios que ambos mantenían enterrados y que no convertían en palabras por temor a que, al hacerlo, al comprobar que también el otro los tenía, se convirtieran en reales y dejaran el territorio de lo imaginado, de lo que en la confusión del recuerdo tal vez ni siquiera existió. Por eso ninguno de los dos dijo nada. Por eso también, porque ambos sabían, ninguno de los dos encontró en el fondo de su corazón los ingredientes necesarios para las lágrimas, más

allá de las que podía provocar su propio desamparo, la atónita expresión de sus ojos cada vez que la violencia se abría paso. El miedo y aquella certeza que les quedaba a ambos (las mejillas churretosas, las manos rojas de recibir los golpes que intentaban esquivar) de estar solos en el mundo.

Por eso Emilio. Por eso aquel cuidado, aquel miedo, aquella preocupación que le robaba las horas cada vez que estaba lejos y ella sentía la amenaza de todo lo que podía ocurrirle a su hermano. Por eso jamás se lo había contado a Canor, porque tampoco se lo había contado a sí misma (tuvo que morirse su padre para que aflorara la pesadilla de la infancia y consiguiera encontrar el modo de combatirla). Emilio era el único hijo que había tenido en su corazón de madre sin descendencia. Adoraba a Onel y quería con ternura a Camila, y el hecho de que fueran los hijos de su marido los convertía en algo parecido a sus hijos. Pero quien doblegaba su voluntad y ocupaba sus horas de angustia era Emilio.

Desde la ventana vio cómo Canor y Onel caminaban seguramente en dirección al acantilado, que era su paseo habitual cuando querían charlar de sus cosas, y el lugar a donde acudía su marido con mucha frecuencia, como si tuviera una nostalgia de otro lado que a veces a ella le producía una inoportuna desazón. Canor no hablaba mucho de sus años en Cuba, es decir, no hablaba de lo que Flora quería que hablara. Mencionaba cosas, hechos, circunstancias, objetos, paisajes, estancias, calles, anécdotas, personas. Pero no hablaba nunca de él, de cómo se había sentido, de cómo se sentía. El nacimiento de Onel era un episodio confuso, y la relación con su madre había sido despachada un día mientras ambos desayunaban, el uno frente al otro, con media docena de frases que resumían, en opinión de ella de un modo demasiado somero, lo que sin duda había sido una pasión desatada. Ella lo había valorado porque en aquel momento, recién casados, consideró que era la educación y el deseo de no generar en ella ningún tipo de celos o de malestar, lo que lo había llevado a él a no entrar en detalles. Pero no era eso. Lo que le interesaba, lo que siempre le había interesado, era conocer a Canor, saber de él, cómo habían sido sus sentimientos, de qué forma se le instaló el miedo en algún momento de su vida, cómo venció a sus demonios y de qué color eran estos, cuánta angustia cabía en sus bolsillos de niño, de qué forma se enamoró

y qué explosión había sentido, cómo era su alma cuando creía que el océano no se acababa, a qué dios se había encomendado en las tormentas, cómo era el dolor, qué monstruos habitaban sus recuerdos, cómo sobrevivió a la aflicción y por qué se produjo esta. Todo eso formaba parte del equipaje que Canor guardaba dentro de sí, intacto y con las cerraduras puestas. Descubrir cada uno de aquellos misterios era para Flora el mayor de los hallazgos, como si en cada uno encontrara la valiosa pieza de un puzle que la ayudara a completar la imagen exacta del hombre con quien había elegido pasar toda su vida.

Oyó a Emilio en el piso de arriba: seguramente se había levantado después de haber llegado de madrugada de uno de sus viajes. Qué miedo por él siempre, qué alivio oírlo llegar, qué ganas de asistir a una especie de claudicación que se concretara en que por fin llegara a *sentar la cabeza*, y, a la vez, qué orgullo comprobar que era valiente, que peleaba por lo que creía. Qué contradicción siempre, qué poco se diferenciaba todo de cuando eran pequeños y el miedo protector de ella no era suficiente para evitar los golpes. Cómo querría, igual que entonces, disponer de la capa mágica de la que hablaban los cuentos, y que esta los protegiera a los dos y los hiciera invisibles, que les evitara cualquier sufrimiento. Qué desazón ahora que sabía que esas capas no existen y las amenazas habían dejado el territorio de la infancia y tenían la contundencia del filo de una espada, el sabor de la ceniza, la inexorabilidad de la muerte.

A Servanda Santaclara nunca se le pasó por la cabeza que su vida pudiera ser otra. No como a su hermana Inés, que apenas púber se marchó del pueblo a un convento situado en algún lugar remoto más allá de Pajares, donde aprendería sin duda a sacrificarse en condiciones, en primer lugar porque iba a enterarse de lo que era sufrir el frío entre aquellos muros húmedos y siniestros, lo que curiosamente a ella solo le sirvió para exacerbar su propio florilegio de *sacrificios que han de hacerse por Nuestro Señor Jesucristo y que jamás llegarán a lo que Él sufrió por todos nosotros, pecadores, torturadas sus carnes en la cruz, inmolado y lacerado por todos nosotros.*

A Inés la quería y la odiaba a partes iguales. Cómo no quererla si se trataba de un ser angelical y cómo no odiarla exactamente por el mismo motivo. Como si se encontrara ante lo inefable (esto lo decía mucho el tío Clemenciano), Servanda no tenía otra que asumir que la condición de casi santa de su hermana podía ser incomprensible, pero no quedaba otra que admirarla y hasta sentir algo parecido a la veneración. Algún día, sin duda alguna, las generaciones siguientes hablarían de santa Inés de Nozaleda, y ella, que tenía la inconmensurable suerte de ser su hermana, tenía que sentirse agradecida por ello. Pero, a la vez, el rencor afloraba, y no podía evitar sentir que la injusticia se cebaba con ella. A ver por qué todo el trabajo tenía que recaer en ella. A ver por qué las manos de Inés eran finas y sin ninguna huella de trabajo y las suyas una colección de callos y *mataúres*.

Un día, años atrás, en la misa del domingo, había terminado por entender. O, para ser exactos, había terminado por convencerse de que aquello era

incomprensible y algo no funcionaba bien, porque estaba ante una manifiesta injusticia. Fue mientras escuchaba al tío Clemenciano clamar en su púlpito. Explicaba el pasaje del Evangelio que había sido leído previamente, y que dejaba a los vecinos tan sorprendidos: qué cosa era aquella si no podía ser atribuida a la grandeza de Dios que contemplar cómo un hombre muerto (Lázaro, el amigo de Jesucristo) volvía a la vida. Eso, que constituía el meollo del pasaje, ocultaba un pequeño detalle que, aunque el párroco pasó por alto y despachó con un par de frases, a Servanda le supuso que la sangre se le rebelara y confirmara sus sospechas de cómo de injusto era todo. Las hermanas de Lázaro, la Marta y la María que contaba el Evangelio. Que resulta que mientras Marta (¿o era María?) se deslomaba atendiendo a las tareas de la casa, María (¿o era Marta?) solo se consagraba a Jesucristo, a escucharlo, a dejarse seducir por el Reino de los Cielos (fuera aquello lo que fuera, que no parecía tan claro). La consecuencia era que las hermanas de Lázaro resultaban ser exactamente igual que ella y su hermana Inés. La lista, que se libraba de cualquier tarea para dedicarse a aquella ambigüedad del Reino de los Cielos, y ella, que no tenía más remedio que cargar con todo el trabajo. Muy bonito.

Aquel mismo día, durante la comida, la fe escasa de Servanda terminó por diluirse del todo. Se habían reunido todos, como tantos otros domingos, ante el arroz con tropiezos que cocinaba la madre. Liborio con su cara de sueño, después de alguna de sus farras, Clemenciano, todavía instalado en la facundia con que sorprendía a sus feligreses —a su *rebaño*, como le gustaba decir— domingo tras domingo. Gregorio, absorto en sus propios pensamientos y contestando poco más que monosílabos, tal vez con el peso inevitable de la vuelta al colegio de los jesuitas, donde permanecía interno, y de donde excepcionalmente salía algún domingo para compartir el día con sus padres. Su madre, contrita porque tal vez el arroz no había salido tan bueno como otras veces y por culpa de Liborio, que había llegado un poco tarde (aunque esto ya se cuidaba muy mucho de decirlo en voz alta, nunca saldría un reproche a la familia del marido... al menos mientras estuvieran presentes), se había pasado un poco, y finalmente Inés, sentada al lado de su tío, fervorosa como si se encontrara en la iglesia, mirándolo con una adoración que solo se

explicaba porque realmente se creyera que estaba ante un representante de Cristo en la tierra (¿o eso era solo el papa?). Todos comían, hablaban, reían, aunque, para ser exactos, no todos en la misma proporción. Pero la que se levantaba sin poder probar bocado apenas era ella: porque había que recoger un plato, porque había que servir un poco más de vino, porque el pan se había acabado y había que cortar más, porque había que traer una servilleta más, porque el cabrito que habían guisado se había quedado un poco frío y había que darle un golpe de calor en el horno y resultaba que la cocina ya estaba apagándose, así que echa un poco más de carbón y aprovecha para desmoldar el flan, y cuidado que no se te caiga el caramelo, vaya por Dios, ¿lo ves?, pues ahora límpialo, y viene ya ese cabrito, que tu tío está esperando por él, ¿no te dije que lo metieras en el horno unos minutos para que calentara un poco?, mientras lo que se enfriaba ya sin remedio era su propio plato de arroz. Así que era eso: Inés, arrobada y feliz, escuchaba a su tío hablar con el tono que adoptaba para la familia, el de la condescendencia: una autoridad reconocida, y a la vez la concesión de departir desde su condición evidentemente superior, puesto que a nadie se le podía escapar que en el escalafón de lo importante, los siervos del Señor siempre estarían por encima de los simples mortales. Y precisamente estaba diciéndole a Inés que ella, como María (¿o era Marta?), había elegido lo mejor: dedicar su tiempo y su vida al Señor, en lugar de perderlo en los afanes terrenales. Y en ese instante, Servanda se dio cuenta de un pequeño detalle: ella nunca había elegido. No había tenido opción alguna y, por quién sabe qué misteriosa razón, había quedado condenada a jugar el papel de Marta (¿o era María?). La pringada.

Tampoco se le pasó por la cabeza que su destino tuviera algo que ver con el de Gregorio, el primogénito, el único que parecía existir para su padre, quien desde el nacimiento pareció planificar para él un futuro presidido por la ciencia, el conocimiento, la cultura. Todo aquello que formaba parte de su deseo íntimo, como si se encontrara en un escalón inalcanzable para él, que había dedicado su existencia a trabajar las tierras de los padres sin otra expectativa que intentar no solo que no fueran a menos, sino acrecentar la hacienda con la compra de todo lo que se ponía a tiro, sin otro objetivo que ir tirando las sebes que dividían los prados hasta conseguir que los alrededores

de Nozaleda fueran un territorio colosal, libre de lindes, la ilusión de su padre, el viejo Santaclara, que a su vez había heredado de su propio padre. Honorino sentía que por ahí había cumplido las expectativas que como una losa caían sobre sus hombros y le impedían lo que realmente deseaba: haber cultivado su espíritu bastante más de lo que había podido cultivar la tierra.

Por eso Gregorio sería diferente. Por eso desde muy pequeño lo hizo partícipe de la pasión por el progreso, por los libros, por el conocimiento. Trató en la medida de lo posible de alejarlo de la influencia de su hermano, a quien, aunque no podía evitar querer por lo de la sangre, consideraba al servicio de una religión que no era más que un verdadero estorbo para el avance de los pueblos.

Ahí se había quedado Servanda, en una tierra de nadie, sin otra expectativa que dejar que su vida continuara amarrada a la tierra, bajo el yugo de la mirada reprobadora de su madre, que jamás encontraba nada a su gusto pero que a la vez dependía absolutamente de ella, de su tío Clemenciano, que afeaba su escasa devoción (y eso que ella acudía a la iglesia siempre que era obligación y rezaba con las manos juntas, como le habían enseñado desde pequeña, y no se perdía ninguna de las abundantes citas litúrgicas).

Hubo un tiempo, cuando era adolescente, que pensó que tal vez su vida podría cambiar. Sus amigas, las que habían ido con ella a la escuela, empezaron a casarse con los muchachos del pueblo, algunas sucumbieron a los encantos de los de El Lloredal, que con frecuencia se acercaban hasta Nozaleda los domingos por la tarde, lo que los condenaba a acabar en el pilón con frecuencia tras el enfado de los locales, que veían una fuerte competencia en ellos (más tarde encontrarían el modo de firmar una especie de armisticio que se concretaba en que se establecía un cupo: si seis de El Lloredal acudían a buscar novia los domingos a Nozaleda, otros tantos de Nozaleda podían hacer lo mismo yendo hasta El Lloredal de forma que todo se equilibrara). Alguna de sus amigas incluso se había marchado a Gijón a servir en alguna casa y había terminado casándose con un obrero de la fábrica de la Bohemia o con un maderero.

Ella se quedó esperando a ver si alguno de Nozaleda la pretendía: tenían mucha hacienda y por tanto su dote sería buena, pero le llamaba la atención

que, a pesar de que alguno se acercaba a ella e insistía en acompañarla a la salida de misa, al segundo o tercer domingo desaparecía como alma que lleva el diablo. Se decía a sí misma que sería porque no era guapa, porque sus piernas se adivinaban muy flacas debajo de su vestido, por el pelo lacio y sin gracia, porque no tenía mucha conversación. Pero, sobre todo, lo achacaba a que cómo ella iba a encontrar a nadie, la vida era así, una infinita colección de infortunios, y ya era raro que algunas tuvieran suerte y se casaran. Aunque se consolaba después haciendo de la desventura un cómplice necesario de su propia convicción, la suerte era relativa: seguro que aquellas que parecían tan felices el día de su boda del brazo de aquellos hombres terminarían semanas más tarde golpeadas por ellos, molidas a palos tras las frecuentes borracheras de las que hacían gala la mayoría de ellos, y parirían hijos destinados a morir de tos ferina o de tifus o de un catarro mal curado. O, en el mejor de los casos, tendrían lombrices que no las dejarían dormir por las noches, y la sonrisa que exhibían a la salida de la misa de su boda se convertiría muy pronto en mueca y, más tarde, en un desorden de dientes desaparecidos, en una abertura en medio de una geografía de arrugas y padecimientos. Así que mejor que ninguno se quedara a su lado.

Lo que le ocurría era el tipo de problema, el laberinto sin hilo para salir, la confusión neblinosa en el alma que, si pudiera elegir con quien compartirlo, no tendría ninguna duda de con quién: con Gregorio, lo más parecido a un hermano que podía tener. Los años transcurridos desde aquel tiempo de la infancia, cuando se convirtió en su sombra (una sombra de menor tamaño, con la capacidad y el deseo de imitar sus gestos, sus palabras, de cristalizar la admiración que le suscitaba, mezclándola con su propia y asilvestrada personalidad) y recibía las más de las veces una mezcla realmente explosiva entre el cariño y el desdén, habían ido dejando paso, cuando las diferencias de altura y la distancia en años se convirtieron en apenas nada, en una relación de difícil explicación. O de muy sencilla, si se miraba bien: Gregorio Santaclara y Onel Fernández eran más que amigos. Eran hermanos del alma, mitades de un mismo y esférico mundo privado en el que solo tenía cabida su propia amistad, sin que necesitaran en ningún momento pronunciar ninguna de las descripciones que dotaban de identidad la relación que los unía.

Pero justamente a Gregorio no podía decirle lo que le pasaba. Bastantes confianzas habían tenido ya, aunque hubieran sido justo en la otra dirección, provenientes de un Gregorio atormentado, anclada su voluntad en unos sentimientos que crecían desde un lugar remoto del alma donde habían quedado anegados por los días, pero de cuya intensidad daba cuenta el hecho de que habían sabido sobreponerse a las toneladas de buenas intenciones, habían crecido y salido a flote por encima de cualquier circunstancia. Bastantes consecuencias habían traído.

El viento soplaba formando remolinos extraños frente al mar, en el acantilado de rocas escarpadas. Si Onel y su padre miraban hacia abajo, un vértigo de espumas furiosas declaraba que diciembre es un mes violento y que mucho ojito con dar un paso en falso, con ceder al vahído que el ritmo del oleaje instala en el cerebro.

Por lo pronto, para Canor, aquel presagio de vendaval que pintaba el aire de graznidos de gaviotas confusas y el vaivén de la rompiente se habían convertido en la metáfora de la confesión de Onel. Quiso decirle pero cómo has podido, cómo se te ocurre hacer eso, y afortunadamente se calló a tiempo. Si algo pesaba en el apesadumbrado Onel era la certeza de que lo que había hecho —o, más bien, lo que había sucedido— le causaba una pena de dimensiones incalculables, y una sensación de error tan inabarcable que se limitó a quedarse callado a su lado, azotados los dos por la proximidad de un mar a cuya leyenda de horror y muerte ambos parecían inasequibles.

—Habría jurado, hijo, que si a alguien querías tú en esta vida era a Gregorio.

—¿Quién eres tú?

Merceditas se sobresaltó en cuanto se dio cuenta de que había formulado aquella pregunta en voz alta. Y no porque se tratara de un ejercicio de posible indiscreción: estaba sola, en su cuarto. El problema era que había dicho aquellas tres palabras convenientemente entonadas como interrogación, y el único destinatario posible era ella misma, su imagen en el espejo.

Eso, sin embargo, parecía ser lo inquietante. No era una casualidad, ni un exceso de lecturas románticas, por más que la tercera de las cuatro novelas publicadas hasta la fecha de Rafael Pérez y Pérez, del que se confesaba ferviente admiradora desde que Gregorio le había traído un ejemplar, la hubiera leído cuatro veces y se supiera algunos de los diálogos de memoria. A veces, sin darse cuenta, cuando estaba sola, reproducía en su cabeza algunas de las actitudes de damas transidas de tanto amor como abnegación y se preguntaba si alguna vez su vida la llevaría por otros derroteros que no fueran decidir el menú, elegir vestiditos para Valeria o preocuparse del mobiliario y las visitas.

Eso era antes.

—Para novelas, lo mío.

Porque meses atrás, ahora que parecía una vida ya, había leído a escondidas, que era el único modo en que una mujer decente podía leer esas cosas, la novela que una de sus amigas había conseguido por una prima suya algo ligera de cascos (hasta estudiaba en la universidad en Madrid). La novela, titulada *¡Adúltera!*, de un tal Gustave Flaubert, contaba la historia de

una mujer que se llamaba Emma y estaba casada con un médico, lo que por lo visto (sería caprichosa) no le bastaba, y ambicionaba otra vida y otros amores, y rompía el sacrosanto vínculo matrimonial, comportándose como una pelandusca. No la habían puesto a caer de un burro ni nada las amigas después de haber leído con fruición y clandestinidad a aquella casquivana, perfectamente definida en el título. Así terminaba sus días. Qué menos.

Eso había sido antes. Antes de todo. Antes del vendaval.

—Qué días aquellos, ¿verdad, Emma?

Se descubrió llamando de este modo a la mujer que la miraba desde el espejo: el cabello ondulado y negro, demasiado largo ya y necesitado de cuidados. Su amiga Ramonita le había dicho que se parecía a una actriz, a Clara Bow, y Merceditas se había sentido loca de alegría porque siempre se fijaba en el cine en cómo iba peinada y había intentado adoptar, desde la primera vez que la vio, la costumbre de depilarse las cejas como las suyas. No tanto, no fuera a parecer lo que no era, pero incluso, como no las tenía tan largas, había aprendido a pintárselas con un lápiz, prolongándolas de forma que no se notaba ni nada. Los labios no. Los labios no se atrevía a pintárselos como ella, le parecía demasiado atrevido reducir su boca a casi un corazoncito rojo. Emma Bovary tenía, en su imaginación, a medida que pasaba las páginas con urgencia, saltándose los fragmentos menos interesantes, el rostro, la mirada de Clara Bow.

Emma Bovary, Clara Bow y ella misma eran la misma persona.

Emma Bovary estaba casada con un médico, Clara Bow miraba a la cámara entre asustada y sorprendida, fingidamente inocente, y no era difícil adivinar que en su interior latía una mujer de armas tomar. Merceditas se esforzaba por encontrar, y a la vez le aterrorizaba el hallazgo, algún tipo de conexión entre las tres. Algo que explicara aquel cataclismo.

Había pasado la Nochebuena más terrible de toda su vida.

Seguro que ni Emma Bovary ni Clara Bow se habían visto como ella había tenido que verse. Sola. Sin más compañía que su hija de poco más de un año. En una fecha tan señalada.

Lo de que estaba sola, que había pasado sola la Nochebuena, no lo había sabido nadie, ni lo sabría, que ya había puesto buen cuidado en no dar cuartos

al pregonero, que luego todo se sabe, y una cosa como aquella era más que suficiente como para convertirse en la comidilla de todas las reuniones. Había que tener mucho cuidado con eso. Las amigas eran amigas, pero ninguna habría desaprovechado una circunstancia tan jugosa: y verse sola y abandonada la noche más entrañable del año, como decía un gran cartel que anunciaba polvorones en Casa Rato, sin duda proporcionaba material abundante para varios corrillos, para el té en el Dindurra, para los paseos por la calle Corrida.

Ya era bastante que Gregorio no viniera, pero esto lo había solventado con una cierta habilidad y una buena colección de bien trabadas mentiras: sus importantes estudios en Madrid con una eminencia norteamericana lo tenían absorbido por completo. Y aunque hasta el último día estuvo haciendo creer a todo el mundo que Gregorio estaba a punto de llegar, terminó por confesar a aquellas personas que sabía que no tardarían en propagar el chisme que Gregorio no podría viajar para pasar la Nochebuena con su familia, puesto que había sido requerido por la eminencia norteamericana para realizar una importante operación quirúrgica a un enfermo muy notable (era secreto, pero parecía ser que se trataba de alguien relacionado con altas instancias del Gobierno) cuya vida peligraba sobremanera si no se le aplicaban las innovadoras y milagrosas técnicas que Gregorio había aprendido con extraordinario aprovechamiento.

Así había conseguido pasar de ser compadecida por un indudable abandono a convertirse en la abnegada esposa de un importante, sacrificado y sapientísimo doctor, cuya pericia resultaba imprescindible y cuyo nombre pasaría a los anales médicos.

Aun así, dijo, no estaría sola: la acompañaría su familia, que vendría del pueblo, y celebrarían una gran cena. No escatimó en que tanto Visi como la otra chica, cuyo nombre siempre se le atravesaba en la memoria (en su fuero interno siempre la llamaba la bizca porque uno de sus ojos se movía según su propio y particular criterio), se dejaran ver por mercados y tiendas aprovisionándose de los víveres necesarios para elaborar una magnífica cena. Visi mató un pollo en la cocina para prepararlo en pepitoria y había encargado fiambres en abundancia y dulces de todo tipo.

Con lo malísima que estaba, que nada le asentaba en el buche, era ver comida y morirse de las ganas de vomitar, era entrar en la cocina y el olor que permanecía caliente y asqueroso del pollo decapitado la obligaba a oprimir la boca del estómago...

Hizo que antes de marcharse a celebrar la Nochebuena con sus familias respectivas, y recordándoles que no era necesario que volvieran hasta después de la comida del día siguiente, pusieran la mesa del salón grande, con la vajilla buena que le había regalado su tía Leonor cuando se casó. La mantelería de hilo que bordaron las monjas y servicio para ocho personas. Nada menos.

Y luego, ya sola, alternó el llanto con el vómito, la ingesta desproporcionada de toda la comida que había preparada con las carreras hacia el excusado para vomitar, y de nuevo el llanto, y de nuevo la desesperación, y de nuevo mirarse en el espejo y gritar que Gregorio era un cabrón, que todo era culpa suya, y, ya borracha como una cuba, consideró seriamente la posibilidad de arrojarle por el balcón, descartada de inmediato, entre vapores etílicos, con la rara lucidez de pensar que desde un primer piso como mucho se rompería una pierna, y ya era lo que le faltaba.

—¿Quién eres tú?

Lo único que le respondió, rompiendo el silencio de la mañana helada, fue el sonido de las campanas, que quería vestirse de alegría incontenible mientras llamaba a la misa matinal en la iglesia de San Lorenzo. Es Navidad, pensó Merceditas, es la primera Navidad que paso sola. Tan sola que también la calle era una soledad incierta atravesada por un frío limpio, de hielo en suspensión. Ojalá hubiera nevado, se sorprendió pensando mientras cerraba de nuevo el balcón que había abierto brevemente, lo justo para persuadirse del frío y de lo solitario de la ciudad a esa hora en que sus habitantes digerían aún la cena copiosa, los licores, los villancicos y la fiesta hasta altas horas. Una nevada inmensa que tapara todo, que... Ahí estaba otra vez: el mareo. No tenía que haber bebido tanto, no tenía que haber comido así, de forma desmesurada, todo lo que había, lo que habrían comido las ocho personas que nunca se sentaron a la mesa. Pero lo hizo. Comió en cada uno de los platos. Usó cada una de las copas. Dejó migas de pan en todo el mantel. Mantuvo

conversaciones imaginarias con sus padres, con su tía Leonor, con su hermano casado a quien apenas veía y con quien apenas había tenido relación porque era bastante la diferencia de edad y nunca había sido mucho más que una sombra. Casi ni conocía a su mujer y a su hijo, pero les había hecho un hueco en aquella imaginaria cena de Nochebuena en la que también estaba Gregorio y todo era maravilloso, y sí, una cena que tendría que haber sido así, ellos dos mirándose tiernamente, y ella golpeando con una cucharilla la copa, como había visto hacer en una película, llamando la atención de los comensales, tenemos algo que anunciar, diría con la feliz solemnidad del momento, y miraría con arrobo a Gregorio, que sin duda tomaría su mano en las suyas y la besaría sin dejar de mirar al resto de la mesa, saboreando la intriga diminuta del momento, la felicidad presagiada, el instante en que ambos, tal vez al unísono, aunque esto quizá era excesivo incluso en su ética imaginación, darían la gran noticia.

—Vamos a ser padres por segunda vez.

Lo musitó, en la soledad de su dormitorio, con Valeria berreando porque seguramente había despertado con dolor de tripa, que le pasaba muchas mañanas, y su propia voz en el aire desolado, y los llantos de Valeria, y el rostro macilento de una mujer desconocida en el gran espejo de luna del armario la devolvieron de pronto a su vida, al vendaval en que vivía, a la realidad acre y amenazadora, y entonces sí, el vómito, la incapacidad de llegar al baño, y el suelo del dormitorio, la elegante alfombra, anegada por los restos de una cena brutal, ella misma desesperada y sollozante, rebozada en el desamparo agrio y repulsivo de su propia devastación.

—Maldito Gregorio, maldito hijo de puta. Todo esto es culpa tuya.

A Gregorio no le cabía el dolor en el corazón.

En el fondo todo se reducía a eso, y no ayudaba a desmentir tan categórica sentencia el hecho de conocer todos y cada uno de los mecanismos, movimientos, conexiones arteriales, naturaleza muscular de la víscera a la que se le atribuían (y nadie mejor que él sabía que erróneamente) los espacios oportunos para desdichas y desconsuelos. Todo está en el cerebro, se repetía con frecuencia, y, aunque tenía explicaciones para aquel dolor en el pecho, nada podía quitarle del pensamiento la visión de un corazón destrozado. El suyo.

La vuelta a casa.

Volvía a casa y faltaban tres días para terminar el año. Volvía con el corazón roto, y con tanto dolor amontonado que costaba trabajo respirar. De hecho, en los últimos días, el aire había adquirido una consistencia mineral, y el simple hecho de introducirlo en sus pulmones era tan difícil que tenía que concentrarse para seguir manteniendo el ritmo.

Se había olvidado de respirar. Dolía tanto...

Revisó su equipaje: la maleta de cuero cerrada y con aspecto impecable albergaba en secreto un revoltijo de ropa metida de cualquier forma, un barullo de calcetines y camisas, pantalones revueltos, mezclados con algún libro, con las notas tomadas en el curso. Todo metido de cualquier manera pero aparentemente impoluto. Él mismo estaba exactamente igual que su maleta. Ignoraba de dónde había sacado la fuerza para vestirse adecuadamente, para pedir que le plancharan la camisa y el pantalón, que le

adecentaran la chaqueta y que le cepillaran el abrigo de pelo de camello. Había dedicado también unos minutos a darle la forma adecuada al sombrero, a colocarse ante el espejo y concentrarse no en la mirada (ahí acechaba el dolor que podría matarlo si se descuidaba y lo miraba de frente), sino en que su bigote, su pelo estuvieran en el lugar correspondiente, acomodado cada mechón, sin salirse de la línea establecida para dejar constancia de la respetabilidad.

Porque volvía a casa y nadie, absolutamente nadie, podría jamás conocer la dimensión exacta de su tormenta, la profundidad y absoluta imposibilidad de cierre, por muchos siglos a los que pudieran condenarlo los dioses, de su herida. El peso del dolor que hacía sus pasos más lentos, como si avanzar por el andén tirando de su maleta fuera uno de los trabajos de Hércules y no hubiera tarea más agotadora que seguir respirando.

Madrid lo despedía con el frío de estar vivo cuando ya no lo estaba. Volvía a coger un tren, esta vez en dirección contraria, esta vez enhebrando el regreso con la pena, y le costaba reconocerse en el Gregorio que había llegado a la ciudad, la misma maleta, el mismo abrigo, el mismo traje, los mismos zapatos —extraordinariamente lustrados entonces y ahora con la ceniza de los días—, el mismo sombrero, con tanto otoño en la mirada que había querido beberse todos los paisajes de las montañas estremecidas de Pajares mientras el tren ascendía con una inesperada rapidez después de que se electrificara la vía, las inclementes llanuras castellanas, aquella planicie ocre y desolada. Aquellos espacios abiertos, tan reconocibles, le habían devuelto a los años vallisoletanos, que parecían tan lejanos y eran tan suyos, sin embargo. Los únicos realmente suyos, había pensado entonces, mientras el tren lo aproximaba a Madrid, a Gadea.

Y, ahora que se iba, pensar en su nombre era el dolor en la parte de adentro de las costillas, el aire que huía. Pensar en su nombre o en su rostro, en los días de entonces y en los siguientes. En su pelo de zanahoria y sus pecas, en los ojos por los que el mar se colaba como rendijas, pequeños charcos luminosos y fugaces. Toda ella mineral y líquida, la sonrisa torrencial, el modo en que se mordía el labio cuando la vencía el deseo y se deshacía entre los dedos de él, o su manera de concentrarse en las clases, jugando con

un mechón de su corta melena, geometría de lo fantástico que iluminaba con el color de lo imposible las tardes de diciembre.

La mente torturada de Gregorio confundía los itinerarios, de forma que por momentos le costaba discernir si iba o venía, si el tren se dirigía al norte, de regreso, o se abría a la esperanza del sur. Las noches sin dormir, la angustia padecida, el dolor de los últimos días se habían ido apilando en su pecho, como los guijarros y el material de arrastre que un río enfurecido arrastra a su paso y deposita en el lecho, cada vez más, hasta desbordarlo, hasta provocar la inundación que seguramente se produciría en cualquier momento. Y terminaría por matarlo.

Una sensación de vigilia acumulada lo arrojaba en los brazos de un sueño huidizo, intranquilo, lo justo para vislumbrar un infierno aún peor que el que lo habitaba. A ratos, simplemente cerrar los ojos servía para tener la ilusión de que el tren viajaba en sentido contrario. Que los días de Madrid, aquellos tres meses de paraíso, estaban a punto de empezar, y que no era cierto que estuviera escribiendo, kilómetro a kilómetro de vía y desconsuelo, el epílogo de una historia cuya profundidad y cuyo significado aún no estaba en situación de entender.

Madrid lo había acogido con la luz del otoño filtrándose por las cristaleras de la estación del Norte, que estaba en obras para construir el edificio de la cabecera. Hasta el barullo de los obreros presurosos con carretillas, polvorientos de cemento a aquella hora de la mañana en que la laboriosidad parecía haberse adueñado de todo, le resultó grato. Empezaba su aventura, su vida de verdad, y hacerlo, tomar la decisión, le había llevado tanta energía, tantas horas sin dormir escuchando la respiración acompasada de Merceditas a su lado, ignorante de los pensamientos que lo habitaban, hasta decidirse, hasta aquel momento en que le dijo que iba a irse, que el doctor Theodore Lewis iba a impartir un cursillo de tres meses en Madrid sobre las innovaciones en el tratamiento de las enfermedades cardíacas. Se había visto a sí mismo hablándole a Merceditas con entusiasmo de que se trataba de un discípulo de Einthoven, y que si la presión intratorácica, y que si el galvanómetro y la fonocardiografía, y lo necesario que le resultaba conocer todos esos procedimientos, todo ello sin apenas tomar resuello, mirando sin

ver a Merceditas, que lo miraba con una mezcla de adoración y fastidio porque estaba evaluando a toda velocidad los cambios que suponía para ella aquella decisión de Gregorio, y sin prestar atención alguna a aquella colección de nombres de universidades, maestros y discípulos, palabras sin sentido que entraban y salían de los circuitos cerebrales sin dejar más huella que las consecuencias prácticas que podrían derivarse de todo aquello, de forma que solo cuando Gregorio se detuvo para tomar aire en mitad de aquella cháchara, que seguramente pretendía manifestar su entusiasmo y la trascendencia del asunto, pero conseguía el indeseado efecto de estar justificándose, le advirtió que, si quería llevar ropa adecuada para los rigores helados de Madrid, tendría que pasarse cuanto antes por La Época, en San Bernardo, que tenían unos cortes de trajes de lana buenísimos por nueve pesetas y había que encargarlo cuanto antes a su sastre. Su explicación acerca de lo necesario que le resultaba profesionalmente aquel curso había ido precedida de una insistencia desmedida en que, dado lo saneado de su economía (había ahorrado gran parte del dinero que había ganado trabajando sin descanso, y además su padre acababa de hacerle entrega de una sustanciosa suma procedente de la venta de una finca entre Nozaleda y El Lloredal), no le supondría ningún problema a Merceditas ni a la pequeña Valeria en los meses en que él estaría fuera de casa. Su estancia en Madrid sería en gran parte sufragada por una beca del organismo que convocaba el curso y que garantizaba su estancia en la Residencia de Estudiantes.

Lo que le había quitado tantas horas al sueño había resultado ser sencillo. Todo era mencionar, aunque nadie hubiera oído hablar de él jamás, al doctor Lewis, y hacer una somera referencia a la autoridad de la que gozaba en el mundo académico, citar dos o tres términos relacionados con las patologías cardíacas y, lo que era más importante, algún nombre de los aparatos que iban a revolucionar el tratamiento de las dolencias del corazón y que ya estaba aplicando en la Universidad de Leiden, donde trabajaba codo con codo con el precursor de los registros electrocardiográficos en una placa fotográfica, todo ello chino para la mayoría de los destinatarios de sus entusiastas explicaciones. Solo Onel supo la verdad. Solo con él no hubo intento alguno de justificar lo que no tenía otra explicación que la carta que había recibido

mes y medio antes, la caligrafía diminuta, como hormigas pequeñísimas en el papel blanco, de Gadea. Las escasas palabras con las que manifestaba su deseo de tal vez prolongar lo que nunca había sucedido apenas podían adivinarse como no fuera echándole a la carta imaginación y una encendida voluntad. Onel y él la habían leído mil veces tratando de descifrar cada sentimiento que pudiera ocultarse entre las líneas de lo que parecía una carta amistosa, ligeramente nostálgica del tiempo compartido como estudiantes, ilusionada por aprender cosas nuevas, esperanzada en que a él pudiera apetecerle también, comprensiva con su situación familiar y el modo en que esta sin duda podía influir en que le resultara muy complicado tomar una decisión, y la despreocupada alegría con que se despedía de él, asegurándole que si finalmente no podía inscribirse, ella le iría contando todo lo que aprendían en aquel curso que estaba segura, sería maravilloso.

Volvía a casa y parecía que había sido el día anterior cuando hacía el mismo viaje en dirección contraria y, sin embargo, como en una paradoja de imposible comprensión, había una vida entera entre un viaje y otro. La vida de la risa de Gadea, las horas compartiendo clases con otros colegas tan hambrientos de saber como ellos mismos. La afabilidad de Theodore Lewis, su deficiente español, la relación de camaradas que había establecido con todos ellos desde el primer momento. Las horas en la Residencia de Estudiantes, las obras de teatro, las conversaciones con jóvenes de formación tan diferente a la suya, los paseos por las calles de Madrid, las horas vencidas, el día que acudieron a una representación en el teatro Novedades, un salón de té donde Gadea disfrutaba como una niña con las lenguas de gato. Parecía que había sido un solo día, y ya era la vuelta, y una vida entera palpitaba en el calendario, prendida de la mirada de Gadea, su pelo como un incendio en la sala de clase cuando al sol del otoño madrileño le daba por hacer piruetas a través de los cristales y él tenía que hacer un esfuerzo para seguir la exposición del doctor Lewis y sus historias, su confianza ciega en que un día se encontraría el modo de realizar trasplantes de corazón, por asombroso que pudiera parecerles, o acaso no tenía él un compañero en la Universidad de Leiden empeñado en el asunto de algo que llamaba *catheterization* y que a ellos les parecía como salido de los libros de Julio

Verne. La vida de los días de sol, de las hojas secas en el Retiro, de la piel lechosa de Gadea, de la constelación de pecas que vivía en su espalda mientras él hacía viajes interestelares con la yema de su dedo. La vida de los besos y de las palabras de amor que nunca se había imaginado decir y que seguramente había leído en algún libro, inéditas para él, tan naturales en la boca de ella como si las hubiera pronunciado cada día de su vida, las miradas, aquella inconsciente felicidad mientras jugaban a perseguirse por las salas del museo del Prado, besándose de vuelta a la Residencia, insolentes y felices, estrenando un mundo que parecía recién pintado. Una vida entera en aquellos días, en los escasos meses que había durado un paraíso que pensaron eterno y tenía la fecha de caducidad grabada en el reverso de cada una de las caricias. Una vida entera de lunas y nubes, de paréntesis y círculos, de estrellas y certezas. Y la ceniza inesperada de la soledad.

Mientras Onel esperaba que llegara el tren, daba vueltas en el bolsillo de su chaqueta al papel, cada vez más cercano a deshacerse de tanto manoseo. El empleado de correos había llegado justo cuando estaba a punto de cerrar el establecimiento.

—Menos mal que lo pillo, don Onel. Aquí pone que tiene carácter urgente.

Era un telegrama, y así al pronto pensó que se trataba de la comunicación de la llegada del nuevo Lancia, que llevaba varios días de retraso y tenía al ingeniero Zurita de los mismos nervios, porque no veía el momento de satisfacer el capricho de una querida a la que sacaba más de veinte años, cada vez más exigente, seguramente convencida de que poseía los suficientes encantos como para eso y más, y que lo mínimo que podía hacer era pasearla en automóvil y conseguir que rabiaran, empezando por la legítima, el grupo de señoronas que tomaban leche merengada en el Dindurra.

Pero el telegrama, que llegaba de Madrid, estaba firmado por Gregorio, y decía solo que llegaba al día siguiente, en el tren de la tarde, y que por favor fuera a buscarlo, y que nada dijera a Merceditas acerca de su regreso. Y él, con el corazón en vilo, en una mezcla de temor, de nerviosismo, de dudas acerca de por dónde salir de aquel lío en que estaba metido vigilaba y mantenía el oído atento a la llegada del tren que venía, para más inri, con casi media hora de retraso, seguramente por la nieve que se habría acumulado en el puerto y dificultaría sin duda el paso en algunos tramos particularmente complicados.

Estiró las piernas en el banco de madera en el que estaba sentado y

observó con atención el estado de sus botas. Gregorio y él siempre bromeaban con ello: frente al brillo y cuidado con que el médico trataba a las suyas, las de Onel siempre parecían acabar de salir de una superficie de barro o de polvo, según los días. En el hipotético caso de que hubiera ocasión para ello, Gregorio se sorprendería: las botas de Onel brillaban como resultado del enorme rato que había permanecido lustrándolas para entretener la ansiedad que se había hecho dueña de sus horas desde la lectura del telegrama y el anuncio de su inminente llegada.

Aunque tenía bastante con sus propios laberintos de confusión, con lo que había ocurrido —y las consecuencias de ello— desde la partida de Gregorio, y eso le ocupaba cualquier posibilidad de razonar más allá de la angustia, no podía evitar tampoco la curiosidad y hasta la preocupación acerca del inopinado retorno de Gregorio. Especialmente después de la carta que había recibido unos días antes de Navidad, en la que le comunicaba que no iba a volver, no ya para celebrar la Nochebuena con los suyos, sino que era muy posible que no lo hiciera de forma definitiva. Hablaba de confusos planes de trabajar en un proyecto con el doctor Theodore Lewis, de quien hacía una semblanza que solo podía ser el resultado de una admiración desmedida, posiblemente no del todo real, como el resto de la carta, que parecía un cofre misterioso en el que cada una de las frases ocultaba un mundo ancho que se extendía insondable detrás de cada palabra. Al menos parecía haber sido escrita con un cierto cuidado enunciativo, tan diferente a la que había recibido a principios de noviembre, plena de euforia amorosa adolescente, como si todos los poetas románticos y el propio Rubén Darío se hubieran encarnado en Gregorio. Si hasta hablaba de los cisnes del Retiro, y lo hacía con una mezcla de arrobos y delectación. Sí, también utilizaba la palabra delectación, y otras como ámbar, nenúfar y angelical. Él, Gregorio, el que desdeñaba la poesía, el que apenas leía novelas y hundía siempre su nariz en libros de ciencia, y hasta le costaba argumentar en asuntos de filosofía, incluso de política, porque sus frases carecían de más sintaxis que la puramente utilitaria. Merceditas, pobre, había recibido otra similar, que había que estar loco (el amor es lo que tiene) o ser inconsciente, o estar muy enamorado, mira que soltárselo todo así, a bocajarro, por carta. Y había enloquecido la muchacha. Por eso todo. Por eso

aquella angustia y la desazón.

Entre los viajeros que avanzaban por el andén tras descender del tren, Onel atisbó la figura de Gregorio, y una mezcla de pánico, dolor e inusitada alegría tomó la forma de lo que él mismo era. En el álbum de los cromos de las imágenes imborrables que lo acompañaron hasta el último de los días de su vida, Onel Fernández no pudo ya nunca olvidar el modo en que Gregorio, su Gregorio del alma, el espejo en que se había mirado su infancia, avanzaba hacia él con su maleta en la mano, el sombrero en la cabeza, el abrigo y una palidez tan marcada que por un momento temió estar viendo un fantasma.

—Pero bueno... ¿estás enfermo?

Gregorio no dijo nada, se limitó a abrazarse a Onel, al hermano pequeño que nunca tuvo, a la sombra que se hizo dueña de sus pasos de niño, al compañero de una vida entera. Quería que en él se fundiera toda la desesperación, el dolor que lo habitaba desde hacía días, la descomunal confusión, su incapacidad para entender, por mucho que se lo hubiera propuesto sin hallar ni una sola brizna de silencio que guardara la clave, que descifrara el enigma de lo inexorable. Quería decirle, como si su dolor necesitara reventar las costuras que lo contenían, y a la vez, en una paradoja incomprensible, callar la pena, guardarla para sí. Bien mirado, tal vez lo único que quería era que, en la estrechez de aquel abrazo, Onel fuera capaz de meterse dentro de su corazón y leer toda la pena que, como un baile de cuchillos, había conseguido destrozárselo.

El abrazo estaba durando un poco más de lo normal, pero ninguno de los dos se dio cuenta de que algunos viajeros miraban curiosos y se sorprendían de la efusión de aquel encuentro.

Tampoco ninguno de los dos se dio cuenta de que su propio llanto tenía un eco inesperado en el del otro.

Onel le había pedido a Flora que alojase unos días en casa a Gregorio. No tuvo que explicarle demasiado: el estado del joven médico, su ceniciento rostro y el desamparo en que iba envuelto, como si tuviera mucho frío y tratara de abrigarse con un manto de hielo, fueron razones suficientes para que Flora le acondicionara uno de los cuartos de arriba y se encargara de calentarlo con un brasero para que lo encontrara agradable. También, antes de que se metiera en la cama, le planchó las sábanas con la plancha de hierro bien caliente, convencida de que, cuando uno se encuentra como parecía encontrarse Gregorio, lo primero que necesita es calor. Y lo segundo, comer.

También con esto se empleó a fondo. Mientras Gregorio aún dormía, o al menos permanecía en el cuarto, y Onel fumaba en la antojana, inquieto y con la mirada fija en las lejanas montañas que los días azules y helados del invierno a veces permitían intuir en la distancia, horneó bizcochos amarillos y esponjosos y un buen perol de arroz con leche. Un caldo de gallina y un pote sustancioso y profuso en compango completaron una oferta gastronómica que consideraba irresistible, pero cuando Gregorio se levantó finalmente, con un aspecto solo ligerísimamente mejor que cuando se había acostado, apenas picoteó algo de la comida que Flora, silenciosa y sonriente, le sirvió en la mesa de la cocina, con Onel a su lado, que también parecía tener el estómago infranqueable.

Lo más llamativo, y Flora no podía evitar que una inusitada curiosidad le hiciera cosquillas en el cerebro, era que aquellos dos, a quienes había visto crecer y desbordarse de palabras, siempre con cosas que decirse, siempre

discutiendo acerca de las dimensiones del universo o de los diferentes cantos de los grillos, de las películas que veían o de las teorías que Onel aprendía con Emilio y trataba de hacer entender (y sobre todo participar de ellas) a Gregorio, estuvieran sentados a la mesa silenciosamente, respondiendo con lacónicos monosílabos a sus intentos de establecer una conversación. Parecía claro que no era conveniente hablar de Madrid, porque no había duda alguna de que algo, y no bueno, le había ocurrido allí a Gregorio. Preguntar por Merceditas o hacer algún tipo de mención a lo guapa que estaría Valeria, a quien hacía algunos meses que no veía, tampoco sería buena idea: la prueba de que algo no iba bien era que allí estaba Gregorio, llegado la víspera de Madrid y sin haber pasado aún por su casa, y, por lo que parecía, sin demasiadas intenciones de hacerlo en las horas siguientes. Con ello, los temas se reducían bastante, así que optó por prepararles un café, dejarles la botella de licor de guindas que había preparado unos meses atrás y un orujo muy bueno que había traído Emilio en uno de sus últimos viajes y salir discretamente de la cocina. Eran ellos los que tenían que hablar. O callar juntos. O lo que fuera.

Si no fuera porque la pesadilla de Gregorio tenía los brazos tan asfixiantes, lo envolvía con tanta crueldad y concentraba cualquier atisbo de atención o de consciencia en el propio laberinto en que vivía instalado desde el día de Nochebuena, desde aquella mañana de sol débil colándose a duras penas entre los edificios, desde aquel instante mismo al que había dado millones de vueltas en su cabeza, la mirada confusa de Gadea mirándose en sus ojos, si no fuera porque ningún otro pensamiento le cabía en la cabeza y el corazón estaba alcanzando un nivel de inundación en la amargura acumulada; si no fuera por la angustia que dejaba en la boca el sabor acre de lo irremediable; si no fuera por el dolor enlutado, la mortificación, la culpa; si no fuera por la desilusión también, torpemente percibida, grosera incluso, y, a la vez, enternecedora de quien, sin terminar de abrir un regalo de apariencia preciosa, contempla cómo se le arrebatara sin remedio; si no fuera porque todo dolía y porque no encontraba palabras ni veía más allá de su propia pena; si no fuera por el abatimiento, que le impedía levantar los párpados y mirar lo que había fuera de su dolor; si no fuera por el desconsuelo, que se hacía dueño

de cada movimiento, de cada gesto; si no fuera por la pesadumbre mineral, por el llanto que no encontraba salida al exterior, detenido en la garganta anegando las palabras, que tampoco conseguían hallar el modo de liberar todo aquello; si no fuera por la suma de tanta desdicha, Gregorio se habría dado cuenta de que Onel no solo callaba, mortecino y macilento. Que aquella forma parsimoniosa y bastante inusual en él de liar un cigarrillo tras otro y consumirlos solo a medias también llevaba escrita su propia preocupación, su propia angustia, y no era solo la actitud practicada desde antiguo, la solidaridad de las penas compartidas, para las que a veces ni necesitaban explicación porque aquella amistad tan insobornable tenía alguna que otra ventaja frente a cualquier otra relación: los dos se sabían de memoria, tenían el uno en el otro una ciega confianza derivada de tanta convivencia, de tantas conversaciones, de tantas cartas cuando estaban lejos, de tantos secretos. También de tanta admiración, porque Onel valoraba infinitamente la inteligencia y el tesón, la capacidad de Gregorio para estudiar y enfrascarse en sus libros, y este participaba a su vez, aunque fuera tangencialmente, y a veces desde una cierta y profiláctica distancia, de la libertad de Onel, de su visión del mundo, personal y ecuménica, de la pasión que dejaba en todas las cosas que hacía, en las que soñaba, en las que compartían.

En algún momento tendremos que hablar, pensaban los dos silenciosamente mientras el uno se concentraba en las volutas de humo, que, como anillos, permanecían flotando durante segundos ante él, y el otro reunía las miguitas diminutas de pan que habían quedado sobre el mantel de cuadros azules y blancos de la cocina de Flora. Los dos, dueños cada uno de su secreto, ignorando cada uno cuál era el nombre exacto de la angustia que poseía al otro.

Solo después, mientras paseaban bajo el sol triste de la tarde, discretamente presente tras las nubes que tachonaban el cielo como si alguien estuviera soplando, empeñado en deshilacharlas, las manos en los bolsillos y sin apenas mirarse, la conversación fluyó. Como cuando eran niños. Como en aquel inventariarse los meses que practicaban a principios de verano en los años de estudios en Valladolid, cuando los días que estaban por delante eran una promesa de tiempo desmedido. Como en las cartas. Como habían hecho

siempre.

La conversación fluyó, sí. Pero solo Gregorio consiguió dejar salir la tribulación. Solo Gregorio, a través de las palabras, primero escuálidas, como si el canal de salida apenas fuera un agujero diminuto, para poco a poco ensancharse y permitir que todo aquel caudal abrumador de dolor y culpa se transmutara paulatinamente en palabras de consistencia variable, de los monosílabos y la estrechez sintáctica al desarrollo paulatino de las frases, de modo que en el aire de la tarde, transparente y helado, fue escribiéndose con los sonidos temblorosos de la voz de Gregorio el desenlace de una historia que había comenzado en las aulas de la facultad, que había crecido en la distancia y en el silencio, como lo hacen los amores verdaderos, intuyéndose, buscándose en las horas sin tiempo, de modo que el reencuentro fue como si ambos amanecieran tras la noche de larguísimos meses que los había separado, como si no existiera nada más que la luz, el deslumbramiento, lo llamaba Gregorio, y ambos sabiéndose, que no era capaz él de explicarlo, como si un hilo secreto los hubiera unido desde el instante mismo en que se separaron a final de curso en Valladolid, sin haberse dicho, sin haberse apenas rozado, sin más memoria que la que había alimentado su deseo en la distancia. Le habló de las calles de Madrid, de la risa de Gadea, de aquella mente rápida que seguía sus pensamientos y se adelantaba a sus respuestas, de su manera de quitarse el sombrero y dejar que su pelo se alborotara. Su pelo, que había crecido desde la última vez, mucho menos liso de como lo recordaba, como si un cuento de hadas hubiera decidido instalarse en ella. Gregorio rememoró las tardes, las conversaciones, el modo en que se sintió, en que ambos se sintieron, parte de un universo privado y suyo en el que no existía Gijón, no existía Burgos, no había más historia que la suya propia escribiéndose a cada instante, la de entonces, la del principio del otoño madrileño, la de aquella luz que era la de la ciudad y era la suya, la que se desprendía, como una llamarada, cuando ella sacudía el pelo, la de aquella electricidad que los azotaba cuando se rozaban los dedos.

—La felicidad existe de verdad, Onel, ahora lo sé.

También existía el amor como laberinto gozoso, la piel como mapa del tesoro, el placer del abrazo, las confianzas de los gestos, el amor como

misterio y como certeza. Lo nuevo que irrumpía en su vida con la consistencia de una nube blanca y ligera, con la contundencia de una palabra incontestable.

Onel pensó en interrumpir y preguntarle en qué momento había decidido dar el paso de escribirle la carta a Merceditas poniéndola al corriente de su nueva situación, de su deseo de, sin que nada les faltara jamás ni a ella ni a Valeria, establecerse en Madrid, mencionando una nueva vida, en la que se intuía, aunque no se nombrara, otra mujer, el amor colosal, la pasión desatada. También quiso preguntarle, pero no lo hizo, en qué momento decidió que nada de su vida anterior tenía el valor suficiente como para conservarlo, si no pensó en el dolor de Merceditas, pero tampoco podía hacerlo, porque en realidad, estaba hablando de su propio dolor, de su propio abandono. Y no era el momento.

Aquel era el tiempo de Gregorio, de vaciar su corazón, de hablar de la relación con Gadea utilizando aquellas palabras cursis de las que siempre se había burlado, pero impregnadas de un dolor infranqueable, de una amargura invasora, capaz de ir seccionando uno a uno los buenos recuerdos. Haciéndolos más y más dolorosos.

—¿Y qué pasó entonces?

Formuló esta pregunta porque, aunque era consciente de que Gregorio necesitaba depositar en el aire de la tarde cada una de las sensaciones, la emoción de otras tardes, el incendio de cada noche, las palabras y las risas, las imágenes que se agolpaban en su memoria en gozoso desorden, él mismo quería, y a la vez temía, conocer el desenlace: la previsible ruptura de la historia, la toma de conciencia por parte de ella de que estaba ante un hombre casado, la (ojalá fuera así) renuncia de Gregorio.

No estaba preparado para escuchar aquello.

—Gadea se murió. Se murió en mis brazos en Nochebuena. —Y, de forma casi inaudible, añadió—: Y yo no pude salvarla.

Seguramente era la primera vez que Gregorio pronunciaba en voz alta aquellas palabras, porque emergieron de su boca como si un animal enfurecido y rugiente hubiera encontrado la puerta de salida de una trampa donde había estado apresado, y lo hicieron acompañadas de algo parecido a un bramido, el estrépito de unas rocas ladera abajo, como si de repente las horas que habían

edificado aquel castillo de felicidad inesperada y colosal se derrumbaran por la fuerza de un seísmo y no hubiera más cielo, ni más tarde, ni más aire que aquel dolor que se le había instalado, que se había hecho dueño de sus pasos y de su sombra, de todo él, Gregorio, como un tormento con pies y ojos, una aflicción con forma humana, un desconsuelo sin nombre y sin espacio.

Después del rugido, de aquel desgarró que había conmovido a Onel de un modo que jamás nada había conseguido, cuando la marea de lágrimas y de hipidos, de mocos y de sollozos, aquel llanto que era un hombre y era una convulsión en los brazos de Onel, que no sabía qué consuelo darle, se apaciguó, vinieron las palabras más tranquilas, rotas de vez en cuando por una imagen que pervivía en la memoria, clavada para siempre y sin que restara un ápice del dolor que causaba.

—Era todo tan perfecto que no podía durar.

Se sucedieron luego frases que rememoraban los últimos días, los planes de pasar juntos la Navidad, la cena que planearon en el cuarto de él en la residencia, ajena a cualquier celebración tradicional pero propia, suya, única. La cena que inauguraría una vida juntos para siempre.

Había palabras con filo, y otras con plumas. Algunas imágenes le arrancaban a Gregorio una sonrisa y otras le provocaban que se reanudara el llanto, como un maremoto que se le formara en las profundidades de sí mismo, aquellas regiones inexploradas que se habían vuelto el paisaje cotidiano desde la muerte de Gadea.

Por si no había tenido suficiente con aquella conversación que liberó el amor secreto, cuando la confidencia a Onel, cuando a través de las palabras dejó que salieran, como pájaros de repente liberados, todos los sentimientos, las dudas y el vértigo, fue la tarde de diciembre, paseando por las afueras de Nozaleda, por el camino que llevaba a El Lloredal, la que logró que Gregorio terminara de convencerse del poder salvador del diálogo, de cómo en cada palabra que uno conseguía sacar al exterior se indultaba la angustia, se transformaba el ánimo, y, aunque nada ni nadie le arrancaría la pena, al menos el dolor había dejado de ser lacerante cuchillo para convertirse en algo parecido a una desolación permanente. Algo había avanzado. Decir por primera vez «Gadea se murió» (y no Gadea falleció, o Gadea se fue, o Gadea

ya no está entre nosotros, o cualquiera de esas expresiones que había oído como si hablaran de otra historia tan ajena a él en los días precedentes), decírselo a Onel, había conjurado gran parte de la congoja, la más irremediable.

Aunque quedaba la otra: contarle a Onel el epílogo de aquella historia. Había hecho hincapié en la circunstancia, había detallado cómo, mientras caminaban por la calle, la tarde inusualmente luminosa de Nochebuena, mirando escaparates, felices de estar juntos, sin que pesara (qué fácil le había resultado, y con qué facilidad la certeza del amor verdadero eximía de culpa y de cualquier responsabilidad a Gregorio por la existencia, tan lejana que apenas existía en su conciencia, de Merceditas y Valeria) ningún tiempo anterior, ellos dos allí sin más historia que la que escribiera el futuro, cogidos del brazo y exultante Gadea, con la sonrisa inmensa bajo los ojos azules (el rojo de tu pelo, el azul de tus ojos, el blanco de tu risa, los colores de la única bandera por la que daría la vida, le había dicho él), apareció aquel gesto, la sorpresa que le borró la dicha del rostro, y Gregorio percibió el modo en que su boca dejó de ser la promesa de todos los besos para convertirse en un signo de interrogación. Se le había quedado grabado el modo en que ella se echó la mano a la cabeza y se quitó el sombrero para tocarse con los dedos la zona occipital, me ha caído agua, o no sé qué, dijo ella, noto algo mojado. Y él no se dio cuenta de la importancia de esas palabras hasta que sintió que se caía y la sujetó apenas, pero ella sí, ella tenía en la mirada la certeza del diagnóstico, solo que ni acertó a decírselo siquiera, después de todo siempre había sido más lista, más brillante, más rápida que él, ella sí se dio cuenta de que aquella impresión de algo mojado en su cabeza no era por fuera, sino por dentro, que una de sus arterias (seguramente, si hubiera podido, le habría descrito exactamente cuál y en qué punto exacto) se había roto y el daño era ya irreparable. Sin que recordara muy bien cómo había sido (recordaba vagamente un coche en cuyo interior alguien lo ayudó a meter a Gadea), la habían llevado a la Princesa, el mismo hospital donde tenían las clases prácticas con Lewis, y todo había sido confusión. Los intentos de recuperar a Gadea se habían revelado imposibles: «Mal asunto los aneurismas», le había dicho el médico que la atendió como quien comenta que seguramente lloverá.

Nunca había sentido Gregorio en carne propia la impotencia de la ciencia frente a la inexorable naturaleza. Qué pequeño el conocimiento, qué fácil era para la muerte burlar los inútiles empeños de los hombres y su absurda soberbia. Alguien había avisado a Lewis, que acudió solo para confirmar que no había nada que hacer y para quedarse a su lado aquella Nochebuena interminable, en el hospital silencioso, en el que hasta los enfermos parecían estar disfrutando de aquella noche de paz. Tenía la memoria confusa de la conversación con el doctor Lewis. Aunque el curso había terminado, había decidido quedarse en Madrid unos días más antes de volver a su universidad. Gregorio ni siquiera le preguntó si tenía alguien con quien pasar la Navidad, si estaba renunciando a algún plan para estar allí a su lado, para velar la agonía de Gadea, para asistir a su muerte, que se produjo justo cuando empezaba a amanecer. Dicen que los que agonizan, si consiguen llegar al amanecer, reúnen la fuerza suficiente para aguantar otro día, le dijo con su deficiente español. Gadea dejó de pelear con el alba, la hora en que se ajusticia a los condenados, y Gregorio permaneció con aquella mano entre las suyas hasta que alguien, tal vez Lewis, tal vez el médico que decía que los aneurismas son mala cosa, lo apartaron y lo sacaron de la habitación.

Lewis buscó en el registro de matrícula del curso la forma de ponerse en contacto con los padres de Gadea en Burgos. Había un teléfono, y fue el propio hospital el que se encargó de llamarlos para darles la noticia. Gregorio se había instalado en un territorio sin contornos: arrastraba los pies por el pasillo, y podía quedarse quieto en mitad de un paso, como si de repente se hubiera acordado de algo y no pudiera seguir adelante.

Faltaba el epílogo, y Onel seguía escuchando con atención y en silencio. La tarde había entrado en su tramo final, y pronto vendrían las sombras y la helada. Entretanto, el sol, que había tenido poca fuerza durante el día, elegía ocultarse detrás de la colina que mantenía escondida en la distancia a Gijón, y lo hacía con una profusión de colores que ninguno de los dos era capaz de ver, sumergidos como estaban en las tinieblas de sus propios sufrimientos.

—Hubo algo aún peor.

—¿Peor que la muerte? No hay nada peor que la muerte.

—No lo sé. Ahora no estoy seguro. La muerte es lo peor, pero a veces

sucedan cosas que hacen que el dolor sea mayor, porque ni siquiera sabes ponerle nombre.

Onel miró a Gregorio tratando de entender a qué se estaba refiriendo.

—En los pensamientos enloquecidos de aquel día, yo tenía la fantasía de encontrarme con los padres de Gadea y hallar en su abrazo el consuelo. Consuelo mutuo, claro. No sé por qué. Eran algo suyo, algo de Gadea, y yo pensaba que era tener parte de ella. También quería consolarlos, claro.

—Pues sí, quién mejor que tú para saber cómo tenía que ser su sufrimiento.

—Bueno, pues llegaron. Muy elegantes los dos, y con los ojos enrojecidos por el llanto. Los acompañaba un hombre de unos cuarenta años de aspecto también distinguido, al que supuse familiar. Lewis se presentó y me presentó a mí como un compañero de su hija. Yo, por un momento, quise decirles que no solo era compañero, que... Pero, en ese instante, ellos presentaron al hombre que los acompañaba: Antonio Tudela, el prometido de Gadea.

Onel abrió los ojos como platos.

—Ya. Así nos quedamos Lewis y yo.

—Pero...

—¿Y sabes lo peor de todo? Lo peor de todo fue que lo único que pensé fue en entrar en la habitación a comentárselo a Gadea: Oye, te vas a reír, que hay un tipo ahí, un tal Antonio Tudela, que dice que es tu prometido... Y la sensación de que ya nunca jamás podría preguntárselo, que jamás volvería a oír su voz...

Gregorio se dobló sobre sí mismo y rompió a llorar. Onel lo abrazó como pudo, y pensó que, de momento, lo que él tenía que decirle podría esperar.

Onel le había dejado claro, sin necesidad de insistir demasiado en ello, porque ambos participaban de un sentimiento común que no dejaba hueco alguno para las dudas, que podía quedarse en su casa en Nozaleda todo el tiempo que considerara oportuno, pero ambos sabían que no era buen plan, y menos si lo que pretendía era ocultarse. Ya era suerte que en el paseo de la tarde no se hubieran encontrado con nadie, y menos con alguien de la familia Santaclara, pero era cuestión de tiempo (y poco) que se produjera el desagradable episodio de tener que explicar por qué, si había vuelto a pesar de su taxativa y lamentable despedida de semanas atrás, también a ellos por carta, no había ido a su casa y se alojaba, oculto como un delincuente, en la casa de Canor y la maestra. Y ello a pesar de que su padre, armado de paciencia, su pluma y su tintero y el papel secante que lo acompañaba para tratar de hacerlo del modo más pulcro posible, se había sentado a la mesa de la cocina para responder a su carta mediante un pliego en el que con su caligrafía, un poco torpe pero voluntariosa, desgranaba a partes iguales consejos, la expresión contenida de una cierta decepción y, a la vez, el sentimiento recóndito —que trataba de que no se le notara demasiado— de que la vida era muy corta y la felicidad muy escasa, para, a continuación, como si se arrepintiera de que en esas palabras hubiera podido sobreentenderse algún tipo de bendición para su disparatada decisión, insistía en la falta que le hacía a la pequeña Valeria un padre solícito y ejemplar.

La conversación, el llanto acunado por los brazos de Onel, había resultado más balsámica de lo que creía, le había confirmado lo que siempre había

sentido más allá de las puñeterías que hubieran podido hacerse de niños: que Onel era el único hermano del alma, la persona que jamás lo traicionaría. Esto último fue lo que le dijo antes de quedarse dormido, después de que entre los dos se hubieran pimplado una botella de un coñac muy caro que Liborio le había regalado a Onel por su último cumpleaños. Con un sentido desmedido de la amistad, propiciado por los vapores del alcohol en el que aún podía intuirse la madera de roble de las cubas donde había permanecido quién sabe cuántos años, se habían abrazado largamente, habían proclamado que la vida era una mierda, para, poco a poco, ir encontrando, a medida que las venas se iban calentando, algunas razones para seguir viviendo, para agarrarse a la existencia, como mal menor, decía Onel, como alternativa, admitía Gregorio.

—Volveré a mi casa. Con Merceditas. Con la niña.

—...

—No tenía que haberlas dejado.

—El amor, Gregorio, el amor. Tabes enamorau como un guaje.

—Todavía lo estoy, coño. Todavía.

—El corazón tiene razones que la razón...

—Pobre niña, pobre mi Valeria. Qué padre tan horrible tiene.

—No eres un padre horrible. No. No lo eres.

—¿Que no? Sí que lo soy. Lo que he hecho, no lo hace nadie.

—Calla, ho...

—Home, bah...

—Calla, ho.

—No hay nadie en este mundo peor que yo.

—Calla, ho...

—Home, bah... Lo que yo te diga, Onelín.

—No me llames Onelín, hostia. O llámote yo Goyito, a ver qué tal te sienta.

—Dígolo por lo mucho que te quiero, Onel.

—Y yo a ti, Gregorio, y yo a ti.

Y sumidos ambos en un laberinto circular, volvían a valorar la posibilidad de retornar al hogar. De hablar con Merceditas. De, tal vez, suplicarle perdón.

—Ya lo he vivido todo. Después de Gadea... —Gregorio se sonó los

mocos con enorme estrépito— solo me queda sobrevivir.

—Vuelve entonces a casa, con Merceditas.

—Eso haré, sí. Pero ¿cómo resignarme a una vida tan gris después de haber conocido el reino de lo luminoso? Tú no sabes cómo era Gadea... ay, fíjate, digo era... Ya la he condenado al pasado. Cómo vivir ahora sin ella, no te he contado lo feliz que me hacía cuando...

—Ya. Entonces no vuelvas.

—Pero la niña... Valeria. Qué culpa tien la probina...

—Ninguna, Gregorio. Vuelve a casa.

—Es tan insoportable Merceditas, si tú supieras, solo le importa la posición, solo vive para aparentar, con ella no se puede hablar de nada que no sean trivialidades, ¿sabes cómo te quiero decir? Y toda la vida así...

—Tienes razón, no vuelvas. Márchate a Madrid, haz una vida allí, conviértete en el médico más famoso de España entera...

—De qué sirve la ciencia si no puedes salvar a quien más quieres...

—Coño, Gregorio, pues entonces ven pa Nozaleda, y ponte a sembrar patates...

—Calla, ho...

Solo horas más tarde, borrachos como nunca habían estado ninguno de los dos, después de descartar, por el peligro cierto que su sentido del equilibrio representaba, la posibilidad de bajar al comedor a hacerse con una botella de lo que fuera, el sueño fue vencéndolos. Y antes de entregarse definitivamente al sopor, a medio vestir los dos sobre la cama de invitados, Onel acertó apenas a vislumbrar en un estado de difícil consciencia que, con todo, a pesar de la resaca que ya presagiaba con el estallido brutal de la cabeza que presentía para el día siguiente, a pesar de cómo le dolía el propio dolor de Gregorio, a pesar de su propio corazón torturado por la culpa y por el pánico a lo que tenía que venir, a pesar de eso y de más, tal vez ese instante, la cabeza de Gregorio apoyada en la almohada, su boca ligeramente abierta y la respiración que iba subiendo de volumen, hasta alcanzar tal vez el rango de ronquido, el pelo alborotado, el bigote que había perdido cualquier atisbo de

prestancia, los hombros desmadejados, el abandono de sus piernas, el trocito de piel entre la pernera del pantalón y el calcetín caído, la mano con el puño cerrado y el dedo pulgar asomando entre el dedo índice y el corazón, y aquella espalda como un oleaje de mansedumbre impostada, estaba siendo uno de los momentos más lúcidos de toda su vida. Y cuando acarició con la levedad de unas alas de mariposa el pelo lacio de Gregorio, concluyó, y ese pensamiento lo condujo a un sueño inexplicablemente tranquilo, que también uno de los más felices.

Muchas veces había claudicado ante la imposibilidad, ante lo inalcanzable del sueño. En ocasiones, el recuento de las monedas y los billetes que iba guardando en aquella caja de lata que tanto tiempo atrás, en otra vida en que reír parecía fácil, había contenido un dulce de guayaba cuyo aroma aún era capaz de intuir cuando la abría, como si el sudor presente en las monedas, las renunciadas que se habían quedado impresas en cada billete, las huellas de tantas manos, fueran incapaces de arrancar el perfume de lo auténticamente suyo, resultaba desalentador. En otras, por alguno de aquellos diminutos golpes de suerte, parecía que podría llegar a reunir la cantidad necesaria para tomar una decisión.

Porque ella había aprendido que las decisiones rara vez sirven de algo si no hay dinero para materializarlas. Los años transcurridos, las batallas perdidas, los golpes acumulados, el éxito fugaz, los amantes crueles, los pusilánimes, los cobardes, los desalmados y los botarates habían conseguido, entre todos, convertir su risa de muchacha instalada en una adolescencia permanente en una mueca en la que habitaba una decepción y una desesperanza que habían ido mutando hasta el escepticismo declarado.

Cuando sus sueños comenzaron a ser visitados por aquel sentimiento superviviente y por la culpabilidad clandestina, tomar una decisión no iba aparejada a la imposibilidad de reunir el dinero suficiente. La distancia era un mar pequeño, no un océano inabarcable. En el fondo, siempre había pensado que de un modo u otro encontraría el camino de regreso. Que con los años (pocos) se calmarían las cosas, principalmente en su propio

corazón, y emprendería una vuelta a casa con el aroma inconfundible del triunfo, con los bolsillos repletos de dólares americanos y una aureola inconfundible de reconocimiento, lisonjas y flores. Todo eso y el tiempo, que suele tener la virtud de suavizar las aristas, contribuiría a hacer mucho más fácil su decisión. La recibirían con entusiasmo. Todos. Ellos dos también.

Pero luego, cuando creía que, ya que no la fama, ni el éxito, ni las flores, sí que había reunido una pequeña cantidad (lo justo para poder comprarse un buen vestido, para hacerse con un caballito de cartón de balancín que veía en un escaparate cada tarde cuando acudía al pequeño teatro donde tenía un contrato, para pagar un billete), recibió una noticia demoledora que alejaba sus expectativas: primero la boda, que estúpidamente nunca había entrado en sus cálculos. También tuvo noticias de la viudez, y eso alimentó su esperanza, pero fue a suceder justamente en un momento en que (maldito bastardo, que no solo le robó lozanía en la piel y la ilusión en el alma: también se llevó consigo el dinero ahorrado, dejándole a cambio un mapa de cardenales que a duras penas consiguió ocultar con lo exiguo de sus vestidos en el escenario) sus reservas de dinero no le daban para nada de lo que había planeado. Y como parecía que la suerte definitivamente había decidido no ser su compañera en ninguna de sus decisiones, para cuando la caja de lata que al abrirse le traía de vuelta el delicioso aroma de las meriendas volvió a tener reservas, supo que no hallaría a la vuelta más que el vacío, porque al final parece que todo el mundo lleva escrito en algún renglón furtivo de sus decisiones que el retorno es el único itinerario que se transita para que el corazón encuentre acomodo.

Sin embargo, y a pesar de todas las dificultades que iba cosiendo la vida en torno al núcleo de sus sueños, tan oculto por su propia inconsistencia emocional, tenía la certeza impalpable de que algún día los relojes marcarían la hora. Y se cumpliría el sueño en que la visitaba, con errática frecuencia, alguien que le dejaba en los labios el sabor de la urgencia y la decisión de erigirse en protectora y salvación, como si solo ella tuviera en sus manos el poder de guardar de la muerte, la competencia de la venganza.

Clemenciano Santaclara contempló cómo el humo que salía de su boca, procedente de aquel habano con que acababa de obsequiarle Estanislao Pastor, dibujaba círculos perfectos en el aire. Era un ejercicio que, aunque no practicaba con mucha frecuencia, le complacía especialmente. El propio capitán, que fumaba el suyo con una apacible delectación, no era capaz, o temía no estar a la altura y por ello no lo intentaba, de dibujar en el aire las geometrías efímeras del humo con aquella precisión.

—Está muy tranquilo, y ya es raro, porque él siempre anda de acá para allá, pero esta temporada se le ve poco y está en casa, me consta, pero no lo olvide usted, querido Pastor: las peores tormentas vienen justo después de una quietud perfecta.

—Es cierto. Y mire, que yo siempre he sido muy de refranes y más de citar lo de que después de la tempestad viene la calma, pero tiene razón —admitió Estanislao Pastor, algo confuso—. Nada bueno presagia una tranquilidad aparente. Siempre hay que sospechar que se está cocinando algo. Y en el caso de sujetos como Emilio Mateo hay que ponerse siempre en lo peor. Piensa mal y acertarás.

—Tengo entendido que los anarquistas andan bastante perdidos en sus propios laberintos. Entre que se ponen de acuerdo, lo que no es muy fácil que suceda porque cada uno son de su padre y de su madre y de la piel del diablo todos ellos en su conjunto, y que el Gobierno está haciendo sus deberes adecuadamente...

—Dicen que en Montjuic están como piojos en costura. Y ya era hora, que

esto era un sindiós, y perdone la expresión. —Pastor no pudo evitar enrojecer hasta las orejas ante la mirada desaprobatoria del cura—. De todos modos, a mí el que me sigue preocupando, porque a nadie se le escapa esa labor de enlace que se trae entre unos y otros, y usted entenderá perfectamente que me ocupe el pensamiento de este modo, es Emilio Mateo. No puede tramar nada bueno.

—Por aquí viene con frecuencia, y pasa temporadas en casa de su hermana. Y yo sigo pensando que tuvieron a los responsables del atraco al Banco de España ahí escondidos, de aquella. Una pena que no los agarrara la Benemérita a tiempo.

Había algo de reproche, de crítica sutil en sus palabras. Los dos sospechaban que un par de años atrás, cuando los Solidarios se hicieron con el espectacular botín y se llevaron por delante la vida del director, que en según qué círculos ya había adquirido la categoría de casi mártir, algunos de los miembros se habían escondido en casa de Canor y Flora, a instancias, lógicamente, del hermano de ella, y tal vez del propio hijo de Canor, a quien don Clemenciano tenía enfilado desde que era un rapacín. Aún le hacía enrojecer de ira y de vergüenza que el pequeño lo hubiera llamado *comemienda* cuando intentó acercarse a él con la intención de bautizarlo sin que se diera cuenta: había visto asomarse al mismo diablo en sus ojos de niño de rizos y piel oscura, y sabía que una batalla entre el bien y el mal había empezado a librarse justo en aquel instante. Y no solo no había terminado todavía, sino que tampoco tenía muy claro de qué lado caería la victoria, y eso a pesar de la firmeza de sus oraciones, lo que le garantizaba la ayuda de Dios.

—No estoy tan seguro de ello, don Clemenciano. —Lo estaba. Estaba segurísimo, pero no tenía intención alguna de reconocer lo que sin duda había sido un enorme fracaso, y menos delante del cura, que había sido quien lo había alertado de la posibilidad de que algo sospechoso estuviera sucediendo en casa de Flora y Canor y quien, de forma más o menos explícita, llevaba recordándole desde entonces que tal vez no había obrado con la suficiente diligencia—. Lo cierto es que no pudimos encontrar ni una sola prueba que pudiera incriminarlos. Y me cuesta creer que alguien como Flora, a pesar de que ya no tiene nada que ver con la muchacha madrileña de extraordinarios

antecedentes familiares y de cuna sin tacha, pudiera ocultar a un asesino, por muy consentido que tenga a su hermano...

—Sé, y no le voy a decir por qué medios, porque comprenderá usted que en mi caso la discreción es un mandato divino más que una virtud humana, que a Mateo lo quisieron fichar los de los Solidarios, y que incluso quisieron que los acompañara en su huida a Argentina. Algo así no se improvisa.

—Lo llaman el Gatu. Milio *el Gatu*, y vive Dios que es escurridizo y silencioso como ellos. Pero no tendrá siete vidas, eso se lo garantizo. Y, más pronto que tarde, cometerá un error.

—Eso espero, capitán. Eso espero. No veo el día. Y Onel. Ese me parece aún más peligroso.

—De Onel Fernández no tenemos mucho donde rascar. Tiene amistades poco recomendables, sí. Pero como las tiene en otros ámbitos de la sociedad gijonesa. Nos gustaría, pero aún no podemos encarcelar a nadie por los libros que lee o la gente con quien habla.

—Todo se andará, amigo Pastor, todo se andará... —Clemenciano Santaclara parecía mirar mucho más allá de la pared del despacho de la rectoral y del retrato que aún mantenía, a pesar de que Pío XI llevaba varios años como papa, de Benedicto XV a caballo, cuando era obispo. Le gustaba especialmente aquella imagen: la fotografía se había tomado en el curso de una visita pastoral, y a Santaclara le gustaba identificarse con lo que tenía de rural aquel gesto.

—Dígame una cosa, Santaclara... ¿usted diría que Onel es invertido?

Clemenciano Santaclara volvió a chupar el habano, que ya tenía un cerco húmedo procedente de la saliva blanquecina del cura y de la fruición que le imprimía a las aspiraciones, antes de mirar fijamente al guardia civil.

—Pues ya me dirá usted a mí. Guapo, según dicen mis feligresas, que yo de la belleza de los hombres comprenderá usted que no puedo entrar en juicios, soltero y cantando por ahí en establecimientos de reputación dudosa. Sume usted dos y dos.

La cabeza les reventaba de dolor a ambos cuando la noche dejó paso a la mañana y la luz se fue haciendo dueña de los contornos del cuarto donde se habían quedado dormidos. Flora, en el piso de abajo, trasteaba por la cocina e intentaba no hacer demasiado ruido con las ollas donde ya había puesto a cocer les fabes para el pote del mediodía, en tanto que preparaba sopas de ajo para el desayuno de Canor. Ni Cuba ni los cambios que se habían ido produciendo en su vida habían eliminado de su memoria el sabor y el olor de las sopas de pan cocinadas en la lumbre de Amparo, su madre, el modo en que cocía el pan, partía en trocitos la hogaza del día anterior ni, sobre todo, el aceite en la sartenina más pequeña, los dientes de ajo partidos a la mitad, el revuelo gozoso del pimentón picante y la forma en que, al añadir ese refrito a las sopas de pan cocidas, convertían en una alegría rojiza y rebullente la pequeña tartera que Canor llevaba directamente a la mesa. Flora había aprendido a hacerlas con su suegra, y ponía tal atención en su ejecución que a veces él se sentía como si fuera un adolescente y volviera a casa después de una madrugada segando y la propia Amparo hubiera dispuesto una tartera con sopas de ajo, pobres y contundentes, y sentía que los ojos se le llenaban de agua. Sucedió con bastante frecuencia en los últimos tiempos, eso de emocionarse por no se sabía qué, como si su interior, que nunca se había caracterizado por lo anguloso ni los filos, se hubiera vuelto aún más tierno, más vulnerable, más propenso a la blandura.

Los dos, Onel y Gregorio, se habían despertado con las caras muy cerca y algunos hilos de baba que habían encontrado el modo de unirse en la

almohada. Gregorio se había sobresaltado y el intento de moverse rápido y evitar aquella extraña situación con Onel, que aún dormía respirando con fuerza, le había hecho ver que su cabeza no era tal, sino que era un dolor insoportable que tenía forma de cabeza, y por un momento sintió que eso tampoco era tan mala cosa: era el primer día en que un dolor diferente, más palpable, se imponía al otro dolor, el de la pérdida. Y dolía tanto aquella cabeza tan poco acostumbrada a los excesos alcohólicos que lo de Gadea parecía algo un tanto remoto. Algo secundario en lo que pensaría más tarde y por lo que sufriría después. Cuando aquel espantoso dolor de cabeza se diluyera.

Se lavaron ambos como los gatos, espantados entre sí por el olor que desprendían, procedente del alcohol expulsado en forma de sudor durante la noche. Y la propia Flora arrugó la nariz cuando entraron en la cocina, con el paso quedo, como si el simple hecho de colocar un pie y luego el otro constituyera no solo un esfuerzo ímprobo sino también un recordatorio doloroso.

—Cómo estáis, criaturas. A quién se le ocurre...

Canor había levantado los ojos del plato: la preocupación que desde la conversación con Onel en el camino del acantilado se le había instalado en el alma no parecía encontrar respuesta en el modo en que ambos muchachos (para él siempre tendrían esa condición por muy adultos que fueran) parecían apoyar el uno en el otro su propia y calamitosa resaca. Era evidente que Onel aún no había hablado con Gregorio.

Flora les preparó el brebaje que solía suministrarle a Emilio, y que ella misma había aprendido del que las criadas de la casa de su tío Nicolás en París le preparaban a este con mucha frecuencia en las mañanas que seguían a las fiestas. La mezcla de limón, miel, un plátano machacado y una infusión de hojas de menta precedía a un bocadillo de tocino frito.

—Mano de santo —les dijo a ambos poniéndoselo sobre la mesa—. No quiero ver ni una gota en el vaso ni una migaja sobre la mesa.

—Y hoy —Canor habló imprimiendo a sus palabras la tranquilidad que estaba lejos de sentir y el peso que habitualmente concedía a sus pensamientos —, hoy te vas a ver a tu padre, Gregorio. No le dije nada hasta ahora porque

Onel me pidió que así lo hiciera, pero ya es hora.

—Sí, tienes que ir —corroboró Flora—. Es tu padre, Gregorio. Además, hay que ser prácticos: en cualquier momento va a enterarse de que estás aquí. En Nozaleda todo se sabe, y no te extrañe que tu tío Clemenciano se presente en cualquier momento aquí, como tiene por costumbre.

Gregorio hizo un gesto en el que quería incluir que estaba de acuerdo en lo que decían y que en cuanto se le pasara aquel dolor de cabeza que milagrosamente parecía diluirse en el pan humedecido por la grasa calentita del tocino, agarraría al toro por los cuernos y se presentaría en casa de Honorino.

—Y luego iré a mi casa —dijo en voz alta, como si continuara la frase que solo había escrito en sus propósitos. Miró a Onel, que masticaba con aplicación, y fue aquella pausa, repleta de palabras sin decir, la que hizo que este lo mirara—. Estoy mucho mejor. De lo mío, quiero decir. Del dolor de cabeza no tanto.

Onel y su padre cruzaron una mirada en la que las confianzas de unos días atrás se actualizaron sin necesidad de palabras con los nuevos acontecimientos. Onel vio en su padre el apremio y la preocupación. Había también firmeza, y la confianza que ambos habían cultivado durante toda su vida. Las palabras no eran necesarias, porque sabían que más pronto que tarde la conversación con Gregorio tendría que producirse.

—Te llevaré a Gijón cuando quieras —dijo Onel—. Yo tengo que marcharme en un rato, que no me fío mucho de lo que haga Ramiro con el coche de don Arturo.

—Si te quedas en Gijón, acuérdate de que tienes que venir a buscarnos para la cena de mañana —apuntó Flora—. Tu padre dice que lleva la *xarré*, pero...

—Sí, ho. Vais a ir en la *xarré*... Taría bueno. Vengo a comer con vosotros y vamos por la tarde. ¿Emilio?

—Se marchó temprano —sonrió Flora, comprobando feliz que una vez más su remedio para la resaca estaba dando resultado—. Parece que por fin va a empezar a trabajar. En una imprenta en la calle Covadonga. Habrá que cruzar los dedos para que le dure.

Apenas se oyó el gruñido de Canor. A él también le parecía que ya iba siendo hora de que Emilio dejara de tomar la sopa boba.

—Yo no sé cómo te atreves a pisar esta casa.

Lo que no sabía realmente, Merceditas, era cómo aquella parte de sí que había resultado ser autónoma, independiente de su razón, el aparato fonador, había sido capaz de formular aquella frase con apariencia incluso de coherencia, cuando su cabeza era un torbellino y no tenía ni idea de dónde acabarían por colocarse los pensamientos que giraban a toda velocidad desde el instante mismo en que oyó que llamaban a la puerta y sintió el fastidio de tener que ir a abrir porque Visi había ido al mercado, y se encontró allí mismo a Gregorio.

—Aún no he pisado esta casa, Merceditas. Estoy fuera de la puerta, por si no te has dado cuenta. Y no entraré si tú no me das autorización para ello.

Merceditas, muy digna, giró sobre sí misma y caminó pasillo adelante, dejándole a él la decisión de entrar o quedarse fuera. Gregorio evaluó rápidamente la situación: estaba claro que era una invitación a entrar aunque se mostrase enfadada y despectiva. Si no quisiera que lo hiciera le habría dado con la puerta en las narices.

Sabía que Onel estaba en la Plazuela, aguardando por si acaso. Así habían quedado, después de que en varias ocasiones, cada vez que se arrepentía de su decisión de volver a casa y trataba de huir, su amigo lo sujetara y lo obligara a mantenerse firme en la decisión que había tomado. Las cosas hay que afrontarlas, decía Onel, aunque Gregorio ignoraba que estaba hablándose a sí mismo, buscando la fuerza donde no estaba seguro de que existiera, para su propia confesión.

Por agarrarse a algo y tratar de hacer pie en aquel vértigo en el que parecía haberse caído desde el instante mismo en que sonó el llamador de la puerta, Merceditas se había agarrado a lo más frágil que había en la casa: había tomado a Valeria en brazos y, curiosamente, ese gesto, la mirada preciosa de la niña y su rostro enmarcado por los rizos claros, le había dado el aplomo suficiente para que las ideas que viajaban a toda velocidad por su cabeza como si las azotara un vendaval encontraran hueco y, al menos de forma aparente, conseguir así hacerse dueña instantáneamente de una situación que, bien lo sabía, aún no había escrito ninguno de los capítulos que estaban pendientes.

—Verás... yo...

Él. Lo importante era él, claro. Él, que iba a empezar a hablar de sí mismo, de sus necesidades como hombre, lo que por lo visto decían todos. Que si se había sentido solo, que si ella tan ocupada con la niña había descuidado otros aspectos de su relación, que si...

Que si él supiera.

No lo escuchó. Oía que estaba hablando de una confusa historia en la que se mezclaban las excusas con las promesas de cambios fundamentales. Alusiones a lo complicada que es la vida y al valor de la renuncia (¿qué renuncia, de qué renuncia estaría hablando?). Propósitos de nueva vida. Algo acerca de una epifanía (¿los Reyes Magos?, ¿estaba hablando de los Reyes Magos?). Que lo había pensado mucho esos últimos días. Y que si Onel.

Onel. El nombre sonó en sus oídos como si se rompiera de pronto toda la cristalería que estaba en la vitrina del comedor. Así, entre frases, de todo lo que estaba oyendo, se quedó con una certeza: Gregorio había vuelto varios días atrás. Varios días. Llevaba en Gijón varios días y no se había dignado en acercarse a su casa. No era con ella con la primera que había hablado: su mujer, la única a la que había de rendir cuentas. Había estado, cómo no, con Onel.

Y entonces sintió la furia creciéndole por dentro y, al mismo tiempo, el imparable vómito, como la lava de un volcán desde las profundidades de sí misma, y apenas tuvo tiempo de soltarle a Valeria en los brazos a un sorprendido Gregorio que trataba de reproducir las frases que había

memorizado en los ensayos con Onel, y, mientras corría hacia el excusado del final del pasillo, se preguntó cuánto tardaría aquel botarate de Gregorio en darse cuenta de que estaba embarazada.

—No somos más que marionetas en manos del destino.

Esta frase tampoco era muy apropiada, y además, a poco que se analizara, era fácil descubrir las costuras de la contradicción que albergaba, pero era el tipo de sentencia que a Sefa Quintana le gustaba pronunciar mientras fumaba y entornaba ligeramente los ojos. Entonces, Liborio sabía que pensaba en su hijo perdido y en las decisiones que no supo tomar a tiempo.

Fuera por el destino, la casualidad o una alineación planetaria, la cosa era, y así les gustaba recordar en sus más pequeños detalles, que la celebración del fin de año y el comienzo del nuevo había traído consigo sucesos cuyo significado último se les escapaba, y ni siquiera las dotes adivinatorias de la gran Sefhine conseguían desentrañar lo que, muy bien se temían, terminaría por convertirse en los grandes misterios del comportamiento humano.

—Bueno, eso, y que no hay fiesta sin tarasca.

Liborio reía siempre con las ocurrencias de Sefa, pero en esta ocasión no se trataba de un tarascazo más. De eso habían tenido también en la fiesta de fin de año, que era lo que analizaban, claro, porque la señora esposa de uno de los más conspicuos concejales se había pasado con los espumosos —a los que no estaba muy acostumbrada— y había protagonizado unos minutos un tanto vergonzantes cuando decidió bailar sola entre las parejas que trataban de llevar el ritmo de un pasodoble y, en su entusiasmo danzante (ayudado sin duda por las copitas de anís a las que tampoco había querido renunciar a los postres, argumentando que eran el complemento perfecto para el azúcar), había levantado su vestido un poco más de la cuenta. El concejal le había

solmenado un bofetón que pasó desapercibido para casi todos los presentes excepto tal vez para Sefa y Liborio, que se miraron con cara de a ver si va a arder Troya, y también para Flora, que, sentada a la mesa, contemplaba a los bailarines con curiosidad, llevando el ritmo con los dedos sobre el mantel... La mujer del concejal debía de estar acostumbrada a las reconvenciones del marido, porque apenas se inmutó y continuó, más moderada, eso sí, bailando, aunque esta vez agarró a su marido y lo hizo bailar por todo el salón, sin que este pareciera tampoco muy afectado por lo que acababa de ocurrir, lo que confirmaba la primera apreciación de Liborio: seguro que formaba parte de lo más cotidiano de sus días y, por tanto, el último del año no iba a ser la excepción.

Desde su privilegiada posición habían asistido a las evoluciones de los distintos personajes a lo largo de la noche: desde las miradas de unos y otros (ellas valorando cualitativamente atuendos y peinados, atentas a la confección y la firma de cada uno, y ellos tratando de localizar entre los comensales presentes a aquellos que podían prestarse a conversaciones destinadas a favorecer los intereses propios fueran estos de la naturaleza que fueran) hasta el momento en que se produjeron los acontecimientos que solo quien tenía las claves para su lectura, o fue capaz de relacionar situaciones, habría podido entender. Y apenas así.

Liborio, tenía que reconocerlo, se había perdido algunos de los pequeños detalles, porque desde que Flora apareció por la puerta acompañada de Canor, y de Camila y su marido, la dirección de la mirada no encontraba más destino que la serenidad de aquel rostro que a fuerza de pensarlo se había convertido en una parte ya de su paisaje interior. Y aquel día estaba tan guapa. Sefa Quintana le había dado un codazo para advertirlo de que tal vez se estaba pasando en la forma en que la miraba.

—Va caésete la baba, bobu.

Pero era inevitable. Flora se había quitado el abrigo de paño de color verde botella que se había hecho ella misma, y que entre las mujeres de Nozaleda había causado sensación, y se había quedado con un bonito vestido de color malva, también cosido por ella, que, sin necesidad de dejar los brazos al aire, lo que no terminaba de parecerle propio, permitía intuirlos a

través del tul negro, que había sido cuidadosamente bordado con ramos de flores. Hacía ya algún tiempo que Flora había renunciado a mostrar su melena, y habitualmente llevaba el pelo recogido en un moño, pero ese día, a petición de Camila, había dejado que parte de aquellos mechones ondulados cayeran sobre los hombros. Ella, por su parte, había optado por un vestido de lamé dorado con flecos y la melena corta y geométrica. La entrada del grupo había sido muy comentada, y, a lo largo de la noche, las más notables damas de la ciudad habían encontrado el modo más o menos disimulado para acercarse a ellas y conocer de primera mano qué modista había hecho aquellas maravillas.

Estar tan pendiente de Flora no le había impedido a Liborio comprobar que finalmente Estanislao Pastor había acudido a la cena acompañado de una muchacha de una belleza morena muy llamativa, y que rápidamente fue fichada por Sefa Quintana.

—Ye puta. Muy fina, eso sí, y buenos perres tien que haber pagao el civilón por ella. Una de les nueves de Agustina *la del Fomento*, y creo que pa más señes ye maña.

Lo que suscitaba la atención de Liborio no era tanto el modo en que la muchacha, de modales aceptables y vestida con un lujo impresionante para la ocasión, aunque quizá el excesivo depilado de las cejas terminara por delatar su oficio, concitaba también las miradas, sino, y esto era lo sustancial, que la mirada de Pastor no dejó de explorar la estancia como si buscara a alguien. Y sí: justo cuando vio la mesa donde se hallaban Canor, Camila y Flora, y el propio Emilio, que llegaba apresurado después de pasar la tarde por las tabernas de Cimavilla, pareció respirar aliviado.

El otro eje de la atención de Liborio, aparte del interés menor que le suscitaban los movimientos de los prohombres de la ciudad y sus respectivas señoras, y a través de los cuales (y del conocimiento previo de que disponía por muchas razones) no era difícil concluir de qué manera podía conducirse el mundo de la política local y los negocios de la ciudad en los meses sucesivos, estaba en la mesa que aún permanecía vacía: la que iban a ocupar su sobrino Gregorio y su esposa Merceditas. Un par de parejas de amigos con quienes compartirían cena pululaban por el salón como si aguardaran la llegada de los últimos comensales para incorporarse a la mesa.

Su aparición pasó un tanto desapercibida en medio del barullo por ocupar las mesas asignadas, las idas y venidas para dejar los abrigos, los saludos y las copas de jerez con que se había ido despachando el aperitivo. A Liborio, sin embargo, no se le escapó el aspecto de Merceditas, que estaba claro que no había requerido los servicios de una peluquera y se había arreglado ella el pelo como había podido y más mal que bien. Su vestido no era el más adecuado para una fiesta de aquellas características, y parecía que, sin tiempo para planear ese acontecimiento y contratar los servicios de una modista adecuada, había pedido que le hicieran algunos arreglos que convirtieran en festivo un vestido de color gris perla que no solo resultaba poco apropiado, sino que además parecía sobrarle por todas partes. Y es que Merceditas había perdido peso, estaba demacrada, y la palidez de su rostro fue muy comentada entre los comensales. Llegó aferrada al brazo de Gregorio y se pasó la cena picoteando como un gorrioncillo, participando a medias de las conversaciones y con un nerviosismo más que evidente cada vez que, pasados los postres, Onel se acercaba a su mesa, o era el propio Gregorio el que se iba a la mesa de la familia de Canor y Flora para charlar animadamente con ellos. No se le escapó el enorme cariño con que tanto Canor como Flora trataron a su sobrino. Parecían felices de verlo allí, y Liborio pensó que se alegraban de que hubiera vuelto de Madrid, sin imaginar siquiera que había pasado varios días en su casa, retornado clandestino, mientras su corazón se aliviaba de todo el tormento que había pasado.

Fue después de las uvas, cuando volvían a la sala tras haber presenciado el espectáculo pirotécnico, que había suscitado toda clase de elogios porque había hecho teñirse de colores el cielo del muelle.

—¿Qué dices, ho? ¡Ven aquí!

Onel y Gregorio se agarraban sin que nadie acertara a saber por qué. Rodaron por el suelo como dos críos; los invitados se apartaron; Merceditas empezó a llorar y no dejó de hacerlo hasta que se vio en la calle, poniéndose el abrigo, mientras huía en mitad de la noche en dirección a su casa.

Liborio no pudo saber nunca cuál había sido la razón por la que los dos amigos habían elegido aquella noche en concreto para zurrarse de lo lindo, y hacerlo además ante la flor y nata de la sociedad gijonesa. Tuvo bastante con

tratar de quitarle importancia ante Canor, su amigo del alma, que se moría de vergüenza por el bochornoso espectáculo protagonizado por su hijo, y de paso quitársela ante sí mismo. Tampoco importó demasiado, porque al poco rato, entre la euforia del baile y el nivel de alcohol en sangre, quien más y quien menos había olvidado el episodio de la pelea, breve por otra parte, porque enseguida fueron separados por Liborio, por Canor y por Estanislao Pastor, que amenazó con sacar su arma si no se dejaban de tonterías.

Que su sobrino, todo un médico, se enzarzara en una pelea infantil y degradante solo podía atribuirse a que tal vez la graduación de las bebidas era bastante más alta de lo recomendable. O a que aquellos dos, los mejores amigos del mundo, habían tenido que solventar —y lo habían hecho como correspondía, a hostias— un asunto que solo a ellos concernía.

El principio de aquel año había sacudido la vida del extraño triángulo formado por Onel, Gregorio y Merceditas, pero no fueron ellos los únicos que descubrieron que ya nada sería igual en adelante. Flora vio cómo el nivel de angustia, que mantenía a raya porque desde siempre había sabido entrenar adecuadamente su serenidad, se elevaba por encima de lo que podía considerar aceptable: la presencia insoslayable de Estanislao Pastor en la fiesta, sin que supiera muy bien por qué razón, había conseguido atravesar el muro de cristal, protector y defensa, y se había colocado en el preocupante territorio en que los gestos, las miradas y ese algo indescifrable que fluye entre las personas acarreado informaciones invisibles y, sin embargo exactas, se convierten en amenaza.

Incapaz de preocupar a Canor, y persuadida de que a pesar de los pesares aquello eran figuraciones suyas, Flora siguió masticando su preocupación y algo que empezaba a parecerse ya al miedo y que provenía del óxido que flotaba en la mirada acuosa y sin sosiego de los ojos de Estanislao Pastor en el instante brevísimo en que hubieron de saludarse. Ella incluso había sonreído tratando de que ni un solo átomo del nerviosismo que sentía se colara cuando, en presencia de Canor y Camila (Emilio había emprendido una rápida retirada, muy interesado de repente por comentar algo con Liborio en cuanto vio que el guardia civil y su hermosa acompañante se acercaban a saludar), Estanislao Pastor hizo bromas acerca de cómo una ciudad tan de provincias como Gijón podía alcanzar niveles de distinción similares a las fiestas de «nuestro Madrid del alma». Esa inquietud, el desasosiego emboscado en algún

rincón secreto, ya no se la quitaría nunca de encima.

En esas estaba, dándole vueltas a esos pensamientos que amenazaban con estrangularle la sonrisa y pintar manchas en la paz tan trabajosamente conseguida, cuando volvían a casa por la mañana, recién amanecido el año, con el sabor en la boca aún del chocolate con churros con que había obsequiado el hotel a los escasos huéspedes que se habían quedado a dormir y con el recuerdo de la fiesta y sus circunstancias. No parecía haber helado gran cosa, y, mientras avanzaban hacia Nozaleda, con un silencioso Onel al volante, que no había querido hacer comentarios acerca de la pelea con Gregorio (en realidad nadie le había hecho ningún requerimiento al respecto), un sol tímido bendecía una costa que pronto abandonaron para adentrarse en la carretera destartalada que llevaba al pueblo. Inesperadamente los acompañaba también Emilio, que a pesar de los pesares y de la desaparición que había protagonizado poco después de medianoche, seguramente para continuar de farra con sus amigos, parecía haber madrugado para volver a Nozaleda. O a lo mejor ni siquiera había dormido todavía.

Nada les hacía presagiar que la última sorpresa del año nuevo los aguardaba en su propia casa, y en lugar de estar envuelta en papel celofán y con un lazo de terciopelo, la encontraron arrebujada en una manta, adormilada bajo el sol que empezaba a acariciar la mañana. El ruido del motor la sobresaltó y los viajeros, que comenzaban a encontrar la forma de salir del coche y estirar las piernas y recomponer el cuerpo, se quedaron atónitos ante la visión que tenían ante sus ojos: se trataba de una mujer muy joven, con el pelo oscuro, una palidez advenediza en un rostro que no parecía acostumbrado a ella y la noche secuestrada en los ojos.

Por un momento pensaron que se trataba de una mendiga, pero no era ese su aspecto, a pesar de las horas que llevaba encima, los días de viaje, la llegada a la estación del Norte y su deambular por las calles tratando de orientarse hasta que alguien le explicó que Nozaleda estaba fuera de la ciudad, que era algo que ella ya imaginaba, pero no sabía que los kilómetros hasta llegar allí iban a llevarle un par de horas, entre otras cosas porque se había equivocado en un cruce y había acabado en El Lloredal creyendo que estaba en su destino. De no haber sido así, seguramente se habría cruzado con el

coche que por la tarde conducía a la familia hacia Gijón y se habría evitado llegar a una casa vacía, llamar a la puerta y tener que establecer una relación de amistad y confianza con el Sultán, el perro pastor, que de entrada había proferido alarmantes ladridos. También se habría evitado la sensación de angustia, de preguntarse y ahora qué hago yo aquí, unida a toda clase de reconvenções, de sentirse tonta, de haber iniciado una aventura que había resultado tener un final extravagante, de haber cruzado todo un país para llegar a ninguna parte. En esas estaba cuando por el camino, alertada por los ladridos (y en realidad porque a través de los visillos de la cocina la había visto pasar arrastrando su maleta y su cansancio y se preguntaba quién podía ser y qué podía buscar aquella muchacha forastera en la casa de Canor y Flora), apareció Marta, la vecina más cercana, frotándose las manos en el mandil y arrebujándose la toquilla de ganchillo. Que sí, que sí, que no estaba confundida, que como le habían dicho a la entrada del pueblo aquella era la casa donde vivía Emilio Mateo, el hermano de la maestra, que sí, que no estaban, que habían marchado hacía un rato, que tenía que haberse encontrado con ellos, en un coche muy bonito, que, claro, si venía de El Lloredal pues no, no se habrían podido cruzar, que si de dónde era, que tenía un habla que no era de por allí, que de Córdoba, vaya, una de las ocho provincias de Andalucía, junto con Almería, Jaén, Sevilla, Granada, Málaga, Cádiz y Huelva, sí que se lo sabía muy bien porque con Flora, la hermana de Emilio, estudiaban esas cosas, bueno, en realidad iban a coser y a hacer ganchillo, que aquella toquilla que llevaba, así, como nevadina, como si tuviera copos de nieve grisácea entre el negro de la lana, la había hecho con ella, pero que también aprendían cosas, que ella, sin ir más lejos, había aprendido a leer y a hacer cuentas, que de nena no había podido porque venía de una aldea que, pero vaya, que estaría muy cansada, que se viniera a su casa, que no volverían, si es que lo hacían, hasta muy tarde, pero que lo más seguro sería que se quedaran en Gijón, porque don Liborio, el hermano de don Clemenciano, el cura, que era muy amigo de Canor, el marido de la maestra, que, a ver, Canor era el marido de la maestra, de Flora, la hermana de Emilio, y el que era amigo suyo era don Liborio, no el cura, que no es que ella dijera que se llevara mal con el cura, no, eso no, aunque bueno, era, pues... como era, pero con los curas uno no se

lleva ni bien ni mal, se les tiene respeto y temor de Dios, aunque creía, Marta creía sinceramente, que lo del temor de Dios igual era otra cosa, y que qué guapa era cuando sonreía, qué ojos tan negros, que por allí, la verdad, ojos así no se veían, y que no fuera tonta, que la acompañara a su casa, y que tomara algo, que había hecho una sopa de gallina, porque otra cosa no, pero caldo ella siempre tenía, y un caldo entona el cuerpo, las cosas como son, y que cómo iba a quedarse allí esperando, que lo mismo hasta el día siguiente nada de nada, una cena, sí, una fiesta de fin de año, que son esas cosas modernas que hacen en la ciudad, aquí toda la vida, como mucho, echar los santos y comer unos casadielles, que también tenía alguna, y que, mujer, cómo iba a quedarse allí.

Pero se había quedado, y Marta había vuelto una hora más tarde, ya anochecido, con un cuenco tapado con una servilleta de la mantelería de punto de cruz que habían hecho en las tardes con la maestra, con una sopa humeante y tres casadielles que parecían acabadas de freír por lo calentitas que estaban, envueltas en papel de estraza. Y con una manta. Y de nuevo la súplica, que si cómo te vas a quedar ahí, mujer, que por lo menos dejara que la ayudara a mover el banco de la antojana más hacia la puerta, que estaría un poco más resguardada, y que menos mal, que al menos parecía que no iba a xelar...

Flora se volvió al coche para despertar a Emilio, que se había quedado dormido y no había tenido fuerzas para salir una vez que el coche se había detenido, para informarlo de que había una chica morena en el banco de la antojana.

No tenía ni idea de qué le podía estar hablando, pero mejor salía del coche y continuaba en su propia cama aquel sueño dulce que le había atrapado cuando ya estaban llegando.

Solo que los ojos se le abrieron de golpe y el sueño huyó a toda velocidad.

Era Rocío, su Rocío, aquella muchacha cordobesa del sindicato del campo, bracara y elemental, con el cuerpo rotundo, las caderas anchas proclamando maternidades, las curvas marcadas, la sonrisa inmensa y los ojos deshechos en nocturnidades y en besos. Rocío, que había hecho suyas las ideas de Emilio y se había sometido a su criterio sin considerar siquiera que cualquiera de las suyas propias pudieran tener valor alguno. Se había bebido sin pararse a cuestionarlos ni un instante los planteamientos ideológicos de

Emilio, que por otro lado estaban muy bien considerados y entusiásticamente aplaudidos por los miembros del sindicato, y consideraba una suerte que alguien tan listo como él, con tanta vida y tanto mundo, viajero incansable, portador de consignas y de planes, manifestara aquel interés por ella, le encantara comer lo que ella cocinaba, sus papas con conejo y los canutillos de crema y fuera cordial y respetuoso con su padre, y, aunque jamás hablaran de boda, porque ellos eran anarquistas y el matrimonio un invento burgués, que esto lo había aprendido ella muy bien de tanto oírlo, sentía que para Emilio era alguien verdaderamente importante. Tanto que, a pesar de que no se atreviera a decirlo en voz alta, en las largas noches, que aún se estiraban más hasta que parecía que las horas tenían más de cien minutos, y cuando el amanecer había huido, a la almohada le decía muy bajito que era su mujer, que era la mujer de Emilio, la compañera de su lucha, y el descanso de sus batallas. Ese y no otro era su papel...

Su niña Rocío allí, ante él, descolorida y con la madrugada tatuada en el gesto, corriendo a lanzarse a sus brazos.

—Año nuevo, vida nueva

—Estás borracho, Gregorio.

—Pues anda que tú.

Habían dejado atrás los acordes de la orquesta y los movimientos de los bailarines, los respetables efluvios del alcohol (pues respetables eran quienes los emitían) y el fragor de las conversaciones, las felicitaciones, el entusiasmo alborotado de la celebración que ya había olvidado el incidente de los dos amigos rodando por el suelo, entre otras cosas porque después de aquello había habido una sonora bronca entre dos señoras en la entrada de los servicios a propósito de un juicio que la una emitió sobre la otra acerca de la cantidad de colorete que llevaba en el rostro y si el origen de este era cosmético o porque ya la había visto empinar el codo un poco más de la cuenta. No se habían quedado ni siquiera para que Onel interpretara las canciones que había previsto cantar en algún momento de la noche, y eso que las había estado ensayando, incluso en medio de la zozobra de los últimos tiempos. Estaban las cosas como para cantar.

Después de días callando aquel secreto que crecía como un magma dentro de sí, había encontrado el valor para hablar con Gregorio, aunque no la ocasión, que había resultado ser más bien desastrosa. Ambos fumaban en el exterior minutos antes de la medianoche. Su silencio, roto solo por las aspiraciones del tabaco, contrastaba con el bullicio que venía del interior, una algarabía de gente preparándose para aquel ritual, absolutamente novedoso para la mayoría, de comerse las doce uvas coincidiendo con las doce

campanadas que sonarían en el gran reloj de pie, un artefacto que llegaba casi hasta el techo y que habían tenido que revisar con cuidado para asegurarse de que, efectivamente, llegado el momento, cada una de las campanadas resonaría con fuerza en todo el comedor. Aunque habitualmente el sonido estaba amortiguado, gracias a los oficios del mejor relojero de la ciudad, en una noche así de extraordinaria, recuperarían el sonido original.

Onel no quería que se cerrara el año sin confesarle a Gregorio lo que había sucedido. No podía dejar que entre ellos, como un fantasma pavoroso, creciera el secreto, porque sería un veneno y mataría. Y Merceditas, por lo que parecía, había optado por quedarse callada y esperar que el tiempo extendiera un manto de confusión y de ignorancia que arreglara las cosas sin más. Como si fuera posible.

Por eso se lo dijo, allí, un par de minutos antes de que empezaran a sonar las campanadas, un par de minutos antes de que el año terminara, quiso que se llevara en su muerte, en el sepelio de los días transcurridos, la confesión, la de aquel día, cuando sucedió lo que no debería haber sucedido, la tarde en casa de Merceditas consolándola de la carta que había recibido, escrita tan a la ligera, compréndelo, Gregorio, el amor no te dejaba ver el daño que podías estar haciendo, la euforia emocional, el arrebató, y allí estaba ella hecha un mar de lágrimas, y furiosa, y allí estaba él, abrazando su desconsuelo, y tan triste también, pero esto no se lo dijo, le habló solo del dolor de Merceditas, pero ocultó el suyo propio, aquel desconocido e implacable, que también se traducía en algo cercano a la ira, al abandono, a la traición, y mientras se preguntaba por qué sentía eso, el cuerpo de Merceditas se pegaba a él, y no sabía, no supo, aquella piel que Gregorio habría acariciado tantas veces, tan extraño aquello que sentía, pero de eso no le habló porque ni siquiera sabía explicárselo a sí mismo, solo le habló de que había sucedido, de la tristeza, del enfado, de que tratara de entender a la mujer, en qué estado se encontraba, si hasta la había encontrado bebiendo, que no sabía lo que hacía, y no, que él tampoco, que no supo, que no tenía perdón, pero que si le dijera otra cosa estaría mintiendo, que había sucedido, y no añadió que, oye, después de todo, tú eras el que estabas viviendo una historia con Gadea, tú eras el que acababas de anunciarle a Merceditas de forma más o menos clara que ibas a

abandonarla, que el despecho, que... y sí, que lo de ella tenía explicación y hasta perdón, pero no lo suyo, que él era amigo, que no sabía cómo no había podido sobreponerse, y que, por favor, dijera algo, que le rogaba que lo perdonara, y Gregorio solo dijo, bueno, no importa, no importa, son tantos los pecados que tengo que ir pagando, no importa, aunque ahora se me multiplique todo el dolor y haya una rabia creciendo por dentro que tampoco puedo entender, que eres mi amigo, coño, los amigos no se hacen eso. Y entonces, la puerta abriéndose, Merceditas con una copa con las uvas de su marido, haz el favor de entrar, que es la hora, hay que comerse las uvas, sin darse cuenta de que ya habían hablado, de que Gregorio sabía lo de aquella tarde, tratando de vivir como si nada hubiera sucedido, como si los meses de soledad no hubieran sido sino un rato que Gregorio había pasado metido en su consulta y la vida se hubiera quedado quieta mientras caían una tras otras las hojas de un almanaque de dolor y de abandono.

Solo cuando sonaron los aplausos, entre las toses de los que se habían empañizado tomando las uvas al ritmo de las campanadas, y alguien dio el pistoletazo de salida para contemplar los fuegos artificiales que Liborio había contratado, Onel tomó del brazo a Gregorio, que trataba de digerir, con el sabor de las uvas en la boca y el exceso de alcoholes que había ido acumulando en el estómago, la revelación que le había hecho su amigo.

—Hay algo más, Gregorio. —En el aire estallaron los primeros castillos y un *ohhhhhh* generalizado subrayó las luces de colores—. Merceditas está embarazada.

Y entonces, el primer puñetazo, que aunque no hizo impacto, pilló tan de sorpresa a Onel que lo hizo caer al suelo, pero como en el último momento logró agarrarse a la chaqueta de Gregorio, ambos cayeron y consiguieron que el público dividiera su atención entre el comentario del magnífico espectáculo pirotécnico que acababan de presenciar y lo extravagante de ver a aquellos dos amigos peleándose en el suelo practicando una coreografía aprendida de niños y que sus vidas, ajenas a las pendencias y a las camorras, no les habían dado a ninguno de los dos la ocasión de actualizar y perfeccionar.

—Y ahora qué, Emma Bovary.

Esto lo dijo en voz alta, tal vez porque necesitaba que alguna de las palabras atropelladas que circulaban por su cerebro vertiginosas y mortales, salieran, se escribieran en el aire, desalojaran de su cabeza la locura en que estaba viviendo.

Ese idiota de Onel, qué tenía que decir él, hombre, si a lo mejor no llegaba a nada, si no hacía más que vomitar y vomitar, y los disgustos y las preocupaciones dicen que no son buenas, quién quitaba que no lo perdiera, y entonces Gregorio no tenía por qué enterarse. También había pensado en quitárselo, pero no quería confiarle a nadie, que esas cosas se saben luego, solo Onel, solo se lo había dicho a él, y había quedado de enterarse, sería traidor, decírselo a Gregorio, como para fiarse de él, que se iba a enterar, dijo, que trataría de ayudarla si estaba decidida a hacerlo, pero que tenía que pensarlo muy bien, que algunas mujeres se morían, y tanto, ya lo sabía ella, menuda escandalera el año anterior cuando la hija de un notario de la plaza del Carmen había muerto, de una neumonía dijeron, ya, si todo el mundo supo que el novio la había preñado y que ella, aterrorizada ante la posibilidad de tener que contárselo a su padre, del que se decía que le gustaba mucho sacar la pretina a pasear, y así andaba a veces su mujer con la cara marcada, y los hijos lo mismo, la chica, la pobre fue donde una que arreglaba esas cosas y cogió una infección, allí encima de la mesa de la cocina, se contaban cosas tan terribles, pero el imbécil de Onel la había traicionado, qué se podía esperar de ese mentecato, y ella, ella nunca se lo perdonaría, cómo pudo hacer nada

con él, porque estaba borracha que si no, de qué, qué más daría que tuviera aquel cuerpo si apenas sabía qué hacer con él, si porque ella hizo, que él apenas se había movido, y encima hasta le bajó el alma a los pies porque precisamente cuando ella inexplicablemente estaba alcanzando aquello que sus amigas llamaban la delicia, y que solo en muy contadas ocasiones había sentido, a Onel le había dado por arrepentirse y había musitado el nombre de Gregorio en mitad de una especie de sollozo. Y ahí mismo, en ese instante de arrepentimiento de ambos, él pronunciando el nombre de su marido y ella petrificada y volviendo a la realidad en el instante mismo, había tenido la providencia la gracia de que se quedara en estado. Una sola vez y ya: una desgracia para siempre. Estaba claro que Dios existía y sabía cómo castigar a los que pecaban.

Y ahora qué, Emma Bovary, qué va a pasar ahora.

Pensaba en la pelea iniciada en el hotel y de la que ella había salido huyendo apenas recuperó su abrigo, sola, por la noche, atravesando la calle San Bernardo, después de pasar por delante del ayuntamiento, hasta llegar a la plaza del Mercado, y seguir luego por Menéndez Valdés siguiendo las vías del tranvía, haciendo que sus tacones golpearan en los hierros, tan rara aquella soledad, tan ajena a la fiesta que acababa de dejar atrás, apenas nadie celebrando la llegada del nuevo año, eso son costumbres de afuera, a esa hora algunas luces en algunas ventanas, muy pocas, y ella caminando a toda prisa, haciendo sonar sus pasos como única compañía, corriendo un poco asustada porque a la altura de la perfumería surgieron tres hombres oscuros, trastabillantes y la llamaron guapa y que qué hacía tan sola, y llegar a su casa y quitarse los zapatos en el portal para no hacer ruido en la escalera de madera, descalza, con el corazón estrangulado en la garganta por las náuseas y por aquel revoltijo de sensaciones en que vivía instalada desde que Gregorio empezó a desordenar su existencia, con lo fácil que era todo, una vida confortable, una casa maravillosa, una hija adorable. Solo él, Gregorio, había puesto todo patas arriba, la había abocado a la perdición y a la desgracia. Era todo culpa suya. Y por un instante, mientras entraba en su dormitorio tratando de no hacer ruido para no despertar a la niña ni a la criada, que ocupaba el cuarto del fondo y a quien no tenía gana alguna de ofrecer ningún tipo de

explicación acerca de su apresurada (y solitaria) vuelta a casa, se le cruzó por la cabeza una idea inesperada: tal vez la pelea entre Onel y Gregorio se habría prolongado. Y en su fantasía (a veces le pasaba que imaginaba situaciones posibles con toda clase de detalle) Gregorio resultaba muerto y Onel, con un poco de suerte, iría preso, incluso podrían condenarlo a muerte, y ella podría ser una viuda reconocida y respetada madre del hijo póstumo del doctor Santaclara, trágicamente muerto a manos de su mejor amigo. Hasta los titulares del periódico veía ya. Hasta su foto borrosa en el funeral, de riguroso luto, destrozada y doliente.

Y se descubrió dando por deseable esa opción, que, bien mirado (Emma Bovary, tú qué dices), era la mejor. Mentalmente calculó su situación financiera, no muy buena, cierto, pero contaba con el fallecimiento próximo de su tía Leonor, que andaba regular de salud, y se sabía heredera universal, con lo que podría vivir estupendamente sin tener que aguantar el oprobio que se le venía encima. Por no hablar de la herencia de Gregorio, que sería importante a la muerte de sus padres y pasaría a Valeria directamente.

Porque ya estaba todo perdido. Solo había algo que explicara la pelea entre Onel y Gregorio, y eso era con toda seguridad que el idiota de Onel le había contado a su amigo lo que había ocurrido y las consecuencias. Y salvo que hubiera habido suerte y se hubiera producido un óbito fatal (así figuraría en la información del periódico, Merceditas ya lo estaba viendo), no veía qué futuro le esperaba que no tuviera un color más negro incluso que el del improbable luto.

Todo era culpa de Gregorio. Y de Onel. Ella solo una víctima que había querido tener una vida sin sobresaltos, ser la esposa perfecta del perfecto doctor, con su perfecta hija y su perfecta casa, pero entre los dos habían tenido que estropearlo todo, entre los dos, con esa camaradería suya que la excluía de forma que por momentos dudaba de quién estaba casado con quién, porque Onel y Gregorio siempre parecían tener un mundo aparte e inaccesible, un territorio vedado para ella.

Ya está todo perdido, Emma Bovary, le dijo Merceditas a su imagen macilenta en el espejo, a ver qué haces ahora, maja, porque lo del veneno ya te digo yo que no, que bastantes vómitos tengo con este (en la parte más oscura e

inabordable de su pensamiento no pudo evitar que se le cruzara la más literal de las acepciones de «con este hijo de puta») como para envenenarme y morir de esa manera.

No había muchas opciones, y no sabía muy bien cómo salir de aquel monumental problema. Igual debería ir pensando una buena historia para conseguir que su tía Leonor la acogiera de nuevo, porque parecía claro que si Gregorio tenía sangre en las venas (y la posibilidad de que no fuera así, bien mirado, era casi lo único que podía salvarla) la iba a arrojar a la calle como una adúltera, sin contemplaciones. A casa de sus padres no volvía ni loca, y solo cabía la posibilidad de encontrar una buena historia que pudiera enredar a su tía en un laberinto de confusión y mentira, indescifrable en aquellos tiempos en que la enfermedad ya no le permitía grandes esfuerzos a la hora de pensar y de actuar.

Eso, o que la pelea entre Onel y Gregorio se saldara de un modo favorable. Con Gregorio muerto, Onel condenado y su honor intacto.

No era el caso, sin embargo.

Después de aquella extraña pelea, ambos habían sido reconvenidos por Liborio y Canor, como dos niños pequeños a quienes sus padres obligan a hacer las paces después de una zorra infantil. Era innecesario, y eso lo aseguraron los dos al estupefacto tío de Gregorio y al padre de Onel, que, conocedor de los motivos que sin duda alguna los habían llevado a aquella situación, notaba cómo el corazón latía con una violencia desacostumbrada y comprendía que eso de tener hijos, lejos de tener un fin en el capítulo de desvelos y preocupaciones, habría de prolongarse mientras ambos mantuvieran su condición de padre e hijo, lo que venía a ser, para abreviar, hasta la muerte de cualquiera de los dos.

—Vamos a dar un paseo por el Muro —dijo Onel mientras se palpaba el cuerpo comprobando no se sabía si el estado de su ropa después de rodar por el suelo o el de sus huesos—. Y no os preocupéis, que ahora lo que necesitamos es hablar.

Hablar, eso exactamente habían hecho durante toda la madrugada, testigos de cómo las nubes negras sobre el cielo, con el concurso de un viento leve, dejaban huecos por los que se asomaban algunas, muy pocas, estrellas, de cómo volvía a oscurecer y a sumirse en la negrura lo que los rodeaba, apenas rota la oscuridad por la tristeza lumínica de alguna farola, hasta ver cómo las primeras luces de un amanecer intuido más que real pugnaban por vencer la tiniebla en la que ellos mismos peleaban por evitar el naufragio de sí mismos, de lo que habían sido, de lo que ya, sin duda, iban a ser para siempre. Con

palabras habían cosido en una misma costura el dolor de uno, el pánico del otro, el arrepentimiento de ambos, la última noche con la primera mañana, la muerte y la vida, palabras que curaban, que analizaban los pasos dados, que construían el futuro acodado en un presente confuso e inexplicable, palabras para recomponer lo que eran, que escarbaban en la tierra y sacaban de lo profundo lo inconfesable, palabras para explicar sin llegar al compromiso de nombrar, para saber de qué forma la vida se enrosca sobre sí misma, lo raro que es vivir, lo complejo.

Palabras vestidas de reconocimiento, como si al mirarse cada uno en el espejo del otro fueran uno pero distinto, la imagen misma de una dualidad imposible, y, sin embargo, únicos. Y hablaron de Merceditas, y de Gadea, pero hablaban de ellos, de los asuntos del corazón y del corazón que palpita en los asuntos, sin que hubiera mucha distancia, porque eran los mismos, entre los niños de Nozaleda y los adultos en que la vida los había ido convirtiendo, de modo que cuando el sol de invierno se asomó desafiante por la Providencia, los encontró sentados en el borde mismo del muro con la marea, espuma y burbujas de día recién nacido, a punto de rozarles los pies y el frío domesticado al otro lado de los abrigos de grueso paño.

Para cuando decidieron desentumecerse y abandonar el vaivén de las olas, que en su empeño de amanecer el año dando muestras de su vigorosa existencia empezaban a golpear con violencia el muro, algunas cosas habían quedado claras. Algunas certezas con carácter absoluto se habían mantenido a flote en la sobredosis de palabras, y emergían con la vehemencia de las resoluciones, con el ímpetu y la robustez de lo eterno. Floreciendo como las primeras violetas de una lejana pero prometedora primavera, algo brotaba de aquel abrazo de camaradas que pasan el uno el brazo sobre los hombros del otro y se produce la metáfora de la confianza, el entendimiento, el apoyo. En aquel gesto que prolongaron hasta que, después de pasar por las casas de Veronda, subieran calle Caridad arriba, y de ahí a Marqués de Casa Valdés y a Ruiz Gómez hasta llegar al portal, justo al lado de la plaza Evaristo San Miguel. Faltaba muy poco para que llegaran las primeras lecheras, y la calle, en una jornada festiva, era un silencio que empezaba a clarear. Había un bulto sobre uno de los bancos de la plaza, seguramente algún borracho que había

encontrado acomodado a los vapores de quién sabe qué colección de naufragios y derrotas de las que no caducan con el fin del año y se enlazan sin remedio con los que vendrán. Y ellos dos, extrañamente felices, notaron el frío y trataron de combatirlo abrazándose en la entrada del portal en una despedida que también era encuentro.

Fue entonces, y fue leve, como si una mariposa hubiera batido sus alas entre ellos: en mitad del abrazo, las caras de ambos encontraron la forma de girarse, quién sabe si para prolongar el abrazo en justa simetría en el otro hombro, y los labios, quizá acostumbrados a los besos de niños, a los chasquidos sonoros en las mejillas con que se ponía fin a cualquier enfado (ahora os dais un beso, decía Flora a los críos en la escuela cuando se peleaban), inesperadamente, se rozaron. Solo eso.

—Yo me tomaba un chocolate ahora mismo, estoy muerto de frío. —Onel trató de ponerle normalidad a aquel laberinto en que acababa de saberse.

—Venga, pues sube. Nos hacemos uno ahora, que yo sé cómo se hace, a Gadea le encantaba cuando... —Cortó el hilo de su recuerdo inmediatamente—. Y churros no, pero hay casadielles que hizo Visi ayer.

Sonreía. Y parecía feliz.

Tanto, que tomó de la mano a Onel, igual que como cuando eran críos y trataba de hacer valer su superioridad por la edad, como si hiciera falta, porque Onel era ágil y arriesgado, y trepaba a los árboles con más destreza que él mismo. Y daba igual que hubieran pasado veinte años de aquello, si eran los mismos siendo otros, y empezaba el año y empezaba la vida, otra, y los dos subieron las escaleras, renovados y dichosos.

Flora terminó de acomodar las sábanas en el baúl donde guardaba la ropa blanca. Rocío había estado planchando con un cuidado exquisito cada una de ellas después de que ambas hubieran hecho la colada y las hubieran tendido al verde aprovechando el inesperadamente generoso sol de enero, y la andaluza se había deshecho en elogios acerca de los bordados y las puntillas que embellecían hasta convertir en un auténtico primor las de arriba, las que había que poner del revés al hacer la cama para que luego, doblado el embozo sobre el borde de la manta, transformara el lecho en una obra de arte.

Igual Rocío era un poco exagerada, pero parecía sincera. Se lo había parecido desde el primer instante, el día que llegó, cuando, superada la sorpresa inicial, que había dejado sin palabras a Emilio, para pasmo de la muchacha, que jamás lo había imaginado en esa situación, había sido ella quien tomó la iniciativa para decir, de seguido y sin apenas respirar, todo lo que había ensayado largamente en los días duros previos a tomar la decisión y durante las interminables horas de viaje. Se lo dijo todo: que venía para quedarse, que le daba igual que él la quisiera o que no, porque su resolución iba más allá del amor que le tenía y le tendría mientras le latiera el corazón, que lo que quería era cambiar de vida, empezar una nueva, y desgranaba miserias del sur y tristezas sin cuento, y contenía las lágrimas para no dejar que la emoción se adueñara de un discurso elaborado en su cabeza. Había utilizado incluso algunas frases aprendidas de los labios de él, y Emilio no pudo hacer ni decir nada más que bueno, claro que te quedas aquí, ya iremos viendo cómo se nos da esto y cómo se nos organiza la vida, tú ya sabes cómo

soy y cuál es mi vida y mi misión y los sacrificios que eso supone, avisada estás, y como veo que decidida también, ya iremos viendo.

Ya iremos viendo era la frase que parecía haberse grabado en la piedra que coronaba el dintel de la puerta de entrada de la casa y en la frente de sus habitantes con la llegada de Rocío (yo trabajaré en la casa, no se arrepentirá, señora Flora, lo tendré todo como los chorros del oro, yo no vengo a comer la sopa boba, eso nunca, estoy acostumbrada a trabajar duro y no comeré nada que no me haya ganado).

Canor y Flora siempre se entendieron mucho más allá de las palabras, y la presencia de Rocío fue uno de esos temas resueltos con miradas y sin necesidad de formular argumentación alguna. Desde el primer instante ella leyó en los ojos de él la conformidad y algo parecido a la resignación: una vez más habrían de asumir que la presencia de Emilio en sus vidas llevaba aparejadas ineludibles servidumbres. Y él leyó en los ojos de Flora la gratitud. Los dos sabían que el vínculo que unía a los dos hermanos era así de fuerte, así de inevitable.

Les habría gustado, no obstante, a ambos, y algo de esa esperanza que luego los días no confirmaron había también en las miradas cruzadas en aquel primer momento entre Flora y Canor, que la llegada de Rocío tuviera efectos benéficos en Emilio, que sirviera para que el hombre, que ya iba teniendo edad para ello, sentara la cabeza.

A Emilio, superada la sorpresa y la confusión del primer instante, le gustaba que Rocío estuviera allí. Su devoción de siempre no se había visto menoscabada, y no parecía abrigar demasiadas esperanzas de que Emilio le pidiera matrimonio. Más aún: algo había en sus ojos, en su forma de moverse, en la relación que había establecido sobre todo con Flora, que resultaba novedosa para Emilio, como si le hubiera crecido en algún rincón de sí misma la decisión que terminaba por asomarse a los ojos negros, inmensos, y algo hubiera cambiado definitivamente. Resultaba curioso comprobar que la dependencia que parecía tener de Emilio cuando era él el que recalaba en su tierra se había transformado, ahora que sería más explicable al verse en un lugar desconocido, en una seguridad inédita que transformaba la intensidad de su mirada, su gesto y hasta sus palabras. Parecía la misma Rocío, pero no lo

era, por mucho que se le endulzara aquella negrura de la mirada cuando se dirigía a él. Era suya, pero ya había dejado de serlo.

Y la prueba más evidente era que ella en ningún momento le planteó algo tan elemental, y tan esperado por Flora y Canor, como el matrimonio. Lo admitía en su cama, en el cuartito del fondo que le habían adjudicado, cuando se colaba de madrugada, pero no le pedía nada, ni parecía esperar nada. Era suya, pero parecían haber calado hasta lo más profundo de su entendimiento aquella letanía de razonamientos de él sobre la libertad de los cuerpos y de las mentes, la independencia personal, todo aquel confuso ideario vertido sobre el campo fértil de su atención, y que no era más que una justificación de su propia conducta, de sus idas y venidas, de su incapacidad para comprometerse de verdad con ella.

Y esto, esa independencia latente que no se traducía en palabras ni en apenas gestos, constituía de pronto un atractivo insobornable para Emilio. En el fondo de su capacidad para el autoengaño, sentía un consolador orgullo, como si sus enseñanzas por fin hubieran dado fruto, y consideraba que era mérito suyo. Pero no podía evitar, también, la inquietud de quien sabe que no está pisando un terreno del todo firme.

Rocío era alegre, era discreta, era dulce. Trabajaba con entusiasmo en la casa, bruñía, limpiaba, tenía los cristales de la galería impecables, cocinaba tratando de no desviarse ni una pizca de lo que previamente observaba hacer a Flora y, de vez en cuando, se tomaba la libertad de hacer algún postre, especialmente la torta de hojaldre con cabello de ángel. Transformó la tortilla francesa que solía cenar Canor en una tortilla san José por el procedimiento de añadirle miga de pan al huevo batido, aunque renunciaba a prepararla con la salsa de azafrán, que no siempre había en casa.

Se levantaba antes que nadie y, aprovechando que la cocina de carbón había enfriado por la noche, limpiaba la chapa con arena hasta dejarla brillante y a continuación la encendía, colocando primero unos papeles a los que prendía fuego, añadiendo después astillas muy finas para que continuaran la llama, astillas de madera más contundentes a continuación y, una vez que el fuego adquiría una fortaleza adecuada, depositaba con cuidado una paletada de carbón, y la pieza empezaba a templar, de forma que, cuando Canor y Flora,

madrugadores ambos pero no tanto como ella, salían de la cama, se encontraban con la sorpresa de que toda la casa disfrutaba de una calidez inesperada, y Rocío ya había preparado los desayunos.

También hubo cambios de puertas afuera. Rocío adoraba las plantas y las flores, y se dedicó en cuerpo y alma a mejorar el pequeño jardín que en torno a la casa Flora cuidaba con no demasiado éxito, y se las fue arreglando para conseguir de aquí y de allá esquejes, grana, plantas pequeñas, incluso algunas silvestres que la sorprendían cuando paseaba por los alrededores del pueblo y que después de trasplantar y cuidar parecían transformarse, fortalecerse y, combinadas con las ya existentes, terminaban por constituir algo que se parecía a un jardín, quizá no tan espectacular como el que habitaba los sueños de Flora, pero sí vivo, armónico y feliz. Del mismo modo que Canor tenía una mano envidiable con los frutales y en torno a la casa crecía con entusiasmo una pomarada y toda clase de ciruelos, nisales, perales, cerezales y un par de higueras, Rocío conseguía que las flores, aquella ordenada disposición de rosales, geranios, petunias, lantanas, margaritas, alegrías, gitanillas, verbena, salvia y romero se turnaran en su floración de forma que, aunque en primavera aquello sería un arcoíris, siempre habría algunas que ofrecieran su color y su aroma.

Flora, a pesar de la sorpresa inicial, tenía que reconocer, y lo hacía sin ningún tipo de reticencia, que Rocío le gustaba mucho. No solo por su disposición y por la alegría que habitaba en el fondo de sí misma, y que siempre conseguía traspasar las capas del dolor que los dioses le habían suministrado en la vida. Tampoco porque le pareciera que Emilio podía encontrar en ella la compañera ideal, la razón para que su ímpetu revolucionario, que permanecía intacto aunque las circunstancias le hubieran enseñado a actuar con mayor cautela y la clandestinidad como autodefensa se hubiera convertido en el principio de su conducta, la mujer que lo transformara en un hombre que hubiera sentado la cabeza. No. Lo que más le entusiasmaba de Rocío era su necesidad de aprender. Sabía leer y escribir con dificultad porque de niña apenas había ido al colegio, pero a Flora se le despertaba una ternura inmensa cada vez que la descubría acariciando los lomos de los libros cuando limpiaba el polvo de los anaqueles, con una

reverencia y una admiración que tenían mucho de religioso, como si un trance próximo a una forma de éxtasis sobrevenida la invadiera ante el tacto de aquellos lomos (los unos de cuidada piel, los otros ediciones más baratas pero igualmente seductoras, repletos de palabras, de historias o de ideas que Rocío parecía querer aprehender por el procedimiento de acariciar con la misma ternura, con la misma veneración con que se roza con las yemas de los dedos el rostro de alguien amado, de alguien cuya sola presencia nos inspira el más inexplicable de los respetos). Nadie que es capaz de mirar los libros con esos ojos hambrientos y expectantes puede albergar otra cosa que una mente propicia al conocimiento, pensaba Flora. Y fue ante uno de los libros que utilizaba con los niños más pequeños, el *Pepe*, y cuya sola contemplación dibujó en Rocío el asombro y la nostalgia de su propia infancia en la escuela (Pe-pe se re-í-a de e-se pe-que-ñe-te, e-se pe-que-ñe-te se re-í-a de Pe-pe), subrayada por ese amor clandestino por lo que no estaba demasiado segura que le correspondiera, porque había demasiado sol que abrasaba la piel, y demasiado olor a campo y a faena, y demasiados callos en unas manos tan hermanas de la tierra que sentía que no correspondían a la finura de las de Flora, que eran también las de Emilio. Y, sin embargo, si una decisión se le había escrito en la frente voluntariosa y amplia era que algún día también sus manos serían compañeras de las páginas de los libros, también sus ojos se acostumbrarían a las hileras que como hormigas habitaban en aquel templo del conocimiento, tan digno de genuflexión como la iglesia de San Bartolomé, y seguramente (qué duda había) mucho más verdadero.

Merceditas empezó a convertirse en Mercedes por aquellos días. Por alguna razón que no se le alcanzaba, el diminutivo se le hacía insoportable, y más si lo oía en labios de Gregorio, que desde que el primer día de año, poco después de amanecer, se le plantó en casa con Onel como si ambos fueran lo que siempre habían sido, los mejores amigos del mundo, como si no hubiera habido lo que había habido, y a Gregorio no le constara que si ella estaba embarazada nada tenía que ver con él, porque para estas cosas el calendario tiene una terquedad insobornable. No soportaba que la llamara así: en realidad soportaba muy pocas cosas de él, empezando por aquella insufrible complicidad que se gastaba con Onel, que era la de siempre, aquella de la que ella siempre se sentía excluida, pero que desde lo que ella llamaba en su fuero interno *los acontecimientos*, se había convertido en auténticamente intolerable. No era que pasaran mucho tiempo juntos, que eso ya lo hacían sin que ella hubiera podido (y bien que lo había intentado, que hasta hubo un periodo de tiempo que coincidía con los primeros tiempos de su matrimonio en que abrigaba la esperanza de haberlo conseguido) evitarlo. No. Era algo más. Era ese entendimiento que parecía existir entre ellos, como si tuvieran la clave de todos los sobreentendidos, como si ellos dos pertenecieran a un mundo vedado para ella. Y si no era vedado, desde luego, le resultaba incomprensible. A ver si no, por qué parecían tener aquella inquebrantable camaradería. ¿No tenía Gregorio sangre en las venas? ¿Dónde estaba su honor mancillado? (A Merceditas, en ocasiones, cuando formulaba sus silenciosos soliloquios, le gustaba trufarlos con algunas de las frases que leía en sus

libros, en las novelas de caballeros y doncellas que morían de amor —ellas— y pasaban por la espada a quienes osaran cuestionar su honra —ellos—.) ¿Cómo era posible que, sabiendo lo que sabía, Gregorio se hubiera limitado a decirle que se cuidara, se hubiera interesado por los detalles referidos a su salud y hubiera actuado como si nada? Como si nada era exactamente eso: como si nada. No había más que una educada atención hacia Mercedes, un trato exquisito, pero ni un ápice de amor alguno, ni el más mínimo acercamiento. Ella estaba. Ella era su mujer, la madre de su hija Valeria. Y sería la madre de su segundo hijo a todos los efectos. Aunque los tres supieran lo que había. Gregorio la trataba con educación delante del servicio (también cuando estaban solos, pero ponía más empeño cuando había alguien más, para evitar que Mercedes pudiera sentirse menospreciada). Incluso algunos domingos la acompañaba a misa, a pesar de su escasa devoción, y después daba un paseo, con ella cogida de su brazo por la calle Corrida, por la plaza del Ayuntamiento, por el Muro en los días de sol, saludando educadamente a cuantos se encontraban, sonrientes y con aspecto ambos de ser felices. Y ahí se terminaba su concesión al mantenimiento de aquel matrimonio.

Con todo, Mercedes sabía que aquello, de no ser las vergonzantes circunstancias que concurrían, tampoco era tan raro. Quien más quien menos, todos los matrimonios de su entorno tenían una vida similar, y si hacía caso de lo que se hablaba en las meriendas con sus amigas, incluso podía sentirse muy afortunada, con un marido que era educado, que la acompañaba y le permitía gastarse en las tiendas de la ciudad todo aquello que podían permitirse. Y además nunca le había pegado, y eso lo exhibía con absoluto orgullo cuando hablaba con sus amigas: Gregorio jamás había tenido que levantarle la mano, y eso, nadie podía negarlo, era mérito suyo. Aunque obviara aquello de *los acontecimientos*, lo del *desliz*, la inexplicable complicidad con su amigo Onel, de la que se sentía permanentemente excluida.

Con una timidez que se mezclaba en explosivo cóctel con la confusión que convertía en incomprensible la actitud de su marido al respecto, Mercedes trató de establecer algunas condiciones, que pasaban inexcusablemente (y ella creía que era lo más razonable del mundo) por restringir la presencia de Onel en aquella casa. A ver qué pintaba cada dos por tres allí aquel tipo con el que

ella había tenido lo que había tenido. Le gustaba que en su pensamiento aquella noche laberíntica, de lágrimas y exceso de licor de guindas, de dolor por la carta insensible y brutal con que Gregorio, llevado por los efluvios de un amor loco y sin hueco alguno para el razonamiento ni la piedad, había guillotinado la vida, y el orden que la regía, de su esposa, fuera eso: un desliz. Tan novelesco.

Fue un error mencionárselo a Gregorio. Lo supo incluso antes de formular el reproche, disfrazado de sugerencia. Había un páramo helado en la mirada del hombre, que apenas tuvo que hacer otra cosa que negar con la cabeza y manifestar, más allá de cualquier formulación verbal, que nada había que hablar. Que las cosas estaban así: serían un matrimonio, serían una familia, y nunca tendría que recriminarle nada porque su comportamiento sería impecable. Tampoco él iba a hacerlo. Los dos habían cometido un error, aunque también los dos sabían que no era lo mismo. Que un hombre ya se sabe. Que lo verdaderamente dramático, lo verdaderamente ignominioso había sido lo de ella. Pero, a pesar de ello, a pesar de la traición, él seguiría como si nada. Eso sí (y Mercedes pudo leerlo clarito en su mirada, como si se lo estuviera deletreando), Onel tenía un sitio en aquella casa, y tenía un sitio en su vida. Onel era un hermano. Más aún.

Así que Mercedes quedó condenada a encontrarse casi a diario con Onel por casa. A escuchar las risas de ambos mientras charlaban y leían los periódicos en la galería. A no entender sus bromas, sus alusiones privadas. A permanecer callada las pocas ocasiones en que comían o cenaban juntos (no solía suceder, porque ellos tenían sus propios horarios, casi siempre incompatibles con los que marcaba la decencia y el orden). Y, sobre todo, quedó condenada a vivir en un limbo extraño, a no entender qué pasaba ni cómo era posible que algo tan extravagante le estuviera sucediendo a ella.

Y esa sensación de extrañamiento, de vivir en un laberinto que jamás sería capaz de comprender, se concretó el día que oyó a Onel y a Gregorio en animada conversación. Tomaban café en la galería y fumaban unos cigarrillos de picadura cuyo olor se había convertido en la identidad de aquella estancia y que a ella, aunque ya había superado la etapa de las náuseas a todas horas, la ponía al borde del vómito. Los había oído reír y parecían muy contentos.

Gregorio contaba anécdotas de un mundo lejano y desconocido, de calles de una ciudad que siempre formaría parte del paisaje ajeno, de sucedidos con pacientes.

—¿Y de verdad se quedó convencido con lo que le dijiste? —Onel lloraba de risa y Gregorio estaba próximo, pero hacía esfuerzos por mantenerse en la narración.

—¿Y qué iba a decirle? Allí estaba el hombre, confesándome su temor, porque tan solo llevaba cuatro meses y medio casado y su mujer acababa de dar a luz...

—Pero algo le habrían dicho. El sabría que un embarazo son nueve meses...

—Pues claro, por eso. Todos sus amigos, su madre le había dicho eso tan socorrido de este hijo mío es tonto. Y su mujer jurando y perjurando que era lo normal...

—Hombre, un dilema sí que es. Pero un médico debería abrirle los ojos.

—Déjate. En una de esas lo mismo la emprendía a golpes con la mujer, que ya te digo que muy listo no era, pero bruto, un montón. No sabes qué pedazo de manos tenía el hombre, que te pone una encima y te deja seco...

—Así que lo tranquilizaste...

—Le dije, pues claro, hombre... Son nueve meses, pero también se pueden contar de otra manera. Y él ¿de qué otra manera, doctor? Mire, que me tienen podrido todos con que si la criatura no es mía... Nada, hombre, no se preocupe... Usted se casó hace cuatro meses y medio, ¿no? Y él sí, doctor, cuatro meses y medio hace. Pues eso, si usted cuenta cuatro meses y medio de días y cuatro meses y medio de noches... ¿no le da nueve meses? Y, oye, se quedó tan convencido...

Onel no podía parar de reír.

—Eso sí, a su mujer ya se lo dije cuando no estaba él: A ver cómo se lo dice a este hombre, que lo mío fue solo para tranquilizarlo y que no le diera por molerla a palos recién parida... Pero esa fábula de los días y las noches se va a caer en cuanto piense un poco.

—Hombre, natural...

—Pues no, ya ves, si no va ella y me dice: Ah, bueno, pues por eso no se

preocupe, doctor, que mi marido no ha pensado en su vida, y no creo que empiece a hacerlo ahora.

Mercedes abandonó la puerta entornada donde había permanecido escuchando a los dos hombres hablar.

Cada vez entendía menos.

Un día, Servanda Santaclara supo la verdad. Fue cuando ya bordeaba la terrible edad de los veinticinco años y ya estaba claro que sería una solterona sin remedio y se quedaría para vestir santos, como le dijo la que había sido su mejor amiga con una criatura en brazos y otra en una barriga descomunal, sinceramente preocupada por ella y por su escaso éxito con los chicos (Servanda había sido rápida en ese momento y le había respondido algo que había oído a Remedios, la solterona que vivía a la entrada de Nozaleda: mejor quedar pa vestir santos que pa desnudar borrachos, así que también había sido cruel, porque todos sabían que el marido de su amiga pillaba unas buenas borracheras, y Servanda en aquel momento había dejado que el veneno que circulaba por sus venas y que seguramente era el responsable de aquel rictus de permanente ausencia de sonrisas, aflorara y se convirtiera en puñal). Entonces supo que su madre era la encargada de espantar a sus pretendientes: bajo ningún concepto iba a consentir quedarse sin su hija, ni siquiera estaba dispuesta a admitir, como alguno de los más intrépidos había sugerido, que el matrimonio que se formara permaneciera en la vivienda familiar desoyendo el dicho muy arraigado en Nozaleda de casado casa quiere. Su madre había decidido ya que, puesto que una hija había abrazado la vida religiosa y de un hijo no puede esperarse que se ocupe de atender a una madre delicada de salud (aunque tenía puestas grandes esperanzas en estar atendida por un médico de la familia), era ella, Servanda, la hija que había de quedarse dedicada a tal menester. Y para ello, nada, y menos que nada la exigencia que suponía su propia familia, podía distraerla.

Servanda ni siquiera se rebeló. Lo tomó como algo que le había caído en suerte, porque la vida tenía aquellas cosas. Después de todo, tampoco era guapa, y con dote y todo, la colección de fracasos que amontonaba en su cuenta ya le habían hecho perder cualquier seguridad en que ella fuera merecedora del dudoso honor (cada vez le parecía que era, en efecto, más dudoso) de contraer matrimonio.

Así que siguió su vida instalada en la amargura permanente, en el trabajo como forma de redención, en el rencor contra el mundo y sus pobladores como defensa ante su propia desesperanza. Y poco a poco descubrió que ya que las perspectivas que la vida le ofrecía eran tan chatas, tan pegadas a la tierra que le daban espanto, le quedaba el territorio de la imaginación para sobrevivir. Y aunque esta también estaba limitada por sus propias fronteras de conocimiento, podía soñar, podía crear otras vidas paralelas en las que sucedía exactamente lo que a ella le apetecía.

Por ejemplo, que Emilio Mateo la amara como un loco.

No tardó en incorporarse Rocío a las tardes del saloncito con galería donde se reunían las mujeres que Flora congregaba en torno a sí, empeñadas en aprender a hacer jaretones y en entender su propia vida, el mundo que se extendía más allá de Nozaleda, y de Gijón, más allá incluso de las fronteras de España, en aquel extranjero del que solo se sabía por las cartas que llegaban una o dos veces al año desde las tierras lejanas, desde ese más allá del mar donde habían ido a parar los más intrépidos de los hijos de Nozaleda. Rocío era diestra con la aguja a la hora de poner remedio a los desgarros que el trabajo producía en la ropa, o transformar una prenda de forma que la tela pudiera ser aprovechada utilizando aquellas zonas en las que el uso se había ensañado menos. Pero sobre todas las cosas, lo que Rocío quería era escuchar a Flora cuando leía, entonando a la perfección, de forma que, si hablaba de un paisaje, a través de las inflexiones de su voz flotaban en el aire los sonidos del arroyo, el ulular del viento, la violencia de los torrentes tras el deshielo, la brisa entre las hojas de los árboles. Y cuando leía historias en las que las pasiones arrebatában a los protagonistas, el aire se poblaba de suspiros, y unos venían del libro que se estuviera leyendo, pero otros, los más, salían del pecho de aquellas mujeres que poco a poco le hacían hueco en su vida a algo más que a la vulgaridad de su existencia sin horizontes. Cuando se iban, entre risas cómplices, felices de llevar consigo avances en sus labores para poder mostrar a sus maridos y la mente cada vez más habitada por el conocimiento (y eso ni querían ni lo podían mostrar, lo que se convertía en el más delicioso de los secretos compartidos), Rocío ayudaba a Flora a recoger los útiles de

costura, la gran regla de madera, la tiza para marcar, las tijeras grandes, los alfileros, los hilos de colores, el jaboncillo, los bieses, la tira bordada, los dedales. Las telas, por pequeños que fueran los trocitos, iban todas a un cesto donde se amontonaban los restos de todos aquellos años de trabajo: un batiburrillo de colores, dibujos, texturas y tamaños que intrigaba sobremanera a Rocío. Pero, sobre todo, a la muchacha le gustaba recoger los libros que se habían utilizado esa tarde: el que había leído Flora en voz alta, y los otros (*Narraciones para niños*, de María de Echarri, *Juanito*, de Parravicini, los cuadernos de lectura manuscrita, los cuentos de Grimm, con aquellas maravillosas ilustraciones, las *Fábulas literarias* de Tomás de Iriarte, *Breves nociones de fisiología e higiene*, de Manuel Marinello, los libros de la Biblioteca Científica Recreativa, *Páginas infantiles*, una edición ilustrada de *Don Quijote de la Mancha...*), que habían servido para que se ejercitaran en la lectura: aquel empeño que todas (Dorina, Marta, Sinda, Victoria, Encarna) ponían en deletrear con cuidado siguiendo con el dedo índice para no perderse, culminando cada palabra con una sensación de triunfo que las llevaba a repetirla completa. Llegar a un punto, terminar una frase completa, suponía conseguir el aplauso entusiasta de Flora y la aprobación de las demás, que se picaban en su amor propio y hacían lo posible por conseguir también esa proeza.

Rocío recogía cada uno de los libros y lo colocaba, con el mismo cuidado que pondría con las flores más delicadas, en la estantería. Uno de los días, Flora se fijó en la forma en que miraba, antes de colocarlo en su sitio, el libro que estaban leyendo en voz alta, y sin saber que estaba haciéndole el mayor de los regalos, le dijo que si quería podía llevárselo a su habitación para seguir leyéndolo. Ese fue el principio de la nueva vida de Rocío, y también, de algún modo, el final de su historia con Emilio, porque la peripecia de Edmundo Dantés en las páginas del tomo dos de *El conde de Monte-Cristo* le resultaba bastante más seductora que la palabrería cada vez más usada de Emilio, sus caricias, que se habían convertido en un trámite puramente funcional destinado a llegar (y más bien rápido) a la conclusión del proceso, tras lo cual, y cada vez con más premura, pretextando que no quería que Flora y Canor pudieran descubrirlos, volvía a escurrirse camino a su propio dormitorio. Y si antes esa

prisa le dejaba un regusto amargo en la boca, pronto se convirtió en una auténtica liberación: en cuanto Emilio salía, Rocío encendía el quinqué y leía con pasión, y peleaba incluso con el sueño para seguir asistiendo como testigo privilegiado a las aventuras escritas, sin duda mucho más emocionantes que las desmañadas promesas de Emilio, que, por otra parte, salvo para sus ocasionales desahogos los escasos días que iba por Nozaleda, tampoco tenía particular interés en Rocío, ni en ninguna circunstancia que supusiera en definitiva atarse y perder la libertad, *ese bien supremo*, como tanto le gustaba repetir. Bastante libertad estaba ya perdiendo desde que había optado por el trabajo que le habían ofrecido en una imprenta de la calle de Covadonga, donde además de aprender el oficio (lo que por otra parte no le disgustaba demasiado) había encontrado la coartada para desaparecer del punto de mira de la autoridad. De hecho, se estaba portando tan bien, permanecía tan ajeno, al menos aparentemente, al sindicato, que no dudaba de que la presión ejercida en su vigilancia se hubiera relajado. De no ser por la presencia por Nozaleda del capitán Pastor, que estaba claro que se la tenía jurada, incluso habría podido asegurar que a ojos de la policía y la Guardia Civil, había dejado de ser un peligroso anarquista.

Pero no.

Aunque Mercedes pensaba que su embarazo era una auténtica pesadilla, no tenía ni idea de que en realidad solo era el prólogo de la pesadilla real. Desde el mismo instante en que tuvo la certeza de que aquella terrible equivocación con Onel había tenido catastróficas consecuencias, su vida había perdido los confines de la realidad para transformarse en un pasadizo onírico, poblado de monstruos acechantes y de una confusión de la que pensaba que no sería capaz de liberarse jamás.

Si durante el embarazo de Valeria se había dedicado a recabar sobre sí toda la atención de Gregorio, conminándolo a satisfacer todos sus caprichos, quejumbrosa siempre con imaginarios malestares derivados del estado en que se encontraba, y había encontrado en ello una compensación a las molestias, con el segundo embarazo descubrió que estaba más sola que la una. Gregorio, que no había querido ni oír hablar de la posibilidad de interrumpir la gestación, se preocupaba de que comiera adecuadamente y de que no se fatigara en exceso, pero lejos de acompañarla, daba instrucciones a Visi para que cuidara de que todo fuera bien. Apenas lo veía porque, si no estaba en la consulta, salía por la ciudad con Onel y volvía de madrugada. A Valeria le hacía el caso justo cuando estaba en casa, y ni siquiera se daba cuenta de los vestiditos nuevos de la niña, lo que provocaba en Mercedes una horrible desazón que se sumaba a todo lo demás. Con Onel no había vuelto a hablar, y cuando estaba en casa con Gregorio la miraba como si pudiera ver a través de ella, como si se hubiera convertido no ya en una sombra, sino en aire. No existía.

Y para colmo, la niña, porque fue una niña, se adelantó en su nacimiento.

Mercedes tenía la esperanza de que si el embarazo se prolongaba algo más de la cuenta, lo que había ocurrido con Valeria, aunque Gregorio decía que tal vez había hecho mal los cálculos, nadie se preguntaría nada, ni tendría dudas acerca de la paternidad. Pero no. Aquella niña venía ungida por la maldición del pecado, y estaba claro que nacía para castigarla de por vida por su condición de pecadora. Así que se presentó a los ocho meses de ser concebida y, mientras duraron los evidentes dolores de parto, Merceditas abrigó la esperanza de que pudiera no lograrse. ¿Dónde había oído decir que los partos de ocho meses eran mucho más peligrosos que los de siete, que era más fácil que se lograra un sietemesino que un *nasciturus* de ocho meses (había oído esa palabreja a Gregorio y le gustaba utilizarla delante de sus amigas, que era el único momento que no se permitía aflojar y se mostraba tan maravillosa, tan inasequible a cualquier pena como había hecho siempre: aquellas arpías no la iban a ver ni triste, ni preocupada, ni dolida, ni culpable, ni desdichada, ni abandonada, ni fracasada)?

Pero se logró. La niña, para quien ella había elegido el nombre de Francisca, se presentó pese a todo con una energía colosal. Tenía que haberlo previsto, porque a primera hora de la mañana había notado un dolor leve en el bajo vientre, pero no lo atribuyó al parto y sí a las muchas vueltas que daba la criatura, todo el día para arriba y para abajo, moviéndose sin parar. Tenía previsto celebrar una merienda en casa con sus amigas a las que pensaba mostrar el ajuar que tenía preparado para el bebé, primorosas camisitas, baberos, chaquetitas y faldones, patucos y juegos de sábanas para la cuna, amorosas mantitas y arrullos. Todo ello bordado con el primor con que las monjas del convento donde estaba Inés, la hermana mayor de Gregorio, a quienes se les había encargado, ya habían demostrado para el ajuar de Valeria. Dio instrucciones a Visi acerca de las pastas y los bizcochos que habría de servir, y cuando se estaba preguntando si Gregorio comería en casa o, como hacía casi todos los jueves, iría a almorzar al restaurante del hotel Cantábrico para reunirse con su tío Liborio y con Onel, los dolores empezaron a sucederse con una intensidad desconocida. Llamó a gritos a Visi, apartó de un manotazo a Valeria, que reclamaba su atención, y antes de que pudiera darse

cuenta se vio en su cama, rota de dolor, empapada porque había roto aguas, con la comadrona efectuando maniobras y dándole absurdas instrucciones sobre empujar cuando ella lo único que quería era que le arrancaran de allí aquello y que se acabara aquel padecimiento. Oía a Valeria llorar mientras recorría el pasillo y las estancias de la casa, sin entender por qué su madre no solo no le hacía ningún caso, sino que además chillaba como si la estuvieran matando al otro lado de la puerta de su habitación, por qué Visi no le hacía ningún caso y la apartaba sin contemplaciones cuando iba y venía de la habitación a la cocina, sin olvidar cerrar la puerta tras de sí. Sin entender por qué su padre y Onel estaban en la sala sentados juntos, fumando y sin decir palabra, así que muy ocupados no parecían, pero a ella la ignoraban, y solo había conseguido un Oh, Valeria, por Dios, cállate la boca de una vez, cuando inició una de sus tácticas favoritas para llamar la atención, que consistía en empezar a chillar por fases, empezando con gritos cortos y a un volumen soportable, para ir incrementando duración y volumen hasta convertirse en irritante.

Pues ni por esas.

Pronto fueron otros gritos, ni más agudos ni más estridentes que los suyos. A Valeria le parecieron, sí, muchísimo más molestos. Y sin embargo, para su pasmo, su padre y Onel se miraron, sonrieron felices y enseguida quisieron entrar en la habitación. Daba igual que ella estuviera llorando: allí nadie parecía enterarse de ello.

Visi les dijo que podían entrar, que ya habían bañado a la niña.

— La niña —dijeron a la vez Onel y Gregorio—. Es una niña...

Y entraron atropelladamente dispuestos a conocerla.

Mercedes, que aún no se había recuperado del salvaje dolor del parto — que en esta ocasión sí que consideraba que era el justo (tal vez no del todo justo, no podía haber sido tan malo lo que había hecho como para pagarlo así) castigo a su pecado—, y que tampoco había superado la mezcla de repugnancia y de espanto que le había producido aquella bola de pelo oscuro, diminuta y feroz, que por lo visto era su hija, vio entrar a su marido y al padre de su hija (aunque se juró que aquella era la última vez que en su interior le concedía aquel título), vio cómo Visi se la entregaba a Gregorio, y se quedó

de una pieza cuando ambos, mirándola con arrobo como si fuera una belleza y no aquel animalillo que acababa de parir, dijeron al unísono:

—Hola, Gadea.

¿Gadea? ¿Qué coime de nombre era aquel?

Los días comenzaron a arañarle tiempo a los calendarios, y de repente pareció que todo sucedía deprisa aunque a la vez, y sin que ello se tradujera en contradicción alguna, todo parecía haberse detenido. La vida de Nozaleda, como el mecanismo de un reloj, se movía de un modo casi imperceptible, y nadie se apercibía del transcurso de las semanas de no ser porque, inalterables, volvían a sonar las campanas de la iglesia del Carmen para llamar a los fieles a misa, y por tanto habían transcurrido siete días. También la naturaleza marcaba sus ritmos, y crecía el maíz y había que sallar las patatas, o poner palos a los arbeyos, o vigilar que no creciera el boliche, o distribuir el cucho por los prados, o limpiar de zarzas los bordes de los caminos. Llovía a cántaros a veces, y volvía el sol. Había días con borrrín, y luminosas mañanas primaverales. El *aire les castañes* presagiaba el otoño, y de pronto un día los cristales amanecían con escarcha helada, y los cielos se volvían plomizos. Nacían niños, se morían viejos, crecían los xatinos en los prados. A veces marzo mayeaba y mayo marceaba, pero otras no. Y abril era lluvia y era sol, y se hacían parejas de novios que, previos consentimientos y dote, terminaban por casarse entre repiques de campana, y en los bautizos había peladillas y niños a la caza de caramelos. Los habitantes de Nozaleda seguían con precisión el guion escrito de su vida. Y los niños corriendo, jugando con aros y ganchetas, acunando muñecas hechas con paja y telas, se mezclaban con el sonido de la campanilla enarbolada por un monaguillo que acompañaba a don Clemenciano con el viático camino de alguna casa en la que un moribundo ponía en orden sus asuntos con el Altísimo, y todos lo

sabían porque la noche anterior los perros habían aullado incansables, heraldos de la muerte, que vendría a llevarse historias y vidas de un modo bastante grosero, desoyendo ruegos, implacable, armada de tuberculosis, de difteria o escarlatina, de infecciones y deficiencias en la higiene, o porque sí, porque a Dios le daba la gana de llevarse niños que no llegaban a caminar, angelitos para su cielo, decían con resignación las madres, dolor que como una marea se extendía y dejaba en el aire el regusto de la resignación sabiamente alimentada por don Clemenciano, y que si esta vida es un valle de lágrimas pero ya lo recompensará el Señor en su infinita bondad en la otra, donde todos los que han sufrido y han sabido encomendar su vida al Todopoderoso, los que no han buscado atajos en la rebelión y han sabido aceptar los designios del Señor, encontrarán la dicha eterna sentados a su diestra.

El tiempo se enroscaba sobre sí mismo, y a veces hacía sol, y a veces llovía, y Honorino Santaclara se preguntaba por el origen de todo y hasta dónde podría llevar el progreso al hombre, mientras las mujeres de su casa espiaban el cielo y presagiaban desgracias, y Onel iba y venía, rompiendo el silencio con alguno de sus coches, y parecía feliz, extrañamente feliz, como si desafiara al destino con su sonrisa blanquísima, y Flora contemplaba el tiempo que pasaba convencida de que la felicidad, de existir, estaría en la imagen de Canor cuando volvía de su paseo hasta el acantilado, poblada su cabeza de silencios y su corazón de un amor inquebrantable. Pero el tiempo también se contaba de otra manera en el pensamiento de Flora, en su corazón dividido entre la apacible existencia de Nozaleda y el sufrimiento por Emilio, especialmente desde que, por sus actividades en la revuelta de diciembre, y a pesar de todas sus precauciones y de su felina capacidad para escabullirse, hubiera ido a parar a la cárcel del Coto.

La rutina, los tiempos medidos, la repetición implacable traían consigo el olvido, y solo en las noches en que la tormenta rugía y el cielo se estremecía con los truenos algunos miraban con recelo en dirección al mar, oculto por las colinas, y temían al miedo inoculado en una sucesión de generaciones y años que eran siglos. Y entonces cerraban todas las puertas y las contraventanas, y rezaban por las ánimas, que era el único remedio para evitar sus fantasmales

visitas, y por la mañana, después de la tempestad, se asomaban con miedo, y con alivio, temiendo encontrarse las huellas mojadas de todos los muertos que habían retornado del fondo del mar, donde difícilmente podían reposar, a dejar constancia de su pena, de su necesidad de descansar en el camposanto de Nozaleda, ya que habían dejado de estar presentes en la memoria de sus descendientes.

El tiempo en Nozaleda se había hecho cómplice del abandono, compañero de la serenidad, y solo dejaba constancia en las hojas arrancadas de los calendarios, en semanas que se hicieron meses, y meses que se hicieron años, de modo que un día, y ante la incredulidad de los habitantes del pueblo, resultó que el rey, cuya presencia intangible se consideraba, sin embargo, eterna, como una de las pocas certezas en que se apoyaba su existencia, se había ido, y otorgándole la razón a los negros augurios de don Clemenciano, se había proclamado la República.

A Milio *el Gatu*, por una vez, aunque para su desgracia no sería la única en el resto de su vida, no le sirvió de mucho su instinto felino. O no le sirvió del todo, porque funcionar le funcionó, pero ni por eso se libró de dar con sus huesos en la cárcel.

Los días de agitación venían de atrás, pero, como solía suceder, cualquier intento de sublevación terminaba por sofocarse. La descabellada intentona de los sublevados, así la había denominado el subsecretario de gobernación a la prensa, y de paso había dado a conocer la implantación de la censura previa en los periódicos, así que poco se podían fiar de las informaciones que llegaban en las noticias. Aunque Milio había podido hablar con enormes dificultades con compañeros aragoneses a través del teléfono del hotel de Liborio, ya había aprendido a diferenciar la realidad del deseo, y entre la información oficial y la que le transmitían quienes seguían confiando en que más temprano que tarde la revolución se impondría, o en que, por lo menos (y ese bien podría ser un primer paso), la monarquía tenía sus días contados y la República estaba al caer.

La noticia publicada en los periódicos era lo suficientemente descorazonadora. La sedición había sido controlada y había bajas por ambas partes, pero además se hablaba de quinientos prisioneros, y ese número, por mucho que estuviera inflado por la propaganda gubernamental, era un golpe muy importante.

Emilio Mateo se había enterado de la sublevación de Jaca de una forma muy somera, pero no le había dado buena espina. Bien estaba que desde el

Ejército (al fin y al cabo eran los que tenían las armas) se tomara la iniciativa, pero el fin era la revolución, y no confiaba demasiado. Eso sí: el hecho de que se fusilara a los capitanes Galán y García Hernández sin que llegara el indulto real aceleró las cosas y facilitó que se decretara lo que ellos llevaban persiguiendo: una huelga general, que en Gijón se inició con una pintada con tiza en una pared de la calle Corrida en la que se daba cuenta del fusilamiento de madrugada de los dos capitanes y, a partir de ahí, obreros muy enfadados ocuparon las calles y, como primera medida, arrancaron la placa que certificaba que la calle del Instituto desde hacía algún tiempo se había convertido en la calle del General Primo de Rivera. Hasta ahí todo había ido bien, y Emilio Mateo, con otros compañeros de la imprenta que también habían abandonado su puesto de trabajo, había participado incluso de las maniobras para levantar el empedrado de la calle con el fin de obtener piedras para arrojar. Eran muchos, y estaban enfadados. Tanto, que enseguida alguien profirió la consigna «Ahora a por esos», señalando a la iglesia del Sagrado Corazón, la Iglesia, de cuyo costado acababan de arrancar la placa, y una muchedumbre entró dispuesta a arrasar con todo. Emilio era partidario de que la única iglesia que ilumina es la que arde, que era una frase que le había oído decir a Durruti y todo el mundo pensaba que era suya, aunque él sabía que su autor era Kropotkin, y la tenía subrayada en uno de los libros que se trajo de París («La seule église qui illumine est celle qui brûle»). Eso lo sabía todo el mundo, y lo había dicho muchas veces, pero hubo algo en aquel gesto que le dio mala espina, que encendió todas las alertas y que, aunque no tan intenso como para tratar de detener a quienes ya empezaban a sacar bancos de madera para iniciar una fogata en plena calle, le conminó a salir de allí. Meterse con la Iglesia es peligroso, le decía algo por dentro, un aviso. Y aunque al llegar a la altura del hospital de Caridad pensó en darse la vuelta y participar de aquello, que por una vez parecía que era el comienzo de una revolución de verdad, siguió adelante, maldiciéndose, preguntándose si toda la religión, todas las misas, todos los rosarios, las letanías, las flores a María, los triduos, los viacrucis, las exposiciones, las procesiones, las vigiliadas, las adoraciones nocturnas, los ritos sacramentales, todo ello aderezado con el incienso de la iglesia de los Jerónimos y la mano tibia de su madre, había hecho en su

conciencia mucha más mella de la que habría podido imaginar.

Además, oyó un disparo.

Después supo que alguien, aunque había interesantes teorías sobre ello, había acabado con la vida de un muchacho de los que participaban en lo que la prensa denominaría «hecho tan inculto y salvaje que ninguna persona honrada puede dejar de condenar».

Se había dirigido hacia el ayuntamiento, donde se habían producido los primeros tumultos cuando, a primera hora de la mañana, una nutrida representación había acudido a solicitar al alcalde que les permitieran quitar la dichosa placa del general Primo de Rivera. Allí había empezado el desorden ante las largas proporcionadas por el alcalde. Allí las piedras se habían estrellado contra las ventanas y habían volado las madreñas, utilizadas también como armas arrojadas. Aunque quedaban restos de lo acontecido, que se manifestaban, entre otras cosas, en alguna madreña abandonada y cristales rotos, por lo demás todo estaba tranquilo, y el tumulto se concentraba en torno a la iglesia, muy cerca, que, por el humo que podía atisbar, ya debía de arder. Se había cruzado con varios guardias de Seguridad con sus tercerolas listas y corriendo a paso ligero hacia la iglesia, que, efectivamente, ardía. Ni siquiera lo habían mirado, pero él no podía evitar estar con las alertas, con un extraño presentimiento, aquel instinto felino que siempre le permitía salvarse de cualquier quema, y que se traducía en ese momento en una desazón extraña que había terminado por llevarlo al hotel Cantábrico, aquejado de un mal cuerpo que Liborio atribuyó, al verlo pálido y descompuesto, a unos bocartes que habían comido el día anterior y que no debían de estar muy católicos, porque también tenían a Sefa Quintana con el vientre desordenado.

Y allí lo detuvieron al día siguiente, después de decretada la ley marcial. Estaba casi seguro de que los guardias que se habían presentado en el hotel preguntando por él eran del cuartel de El Lloredal, de hecho juraría que el propio Estanislao Pastor estaba al otro lado de la calle apoyado en uno de los soportales que conducían a la plaza del Ayuntamiento cuando lo sacaron del hotel. De allí se lo llevaron a la cárcel del Coto, tras un extraño juicio en el que se le encontró culpable de desórdenes y de la blasfema quema de una

iglesia y en el que pudo descubrir el rostro de Estanislao Pastor, por fin satisfecho, entre los rostros de los miembros de la Benemérita y de los guardias de Seguridad.

Estanislao Pastor se acariciaba su flácido bigote mientras Milio salía de la sala, esposado y maltrecho, camino de la cárcel. Y aunque no se lo confesara ni a sí mismo, en el fondo de su cerebro se estaba consumando la venganza que había jurado aquel primer y lejano día en la madrileña casa de Flora.

Incluso Mercedes se había acostumbrado a vivir en aquel estado de confusión y, una vez instalada en él, hasta conseguía desenvolverse con una cierta soltura. A Gregorio nunca lo había entendido del todo pero, cuando su comportamiento era menos extravagante, al menos se evitaba la sensación de permanente inquietud, de inseguridad extrema a la que la habían llevado los últimos acontecimientos.

No era normal aquello, y Mercedes lo sabía. Aquel pensamiento, aquella pérdida de suelo bajo los pies, como si siempre estuviera en caída libre y la amenaza de no se sabía muy bien qué pendiera sobre su cabeza, la había tenido muy entretenida todo el embarazo. Como temía que en cualquier momento se montase la tremolina, había aprendido a convertirse en sombra, a hacerse notar lo menos posible, y sus conversaciones con Gregorio se limitaron a responder a las pocas cuestiones que él, educadamente y sin levantar jamás la voz, le planteó a lo largo de aquellos meses. Se había preocupado por su salud y poco más. A Valeria le hacía cuatro carantoñas absolutamente impostadas, y el resto del tiempo permanecía en su consulta o se iba a la calle. Siguieron compartiendo la cama, pero jamás volvió a tocarla.

Aunque sabía que no, Mercedes pensaba que después del parto las cosas podrían cambiar. Le costaba engañarse con ese pensamiento, porque aquello no tenía mucha pinta de cambiar, y además temía que la presencia del bebé fuera un recordatorio permanente de lo que había ocurrido.

Y a veces se enfadaba también. Le salía un ramalazo de una rebeldía cuyo origen no podía descifrar porque no era así como la habían educado, pero era

como si otras mujeres que la habitaban, quién sabe si las mujeres de papel cuyas historias leía en los libros o las generaciones de mujeres que habían ido dejando restos de sí mismas, de su sufrimiento callado, en lo que ella era en ese momento, se rebelaran y, desde un rincón remoto de su cerebro, la instaran a plantear que a ver qué pasaba, que por qué tenía que sentirse tan culpable de todo, o acaso no había sucedido lo que sucedió porque Gregorio empezó primero. Él empezó primero. Ella no habría si él no hubiera. Era un buen refugio pensarlo, pero tampoco servía de mucho.

Con el tiempo, y tras comprobar que el nacimiento de aquella niña llamada Gadea no cambiaba nada, que, por cierto, menudo nombrecito, ni el propio tío de Gregorio quería bautizarla con ese nombre, hasta que el padre terminó por admitir que Gadea era lo mismo que Águeda, acabáramos, y esa fue la forma de que el cura accediera a dejar caer sobre ella el agua bautismal, que menudo escándalo, se veía que la criatura llevaba el mal consigo, el pecado de los padres. Eso le contaron a la vuelta los abuelos y la tía Servanda y el propio don Clemenciano, que allí estuvieron todos celebrando el bautizo con una comida opípara que ella, a pesar de pasarse todo el tiempo en la cama, se había encargado de organizar: manteles perfectos, vajilla impresionante, cristalería impecable, cubiertos bruñidos. Allí estaban todos, la familia de Gregorio, tan felices, comiendo a dos carrillos, y ella, por un instante, sintió una especie de desprecio insoportable que nacía de su propia culpa, como si tampoco esta le perteneciera, como si se la hubieran impuesto. Miró a los comensales: el cura Clemenciano presidiendo la mesa, Liborio con gesto de estar y no estar, que era su forma habitual de vivir cualquier acontecimiento familiar, sus suegros, embutidos en sus mejores galas, su cuñada Servanda y Onel, que habían ejercido de padrinos. Y Gregorio, que parecía feliz, como si su vida estuviera plena y no fuera aquel laberinto en el que ella se movía. Allí estaba él, tan orgulloso, tan satisfecho de sí mismo. Cualquier otro hombre en su lugar estaría subiéndose por las paredes. Cualquier otro hombre en su lugar no estaría celebrando el bautizo de una hija bastarda. Cualquier otro hombre en su lugar seguramente la habría molido a palos.

Sus suegros le habían preguntado por sus padres. De algún modo, contaban con que el farmacéutico y su mujer participaran del festejo, pero Mercedes se

apresuró a comentar una inexistente enfermedad de la madre, lo que dio origen a que su suegra se explayase ampliamente sobre los muchos y variados males que la aquejaban y alejó el foco de interés de la ausencia. Porque lo cierto era que sus padres habían ido a verla días atrás, muy poco después del nacimiento de la niña, y se habían marchado tarifando: los dos habían hecho un sencillo cálculo. Los dos sabían que era imposible que aquella niña fuera hija de Gregorio. Y habían salido de aquella casa a la que no pensaban volver jamás tristes, enfadados, profundamente decepcionados. Quién lo iba a decir de aquella sosainas de Mercedes, que antes fue Merceditas y mucho antes Cherines. Si su marido aceptaba aquel estado de cosas (y, siendo médico, no cabía el engaño), allá él. Ellos no iban a aprobar semejante conducta.

El tiempo no había hecho otra cosa que acrecentar la confusión en que Mercedes veía pasar los días, porque el estado de beatitud de Gregorio seguía siendo el mismo, como si solo viviera para sus enfermos, para las niñas —o, tal vez, para ser rigurosos, para Gadea—, para salir con Onel o charlar con él interminablemente de asuntos que para ella constituían una palabrería inútil, siempre con la política, siempre mencionando palabras tan incomprensibles como utopía, o pronunciamiento, o colectividad, siempre con los periódicos abiertos en la mesa de la galería, con nombres de lugares y de personas que le resultaban desconocidos, como si ellos habitaran en otro país. O en otra dimensión y ella pudiera verlos, pero no pudiera entender nada de lo que decían. Ajenos. Imposibles.

Menos mal que tenía a sus hijas, aunque esto no era del todo exacto. Era Valeria, aquella monada de criatura, con tirabuzones y rasgos perfectos, la que le esponjaba el corazón. Gadea no. Gadea parecía venir de otro sitio, a lo mejor del mismo país que habitaban Onel y Gregorio, que, en cuanto la veían, todas las zalamerías eran pocas. Le daba tanta pena que a veces ignoraran a Valeria. Era tan incomprensible que la destinataria de sus arrumacos fuera Gadea, tan poco agraciada, tan diferente de la hija mayor. Menos mal que ella compensaba aquella injusticia con Valeria y le prestaba toda la atención. Porque era injusto, claro, y porque le daba la gana, que no podía evitar sentir aquel rencor oscuro, aquella antipatía por Gadea. También ahí la culpa: las madres quieren a sus hijos, las madres se mueren por sus hijos. Mentira. Ella a

Gadea ni la quería, ni podría quererla jamás. En su rostro estaba escrito el recordatorio de su propio pecado. Cómo querer a alguien así. No era solo que hubiera sido gritona y poco bonita como bebé, no, es que tampoco el paso del tiempo había acudido a socorrer con ningún tipo de delicadeza los rasgos poco adorables. Tampoco hacía ninguna de las gracias que en Valeria habían cautivado a todos. Ni los cinco lobitos ni nada. A cambio practicaba su propia liturgia de parloteos, sus risas intempestivas, sus gritos sin venir a cuento. Y Onel y Gregorio tan entusiasmados con ella, absortos como si estuvieran contemplando la octava maravilla, pronunciando su nombre como si paladearan un vino exquisito. Felices.

Con el tiempo, Mercedes fue aclimatándose a aquello que, por lo que parecía, iba a ser su vida. La tranquilizaba mucho que nada de sus tormentas interiores, ninguno de los secretos que guardaban aquellas paredes, trascendiera. Gregorio no tenía ningún interés y ella tampoco. De algún modo, llegó un momento en que la vida estaba bien así. Después de todo, una vida acomodada, un marido respetable, una familia.

Y en lo que a ella se refería, daba igual que hubiera rey o lo quitaran, que estuviera Primo de Rivera, o se declarara la República. Lo único que contaba era que ellos eran la familia del doctor Santaclara. Y así seguirían siendo.

Después de instalarse en Gijón, y de forma invariable, Sefa Quintana había comenzado a practicar una ceremonia íntima siempre en la misma fecha: cada dieciséis de mayo se tomaba el día libre y deambulaba por la ciudad, sola, dedicándose únicamente a mirar. Ni siquiera Liborio conocía el secreto de aquel día, y como no reparaba en que se repetía cada año, tampoco se planteaba si respondía a alguna razón en concreto.

Con sol o con lluvia, Sefa Quintana elegía un itinerario y, desde muy temprano, recorría la ciudad a solas consigo misma, y sin otro objetivo que no tener que hablar con nadie y poder entregarse a los pensamientos que con más frecuencia de lo que desearía dejaba aparcados cada día, entregándose a vivir las horas deslizándose únicamente por su superficie, sin entrar en la pulpa dolorosa que quedaba oculta en la piel más o menos lustrosa de la cotidianidad.

Muchas veces, en el curso de aquellos paseos, mientras detenía la mirada en las tiendas del aire o contemplaba distraída los escaparates de los establecimientos del centro, llegaba a pensar que en realidad, y contra lo que se pudiera pensar, había sido muy poco dueña de su vida. Casi todas las decisiones que al final constituían la urdimbre de sus días le habían venido de fuera: el peso de las circunstancias, las decisiones ajenas, la inercia tejiendo su propio destino. Ni siquiera aquella arriesgada decisión de dejar la casa de Nuncia Chaves, y tomar la iniciativa de instalarse en Gijón, había sido el resultado de su propia voluntad. O sí, pero no del todo. Podría haberse dedicado exclusivamente a la adivinación y al juego, y Liborio había sido

suficientemente explícito en ese aspecto, aunque también había respetado (de hecho le había parecido una magnífica idea) que abriera su casa en el local contiguo al hotel, y de forma clandestina habían abierto una discreta puerta que comunicaba los dos edificios y que permitía interesantes y por supuesto muy discretos trasiegos. Liborio, que tampoco dedicaba mucha de su energía a pensar en las razones profundas que los demás podían tener para canalizar su conducta, consideraba que Sefa, que tanto le había hablado de su infancia miserable, tal vez había hecho un pacto consigo misma para que nunca más la pobreza se adueñara de sus días. Que había hecho sus cálculos y solo en momentos muy concretos, de gran afluencia de clientes, o solo con algunos hombres con quienes fuera especialmente conveniente acceder a alguna información sustancial, abandonaría su posición de dueña de la casa, de empresaria, como le gustaba llamarla Liborio. Abrir una casa de putas no dejaba de ser una actividad que garantizaba unos ingresos más estables que los que podía generarle el juego y la adivinación.

Pero no era solo por eso, y este extremo era el que desconocía Liborio. Sí que acertaba en la necesidad de asegurarse un dinero que la alejara de la pesadilla de la indigencia, pero había otras formas de conseguirlo. La razón última por la que había tomado la determinación de abrir su establecimiento y convertirse en madame Sefhine (aunque fueron muy pocos los que la llamaron de ese modo) tenía más que ver con la ternura que guardaba en su memoria de los días en que Nuncia Chaves la tomó bajo su protección y cuidó su embarazo y su tristeza. Podría haberse quedado en aquel reducto cálido en el que podía refugiarse cuando terminaba los servicios correspondientes, cuando se reían todas juntas jugando a las cartas y apostando fabes pintes en lugar de monedas, pero pensó que tal vez era buen momento para crear ella su propio espacio de cobijo para otras muchachas a las que el destino hubiera golpeado. De este modo acogía a sus pupilas: solo encontraban trabajo en su local aquellas *buenas chicas* maltratadas por sus errores, víctimas de la violencia de los otros, abocadas a la desesperación. Y cuidaba de ellas como si fueran sus hijas. Como si ella también fuera Nuncia Chaves.

Aun así, y a pesar de que creía que esa había sido una de las pocas decisiones de la que podía sentirse dueña, también a veces dudaba del peso de

su voluntad en ello, y entonces pensaba en todas las conversaciones a las que había asistido en rincones discretos del restaurante del hotel, cuando se juntaban tres o cuatro de los amigos de Emilio o de Onel y hablaban de la libertad. Y terminaba por concluir que la libertad, con todo, no era cosa de mujeres. Que tal vez no lo sería nunca.

Si había decidido dejar la casa de Nuncia Chaves y trasladarse a Gijón, ello tenía que ver tanto con su amistad con Liborio y las interesantes posibilidades que esa sociedad le permitía imaginar como con aquel peso que nunca se quitaría de encima, aquella decisión que sí que no reconocía como propia, a pesar de que sí que pudiera parecerlo: su hijo, y esa era la única información que había podido recabar Nuncia Chaves, había sido recogido en adopción del Hospicio Provincial por un matrimonio gijonés.

Y Sefa creía que algún día lo encontraría.

Por eso cada dieciséis de mayo celebraba el cumpleaños secreto de su hijo y dedicaba el día a recorrer la ciudad, deteniéndose en las entradas de todos los colegios, calculando la estatura que tendría su hijo, buscando rasgos de su propio rostro en las caras de los niños, imaginando de qué color tendría el pelo, cómo sería su risa. Vigilaba especialmente los colegios más caros, donde suponía que acudiría su hijo, y aunque sabía de antemano que jamás se produciría ningún milagro, cada dieciséis de mayo se despertaba con el recuerdo del horrible dolor padecido durante veintisiete horas, de la pesadilla de su cuerpo partiéndose en dos y el espanto animal del parto, del momento en que entre la niebla de su propio desamparo, oyó el llanto de un bebé y ni siquiera tuvo fuerzas para pedir que la dejaran verlo. Si lo hubiera visto entonces tal vez no se le habría despintado, tal vez sería capaz de identificarlo. Tal vez.

Cada dieciséis de mayo compraba un regalo pequeño: juguetes de latón, un pañuelo, unos guantes. Todos aquellos objetos, sin más dueño que su propio deseo, acababan en una caja de cartón que guardaba en lo alto de su armario.

Habría podido movilizar lo suficiente, y Liborio habría sido un elemento clave para ello, para encontrar a su hijo, y esa era la primera idea, la que le hizo soñar durante meses con emocionantes abrazos, lágrimas y reconocimientos. Pero nunca lo hizo.

Nunca fue capaz de ello, porque una tarde asistió a una conversación en el restaurante del hotel: tres jóvenes viajeros que ignoraban absolutamente quién era ella, y de hecho la habían tomado por la dueña unos minutos antes, discutían acaloradamente acerca de qué cosas eran las peores que podían pasarte en la vida. Y junto al cúmulo de desgracias que se les ocurría enumerar, de pronto alguien dijo:

—¡Que descubras que tu madre es una puta!

Y todos parecieron estar de acuerdo.

Habría podido tener hijos, pero siempre hizo lo posible para evitarlos, con los más rudimentarios y sofisticados métodos, cuya eficacia proclamaban las compañeras y amigas que los ponían en práctica. Ni una sola vez había podido borrar de su mente el tacto tibio del bebé que habitaba en su sueño, pasajero de su memoria. A veces lo imaginaba enfermo, reclamando a la madre que nunca había tenido, y sentía que la angustia se mezclaba con un extraño sentimiento de orgullo: ella, tan prescindible en tantas ocasiones, era reclamada más allá de distancia y de tiempo por alguien que apenas la había conocido. Ese pensamiento era peligroso, porque tenía una réplica inmediata en su cabeza: por eso. Porque nunca la había conocido. Porque nunca había sido testigo de sus vaivenes, de su volátil interés, de su nula voluntad para poner orden en su vida, de sus sentimientos enmarañados y livianos. A veces lo imaginaba feliz, correteando sonriente. Olvidaba calcular que ya se trataba de un hombre hecho y derecho: en su imaginación, en los sueños que eran una ventana para la huida, siempre era un niño, siempre hablaba con lengua de trapo, siempre mantenía la sonrisa que ella nunca había llegado a ver, la tibieza de su piel, el aliento dulce de su respiración tranquila.

No era capaz de dibujar en el aire —en el que su imaginación era lienzo— un rostro adulto. Intentaba mezclar sus rasgos con los de Canor, pero también la imagen de este quedaba perdida en su memoria, y aunque se esforzaba por actualizar en su mente el recuerdo del tiempo que ambos compartieron, no era capaz. Cómo iba a ser que su hijo superara la edad

con que su padre vivía en su memoria. Cómo. Mejor recordar al bebé y su aliento animal y tierno. Mejor imaginarlo con pocos años, con la risa y el llanto más fáciles de concebir que su vida adulta. Mejor seguir soñando con ahorrar el suficiente dinero para pagar el viaje, para comprarse un vestido, para llevarle un caballito de cartón.

Mejor seguir abonada a la ilusión, tan insensata como lo eran cada uno de sus días, mientras notaba cómo sus piernas cada vez se cansaban antes, cómo su piel perdía firmeza, cómo sus pechos tendían a caerse y había de ponerse una capa más gruesa de maquillaje cuando salía cada noche a escena.

Tal vez venía el tiempo (y los cambios de su cuerpo la sumían en un laberinto de angustia y extraña calma) de transformar despacio la ilusión en resignación.

Y entonces volvió Aurelio Varela a su vida y se la puso patas arriba.

De no ser por los bramidos con que Clemenciano Santaclara atronó no solo a todos los feligreses de la iglesia del Carmen, sino también a las vacas que pastaban ajenas a cualquier desgracia mientras hubiera pación en los prados de las inmediaciones, la llegada de la República habría parecido un acontecimiento menor. Las ondas sonoras de aquellos gritos llegaron también hasta el portalón donde Genaro *el Madreñeru* seguía a lo suyo, tratando de nidiar un par de madreñes que le había encargado Honorino Santaclara para su mujer. Ya las había abocado y las había afumado con meruxa y tenía preparado el sebo para abrillantarlas, así que había seguido su costumbre de no ir a misa un domingo más, pero hasta él llegaba el enfado que se traía el párroco, seguramente por aquello que se había dicho de si se había proclamado la República. Genaro *el Madreñeru* no sabía mucho de política, solo sabía que había un rey al que había que servir, que se había llevado las vidas de algunos rapazos del pueblo en una guerra que se libraba en lugares desconocidos y ajenos, en tierra de moros, que eran unos seres, decían, oscuros y malvados. La vida de su hijo Escolástico, sin ir más lejos, que era un mozu como un castillo, y allí se había quedado, muerto de quién sabe qué horrible manera. Si ahora no había rey, y eso decían en el chigre, a lo mejor tampoco había guerras, lo cual era bueno. Y si el cura estaba tan enfadado, teniendo en cuenta lo que Genaro pensaba de los curas, debía de ser buena cosa.

Y sí, a Clemenciano Santaclara, la República le parecía espantosa, y así se lo estaba contando a sus feligreses, aterrorizados con las visiones de un infierno inmediato y de un fin del mundo indubitable que tendría lugar en

pocas fechas. Por fin se habían cumplido sus vaticinios, por fin el mal había conseguido imponerse a la religión y la cordura, y solo podían esperar desgracias. Dónde se había visto, Dios de los Cielos, dónde. Comunistas, socialistas, masones, bolcheviques, anarquistas... una caterva de seres innumbrables en su maldad, aliados de Lucifer. Ahora sabréis, queridos hijos, decía, lo que es vivir asomados al averno, lo que es sentir el hedor del azufre, la proximidad de las tinieblas. Ahora sabréis, queridos hijos, queridos feligreses, los peligros que os acechan. Vendrán los comunistas y os quitarán vuestras vacas, y ¿para qué? Para la República. Vendrán todos ellos a arrancaros a vuestro Dios, y a llevarse vuestras cosechas de patatas y de maíz. Se llevarán las berzas y los arbeyos. Los fréjoles y las cebollas. Quemarán esta iglesia como hicieron con la del Sagrado Corazón en Gijón. Asesinarán a este vuestro humilde servidor, el siervo de Dios. Conoceréis, queridos feligreses, lo que es la execración.

Flora sonrió hacia dentro mientras lo escuchaba: aunque no siempre iba a misa, aquel día, primer domingo tras la proclamación de la República, le pareció necesario conocer por dónde rompería el cura en sus admoniciones. Lo de execración estaba bien: si la República conseguía que los habitantes de Nozaleda conocieran el significado de esa palabra, algo, en materia de instrucción pública, habrían avanzado.

Clemenciano Santaclara sabía que a grandes males, grandes remedios, y si lo de las penas del infierno no siempre parecía muy efectivo, a pesar de la colorista y terrorífica visión que conseguía crear con sus elegidas palabras y el volumen creciente con que las lanzaba al aire desde el púlpito, siempre quedaba el recurso de aludir a lo práctico. Y que la República iba a esquilmar a sus feligreses era un hecho. El infierno era un lugar al que uno iba cuando se moría, y no estaba muy claro cuándo llegaba ese momento, pero que si tenían dos vacas les quitaran una (o las dos, o las dos, les decía entornando la mirada con malevolencia), eso, como amenaza, resultaba mucho más efectivo.

—Algunos de vosotros —gritaba mientras señalaba con el dedo, moviendo a lo ancho para implicar a todos los asistentes, para crear la inquietud en los interpelados y la desconfianza en quienes con toda seguridad no eran los destinatarios de su acusación—, no todos (bajando la voz, conciliador), pero

sí algunos (mirada en la que trataba de transmitir la furia que seguro que el mismísimo Señor estaba sintiendo en aquellos instantes terribles), habéis votado a las izquierdas. Bien lo sé, queridos feligreses (tratando de ser comprensivo), que habéis sido engañados por los hijos de Satán y sus promesas. Algunos de vosotros (iba bien la cosa, ya había visto a varios de ellos santiguarse tres veces, tal vez reconociendo su pecado o el de alguno de sus familiares) sois cómplices de este infierno que se nos avecina. Pagarán justos por pecadores, y veremos mucha sangre vertida, y mucho sufrimiento (gesto de dolor). Veremos mucha haaaaambre, queridos feligreses, más que cuando hace dos años la peste se llevó a muchas de vuestras vacas, más que cuando el maíz se estropeó y las patatas se pudrieron antes de sacarlas...

Entre el nutrido grupo de feligreses que, tal vez movidos por la curiosidad o por la inquietud que les producían las noticias acerca de la llegada de la República, abarrotaban ese día el templo, había alguien particular y confusamente feliz, y era alguien de quien Clemenciano Santaclara jamás lo habría imaginado: su sobrina Servanda, que en lo más recóndito de su corazón se sentía agradecida a la República, fuera eso lo que fuera, porque gracias a su proclamación se había sabido que habían sido liberados los presos que habían participado en los sucesos de diciembre en la iglesia del Sagrado Corazón, y Emilio había sido liberado. Aún no lo había visto por Nozaleda, pero confiaba en verlo: en arrancar una visión desde la galería de la casa, situada estratégicamente de forma que el ángulo permitía controlar la entrada a la casa de Canor y Flora. Una sola imagen en la distancia alimentaba su amor secreto. Encontrarlo (tras planear concienzudamente, haciendo los cálculos oportunos) en la caleya le proporcionaba material suficiente para que sus ensoñaciones acompañaran sus días y mojaran sus noches.

Soñaba con Emilio desde hacía años. Sin esperanza alguna, sometida al secreto, soñaba con una vida y una historia que sabía tan imposible que en la misma quimera alimentaba su propia supervivencia personal. En realidad, toda su vida había sido un continuo imaginar: creaba sus propias historias en su cabeza, vivía romances apasionados. Apasionados, sí, pero también confusos en su escenificación, puesto que nunca había sabido muy bien cuál era el procedimiento amatorio, y no conseguía sustraerse al asco que le daba

lo que alguien le contó que realmente sucedía, de modo que prefería cerrar sus ensoñaciones con alguna frase que había leído en una novela romántica que una vez leyó y que hablaba de algo tan difícil de traducir como «el ardoroso abrazo», pero que algo debía de tener que ver, aunque le costara relacionarlo, con aquella sensación de incendio que como una enfermedad o una maldición la abrasaba *allí abajo*, y que debía de ser pecado, pero la vergüenza le había hecho declinar cualquier posibilidad de contrastarlo con su tío Clemenciano. Desde niña ya le ocurría con su tío Liborio: aquella turbación, aquel deseo incontrolable de que fuera su novio, que toda la familia se tomaba a risa porque era una criatura de cinco años. Cinco años cuando lo decía, claro. Que luego aprendió a callarse y siguió acariciando aquel deseo en su propia imaginación, en la soledad del pensamiento encendido. Durante algún tiempo, incluso pensó que sería posible casarse con él. Todo dependía del papa de Roma, de que les diera un permiso especial, y estaba claro que ser sobrina de don Clemenciano podría arreglar eso. Solo que poco a poco entendió varias cosas: ni Liborio jamás albergaría hacia ella ningún sentimiento, puesto que siempre la vería como su sobrina mocosa, absolutamente ajena a todas y cada una de las mujeres que poblaban su currículum, ni nadie de la familia entendería nunca semejante desatino. Así que, superada la etapa en que resultaba gracioso el empeño de la niña, la tontería aquella de casarse con el tío Liborio, procuró guardar silencio y seguir alimentando sus fantasías en secreto. Como el pensamiento permitía la volubilidad, había empezado, años atrás, coincidiendo con la llegada de Emilio, a simultanear las historias de amor que vivía en la soledad de sus noches o en el transcurrir de su existencia de trabajo. Es muy callada Servanda, decían, pero ignoraban cuánta vida pasaba en aquel momento por su cabeza, qué fabulosas historias de amor vivía mientras arrancaba la maleza en la huerta, mientras trenzaba los ajos para colgar en la panera, mientras fregaba la cacía o llevaba la esllava a los cerdos. Cómo iban a imaginar quién era ella por dentro, qué fascinantes romances vivía con Liborio, o con Emilio, sin que ninguno de los dos hubiera tenido nunca la más remota idea. Había sufrido la cárcel de este último sin que nadie pudiera adivinar jamás qué zozobra se escondía bajo sus pestañas. Había escuchado chismes tratando de sacar conclusiones, a veces

disparatadas. Y había sabido que la República había liberado a los presos, que incluso habían sido recibidos en el ayuntamiento y la población los había aclamado.

Por ella, daba igual lo que dijera el tío Clemenciano: la República había liberado a Emilio, y aunque eso no significara nada en absoluto, porque él jamás sabría qué secretos incendios provocaba su sola mención, su solo recuerdo, para ella era suficiente pensar que de nuevo podría encontrárselo un día, y eso le proporcionaría munición suficiente para sus ensoñaciones, alimento para sus noches, leña para su fuego.

—... Y nuestra patria será pasto de las llamas, como si el infierno mismo hubiera adelantado su presencia sin esperar a la muerte (silencio dramático). Ya habéis visto lo que ha ocurrido en nuestra escuela por imposición de quienes ahora dicen gobernarnos y solo nos conducirán a la desgracia. Los enemigos de Dios, los salvajes que ahora campan y camparán a sus anchas, han cometido una auténtica villanía: han arrancado el crucifijo (rostro contrito, emoción en la voz). ¿Qué se puede esperar de quienes separan a los tiernos infantes, a los inocentes niños, de la religión? Pero Dios es grande, hermanos. Dios es inmeenso. Su poder es incalculable, y nadie lo vencerá jamás (mirada de quien guarda una carta bajo la manga). Pasaos por la escuela vosotros mismos y sed testigos del poder de Dios. Se ha obedecido la orden del ministerio y se ha quitado el crucifijo. Pero fijaos bien. ¡Queda su huella en la pared! (Triunfante) ¡Queda su huella! Los años han dejado la forma de la cruz y esa no pueden quitarla.

A Flora le creció, de repente, un deseo incontrolable de algo que llevaba mucho tiempo queriendo hacer en la escuela, que, sin ser suya en titularidad, seguía siéndolo de corazón. Hacía ya mucho tiempo que aquella escuela necesitaba una mano de pintura.

Aurelio Varela había pasado fugazmente por su vida: no había dado para mucho más aquel amor con un gallego de posibles, dueño de un hotel en el Malecón, aficionado a pellizcarle el culo, a escribirle unos horribles versos (cuartetas, los llamaba él) que a ella le pellizcaban levemente el corazón y a colmarla de regalos, uno de los cuales, un reloj que según él había heredado de su difunto padre, había llevado sus pasos a la tienda de antigüedades donde la mirada entregada de Canor se le había anclado en los ojos y en el corazón. Que tantos años después se encontraran en la ciudad del sur de Estados Unidos donde ella sobrevivía, cada vez peor —porque, a pesar de su envidiable genética, el cuerpo ya daba muestras de que también para ella el tiempo era enemigo—, solo pudo atribuirlo a la casualidad. No era tal. Viudo desde un año atrás, había consumido los días del luto, y una buena cantidad de dinero, en detectives, en la búsqueda incansable de aquella bailarina que seguía poblando sus sueños y sus viglias.

Podía ofrecerle, le dijo, cualquier cosa menos juventud. Ni siquiera mucha salud, añadió, porque el trabajo, las preocupaciones y los disgustos, aliñados todos ellos con ron, no habían hecho buenas migas con su maltrecho organismo, pero aun así confiaba en poder compensarla con el dinero acumulado, que ningún heredero habría de disputarle. Ni siquiera le daría mucha lata, porque sus necesidades en la cama eran ya bastante limitadas. Solo quería mirarla.

Y se lo dijo de una forma tan bonita, aquello de yo solo quiero mirarte, que Cachita Lavín, de golpe, recuperó su adolescencia primera, cuando fue

lirio y fue incendio, los años de la juventud perdida, y se vio a sí misma reflejada en los ojos de él, que la miraba, que solo quería mirarla.

Para entonces, ella había asumido que no le quedaba otra que vivir amarrada a lo que se había convertido en una obsesión. A lo largo de los años, el reencuentro con su hijo había pasado por distintas fases, muchas de ellas contradictorias, que iban de la urgencia al posible olvido, de la indiferencia a la nostalgia como un cuchillo, de la culpabilidad a la autoindulgencia. Pero siempre, incluso en los tiempos más locos, en los que parecía que cualquier añoranza era imposible, había un momento a lo largo del día en que se imaginaba a su niño a punto de quedarse dormido, en el momento exacto en que el sueño se confunde con la vida, y una ternura imparable le calentaba el corazón, se extendía por todos los miembros de su cuerpo como si la sangre se hubiera vuelto lava. Entonces podía sentir, como si la distancia fuera solo cosa del papel de los mapas, la tibieza del cuerpo de su niño, podía tocarlo, rozar con las yemas de los dedos los rizos oscuros de él sobre una almohada blanca, con las iniciales «A» y «T» bordadas primorosamente, sin que ella pudiera alcanzar a entender por qué esa imagen y justo esas letras se enroscaban en su visión: podía olerlo, podía sentirlo, podía acercar sus labios a la piel morena. Pero era besarlo y, de pronto, la amargura, la sensación de que todo se desvanecía en el aire y que su niño, Onel, se sobresaltaba como si retornara desde otro mundo, desde el sueño, y el prodigio se convirtiera en un polvo irisado que se quedaba flotando en el aire, inaprensible para ella, que retornaba a su propio cuarto, a su soledad poblada de mentiras.

Aurelio Varela, mientras ambos compartían una cena en el restaurante más cercano al club, le dijo algo que le dejó el corazón tiritando: podemos vivir donde tú quieras, tú eliges si te gusta que nos quedemos aquí, o que nos volvamos a La Habana, o, aunque no sé si tú querrás, a mí me gustaría retirarme a Cariño, y ella se rio ante la posibilidad de que hubiera un lugar en la tierra que se llamara de aquel modo, y solo después de un instante cayó en la cuenta de que le estaba hablando de su pueblo natal, y que estaba en España.

El periódico que iba a parar casi todos los días a casa de Canor tenía lectoras imprevisibles y un tanto clandestinas. Las mujeres de las tardes, mientras echaban una pieza a una sábana o sacaban bastilla de las faldas de las niñas empeñadas en crecer a razón de varios centímetros por temporada, se enteraban de lo que ocurría gracias a Flora, que se molestaba en explicarles con palabras sencillas lo que ocurría en el país, de modo que nombres como Manuel Azaña, Lerroux, Indalecio Prieto o Largo Caballero formaban parte de las conversaciones que entre aquellas cuatro paredes constituían una burbuja impensable para la mayoría de la gente.

Nunca pensó Flora que la actividad que se desarrollaba cada tarde en su casa pudiera considerarse subversiva. Unos días más, otros menos, sin que el número sobrepasara nunca la decena, solían reunirse mujeres que llegaban con una fardela de tela donde guardaban la labor o las piezas de ropa que requerían algún tipo de arreglo. A veces, oculto entre percal o lino, había algún libro que habían llevado prestado para leer en casa en ratos en los que nadie podía molestarlas, y que generalmente escondían debajo del jergón, de modo que, mientras arreglaban el cuarto o, aparentemente, hacían la limpieza, lo sacaban con cuidado del escondite y procuraban leer algunas páginas, con su deficiente silabeo, pero con la secreta alegría de estar haciendo algo que, si bien no estaba claro que fuera prohibido, sí era mucho mejor guardar como un secreto. La razón, no eran capaces de explicarla en voz alta, y tampoco era necesario. Era mejor no decirlo, no contar, que nadie, fuera de aquel ámbito íntimo y compartido, supiera que eran capaces de leer, que no solo iban a la

casa de Flora a remendar piezas de ropa o a aprender a hacer labores. Y eso que, a veces, la alegría, cuando los misterios del alfabeto comenzaban a desentrañarse, cuando era posible silabear o cuando se pasaba al siguiente estadio, el de leer las palabras de tirón. O más arriba aún, cuando era posible leer de corrido, y cuando por fin se alcanzaba el nivel máximo, el de no tener que seguir las palabras, el renglón, con el dedo índice, tantas veces ennegrecido por el trabajo en la tierra. Cómo costaba entonces mantener aquel secreto, no salir corriendo de la casa de Flora y gritar a todo el que quisiera oír, y al que no, también, que ellas, cada una de ellas, aquellas que no valían para nada más (para nada más, les decían, como si no fuera para nada menos) que atender con los chiquillos, tarazar terrones en la huerta, cocinar el pote de fabes con chorizo y tocino de cada día, remendar la ropa, calentar la cama. Eran mujeres. Y difícilmente podían ni debían saber de cuentas y no digamos de letras. Flora decía que habría un día en que las mujeres no tendrían que pedir permiso a los hombres para comprar un prado, o una huerta. Habría un día en que podrían elegir si estaban o no estaban con un hombre, porque había algo que se llamaba divorcio y, sin duda alguna, algún día, más pronto que tarde, el gobierno de la República lo aprobaría, para pasmo de todas ellas, que no eran capaces de entender que hubiera otra opción al hastaquelamuertenossepare. El día que se le ocurrió hablar del amor libre, las risas nerviosas, los rostros sofocados, el rubor y hasta la reprobación de muchas de ellas amenazaron con una rebelión de grititos como de colegialas en el ámbito de placidez de aquellas paredes. Colegialas, en definitiva, atípicas y sin más colegio que su propia voluntad y la paciencia y el deseo de Flora de hacerlas un poco más conscientes de su propia vida. Y no era fácil. Los tiempos estaban trayendo consigo un catálogo de avances que, si bien en las ciudades eran relativamente sencillos de comprender, en el ámbito rural no tanto, así que las dificultades para explicarlos se multiplicaban.

Había sido toda una aventura explicarles qué era una constitución y en qué consistía y cómo uno de los puntos más importantes para ellas era que a partir de ese momento tendrían derecho a voto. ¿Votar? ¿Y eso para qué sirve? Y entonces venían las explicaciones, venía la conciencia, que había que ir tomando a sorbitos, y cada palabra traía consigo nuevas preguntas, y alguna

desconfianza, y muchas dudas. Y todo eran palabras que revoloteaban como mariposas de colores en aquel cuarto que desafiaba al gris de una vida de horizontes pequeños en un pueblo que se empeñaba en darle la espalda al mar.

A Flora, por ejemplo, le costaba mucho mencionar la palabra emancipación, porque en el fondo de sí misma creía que, por mucho que las palabras construyeran el mundo, a veces era necesario olvidarse de ellas y limitarse a lo tangible. Recordaba largas conversaciones con Rosario Acuña, asomadas al Cantábrico tras el ventanal de su sala. «Las dos cuestiones palpitantes de nuestro tiempo, Flora, no lo olvides, son la emancipación de la mujer y la religión. Y no dudes de la mucha relación que hay entre ambas.» Ella, salvo en casos muy concretos, trataba de llegar a las palabras a través de los hechos. Y si los hechos conducían por sí mismos a las palabras, mejor que si tenía que mostrárselos.

Por eso leían los periódicos, ese territorio híbrido entre lo que se sabe realidad y el mundo ideal de las palabras. Conquistarlas una a una, no solo como herramienta, sino también como fin, ese era el camino. Por eso primero había que aprender a leer, aunque fuera con dificultad, porque poseer esa habilidad, saberse dueñas de una herramienta tan poderosa que en la mayor parte de los casos ni siquiera tenían los maridos, esos seres tan amos del mundo de cada una, les confería un poder extraordinario. Y si eran dueñas de la habilidad de leer, el camino hacia el dominio de las ideas ya había empezado. Flora jamás les hablaba en contra de la religión, ni de los curas. A veces sonreía cuando ellas hacían comentarios, pero ni siquiera las animaba cuando las críticas a don Clemenciano por una razón u otra (y solían tener bastantes) se convertían en el objeto de la charla. Era sin embargo esa discreción y ese silencio lo que paradójicamente hacía un efecto mayor en ellas, mucho más que si la hubieran oído despotricar como una loca.

Esa medida tan característica de Flora era interpretada sin embargo como cobardía en las discusiones que mantenía a veces con Emilio. Onel tendía entonces a defenderla, y decía entender las razones de ella para permanecer en un segundo plano, para no participar de un modo más activo en la República, que tras algo más de un año de andadura había conseguido ganarse la confianza de algunos, el descrédito en otros, y algo parecido a la decepción en

los demás. Siempre había sido así, argumentaba, y Flora en el fondo de su corazón se preguntaba si no tendría razón su hermano, si no sería cobardía aquella reclusión en Nozaleda, cuando podría estar en una ciudad peleando por los derechos y por la emancipación. Ella tendría que haber estado en las manifestaciones que clamaban por el derecho al voto de la mujer. Tendría que estar integrada en los movimientos (ni siquiera, fíjate, ni siquiera te digo en qué partido tendrías que estar, pero en algo, en lo que fuera, recriminaba Emilio, a quien ni los palos ni el encierro parecían haber arrancado ni un gramo de las ganas de batallar) que reclamaban reformas en Gijón. Pero no. Allí estaba, viendo pasar los días en un pueblo, amarrada al amor de Canor, enseñando a unos niños cuando tenía oportunidad, despertando conciencia en un grupo de mujeres que era muy posible que, llegado el momento, incluso votaran a las derechas, porque pesaban tanto los berridos admonitorios de don Clemenciano en el púlpito, pesaba tanto el túvotarásloqueyotediga de los maridos, que no terminaban de entender que las mujeres pudieran votar, a quién se le habría ocurrido, y qué sería lo siguiente.

—Tú no hagas caso a Emilio —le sonrió Onel mientras se ponía el abrigo de cuero que acababa de comprarse en El Escudo de la calle los Moros—. Que estás haciendo tú en tu rinconín más por la República que muchos de los que van chillando por la calle detrás de la pancarta. Eso dígotelo yo.

Y le dio un beso en el que no hubo hueco para que se escuchara que no eran madre e hijo.

Llegó un día en que Merceditas resolvió guardar en una especie de hatillo extendido sobre la cama todas sus decepciones, sus desconciertos, el inabarcable aturdimiento en que vivía sumida. Allí, en una cretona imaginaria, sobre el edredón de seda azul relleno de miraguano, fue colocando, uno tras otro, los desasosiegos que se le habían instalado en el corazón desde el instante en que...

—Un momento, vamos a ver. Desde qué instante exactamente...

Mercedes, con frecuencia, seguía siendo Merceditas, y entonces, a pesar de su deseo de convertirse en una mujer hecha y derecha por el procedimiento de abandonar los diminutivos, hablaba consigo misma, escribía en su cabeza frases de las que habitaban en las páginas de las novelas románticas que leía, o de las que decían las actrices en las películas. En ocasiones, si se sabía sola en casa, o si Gregorio estaba en su consulta, lo que venía a ser a lo mismo, también las decía en voz alta, mirándose al espejo, tratando de ver en la que la miraba al otro lado del azogue los gestos y las miradas de Clara Bow, que era su favorita. Hasta le había copiado el tocado del día de su boda de una foto de la actriz vestida de novia, seguramente en alguna película, que localizó en un número atrasado del *Blanco y Negro*.

Clara Bow, como Emma Bovary, formaban parte de su altar laico, las mujeres en las que se miraba, a quienes sentía que se parecía, pero muy adentro, como si no fuera una vida, sino dos, lo que vivía. En la de por dentro, la de la soledad, la del espejo, también ella era Emma, también ella era Clara. Aunque a medida que pasaban los meses ya se le estuviera olvidando.

Y el olvido venía por aquello del desconcierto, que no conseguía situar en el tiempo, como el instante en que. Cuándo fue, en qué momento comenzó aquel desorden en la conciencia, aquella turbación permanente, la confusión que parecía dirigir sus pasos sin otra dirección que hacia un abismo de dimensiones desconocidas, por el que seguía cayendo más y más.

Hasta ese momento. Hasta el instante mismo en que decidió hacer un hatillo con todo eso: el desconcierto, el temor a verse descubierta, el caos de sus pensamientos contradictorios, el aturdimiento constante, la desorientación, la sensación permanente de verse pisando terreno pantanoso, de no saber, de inmiscuirse en la mirada de Gregorio tratando de adivinar qué intenciones, qué pensamientos bullían en aquella cabeza, cómo era posible que no le reprochara nada. Tendrá una amante, le decía Emma Bovary en su cabeza, te la estará dando con otra, por eso está tan suave, por eso no te dice nada, por eso esa cara de no romper un plato, por eso va a lo suyo. Y Clara Bow, con la suficiencia que le daban tantas vidas de celuloide, torcía el morrito, cuidadosamente pintado, y le decía qué va a tener, mujer, a un hombre siempre, siempre se le nota cuando tiene a otra, ¿te regala joyas? No, ¿se le ve feliz, mucho más feliz que de costumbre? Y, sobre todo, la prueba de fuego... ¿se cambia de calzoncillos con más frecuencia de lo habitual? Ante tales cuestiones, y descartando la posibilidad de una amante, puesto que ninguna de las infalibles pistas concurrían en el caso, y Gregorio mantenía su higiene habitual, bastante cuidadosa ya de por sí, y ni se le veía más feliz que de costumbre ni, por supuesto, le regalaba más joyas que las que ella misma le solicitaba, Mercedes no tenía otra que tomar sus propias decisiones.

Así que allá iba, a aquel hatillo imaginario, todo lo que había ocupado su pensamiento, todo lo que le había remordido la conciencia durante los últimos años, todo lo que no había sido capaz de descifrar en el comportamiento incomprensible de Gregorio. Allá se iban su miedo y su culpa, y la incomprensible actitud de Gregorio, empeñado en ningunear a Valeria a favor de la maldita Gadea, la pequeña bastarda, como no podía dejar de llamarla en su fuero interno. Y las horas de encierro en la consulta. Y que hubiera incorporado a Onel a la vida familiar, por muy amigo que fuera, que ya estaba bien de tenerlo en casa cada poco. Hasta había llegado a pensar que ese era el

castigo que Gregorio le infligía: hacer que, como si no tuviera bastante con la presencia de Gadea, Onel le recordara a diario cuál era el pecado, como si no pudiera librarse jamás del estigma. En aquel peregrinaje por la desazón y la culpa, la gota que había colmado el vaso, si es que aún había vaso que colmar, se llamaba París.

Gregorio le había dicho, con el mismo tono que habría utilizado para señalar que necesitaba que le tuviera planchada una camisa, que viajaría a París. Y ahí lo había dejado, sin añadir ni una sola explicación más, ni siquiera ante la mirada atónita de Mercedes.

—¿París? ¿París de Francia? ¿Pero cómo? —Solo después de unos segundos consiguió enhebrar las preguntas que se le amontonaban en la cabeza—. ¿Y para qué? ¿Y cuándo?

Gregorio había suspirado y la había mirado con una mezcla de piedad y de cansancio. París, dijo, sí, París, capital de Francia. El doctor Lewis, el profesor del curso que había hecho en Madrid, daba una conferencia muy importante y él quería aprovechar para conocer una serie de innovaciones en material quirúrgico. Mercedes estuvo a punto de replicar que para qué quería él saber de material quirúrgico si tenía una consulta de medicina general, si ni siquiera aquel maravilloso curso en Madrid había hecho que se convirtiera en especialista de hospital.

Ahí había aparecido Emma Bovary, con su sonrisa irónica y su yatelodijemerceditas, alguna tendrá por ahí, a lo mejor se la lleva. Un viajecito con la amante, Merceditas, hija, que pareces tonta.

Pero se calló, como hacía casi siempre cuando sabía que cualquier cosa que dijera podía convertirse en la llave que abriera la caja de los truenos y podría empezar una lluvia insoportable de reproches. Y no, no era eso lo que más necesitaba.

Así que siguió doblando los calcetines calados de las niñas como si nada de lo que Gregorio acababa de decir le importara.

—Ah —dijo el hombre poniéndose la americana y dispuesto a salir a la calle, como si en ese mismo momento acabara de recordarlo—. No te lo he dicho. No iré solo. Onel viene conmigo.

Y eso había servido para disipar el fantasma de la otra, que siempre

rondaba, aunque bueno, teniendo en cuenta el grado de compadreo que se gastaban, quién quitaba que Onel no estuviera en el ajo también, a lo mejor su amistad les daba para eso, para alcahuetar.

Así que allí estaba, en casa, con las dos niñas, a las que Visi había bajado a la Plazuela a jugar, tomando una de las decisiones de su vida. Emma Bovary y Clara Bow, desde el espejo, la miraban con aprobación. Se había acabado vivir así, con el temor constante a que Gregorio dijera o hiciera. Con la culpabilidad cosida alrededor del pecho, como un corsé demasiado pequeño que le impedía respirar. Se había acabado vivir así: todos los desconciertos, todas las indecisiones, todos sus fracasados intentos de entender, toda su contrita sumisión. Ahí se quedaba todo eso, revuelto como un nido de serpientes, envuelto en una cretona imaginaria y bien cerrado con nudos. Todos sus miedos y sus culpabilidades. Al mar con ello.

La nueva Mercedes estaba allí, y Gregorio iba a pagarlo cada día de su vida.

La llegada de la República le había traído a Flora, entre otros muchos argumentos con los que enhebrar su existencia apacible en Nozaleda, una nostalgia terrible de Rosario Acuña. Desde la aprobación de la Constitución, se había hecho con un ejemplar, y le gustaba leer hasta aprenderse de memoria sus artículos favoritos —aparte del primero, que definía España como una República de trabajadores de toda clase, organizados en régimen de libertad y de igualdad—, como el tercero, que indicaba que el Estado español no tenía ninguna religión oficial, y, sobre todo, como las palabras que habitaban en el 48, promesa de laicidad, acceso a la educación gratuita y obligatoria, libertad de cátedra, y del Estado como garante y servidor de la cultura.

Echaba de menos las horas de la tarde compartidas con la escritora, sus conversaciones sobre Decroly, y cómo le habría encantado poder decirle que en el ministerio habían descubierto por fin el valor de sus teorías y ese nombre se pronunciaba con frecuencia. Y, sobre todo, le habría gustado hablarle de cómo, con mucha paciencia, su reducto de mujeres iba adquiriendo destrezas, a la vez que su capacidad para razonar se afinaba. O decirle que algunos días ellas tomaban la iniciativa y cogían el periódico antes de que ella se lo sugiriera siquiera y, además de los titulares grandes, iban al texto más pequeño. Y a veces hasta preguntaban o iniciaban la tarde diciendo frases tan alentadoras como «Oye, Flora, que tuve yo pensando...», que solían presagiar conversaciones en las que la reflexión sustituía a la risa floja, al cotilleo inevitable, y terminaba por esponjar el corazón de la maestra, al ritmo en que subía algún bizcocho que había metido en el horno después de batir las claras

a punto de nieve y mezclarlas luego con las yemas de intenso color naranja, una a una hundiéndose en la blanca dulce, y que terminarían por tomarse con el café, cuando las conversaciones alcanzaban su punto más alto y todas hablaban, ordenadamente, después de pensar, que era la norma que siempre imponía Flora, pensar antes de decir, antes de salir de la boca, las palabras tienen que darse un paseo por la cabeza, y ahí es donde uno decide si lo que va a decir merece la pena o si tiene que redondear un poco más ese pensamiento, porque lo que decimos tiene que ser útil para los que nos escuchan, si no es así, vale más que encerremos nuestras palabras dentro de nosotros.

También pensaba en Rosario Acuña cuando estaba con los niños en la escuela, y le daba rabia que se hubiera muerto sin ver su aspiración cumplida, porque las aulas se habían convertido por fin en un territorio laico.

La nostalgia de Rosario Acuña era también la nostalgia de Rocío, que después de unos meses había terminado por presentarse por libre a los exámenes para obtener el título de Bachillerato Elemental, que había superado con éxito gracias a la intensa preparación, a las sabias enseñanzas de Flora y a la voluntad inquebrantable de la muchacha, que había encontrado en la hermana de Emilio la referencia necesaria, el espejo en que mirarse, para enhebrar su existencia, y se había matriculado en la Escuela de Magisterio para ser maestra. Desde el principio, ellos habían insistido en hacerse cargo de sus estudios. Pagarle un título a alguien era una de las ilusiones de Canor y de Flora que ni con Onel ni con Camila lo habían conseguido

—Mujeres y educación, ese es el camino y ahí vamos, querida Rosario, ahí vamos.

—Con los años todo se atempera.

No sabía muy bien Sefa Quintana de dónde había sacado aquel verbo, pero le gustaba usarlo, y mientras contemplaba el estado de languidez al que, a pesar de los afeites que Estanislao Pastor mercaba en la recién inaugurada Droguería Asturiana en Gijón, parecía abocado su bigote, empeñado en caer lacio y sin vida como un paréntesis de aquella boca de labios como dibujados con tiralíneas, se preguntaba cuántas palabras sin decir había instaladas en aquellos ojos que más que mirar escrutaban.

Entre ellos dos se había establecido una extraña relación que tenía mucho de duelo, de desafío permanente. Ambos practicaban una extraña gimnasia visual, como si fueran capaces (Sefa lo era, obviamente, pero le resultaba tan estimulante como aterrador descubrir esa extraña aptitud en otra persona) de traducir los destellos, los brillos de los ojos, los silenciosos movimientos de la mirada que decían mucho más de lo que los labios pudieran estar dibujando, de lo que la voz pudiera edificar en el aire en palabras.

Estanislao Pastor, putero irredento, cada vez frecuentaba menos las carnes de las muchachas del establecimiento y, a cambio, cada vez parecía encontrar más placer en practicar una combinación de cháchara y desafío con Sefa Quintana, a quien de vez en cuando solicitaba que practicara con él alguna de las artes de adivinación que dominaba. No supo, a pesar de aquella capacidad para el escrutinio en los pensamientos ajenos, que realmente, y por mucho que Sefa Quintana jugara con las cartas y fuera exponiéndolas una a una sobre la mesa, en realidad no leía nada en ellas. Aquella baraja clásica, que guardaba

cuidadosamente envuelta en un pañuelo que conservaba como el único regalo que había recibido en su estancia adolescente como criada del ingeniero Bartomeu, era para ella tan indescifrable, con sus arcanos mayores y menores, como podía serlo para cualquiera que se sentara frente a ella y se fuera, sin embargo, convencido de que la gran adivina Sephine le había leído el interior y hasta había acertado con muchas de las cosas que habían pasado en su vida y, lo que resultaba mucho más inquietante, con otras que sucederían en los días, semanas o años siguientes.

Ella prefería, especialmente cuando Estanislao Pastor se le sentaba enfrente, utilizar su bola de cristal, aquella preciosidad irisada y brillante, con destellos azules y violetas, impresionantes en la penumbra de su cuarto, que Liborio Santaclara le había traído como regalo de la ciudad de Londres años atrás. No es que viera nada en la bola, pero mirarla atentamente le permitía concentrarse, mirar hacia dentro, desentrañar cada una de las vibraciones que emitía el cliente que acudía a ella y, en el caso de Estanislao Pastor, huir de la mirada de él, de aquella singular fiereza que latía en el irregular mapa de su iris de color impreciso.

—Con los años todo se atempera, señor mío. Los apetitos todos, y ya no se busca la cantidad sino la calidad. Poco pero bueno. En todos los aspectos. No debería sufrir usted por ello.

Estanislao Pastor se quedó en silencio valorando cuánto podía saber de él aquella mujer de carnes abundantes, y cuya melena ensortijada, impropia de su edad, que permanecía sin cana alguna, pugnaba por abandonar los recogidos, más propios de la corte francesa, y descolgarse graciosamente sobre los hombros. Trataba siempre de ser glacial en su trato, de evitar enviarle ningún tipo de señal, la más remota pista que facilitara el engaño, la estafa, porque en el fondo quería creer que aquella mujer tenía poder para adivinar: eso o un sofisticado sistema para hacer trampas con las cartas, porque, y eso lo había comprobado de primera mano, en cualquier timba en la que estuviera presente terminaba por desplumar a todos los jugadores.

Por tanto se acercaba a ella, más que para saber si la suerte estaría de su lado o no en las distintas empresas de su pequeña vida de capitán de un cuartel de la Guardia Civil o lo que podría depararle el futuro, para intentar descubrir

de qué materia estaba hecha su magia, si en efecto se trataba de una grandísima embustera o había algo inexplicable en los acertados vaticinios con que alimentaba la esperanza o la desilusión de quienes se acercaban a ella.

—No todo, no todo se atempera —se atrevió a decir—. Sin duda sabe usted que las grandes pasiones son eternas.

Pocas veces Pastor le había proporcionado la más mínima información, el comentario que podía guiarla por los intrincados senderos que iba descubriendo mientras desbrozaba la selva inexpugnable de cada alma. Más allá de las propias palabras, de la aseveración, por otro lado tópica, Sefa Quintana descubrió algo en el tono de su voz, en el modo en que de inmediato pareció arrepentirse de haberlas pronunciado, como si algo en ese tono se hubiera deshilachado y en el mismo instante de pronunciarlas se maldijera a sí mismo por haber descubierto algo que formaba parte de los secretos más escondidos, como si se reprochara por la vanidad estúpida de haber querido demostrarle (qué necesidad tenía, por Dios, qué necesidad de demostrar nada a una fulana con ínfulas de adivina) que no todo en él era ruina, que no estaba *atemperado* aunque cada vez le apeteciera menos ninguna de sus muchachas, tan insulsas todas, tan previsibles en gestos, en miradas que pretendían ser pícaras y no alcanzaban un escalón por encima del puro patetismo.

Estanislao Pastor había caído en una trampa que Sefa Quintana ni siquiera se había molestado en ponerle, pero en ese mismo instante ambos tuvieron la misma certeza: ya nada iba a poner dique a los secretos que, rotas las defensas, ni él podría seguir manteniendo en los límites que su contención había mantenido a salvo ni ella iba a tener problema alguno en descubrir tirando de aquel hilo, adentrándose en el laberinto que se ocultaba tras la anodina presencia del capitán, de su laconismo, de su mirada torva, huésped de aquellos ojos esquinados.

Una gran pasión, una pasión eterna, se dijo Sefa Quintana, y pensó que o muy poco valía la rapacina de Grameo que se había enfrentado a todas las adversidades, a todas las miserias, a todo el dolor, o ella sería capaz de resolver el enigma y descubrir todo lo que se ocultaba en el alma huidiza y oscura de la persona que había pronunciado aquellas palabras.

Durante el resto de sus vidas no dejaría de acompañarlos la memoria encendida de los días parisinos, tan breves como intensos. Gregorio hablaba un francés impecable, académico, pero Onel conocía expresiones populares que había ido aprendiendo gracias a Milio, que atesoraba una buena colección que procedían de las calles de la ciudad y de los ambientes anarquistas que había frecuentado años atrás, en aquel tiempo en que se suponía que debía formarse, los días que su padre había decretado como los idóneos para hacer de él el hombre de confianza, heredero en la dirección de sus negocios, y que él había sabido transformar en la educación sentimental y política que arramblaría con cualquier vestigio de esperanza que su padre hubiera depositado en su capacidad para sentar cabeza.

Ni en los tiempos del clandestino amor con Gadea había sentido Gregorio aquello tan nuevo que le recorría el espinazo como una marea ascendente, y que él, acostumbrado a las reacciones esperables del cuerpo humano, imaginaba como si los humores que constituían la médula espinal hubieran entrado en una ebullición gozosa y subieran hasta su nuca, donde se consumaba el incendio. Una lava imparable que hacía cosquillas, que lo situaba en un estado del que jamás había tenido conocimiento ni en sus libros de texto, ni en ninguna de las conferencias a las que había asistido hambriento de saberes en su etapa de estudiante.

Lo habló con Onel una tarde mientras paseaban amarrados al bullicio de la Feria Colonial, en el Bois de Vincennes, aquel trajín de visitantes maravillados con los pabellones que reproducían lo mejor de la arquitectura

de los países de ultramar.

Habían curioseado por los pabellones, admirando las artesanías y habían descartado comprarle alguna de ellas a Merceditas. Fue el propio Onel quien se lo dijo: A Merceditas, una joya, no seas tacaño. Algo con clase, como le gusta a ella, que vea que viene de una joyería importante, que ya sabes que, si le llevas algo de aquí, le parecerá una ordinariez... Sin embargo, para las niñas habían comprado un par de muñecas en una de las tiendas instaladas en el pabellón de los anfitriones, y los dos habían encontrado muy lógico que la de Valeria fuera la más bonita, la más rubia, la más elegante en su atuendo, por más que resultara un poco inexpresiva, con aquellos ojos de vidrio que parecían no mirar a ningún sitio, y, por otro lado, les resultó divertido que la de Gadea fuera un muñeco negrito, tan simpático en el diseño de sus rasgos faciales, tan sonriente que sin duda alguna le gustaría a una niña tan peculiar como ella. Nuestra hija, había dicho un día Gregorio, sin saber qué volcán había despertado en Onel el sonido de aquellas dos palabras, tan inocentes. Tan definitivas.

Allí, frente a la magnífica reproducción del templo de Angkor, con tantas maravillas tatuadas en la retina, saturada su capacidad para el asombro ante aquella suma de prodigios que el ser humano era capaz de diseñar y poner en pie. Tenía saturado el cerebro con las informaciones de países de cuya existencia jamás habían tenido noticia, y estaba cansado de discutir con Onel acerca de las injusticias flagrantes, las esquilaciones de recursos naturales de las colonias, los abusos sobre los nativos, el desprecio sistemático de sus propias tradiciones y de su historia.

—A veces resultas insoportable, Onel —le dijo riendo—. ¿No eres capaz de dedicarte a disfrutar de las cosas sin encontrarles siempre la vuelta de tuerca que las convierte en dañinas para alguien? Si te fijas bien, todo lo es. No hay nada que nos proporcione felicidad o alegría que no tenga, en algún punto recóndito del proceso que ha terminado por hacerlo llegar a nuestras manos o a nuestra vida, algo de dolor, o de amargura, o de injusticia.

Onel se quedó callado, pero Gregorio, por primera vez dueño del placer de creer estar planteando una teoría original, siguió hablando.

—Además, qué carajo. Si para que estemos aquí, si la vida misma no es

más que el resultado de unos dolores feroces de parto. ¿Tenemos que sentirnos mal por ello?

Bueno. Incluso Gregorio sabía que estaba diciendo una tontería, pero Onel se limitó a sonreír con una condescendencia que de algún modo constituía una venganza ínfima por todas aquellas veces que de niños Gregorio lo había mirado así. Llevaba bajo el brazo, además de una de las cajas de las dos muñecas, varios números de *La voix libertaire*, un encargo que le había hecho Emilio Mateo después de proporcionarle una dirección de contacto de un camarada que se encargaba de distribuir la revista en las federaciones parisinas después de traerlas desde Limoges. De no ser así, y llevado por un impulso de esos que desbocan la conciencia, habría abrazado a Gregorio hasta quitarle la respiración. A cambio, su sonrisa alcanzó un nivel de ternura difícilmente superable, que tuvo la virtud de contagiar a Gregorio, que en aquel mismo instante, por alguna caprichosa asociación de ideas, había vislumbrado una imagen desvaída de su casa en Gijón, de su mujer y de sus dos hijas. Algo remotamente parecido a lo que ya le había sucedido años atrás, cuando vivió aquel amor tan atolondrado como extraordinario en brazos de Gadea. Gadea. También una nube que se deshacía en grises en la memoria en la soleada tarde de otoño que resultaba ser el presente. La felicidad de aquel presente.

El nombre de Gadea se había repetido mucho en aquellos días, en sus conversaciones, tanto en las que hacían referencia a lo cotidiano, a la anécdota: ahí estaba la pequeña Gadea, sus rizos imposibles, su sonrisa permanente, su lengua de trapo, sus bracitos morenos que les rodeaban el cuello, como en las otras, las conversaciones que escarbaban su biografía, los días de Madrid, aquel disparate maravilloso en que se había convertido la vida de Gregorio, la desaparición de Gadea, la muerte que aún dolía y seguramente no dejaría de doler jamás. Gregorio y Onel habían cenado la noche anterior con Theodore Lewis, el doctor Lewis, quien de algún modo constituía la coartada, una excusa tan innecesaria como seguramente absurda, para que Gregorio hubiera abandonado durante unos días sus obligaciones familiares y sus obligaciones con los pacientes. Habían rememorado aquellos días tan hermosos en sus principios como terribles en su conclusión mientras

degustaban sus *turnedós* Rossini, con el *foie* deshaciéndose en la boca y el eco en el paladar del vino de madeira de la salsa. Onel se había descubierto a sí mismo con un inusitado interés por conocer los detalles que pudiera aportar Lewis con aquel acento tan marcado y aquellas deficiencias en su vocabulario español. Aunque pareciera inverosímil, en el fondo de su conciencia necesitaba confirmar uno a uno los extremos que Gregorio le había contado. Necesitaba, como respirar, y lo supo entonces mismo, picoteando el *piquechagne* que se había empeñado en pedir como postre y que, a pesar de estar en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, no era capaz de saborear porque todos sus sentidos se habían inhibido en favor de los oídos, que no perdían ni una sílaba, y de los ojos, que patrocinaban miradas que escrutaban mucho más allá de las palabras que se pronunciaban, como si buscara un hilo secreto, una brizna de nada, una pista vacía que pudiera llevarlo a cuestionar alguna de las afirmaciones de Gregorio, que lo condujera a una inexactitud delatora. Los oía hablar de las circunstancias de su relación, del modo en que el doctor Lewis había detectado la atracción que sentían, lo inevitable del choque de trenes que estaba a punto de producirse, antes incluso de que ellos mismos fueran conscientes, y ponía tanta atención en la descripción de cada una de las situaciones, de cada uno de los aspectos patológicos que se trataban en el aula mientras el profesor asistía como privilegiado observador a las miradas encendidas que florecían al otro lado de su tarima, que a Onel le iba creciendo una marea desconocida que amenazaba con anegar el pecho, y se dio cuenta de que aquel sentimiento no era la primera vez que lo habitaba, que había estado presente como motor en la decisión de la que no fue dueño, aquel día en casa de Gregorio, cuando Merceditas, hipando y maldiciendo, le había mostrado la carta incriminatoria de la infidelidad de Gregorio. Volvía aquel sentimiento inexplicable, y lo hacía mientras observaba el rostro de Gregorio y jugaba al juego perverso de imaginarlo mirando a aquella Gadea (tan presente en sus vidas y en sus silencios como presente con su risa estaba la otra Gadea, niña, tan suya), deshaciéndose de amor en sus brazos.

No lo supo hasta que las horas de charla, prolongada tras la cena con una larguísima velada en torno a tres copas de coñac, finalmente los condujeron al

cuarto que compartían en el hotel de la Ópera, y, atolondrado por la larga conversación y la mezcla de alcoholes, Gregorio se quedó dormido en su cama a medio desnudarse, y él en cambio permaneció en silencio, en su propia cama al otro lado de la alfombra y de la mesilla de noche, ajeno a los sonidos nocturnos que se colaban desde la calle adoquinada, contemplando el perfil de Gregorio y vio con una claridad meridiana dos cosas: que aquello que le sucedía sin duda era lo que todo el mundo venía en llamar celos, y que no había nada que deseara más en el mundo que la piel de Gregorio, su boca entreabierta, su respiración.

Y que lo que estaba a punto de llevar a cabo como maniobra nocturna habitual para conciliar el sueño, por primera vez tenía un destinatario inequívoco en su deseo.

Escribo porque tengo miedo.

Una de las primeras cosas que aprendí es que, si eres maestra, lo de tener miedo es un lujo que no te puedes permitir, porque, a los ojos de las criaturas que tienes ante ti, tú eres quien tiene todas las respuestas a cualquier temor, la solución a cualquier peligro.

Pero aunque nunca lo haya dejado traslucir, aunque siempre haya mantenido mi aplomo y esa seguridad que sé que todo el mundo admira o por lo menos valora, lo cierto es que mantengo intacto el pánico de la infancia. Está ahí, como un animal dormido, dispuesto a despertarse en cualquier momento.

Escribo porque tengo un cuaderno aguamarina que me regaló Rosario con dos encargos: el primero, que me vaciara de palabras para que pudiera pensar mejor. Que lo escribiera siempre todo, me dijo. El segundo, que no utilizara su apellido al nombrarla, porque eso le hacía pensar que quien hablaba de ella era un subsecretario y no le gustaba.

A veces, cuando me acercaba por su casa (cuánto echo de menos aquellas tardes, aquel mar a nuestros pies tras el ventanal, el ruido del viento colándose por las rendijas y convirtiendo lo que era poco más que una brisa en un auténtico huracán), solía preguntarme si escribía algo, y a mí me resultaba difícil de entender que a alguien como a ella pudiera interesarle lo que alguien como yo pudiera escribir. En realidad, me costaba entender que a alguien como ella le interesara alguien como yo, pero con el tiempo llegué a creer en aquella amistad generosa y extraña. Me inclinaba a pensar que, aunque se

relacionaba con hombres muy interesantes, tal vez echaba de menos tener alguna amiga, no voy a decir de su nivel, porque sería una presunción por mi parte, pero sí con el interés que yo, eso sí, siempre le manifesté.

El caso es que me regaló este cuaderno en el que no he escrito hasta ahora, a pesar de su insistencia, a pesar de que en el fondo de mí misma siempre escribo: es decir, pienso como si escribiera. No siempre, claro, porque no se puede: la mayor parte del tiempo, los pensamientos son solo imágenes inconexas, asociaciones absurdas, destellos inexplicables que ni siquiera se pueden formular con palabras. Pero otras veces sí: otras veces pienso con frases completas y entonces es como si estuviera escribiendo. Pero si la palabra hablada se pierde en el aire, la palabra pensada se diluye sin más. Solo queda lo que se escribe, solo eso tiene carta de naturaleza.

Entonces digo que escribo porque tengo miedo, y el miedo, por ese simple procedimiento, adquiere entidad y puedo mirarlo a esos ojos amarillos y terribles con los que me mira siempre en mitad de la noche, desde siempre.

A Rosario le hizo mucha gracia y me felicitó por la iniciativa que tuve con los niños en la escuela: el diario de Nozaleda. Durante tres cursos, los primeros que pasé aquí, los niños escribían por turnos todos los avatares que pasaban en el pueblo. Escribir el diario se convirtió en la actividad más solemne de todas las que teníamos. Sentían que ellos eran importantes, que el pueblo era importante, y que escribir lo que sucedía era importante. Cada uno se esforzaba por hacerlo mejor que los demás, por que su caligrafía fuera la más legible, por no hacer ni un solo borrón, y no digamos una tachadura. Escribían cada frase en su pizarra, con el pizarrín, y luego, una vez que revisábamos que no hubiera ni una sola falta de ortografía, con sumo cuidado, vigilando muy bien la cantidad de tinta que cargaban en el tintero, con el secante siempre listo, iban copiando aquellas frases que dejaban constancia de las idas y venidas de sus familiares, de sus animales, de los pequeños sucesos que en definitiva constituían la biografía de la aldea. Allí fueron dejando constancia de muertes y nacimientos, de chismes (aunque ahí sí que ejercí de censora y no pasé ni uno solo que pudiera menoscabar el honor de alguien), de aventuras que habían corrido robando ciruelas de la huerta del cura. Pero también, y ahora cuando lo leo descubro incluso más matices, de sus miedos.

También ellos el miedo.

Durante algún tiempo pensé en abordar con ellos el gran misterio que rodea a Nozaleda, la leyenda que configura su historia, y les pedí a los niños que trataran de averiguar todo lo que pudieran sobre el misterio de un pueblo que, situado a poco menos de dos kilómetros de la costa, olvidó que tenía mar y se situó de espaldas a las olas, cerró los oídos al rumor de las mareas, ignoró los acantilados, y hasta redujo considerablemente cualquier aportación de la despensa del océano en sus menús.

Sin embargo, no fue nada fácil. Nadie quería hablar, y aunque al principio eso me parecía algo misterioso y con raíces tal vez sobrenaturales, pronto me di cuenta de que en realidad, nadie quería hablar porque nadie sabía nada: el olvido se había extendido como una marea. Se sabía que habían muerto muchos hombres del pueblo en un temporal terrorífico, pero nadie sabía precisar quiénes ni cuánto tiempo atrás. Los abuelos decían que eso había sido *cuantayá*, una extraña denominación del tiempo transcurrido, una magnitud tan imprecisa como sus propios recuerdos.

Lo que sí sabían, y de lo que sí hablaban a poco que se consiguiera establecer una comunicación adecuada, era de la leyenda y de los temores asociados a ella. Y las mujeres del grupo de las tardes, he de reconocerlo, fueron de mucha más ayuda, aunque como siempre fuera necesario separar el grano de la paja, delimitar los espacios de verdad que habitaban en las fantasías, en la imaginación popular.

Sí que parecía claro, porque de ello fui testigo desde mi llegada a Nozaleda, que las tormentas les causaban pánico a todos. Ver caer un rayo se traducía en un cierre a cal y canto de la casa: contraventanas y puertas cerradas, y ni la más mínima rendija. A oscuras se quedaban todos, incapaces de encender ni siquiera una vela. Y si al menos llovía, el agua tenía el efecto milagroso. Con la lluvia se borraban las huellas.

Eso me dijo Marta un día: *ye que si llueve nun importa ya, porque se borren les huellas*. Y como yo preguntaba a qué huellas se podían referir, acabaron por contarme que cuando el temporal era únicamente de viento, por la mañana podían verse huellas de pies mojados por todas partes, extraños charquitos imposibles, pequeños pocinos de agua delante de cada casa.

Decían, y a mí el primer día que lo oí (demasiado tengo leído de Bécquer, seguramente fue por eso) me produjo un escalofrío, que, cuando había tormenta, los muertos del naufragio volvían al pueblo a revisar cómo les iba a los suyos, si sus casas seguían en pie, y si el pueblo estaba cuidado. Se habían convertido en una especie de vigilantes invisibles, y ellos, junto con el dios y los santos de don Clemenciano, mantenían a todos los nozaledenses en un estado de cuidado extremo sobre sus actos, sobre su conducta.

Entonces fue cuando entendí que era ese sincretismo lo que hacía que el padrenuestro tuviera esa variación que a mí me sorprendía tanto. No siempre lo decían de este modo: delante de don Clemenciano utilizaban la fórmula habitual, pero a los niños algunas veces los había oído terminar de aquel modo que seguramente habían aprendido de labios de sus madres: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos de todos los naufragios, amén.»

Por si fuera poco la amenaza permanente de una muerte sin arrepentimiento y la subsiguiente condena eterna, que procede del ala de la divinidad religiosa del pueblo, también atenaza la voluntad y las decisiones de todos la existencia de esa otra amenaza, podríamos decir pagana, o como quiera llamarse. Don Clemenciano, de todas formas, como buen profesional de lo suyo que es, supo desde siempre colocar las cosas de modo que existiera una relación, porque, según dice, de dónde pueden proceder las manifestaciones de lo inefable si no es del mismo más allá, del imperio de Dios Padre, o de la cruz de la moneda, es decir, del mismo Satanás, pero en definitiva, es magia que le pertenece, que forma parte de su negociado. Faltaría más.

Me contaron las mujeres de las tardes que una de las leyendas que siempre se ha contado en voz baja es que no fue solo el temporal el causante de la tragedia que se llevó las vidas (pero cuándo, quiénes) de la mayor parte de los hombres de Nozaleda. Parece que ese temporal de viento y olas gigantes estaba provocado en última instancia por la presencia de una sirena enfurecida que fue rechazada por uno de los marineros, del que estaba enamorada. Y ese mito, que tiene como aliciente resaltar la maldad de la mujer como buena hija de Eva y responsable en último término de todo lo terrible que pueda suceder en el mundo, es aprovechado por don Clemenciano para alimentar el odio, prevención y desprecio hacia las mujeres, sean sirenas o no. Por eso alguna

vez le he oído decir en el púlpito que si bien por una mujer (Eva) llegó el pecado, por otra llegó la redención (la Virgen María), pero que no debemos jamás bajar la guardia, porque el diablo adopta la forma que le viene mejor en cada ocasión, y, como buen vicioso que es, le encanta adoptar la forma de mujer, y, no lo dudéis, añade, no os extrañe nunca que del mar venga una mujer que os conduzca a la muerte y al infierno.

Qué curioso. Tenía razón Rosario cuando me decía lo de escribir y vaciarme. No sé si será por este papel, tan adorable, por el que la pluma resbala con tanta facilidad sin que, a pesar de ello, se formen borrones y por la sensación de caricia que siento en el ángulo que forma el dorso de la mano cuando lo deslizo, pero siento que podría estar escribiendo horas enteras. De hecho ya ha pasado mucho tiempo desde que me senté a escribir, y supongo que en cualquier momento Canor se acercará por aquí para ver qué estoy haciendo, para preguntarme cualquier tontería, o para hacerme partícipe de los acontecimientos diminutos de los que ha tenido noticia hoy. También me hablará de las noticias del periódico, y volveré a sentirlo preocupado por el cariz que están tomando los acontecimientos. Él, a pesar de todo, nunca sintió la alegría incontrolable que nos embargó a todos los demás cuando se proclamó la República. Reconozco que el entusiasmo de Onel, y no digamos de Emilio, que volvió de su encierro en la cárcel demacrado y con los restos de los golpes que había recibido, podía mover al escepticismo a alguien como Canor, que si tuviera que definirse con una palabra sería prudencia. Yo a veces lo acuso de agorero, de que no se puede vivir anticipando los desastres que, claro, pueden venir. Lo animo con las decisiones tan acertadas que se están tomando en la educación y en las mejoras sociales, especialmente en lo que tiene que ver con las mujeres, pero él, con buen criterio, siempre me dice lo mismo, que eso de que voten las mujeres solo beneficia a los curas, que son los que les dicen lo que hay que votar, y pobre de la que se salga de ello, seguro que se gana la condena eterna. Al final, muchas veces, terminamos los dos guardando un silencio denso, que se rompe solo con el ruidito que hace al sorber la sopa. Nunca he conseguido que deje de hacerlo: se ríe y dice que lo intenta, pero las zunas que vienen de los primeros años de vida no hay quien las arranque, que claro, como yo siempre fui una señorita, aprendí en la más

tierna infancia a tomar la sopa sin hacer ruido. Hace ya muchos años que dejé de sugerirle que intentara quitar esa fea costumbre. Ahora lo cierto es que no me molesta: viene de Canor y me produce una ternura solo comparable a cuando lo veo dormir con la boca un poco abierta y un hilillo de saliva escurriéndose de la comisura.

Será que el amor es esto.

Esto y no el miedo, y yo empecé a escribir este cuaderno porque tengo miedo. El miedo que me persigue desde niña y que ha ido adoptando formas diferentes: el temor insoportable a la furia inexplicable de mi padre, que aunque me hizo más fuerte no conseguí nunca erradicarlo, arrancarlo como se hace con las malas hierbas y sacarlo de mi vida. Ahí quedó siempre agazapado, y tuvo que aparecer otro hombre, la mirada de otro hombre, porque no necesité en ningún momento que ejerciera otra violencia sobre mí que la que yo adivinaba en el fondo de su corazón, para que el miedo siguiera horadando túneles en mi conciencia, haciéndose irreductible, pesando como una losa que arrastro donde quiera que voy y de la que a veces creo que me libero, pero no.

Me sigue el miedo, y por mucho que he intentado mantener la calma, decirme a mí misma que nada puede ocurrirme aquí, que puedo mantenerlo a raya, aunque me agarre a mi vida, al amor de Canor, a la entrega a los niños y a las mujeres para que alcancen los unos y las otras el lugar que les corresponde en la vida, ahí está el miedo. Impasible. Acechándome siempre. Aguardando a que un día me abandone la seguridad con la que me disfrazo cada mañana. Entonces me asestará el golpe definitivo.

Me matará el miedo.

Que a Gregorio no le gustara un pelo fue la razón fundamental por la que Merceditas abrazó aquel proyecto. Ella, en realidad, nunca había sido particularmente piadosa, aunque rezaba todo lo que hubiera que rezar y acudía a todos los actos litúrgicos señalados en el calendario como obligatorios, incluso a aquellos otros que tenían carácter voluntario si estaban auspiciados por las personas cuya opinión contaba en la sociedad gijonesa. No es que le resultara muy divertido acudir a triduos, rosarios, imposiciones de escapularios, misiones con predicadores importantísimos y toda la retahíla de actos piadosos considerados no de obligación sino de devoción. Las procesiones le gustaban un poco más, porque, especialmente si tenían suerte y no rompía a llover en mitad del itinerario, siempre se trataba de dar un paseo bien vestida, con zapatos nuevos, rodeada de personas con las que convenía estar a bien. Para ello, siempre procuraba situarse en la cabeza de la procesión, justo detrás del palio, si era el caso, o de la imagen que se portara en peana con parihuelas o sin ellas, con profusión de varales, flores y candelabros, o más sencillo. Siempre lo hacía rodeada de sus amigas, buscando la proximidad de las señoras principales de la ciudad, bien atentas todas a que la mantilla estuviera perfectamente colocada, a llevar en las manos una vela encendida si era recomendable litúrgicamente, o el rosario, cuyas cuentas pasaban con precisión de mecanismos de relojería, como si la medida del tiempo se hiciera en avemarías.

A Gregorio nunca le había molestado esa expresión, que sabía perfectamente superficial, de la piedad de su mujer. Le parecía una forma de

mantenerla entretenida, y una muestra más de la necesidad de construirse un mundo a su medida, rodeada de las personas que consideraba imprescindibles, convenientes o necesarias. Todas esas actividades servían para que estuviese ocupada. Tampoco había puesto inconvenientes en que se empeñara en llevar a las niñas a un colegio de monjas, porque entendía que no le quedaba otra y ahí Mercedes sí que no iba a transigir. Bastante había sido que hubiera renunciado a llevarlas al Santo Ángel, donde le constaba que acudían las niñas de las familias más pudientes de la ciudad, y hubiera accedido a llevarlas al San Vicente, que, si bien tenía una categoría inferior en lo que a extracción social de sus alumnas se refería, porque aún pesaba la historia de sus primeras décadas, cuando había sido el colegio de los pobres, al menos tenía la ventaja de estar muy cerca de casa. Claro que si no hubiera sido porque esa había sido la elección de sus amigas, y a Merceditas le gustaba que Valeria hiciera migas con aquellas pequeñas, hijas de sus propias amistades, a buena hora iba a haber conseguido una victoria en la batalla...

A pesar de esa cierta atonía en el ejercicio de su autoridad de cabeza de familia, que en realidad respondía a su propia conveniencia, porque lo que menos le interesaba del mundo era enzarzarse en ningún tipo de controversias con Mercedes, llegó un momento en que se dio cuenta de que las tornas estaban cambiando. No es que le interesara en absoluto el poder en aquel matrimonio, entre otras cosas porque daba por sentado que su autoridad, la lógica, la que ni siquiera se esforzaba en ejercer, no admitía ningún tipo de discusión. Apenas hablaba con su mujer más allá de lo puramente imprescindible, y había saludado con gran alegría la decisión de Merceditas de sustituir su cama matrimonial por dos camas que, aunque permanecían pegadas, le garantizaban que ni siquiera en una inconsciencia nocturna propiciada por el sueño y las vueltas que la agitación le solía suministrar iba a tropezar con el cuerpo de su mujer y que ni siquiera la simple tentación de la carne, el impulso animal de su sexo, lo iba a abocar a una situación de la que, estaba seguro, se sentiría profundamente asqueado una vez concluido.

El cambio en la disposición del dormitorio se lo había encontrado a la vuelta de los días en París. Merceditas había aprovechado para encargarse a un ebanista unas camas de madera de castaño talladas con mucho despliegue

floral, que a Gregorio le producían una cierta incomodidad, pero de las que ella parecía sentirse muy orgullosa. También habían ganado territorio las cosas de ella: juraría que el tocador no era el mismo (claro que no era el mismo) y su tamaño era ostensiblemente mayor. También los objetos de cerámica y cristal tallado que reposaban sobre él, el cepillo del pelo de plata inglesa repujada (con motivos de flores, claro) y carey era nuevo y también el perfume que de forma apenas perceptible ocupaba la atmósfera. Incluso en el armario Merceditas había hecho cambios sustanciales. Si antes los cuerpos estaban equitativamente asignados, ahora la ropa de Gregorio se aplastaba en un espacio que venía a ser la cuarta parte del armario, y, lo comprobó también aunque lo sospechaba, en la cómoda sus tres cajones para la ropa interior habían quedado reducidos a dos.

Además, y eso era lo más preocupante de todo, Merceditas parecía haber cambiado. Apenas había estado diez días fuera de casa y encontraba en ella una decisión muy alejada de la al menos aparente sumisión que la había caracterizado. Cierto que siempre había sido bastante superficial, pero lo que a Gregorio le había seducido de ella, si algo había tenido la entidad suficiente como para merecer ese nombre, había sido su declarada adoración por él, o respeto, o admiración. Incluso la gratitud que ella le manifestaba porque la profesión de él, incluso sus raíces (aunque tuvieran aquel componente tan desagradable para ella, que veía tan pueblerino el origen de su familia por más que fueran dueños de una hacienda importante) y hasta su aspecto físico, tan elegante, tan guapo, la colocaba en una posición que, si bien no tenía mucho que ver con las familias con más raigambre de la sociedad gijonesa, sí que le confería un estatus, que entre otras cosas la hacía sentirse admirada y envidiada. Y eso le gustaba muchísimo.

Los cambios que había experimentado su mujer se concretaron en pequeños detalles: en la displicencia, muy medida, eso sí, con que lo trataba en presencia de Visi o de cualquiera de las muchachas que de forma temporal se hicieran cargo de las tareas de la casa o de las niñas. En la dureza que se le había instalado en la mirada. En el desprecio creciente hacia Gadea. En los comentarios hirientes que a veces, con gran profusión de fingida inocencia, profería cuando se encontraban con otras personas. En la forma en que

ignoraba a Onel, a quien ni le dirigía apenas la palabra y a quien jamás miraba.

A Gregorio, las actividades que pudiera realizar Mercedes le parecían bastante inofensivas. Se reunían a merendar en la casa de cada una de las amigas por riguroso orden, y a tomar el té, lo que solía hacer sonreír hacia dentro a Gregorio (Onel se reía abiertamente cuando lo comentaban) porque Mercedes odiaba el té y toda clase de infusiones, hasta aguantaba los dolores de barriga más espantosos con tal de no tomar ninguno de los floritos que se empeñaba en hacerle Visi. Pero resultaba tan elegante sacar el juego de té de porcelana finísima, servir pastas en las bandejitas de plata, poner sobre la mesa el mantel de hilo... Que luego apenas mojara los labios en su taza decorada con delicadas violetas y, para compensar, se hinchara con las pastas recién traídas de la confitería La Playa, tan suaves, elaboradas con mantequilla y recubiertas de una capa de chocolate que crujía al morder, era un mal menor. Lo conmovía saber que leía a escondidas, como si fuera un pecado, y en parte, según su confesor (si es que tenía alguno en concreto, extremo este que Gregorio ignoraba), sin duda lo era: no podía agradar a Dios que una mujer decente y piadosa leyera aquellas novelitas románticas que Gregorio había descubierto ocultas en los lugares más inverosímiles de la casa. Que lo hiciera le resultaba hasta tierno y, desde luego, bastante inocente. Por otro lado, las amigas de Mercedes tampoco parecían un gran peligro, ni tampoco una pésima influencia: en su mayoría eran esposas de amigos suyos, colegas que tenían consulta en las intermediaciones. Tal vez la que menos gracia le hacía (porque su marido no le hacía ninguna) era Isabelita, la mujer del capitán Hidalgo, con mando en plaza en el cuartel de zapadores de El Coto. Alguna vez que Merceditas se había empeñado en organizar lo que ella denominaba cenas de matrimonios, una costumbre que consideraba muy moderna y de muy buen gusto, había tenido que departir con aquel pedazo de cenutrio, que parecía tener las ideas con raíces bien enterradas en al menos un siglo atrás, y que parecía profesar un odio tan encendido contra la República, recién estrenada entonces, que Gregorio no tuvo más remedio que pensar que tal vez las admoniciones y los vaticinios que con frecuencia enarbolaba Onel con tanta tristeza como miedo no eran del todo infundados. Con personajes

como aquel no era de extrañar que la República corriera peligro.

Merceditas sabía que a Gregorio no le gustaba demasiado Isabelita, y aunque tenía la certeza de que en el fondo no se trataba de una persona noble (había tenido varias pruebas de ello), a ella le resultaba fascinante su finura. Venía de una familia de posibles de Oviedo que no había visto con buenos ojos que se casara con Higinio porque, aunque era militar de carrera, aún no había alcanzado el grado que pudiera parecerles adecuado para aquella niña criada entre algodones y raso, caprichosa y amante de los lujos. Como la cosa se hizo irremediable (algo tenía Higinio Hidalgo, Hache Hache, como lo llamaban secretamente sus subordinados, y seguramente tenía que ver con su planta, su chulería de castigador, y con el hecho de que la llamara con frecuencia muñequita, lo que a ella le resultaba encantador), los padres de Isabelita accedieron al matrimonio y colaboraron con una sustanciosa dote que pretendía acortar las distancias que podría existir entre el tren de vida al que estaba acostumbrada y el que podría proporcionarle aquel militarucho. Aquella dote se fue fundiendo entre otras cosas en el salón de Sefa Quintana, pero Isabelita, que era lista, había guardado una sustanciosa parte en metálico y poseía un pequeño tesoro oculto debajo del cajón de sus bragas.

Había sido Isabelita la promotora de la iniciativa, y a Mercedes le había entusiasmado no por el hecho en sí, sino porque le seducía terriblemente pensar que a Gregorio no le iba a gustar. Y eso era un aliciente de sobra para que se convirtiera en indispensable.

Isabelita era la principal promotora del grupo de Mujeres de Acción Católica que acaba de formarse en la parroquia, y les había hablado de una iniciativa destinada a convertirse en la rama femenina de un partido que posiblemente se crearía. Mercedes, que de política no sabía absolutamente nada y se aburría sobremanera cuando oía a su marido y a Onel discutir acerca de ministros, leyes y parlamentarios, y creía pertenecer a un planeta diferente cuando hablaban de lo que ella llamaba filosofía, que era un término bajo en el que se agrupaba todo aquello que sentía como incomprensible, se había quedado boquiabierta aquella tarde. Estaban en la sala de estar de Isabelita, en un piso espléndido encima del Cafetón que Mercedes envidiaba secretamente por la belleza neobarroca de sus balcones, y la criada, ataviada con un

impoluto uniforme, acababa de servirles un chocolate que era pura crema y un bizcocho de nata que había suscitado verdadero entusiasmo entre el grupo de amigas.

—¿Un partido político? ¿Aparte de los que hay? Porque chica, a mí no me digas, yo creo que lo que es por partidos, hay de sobra. Yo diría que con uno que hubiera... —Afortunadamente, Paquita había tomado la iniciativa y había puesto en palabras el enorme hastío que, por desconocimiento, provocaba en Mercedes cualquier cosa que tuviera que ver con la política.

—No, no. Esto es distinto. Es un partido para salvar a la patria de este descontrol. Ya hace tiempo que existe, porque hay hombres honrados y valientes, y Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo lo son. Pero ahora se habla de que quieren hacer algo más, algo más grande, y unirse a un chico muy joven, al hijo del general Primo de Rivera. Si esto se concreta, y parece ser que va a ser así, una de las novedades es que se va a hacer una sección femenina del partido, porque las mujeres somos las depositarias de la moral y las buenas costumbres, una pieza clave en el renacer de nuestra patria, las artífices de la salvación de España, que está tan ahogada por la basura de los republicanos, y la idea es ir creando pequeños grupos que puedan constituir la estructura...

—Ay, hija, Isabelita, reina, cómo hablas... Tú sí que tenías que ser parlamentaria y no ese zoquete de Alcalá Zamora. —La opinión de Paquita fue celebrada con grandes risas, pero eso no restó ni un ápice del ardor que Isabelita le imprimía a su discurso.

Mercedes se había quedado pensativa, y aquella noche le preguntó a Gregorio, aprovechando la hora de la cena, que era uno de los pocos momentos (si no estaba Onel) en que mantenían algo parecido a una conversación, si sabía quiénes eran Onésimo Ledesma y Ramiro Redondo.

—Querrás decir Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma. Unos buenas piezas. Querrían implantar el fascismo italiano en España, no te digo más. Pero ¿y tú qué sabes de las JONS?

—¿Las qué? No, no, yo no sé nada. Es solo que oí esos nombres hoy en casa de Isabelita y me llamó la atención.

Gregorio se quedó en silencio, pero a Mercedes no se le escapó el gesto

de preocupación que cruzó, como una nube de las que ensombrecen por un instante, su rostro. Solo con eso ya supo que Isabelita podía contar con ella para las JONS o lo que quiera que fuese. Si a Gregorio le fastidiaba, ya era motivo más que suficiente como para hacerlo.

Pensaron en viajar a España en octubre. Dicen que la situación es muy inestable, que la República peligra, las huelgas se suceden, y nadie da un centavo por la continuidad del gobierno, que entre unos y otros acabarán poniendo de vuelta al rey en el trono, o peor, implantando una dictadura, la del proletariado o la otra, lo mismo da, dijo Aurelio mientras desayunaban en la impresionante terraza del último piso del hotel de su propiedad en La Habana. Cachita no terminaba de hacer la mirada a aquella ciudad, la suya, la recuperada después de años y que ahora aparecía ante sí con una dimensión tan inédita como inquietante —contemplarla desde arriba, desde la terraza del hotel, ver el Malecón a sus pies, las avenidas impresionantes, los automóviles, que habían crecido tanto en número desde que la dejara atrás que a veces le producían desasosiego si pisaba las calles que habían sido suyas, el hervidero de gente moviéndose allá abajo, como hormigas atareadas, el sol rebotando en los cristales de los edificios, aquel olor que venía no se sabía de dónde, pero tenía sabor a sal, al verano perpetuo, a los calendarios detenidos, a la juventud ya lejana—, tanto que parecía no pertenecerle siquiera. Miraba la cúpula del edificio del Congreso, recién terminado, los árboles del paseo del Prado, recorría las calles estrechas y era como si la población se hubiera multiplicado en su ausencia, y lo que ella recordaba se le hubiera confundido en la memoria, y se preguntaba si de verdad antes hacía tanto sol, o recuperaba viejas sensaciones, como hacerse la manicura en las mesas que instalaban los salones de belleza en la propia acera, o comprar flores en la calle, o subirse al tranvía con la

emoción antigua todavía instalada en la memoria. Así que, si quieres, seguía diciendo Aurelio mientras ella mordisqueaba con un renovado interés una tostada rebosante de mantequilla y bebía jugo de frutas recién exprimidas, viajamos a principios de otoño, yo dejo resueltas las cosas aquí y podemos recorrer España entera, como tú quieras, o quedarnos en mi pueblo, que no sabes las ganas que tengo de que mis hermanos vean qué mulata tan guapa tengo a mi lado, y todos los vecinos, los que me decían de chaval que nunca serviría para nada porque era flaco y no servía para trabajar en el campo como ellos, cargados como animales, ni para faenar en el mar porque me mareaba y echaba las tripas, y ya ves tú, qué ganas de pasarles por los morros que no solo soy capaz de cruzar el océano sin marearme, sino que, además, el origen de mi fortuna, esa suma de dinero y propiedades que ninguno de ellos podrá acumular en varias generaciones de trabajar hasta deslomarse con aquellos cuerpos tan fuertes y tan sanos de los que presumían, viene justamente de mis primeros negocios con barcos y transporte de viajeros. Si quieres, vamos, organizamos el viaje y nos vamos a finales de octubre, Cachita, mi negra, rapaciña, que yo lo único que quiero es verte contenta, y que puedas abrazar a tu hijo, que ya verás cómo lo encontramos.

—¡Yo no quiero hacer la comunión!

El berrido de Gadea se había oído seguramente en toda la manzana, habría salido volando por el balcón abierto del salón que daba a la Plazuela y, muy posiblemente (y esto le espantaba sobremanera a Mercedes) habría sido oído por todos los vecinos.

—Habrás visto el demonio este de niña...

Lo había dicho con calma, en voz más bien baja, pero lo había acompañado de un sopapo que la dejó muda momentáneamente, para luego prorrumpir en un llanto inusitado.

Mercedes corrió a cerrar los balcones y las ventanas del patio que Visi, con aquella manía suya de la ventilación y de que corriera el aire, apoyada por la tesis higienista del propio Gregorio, se empeñaba en mantener abiertos religiosamente durante media hora cada mañana. Que entre la primavera en casa, decía Visi cada mañana mientras se esforzaba por llegar al cierre metálico de los balcones practicando cada día el mismo intento y terminando por tener que recurrir a una banquetta de madera para alcanzarlo.

—Pensarás que habrás crecido de ayer a hoy —solía decirle Valeria, testigo de sus intentos, cada día, con aquel desdén habitual, apoyada en el quicio de la puerta y observando sus movimientos con una extraña vocación de ama de llaves o capataz.

—¡No pienso hacer la comunión! No y no.

A aquellas alturas, Mercedes estaba ya tan acostumbrada a las salidas de tono de aquella mocosa que difícilmente la pillaba de sorpresa ninguno de sus

exabruptos. Era desobediente, gritona, rebelde. No podía haber dos hermanas más distintas: ahí estaba Valeria, la dócil Valeria, siempre dispuesta a obedecer sus órdenes, a adelantarse incluso a ellas, mostrando así su madurez, su sentido de la responsabilidad. Ahí estaba Valeria, con aquellas buenísimas calificaciones escolares y la felicitación cada año de las monjas del colegio por su buen comportamiento, por la piedad mostrada en las celebraciones religiosas, por su buena educación, por su trato con las compañeras y, sobre todo, por su saber estar, algo muy llamativo en una niña, y que demostraba, decían las monjas, los buenos principios que traía de su familia. Contrariamente a Gadea, que parecía haber sido diseñada para ofrecer el más absoluto contraste de su hermana. Las monjas solían disculparla, sobre todo al principio, atribuyendo lo caótico de su comportamiento y la rebeldía que la llevaba a juntarse con las niñas que no eran de pago (algo que jamás de los jamases Valeria habría hecho, lo que ponía de manifiesto aquello que las monjas llamaban saber estar) a sus pocos años. Pero llegados ya al uso de razón, no parecía que Gadea estuviera alcanzando precisamente la madurez que debería, y su madre, que la mayor parte del tiempo vivía la presencia de aquella niña, cuya piel iba volviéndose a su mirada tan oscura como la culpabilidad que su origen le provocaba —y que, a pesar de los intentos por expulsarla de su conciencia, no conseguía domesticar— como un castigo, empezaba a perder cualquier esperanza de que algún día se convirtiera en una persona normal.

Dichosa niña, la pequeña bastarda, una especie de criatura del demonio que parecía manifestarse en sus chillidos extemporáneos, en su ausencia absoluta de sentido común, en la forma en que se quedaba absorta contemplando una mosca que daba vueltas y vueltas estrellándose una y otra vez contra el cristal, lo que de repente la hacía soltar una sonora carcajada, para prorrumpir en un llanto inconsolable poco después si Visi llegaba con el matamoscas y la aplastaba sin miramientos. Las moscas son unas cochinas, Gadea, ¿no ves que siempre están posando las patitas en la caca? Y luego se las frotan y parece que se las acercan a la nariz para olerlas... Pero, para entonces, para cuando terminaba esa explicación tan científica, Gadea ya había encontrado otro punto de interés, tirar de un hilo diminuto de la costura de su

enagua hasta conseguir el descosido suficiente para que asomara por debajo del vestido, lo que sin duda alguna enfurecería de nuevo a su madre, y volverían los chillidos, y el archisabido «estaniñadeldemoniomevaavolverloca».

Gadea sentía que era la niña del demonio. Así lo había dicho su madre siempre, y pensaba que tampoco estaba tan mal. Al menos ella no era tan aburrida como Valeria, que siempre parecía saber lo que había que hacer y ponía los ojos casi en blanco cuando rezaba. A ella le gustaba poner los ojos bizcos, y de nuevo hacer chillar a su madre diciéndole que iba a quedar virola como una gran amenaza. Su madre ignoraba que a ella le gustaría ser un poco virola, como una amiga suya del cole que era muy graciosa porque nunca sabía a dónde estaba mirando. Y a Gadea le gustaba eso, pensar que, aunque mirara a algún sitio, nadie podría saber si realmente miraba eso o cualquier otra cosa, como también odiaba que le leyeran los pensamientos, o que supieran lo que iba a hacer a continuación, o por qué iba a hacerlo. Y como sentía que era la niña del demonio, creía, con toda la sinceridad de sus ocho años, que no debía hacer la primera comunión. Por eso chilló a voz en grito, aprovechando que los balcones estaban abiertos y sabía cómo le molestaba eso a su madre, aquello de «No voy a hacer la comunión».

Y parecía tan decidida a ello que ninguna de las estrategias maternas habituales, que solían culminar con una buena azotaina, de la que la niña salía con los muslos enrojecidos, sirvieron para hacer que dejara de gritar que ella no iba a comulgar. Mercedes tuvo que recurrir a la autoridad de Gregorio, de quien esperaba que se pusiera firme y le quitara la tontería a la niña, pero no fue el caso. Gregorio se la llevó a la calle cogida de la mano y dio un paseo con ella hasta el establecimiento donde Onel procedía a revisar un Ford Coupé que había de entregar aquella misma tarde, pero dejó en manos de uno de los empleados la tarea de abrillantar los faros delanteros y, entre los dos, y con la inestimable ayuda de una leche merengada del Dindurra, convencieron a Gadea de que hiciera la primera comunión. La estabilidad familiar, aunque esto no se lo explicaron a ella, y el delicado equilibrio que suponía aquella extraña convivencia estaban en juego, y Gadea accedió a comulgar y, además, a hacerlo como pretendía su madre, en Nozaleda, donde recibiría la comunión

en una ceremonia especial de manos de su tío abuelo Clemenciano. Esta decisión tenía un doble motivo: Mercedes no había querido que la niña comulgara con el resto de sus compañeras del colegio porque no estaba segura de que no armara una de las suyas, lo que la convertiría sin duda alguna en la comidilla de la sociedad gijonesa. La coartada era perfecta («el tío Clemenciano tiene taaaaaaaantassss ganas de darle la comunión a una de sus sobrinas nietas...») y servía para enmascarar el segundo motivo: deseaba fervientemente impresionar en el pueblo de Gregorio, y más en un día como el que habían señalado para la ceremonia, el de la fiesta del Corpus, que tradicionalmente se celebraba en el campo de atrás de la iglesia con una procesión tras la misa, a la que seguía la fiesta profana con un chigre montado con unas tablas, donde se escanciaba sidra y se hacía una comida campestre. Casi siempre había una gaita y un tambor y la gente cantaba y bailaba, y a Mercedes le parecía el marco ideal, aunque bajo ningún concepto pensara sentarse en un prado para comer, que eso ya lo tenía resuelto con su cuñada Servanda y con su suegra. Además, ya tenía el vestido maravilloso que iba a lucir Valeria, con volantes de plumeti y con lazos de raso en las hombreras, a juego con unos zapatos forrados con la misma tela de la falda. No hacía falta mucho para que Valeria tuviera el aspecto de una princesita. Un poco espigada, sí, pero, por lo demás, guapísima. Para Gadea iba a utilizar el vestido que había usado su hermana un par de años antes, aunque hubo que hacerle arreglos, acortarlo un poco y sacar de las costuras. Pero, aun así, era un vestido tan espectacular que seguro que causarían sensación en Nozaleda como la familia distinguida y perfecta que eran.

Perfecta.

Y todo habría salido bien de no ser por el maldito Onel.

El maldito Onel y la maldita Gadea, que quedaba patente que lo que se llevaba en la sangre no lo remediaba nadie. Ni Dios sacramentado.

Sucedió después de la misa, que había transcurrido sin demasiados incidentes. Les habían reservado el primer banco, y Mercedes, en colaboración con su cuñada, se había encargado de adornar con una sábana blanca y con innumerables flores el reclinatorio en el que habría de situarse Gadea, a quien le hizo toda clase de advertencias, recomendaciones,

incluyendo la amenaza del fuego eterno en el infierno de Pedro Botero si no se portaba bien. También habían adornado el banco donde se situó la familia un poco apretada: Gregorio, Valeria, el abuelo Honorino y su mujer, la tía Servanda y ella misma, encaramada a unos tacones y con un traje de chaqueta de color verde esmeralda que jamás había sido visto en Nozaleda, y que llevó a más de una mujer ennegrecida en sus raídos trajes de fiesta a murmurar que la que con lo verde se atreve por hermosa se tiene. A pesar del despiste de Gadea, que, ante la posibilidad de hacer algo mal —y asustada por las amonestaciones de su madre, que le enviaba miradas inquietantes con aquella mueca favorita suya que siempre presagiaba regañina y que consistía en juntar los labios de tal manera que parecían desaparecer en la cara y transmitir con los ojos una furia a punto de desatarse—, había preferido concentrarse en los pétalos de las flores que adornaban su reclinatorio y había descubierto una comunidad de diminutos bichitos que habitaban en la corola de una de las campanillas azules, lo que la había llevado directamente a tratar de recordar las partes de la flor: pétalo, sépalo, estambre, pistilo... y a desconectar absolutamente con todo lo que la rodeaba, la ceremonia había concluido y la niña había recibido la comunión y no había olvidado poner las manos juntas. Y aunque había sacado la lengua exageradamente para recibir la Sagrada Forma, eso no había sido visto por el resto de los feligreses. Así que todo en orden. Quedaba la procesión, pero no tenía por qué pasar nada.

Solo que sí pasó. Onel había asistido a la comunión de la niña, como le había prometido, aunque se había quedado atrás y, desde allí, apoyado en la pared del fondo, le había guiñado un ojo a Gadea, que al principio de la misa lo buscaba entre la gente, girando la cabeza para espanto de su madre, que no sabía cómo transmitirle a su hija que tenía que hacer el favor de mirar adelante. Saberlo allí la había tranquilizado y, aunque en su cabeza no había más pensamiento que lo que harían después de la misa, porque Onel había prometido llevarla a ver unos malvises que habían hecho un nido en un saliente de la pared de una cuadra, y los pajarinos estaban a punto de nacer y era muy probable que incluso pudieran asistir al milagro de ver cómo picoteaban la cáscara y salían al mundo, había aguantado estoicamente, y estaba también dispuesta a soportar aquello de la procesión, a ir detrás del tío

Clemenciano y sus monaguillos con su cestito lleno de pétalos de flores, no se sabía muy bien para qué, porque eran los niños del pueblo que habían hecho ya la primera comunión los que iban arrojando su propio y multicolor catálogo de rosas deshojadas antes de que pasaran el palio y don Clemenciano.

Onel, que de ningún modo iba a participar en la procesión, estaba con Emilio en el chigre, escanciando sidra bajo el sol de junio, cuando la procesión acertó a pasar cerca de donde estaban. Cánticos más bien desafinados que hablaban de lo alabado que había de ser el santísimo sacramento del altar y la Virgen concebida sin pecado original teñían el aire de una decadencia desvaída que la brillantez del día no conseguía compensar. Ya desde lejos pudo comprobar la mirada furibunda que les lanzaba don Clemenciano: todo el pueblo estaba en la procesión excepto ellos dos, y eso constituía, de por sí, un auténtico desafío.

Don Clemenciano estaba muy muy harto ya de la República y de todos los desmanes que, según le contaban, porque en Nozaleda, a Dios gracias, ya procuraba él mantener el orden y el temor de Dios, se estaban produciendo a lo largo y ancho de todo el país. Que si curas asesinados. Que si monjas violadas. Que si iglesias incendiadas. Los católicos, una vez más, como en los tiempos de Diocleciano, con aquellas bárbaras costumbres de incluir a los cristianos en el menú de los leones hambrientos del circo, vivían una persecución sin precedentes, y los mártires por seguir la fe en Dios Padre Todopoderoso y en las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia Católica se multiplicaban.

En Nozaleda (y las últimas elecciones, las del noviembre anterior, así lo atestiguaban) el republicanismo había sido sobradamente derrotado. Gracias a sus buenos oficios con las mujeres, que votaban por primera vez, lo que ya consistía en sí mismo una anomalía, la CEDA había sido la vencedora en la urna instalada en la escuela. Y los votos que había habido tanto para los socialistas como para la Acción Republicana, casi podría decir quiénes (con nombre y apellidos) habían sido los encargados de introducirlos en la urna.

En todas partes hay malas hierbas por arrancar, pensaba siempre, y lo repetía una y otra vez. En todos los cestos de manzanas aparece una que empieza a pudrir y, si no la sacas y la arrojas lejos, pudrirá a todas las

manzanas sanas del cesto. Y él tenía dos pésimas hierbas, bastante venenosas, invasoras de los cultivos, y dos manzanas totalmente podridas. Y alguna otra que se podía pudrir fácilmente, claro, porque lo de la maestra a él se le había atragantado desde el principio. Pero como mantenía las formas y acudía a la iglesia, al menos en algunas ocasiones, por más que no se caracterizara por su piedad y se negara a golpearse el pecho (que ya miraba él de reojo desde el altar donde decía misa de espaldas al pueblo) cuando aquello del *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*. Era peligrosa, sí, pero estaba controlada, no como aquellos dos, que ahí seguían mientras el pueblo entero daba testimonio de su fe en Cristo Sacramentado, allí estaban, bebiendo sidra. Herejes. Pecadores. Hijos de puta, pensó, y automáticamente borró esa expresión impropia de su cabeza, aunque una vocecilla interior le dijo que él no debía decirlo, ni pensarlo, pero que eso es lo que eran. Los dos.

Además, sonreían y charlaban, sin prestar a la procesión que avanzaba más atención de la que prestaban al resto del entorno, y a don Clemenciano la ira le crecía no ya como una marea, que lleva su ritmo, no: se le había desatado un auténtico vendaval, una tempestad de consecuencias imprevisibles, y a medida que se acercaba, los ojos se le cubrieron de un velo rojo, la razón desapareció tras una nube negra, y cuando se quiso dar cuenta había abandonado su puesto en la procesión y a grandes zancadas recorría la distancia que lo separaba de la improvisada barra de bar de madera y se enfrentaba, todo ira, todo furia desatada, contra aquellos dos blasfemos que se atrevían a quebrantar, y de qué forma, la solemnidad de la celebración.

Ni Onel ni Emilio entendían nada de las palabras enredadas que brotaban de la boca de don Clemenciano, que por algún misterioso cortocircuito cerebral mezclaba sin ton ni son expresiones latinas en su discurso, carente, por otra parte, de cualquier sentido. Se miraron entre sí, sonrieron, y eso indignó aún más a don Clemenciano, que hizo ademán de abofetear a Onel (qué ganas le tenía desde que de pequeño lo llamara *comemielta*) con la mano abierta. Ese fue el momento en que Gadea, sorprendida y asustada, echó a correr hacia ellos, pensando que don Clemenciano iba a pegarle, y tiró desde atrás con todas sus fuerzas de la casulla blanca con bordados de hilo de oro, que solo se utilizaba en las fiestas importantes, y ese gesto, que hizo que el

cura sintiera de pronto en la garganta el escote de la casulla con tanta brusquedad como si le hubieran echado un lazo al cuello, se tradujo en un violento giro y un empujón a la niña aquella que osaba atacar a un siervo de Dios.

Y ahí Onel ya no atendió a razón alguna, y, de un empujón, dejó al cura sentado en el suelo mientras las mujeres se persignaban, Gregorio agarraba a Onel por el brazo, no fuera a ser que aquello tuviera una prolongación, porque sabía de sobra que el cariño que sentía por Gadea podía convertirlo en un auténtico energúmeno, y a la vez cogía a la niña en brazos, mientras, por un instante, veía la cara de Mercedes bajo la sombra de su mantilla de blonda, pálida, a punto mismo del síncope, y a Valeria llorando como una magdalena, muerta de vergüenza, con la cara tapada con sus manitas de muñeca.

Varias mujeres (entre ellas la propia Flora, con la preocupación por Onel y por Emilio escrita en el rostro, junto con Canor, que también acudió a toda prisa) y algunos hombres se aprestaban a ayudar a levantar del suelo al cura, que, como contrapunto a la blancura de la tez de Mercedes, estaba rojo, como si toda su cara fuera un incendio y sus ojos estuvieran a punto de abandonar su cara, espantados por lo que acababa de suceder. Alguien dijo que había que llamar a la Guardia Civil, que los tiempos ya no estaban como para hacer esas cosas sin protección y que a dónde íbamos a llegar si para cumplir con las obligaciones cristianas había que estar custodiados por las armas de la Benemérita. También empezaron a reclamar un desagravio, aunque no se sabía muy bien si la ofensa infligida sería suficientemente reparada con una misa o sería necesario añadir también un rosario que englobara tanto los misterios gozosos como los gloriosos y los dolorosos.

Y vio a Emilio, que, como si con él no fuera la cosa, arrojaba al suelo el resto de la sidra en el rito habitual y sonreía desde un discretísimo segundo plano, absolutamente consciente de que después de ese episodio —que, aunque no dejaba de tener su gracia para unos descreídos como ellos, tenía toda la pinta de ser recordado durante años y tal vez décadas como un hecho terrible que seguramente engrosaría la larga lista de afrentas, martirios, persecuciones, agresiones y humillaciones con que los rojos de la República estaban haciendo méritos para que el ruido de sables que permanentemente se

oía, aquel runrún amenazante y sombrío, tuviera justificación sobrada para la intervención y el golpe— sus vidas corrían peligro. Y, como tantas veces, supo que había que poner tierra por medio. Solo que esta vez Onel tendría que acompañarlo, o buscar su propio punto de fuga.

Rocío se dio cuenta, cuando regresó a Nozaleda aquel verano, de que había algo que inquietaba a Flora. No es que la viera triste, aunque, si se prestaba una especial atención al eco de sus pasos, a la luz un poco cenicienta que se desprendía de su mirada, algo había de melancolía mezclada con aquel otro sentimiento que se imponía con gravedad áspera en cuanto bajaba un poco la guardia, en cuanto algo de lo que llevaba por dentro triunfaba sobre la amabilidad serena con que sonreía siempre.

Rocío llegaba con la maleta reventando de ideas, lecturas, experiencias y esperanzas. Había terminado la carrera con magníficas notas y, como estaba segura de que le asignarían una plaza, posiblemente en Oviedo, tenía pensado matricularse en Filosofía y Letras. Entusiasmada, le decía a una Flora que bordaba sentada en la solana y levantaba la mirada casi entre puntada y puntada para mirarla, que si su abuelo la viera. Que si sus padres la vieran. Que si sus hermanos estuvieran vivos para ver cómo había podido sobreponerse a la vida miserable de bracara y se había convertido en una mujer con estudios.

—Aunque, bien mirado, no sé yo cómo lo verían ellos... Eso de estudiar siempre les pareció de señoritos del pan pingao, si me vieran ahora a lo mejor hasta me ponían hocico...

Pareció quedarse pensando, pero fue solo un instante: enseguida se hizo patente aquella revolución de ideas y de experiencias que traía consigo, y de las que no podía parar de hablar. Le habló también de un hombre que había conocido, un madrileño que era amigo de Emilio (en realidad Emilio había

sido amigo del maestro que había ejercido de padre del muchacho), Ángel Bravo, uno de los integrantes de las misiones pedagógicas, que pasaba temporadas en Asturias, entre otras cosas porque tenía una novia, Claudia, que acababa de empezar la carrera y que bebía los vientos por él. Ángel Bravo tenía, le contó a Flora, un extraño carisma y un encanto singular que lo llevaba a que, sin excepción, fascinara a las mujeres que orbitaban a su alrededor sin remedio.

—Hay hombres así, supongo. No sabes muy bien cuál es la razón, pero consiguen atraparte como si fueran arañas y tejieran su tela... —comentó Flora sin mirarla a los ojos, como si estuviera hablando para sí misma.

—No, pero no te creas, a mí no. Le he visto algo en el fondo de la mirada... No sabría explicarlo. Es tan seductor, tan encantador de serpientes. Cuando habla me recuerda a Emilio cuando lo conocí, ya sabes, esos hombres que parecen decir las cosas desde la verdad absoluta, y sientes que lo único que puedes hacer es entregarte sin ni siquiera oponer resistencia. Me pasó entonces, con tu hermano, pero ya no me volverá a ocurrir. Ángel Bravo seduce a todas las mujeres. A todas. Y a los hombres también, que lo ven como un tipo íntegro, inteligente, valiente. Alguien muy valioso para la revolución. Pero yo lo veía hablar, sus gestos, las miradas, que empecé a descubrir que eran tan estudiadas... Y sentí que a mí no. Que conmigo no podía. ¿Y sabes qué, Flora? Eso me hizo sentir muy bien. Me sentí poderosa.

Flora sonrió. Ese es el poder, quiso decirle. Esa es la única defensa frente a las trampas de cualquier amor. Conmigo no, conmigo no puedes. Y pensó en hablarle de sus miedos. De la sombra que siempre estaba ahí. Acechando envuelto en su capote, los ojos que cuando la miraban decían cosas diferentes de las que podían dejar escapar sus labios, tan escasas, tan triviales, tan educadas. Podía decir buenas tardes, señores, y Flora procuraba no mirar, porque le daba mucho miedo lo que llevaba escrito en los ojos mientras saludaba con corrección. Lo pensó, pero no lo hizo. Aún pensaba, erróneamente, que si las cosas no se nombran, si no se les da carta de naturaleza, su amenaza se diluye, se deshilacha como los hilos de niebla van sucumbiendo cuando se impone el sol.

Fue ese silencio, sin embargo, el que se hizo cómplice de las dos. El

cariño infinito que Rocío sentía por Flora la empujaba a preguntar el porqué de aquella desazón, que sabía cierta, pero el respeto que desde el primer instante había sentido por ella amordazaba cualquier pregunta que habitara en sus dudas. Algo le pasaba a Flora, tal vez estaba preocupada por las andanzas de Emilio, tal vez Canor tenía algún problema de salud, aunque se lo veía igual que siempre, tan entero, tan cabal, tan entrañable. A lo mejor también habían llegado a Nozaleda los continuos rumores de una revolución en marcha. El grupo que Rocío frecuentaba en Oviedo hablaba permanentemente de ello. De los mineros, que estaban preparados para ponerse en pie. De las armas que secretamente se iban consiguiendo. De los pequeños grupos que se iban organizando. La revolución, decían, está al caer, pero también era cierto que ese rumor se oía prácticamente desde el principio de su estancia en Oviedo, desde que había conocido a aquellos jóvenes y a aquellas chicas que le había presentado Emilio, poniéndola de algún modo bajo su protección aunque la mayoría de ellos eran mucho más jóvenes, algunos escandalosamente jóvenes, como Aida Lafuente, adolescente combativa, o Pepe, el joven poeta, o Gúmer, que había perdido un ojo de una paliza que le dieron los guardias, o Candela. Candela.

Le apetecía tanto hablarle a Flora de Candela. Y tal vez la tarde de finales de junio, mientras comían distraídamente las cerezas que Canor les había traído en un pequeño cesto —abandonada sobre una silla en anea la labor— y Rocío parecía recuperar una parte de sí misma que había dejado en Nozaleda antes de marcharse a la ciudad, habría sido el momento. Para contarle y abrir su corazón. Para que Flora abriese por fin el suyo.

A cambio, Flora siguió preguntándole a Rocío por todo lo vivido aquel curso, por sus planes, por la gente que había frecuentado en Oviedo, el grupo de obreros y estudiantes, el modo en que la fascinaba su juventud, apenas críos, decía, y con ese brillo revolucionario en los ojos, esas ganas de cambiar el mundo, cada uno a su manera, tan idealistas y a la vez tan tocados por la miseria, tan sensibles al sufrimiento,

—... y con tantos sueños, tantos. Y, sin embargo, no sé por qué, Flora, no entiendo por qué los miro y aparte de emocionarme, que me emocionan, y mucho, no puedo evitar la sensación de que en torno a esos sueños suyos, que

son también los míos, y los de cualquier persona decente, hay siempre un estrépito de cristales rotos.

Aunque Onel había estado convenientemente desaparecido durante una semana, no tuvo más remedio que acudir al cuartel de El Lloredal para declarar ante un capitán que formulaba preguntas absurdas, más interesado en su vida personal y en la de su familia que en el hecho en sí, sobre el que, dijo, tenía sobrada información de primera mano y ya daba por hecho que su versión no se ajustaría a los hechos, por otro lado, suficientemente avalados por los muchos testigos. Le interesaba más conocer algunos extremos de la vida de Canor y Flora, como si ellos tuvieran algo que ver. Y su soltería. Que por qué estaba soltero, a su edad, le dijo. Onel, que para entonces ya conocía algunos datos biográficos del capitán Pastor, le había replicado, con aquella insolencia que en general pasaba inadvertida bajo el disfraz blanquísimo de su sonrisa, que imaginaba que por razones parecidas a las que él mismo permanecía soltero, a pesar de tener bastantes más años.

—¡Sí, pero yo no soy maricón! —La bofetada había pillado tan de sorpresa a Onel que no sabía cuál de las dos, la física, propinada con el dorso de la mano, lo que tuvo la virtud de incrustarle en la mandíbula aquel pesado sello de oro que portaba el capitán en el dedo corazón de su mano derecha, o la frase pronunciada era la responsable de aquel estado de perplejidad que ya no pudo abandonarlo en el resto del interrogatorio.

De aquella declaración salió, aparte de con el abatimiento que le había provocado el incidente de la bofetada, con una multa y una indemnización para don Clemenciano por los daños físicos y morales causados. Canor, que lo había acompañado al cuartel, se pasó el camino de vuelta en la *xarré*

despotricando de los curas, y, por un instante, Onel, que permanecía en silencio, dudando si contarle o no a su padre en qué términos se había producido aquella incipiente tumefacción en la mejilla particularmente encarnada, creyó sentir a su lado al abuelo Tomás. Habían pasado ya unos cuantos años, pero seguía sintiendo una añoranza terrible del abuelo, que era también la añoranza de la niñez, la vida que estallaba entre la hierba y en las ramas de los árboles. Todo eso que, como una agonía de violines desafinados, envolvía cualquier intento de terminar de construirse como persona.

La indemnización, puntualmente pagada, sirvió para que don Clemenciano se mostrara más crecido de lo habitual en él, que ya era bastante. Los últimos acontecimientos políticos, después del terrible primer bienio de la República, le permitían sonreír a veces, especialmente cuando, después de las últimas elecciones, el compadreo entre el gobierno de Lerroux y la Iglesia católica vino a demostrar que, según y como, y sobre todo según y para qué, no había compañeros de cama lo suficientemente extraños. Se sentía el párroco particularmente satisfecho del resultado de las elecciones en Nozaleda, y de cómo había sido capaz de movilizar el voto femenino a las posiciones más próximas a la Iglesia. Habían sido eficaces los sermones dominicales, sus berridos desde el púlpito presagiando terribles sufrimientos, la callada ofensiva, sutil, pero repleta de amenazas y las advertencias, en el secreto bisbiseo del confesionario, de los graves peligros que acechaban.

Y aun así, pensaba que aún faltaba algo más de valentía de los actuales gobernantes para poner freno a todos los desmanes que seguían produciéndose. Él, por su parte, y con la fuerza de su fe, capaz de mover montañas, ofrecía a Nuestro Señor su propio sacrificio, que si bien no llegaba al martirio del que estaban siendo objeto tantos frailes, tantos curas, tantas monjas y tantas iglesias incendiadas, tenía en común con esos casos algo que nadie podría desmentir: no era a él, pobre pecador, pobre siervo del Señor, a quien habían humillado delante de toda su feligresía. No era a las monjas a las que violaban o asesinaban. No era a los curas muertos entre terribles sufrimientos, torturados con una violencia tan feroz, a quienes mataban. No. Era a Nuestro Señor Jesucristo al que crucificaban una y otra vez con la perfidia de su corazón ennegrecido y su crueldad de bestias salvajes. Él, por

su parte, recibía aquella indemnización, por supuesto, pero dedicaría, y así lo hizo saber en el primer sermón dominical en el que tuvo ocasión, hasta el último céntimo a misas en las que se rezara por el alma de los pecadores que estaban convirtiendo el suelo de la patria en un lodazal, en un charco de sangre, en la expresión genuina del reinado del mismísimo Satanás.

A Onel le contó Flora el contenido de aquella homilía, con una mezcla de burla y de preocupación que a Onel no le pasó desapercibida. Charlaban en el saloncito del hotel Cantábrico, que había terminado prácticamente por convertirse en su hogar. Liborio Santaclara estaba encantado de tenerlo allí, y le había asignado una habitación en el último piso, donde estaba la suya, y a la que se accedía como al resto de las cuatro plantas en un elegantísimo ascensor cuya instalación había causado un auténtico revuelo, y una admiración solo comparable al pánico en su uso que tenían algunos de sus clientes. Desde el balcón, que permitía ver el puerto pesquero, la colegiata y las casas del barrio de Cimavilla, Flora le recomendó pasarse lo menos posible por Nozaleda, por lo menos hasta que terminaran los festejos que el cura estaba organizando con tanto desagravio.

—No tengo intención alguna, Flora —Onel tenía en la sonrisa su propia mezcla de sentimientos, que iban de la ilusión al temor, aderezado con una puntita de escepticismo, tan leve que no llegaba a hacerse hueco entre los destellos que iluminaban su mirada oscura—. Van a suceder cosas, y cosas muy importantes. Te habrá dicho Emilio...

—Es que no sé si quiero saberlo. O cuánto quiero saber. También Rocío. Me escribió una carta desde Oviedo, acaba de empezar el curso en la Facultad de Filosofía y está trabajando en las Escuelas Anejas, y ya me ha dicho. Estoy aterrada, Onel, te lo aseguro. Y tu padre, ni te cuento. Tenemos mucho miedo por ti, y por Emilio, claro, pero lo de Emilio ya sabemos que no tiene remedio.

Onel quiso quitarle hierro al asunto.

—Yo soy un buen chico, ya lo sabes. Un hombre con un negocio, y con contactos entre la gente menos sospechosa. Quien más y quien menos de los que tienen algo de influencia o poder en la ciudad me han comprado su coche. Y podría asegurarte que me deben más de un favor. No tengas miedo por mí.

—También te mueves en ambientes peligrosos. Toda esa gente está en el punto de mira, qué te voy a contar. Y eso me preocupa.

Onel le aseguró que no le ocurriría nada malo. Ni siquiera estaba muy seguro de que aquella palabra, que sonaba de tan distintas maneras según quién la pronunciara, llegara a convertirse en una realidad.

Tal vez en esa misma conversación mantenida unas semanas atrás con Flora pensaba Onel en la madrugada del domingo siete de octubre de aquel año de 1934. Hacía guardia en las barricadas que se habían establecido formando una pequeña plaza frente a la casa de Nava, en Cimadevilla. La proximidad al ayuntamiento hacía imprescindible aquella posición y Onel, acompañado por dos muchachos muy jóvenes que trabajaban en la fábrica de vidrio y de la novia de uno de ellos, cigarrera en la Fábrica de Tabacos, acariciaba como si se tratara de un animal tan exótico como peligroso el fusil que habían puesto en sus manos después de que finalmente hubieran llegado las armas el día anterior. Ese mismo día, el sábado, había visto caer muerto a un carabinero del cuartelillo por la mañana y a uno de los suyos, un cenetista como un castillo, aullar de dolor con una bala alojada en el muslo que Gregorio consiguió extraer después de una compleja operación de traslado del herido que garantizara la clandestinidad, porque ninguno de los dos deseaba ver al médico más significado de lo estrictamente necesario, entre otras cosas porque había una reputación y una clientela (que no eran precisamente los simpatizantes de los revolucionarios, más bien al contrario) que mantener.

Pensaba en aquella conversación después de un día de esperas: en los planes, trazados con más ardor revolucionario que cerebro estratégico, se suponía que Oviedo ya estaría tomada por los trabajadores, y que grupos organizados y sobre todo armas habrían llegado ya para asaltar Gijón, pero nada de esto estaba sucediendo. De La Felguera habían llegado, sí, noticias estimulantes que hablaban de los muchos pueblos de la cuenca tomados por

los revolucionarios, de la propia villa en manos de las fuerzas de los obreros. Todo muy estimulante para el espíritu, pero Onel tenía sus dudas.

Entre otras cosas porque, con lo escasos de efectivos y de armamento que estaban, tenían muchos frentes abiertos, y se añadían más. Por ejemplo: del *Libertad*, que había fondeado en el Musel (y no en Avilés, como estaba previsto, que ahí habían sido muy hábiles y habían conseguido hundir un barco en la bocana del puerto, lo que impedía el ataque de cualquier barco de las fuerzas del Gobierno) había desembarcado un batallón de cuatrocientos soldados que se dirigirían por tren a defender la ciudad de Oviedo de las fuerzas revolucionarias. Había que ponerles difícil que llegaran desde el puerto hasta la estación y así se había hecho: con tres revolucionarios pegando tiros se había conseguido hacer cambiar de opinión a los soldados en cuanto al itinerario para llegar a la estación del Norte, y en su trayecto habían sido hostigados lo suficiente como para que lo que podía haber sido un paseo se convirtiera en una larga travesía, obligados a repeler cada dos por tres disparos que venían de los lugares más insospechados, y encontrándose con la dificultad añadida del retraso ocasionado por los ferroviarios en huelga, que se negaron a llevarlos el tiempo que pudieron hasta ser seriamente amenazados de muerte.

La revolución, lejos de lo que había creído, era una larga espera, y de vez en cuando grupos pequeños realizaban pequeños avances en la ciudad, triunfos que se celebraban con emoción, como ver ondear la bandera roja en el Club de Regatas. Como ver tomados lugares emblemáticos: el palacio de Revillagigedo, el Santo Ángel, la iglesia de San Pedro. Como ir hasta el comité revolucionario en el Llano y ver cómo empezaba a funcionar la experiencia libertaria. Como asistir a una muestra de dignidad y cordura (después descubriría otras muchas ocasiones en que ni la una ni la otra se habían hecho patentes precisamente) como el castigo administrado a un delincuente del barrio, que aprovechó el lío montado con la revolución para hacerse con su propio botín, y a quien colocaron en uno de los puestos más peligrosos de la defensa.

La revolución era, a pesar de los pesares, una continua fuente de contradicciones. Emilio había sido uno de los artífices desde abajo del

acuerdo, inédito en el resto del Estado (y causante tal vez, en definitiva, de que Asturias se quedara sola en mitad de la tierra en aquel sueño de revolución). Para ello había tenido que tirar de su habitual capacidad para ir ganándose el favor de unos y de otros componentes de la Alianza Obrera desde meses atrás, a pesar de haber contado con el desacuerdo y, en algunos casos, la abierta confrontación de muchos de los compañeros cenetistas, que veían en cualquier asociación con socialistas y comunistas, no solo el principio de cualquier disolución de sus propias ideas —o al menos la renuncia a algunos de los principios a favor de las posturas más pragmáticas que determinaba la suma de fuerzas—; también desconfiaban y predecían traiciones que los llevarían a todos al desastre. Además, decían, con aquella ebriedad revolucionaria que a Emilio le parecía tan útil a veces para alcanzar determinados objetivos, la CNT se bastaba para acabar ella solita con el capitalismo y sus maldades. Eso y que, en definitiva, no acababan de creerse a Largo Caballero, por lo que el acuerdo que se firmó para lo que dieron en llamar la República Socialista Federal se hizo casi con nocturnidad y con lo que Emilio dio en llamar tabernesía, puesto que se hizo en la trastienda de una taberna y con solo dos representantes de los partidos implicados. Aunque el escepticismo siempre había librado una batalla con la fe, Emilio iba de un lado a otro repartiendo consignas, levantando el ánimo, trayendo y llevando noticias, agarrando un fusil cuando cuadraba y desplegando aquella actividad suya en la que la furia revolucionaria casaba inexplicablemente con la frialdad de la teoría y la astucia de la estrategia, aunque, desde luego, su rapidez para evaluar los peligros (y desde el segundo día ya vislumbraba que eran muchos y seguramente insalvables) se había esforzado en hacerle ver que en ningún momento podía perder ni la fe ni la prudencia. Y decía que el impulso del ideal libertario, la certeza alimentada con tantas lecturas, con tantas discusiones, con tanto razonamiento, no podía nublarle jamás el juicio, que en ningún momento podía dejar descansar ni a su capacidad para la reflexión ponderada ni muchísimo menos a su instinto de supervivencia. Que solo lograrían el éxito en una empresa tan complicada si mantenían ese equilibrio. Nada de desánimo, había dicho, pero nada de locura.

En el momento en que Emilio pronunciaba aquellas palabras, Onel se

había preguntado cuánta confianza tenía su amigo realmente en el triunfo de la revolución. Había algo de desamparo, como una brizna que se colara en el aire en el que se escribían las palabras de coraje, lucha, valor y fuerza con que Emilio aleccionaba a unos y a otros, siempre en los grupos pequeños, puesto que los discursos, las arengas y cualquier ansia de figuración siempre se la había dejado a los líderes, y a Onel no se le escapaba. Estaba demasiado acostumbrado a los matices, a vislumbrar siempre cualquier intención secreta, el brillo clandestino de la pasión oculta o la decepción de los sueños fracasados, y, en Emilio, que era puro entusiasmo, ardor revolucionario, idealismo a puñados, aparecía siempre una hebra de niebla, y Onel no podía evitar que se le quedara el arrebatado, la exaltación tan presente en todos los compañeros, enredados en algo que se parecía a la desconfianza. Como si no tuviera otra que admitir que tampoco esta vez. Que a la historia se le pueden hacer cosquillas pero, cuando se cansa, te propina un manotazo y vuelves sin más, dolorido y decepcionado, a la casilla de salida.

Canor siempre había tenido motivos para sentirse orgulloso de su hijo. Aunque le habría gustado darle una carrera, el muchacho no manifestó demasiado interés por estudiar y prefirió dedicar todo su tiempo y su esfuerzo a sacar adelante el negocio de los coches del que Canor se había aburrido enseguida para concentrarse en el cuidado de las tierras, que se extendían con la suavidad de las colinas apenas perceptibles que adivinan la presencia del mar y no se atreven a izarse, y a la vida tranquila en Nozaleda, con Flora, y a dejar que el tiempo fuera enhebrando los días en una letanía de horas aprendidas, de silencios compartidos, de pequeños sobreentendidos.

Canor había encontrado en su pueblo algo que se parecía bastante a la fórmula de la felicidad. Conocía a todos los vecinos, charlaba con todos ellos, compartía horas con los segadores, calzaba las alpargatas de esparto para, *garabatu* en mano, recoger la hierba. Incluso a veces se subía en lo alto de la vara para ir acomodándola con la forma correspondiente para que la lluvia que vendría sin duda no dañara lo que habría de servir para alimentar al ganado durante el invierno. También le gustaba cultivar su huerta, ver cómo crecían las lechugas, las fabes de mayo, los fréjoles, los arbeyos, unos pimientos redondinos muy ricos, las berzas, la remolacha, los nabos, los ajos, las cebollas, el apio y, especialmente, las patatas, la escanda, les fabes y el maíz. Le gustaba particularmente todo aquello que suponía la reunión de varios vecinos para colaborar en algún trabajo, fuera una esfoyaza de maíz, un sanmartín o recoger la hierba de algún prado. Había encontrado en el trabajo del que renegaba de niño, cuando le apetecía ir a jugar con el aro y la gancheta

y debía permanecer en las largas jornadas que terminarían por llenar los pajares y los desvanes de los Santaclara de la provisión suficiente para el invierno, un placer indescriptible. Tal vez tenía que ver con la memoria de su padre, a quien a medida que pasaban los años y se alejaban los días en que habían compartido horas juntos tenía más presente. A veces se lo decía a Flora: que era como si, cuando emprendía algún tipo de actividad relacionada con las labores del campo, aunque apenas la hubiera practicado, las manos, los gestos y la decisión tuvieran vida propia, ajena casi a su propia voluntad, como si alguien, tal vez el espíritu sereno de Tomás, que enamorado como había estado en vida de su tierra, seguro que seguía paseando su incorporeidad por allí, los manejara. Flora le hablaba de algunas teorías que había leído sobre el aprendizaje que se produce incluso cuando no hay intención de enseñar, algo así como lo del ejemplo, y que tal vez de niño había aprendido sin darse cuenta de muchas cosas viendo cómo las hacía su padre.

Fuera del amor cada vez más intenso con que se entregaba a la tierra, la vida de Canor transitaba por el espacio de la costumbre, de los gestos repetidos, del deseo de tranquilidad. Ciertamente que esto no era del todo posible. No podía serlo porque la existencia de Emilio era la garantía de un sinvivir, y aunque vivía en Gijón desde hacía algún tiempo y trabajaba con más o menos continuidad en una imprenta, sabía que Flora vivía en un estado de preocupación absoluta. También les inquietaba Camila, que se había casado con un destacado socialista gijonés y esperaba su primer hijo. Y finalmente, Rocío, a quien habían llegado a querer como una hija más, sembraba una cierta inquietud en aquellas largas cartas que les escribía semanalmente, en las que daba cuenta de todos los movimientos que se preparaban, y que tanto a Canor como a Flora los hacían bascular entre la secreta felicidad y la preocupación.

A pesar de ello, de todo ello, Canor no podía evitar un extraordinario orgullo cuando pensaba en Onel o cuando hablaba de él. Se había convertido en un hombre responsable, amable, educado, trabajador, con grandes ideales y con un respeto absoluto por todas las personas. Por eso aquel episodio con don Clemenciano en la procesión había dolido tanto. Sabía que desde entonces el cura no hacía otra cosa que hacer partícipe a quien tuviera algún interés en

ello (y si no lo tenía, también) de la maldad tirando a demoníaca que habitaba en el corazón de Onel, y cómo ya lo había visto venir él desde que era un rapacín. Que ya se sabía, añadía, que venía de una tierra en la que el paganismo estaba a la orden del día. Que a saber quién habría sido su madre.

Canor había sentido por entonces la necesidad de coger al cura y decirle algo. La proximidad de las dos familias, por más que, en esa relación, la suya siempre hubiera estado en un plano de inferioridad determinado por el servilismo impuesto y asumido, le daba alas para abordar el tema y, educadamente, hacerle notar lo errado de su opinión. Tenía previsto incluso suplicarle perdón. Pero entonces la historia vino a escribir sus propias líneas, el argumento de su azaroso devenir, y Canor se encontró con aquello de lo que siempre se hablaba como un paso más, tan necesario como tal vez imposible, aquello de la revolución que trascendía a cualquiera de los mecanismos utilizados hasta la fecha.

Y fue también la ocasión para que Canor pudiera sentir una vez más el orgullo por su hijo, la alegría íntima de saber que había criado a alguien cuya integridad estaba fuera de toda duda. Durante un tiempo, algunos años atrás, el episodio que había terminado por convertirlo en padre secreto de la hija pequeña de Goyito había llegado a quitarle el sueño. No entendía del todo que aquello hubiera ocurrido, porque, de todas las mujeres del mundo, Merceditas era una de las que menos posibilidades tenía de ejercer algún tipo de seducción sobre Onel. Que hubiera sucedido, incluso más allá del hecho de que todo se hubiera resuelto de aquella forma tan increíble en la que estaba claro que la amistad había triunfado por encima de todo, le producía a Canor una satisfacción íntima. Desde que Onel empezó a cantar con cierta asiduidad en alguno de los cafés cantantes de la ciudad, y ya antes, todo había que decirlo, circulaban por el pueblo una serie de rumores que cuestionaban su virilidad. Incluso el cura no había tenido empacho alguno en extender aquel rumor cuando en voz baja (y a veces en voz muy alta) explicaba a sus feligreses que la maldad latente en el corazón de Onel lo había llevado, nada menos, que a agredir con saña a un siervo del Señor. Podían decir lo que quisieran: Canor sabía que no era cierto. Y aunque no pudiera demostrarlo, porque había jurado guardar el secreto hasta la muerte, en el fondo de su

corazón, el fantasma de que su hijo pudiera ser invertido no tenía ningún tipo de acceso, no le producía ninguna inquietud: ser el dueño de aquella confianza que desmontaba cualquier habladuría era para Canor el salvoconducto para tener a salvo su temor.

Si eso, junto con el vergonzoso episodio de la procesión del Corpus, había sido la única sombra que había amenazado de forma puramente venial el orgullo que siempre había sentido por Onel, la revolución trajo consigo el remedio eficaz para que la sombra se disolviese en la luz del comportamiento de su hijo.

Sucedió en el séptimo día de la revolución. En Nozaleda apenas se habían visto movimientos. Solo Canor, que era el único que caminaba hasta la zona de los acantilados para ver el mar, sabía que había llegado un barco del ejército, y, aunque los días que se daban las condiciones adecuadas las corrientes de aire eran capaces de trasladar hasta allí sonidos que se producían en la ciudad, tan solo habían llegado a intuir alguna detonación. De vez en cuando alguien sabía algo, o inventaba algo, y las historias corrían como la pólvora de caleya en caleya, sembrando inquietud. El propio don Clemenciano clamaba, con su habitual despliegue de gesticulaciones y dramatismos, por los desmanes cometidos, aquella letanía que enarbolaba tres sintagmas: sacerdotes asesinados, monjas violadas, iglesias incendiadas.

Canor y Flora estaban preocupados por Onel y por Emilio, a quienes sabían en el ajo de la revuelta. Un poco menos por Camila y su marido, porque conocían la discreción de este último y sabían que no pondría en peligro a su mujer en el estado en que se encontraba. También Rocío formaba parte de sus preocupaciones, y de ella nada podían saber. Y aunque tenían suficiente confianza en su prudencia y en su sentido común, no dejaba de angustiarlos lo que podría ocurrirle.

La revolución, a esas alturas, empezaba a estar muy lejos de lo que se había soñado. Todos habían visto caer a compañeros, y quien más quien menos se había librado por los pelos de un disparo, de caer prisionero. La Iglesiona empezaba a llenarse de revolucionarios o de simples vecinos sospechosos a los que se les aplicaban interrogatorios que incluían torturas espantosas. Los que intentaban mantener la fe tenían abundantes argumentos para que esta

flaqueara y, aunque trataban de dirigir su desaliento y su furia contra las fuerzas gubernamentales y su crueldad en el avance a la hora de recuperar posiciones, no podían evitar ser conscientes de que había muchas cosas que se habían hecho mal, que se habían planificado mal, que el ardor revolucionario, incluso la posesión de la razón, no eran suficientes. Una vez más.

Así las cosas, un grupo, que trataba de conjurar la desmoralización con los arrebatos de fervor insurrecto, decidió anotarse alguna victoria eliminando alguno de los elementos que estaban en contra de la revolución.

Fueron los que intentaron matar a don Clemenciano. Era un cura, era un objetivo sencillo, no había resistencia alguna, y eliminarlo era un favor que le hacían a la sociedad. Y un favor que le hacían a su maltrecha autoestima, escasa en triunfos en las últimas horas y con un horizonte de derrota que nadie quería verbalizar pero que se hacía enorme en el interior de su corazón y de su voluntad, como si la marea estuviera creciendo y viniera con su equipaje de tempestad imparable.

Apenas sabían nada de él, pero era cura y ya era bastante. Y, para colmo, era un Santaclara, y todo el mundo sabía que esa familia era la dueña de gran parte de las tierras de la parroquia y de otras adyacentes, y de algunos edificios en Gijón. Además, alguien había comentado, tal vez Milio *el Gatu*, o incluso el propio Onel, que el cura utilizaba (como tantos) el púlpito para alentar a los feligreses contra el progreso y la justicia social.

Fue suficiente. Llegaron en una furgoneta, entraron en la iglesia, sacaron los bancos de madera para iniciar una fogata delante del atrio. Cuando procedían a sacar las imágenes, apareció don Clemenciano hecho una furia (la indignación le había hecho abandonar su habitual sentido de la supervivencia, que quienes lo conocían desde niño podrían catalogar más de cobardía que de prudencia). El primer enfrentamiento recibió como respuesta un culatazo en un hombro que lo hizo trastabillar. Oía, mezcladas con risotadas de los tres oscuros revolucionarios, palabras que tenían una entonación de burla y que apelaban a su condición de aprendiz de héroe.

—Si tanto te jode que te quememos a tus vírgenes, a lo mejor quieres acompañarlas en la hoguera.

Estaban quitándole la ropa cuando apareció un segundo camión circulando

a gran velocidad. De él se bajó Onel, alarmado, enfurecido, empuñando un fusil que apenas había disparado pero que parecía haber vivido siempre entre sus manos.

—¿Qué mi madre estáis haciendo?

El más joven le dijo que no se metiera, que era un cura y, como tal, un enemigo del pueblo y de la revolución, pero la mirada de Onel, su firmeza, desarmó las intenciones de los tres. Don Clemenciano temblaba igual que las hojas de los castaños que caían al suelo aquel octubre. Él mismo parecía a punto de desplomarse, una vez que le habían arrancado la ropa. Allí, con aquellos calzoncillos tristes y la prominente barriga, parecía más desvalido de lo que jamás lo habían sido aquellos a quienes atemorizaba con sus presagios de infierno, con sus amenazas de castigo eterno. A sus pies se había formado un pequeño charco que evidenciaba que el miedo que estaba sintiendo era tan cierto como el líquido caliente que había bajado por sus piernas varicosas.

—Ya lo estáis soltando. La revolución no ye esto, joder.

Aún prolongaron las burlas unos minutos más, aunque ya sabían que no iban a matarlo. Seguir riéndose de él, de su miedo, aunque no les proporcionara la sensación justiciera de una ejecución, también los hacía sentir poderosos. Un poco de poder que les permitía que un cura, acostumbrado a mandar en las conciencias y en las vidas de la gente, por un rato pasara él mismo por el miedo al miedo.

Los bancos de la iglesia ardían acompañados por las palias, corporales, purificadores y manutergios que habían encontrado y por la ropa del cura. La talla de la Virgen del Carmen estaba a punto de sufrir la misma suerte y solo cuando, entre grandes risotadas, los tres decidieron abandonar el escenario, montarse en su camioneta y marcharse, la arrojaron a la improvisada hoguera. Onel se apresuró a sacarla y, aunque un poco chamuscada, se la entregó al tiritante Clemenciano, a quien le puso su chaqueta por encima de los hombros desnudos hasta acompañarlo a la rectoral. Llegaban ya algunos vecinos (que, manifestando un gran sentido de la supervivencia, habían permanecido escondidos en sus casas mientras se producía el asalto a la iglesia) con calderos de agua para apagar la hoguera y salvar lo que se pudiera.

A Canor le contaron lo que había sucedido y llegó corriendo con el

corazón en la boca y, sin aliento apenas, alcanzó a ver cómo su hijo dejaba a don Clemenciano en la puerta de su casa, sin pronunciar palabra alguna, y se sintió orgulloso de lo que había ocurrido, de que Onel mantuviera su dignidad y se hubiera enfrentado a sus propios compañeros para evitar aquella barbaridad. Y que lo hubiera hecho cuando hacía tan poco tiempo que se había producido aquel episodio tan lamentable en la procesión del Corpus, lo que ponía de manifiesto que el respeto por la vida humana, la integridad estaban por encima de cualquier sentimiento de venganza, por encima de cualquier postulado revolucionario que justificara la barbarie. Onel, y su padre se sentía orgulloso de ello, era un hombre de una pieza. Onel era uno de los Forquetos, y aunque hubieran vivido en un régimen de algo que se parecía si no a la esclavitud sí a la condición de siervos medievales, cuando había tenido la ocasión de echar mano de cualquier resentimiento, de cualquier atisbo de venganza, por encima de todo ello, había estado su nobleza, su propio sentido del honor, su respeto por la vida. Y Canor sentía una extraña felicidad por ello.

Por eso le resultó tan desalentador, cuando estaba a punto de abrir la boca para tranquilizar al cura, para congratularse por lo que acababa de suceder, encontrarse con la mirada fría de Clemenciano, superviviente de su propio espanto y, seguramente, de su propia humillación.

—Esto es lo que hacéis. Esto es lo que consigue vuestra revolución. Pero no lo dudes, el Señor hará que paguéis por tanta afrenta y por tanta maldad.

Y Onel entonces le quitó la chaqueta que había puesto sobre sus hombros, sin mirarlo siquiera, tomó a su padre del brazo y, musitando algo así como *con un gracias habría bastado*, se dirigió hasta su camión.

No era solo que estuvieran perdiendo la revolución. También se les estaba yendo la vida en el más inútil de los empeños.

No pudieron viajar en octubre, pero eso ella ya lo sabía. La ausencia, la separación sumaba años, y con ellos, que ya eran más de treinta, se escribía la crónica de lo perdido para siempre. Cada vez que se ilusionaba pensando que era posible el reencuentro, la realidad venía con su filo contundente y mortal a dictar sus propias leyes, más aún, a confirmar la sentencia no escrita que se había ganado el lejano día en que abandonó a aquel bebé convencida de que su vida era otra y que el niño estaría mejor con su padre. Sin duda había sido así: había elegido otra vida, había elegido equivocarse, y el niño (estaba segura de ello) había estado mejor con su padre.

Era una sentencia, y tal vez tendría que resignarse y acatarla: ya no iba a ser posible. No habría reencuentro. No habría abrazo en el que reconocer el olor del bebé que la invadía por las noches y le hacía llorar. No habría palabras para explicarse la vida, para desandar el tiempo.

No habían podido viajar porque justo una semana antes Aurelio se resbaló cuando bajaban la escalera y rodó escalones abajo. Ella creyó que se había muerto, y por primera vez sintió que tal vez amaba a aquel hombre mucho más de lo que creía, porque quería gritar y la voz le estrangulaba la garganta y se negaba a salir. Aparte de la conmoción, los médicos diagnosticaron una fractura en la cadera y un largo periodo de hospitalización y escayola.

España tendría que esperar, aunque ella empezaba a convencerse de que esa espera no era más que un engaño que la vida le hacía, la promesa de un caramelo que nunca iba a poder comerse pero que la mantenía viva. Vivir, y

llevaba varias décadas asumiendo esa enseñanza, era esperar.

—Quien espera, desespera —musitó en el hospital mientras Aurelio dormitaba. Era algo que decía mucho su madre, y, como tantas cosas que había tenido que desaprender de las enseñanzas maternas, se dio cuenta de que eso tampoco era verdad. Esperar era lo único que la alejaba de la desesperación.

La Revolución de Octubre no cambió el mundo, no cumplió los objetivos marcados, no transformó la sociedad española, con todas sus miserias, en una dictadura del proletariado, ni siquiera sirvió para que mejoraran las condiciones laborales de los trabajadores, y poco o nada influyó (si acaso para mal, porque su sola mención adquirió el rango de indiscutible coartada, como más tarde se demostraría, desgraciadamente) en el devenir de la política nacional. Pero aquellos días modificaron a quienes los vivieron más o menos de cerca. Fueron muchos los que perdieron la vida y adelantaron la fecha de fallecimiento en una biografía que apenas en ningún caso nadie tuvo ni la ocasión ni el interés en escribir, y casi todos perdieron: unos, la libertad, otros muchos, la inocencia, muchos comprobaron lo frágil que era la existencia, lo fácilmente que podía trastocarse todo, y otros se dividieron entre los que sumaron a su falta de confianza en que fuera posible cambiar el impuesto orden de las cosas la decepción de la comprobación empírica y los que entendieron, mientras se restañaban las heridas, mientras lloraban por los muertos o trataban de recomponer sus vidas, que aquello no era más que un capítulo, que vendrían otros hasta la victoria final y que los encontrarían más fuertes, más preparados, más enfurecidos por el daño recibido, con más fuerza para devolver el golpe.

Una de las cosas que se quebró cuando la revolución empezaba a mostrar la cara de derrota que hasta entonces nadie había querido ver, y que quienes podían verla hacían lo posible porque no se les notara la duda que los corroía, fue la confianza que Emilio había tenido siempre en Liborio. De hecho, el

hotel Cantábrico había sido tomado por los revolucionarios contando con la complicidad no declarada, pero sobreentendida, de Liborio Santaclara, que no opuso ningún tipo de resistencia, que facilitó camas para algunos heridos, que se encargó de que su sobrino Gregorio atendiera a alguno de ellos de forma clandestina, y que permitió a los revolucionarios colocar la bandera roja en la azotea sin ningún tipo de problema. Había pocos huéspedes alojados cuando estalló la revolución, pero los que estaban allí, poco más de media docena, habían decidido quedarse y esperar. No estaban las cosas para iniciar ningún viaje de vuelta a sus ciudades respectivas, y el hotel decidió asumir los gastos ocasionados por una estancia obligada. Algunos días, sobre todo al principio, lejos de la desazón que podía provocar el análisis objetivo de los hechos, entre los muros del hotel se vivió con un cierto aire festivo todo lo que estaba sucediendo. A ello colaboró Sefa Quintana acompañada de las chicas de su salón, que prepararon números musicales para entretener a clientes y revolucionarios que confraternizaron en el bar del hotel. También Onel cantó alguna de aquellas noches, aunque en su repertorio incluyó mayoritariamente canciones de la revolución rusa que había aprendido gracias a un disco que había comprado en Francia y que venía acompañado de un libreto con las letras. Antes de cantar cada una de ellas recitaba los textos que, con ayuda de Gregorio y un viejo diccionario de alemán, había conseguido traducir. Todos quedaban muy impresionados escuchando a Onel cantar, en un ruso aprendido de oído a fuerza de escuchar el disco una y otra vez, *La varsovia*, y muchos de ellos guardarían el recuerdo de aquella melodía cuando un par de años más tarde cantaran a voz en grito la adaptación al español de aquella canción que se convertiría en el himno de la CNT y los exhortaría a tomar las barricadas por el triunfo de la confederación.

Pero, a medida que pasaron los días y creció la impaciencia de los huéspedes, por un lado, y el desaliento, por más que lo disfrazaran, de los revolucionarios, por el otro, las cosas fueron complicándose. No de forma aparente, claro. Liborio trataba de nadar y guardar la ropa. Quería a Emilio, adoraba a Onel y, aunque no estaba de acuerdo con la mayor parte de los postulados revolucionarios, siempre había tenido una extraña simpatía por el lado oscuro (y, para el mundo del que procedía, la revolución lo era, sin lugar

a dudas). Pero aquello iba a terminar como el rosario de la aurora, y él sabía que su supervivencia dependía del modo en que pudiera jugar sus cartas. En el fondo de un cajón de su escritorio, doblada cuidadosamente y cubierta por montones de papeles, guardaba una bandera oficial que estaba dispuesto a colgar él mismo en el mástil instalado en la terraza en cuanto la revolución (y eso le decían las noticias que le llegaban del otro lado) fuera sofocada. Antes de ello estaba dispuesto a facilitar cuanto pudiese la huida de Emilio y de Onel, por los canales establecidos para ello, que tenían que ver con los contactos cuidadosamente trabajados por Sefa Quintana.

Las cosas se complicaron, no obstante, cuando a uno de los viajeros (un madrileño malencarado que jamás había querido participar de las veladas musicales del hotel), que ocupaba una habitación en el segundo piso, le dio por pegarle un tiro desde el balcón a uno de los obreros que huía hacia el muelle después de una refriega con la guardia de asalto en la plaza Mayor. Hubo un conato de asalto al hotel para ajusticiar al francotirador, pero ya eran días difíciles y todos tenían otras prioridades, y salvar el pellejo puntuaba más que ejercer una venganza, por mucha tentación que esta última tocara el corazón de unos hombres que habían exaltado hasta extremos inimaginables el valor del compañerismo y la fraternidad en la lucha.

No se pudo cubrir la retirada de Emilio, y a Liborio siempre le quedó la sensación de que aquel hombre, experto en fugas y sigilos, escurridizo e inaprensible, se había dejado cazar. Lo vio en sus ojos un día antes del final, cuando le ofreció la posibilidad de la huida que ya habían hablado y que Emilio siempre descartaba enarbolando la bandera del optimismo en el triunfo (aunque ambos sabían que no era así, que la revolución tenía los días contados). Tampoco Onel había querido utilizar el plan previsto y, rechazando también el ofrecimiento de Gregorio de que se escondiera en su casa (aún no sabía cuando se lo dijo cómo iba a evitar que Mercedes le armara un buen jaleo por ello, pero le daba exactamente igual), se limitó a irse a Nozaleda, a la casa de su padre y de Flora. No tardaron en llegar a detenerlo los guardias civiles de El Lloredal, los viejos conocidos con los que había *departido amigablemente* muy poco tiempo atrás con motivo de la agresión de don Clemenciano.

No es que Canor no esperara la detención. Se sabía que las detenciones de personas más o menos próximas a la revolución, incluso de aquellas que ni habían empuñado arma alguna ni habían participado en ninguna algarada, se estaban produciendo por centenares. Los que tenían mayor implicación habían conseguido echarse al monte, y en el ánimo de las autoridades estaba sonsacar a los que podían tener alguna noticia de su paradero, incluso aunque no hubieran participado activamente.

Pero Canor albergaba la esperanza, porque en el fondo mantenía intacta una cierta ingenuidad infantil, de que Onel se librara de cualquier detención, tortura o condena por su heroica actuación (así lo llamaba él en su pensamiento) para evitar la muerte segura de don Clemenciano. Y, sin embargo, sin que los guardias civiles atendieran a razones, se lo llevaron, y a él le faltó tiempo para correr en dirección a la casa rectoral para suplicarle a don Clemenciano que intercediera por Onel.

Flora lo encontró dos horas más tarde sentado en un muro de piedra en un rincón de la huerta, donde la primavera anterior habían crecido espectaculares unos arbeyos gordos y deliciosos. Se asustó al ver su abatimiento, y, por un instante, se preguntó en qué momento Canor se había hecho viejo y qué estaba haciendo ella que no se había dado cuenta.

Don Clemenciano no iba a hacer nada. Bueno, le había dicho que sí, que intercedería, pero que nada le prometía porque todos los cargos que se atribuían a los revolucionarios, a los anarquistas, eran muy graves. Habían sembrado de dolor, de sangre y de muerte toda Asturias. Le había detallado torturas producidas en conventos, asesinatos brutales de seminaristas, de curas, de frailes de La Salle, de monjas. Cada intento tímido de Canor de interrumpir con un «ya... pero Onel...» era neutralizado de inmediato con la narración prolija de algo que le había pasado a no sé quién no sé dónde. Finalmente, Canor se había enfadado, le había surgido de pronto todo el resentimiento almacenado desde niño hacia los Santaclara, la figura siempre servicial de sus padres, y había entendido que de nada servía lo otro: el buen trato que siempre había tenido Honorino Santaclara hacia ellos, la amistad suya con Liborio, el hecho de que el dinero los hubiera situado en escalones no demasiado dispares: allí estaba él, suplicando por su hijo a alguien que le

debía la vida, y, aunque trataba de mantenerse erguido, enfundado en su ropa cara, su actitud era la de un hombre con los pantalones remendados y la boina girando nerviosamente entre sus manos. Finalmente, en aquel enfado que le crecía por dentro y que temía no ser capaz de controlar, había recurrido a poner en palabras el reproche que había pensado que sería innecesario: si no hubiera sido por Onel, don Clemenciano...

Y esa mención había tenido un efecto demoledor... En lo que le quedara de vida, Canor no iba a olvidar aquella mirada que, aparentemente humilde y beatífica, seguramente le daba resultados magníficos con sus feligreses, pero que a él lo horrorizó porque la maldad, el rencor, se habían hecho un hueco entre los destellos de impostada compasión, de aparente interés.

—Lo sé, lo sé, Canor. No creas que me olvido de que Onel fue el objeto utilizado por Dios Nuestro Señor para obrar el milagro de salvar la vida de este pobre siervo suyo. No dudes de que rezaré por él.

Aunque no quería contárselo a Flora, lo había hecho, y había terminado llorando como un niño, la cabeza apoyada en su pecho, los brazos de ella como un refugio, el perfume tenue de su piel, el modo en que, en la aflicción, la imagen de su mujer se superponía a la de Amparo, su madre, y su consuelo se convertía en la prolongación de los abrazos con que de niño le curaba los males.

Si en ese momento Flora hubiera sido consciente de que el dolor de los que amamos nos hace tomar decisiones encaminadas a neutralizarlo, y que esa misma urgencia por calmar la pena que nos duele como si fuera propia suele conducirnos a tomar decisiones equivocadas, y a veces de consecuencias terribles, tal vez se hubiera parado a pensar dos minutos en las consecuencias de lo que acababa de decidir.

—No, no hace falta que tome notas, cabo. No se trata de una declaración oficial. La señora y yo hablaremos en privado.

Qué viejo estaba.

Flora se sorprendió, en mitad de la barahúnda de sentimientos, ideas y argumentos cuidadosamente elaborados mientras se acercaba en la *xarré* hasta El Lloredal, analizando el rostro de aquel hombre que alguna vez estuvo en su vida. ¿Era posible que aquel tipo hubiera podido enamorar en algún momento de un tiempo que parecía ajeno, en otra vida tan distinta, a una Flora adolescente? ¿En qué estaba pensando ella entonces? ¿Cómo podía el tiempo, si es que el amor de entonces estaba justificado, ser tan cruel y transformar de un modo tan terrible a las personas?

Qué guapa estaba.

Estanislao Pastor no podía creer lo que sus ojos se empeñaban en enviar como información al cerebro para que este lo procesara. Allí estaba, pensó, la confirmación de que el que la sigue la consigue. E inmediatamente trató de buscar una formulación más elaborada de aquel pensamiento infantil, pero tampoco le importó tanto. Flora, tan guapa como había sido siempre, tan luminosa, estaba sentada frente a él, en su despacho del cuartel, con la calma que la caracterizaba pero que él (tantos años de oficio de algo tenían que servir) sabía que era pura fachada, ya que un movimiento apenas perceptible de sus dedos rodeando su alianza de casada delataba un nerviosismo que sin duda sentía, y que, curiosamente, comenzó a diluirse en cuanto empezó a hablar. Parecía como si lo que atormentaba a Flora, lo que la había llevado

hasta allí, encontrara el camino que la liberaba de la angustia a medida que formulaba sus peticiones. Y contrariamente a lo que pensaba Pastor, no tenían que ver con su hermano Emilio, por quien él sabía que profesaba un amor descomunal. No. Venía a suplicarle por Onel, que había llegado aquella misma mañana al cuartel y que sería trasladado a Oviedo al día siguiente.

Qué asco le daba.

Le sonreía, sí. Y lo miraba con atención, como si estuviera prendida con un hilo imaginario a las palabras, torpes, sin interés, que salían de los labios de él. Hablaban del tiempo, de la lluvia, que había caído inmisericorde la noche anterior. De que pronto se metería el invierno, y de la humedad. En cada palabra que él pronunciaba, en el modo en que se tocaba el bigote, en cada silencio que se escondía en el espacio de un punto y seguido había una referencia, una alusión enmascarada a otro tiempo, a los que habían sido, a las calles de Madrid, al parque del Retiro. A la vida que habían dejado atrás y en la que una vez fueron algo más que aquel par de viejos conocidos con una mesa de despacho por el medio, protagonistas de una situación inverosímil. Le sonreía, sí, y comprobaba una vez más el efecto hipnótico que su sonrisa seguía teniendo en aquel imbécil.

Había indicios.

Estanislao Pastor veía señales de que tal vez las circunstancias, tal vez el prolongado contacto con un ambiente rural, tan lejos de la sofisticación de su vida madrileña, tal vez el matrimonio con aquel palurdo de Canor, tal vez el cansancio y, sobre todo, su presencia constante, su adoración en la distancia, habían llegado a tocar el corazón de Flora. Lo de Onel, lo sabía con certeza Estanislao Pastor, era solo una excusa. A ver por qué iba a estar Flora sonriendo así, seduciéndolo con la mirada que los años habían vuelto casi transparente, tocándose el pelo, que llevaba recogido en la nuca, jugando con los mechones que se escapaban de las horquillas. Había venido a demostrarle que tantos años adorándola no habían sido en balde. Todo su deseo, sus pensamientos obsesivos, la vigilancia discreta a la que había sometido su casa y sus pasos, todo el amor que le nublabla a veces el cerebro, habían encontrado el camino en la oscuridad de sus negativas, habían logrado hacerse hueco en su corazón impasible.

No podía soportarlo ni un segundo más.

Pero sonreía. Temía que un hombre acostumbrado a los interrogatorios y a lidiar con las mentiras de todos los rateros, de todos los delincuentes y todos los huelguistas pudiera leer en el fondo de su mirada el asco infinito que le provocaba. Por eso redoblaba su ya legendaria sonrisa, colocaba la máscara que tan buen resultado le había dado siempre, aquella que conseguía ocultar cómo le crecía la ira y el asco hacia quien, en cambio, proyectaba una luminosa, inocente y franca sonrisa. Era azúcar con veneno, pero nadie lo sabía hasta que los efectos se convertían en demoledores y ella estaba tan lejos que nadie se lo podía atribuir. No es que le diera igual que Estanislao Pastor le hablara de aquellos tiempos, de la pérdida juventud, decía el imbécil, de cuando éramos puros e inocentes. Sonreía. No es que no le importara que le hablara de cómo pensaba en ella cada noche, de cómo las tinieblas se iluminaban con su recuerdo, y de cómo estaba seguro de que un amor como el suyo, tan inflamable (sí, había dicho inflamable, a saber qué diablos quería decir con aquello), terminaría por encontrar hueco en su corazón, y ella volvería como volvían las oscuras golondrinas (y sí, también había dicho aquello, y a Flora le costó lo suyo mantener la sonrisa incommovible).

Seguro. Flora venía por él.

Era lo único importante. El modo en que lo miraba, los gestos, el prometedor despliegue de pequeñas señales que le enviaba, rozando algunas incluso una coquetería y casi una pequeña desvergüenza que no recordaba en la adolescente a la que cortejó en Madrid. Flora estaba allí porque se había dado cuenta, y aunque le estaba pidiendo que considerara la detención de Onel, que tuviera en cuenta que le había salvado la vida a su amigo (había recalcado con intención lo de su amigo) don Clemenciano, que lo había librado de una muerte segura, que nunca se había visto envuelto en ningún tiroteo, que no se le conocía ninguna violencia, que creía que el fracaso de la revolución le habría servido ya de escarmiento, que ella respondía por él. Que no se arrepentiría de dejarlo en libertad.

Eso era una promesa. Qué otra cosa podía ser.

El corazón de Estanislao Pastor llevaba diez minutos bombeando a un

ritmo desconocido hasta ese momento. Allí estaba Flora. Allí estaba la mujer que ocupaba sus días y sus noches, sus pensamientos, sus proyectos y sus sueños. La que lo desvelaba y la que lo hacía soñar. Allí estaba, y él esa mañana no se había afeitado. Y tenía un descosido en el bolsillo superior derecho de la guerrera. Pero no importaba. Si ella había acudido hasta él, si estaba sonriendo de ese modo, y acompañando sus palabras con mohínes de niña traviesa, poco importaba lo demás. Poco importaba Onel. Tenía otros cinco en el cuartón preparados para trasladar a Oviedo, uno de ellos, un elemento de cuidado. Una buena cosecha de la que no importaría sustraer a Onel, que, al fin y al cabo... Un cantante maricón y poco más, que mejor estaba ocupándose de su negocio en lugar de perder el tiempo con gente de baja ralea. Qué importaba Onel. Qué importaba si con ello podía ganarse ya para siempre a Flora.

Un esfuerzo más. Solo un poquito más.

Ya casi estaba hecho. Faltaba nada para que aquel idiota firmara la orden que ponía en libertad a Onel. O lo dejara irse sin más, que a saber si figuraba en algún registro su detención. Un esfuerzo más, un par de sonrisas más, unos gestos, una mirada con intención. Que pensara que estaba todo hecho. Ya vería cómo se las apañaba luego. Lo único importante era conseguir que Onel saliera de allí, lo único importante era borrar la tristeza del rostro de Canor, quitarle aquella opresión del pecho, hacer desaparecer el puñado de años que se le habían caído encima. Lo más importante era eso. Y concentrarse en ser encantadora. En que el capitán leyera en sus ojos promesas que no cumpliría jamás. El mismo Pastor que abría la puerta y llamaba a un cabo y le daba instrucciones acerca de una liberación que había de producirse «en el *ipso facto*». Y aquella expresión, unida a la certeza de que se iba con Onel de regalo para Canor, la hizo sonreír tan abiertamente que Estanislao Pastor atacó, y le tomó la mano (aquel tacto de serpiente, aquellas arcadas brotando de lo más profundo de su estómago) y musitó algo, con una mirada que quería ser seductora y se quedaba en el plano de lo patético, acerca de si ella creía que sería posible que fueran dichosos juntos.

—Estoy casada, Estanis, sabes que estoy casada. Y yo soy muy decente, ya sabes: lo del divorcio es para otra gente con menos principios.

—Yo solo quiero conocer tus sentimientos, Flora... ¿y si no lo estuvieras?

—Claro, Estanis. Si no estuviera casada...

La confirmación de que aquel era el peor día de la vida de Flora la dio Liborio, precisamente, porque al destino le gusta jugar de esa manera con sus víctimas. Si Canor y él habían sido los mejores amigos de niños, si habían compartido secretos y aventuras, si hasta se habían disputado silenciosamente el amor de Flora, también en aquel instante los hilos se enredaron, y una visita casual a Nozaleda que estaba a punto de terminar cuando saltó la voz de alarma de la desaparición de Canor concluyó con el hallazgo del cuerpo, alumbrado por la luz débil del amanecer entre las rocas donde habría ido a parar tras una caída, quién sabe por qué motivo.

Ya a medida que se acercaban al acantilado había crecido la inquietud entre la comitiva, y no solo porque el temor a no encontrar otra cosa que un cadáver aumentaba con cada silencio. También pesaba el miedo heredado, la leyenda, cuyo origen era indescifrable pero que había ido consiguiendo que, generación tras generación, el mar fuera el espanto, el sinónimo palmario de la muerte. El mar, las olas, se intuían como amenaza, y a nadie de Nozaleda le gustaba llegar hasta allí, y, mientras se acercaban, quien más quien menos guardaba en su recuerdo las veces que pensaron que Canor era un poco raro por pasear hasta asomarse al acantilado, ignorando que en la historia de Nozaleda, real pero a lo mejor con algún detalle apócrifo que todos los habitantes asumían como imprescindible, había argumentos de sobra para mantenerse alejado de las criaturas marinas, de los espantos que poblaban las profundidades, y que no eran otros que los fantasmas de los marineros desaparecidos, que siempre volvían y siempre traían consigo la muerte.

Porque de eso todos estuvieron seguros, y la duda no consiguió colarse por fisura alguna: Canor se había caído, las razones podrían ser muchas, desde un golpe de viento que lo hubiera empujado hasta una pérdida de equilibrio, un mareo, un traspie. La posibilidad de un suicidio no fue contemplada por nadie.

Tampoco la de un asesinato.

La muerte de Canor destrozó los días de Flora, que de pronto tuvo la sensación de haber perdido no solo al compañero de su vida, sino también el propio suelo sobre el que se asentaba. Sin saber muy bien cómo, empezó a deambular por un espacio desconocido, que unas veces la paralizaba y otras la dotaba de una ligereza inexplicable que, lejos de conferirle algún tipo de cualidad que pudiera asociarse con la sensación de flotar libre, la conducía irremediamente a la pérdida de las amarras. Flotaba, sí, pero porque no había nada a que agarrarse, y su vuelo por encima de las cosas era errático, terrible, cercano a la pérdida de la identidad y hasta de la consciencia.

Todo, aquellos días que siguieron a la muerte de Canor, se convirtió en una nebulosa extraña que desfiguraba los contornos de las cosas, que transformaba hasta el aire y lo convertía en un veneno que a veces mataba y otras simplemente la adormecía y la situaba lejos de todo lo que en torno a ella pudiera estar sucediendo: las palabras escuchadas, las miradas de profundo y solidario dolor con su pena de la gente de Nozaleda, las lágrimas imparables de Camila y el silencio estremecedor de Onel, las desgastadas fórmulas de don Clemenciano, y la división que surgió en el pueblo entre quienes la apoyaban y la querían y no cuestionaban sus decisiones y quienes consideraron su conducta un insulto a la memoria de Canor.

Porque Flora decidió no ponerse de luto.

Lo habían hablado alguna vez, medio en broma, como siempre hablaban de las cosas importantes. Flora le había dicho que, llegado el caso, ella consideraba que era una tontería teñir toda la ropa o tener que comprarse ropa

nueva de color negro solo por seguir una convención social. Y aunque Canor, como siempre le ocurría cuando Flora expresaba un punto de vista novedoso, que chocaba con la tradición y las costumbres de lo que siempre había vivido, en un principio puso algún tipo de objeción, pronto consideró que, una vez más, Flora tenía la razón. A ella se le había quedado grabado el final de aquella conversación, aquel encogimiento de hombros mientras sonreía: yo como te voy a querer eternamente, igual me da que te vistas de negro que de colorao.

Y no, no es que se vistiera de colorao, se limitó simplemente a usar la ropa que ya tenía, pero eligiendo siempre la más oscura porque su propia tristeza dictaba las normas y determinaba cuál era el camino a seguir en cada ocasión. No había hecho otra cosa en su vida, y no iba a cambiarlo por más que por primera vez hubiera sentido de verdad el hachazo de la pérdida. Ni la muerte de su madre, ni la de su padre, ni las noticias que llegaban a veces en cartas con un borde negro en el sobre y que hablaban de la desaparición de algunos de sus tíos o de aquella colección de tías que jamás la quisieron ni la comprendieron, ni las muertes cercanas de algunas de las personas del pueblo, ni la muerte de Rosario Acuña, que la dejó instalada durante algún tiempo en una melancolía inesperada, en una soledad imprecisa, como si el norte se hubiera rebelado en la brújula. Nada. Ninguna de ellas se parecía ni remotamente a aquel dolor entre las costillas, a aquella dificultad para mantenerse en pie, a aquella confusión de días, a las madrugadas insomnes, a la pena que la tenía suspirando permanentemente, como si el alma se escapara en cada uno de los suspiros y, curiosamente, desprovista de ella pudiera respirar solo un poco mejor, el tiempo exacto para que un nuevo suspiro naciera de la necesidad simultánea de aire y de desalojar aquel aliento viscoso que la envenenaba por dentro.

De pronto entendió a los poetas románticos y lo que siempre había sentido como excesos, como una exageración que menoscababa en ocasiones la calidad de los poemas. Empezó a preguntarse cómo era posible que la ausencia de alguien ocupara tanto espacio y la casa vacía estuviera tan invadida por el fantasma de Canor. Y su mente, analítica, racional, acostumbrada a indagar en las situaciones con una objetividad que en

ocasiones rayaba con la frialdad, empezó a encontrar consuelo en hablar con aquella presencia silenciosa, de forma que lo único que deseaba era estar sola y hablarle a Canor. Hablaba con él en la cocina por las mañanas, como si estuviera desayunando a su lado, y hasta había tenido que aplicarse una dosis extra de racionalidad para no colocar la taza de él, aquella que no quería tirar bajo ningún concepto a pesar de que estaba un poco descascarillada en el borde, cada mañana, mientras le hablaba de todas las pequeñas cosas que quedaron sin decir, mientras le hablaba de los detalles diminutos que constituían lo que ya era la vida sin él. Hablaba con Canor mientras subía la escalera, mientras permanecía sentada en la galería mirando sin ver a través de los cristales. Le hablaba de Camila y de Onel, y de vez en cuando musitaba cuánto lo quería y lo maravilloso que había sido que entrara en su vida. Hablaba con Canor mientras peinaba su cabello, ya veteado de gris, y, después de hacer una trenza, lo recogía en un rodete, un moño bajo que sujetaba con horquillas a la altura de la nuca, como había venido haciendo en los últimos años. Entonces, con los dedos entre su pelo, las ganas de llorar ganaban la partida porque de pronto se daba cuenta de que echaba tanto de menos las manos de Canor, grandes y cuadradas, sus dedos que, a veces torpes, pero tiernos, jugaban con su pelo exactamente igual que cuando se conocieron, con el mismo mimo, como la acariciaba siempre, con aquel infinito cuidado, como si temiera romper aquel sueño que era tenerla a su lado.

Se apoyaba en Onel, que, aunque atenazado por la pena, se mostraba ante ella como si siguiera el mandato paterno que seguro que Canor le habría hecho y que tenía que ver con la evidencia de que se había convertido en el hombre de la casa, y la responsabilidad de cuidar de Flora y de Camila le correspondía a él, que dejaba que su dolor fluyera durante la noche, o en las largas conversaciones con Gregorio. Flora trataba también de volcarse sobre todo en Camila, que estaba embarazada del que sería el primer nieto, al que Canor ya no conocería, y por eso acudía con frecuencia a su casa en Gijón y se quedaba allí algunos días. No quería hacerlo de forma permanente: su casa era Nozaleda, y, además, sus colaboraciones con la escuela, las clases particulares que les daba a algunos de los niños que sobresalían y a los que preparaba para hacer el examen de ingreso en algún centro gijonés y su labor

con el grupo de mujeres eran, a pesar del dolor que a veces le cortaba incluso la respiración y convertía su cerebro en un caos en el que difícilmente conseguía mantenerse erguida, los únicos momentos en que abandonaba aquel territorio fronterizo entre la vida y la muerte en que su único consuelo era hablar con la presencia de Canor y, por tanto, se alejaba de algo que empezaba a parecerse al abismo.

De todos los sentimientos que la habitaban como si dentro de sí se generaran todos los vendavales del mundo, había uno particularmente sorprendente para Flora. No acertaba a entender de dónde había salido aquella rabia, el odio sin destinatario que muchas más veces de las que quisiera la taladraba. A ella, que nunca había odiado a nadie y que no había conocido el sabor acre de la inquina, se le antojaba que todo lo que había en torno a ella guardaba un secreto. Como si alguien tuviera la culpa de lo que le había ocurrido. Como si el hecho de sentirse tan sola sin Canor se debiera a la acción u omisión de alguien o de algo, y, como no podía determinar la culpabilidad exacta, distribuyera su odio y su resentimiento de forma aleatoria entre los que la rodeaban, un resentimiento que se hacía extensivo a cualquiera que pudiera entrar en su campo visual e incluso en su pensamiento. Era tan irracional que a veces se asustaba de sí misma, y aunque algún tiempo atrás había empezado a escribir en el cuaderno, que había sido un regalo de Rosario Acuña, no conseguía encontrar la tranquilidad suficiente, y las manos no la obedecían como ella quisiera, así que, después de varios borrones de tinta generados por un descontrol que le impedía tratar a la pluma amiga con un mínimo de naturalidad, decidió olvidarlo.

Fue sin embargo aquella visita relámpago de Rocío, organizada por Onel con la ayuda de Liborio, que cuidaba en la distancia de Flora aunque ella ni siquiera pudiera imaginarlo, la que de pronto le facilitó las claves para reconciliarse con la vida, o para disminuir la frecuencia de los suspiros, para espaciar las conversaciones con el fantasma de Canor, incluso para rebajar aquel odio feroz que le producían los seres humanos en su conjunto, particularmente aquellos que tenían la suerte de poder mostrarse felices y tranquilos: aquellos que le recordaban quién y cómo había sido ella hasta que el abismo se hizo un hueco en su existencia y se abrió ante los pies de Canor

arrastrándola también y sin remedio a ella misma.

El abrazo de Rocío le devolvió una fe que se había quedado dormida acunada por su dolor. Allí estaba la muchacha que había acogido en su casa del modo más natural, convertida en la mujer que a ella le gustaría ser en aquel momento. Como si Rocío estuviera leyendo su pensamiento, pronunció las palabras que devolvieron a Flora una parte del suelo que había desaparecido bajo sus pies.

—Desde que te conocí, Flora, no deseé otra cosa que ser justo igual que tú. Y te juro que estoy haciendo lo posible por conseguirlo algún día.

Si aquella mujer que le parecía tan admirable, tan dueña de sí misma, tan culta y tan inteligente seguía queriendo parecerse a ella, si era capaz de ver en su gesto doliente, en su cara demacrada, en su aspecto tan triste que a ella misma le producía espanto cuando se encontraba en el espejo una pizca de vida que podía resultarle ejemplo, tal vez era ella la que no se estaba mirando bien. Y mientras la oía hablar de su proyecto, y mencionaba el nombre de Candela con los ojos brillantes, y de cómo el trabajo que había hecho tan calladamente Flora en Nozaleda había sido inspiración para poner en marcha grupos de mujeres que tomaran conciencia para los nuevos tiempos, para que la emancipación fuera algo más que una palabra que les hacía soñar, para combatir el fascismo que llegaba, que venía a asociarse con lo peor de lo que ya tenían, Flora recuperaba algo de vida.

Flora había oído hablar del *fascio* italiano, y alguna vez lo había hablado con Onel y con Emilio, pero no estaba muy segura de si un movimiento que, por lo que tenía entendido, tenía mucho de organización muy estricta, de estructuras muy jerarquizadas, tendría éxito en la desorganizada sociedad española.

—Entre ellos sí, Flora. Ya sabes que están acostumbrados a obedecer: lo que les diga el cura, lo que diga el rey, lo que diga el ejército. Vienen tiempos terribles, y tenemos que estar organizados, y la fuerza de las mujeres será determinante para transformar la sociedad. Si no lo hacemos ya, nos comerán la tostada. Ellos recogerán esa fuerza, ese potencial enorme de las mujeres y lo utilizarán para su propio beneficio, ya lo verás, así que hay que espabilarse, y a ello voy. Siempre tendré presente tu trabajo, todo lo que me enseñaste.

Nunca podré agradecerte tanto.

La visita de Rocío le devolvió una imagen de sí misma que, machacada por la pena, y perdida en un laberinto de desconsuelo, conseguía atisbar que hacer lo que siempre había hecho era su única tabla de salvación.

No fue solo Flora por la insoslayable razón de quedarse sin Canor. Una capa de silencio acongojado, una melancolía sin nombre, se extendió, como si del mar hubiera llegado una marea blanda de lava templada o de viscoso aceite, por todo el pueblo. Nozaleda seguía convaleciente de una revolución de la que, salvo el terrible incidente —que afortunadamente había quedado en nada— con don Clemenciano, solo habían conocido de oídas. Sí que algunos tenían parientes que habían sufrido en sus propias carnes la destrucción, o los golpes, o la cárcel, o la huida. Pero, por una razón que tenía más que ver con el mantenimiento de un orden que cada día parecía más fugitivo, y como si todos estuvieran de acuerdo, apenas se hacían menciones a la situación.

También el miedo se había ido haciendo dueño de caleyas y zarzas, de los nogales y de los castaños, de las huertas de riegos geométricos y los campos de maíz, del camino de la fuente y de la Cerezalona. Se había extendido sobre los tejados de llábana de las cuadras, y se había convertido en irrespirable en algunos lugares, de forma que, cuando se juntaban varias personas donde Sinda ante un vaso de sidra o una pinta de vino, la conversación no encontraba el camino para iniciarse, y, si lo hacía, era con una mención al tiempo, a lo mucho que había llovido en los últimos días, o a cualquier otra nimiedad relacionada con la meteorología y su efecto pernicioso, fuera el que fuera el fenómeno comentado, en las cosechas que pudieran estar por venir, o en la imposibilidad de que las vacas pastaran fuera de la cuadra, con la consiguiente merma de la hierba acumulada y que habría de durar hasta la primavera.

Poca gente mencionaba la muerte de Canor, y menos aún la pena de Flora, aunque eran muchos los que sentían ambas cosas como tuyas, y lo que más deseaban en el mundo, porque ese podía ser el síntoma de que la vida volvía a ser lo que había sido, era ver a Flora paseando bajo los nogales con los pantalones sujetos con un cinturón, recogiendo hojas para sus herbarios, bromeando con los niños, charlando con todos los que se encontraba. Mientras eso no fuera así, Nozaleda parecía sumida en un estado de suspensión extraña, tan rara como todo lo que venía pasando en los últimos tiempos.

Liborio, acompañado casi siempre de Sefa Quintana, hizo más frecuentes sus visitas a casa de Flora. Él también tenía el corazón encogido, porque Canor había sido, desde muy niños, su mejor amigo, y aunque habían mantenido aquella rivalidad por el corazón de Flora, la amistad y el afecto de siempre se habían impuesto, y ahora vivía seriamente preocupado por la pena de aquella mujer, y la ternura se imponía a cualquier otro sentimiento más o menos pretérito. Liborio visitaba la cárcel de Oviedo para saber de la condena de Emilio, al que naturalmente no le habían permitido acudir al entierro de su cuñado, pero evitaba contarle a Flora las condiciones en que lo veía, los golpes y las heridas restañadas, y aquella sombra de acero que se le estaba poniendo en la mirada. Y también cuidaba de Onel, que le preocupaba un poco menos, porque sabía que su sobrino Gregorio hacía esa función a las mil maravillas y apenas lo dejaba solo. La amistad que habían desarrollado aquellos dos superaba incluso la que él había tenido con Canor, y era frecuente que algunas noches, después de visitar tabernas y cafés, Gregorio se quedara a dormir en el hotel, en el mismo cuarto de Onel, seguramente para evitar algún conflicto familiar con su mujer, porque no siempre estaba en condiciones de verticalidad adecuada.

En Nozaleda, además, la muerte de Canor tuvo un efecto de reafirmación en los antiguos temores que venían del mar. Volvieron las historias contadas a los niños que hablaban de horribles monstruos marinos. Las referencias al mal y al pecado —que, por misteriosas y nunca aclaradas razones, más allá de la utilización de los miedos heredados, provenía del mar— en los sermones de don Clemenciano, que mezclaba la mitología con la tradición bíblica sin que se supiera muy bien, ni era necesario saberlo, qué tipo de relación existía

entre lo uno y lo otro.

Nadie percibió, a pesar de que los silencios suelen estimular las conexiones cerebrales mucho más que la palabrería, algunos movimientos extraños en Nozaleda. Como el hecho de que Servanda, envuelta en su adustez habitual, mantuviera largas charlas con el capitán Pastor, que por su parte empezó a frecuentar Nozaleda más de lo habitual. O los frecuentes viajes de la mujer a Gijón. O la repentina sociabilidad que había empezado a desarrollar, ella que siempre había sido huidiza, con algunas de las más furibundas beatas de don Clemenciano. Incluso las conversaciones en las que se la vieron con este último antes de la misa de la tarde, cuando noviembre extendía su repertorio de sombras oscuras sobre el campo de la iglesia.

Tuviera o no que ver con eso, no faltaba mucho tiempo para que Flora concluyera que Rocío tenía razón en sus palabras el último día que la visitó, y que resultó ser, aunque entonces no lo supieran, el último día que estuvieron juntas:

—Están pasando cosas, Flora, y pasarán más. Eres más necesaria que nunca.

Ni en sus más descabellados sueños, Mercedes habría concedido ningún crédito a la idea de que acabaría haciendo migas con su cuñada Servanda. Pero el contacto con Isabelita y aquel grupo de mujeres creado en torno a la idea de renovación, de recuperación de la patria, que había caído en manos de los más perversos hijos de Satanás, también estaba introduciendo cambios impensables en su vida. Por primera vez, Mercedes tenía la sensación de estar haciendo algo por sí misma. Algo importante por sí misma, porque si analizaba bien su propia trayectoria no era difícil concluir que mal que bien, siempre había hecho lo que le había dado la gana, y su esfuerzo y capacidad innata (y trabajada con tesón a lo largo de los años) para la manipulación, siempre le habían permitido conseguir lo que se había propuesto, desde abandonar su pueblo e instalarse en la ciudad hasta casarse con el joven y prometedor médico en el que puso los ojos. Sin embargo, no podía evitar entender y asumir que nada de lo realizado hasta aquel momento podría catalogarse de rebeldía, porque, aunque con métodos más o menos cuestionables, siempre había seguido las directrices generales que marcaban las buenas costumbres, el orden de las cosas, en definitiva, la vida.

Esto no. Esto era otra cosa. Por primera vez, sentía que hacía algo por sí misma, se sentía protagonista de algo. Esa palabra la decía mucho Isabelita, que se había convertido en un personaje de cierta relevancia en la sociedad gijonesa, en los círculos políticos próximos a la CEDA, y se había convertido en una especie de musa para los chicos de la JAP, los mismos que rápidamente se habían incorporado, seducidos por la personalidad de José Antonio Primo

de Rivera y sus bolsillos llenos de consignas, a la Falange. En el ambiente político Isabelita era conocida como la Hidalga, en referencia al apellido de su marido militar, y todos daban por hecho que estaba llamada a ser la líder del movimiento femenino que colaborara en paralelo con la propia Falange en la recuperación de España para los españoles de bien y no para aquella barahúnda de desarrapados que ocupaban las más altas instituciones del Estado —por no hablar de los ayuntamientos—, y que a punto habían estado de destrozarlo todo con aquella sucesión de terribles huelgas y su dichosa revolución. Ni siquiera les valían las innovaciones que, con más voluntad que medios, estaba llevando a cabo el alcalde Fernández Barcia, y que poco a poco estaban convirtiendo Gijón en una ciudad moderna, de la que lo más llamativo era la nueva escalera de la playa, aquella gigantesca escalerona de la que todos los gijoneses se sentían tan orgullosos y que en los círculos de la derecha solo había merecido despectivos comentarios del tipo *con pólvora ajena, cualquiera hace obras*.

Era urgente, era necesario, era imprescindible, decía Isabelita, tomar partido, ser conscientes de que nuestro papel, además de amantes esposas y madres ha de ser colaborar con decisión y entrega en la reconstrucción de nuestra patria. A las órdenes de nuestros hombres, pero demostrándoles nuestra capacidad de trabajo y de sacrificio, colaborando desde nuestras posibilidades a la recuperación de una España católica y grande. Decía que estaba próximo el momento, que entre los militares crecía el descontento y, aunque cualquier intentona que se producía en algún cuartel era rápidamente neutralizada, llegaría el momento en que los ánimos se caldearan lo suficiente.

Merceditas escuchaba todo lo que decía la Hidalga con suma atención, y masticaba hasta hacer suyas aquellas ideas, que luego silenciosamente contrastaba con las conversaciones pilladas al vuelo entre Onel y Gregorio. Era consciente de que se trataba de dos mundos y ella estaba en el medio, como la bisagra de una puerta. Escuchando, aprendiendo, callada siempre. Y extrañamente excitada porque más allá de cualquier otra consideración, era plenamente consciente de ser la dueña de un secreto. Y se trataba de un secreto mucho más importante que las compras que hacía sin que Gregorio tuviera conocimiento: vestidos que aparecían milagrosamente en su armario después

de haber hecho varias pruebas en la modista de las que no había mencionado nada, sombreros de los que se encaprichaba en la tienda de la calle de la Merced, adornos con los que tropezaba en alguna de las vitrinas de la casa la mirada despistada de Gregorio, cuyo pensamiento apenas se detenía a pensar un instante si era que se trataba de algo nuevo, porque le importaba tan poco el concepto de hogar y decoración que en ningún momento había reparado en la existencia de aquella figurita escuálida, de aquel florero de cristal tallado, incluso de la alfombra que de pronto ocupaba gran parte del pasillo.

A veces se sentía como alguna de las heroínas de las películas que veía con Gregorio en el cine de Los Campos, o en el Doré o en el Dindurra, enigmáticas y llenas de misterios, que siempre ocultaban algo y que eran más listas que los hombres que aparentemente las dominaban, porque siempre, siempre se salían con la suya. A veces se sentía como una espía, pero reconocía que le faltaba la sangre fría que exhibían las actrices en la pantalla: ella siempre estaba asustada, temerosa de ser pillada en falta, de verse descubierta en aquel doble juego, absolutamente inocente e involuntario.

Por un lado, su amiga Isabelita no podía sospechar cuáles eran las conversaciones que se mantenían en casa de Mercedes, aunque todo el mundo sabía de la filiación de Onel y de su relación con un tipo escurridizo y que parecía ampararse siempre en las sombras: nadie sabía gran cosa de él, pero todos lo consideraban peligroso, y se sabía que después de los días de la funesta revolución había acabado con sus huesos en la cárcel de Oviedo, donde seguramente le estaban poniendo las peras al cuarto. De Onel, aunque próximo al movimiento revolucionario, y a pesar de que había sido visto en el comité del Llano, incluso se decía que había participado en el levantamiento de barricadas en Cimadevilla, no se sabía gran cosa, más allá de que, en un raptó de generosidad, Merceditas les había hablado de su heroica intervención para salvar la vida del párroco de Nozaleda. Ayudaba a que la desconfianza hacia su persona no fuera tal el hecho de que se tratara de un tipo verdaderamente guapo, por el que quien más quien menos habría querido dejarse seducir, sin importar demasiado (no en el fondo, aunque jamás lo admitirían) el estado civil de quien no podía evitar un suspiro que terminaba por remitir a la piel, de aquel color dorado, como un pan recién salido del

horno, y que tenía el aspecto de conservar ese mismo calor y esa condición inexcusable de comestible. Y, por supuesto, ni remotamente Gregorio sospecharía que sus frecuentes visitas a casa de Isabelita, sus pías reuniones de damas de la parroquia y las meriendas a las que asistía varias veces a la semana tenían otro objetivo que la banalidad y la superficialidad que la trayectoria de Mercedes podía sugerir.

Esa dualidad extraña, ese sentimiento en el que se mezclaba la emoción de participar de dos mundos antagónicos con el pánico a ser descubierta como intrusa o como sospechosa de traición en cualquiera de ellos, no era nada comparada con la anomalía que representaba en su existencia de muchacha urbana habituada a un desprecio sistemático de cualquier opción que pasara por la ruralidad de paisajes o personas la proximidad que se estableció, por motivos políticos, con su cuñada Servanda.

La sorpresa había sido mayúscula. Una tarde, en casa de Isabelita, en el salón cuyos balcones se asomaban, como los suyos, a la Plazuela, y ante aquel grupo de mujeres que repartían su interés entre los bordados del mantel de la pequeña mesa donde reposaban las tazas de porcelana finísima con té y las palabras cada vez más encendidas de la Hidalga, se había incorporado un joven de aspecto impecable, oscuro cabello engominado que dejaba el rostro sin barba y casi infantil despejado, y vestido con una impoluta camisa azul de mahón que recordaría a la indumentaria obrera de no ser porque la tela era tan nueva que posiblemente acababa de estrenarse y porque la apariencia del joven distaba mucho del descuido desarrapado de los obreros. Él fue el primero en hablarles de la necesidad de unir fuerzas para derrotar al marxismo, las fuerzas de orden, los que realmente querían salvar a la patria: en el bando de los buenos estaban todos los que estaban dispuestos a limpiar de indeseables las instituciones y las calles, si era preciso. Todos: las fuerzas de los partidos de las derechas, los católicos, el ejército...Y ellas eran importantes. La fuerza de las mujeres que, bajo la égida de los varones (ninguna de ellas conocía el significado de égida, pero lo dejaron pasar, porque el chico era tan guapo y hablaba tan bien), se convertiría en la clave para conseguir la patria que todos anhelaban, la patria que ya era hora de ver amanecer.

—Porque España es una unidad de destino que supo cumplir, y que tendrá que cumplir aún, misiones universales. Y para ello habrá que trabajar mucho, habrá que suprimir los partidos políticos, que llevan a la ruina y a la desunión, que para perpetuarse organizan elecciones que azuzan los más bajos instintos, el enfrentamiento de las personas, el horror y el asesinato. Asentaremos la nueva sociedad en los pilares básicos, que no son los partidos, ni las derechas, ni las izquierdas, ni mucho menos la lucha de clase: la familia como unidad social, el municipio como unidad territorial y el sindicato o gremio como bases auténticas de la organización del Estado. Y para ello nos apoyaremos, porque creemos que el hombre está constituido por cuerpo y alma, y la espiritualidad trasciende cualquier otra interpretación materialista de la existencia, en el catolicismo. La reconstrucción de esta España maltratada será católica: el Estado que proponemos se inspira en el espíritu religioso tradicional de España.

Habló luego del llamamiento a la cruzada, de considerar la vida como milicia, y de la importancia de las mujeres. Y finalmente, como si hubiera terminado la tarea de repetir el discurso aprendido de memoria, y que llevaba escrito en un papel doblado varias veces en el bolsillo de su camisa por si se le olvidaba algo, recuperó la sonrisa con cierto alivio y comenzó a hablar de organización, de la creación de lo que será muy pronto, dijo, la sección femenina de nuestro partido. Grupos pequeños de mujeres que empiezan a trabajar para hacer algo grande. Algo mencionó de si el grano de mostaza, de si la levadura, que a Mercedes le sonaba de escuchar alguna vez en los sermones dominicales. Estaba tratando de recordar cuándo lo había oído y qué significado tenía exactamente aquello, que se circunscribía al intrincado mundo de las parábolas, y perdió el hilo de lo que hablaba el compañero secretario, para recuperarlo sobresaltada cuando oyó un nombre familiar: el de su cuñada, Servanda Santaclara. ¿La había nombrado? ¿Aquel hombre tan guapo, tan viril, tan distinguido había mencionado a la muy aldeana de su cuñada? Miró fijamente el movimiento de los labios del hombre, procurando recuperar el discurso y encontrar una justificación para lo que había creído oír, y concluyó que era muy posible, porque estaba leyendo (esta vez sí que había sacado un papelito del bolsillo de la camisa) una relación de los grupos

que se estaban organizando en las distintas parroquias de Gijón y de toda la comarca y de las mujeres que los capitaneaban.

Ahí la tienes, pensó entonces Mercedes. Hay que se fastidiar.

Nozaleda, diciembre de 1934.

Escribo porque tengo que decirte adiós.

Es la segunda vez que abro este cuaderno para escribir, y me siento como una niña que no ha hecho los deberes. Yo tendría que haber escrito, esa fue la recomendación de Rosario cuando me lo regaló. Hablamos tanto del poder salvador de las palabras, del modo en que nuestro cerebro es capaz de encontrarle sentido a las cosas cuando las convertimos en palabras, más aún, cuando nos tomamos la molestia de ponerlas por escrito, y de cómo esa doble reflexión nos ordena el mundo, domestica el caos.

Escribí hace un tiempo porque tenía miedo, y ahora escribo para despedirme de ti. Creo que debo hacerlo, que es el momento de dejar de hablar con tu fantasma, agarrándome inútilmente a la fantasía de que eres tú. Que estás. Porque si pongo tus cubiertos en la mesa, tu taza del desayuno, si cocino tus sopas de ajo, que luego terminan comiéndose los perros, si te busco cuando me miro en el espejo, si escucho tu voz en el silencio de la casa, si a veces persigo el sonido de unos pasos que no puedes dar tú, si confundo las cualidades de lo incorpóreo con lo sólido, si hago todo eso, no hay más remedio que admitir que mi estabilidad mental está en juego.

Tengo que decirte adiós, asegurarme de que ya no estás y no vas a volver. Olvidarme de dejar la puerta entornada por si te diera por regresar. Dejar de creer que veré tu gesto sonriente cuando entre en la cocina después de la costura de la tarde. Tengo que entender que tu voz dejará de sonar en mi memoria y se me olvidará el tono, el color exacto que le ponías a las palabras, que no podré descubrir jamás qué secretos no me contaste.

Escribo para decirte adiós. Y para darte las gracias, aunque cuando lo hago se me rompe el corazón, porque me parece tan inútil hacerlo ahora que no puedes leerlo. Casi preferiría mantener la fantasía de que estás por aquí, de que tu espíritu me espía los pasos, que me vigila en los ratos en que consigo dormir. Aun así, lo hago. Aun así te agradezco este tiempo que he vivido contigo, que me quisieras a tu lado cada día, que me

miraras como se mira a una persona más que como se mira a una mujer, que respetaras mis ideas, que me escucharas como si de verdad te importara todo lo que tenía que decir, que me regalaras fragmentos de tu pasado para componer ese rompecabezas que dejamos sin terminar porque la vida se nos quedó a medias. Que me permitieras ser madre sin tener hijos y vivirlos y amarlos como si fueran propios. Que me descubrieras la belleza de lo cotidiano, los gestos pequeños, la vida diminuta, los mundos que se extienden más allá de las grandes declaraciones, de los titulares grandiosos. Que me hicieras siempre sentir yo, aunque el corazón me pidiera pertenecerte. Que no te burlaras jamás de lo que pensaba o de lo que decía, aunque yo misma me diera cuenta minutos más tarde de lo equivocada que estaba. Que tu pecho fuera siempre cobijo y tu corazón refugio.

Sé que tengo que decirte adiós, aunque no quiera. Si sigo invocando tu fantasma terminaré justo como tú no me habrías querido jamás, como una de esas locas que deambulan despeinadas diciendo cosas sin sentido y que tanto miedo me daban de niña cuando me las encontraba por la calle. Te recuerdo diciéndome que yo siempre sabía qué había que hacer en cada momento. Mi sensatez, decías. Mi prudencia. Si sigo hablando contigo como si estuvieras a punto de aparecer, como si te sentaras a la mesa conmigo, como si durmieras en tu lado de la cama, si sigo convencida de que respiras, de que me escuchas, acabaré enloqueciendo.

Y necesito mucha cordura para todo lo que viene. Ya vivir sin ti es una tarea complicada. Era tan fácil compartir todo contigo. Tan sencillo refugiarme en tu tranquilidad. No necesitaba decirte qué cosas me asustaban, porque solo que estuvieras espantaba los miedos.

Y tengo miedo. Tampoco ahora debería decirte cómo es de oscura la sombra que sé que me acecha. Cómo me siento desde hace tanto tiempo vigilada por un silencio y una amenaza. Mientras estabas, sentía que no podía sucederme nada malo. Ahora que ya no estás, no estoy tan segura.

He escrito «ahora que ya no estás», y de pronto se ha hecho el silencio en mi corazón. Ese rumor de presencias tuyas, como si hubiera miles de mariposas aleteando enloquecidas, obstinadas en mantenerte en mí, se ha detenido de repente.

No voy a olvidarte nunca, amor mío, pero ya no estás. Y ahora solo estamos el miedo y yo.

Flora había tenido mucho miedo.

Onel cerró el cuaderno, que dormía en el cajón del escritorio de la maestra. Poco más de una docena de páginas escritas con su caligrafía inolvidable, la misma que había enseñado los misterios del lenguaje a tantos niños, la que colonizaba la pizarra poco a poco cada mañana anotando palabras imprescindibles, ideas, nombres. Unas cuantas páginas escritas en dos fechas diferentes, en una ocasión para sí misma, en la otra para conjurar la soledad tras la muerte de Canor. Y en las dos, el miedo.

La casa mantenía, como en un milagro, el aroma que dejan los días felices, y, en el silencio que había dejado la muerte escrita en dos capítulos tan próximos en el tiempo, aún se podía oír el eco de tantas conversaciones en la mesa a la hora del desayuno, las risas de las tardes en el cuarto de costura, los pasos de Canor bajando los peldaños de la escalera de madera, el rumor de la cocina, la voz de Rocío canturreando feliz siempre de un lado para otro, los gruñidos de Emilio cuando lo llamaban por enésima vez para que los acompañara en las comidas y él seguía en su cuarto dibujando los contornos de una revolución imposible, los gritos de Camila cuando bajaba deslizándose por el pasamanos de la escalera, con su flequillo siempre tan corto. El silencio estaba lleno de sonidos, y la felicidad había sido aquel universo de conversaciones, de complicidades, de ganas de aprender, de sueños individuales que siempre encontraban acomodo en los sueños colectivos.

A Onel, los últimos meses le habían enseñado que las lágrimas no se producen ilimitadamente. Que llega un momento en que para llorar uno tiene

que acudir a la memoria del vagido animal, ese sonido que nace directamente del corazón, que ni pasa por los ojos siquiera para ser agua, y se convierte en algo parecido a un estertor en su travesía por una garganta torturada. Había llorado abrazado al desamparo la muerte de su padre, y lo había hecho sobre todo cuando estaba solo, o cuando estaba con Gregorio, porque no quería que la pena, por ese efecto sumativo de las lágrimas, incrementara el dolor de Flora. Con ella, aunque por dentro estuviera amarrado a la desdicha, procuraba mantener el ánimo y hasta la sonrisa, aunque esto ya era más difícil.

Pero el dolor había sido tan intenso que ni siquiera tenía pesadillas. Dormir era como perecer bajo una losa de piedra que se adueñaba de cualquier pensamiento. Sabía que vendrían los días en que los malos sueños, aquella sucesión de imágenes y de vacíos que le poblaban las horas en las que se mezclaban la vigilia y el sopor generado por el puro cansancio, se apoderarían de su alma, en que de un modo insoportable —y, seguramente, con mucha más intensidad— vendría el duelo a hacerse dueño de su voluntad y hasta de su inconsciencia, y lo temía casi tanto como a la angustia de despertarse.

Lo único que servía como paliativo de aquel pesar era la presencia silenciosa de Gregorio, el modo en que él era capaz de revivir su propio dolor, su propia experiencia de aflicción y, simplemente, tumbarse a su lado, tomar la mano de Onel entre las suyas, quedarse en silencio, o hablar. Hablar sin parar de todo: enhebrar los recuerdos uno a uno, lamentar cada vez que le restó tiempo al tiempo de estar con él, enumerar cada una de las frases que, con la perspectiva de la muerte, se convertían en imprescindibles muestras de sabiduría incontestable. Escuchar también el relato (una vez más) del dolor de Gregorio, el relato del recuerdo del dolor de Gregorio, para ser precisos, porque el tiempo, ese gran taumaturgo, termina por colocar las cosas en sus días, y a esa esperanza se agarraba Onel, a que un día aquello no doliera tanto.

Y estaba empezando a creérselo, cuando sucedió aquello.

Cuando, de pronto, Flora desapareció.

A Clemenciano Santaclara le llegó su sobrina Servanda con la noticia. Esa tarde tenían prevista una reunión del grupo de mujeres de Acción Católica para darles a conocer los planes de la Falange, y Eduardito Montes llegaría con sus discursos aprendidos de memoria y aquellas frases que conmovían y exaltaban a partes iguales, de forma que de cada una de las reuniones salía el compromiso de un nutrido grupo de mujeres de que irían convirtiéndose en los granos de mostaza, en la levadura que elevaría la masa de la recuperación de España, aquella nueva reconquista que habría que conseguir batalla a batalla, como siglos atrás se había arrancado a los moros del territorio cristiano, bendecidos por la Santina, auténtica artífice de la proeza con su milagrosa presencia en la cueva de Covadonga. Esa mención a la destinataria del fervor popular más encendido siempre surtía efecto, y algunas mujeres incluso lloraban de pura emoción. Para Nozaleda, Eduardito Montes no había preparado nada especial, como no fuera alguna alusión a la Virgen del Carmen, advocación mariana de la parroquia, pero no le parecía muy propio que entraran en conflicto las dos vírgenes, así que se limitaría a lo de la Santina, que siempre daba buen resultado. Además, alguien le había dicho que lo de la Virgen del Carmen, con su contenido marinero (y esa referencia era la primera que se le había ocurrido), era mejor no mencionarlo, que en aquel pueblo, por una vieja leyenda, le habían dado la espalda al mar, y ni nombrarlo querían.

En estas andaba don Clemenciano, dándole vueltas a cómo se iba a desarrollar la reunión de la tarde, cuando Servanda irrumpió en el despacho

de la rectoral para contarle que la maestra no había acudido a abrir la escuela, habían ido a buscarla a casa por si estuviera enferma y se habían encontrado con que había desaparecido y no la encontraban por ningún sitio. Don Clemenciano, que ignoraba que Flora había vuelto al pueblo la tarde anterior, la hacía aún en casa de su hijastra en Gijón, y se quedó sorprendido con la noticia. Quiso ir de inmediato a ofrecer su consuelo espiritual a las almas atribuladas que estuvieran sufriendo la zozobra de la desaparición, pero enseguida se dio cuenta de que a ver a quién iba a confortar. Canor muerto desde hacía meses, el hermano, Emilio, preso en la cárcel de Oviedo (y bien que estaba allí), Camila se había casado por lo civil, aprovechando el sindiós que era la República, y con un socialista, además, y de Onel, mejor no hablar. Aun así, como iban pasando las horas y no se tenía noticia de que hubiera aparecido, se dejó caer por las inmediaciones de la casa, el tiempo justo para charlar con algunas mujeres que no habían podido salir con la partida de vecinos que la buscaban por los alrededores, como no hacía tanto, en plena noche aquella vez, habían buscado desesperadamente a Canor. En esta ocasión, todos, demasiado impresionados por lo que había supuesto el hallazgo del cadáver de Canor, daban por hecho que la desgracia no iba a repetirse, y que encontrarían a Flora sana y salva, aunque el hecho de que fueran pasando las horas y no se produjera ese momento gozoso en que el alivio sustituye al miedo, empezaban a nublar las esperanzas y a darles la razón a quienes en un principio fueron tachando de agoreros, y poco a poco se convirtieron en simplemente realistas.

Clemenciano Santaclara había visto llegar a Onel cuando departía, con una exagerada preocupación dibujada en su orondo rostro, con algunas de las mujeres del pueblo, que permanecían sentadas en el banco de madera de la antojana, porque sus achaques no les permitían más movimientos que aquellos que servían para salvar cortísimas y aprendidas distancias, como el camino hasta la iglesia y, forzando un poco su reumática y nudosa osamenta, llegar hasta la casa de Flora, con la esperanza de que, si permanecían allí, serían las primeras en verla aparecer, sonriente y feliz, como siempre había sido, por más que la muerte de Canor la hubiera sumergido en un abismo de tristeza, de forma que, aunque siguiera mostrando los dientes cuando sonreía, los ojos

quedaban atrás, como si se hubieran olvidado del camino que habían de emprender para mostrar que también el alma sonreía. Acababa de rezar con ellas tres avemarías por el rápido y feliz desenlace de aquella desaparición cuando vieron aparecer a Onel que, sin mirar apenas al cura, cruzó hacia la cocina de leña donde guardaban los aperos y las herramientas dispuesto a encontrar una foceta para apartar la maleza.

Don Clemenciano no podía asegurarlo, pero casi estuvo seguro de que Onel había escupido justo después de pasar delante de él. Pero, llevado por su caridad cristiana, no lo dudó, hizo la señal de la cruz y lo perdonó.

No faltaba mucho tiempo para que la mano del Señor enderezara las cosas y los impíos pagaran su culpa y volvieran al redil del que nunca debieron haber salido.

Nunca deseó tanto Liborio Santaclara que los poderes de Sefa Quintana fueran tales y no la suma de intuiciones, pericias, casualidades y una pizca de magia arrebatada a los dioses en un segundo de descuido de estos como en las horas, las interminables horas, en que Flora estuvo desaparecida.

El azar quiso que visitaran Nozaleda justo aquel mismo día, precisamente con intención de ver a Flora, interesarse por cómo estaba, de vuelta a su casa tras las semanas transcurridas en casa de su hija con el bebé. Secretamente, Liborio seguía enamorado hasta el tuétano de la maestra, pero había conseguido sublimar aquel deseo, aquel sentimiento, de forma que solo saberla bien, solo saberla cerca, le bastaba a su ya bastante gastado corazón.

Pronto supieron que todos la buscaban, y resultaba bastante inquietante el hecho de que Marta, la vecina más próxima a la casa de los Santaclara, la hubiera visto llegar el día anterior y hubiera estado hablando con ella:

—Díjome que taba muy cansá, que diba pa la cama enseguida, y que mañana, por hoy, tenía que madrugar pa ir a la escuela, pero pa mí que ni durmió aquí siquiera, que tá la cama por facer, pero no bien fecha del todo, como si hubiera tao tumbá en ella un ratín, y no la hubiera alisao después... Y la puerta, que taba abierta, que desde que murió Canor, que en paz descanse, Flora siempre cerraba por la noche.

A lo largo de aquellas horas, las palabras de Marta resonaban como una letanía de cada vez más desesperanza, repetidas una y otra vez a cualquiera que quisiera escuchar, porque ella misma, a fuerza de reproducir sin descanso las mismas frases, la misma entonación, el mismo desasosiego, conseguía

arrancar diminutos fragmentos de la ansiedad que la atenazaba, de forma que en cada repetición se le iba una hebra finísima de la angustia que la habitaba, la certeza que desde el principio se le había instalado en el corazón de que a Flora le había pasado algo malo. Y algo malo significaba, aunque nadie lo quisiera admitir así, porque les parecía que no era posible que la desgracia se hiciera visible en tan poco tiempo y en la misma familia, que Flora estaba muerta.

Sefa Quintana tocó objetos de la maestra, recorrió con los dedos el embozo de su cama, respiró hondo frente a su mesa, acarició su peine, olió su perfume, abrió su armario y tocó su ropa perfectamente ordenada, con aquel olor a violetas que siempre llevaba consigo.

Con Liborio Santaclara aguardando expectante cualquier atisbo de visión, Sefa deseaba con todas sus fuerzas que sus poderes fueran tan inequívocos como creían sus clientes. Deseaba saber dónde estaba y qué le había ocurrido, pero solo podía captar una nada que se hacía gigantesca, como una marea que crecía y anegaba, pero ni un solo rastro de vida que le permitiera aferrarse. No podía encontrar nada.

Solo al pasar su mano por el enorme baúl del dormitorio tuvo un estremecimiento al que no fue ajeno Liborio, que corrió a abrir la tapa pensando de pronto toda clase de combinaciones que hubieran podido llevar a Flora a estar allí, pero solo se encontró con mantas y con juegos de cama y con un olor a lavanda procedente de algunos saquitos de tela estratégicamente colocados entre la ropa. Sin embargo, la conmoción de Sefa Quintana había sido real: el temblor le duró varios minutos, y las palabras que acertó a pronunciar enmascararon todo lo que había sido capaz de ver.

—Aquí hay muerte, Liborio. Pero aún no.

Y no le dijo, porque mencionarlo, lejos de eliminarlo, habría multiplicado infinitamente el horror, que aquella muerte tenía un nombre. Y ella lo conocía bien, por raro que le pareciera que una cosa se mezclara con la otra.

Flora había tenido mucho miedo.

Desde la aparición de su cadáver, desde aquellos días terribles en los que se mezcló la desolación con la ira, y en el cóctel resultante se mojaron las sospechas y los recelos, los que quisieron a Flora —y eran prácticamente todos los que la habían conocido— compartieron el espacio de las conjeturas, las teorías más o menos disparatadas y las suspicacias. La Guardia Civil, con el capitán Pastor a la cabeza, aunque pronto se incorporó la policía, hizo averiguaciones y, por mucho que se buscaron culpables, nunca hubo una conclusión suficientemente clara, y las culpabilidades se repartieron según quien emitía el juicio: así, se responsabilizó a elementos revolucionarios o anarquistas que tal vez le habían requerido quién sabe qué demoníacas exigencias, porque ya se sabía cómo se las gastaban, que en los días no tan lejanos de octubre tal y cual, y a fulano, y a mengano, y al hijo de zutano... Por su parte, y con más criterio, entre presos, huidos y clandestinos de toda Asturias se extendió la sospecha de que Flora había muerto a manos de fascistas de los que, alentados por la polarización de las posturas, y con el beneplácito de empresarios, militares y de la Iglesia, estaban proliferando hasta constituir una fuerza organizada, contundente, a la hora de responder cualquier provocación de la izquierda, y con mucha iniciativa, además de siniestra imaginación, para ejercer la violencia.

Pero fueran los unos o los otros, aquel crimen estaba lleno de incógnitas: responder a cuestiones tan elementales como el quién, el cómo y el porqué dejaba agujeros difíciles de llenar con teorías mínimamente plausibles, y eso

sin hablar de las pruebas, cuya ausencia se suplió durante meses con sospechas, cábalas y cuchicheos. Con los datos objetivos, que no eran tantos, parecían claras algunas cuestiones:

Alguien había asesinado a Flora, y (primera e importantísima incógnita) determinar quién era el culpable suponía ya un enorme desafío. El dónde ya era problemático y de difícil solución: ¿en su casa?, ¿por qué no había entonces ningún signo de violencia, ningún desorden? Si había sido en su casa, ¿había abierto la puerta a su asesino?

Si no la habían matado en casa... ¿cómo se la habían llevado sin que opusiera resistencia, sin que gritara? ¿Por qué nadie había oído nada, por qué no habían ladrado los perros? ¿Se encontró Flora con su asesino en las afueras del pueblo, donde apareció el cadáver? ¿La asesinaron allí, a pesar de que los vecinos que realizaron la búsqueda desde por la mañana habían pasado por aquel punto en varias ocasiones y no vieron el cuerpo? ¿Trasladaron el cadáver después? ¿Y cómo lo hicieron sin ser vistos por todos los vecinos, que buscaban como locos por caminos, por el monte, por los prados, ni, sobre todo, por los números de la Guardia Civil que, a pie la mayoría y a caballo el capitán Pastor, habían recorrido toda la zona?

Don Clemenciano lo tuvo muy claro desde el principio. En el funeral de Flora, que a pesar de todo se celebró en la iglesia porque entre otras cosas era el único modo de que a Emilio le permitieran asistir a despedirse de su hermana, escoltado, eso sí, por dos guardias civiles, aprovechó la circunstancia para cargar con abundante munición contra este desorden que asolaba la patria, y del que él mismo, en su humildad, había sido también víctima, librado solo a última hora por un milagro del Altísimo (que Onel le hubiera salvado la vida era algo que siempre olvidaba mencionar en su relato, y si alguien osaba recordárselo, cosa que no solía suceder, siempre salía con la ocurrencia de que Dios se valía de lo que le daba la gana para obrar sus milagros). De pronto, y ante el pasmo de quienes conocían bien cuál había sido la vida de Flora, cuáles sus filias y sus fobias, el cura pintó el cuadro distorsionado de un dechado de virtudes, plena de caridad cristiana, devota y compasiva, entregada a la enseñanza de los niños y piadosa, sobre todo piadosa. En el banco donde lloraban sin tregua las mujeres que la habían

acompañado tantas tardes se produjo un pequeño revuelo, el movimiento inquieto de quien se siente insultado sin posibilidad de dejar que su ira encuentre el cauce adecuado para moverse. Miraron entonces a Onel, a Emilio, el rostro impasible, como si estuvieran a muchos kilómetros de distancia, ignorando cualquier cosa que don Clemenciano pudiera decir desde el púlpito, seguramente perdidos en su propio dolor, el dolor humano, que en su pureza no necesita lenitivo alguno de la fe para asumir la inexorable muerte como destino universal, pero se rebela contra quienes hacen lo posible por adelantar el tránsito de quienes aún deberían estar vivos.

La fugaz presencia de Emilio en Nozaleda habría levantado toda clase de comentarios, de no ser porque el pueblo tenía más que suficiente dosis de sucesos inexplicables y dignos de ser comentados durante horas donde Sinda, en la fuente, en cualquier caleya, en el atrio de la iglesia tanto a la entrada como a la salida de misa. Aun así, la figura demacrada y oscura de Emilio, su espalda encorvada, posiblemente como resultado de la tortura del tonel, que sin duda alguna se le había aplicado, no pasó desapercibida, en especial para Servanda Santaclara, que se preguntó cómo era posible que aquel tipo flaco, tan desaliñado, tan en sombra su rostro, hubiera poblado su deseo durante semanas enteras. Se preguntaba, mientras lo observaba de reojo en los bancos de los hombres, los de la derecha, desde su privilegiada posición del reclinatorio con las iniciales talladas en la madera y la confortabilidad del acolchado de terciopelo, qué había visto en aquel hombre para que su imagen (más intuida que real o, en cualquier caso, muy distante de la que en aquel momento exhibía con una mezcla de descaro y tristeza, como si en su interior se estuviera librando una batalla entre el dolor descomunal y aquella mezcla letal de furia, resentimiento, deseos insuperables de venganza, desazón, impotencia por su situación y odio acumulado en los meses de prisión) hubiera tenido un hueco en sus ensoñaciones.

Aunque ella no podía deshilar, como cuando sacaba los hilos horizontales de un tejido para poder bordar una vainica, cuáles eran los sentimientos que habitaban el corazón de Emilio, le bastaba con ver la torva mirada que dedicaba a los guardias que lo escoltaban, que habían venido con él desde Oviedo en una camioneta y lo mantenían con las manos esposadas en

el primer banco, o la que a veces dirigía al resto de los vecinos de Nozaleda, que se habían dividido entre los que habían rehuido darle el pésame a la entrada al funeral y los que, una vez decididos a hacerlo, se encontraron con la violenta situación de que la fórmula tradicional de estrechar la mano del deudo se hacía poco menos que imposible con unas esposas en las muñecas, y eso generaba una enorme confusión que servía para disuadir del empeño a los que se habían acercado a hacerlo.

A Onel sí que le habían estrechado la mano, y lo habían hecho con toda sinceridad. Y a Camila, que, contrariamente a la costumbre que relegaba a las mujeres de la familia del difunto a quedarse en casa llorando sin participar de las exequias, se había presentado con su bebé en brazos, arropada por su marido, que, contraviniendo también los usos y costumbres, había ocupado el primer banco de la izquierda, es decir, de los destinados a las mujeres. También Onel lo había hecho: se había sentado a su lado, de forma que, en el primer banco de las mujeres, a Camila la escoltaban su marido y su hermano y, en el de los hombres, a Emilio lo escoltaban dos guardias. Don Clemenciano había hecho un gesto de desaprobación ante esta circunstancia, la de los hombres situados en los bancos correspondientes a las mujeres, pero Onel no había llegado a darse cuenta, porque ni una sola vez había mirado al cura. Ni siquiera sabía muy bien por qué estaba allí, como no fuera por respeto a todos los habitantes de Nozaleda, que le habían demostrado tan sinceramente aquellos días terribles el profundo cariño que le tenían a Flora, tanto que tenía la sensación de que, más que estar recibiendo sus condolencias, era él el que se las daba a ellos, afectados y tristes, tan huérfanos como él mismo, tan rotos por la ausencia como podían estarlo Camila y él, y Emilio.

El funeral de Flora se completó con el entierro en el pequeño cementerio. Y lo de pequeño se hizo patente, porque era la primera vez en la historia de Nozaleda en que todos y cada uno de los asistentes al funeral, en lugar de emprender el regreso hacia sus casas tras el último responso en el atrio de la iglesia, dejando para la familia y los más próximos el momento íntimo y doloroso de dar sepultura al cuerpo, habían permanecido en silencio para seguir la comitiva. El sencillo féretro con los restos mortales de Flora, a la que nadie era capaz de imaginar fría y rígida en aquel cajón de madera,

llevado a hombros por cuatro muchachos que habían sido sus alumnos y que a duras penas contenían las lágrimas. Uno de ellos, Ramonín, había sido el que había encontrado el cuerpo, y aún no había podido espantar de la memoria la imagen de la maestra, su vestido de diminutas flores grises y azules ligeramente levantado, de forma que se había hecho visible lo que jamás habría imaginado que iba a ver, el fragmento de carne blanquísima y breve entre la media y la ropa interior, que a él le había parecido lo más ajeno, lo menos erótico de su vida de adolescente desenfrenado, de forma que los ojos habían huido de aquella visión que le ocupó la mirada una décima de segundo y ya iba a quedarse para siempre en su memoria como antídoto contra cualquier lujuria, porque de inmediato, y unida a esa imagen, venía sin remedio la del rostro exangüe de Flora, sus ojos abiertos y asustados, la sangre reseca, porque tenía que ser sangre aquella costra de color marrón que cubría gran parte de su chaqueta de punto azul marino, que tantas veces le habían visto puesta en la escuela, y aquellas manchas oscuras en la piel blanca, de un color entre azul y violeta, sangre, en este caso, que había acudido a la llamada de los golpes y que no había encontrado hueco para salir. El pie descalzo y la media rota, el zapato ausente, el pelo gris de Flora suelto en mechones de su moño deshecho, las marcas en el cuello, todo ello atormentando su recuerdo, grabado a fuego ya para siempre en sus ojos acostumbrados a la inmediatez de lo cotidiano.

El chico lloraba con el ataúd al hombro, pero no era el único. Cogidas del brazo, y discretamente colocadas en la comitiva, las mujeres que habían compartido tantas tardes a su lado constituían un grupo de viudas apócrifas y sentimentales, y a la vez una familia extraña decididamente huérfana de la voz de Flora, de su mente, de su sonrisa. Lloraban y se mordían el pañuelo blanco y sentían rabia y una pena infinita. Todos, los niños recientes, los ya crecidos, los que se habían convertido en hombres y mujeres y guardaban en el recuerdo las palabras de Flora que invitaban a mirar el mundo, los que aprendieron a hacer sumas y restas y a escribir poco más que su nombre, porque ni el tiempo ni su cabeza daba para mucho más, los que consiguieron salir de la estrechez de Nozaleda y, desde Gijón, donde trabajaban como oficinistas o como contables —incluso uno que había conseguido obtener el título de abogado—

habían acudido a honrar la memoria de aquella mujer. Y las vecinas, las que tanto la criticaron cuando llegó, los hombres que la miraron con concupiscencia primero y después aprendieron a respetarla por ser la mujer de Canor y porque ella misma, con su forma de mirar, con la firmeza de su mirada y la prudencia que habitaba en sus pasos, había sabido mostrar cuál era su sitio.

También Liborio Santaclara —acompañado por Sefa Quintana, que había buceado en su armario para encontrar las prendas menos coloridas y había recogido en un moño sus habituales greñas—, roto de dolor y desconsuelo detrás de la máscara de compostura que se derivaba de su apellido, caminaba mezclado entre la gente, envuelto en su capa oscura, y juraba en silencio que encontraría al asesino de Flora.

Y que le arrancaría su miserable vida con sus propias manos.

Onel acudía con frecuencia a la casa que había sido su hogar y pasaba tiempo allí solo, aspirando las partículas de felicidad que quedaban en el aire, los restos invisibles de la vida que había sido un día y que solo era una suma de almanaques, de fechas, la distancia entre las unas y las otras, las que marcaban la construcción de aquella casa grande con balcones y galería y la que escribía el final de cualquier vida feliz entre sus muros, de cualquier vida, en realidad. A veces, cuando se iba, se llevaba consigo algún objeto que le permitiera la ilusión de atrapar pedazos de la historia de felicidad doméstica que se había escrito en aquella casa. Así, tenía consigo el reloj de bolsillo de su padre, y en su habitación del hotel había ido acumulando pequeños objetos, algunos libros, y cosas que recordaban los años de Cuba, especialmente un lazo de raso de un desvaído color marfil que Onel siempre había acariciado de niño porque sospechaba, aunque su padre nunca se lo confirmó, que había pertenecido a aquella madre ausente y definitivamente perdida. Lo último que se había llevado, después de comprobar que su hermana no tenía ni interés ni espacio en su casa para guardarlo, era el baúl. Todavía recordaba, como si tuviera la imagen tatuada en la retina, la llegada de Flora al pueblo en una *xarré* de la que además de ella y un par de bolsos grandes de piel, el padre de Gregorio había bajado con enorme dificultad y con la ayuda de un par de muchachos aquel baúl, que parecía tan grande y tan pesado y que pronto supieron que venía repleto de libros y de objetos didácticos que se convirtieron en cotidianos. El baúl formaba parte del decorado del dormitorio de Canor y Flora, y en él se guardaba toda la ropa blanca. Onel no tenía muy

claro qué iba a hacer con aquella pieza, qué cosas iba a guardar en ella, pero quiso llevárselo consigo, ignorando qué historia venía de atrás, incapaz de imaginar, porque Flora jamás había hablado de ello, que ese baúl había sido su escondite de niña, el que albergó tantas lágrimas después de las palizas de su padre, el lugar en el que enseñó a Emilio a esconderse también, donde lloraron la injusticia y la crueldad en los días en que llorar y tal vez huir era la única salida.

A veces Gregorio lo acompañaba. Solían coger a las niñas a la salida del colegio San Vicente y las llevaban hasta Nozaleda aprovechando que los días de invierno empezaban a estirar sus horas y el anochecer ya no era aquello que se pegaba indefectiblemente a la sobremesa. No siempre se llevaban a las dos, claro. Valeria, con aquella permanente torcedura de hocico, con su gesto de asco ante cualquier elemento de la vida rural y su continua desaprobación de todo, incluso aunque no despegara los labios, lejos de facilitar las cosas, terminaba por agriar cualquier intento de hacer de la tarde un tiempo especial. Por otro lado, Merceditas solía encontrar excusas que alejaran a Valeria de cualquier posibilidad de pisar con sus delicados zapatitos el suelo de Nozaleda y de hacer sufrir a su también delicada naricita con los olores del pueblo. Lo que se había reído Gadea cuando oyó a su hermana quejarse de que en Nozaleda olía a caca de vaca... En aquel mismo instante la había bautizado con ese nombre Valeria Cacadevaca, y aunque a sí misma se había puesto el nombre de Gadea Cucho, la tontería duró exactamente hasta el instante en que lo escuchó su madre, alertada por el llanto de la hermana mayor, y le arreó un sopapo con la contundencia suficiente como para eliminar aquella estupidez (otra más) de Gadea, que había resultado ser el castigo divino de mayor eficacia que había podido ocurrírsele al Dios de los Cielos.

Los días que Gregorio y Gadea acompañaban a Onel, la pena tenía un color diferente, como si la sola presencia de aquellas dos personas tan amadas tuviera la virtud de hacer menos denso el aire y fuera más fácil respirar. Gadea pasaba el tiempo justo por la casa de los abuelos para repartir besos y responder a las preguntas de siempre con las fórmulas habituales, y luego corría a la casa de Canor y Flora, la casa de Onel, donde este último recorría las estancias como un sabueso triste que quisiera encontrar una explicación

imposible escrita en los muros en los que la desolación extendía cada vez más su sombra.

Le había enseñado el diario de Flora a Gregorio, aquellas páginas escritas en un cuaderno y aquella confirmación del miedo. Tampoco Gregorio tenía pista alguna que permitiera la concreción, la materialización de aquel temor en alguien que pudiera facilitar un indicio, y aquello empezaba a resultar bastante desesperante. Onel sí sabía con certeza absoluta que nadie de *los suyos*, y esto incluía toda facción, grupo, rama, tendencia, disidencia, o verso suelto, había tenido nada que ver con la muerte. Tampoco se podía atribuir a ningún ratero, ni a ninguno de los muchos vagabundos que recorrían la zona caminando con sus pertenencias en una especie de hatillo, durmiendo clandestinamente en los pajares que encontraran o acogidos por la generosidad de quienes tuvieran a bien prestarles un escañu en la cocina para pasar a cubierto las noches frías del invierno. No, no parecía un robo de esos, no parecía que a alguien se le hubiera podido ir de la mano algo así (nada había desaparecido, ningún desorden indiciaba que esa hubiera sido la intención de nadie). Las redes a las que tenía acceso Onel, curiosamente, y a pesar de lo mucho que les habría podido satisfacer encontrar culpables en las filas de los fascistas que proliferaban como setas al amparo de la recién nacida Falange, pero procedentes de otras formaciones con similares, aunque menos sofisticados, métodos, no habían conseguido encontrar ni un solo hilo (una frase pronunciada en alguna taberna, un alarde, nada) que pudiera indicar que el crimen de Flora tenía esa firma. Cierto que, sistemáticamente, se lo atribuían, del mismo modo que cualquier otro crimen siempre se había atribuido a los anarquistas, aunque hubiera sido motivado por una linde de dudoso origen o por un ataque de cuernos mal digerido. Pero ni a Onel ni a Gregorio les valían esas atribuciones, y la realidad, la verdad absoluta, era que nadie sabía quién había sido, ni por qué la serenidad de Flora, su sonrisa generosa y sus palabras, todas las cosas que sabía y le gustaba enseñar, les habían sido arrebatadas a todos, los había dejado a todos en aquella orfandad pantanosa de la que tanto costaba salir.

Sí parecía tenerlo muy claro Emilio, que permaneció aún unos meses preso en la cárcel de Oviedo y se libró por los pelos de cargos tan graves que

habrían podido terminar en ejecución de no ser porque Liborio Santaclara movilizó lo que pudo con el general de brigada que presidía el tribunal, mientras que por su lado Sefa Quintana hacía lo propio a través de una de sus chicas, cuya especial y ambigua configuración genital gozaba del favor de uno de los integrantes del ministerio fiscal que se personaba contra Emilio Mateo, un teniente coronel de aficiones raras a quien no fue difícil convencer. Lo que podía haber sido pena de muerte y una cuantiosa indemnización, se había resuelto con una puesta en libertad de la que Emilio siempre desconfió, convencido de que era una trampa y que a partir de ese instante tendría pegados a su sombra, vigilando cada uno de sus pasos, a guardias civiles dispuestos a cazar a todos y cada uno de los que habían conseguido escapar a las garras de la represión.

Era un hombre de apariencia vencida cuando salió de la cárcel de Oviedo: cojeaba y tosía, y las torturas aplicadas le habían dejado huellas en los dedos sin uñas, en la ausencia de un par de piezas dentales y en los brazos, de los que había desaparecido la fuerza. Pero debajo de esa imagen de destrucción, enhebrado entre las toses cavernosas y los esputos, a Emilio le había crecido un odio de dimensiones descomunales. No tanto por los días en la cárcel, por todo lo que había vivido, lo que había visto: los golpes, los camaradas destrozados, los gritos que procedían de los toneles de la tortura, los lamentos en mitad de la noche, el miedo, los muertos, las noticias que llegaban de los asesinatos de mineros, la sanguinaria actuación de Doval tanto en Gijón como en las cuencas. Por eso también, claro. Eso alimentaba el odio, pero lo consideraba parte de la lucha: unas veces daban, otras recibían, y no era más que la dinámica de la lucha contra el capital.

Pero lo de Flora no. Lo de Flora no tenía lógica, ni explicación, ni era moneda de cambio en la revolución, ni era un sacrificio con la más mínima de las lógicas, bélicas o no.

Lo de Flora, y Emilio estaba plenamente convencido, venía de otro sitio, llevaba la firma de la infamia, y estaba escrito con caracteres que hundían sus raíces en otro tiempo, en otras circunstancias.

La muerte de Flora, aunque los avances en su investigación no pudieran verse, simplemente porque las autoridades tenían bastante con intentar

mantener una apariencia de calma en lo que no era más que un polvorín a punto de estallar, aún no había terminado de escribir su epílogo.

Pero silenciosamente se estaban eligiendo las frases que lo rubricarían.

Cómo puedes volver a ese sitio en el que nunca has estado. De qué forma los caminos se convierten en flechas que indican una única dirección y descubres que cada uno de los pasos que has ido dando, cada una de las decisiones que has tomado, erráticas y contradictorias, guardaban el secreto de una intención de quién sabe qué dioses de esos que escriben la historia de los humanos, los designios que la conforman. Cómo es posible que cuando ibas en dirección contraria a tu destino último no estuvieras haciendo otra cosa que dar un rodeo para acabar llegando al mismo lugar. Por qué los sueños son más sabios que la vida, cómo seríamos si consiguiéramos arrebatarnos el misterio que se esconde en sus imágenes borrosas, en las palabras intuitas, en lo absurdo de sus peripecias. Cómo es posible regresar al lugar en el que te aguardan el amor o la muerte, o la certeza de que nada ha sido verdad, de que toda tu vida ha ido sumando días y años, para, al final, no llegar a tiempo a ninguna parte. Para, al final, después de una existencia sin sentido, no encontrar otra respuesta a tus preguntas que el disparate de la nada.

En aquel delirio por el que transitaba la torturada mente de Servanda, empezó a adquirir un extraño protagonismo la figura, que ella convirtió en apolínea y hasta ecuestre en sus fantasías, del capitán Pastor. No tanto por su aspecto, que para ese tipo de satisfacción ya tenía la imagen de Eduardito Montes, con aquellos bíceps que se le adivinaban bajo el apresto de su camisa azul, y aquella boca que ella identificaba con el pecado, especialmente cuando la imaginaba como protagonista de sus besos. No era por eso: Estanislao Pastor empezaba a suscitar en Servanda un deseo de protección. Siempre, por alguna razón desconocida, la desgracia le resultaba particularmente perturbadora. Le había ocurrido, por ejemplo, con Emilio Mateo, a quien saber desdichado y en prisión el año anterior lo convertía en alguien vulnerable, necesitado de protección, y quién mejor que ella para dársela. Ciertamente que en el caso de Emilio Mateo su deseo de protección se sumaba a otra de sus fantasías recurrentes: la de salvadora, y en Emilio había mucho que salvar. Había que arrancarlo de las fauces del marxismo y el anarquismo, había que sacarlo de la perdición y redimirlo del lodazal en que vivía, sin religión, sin respeto, sin orden. Eso hacía la tarea mucho más seductora, pero también la había abocado a la melancolía casi de inmediato. Más o menos cuando se le cruzó en las ensoñaciones licenciosas el muy apolíneo Eduardito Montes, y, lejos ya de la protección que suponía su pretensión salvífica, la redención que tenía más de pura soberbia que de compasión, condenó a aquel siniestro Emilio Mateo al lugar que le correspondía: el de la cárcel de donde no debería haber salido, pero a la que casi con toda seguridad terminaría por volver. Al menos

mientras hubiera hombres como Montes y como el capitán Pastor.

La biografía de Servanda, que tenía como punto de partida y mérito incuestionable su relación de parentesco con don Clemenciano, y que no desmerecía el hecho de que hubiera elegido quedarse en lugar de entregarse a Dios tras los muros de un convento (y esto, en Nozaleda, un lugar más dado al duro trabajo que a los rezos insulsos en latín, se valoraba mucho), la hacía merecedora de la confianza de la mayor parte de las mujeres de Nozaleda, aunque de ahí estuvieran excluidas *las de Flora*, aquel pequeño grupo de costureras, lectoras y pensantes clandestinas, tan huérfanas desde la muerte de la maestra que, salvo reconocerse entre sí y participar de un mundo con consistencia de burbuja frágil, se mantenían al margen de los diminutos acontecimientos del pueblo.

Lo más chocante de todas las cosas que estaban sucediendo era el hecho de que la cuñada estirada de Servanda, la señoritinga casada con Goyito, como seguían llamándola muchos de los habitantes de Nozaleda, había acudido al pueblo junto con otras damas gijonesas, muy puestas y muy perfumadas, que rodeaban a un hombre engominado y falsamente obrero con aquella camisa (no podía estar más replanchada y el tejido más almidonado).

Habían reunido a todas las mujeres que habían podido en la iglesia, y aunque alguna había sugerido la posibilidad de tapar a los santos, puesto que lo que se iba a celebrar allí no era un acto puramente religioso, don Clemenciano no había puesto impedimento alguno, y había señalado que había circunstancias en que estaba tan en peligro la religión que eran más útiles otras palabras y otros actos que los mismos rezos, que, vaya, que a Dios rogando y con el mazo dando, lo que suscitó una sonrisa de Montes, y del capitán Pastor, que había acudido para saludar a este último, y ambos estuvieron de acuerdo en que estaba bien que él rogara, que con el mazo ya se encargarían ellos de dar. Y que iban a dar de lo lindo.

No es que Servanda sintiera simpatía alguna por su cuñada, al contrario, siempre se habían demostrado una indiferencia que en un caso ocultaba desprecio por la condición rural de Servanda y en el otro ocultaba un complejo de inferioridad frente a los refinados ademanes de Merceditas. En ambos casos, lo que realmente existía, aunque estaba tan subterráneo que

ninguna de ellas sería capaz de verbalizarlo ni de transformarlo tan siquiera en pensamiento consciente, era una tensión generada por los celos y la posesión de Gregorio: ambas se consideraban con un derecho absoluto sobre él, y permanentemente batallaban, no tanto por Gregorio mismo como por proclamarse vencedoras en aquella batalla no escrita.

Pero allí estaban las dos. Y si Servanda no podía evitar sentir un inédito orgullo por su cuñada como parte de algo que no podía definir de otra manera que «histórico» (o así al menos no dejaban de denominarlo los intervinientes), Merceditas condescendía y *presumía* de su cuñada, la futura delegada en Nozaleda de aquello que aún no terminaba de concretarse pero que estaba destinado a colocar a las mujeres en el lugar cardinal que no es que se merecieran, únicamente, sino que era su lugar en el mundo, en esta nueva patria que habría que alumbrar de algún modo para eliminar el cáncer de violencia, persecución y espanto que sufrían: las que alumbrarían a los hijos de España (no dejó de resultarles hilarante a las mujeres de las tardes con Flora que habían acudido a ver qué se cocía allí el hecho de que quienes manifestaran más entusiasmo en ese punto fueran precisamente aquellas que ya hacía décadas que no podían concebir).

Ellas, precisamente, las mujeres del grupo de Flora, habían sentido que se les helaba la sangre con las últimas palabras de la que parecía ser capitana de toda aquella cuadrilla.

—Se va a acabar tanto libertinaje. ¿Emancipación? Qué sabrán esas mujeres que hablan de emancipación. Nosotras queremos nuestro sitio, el de reinas del hogar, el de madres responsables y sacrificadas, el de esposas complacientes, siempre dispuestas a ayudar, desde nuestra posición, en las tareas de los hombres nuevos de esta patria nueva. Se va a acabar todo eso del divorcio, que solo rompe las familias cristianas y es una calamidad para los hijos. Se va a acabar esa cochinateda del amor libre, todas esas republicanas, que tienen un nombre que una mujer decente no pronunciará pero que todas estáis pensando. Llega el momento del decoro y del orden, y las mujeres seremos parte fundamental en ello. ¡Qué digo parte! ¡Seremos las artífices de ese cambio, pero siempre, siempre, siempre en nuestro puesto, apoyando a nuestros hombres, a nuestros maridos, bebiendo de sus ideas! Y lo haremos

porque tenemos modelos en las que mirarnos: somos las descendientes de Isabel la Católica, de santa Teresa de Jesús. Y tenemos a una mujer, Pilar Primo de Rivera, que nos guiará el camino. ¡Nada más! ¡Nosotras no necesitamos más libros que los misales, no necesitamos más lecturas que la atención a lo que nos dicen quienes están en situación de saber más que nosotras!

Hasta aplausos había habido, tímidos primero porque, en una iglesia, ya se sabía, y entusiastas, casi enardecidos, después.

—Como pa que Flora hubiera oído esto —susurró Marta a las mujeres que la acompañaban.

Y todas sintieron un nudo en la garganta en el que se mezclaba la orfandad y el miedo.

Liborio Santaclara lo intentó por todos los medios, porque en el fondo pervivía en él, más allá de las concesiones a la golfería de una juventud cada vez más lejana, un sentido del orden, de la autoridad y hasta de la justicia. Intentó que el caso del asesinato de Flora no pasara a un segundo plano, sepultado por las constantes alteraciones del orden público, por las agresiones, huelgas y manifestaciones violentas, sabotajes y persecución incansable de obreros revoltosos. Habló con mandos de la Jefatura Superior de Policía, indagó acerca de cuál era la situación del expediente, y el desaliento terminó por instalarse en su corazón, en el mismo sitio en que una tristeza sorda y una ira a duras penas contenidas se habían refugiado en el instante en que tuvo conocimiento de la desaparición y la muerte de Flora.

De pronto se le habían caído encima, con la inapelable violencia de lo inesperado, los años vividos sin más conciencia que el fugaz pensamiento que cruzaba su frente, que una vez estuvo coronada por rizos y había acabado por convertirse en un desierto de crecientes proporciones, cuando arrancaba una página del calendario, cuando había de tachar la fecha los primeros días de cada año porque se confundía y una y otra vez se obstinaba en seguir poniendo la fecha del año que había terminado.

De pronto, sí, el tiempo estaba ahí, con sus deberes hechos, con su equipaje de días y de historias, de nombres, cifras y señales, y lo había encontrado tan cansado, tan viejo, tan triste.

Hablaba de ello con Sefa, en quien el tiempo también había ido completando su tarea de cambios y desamparos, aunque en su caso, y tal vez

por las grasas que se le acumulaban estratégicamente, las arrugas no habían encontrado el camino de convertir en un mapa de devastación aquel rostro que podía pasar de lo enigmático a lo afable sin grandes transiciones.

Y aunque no se atrevía a formularlo con todas las palabras, y tampoco hacía falta porque Sefa, por la videncia o por los años compartidos, entendía a la perfección la clase de tormenta que lo asolaba, aquella tristeza indefinida —aquella sensación de vejez sobrevenida— tenía que ver con el enorme agujero que la muerte de Flora le había dejado en el corazón y había empezado con el absurdo accidente de Canor.

De aquella muerte, la del que había sido su amigo más entrañable, el compañero de correrías de niños, había salido como de puntillas, solapando el dolor de la pérdida con la misión asumida de cuidar de Flora, de cuidar de los hijos de Canor, aunque ni la una ni los otros lo necesitaran. Le hacía sentir bien aquello de saber que él estaba allí, velando por lo que Canor más quería, incluso aunque ninguno de ellos tuviera constancia de ello. De ese modo, había aparcado el pesar por su muerte.

Por eso, de golpe, la muerte de Flora multiplicaba su efecto doloroso en los huesos del alma de Liborio. Venía de improviso todo: la ausencia de Canor, el amor perdido (y ahora entendía que el único amor que realmente había tenido) por Flora, la sensación de fracaso absoluto en la misión que se había impuesto, el paso del tiempo, veloz como el viento de noviembre, la vejez rondándole las arterias y las articulaciones.

Esa sensación, que se unía a la inutilidad de cualquier gestión realizada que pudiera llevar a una solución del caso, había terminado por derrotarlo. A Sefa Quintana le hablaba, ya sin ocultarle ninguno de los extremos que componían su biografía (como, por otra parte, siempre había hecho, aunque los últimos acontecimientos le habían hecho aún más pródigo en confidencias), del cisne y de su canto, y de cómo, en su caso, lo que habría podido ser una redención de toda su estúpida existencia, porque ese y no otro era el adjetivo que él podía atribuirse, que era cuidar de Flora y de los hijos de Canor, lejos de conseguir ese objetivo, se había convertido en el más absoluto de sus fracasos.

Sefa Quintana deseaba más que nada en el mundo encontrar el argumento

que le permitiera elevar aquel espíritu doliente, aquella sombra desvaída e irreconocible de lo que una vez había sido (y ella lo recordaba bien) un hombre chispeante y feliz, dueño del camino secreto a los placeres más inesperados. Había sido testigo de horas de risas, de amaneceres etílicos, de conversaciones interminables, de la emoción del dinero conseguido por un golpe de suerte, y también del abatimiento (siempre momentáneo, porque para Liborio el dinero tenía más bien poca importancia) que le producían las pérdidas. Aquellos días en que Liborio bromeaba con ella y ambos se reían de la fauna que frecuentaba los salones del Cantábrico, que casi siempre terminaba dejando más dinero del que tenía previsto, la mayor parte del tiempo gracias a los oficios de Sefa, de su capacidad para leer en las miradas de los jugadores las líneas oblicuas de sus vacilaciones y de sus temores. Había sido cómplice de episodios que con el tiempo habían pasado la frontera entre la picaresca y la pura inocencia, porque ambos se habían atemperado, o tal vez la edad lo había hecho por ellos, y también habían compartido los silencios en los que estaban escritos los miedos de cada uno.

Liborio Santaclara tuvo que acostumbrarse a coleccionar perplejidades: a entender que no siempre la ley, que no siempre el orden. Que, en cualquier caso, la justicia y las regulaciones, el funcionamiento ordenado de la sociedad, todo aquello con lo que él había jugado sin traspasar jamás los límites del territorio salvador que su apellido le procuraba, no servían de gran cosa, como tampoco le servía ser un Santaclara para que los investigadores (ninguno de los cuerpos de seguridad, porque con todos ellos lo había intentado haciendo valer el antiguo esplendor, llave perfecta para abrir todas las puertas) hicieran el más mínimo ademán de espabilarse, de resolver aquel crimen, de encontrar al culpable.

—Algo pasará, Liborio. De algún sitio vendrá la solución, ya verás. Acuérdate de que justo antes de amanecer ye cuando el cielo ta más escuro.

Y mientras Liborio no podía evitar sonreír con aquel «escuro», reminiscencia imborrable del Grameo de la infancia de Sefa, no se paró a pensar que aquella frase, lejos de pertenecer al catálogo de tontos bálsamos para corazones afligidos, guardaba en sí mismo la certeza de la clarividente mirada de aquella mujer, que escribía en el infinito con dedos gordos y anillos

apretados.

A veces se colocaba frente al gran espejo ovalado del armario de su dormitorio y trataba de ensayar algunos de los pasos de baile que habían alimentado las fantasías y los sueños de varias generaciones. En enaguas, aún se atrevía a enfrentarse a la imagen honrada que le devolvía el azogue, y concluía que, a pesar de todo, sus piernas aún podían obedecer el mandato rítmico que le dictaba el corazón.

Hacia años que no bailaba para nadie más que para Aurelio, que sentado en la butaca del cuarto la contemplaba con el arrobo de quien no termina de creerse que es el dueño único del pastel más apetecible de todo el escaparate. Él se encargaba de hacer girar, en el gramófono Odeonette que había hecho traer de Alemania un par de años atrás, los discos de pizarra, y se complacía especialmente cuando sonaba Soñando con un vals, aquella música de la película El teniente seductor, y ella giraba por todo el cuarto, aunque ambos sabían que no eran los del vals los ritmos que corrían por sus venas, los que la convertían en un reclamo de pasiones por más que los años escribieran sus feas sentencias en la piel. Así que, cuando dejaba de sonar la música en el gramófono, para ambos sonaba otra, imaginaria, la de los tiempos perdidos, la de las horas dulces, el compás tan sensual como ingenuo de aquellos movimientos que tenían la virtud de desafiar al tiempo, de conjurar las desdichas, de trenzar los recuerdos y las invenciones, lo que fue y lo que no fue tanto, de forma que resultara imposible discernir qué parte de la piel era memoria y cuál la suma de tantas fantasías.

A veces también soñaba que bailaba, que evolucionaba por un

desconocido escenario de dimensiones imposibles, y siempre se despertaba sobresaltada porque de pronto algo sucedía. En algunas ocasiones la angustia venía porque la música cambiaba de improviso, y ya no era el charleston lo que sonaba, ni la cálida percusión tropical: de pronto se esperaba de ella que bailara El lago de los cisnes, ballet clásico, la pieza que fuera, para ella todas eran El lago de los cisnes, y desde luego no podía sentirse más ridícula que tratando de mantener el equilibrio sobre las puntas de sus pies, con aquel tutú absurdo. Ella no podía ser quien no era. Y eso le producía mucha angustia.

A medida que los achaques de Aurelio Varela evolucionaban y la proximidad del viaje a España tenía visos de ser real, esa pesadilla se repetía una y otra vez y se le enredaba con otros hilos igual de angustiosos: siempre llegaba tarde a algún sitio, nunca estaba en el lugar donde tenía que estar. Ni conseguía bailar lo que se esperaba de ella.

En mitad de la noche, bañada en sudor, y con el corazón desbocado, conseguía dejarse acunar por la respiración tranquila de Aurelio, al que nada despertaba de su sueño de plomo, y solo volvía a dormirse murmurando bajito las cuatro letras del nombre de un bebé cuyo olor retornaba una y otra vez para recordarle que los errores están hechos de espuma.

El viento de septiembre llenó las calles de Gijón de hojas muertas y de intranquilidad. Valeria y su hermana Gadea se despertaban cada mañana con el ruido ensordecedor del tranvía que pasaba bajo los balcones de su habitación, que hacía esquina entre la calle Uría y la Plazuela San Miguel, y, acompañadas de Visi, empezaron un nuevo curso en el colegio San Vicente. Conseguir que salieran de casa a la hora era todo un triunfo: Gadea encontraba mil maneras de complicar las cosas, y el día que no se ensuciaba el uniforme con la leche migada del desayuno (finalmente decidieron que desayunara con el camisón porque parecía que lo hacía adrede y todos los días tenían lío), encontraba la forma de dilatar ese tiempo que iba desde el ruido del tranvía bajo el balcón hasta el barullo de niños camino de los colegios, el ruido de peonzas y de aros y el sonido de las lecheras de aluminio que chocaban entre sí en los carros de las vendedoras matinales.

Mercedes se sentía profundamente fracasada como madre. No era eso lo que ella esperaba de la maternidad, aunque, si tenía que ser sincera, en realidad no era eso, nada de eso, lo que esperaba de la vida. Habitualmente no solía incurrir en ese tipo de pensamientos, porque iba engañando a los días con su repertorio de tareas por hacer, de visitas, de compras y de fruslerías emocionales diversas, todas ellas de poquísima profundidad, que solían quedar reducidas al ámbito de los agravios minúsculos, de las complicaciones domésticas, de los pequeños malentendidos que luego daban para muchas horas de conversación, de los *yoyaledijequelehabíadicho* que terminaban por embarullarse y convertirse en madejas interminables con las que amenizaban

las meriendas. Su fracaso como madre, que ni siquiera se habría atrevido a confesarse a sí misma, era como una niebla espesa que le impedía la visión luminosa con la que había adornado su proyección de futuro años atrás. No era culpa suya, claro, se repetía sin parar, que no había hecho nada mal (bueno, sí, lo de Gadea, pero eso...). Era que las niñas no habían salido como ella quería, y eso solo dependía de la voluntad divina. Gadea era un espanto, seguramente porque con su origen no podía esperarse otra cosa. Era el fruto del pecado, se decía, y esas tres palabras le estrangulaban la conciencia y le hacían tener ganas de llorar. Todo lo hacía mal, era como un añadido feo en aquella imagen de perfección que proyectaba su familia. Siempre ahí, recordando de dónde venía, qué terrible pecado había cometido, tan absurdo. Y, sin embargo, no era solo Gadea: la perfección de Valeria, tan modosita, tan pulcra, tan obediente, la ponía de los nervios. Así, muy en el fondo, porque eso jamás se habría atrevido a confesárselo a nadie, pero no podía evitar mirar a la niña con una cierta desconfianza, la que se derivaba de que en lo profundo podía leer en la mirada de Valeria las líneas de su propia impostura, como si más que una hija, más que una niña con su propia biografía y su propia personalidad, no viera otra cosa que la proyección de sí misma, su imagen reflejada en el espejo de la mentira, aquel empeño suyo de parecer más que ser, aquel nido de reptiles oscuros que dormían en el fondo de su alma y que, aunque no se despertaran jamás, estaban ahí, como la amenaza de lo que podría llegar a ser, de lo que podría llegar a hacer. Por eso le daba un poco de repelús, que no sabía identificar y que siempre la llevaba a una incomodidad de la que trataba de escapar formulando una frase de extrema superficialidad, la misma incomodidad que le suponía abrazar a Valeria. Le había enseñado (había enseñado a las dos, pero con Gadea era inútil) a saludar a las visitas y a despedirse haciendo una casi imperceptible reverencia, que a veces incluía dar también la mano, y, en casos muy concretos, dejarse besar en las mejillas. Ese mismo gesto, el de la reverencia, era el que las niñas habían de utilizar cada noche antes de irse a la cama para despedirse de sus padres hasta el día siguiente. Y Valeria lo hacía a la perfección, resultaba algo gracioso y natural en ella. Eso evitaba los abrazos y los besos, que Mercedes consideraba no solo innecesarios sino también embarazosos, como cualquier muestra de

cariño, y así se lo había conseguido inculcar a Valeria, afeando permanentemente aquella mala costumbre de Gadea de arrojarle en los brazos de su padre, de llenarlo de besos y terminar manchándole la camisa impoluta con la mugre que siempre traía consigo...

Sí, claro que quería a sus hijas (bueno, a Gadea la sufría, más que otra cosa), si alguien le hubiera hecho esa pregunta habría respondido indignada que cómo se podían atrever a dudarle. Pero había algo en el fondo de sí misma que la alejaba de cualquier sentimiento que no pudiera pesarse o medirse, que no pudiera adscribirse al catálogo de usos sociales, que no fuera susceptible de ser formulado en términos convencionales. Cómo no iba a querer a sus hijas, cómo no iba a querer a sus padres, cómo no iba a querer a su marido. El amor, el cariño, era algo establecido, la sangre o los vínculos sacramentales tenían la función indispensable de canalizar, de poner orden en ello. El amor era sacrificio, era orden, era la garantía de que el mundo giraba en la dirección adecuada. Si todo el mundo siguiera esas normas tan elementales no se producirían todos los desórdenes, si cada uno hiciera lo que tenía que hacer, si nadie quisiera sacar los pies del tiesto, si la gente supiera que hay que obedecer a Dios y sus mandamientos, que hay que querer a los padres y querer a los hijos, que hay que respetar el matrimonio, que no se puede ni robar ni matar, que hay que trabajar honradamente y no pretender salirse de lo que le ha tocado en la vida, si... Y Valeria eso lo estaba aprendiendo, incluso a veces la había sorprendido sermoneando a la indómita Gadea, que no le hacía ningún caso y que parecía mucho más interesada en seguir el vuelo de las moscas que se estrellaban una y otra vez contra los cristales de los balcones cerrados. A lo mejor, y este era un pensamiento que le producía a Mercedes una especie de contractura cerebral, por eso aquella sensación rara que le procuraba Valeria: porque no podía evitar verse en un espejo. Y no se gustaba nada, aunque esto jamás de los jamases lo admitiría ante nadie, antes muerta que cualquier signo de debilidad, antes morderse la lengua que reconocer la existencia de cualquier fragilidad, que solo una vez se había abandonado al desconsuelo, al reconocimiento del daño que tenía en el corazón, y así había pasado lo que había pasado. Aquel pecado inconfesable cuya penitencia la acompañaría mientras viviera recordándole su flaqueza, advirtiéndola de las

consecuencias que tiene salirse del renglón que tan sabiamente han trazado para cada uno.

Clemenciano Santaclara supo aquella tarde de finales de octubre que la teoría que tenía en su cabeza acerca de lo que había ocurrido con Flora, desgraciadamente, era cierta. Para ello solo necesitó ver desde detrás de los visillos de la casa rectoral la figura vacilante de un hombre que se acercaba a la iglesia y adivinar su pesadumbre (amén del elevado índice de alcohol que casi con toda certeza corría por sus venas y seguramente era el detonante para que los pasos lo llevaran en aquella dirección).

El sabor del azucarado café con leche que acababa de merendar, y en el que había mojado un delicioso bizcocho de nata que le había hecho una de sus feligresas, se transformó por alguna alquimia extraña, que casi con toda seguridad tenía que ver con la conciencia, en un amargo recordatorio de lo compleja que es el alma humana.

Naturalmente, Clemenciano Santaclara tenía su propia teoría de lo que había ocurrido con Flora. Los años de escuchar miserias en el confesionario le habían proporcionado una visión privilegiada de todos los ríos subterráneos que cruzaban las pasiones de Nozaleda, y casi podía predecir en qué momento se producirían determinados acontecimientos (palizas, desacuerdos, borracheras, reclamaciones por lindes problemáticas en los prados o en las huertas, adulterios, embarazos...) porque contaba con casi toda la información. Cierto era que con el advenimiento de la dichosa República eran menos los fieles que acudían a la iglesia, porque el número de descreídos, que se limitaba en décadas anteriores a una representación exótica, se había incrementado notablemente gracias al profundo anticlericalismo que habían

desplegado aquellos marxistas del demonio, a quienes Dios confundiera en las tinieblas del infierno.

Las sospechas que Clemenciano Santaclara pudiera tener acerca de quién y por qué había asesinado a Flora se quedaban para él. En un principio, una vocecilla interior, que él quería pensar que era la de su recta conciencia, lo tranquilizaba con el lenitivo pensamiento de que algo habría hecho, pero incluso la animadversión que siempre había sentido hacia ella, su relación con personas tan poco recomendables como su hermano y su hijastro, la amistad que sabía que había mantenido con aquella masona de Rosario Acuña no alcanzaban del todo para que aquel «algo habría hecho» no terminara por atragantársele en la garganta.

En realidad, se decía procurando que el visillo tras el que se ocultaba permaneciera inmóvil y no delatara su presencia, tendría que haberlo visto venir. Tendría que haber detectado, ocultas tanto en las palabras como en los silencios, las intenciones que se van tejiendo alimentadas por pasiones oscuras. Tendría que haberse permitido la duda de aquel principio, que había regido su vida desde siempre, acerca de quiénes son los buenos y quiénes son los malos y de cómo, salvo excepciones de aquellas que ponían el mundo al revés, como la República, la autoridad siempre está en el lado de los buenos y, si se obedece, si se siguen las normas, el mundo es un lugar armónico y la gracia de Dios rebosa por todas partes. Tendría que haber sabido mirar a lo más profundo de la mirada profunda y tendría que haber buceado en los gestos, leer las líneas de la obsesión. Tendría que haber.

Vio cómo entraba en la iglesia, que, a pesar de todo lo que había sucedido, seguía abierta, y supo que faltaban apenas minutos para que, una vez inspeccionado el templo y la sacristía sin encontrarlo, el hombre saliera y girara desde el atrio por la nave derecha hasta llegar a la puerta de la rectoral, que en un alarde de comodidad extrema había sido construida adosada a la propia iglesia.

Aquel hombre buscaba confesión. Lo adivinó en sus pasos, que temblaban bajo los efectos del alcohol que sin duda se había metido entre pecho y espalda, tal vez para encontrar la fuerza suficiente para no solo reconocer su pecado, cosa que, seguramente, junto con el examen de conciencia, el dolor de

los pecados y el propósito de la enmienda, ya traía consigo, sino también para entrar en la fase de decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia, extremos estos últimos que necesitaba para recuperar la paz.

Esa era la grandeza de Dios, del Dios de los justos, del Dios misericordioso: hincar la rodilla ante él, reconocer los pecados y obtener el perdón que nos reconcilia con la vida y con los hermanos. Cuántas veces había dicho esas frases Clemenciano Santaclara en sus aplaudidos sermones. Con cuánta convicción, con cuánta energía había sabido penetrar en las conciencias de sus feligreses acelerando, especialmente en la época del cumplimiento pascual, las colas que se formaban en los bancos para acudir al confesionario. Cuántos pecados había tenido que escuchar en la penumbra del confesionario sin tener que mirar a través de la celosía de madera para saber quién pronunciaba, con temor a veces, con desconsuelo otras, con ingenuidad la mayor parte, aquellas fórmulas aprendidas en el catecismo para describir sus faltas para con el Altísimo.

Sintió una punzada en el estómago y una necesidad imperiosa de expulsar aire garganta arriba. Últimamente los alimentos le caían fatal, y la grasa, que tanto le gustaba en sus muchas variantes, terminaba por crearle un desagradable reflujo que por las noches lo obligaba a incorporarse. No ayudaba mucho el malestar que había a su alrededor, el clima bélico que se vivía desde que el mundo se puso del revés y la desconfianza y el miedo se habían instalado entre la gente. Se limpió las miguitas que permanecían en la comisura de los labios y, por primera vez, no lo hizo con la lengua para atraparlas como el epílogo de una maravillosa merienda. No se lo permitía la anticipación de los golpes que estaban a punto de sonar en su puerta, que, afortunadamente, y visto cómo se las gastaban los extremistas que, a pesar del férreo control que se había instalado desde que los militares se habían hecho cargo de aquel desorden que era la región asturiana, campaban a sus anchas, había aprendido a mantener cerrada.

Toc, toc, toc.

Se quedó quieto, en total silencio. Hasta contuvo la respiración.

—¡Don Clemenciano!

La llamada se repitió en varias ocasiones, acompañada de golpes cada vez

más intensos. Luego vino un silencio. Clemenciano Santaclara imaginó al hombre perplejo, caminando unos cuantos pasos, tratando de ver si el cura pudiera estar en la huerta que se extendía detrás de la casa, y se dijo a sí mismo que bajo ningún concepto iba a abrir la puerta.

No quería ese peso sobre su conciencia porque, al fin y al cabo, Flora tampoco era tan mala, tampoco era de las que merecían la muerte, porque nunca se había señalado y, ya lo decía la Biblia, concretamente, Ezequiel, 18:20: «El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él». Y si eso era válido para padres e hijos, qué no sería para hermanos e hijastros. Otra cosa era confesar robos de gallinas, mentiras estúpidas, ropa tendida al verde salpicada con porquería, hijos desobedientes, días en que se saltaba el precepto dominical, cuernos más o menos secretos, visitas a las casas de putas de Gijón, pequeños hurtos en casa Sinda, trampas en el peso en el molín de Cundo, votos para la izquierda (que, por grave que fuera, no era lo mismo), murmuraciones y falsos testimonios... Pero no un crimen. No ese crimen.

Que lo confiese otro, musitó diez minutos más tarde, ligeramente aliviado al ver al hombre que, tras caminar hasta el límite de la plaza donde había dejado un destartado vehículo, sacó una petaca del bolsillo de su guerrera y bebió un largo trago, seguramente de coñac, que mojó más de lo recomendable, por efecto del temblor, su bigote lacio y definitivamente vencido.

No. Ellos no pensaban matarlo. O sí, porque muerto, querían verlo muerto. No había un plan para ello, en cualquier caso, ni siquiera habían pronunciado esa palabra por mucho que el dolor mezclado con ira hubiera ido fraguando en sus conciencias un deseo de aniquilación de intensidad variable, en función no solo de los afectos, sino también del carácter de cada cual.

Y había sido casualidad también que los tres estuvieran allí aquel atardecer de sábado de octubre, bebiendo un coñac que le habían traído a Liborio del mismísimo Segonzac y que a medida que pasaban las horas había ido soltando la lengua de cada uno de ellos, de modo que lo que empezó siendo una conversación en la que se mezclaban los lugares comunes, los comentarios acerca de la posibilidad de que Lerroux pudiera abandonar el Gobierno para volver a él una vez hubiera depurado su partido y los últimos cotilleos de la sociedad gijonesa, siempre tratando de no entrar en ningún terreno particularmente cenagoso donde los pies frágiles de Emilio y su equipaje de desolación pudieran hundirse, porque la cárcel había resultado mucho más destructiva, mucho más venenosa de lo que podría esperarse para un hombre con su fortaleza mental, lo que demostraba que la fragilidad del cuerpo, la vulnerabilidad de huesos, órganos y tejidos, incidía violentamente en la presencia de ánimo, en la fuerza de la mente, en la voluntad incommovible, había ido envenenándose. También intentaban, aunque era algo que los tres sabían que constituía uno de los principales hilos que los unían, no hablar de Flora, ni siquiera para quejarse y despotricar de que estuviera pasando el tiempo y nadie hubiera hecho nada.

Fue cuando Onel estaba a punto de marcharse, porque había quedado en pasar por casa de Gregorio para recogerlo y acudir juntos a ver *Luces de la ciudad* en los Campos Elíseos (aunque tal vez ni lo hicieran, porque se anunciaba como estreno, y seguramente estaría a rebosar, y tampoco era tan mala idea quedarse en casa escuchando las noticias en su nuevo aparato de radio hasta que Merceditas monopolizara su uso para escuchar el programa de zarzuela de la noche del sábado). Estaba empezando a despedirse tras apurar el último trago de la copa de coñac cuando Sefa Quintana entró en el saloncito privado, sin llamar a la puerta y dando muestras de una inédita excitación, sin dejar tiempo para que se formulara en palabras la pregunta que todos tenían en la mente.

—Ya sé quién fue el castrón que mató a Flora. Y téngolu durmiendo la mona en mi casa.

Veía a Gregorio impacientarse. Se levantaba del sofá donde pasaba las páginas de *El Comercio*, volvía a mirar la página donde figuraba la cartelera, se levantaba, acudía al balcón y miraba en dirección a la calle Menéndez Valdés. Esperaba a Onel, claro, cómo no, y también hacía Merceditas lo propio. En realidad deseaba que llegara cuanto antes y se marcharan los dos al cine, o a donde quiera que fuesen, de forma que le quedara la casa sola para ella en cuanto las niñas se acostaran y Visi se retirara a su cuarto. Esos eran los buenos momentos del día, cuando no estaba Gregorio y ella podía poner la radio después de cerrar cuidadosamente las puertas para que las niñas no despertaran. Los sábados por la noche había zarzuela, y a ella le encantaba imaginar las escenas, los ropajes, los gestos de los actores a través de las voces que se imponían al chisporroteo del magnífico aparato que se habían comprado. Le gustaba reclinarsse en el sillón que habitualmente ocupaba Gregorio porque, para ella, ese gesto, ocupar ese espacio, mirar la estancia desde la perspectiva de su marido, la hacía sentir como si ella misma tuviera el poder que de forma natural tenían los cabezas de familia. Eso, lo del cabeza de familia, era algo de lo que hablaban mucho en la Falange, en el grupo que se organizaba en torno a la Hidalga. Y aunque ella albergaba serias dudas acerca de la supremacía de su propio marido, sí que entendía cada vez más cuál era el papel de la mujer y su supeditación al hombre, al hombre en general, a los varones y a su inapelable criterio, siempre y cuando, naturalmente estuvieran hablando de hombres de verdad, es decir, de orden, es decir, de derechas.

Apenas hablaba con Gregorio y, por tanto, quedarse a solas con él en el salón la ponía un poco nerviosa. Siempre temía que él iniciara alguna conversación en la que se le exigiera algo más que las frases cortas y utilitarias que tenían que ver con el mantenimiento de la casa o los pocos actos sociales que compartían. Incluso hablar de las niñas era un terreno resbaladizo porque, a poco que se descuidara, no podía evitar coger marcha y lamentarse una y otra vez de todas las cosas que hacía mal Gadea, el repertorio inacabable de sus travesuras, de su incorregible falta de urbanidad, de sus chillidos y su mal comportamiento. Hacerlo, detallar las quejas que se le amontonaban dentro y la asfixiaban, generaba un efecto de tal frialdad en Gregorio que a veces la asustaba. Era como si nada de lo que tuviera que ver con la necesidad de enderezar a Gadea le importara en absoluto. No solo eso: a veces incluso había detectado, por debajo de su indolencia, un gesto divertido que trataba de disimular hundiéndose en las páginas del periódico, que constituían su salvaguardia ante el chaparrón de quejas de Merceditas. Al menos había eso, ese gesto imperceptible en el que se mezclaba la diversión con la burla cuando hablaba de Gadea. Porque, cuando lo que le mencionaba era a Valeria y su absoluta perfección, las notas maravillosas, la buena conducta de la que se hacían lenguas en el colegio, su habilidad para seguir las rígidas normas de urbanidad que tenía subyugadas a las visitas... cuando se deshacía en elogios de la hija mayor, su padre, directamente no escuchaba. De pronto, el gesto denotaba una enorme concentración en el artículo que estuviera leyendo, o parecía muy interesado en las vetas de la madera del aparador, como si estuviera calculando mentalmente los años que podía tener el castaño del que habían sido extraídas las tablas para fabricarlo. Y Merceditas no acababa de entenderlo. Cómo era posible que Gregorio, puesto a hacer distinciones entre sus hijas, no optara por Valeria, la que era suya, y pareciera en cambio subyugado por la desastrosa Gadea. Podía entender que Onel, que siempre andaba atravesado por casa, no disimulara sus preferencias por Gadea, pero Gregorio era el padre de Valeria...

Los hombres, definitivamente —y Gregorio más que ninguno—, eran un auténtico enigma.

Menos mal que cuando su pensamiento había llegado a ese punto en el que

se conjugaba la perplejidad con el rencor y ambos se entrelazaban hasta hacer irreconocible cualquier sentimiento que pudiera generarse, Gregorio decidió que era el momento adecuado para ponerse su sombrero de fieltro (afortunadamente, con el otoño dejaba aparcado el dichoso canotier), echarse por los hombros su gabardina y salir a la calle, seguramente a buscar a Onel para ir al cine, porque no parecía dispuesto a perderse el estreno de la nueva película de aquel Charlot por el que profesaba auténtica devoción.

Mercedes suspiró mientras recogía a Chocolate, el muñeco negrito de Gadea, que, para variar, lo había dejado en el sofá. Una noche más para ella sola. Y encendió la radio.

Que había llegado borracho como una cuba, contó Sefa Quintana, y sí, que en los últimos tiempos eso sucedía con más frecuencia de lo habitual, aunque la curda que traía aquella tarde era de campeonato, tanto que ella enseguida se dio cuenta de que en el juego que practicaban de forma secreta, y que se concretaba en algo así como *tú quieres saber qué pienso pero yo no soy como los demás y a mí no me puedes leer el pensamiento*, esa tarde no tenía contrincante, que su mirada era como un libro abierto, como si su mente y el poder que ejercía desde ella hubieran abandonado cualquier dominio y el alcohol se hubiera convertido en el dueño y señor de su voluntad. Que primero quiso irse con Manolita, una chica muy joven que había llegado hacía poco de no sé qué pueblo de cerca de Galicia después de que un cura que la había preñado y la había querido convertir en ama de llaves considerara que era mejor idea que huyera a Gijón, donde seguramente le arreglarían lo suyo, y que, en cualquier caso, mejor que se fuera del pueblo, que qué vergüenza tan grande ser madre soltera, así que había cambiado su incipiente embarazo por una dureza en el carácter que la hacía invulnerable y había abandonado el Loliña, su nombre hasta entonces, por Manolita, que se le antojaba más elegante, y, una vez superada la cuarentena tras el aborto, se había convertido en una de las muchachas más solicitadas, y solo reservadas a aquellos que estaban dispuestos a pagar lo que realmente valía (de hecho Sefa Quintana no hacía más que preguntarse en qué casas habría aprendido aquel cura todo lo que le había enseñado). Aun así, se la había cedido, previa negociación con la muchacha, porque una de las exigencias de Manolita, a las que Sefa Quintana

no solía poner problemas, era que solo los hombres de mayor poder adquisitivo o, como mucho, de mayor autoridad visitaran su alcoba, y aquel borracho no le parecía que tuviera la categoría suficiente.

Poco importó. Los berridos con los que se impuso a la música que sonaba imparable, convirtiendo aquel burdel provinciano en un simulacro parisino, fueron el prólogo de la salida en estampida del cuarto, arreglándose la ropa y llamando a gritos a Sefa Quintana: aquel sujeto quería que lo matara, *que yo seré puta, Sefa, pero no soy una criminal, eso sí que no, que a mí me educaron en el temor de Dios y hay cosas que no, que una cosa es la necesidad y otra muy distinta quitarle a alguien la vida.*

Y que el tipo no hacía otra cosa que llorar a moco tendido pidiéndole que lo matara, que lo hiciera justo en el instante en que se estuviera corriendo, que solo tenía que disparar aquella pistola, que él le enseñaba cómo hacerlo, que era sencillo, así, ¿ves?, y disparas, cuando lo oyera decir un nombre, esa sería la señal, en ese instante tendría que disparar la pistola.

Y ya en presencia de Sefa, con la cara mojada de lágrimas y mocos, había confesado. Bueno, Sefa daba por hecho que había confesado, si es que a aquella suma de incongruencias, palabras sin sentido, hipidos e interrupciones para vomitar en la bacinilla se la podía llamar confesión. Lo suficiente como para saber que había matado a Flora, que la había matado porque era suya, aunque no estuviera escrito en ningún papel, decía, a quién le importan los papeles cuando manda el corazón, y Sefa se había quedado muda oyéndolo decir aquellas frases que de pronto parecían extraídas de una novelucha, de alguno de los folletines con los que silabeaban algunas de sus chicas leyéndolos en voz alta para las demás. Toda la vida amándola, decía, y eso también parecía una frase de novela, como si el hombre se hubiera despojado de su máscara de gañán uniformado y de pronto se revelara como un romántico de libro, y decía las cosas que decían en las películas, el alcohol, que suelta la lengua y te convierte en otra cosa, sentenciaba Sefa mientras les contaba, venga a decir que Flora le pertenecía desde siempre, y que en realidad era con él con quien siempre había querido estar, pero siempre se habían puesto por el medio toda clase de obstáculos, y ella le preguntó cuáles, y él venga a repetir que era suya, pero que ella no lo entendía, por eso había hecho todas las cosas

que había hecho, que si ya de chavalina había sido un escándalo porque fue de las que salieron a la calle con pantalones, claro, que eran todas unas putas, si no, a ver de qué, pero ella no, ella solo no sabía encontrar el camino de su propia felicidad, y volvía a las frases de novela, no sabía ver que él era el que la había adorado siempre, el que había dejado una carrera prometedora por seguirla al fin del mundo, a aquella mierda de pueblo donde se pudría y la veía a ella pudrirse, y la había amado silenciosamente... cuando decía esas frases que parecían sacadas de libro, entrecerraba los párpados como si estuviera haciendo memoria, buscando en su recuerdo los instantes en que las había hecho suyas, leyendo quién sabe qué, en la penumbra de algún cine, paladeándolas en noches oscuras, amarrado al silencio y a la locura que iba creciendo, disfrazada de romanticismo clandestino, secretamente mantenida a raya, pero creciendo dentro de su cabeza, mojada en los alcoholes de las tardes, escapándose por las costuras cada vez que tenía ocasión (y eran muchas) de mostrar su ira con un detenido, de machacar a algún subordinado, pero impasible el gesto ante los mandos provinciales, cuidadoso en la redacción de los informes, en los que intentaba que jamás hubiera un borrón de tinta, el papel secante listo al lado mismo del pliego donde redactaba miserias y desmanes, y hasta había aprendido a escribir con la máquina nueva, la que les había donado don Laureano, el dueño de la fábrica de sombreros, que no había sido capaz de hacerse con ella. Y siempre Flora presente en sus días, con lo que él la había cuidado, en la distancia, sin que ella lo supiera, vigilando que nada pudiera ocurrirle cuando andaba sola por los caminos, intentando siempre alejar a las personas dañinas de su lado...

Y allí lo había dejado, perorando con su lengua tan pastosa como inexplicablemente suelta, pero tan inconexo en sus frases como patético en su falta de compostura. Ella, por lo pronto, le había quitado la pistola, aunque para eso había tenido que darle un empujón que lo había tirado en la cama, y que no le había costado nada, porque había que ver en qué se había convertido en los últimos meses, enflaquecido y frágil, y borracho como estaba. Que seguramente, añadía, se habría quedado dormido, eso si es que había dejado de llorar, o se habría dormido llorando como los niños, pero, desde luego, seguro que no se habría ido. Le había dicho uno de los clientes habituales que

se había enterado de los gritos y había salido en paños menores del cuarto donde acababa de entrar con otra de las chicas, que ya lo veía él venir, porque habían coincidido en la taberna de Corsino en Cimavilla, y allí ya había montado lío y había sacado la pistola y amenazado al camarero, casi un crío, para que le pusiera más orujo en el vaso y, ya puestos, le llenara una petaquita metálica que llevaba en el bolsillo, para el camino de vuelta, le había dicho, y el chico, muerto de miedo ante la pistola y el uniforme, le había llenado tanto el vaso que se le había salido por el borde, y cuando parecía que iba a formarse la de San Quintín con tiros y gritos, se había limitado a inclinar la cabeza y acercarla al vaso y beber como en un duernu el orujo, y había salido tambaleándose, y que cuando Corsino musitó «Esti va a acabar mal», inexplicablemente, había tenido la finura de oído suficiente para oírlo y, casi sin volverse, había sacado la pistola y había disparado contra la barra, sin mirar, que pudo haberlo matado, a Corsino, o al camarero joven, y lo que había conseguido, como si aquello estuviera sucediendo en una de aquellas películas de tiros que ponían en los Campos Elíseos, lo que había hecho era un agujero no en una de las caras botellas expuestas en la pared del mostrador, sino en un pellejo de vino, desgraciadamente lleno a rebosar, que de inmediato comenzó a sangrar su interior sin tiempo apenas para que Corsino pasara del miedo a la indignación. Y entonces, cuando ya había conseguido empezar a recoger el vino que salía, como en un surtidor, en un tanque de aluminio, mientras intentaba taponar como fuera aquella herida en el pellejo, el capitán Pastor había vuelto a entrar y había sacado unos billetes arrugados de su bolsillo, había dicho algo así como qué se debe y los había arrojado sobre el mostrador. Luego, como si se arrepintiera, había vuelto tambaleándose desde la puerta y había cogido, después de exhibir un gesto de concentración beoda, como si le costara mucho trabajo calcular cuánto necesitaba exactamente, un par de billetes, para putas, dijo entre dientes, o tal vez no lo dijo, pero a él le pareció, porque su itinerario era de sobra conocido y acababa siempre en casa de Sefa.

Aunque no habían sabido muy bien qué pensar mientras la escuchaban contar, una mirada les había bastado para salir atropelladamente en dirección a la puerta sin otro pensamiento en la cabeza que enfrentarse a aquel hombre

que confesaba ser el asesino de Flora.

No lo dejaban dormir, después de haberlo arrancado de un sueño de tormenta en que la digestión, cada vez más latosa, había interrumpido el descanso y lo había arrojado definitivamente en brazos del insomnio, lo que él llamaba pensamientos sombríos, aunque, en el fondo, la vocecilla aquella que siempre le recordaba cuál era el deber y la enseñanza de la Santa Madre Iglesia siempre insistía en ponerle apellidos a la explicación que él mismo se hacía de lo que podía perturbarlo.

No podía dormir pensando en Estanislao Pastor, y no ayudaba mucho el viento de otoño, que se colaba por alguna rendija mínima y dejaba en el aire algo que se parecía a un bramido. Tendría que poner masilla en la junta de uno de los cristales del balcón, que era por ahí, sin duda, por donde entraban y se multiplicaban las ráfagas que jugaban en el campo de la iglesia con las hojas de los nogales que habían terminado su ciclo vital y alfombraban la entrada del templo, y casi todas las caleyes de Nozaleda. Aquel año, con octubre despidiéndose ya, y dejando constancia del retraso en su visita anual, tampoco faltaba a su cita, y ahí estaba, el *aire les castañes*, con su calidez sureña, desarbolando voluntades, removiendo los instintos, promoviendo ulteriores tristezas después del remolino de emociones que desataba. Bien lo sabía Clemenciano Santaclara, de qué manera el viento del sur desordenaba el alma de sus feligreses y despertaba bestias dormidas.

La suya, sin ir más lejos.

Allí estaba dando vueltas sin parar, escuchando cómo el ladrido pequinés del viento se amplificaba para convertirse en dóberman en su cuarto, como si

fuera la furia divina y no la imperceptible rendija en el balcón la que viniera a recordarle lo poco en paz que podía estar, lo cobarde que había sido aquella tarde y el modo en que había esquivado tener que enfrentarse a lo que no quería saber.

Todo era más sencillo antes de que el mundo se diera la vuelta. Antes. Cuando niño: el mundo ordenado, los ricos generando riqueza para todos, los pobres honrados y felices. ¿O no era así, tampoco? Había miseria, piojos, condiciones higiénicas deplorables, familias compartiendo su vivienda con los animales, suciedad y alimentación muy deficiente. Y muchos niños que se morían por falta de cuidados. Algo se había prosperado en eso, cierto que... pero había orden. En buena hora había nacido aquel Marx, y de qué manera el demonio había extendido sus peregrinas ideas sembrando la desolación, el odio y la muerte. Y sobre todo el desorden. Una sociedad en la que las cosas no están dispuestas como tiene que ser solo está conducida a la destrucción. Y eso era lo que pasaba, por eso había asesinatos, por eso los anarquistas y los comunistas, por mucho que el Gobierno se empeñara, encontraban rendijas para sembrar el caos y la muerte.

Pensar en lo mal que estaban las cosas consiguió distraerlo durante unos minutos de su propia zozobra, de su propia conciencia, un poco magullada, y del desasosiego derivado de lo que había pasado por la tarde. De la imagen inestable de Estanislao Pastor cruzando el campo de la iglesia. De su voz teñida de vapores étlicos demandando su ayuda. De aquella inexcusable cobardía.

Por un momento se preguntó qué habría hecho Estanislao después de llamar sin éxito a su puerta, y quiso imaginar que habría vuelto a El Lloredal, al cuartel, y sin duda alguna estaría durmiendo profundamente por efectos de la curda que llevaba encima. Y no como él, que no acababa de encontrar acomodo en el colchón, que de pronto resultaba tener nudos y durezas de lana apelmazada y mal vareada y le hacía imposible conciliar el sueño.

Se levantó y, tras abrir la contraventana de madera, miró al exterior. Nozaleda estaba en tinieblas, y los nogales que circundaban el campo de la iglesia se recortaban más negros todavía que la negrura de la noche misma. Dentro de la habitación el ruido era el de un vendaval, pero en la calle los

árboles estaban prácticamente inmóviles.

Y a Clemenciano Santaclara lo sacudió un escalofrío.

—¿Cómo que es mejor que no sepa?

Gregorio resumió en esa pregunta la perplejidad, primero, y la intranquilidad, después, que lo había acompañado durante toda la noche, cuando por fin localizó a Onel, ya entrada la mañana, en la habitación del hotel, con unas ojeras que oscurecían tanto su mirada que parecía que aún no había amanecido en sus ojos, y que ahora, al encontrarse, insistía en no darle explicaciones.

—Mejor, Gregorio, ya te digo yo que mejor.

Por un momento, el médico pensó que tal vez había pasado la noche con una mujer, qué si no podía ser aquello, pero también le resultaba raro que así fuera. La otra posibilidad se le escapaba y no quería imaginar a Onel con otro hombre, porque era un pensamiento que misteriosamente le resultaba no solo perturbador, sino también doloroso, sin que pudiera explicarse muy bien la razón.

—Venga, va, Onel, quién es ella... ¿la conozco?

—Que no, joder, Gregorio. Que no ye nada de eso, ho. Que no te lo cuento y ya está. Por tu bien.

Y, sin embargo, acabó por compartirlo con él, porque a veces el peso de la conciencia requiere de algo más que de los cómplices que comparten la culpa: a veces es necesario vaciar el espíritu y repartir la carga. Aunque no libere, aunque confesar no fuera suficiente para apartar de su pensamiento aquellas horas, la excitación de los tres hombres de hallarse ante la persona que declaraba, y lo hacía con abundante munición de mocos y lágrimas, haberse

presentado en casa de Flora dispuesto a manifestarle su amor de siempre, *porque ustedes no lo saben, nadie sabe que Flora y yo fuimos novios, bueno, Emilio sí, que éramos el uno para el otro, que ella era la mujer de mi vida, desde niña casi, ella, tan guapa y tan distinguida, qué distinta habría sido mi vida, sí, si ella no se hubiera dedicado a pensar, quién quiere una mujer que piense, díganme a mí, pensar, pensar, para qué, si ya estaba yo para pensar por ella, pero no, que quería estudiar, que leía libros que le llenaban la cabeza de pájaros, y yo se lo decía a su padre, sí, a tu padre Emilio, que vigilara a la niña, que andaba en malos pasos, con amistades que no le convenían, pero tu padre nunca la amarró lo corto que hubiera debido hacerlo, otro gallo nos hubiera cantado, tanto ateneo, tanta biblioteca, así apartaron de mí a Flora, pero yo no, yo siempre enamorado de ella, yo siempre en la sombra, esperándola, buscándola, viniendo a Asturias, con lo que llueve, con esta mierda de clima y esta niebla y esta humedad, rodeado de palurdos, sacrificando mi carrera, todo por quererla en la distancia, por vigilarla, esperando, esperando, lo que he esperado no está escrito. Sin ascensos por ella, condenado a perseguir anarquistas, a vigilar los pasos de gente como tú, Emilio, desechos de la sociedad, pura escoria, riéndole las gracias al cura, dejando que se me fuera la vida mientras la vigilaba, mientras la cuidaba, mientras esperaba con paciencia, porque hay certezas que se tienen una vez en la vida, sí, yo sabía que era para mí, siempre supe que Flora era mía, aunque estuviera con otro, que tuve que tragarme el sapo de ver cómo se casaba, pero yo ahí, esperándola, que para eso era amor de verdad, años y años viéndola, cruzándome con ella casi sin levantar la vista, sin atreverme a decirle, respetando, esperando siempre. Y volvía otra vez, de forma circular, a los tiempos de Madrid, Pero no, que quería ser maestra, con lo bien que habrían ido las cosas como tenían que ir, si nos hubiéramos casado y no se le hubiera metido en los cascos la tontería de trabajar, qué necesidad había, ni yo necesitaba ser guardia civil, a ver, de qué, con encargarme de los negocios de tu padre, que yo sí lo habría hecho, Emilio, yo sí que habría continuado con su labor, y no tú, que nunca supiste estar a la altura de tu apellido, ni tú ni Flora, qué desastre de hijos, todavía me acuerdo, me acuerdo, sí, me acuerdo de tantas cosas, se me vienen tantas*

cosas a la cabeza por la noche que no puedo dormir, pasan las horas y todo es vigilia, pero yo creía que Flora terminaría por entender, por saber cuánto la quería, es lo que tiene el amor eterno, y el mío lo era, lo es, todavía la amo, hasta el último aliento... Sefa Quintana les hizo un gesto de hastío ante sus caras de perplejidad: ella sabía mucho de aquellos arranques de barato romanticismo que el alcohol generaba en Estanislao Pastor, y habían seguido escuchándolo, como si la cháchara circular e incansable los hubiera hipnotizado, como si aquel arrebató primero compartido por los tres en distintos grados que iban desde el *inflar a hosties a arranca-y la cabeza* se hubiera apaciguado con aquella perorata, aquel palabreo interminable, de forma que las miradas que cruzaban entre ellos, y que venían a ser algo así como *pero esto qué*, quedaban neutralizadas por el *a ver hasta dónde*, al fin y al cabo allí estaban, en una especie de agujero que la noche, y ya avanzaba hacia la madrugada sin remedio, había diseñado, como si el mundo fuera de aquel cuarto siguiera con sus traslaciones y sus rotaciones, con sus miserias y sus grandezas, pero nada de ello pudiera rozarlos, *pero no fue culpa mía, fue ella, ella me hizo creer, siempre había sido así, una embaucadora, ella fue la que vino al cuartel, ella me dejó caer que podríamos estar juntos, y qué iba a hacer yo, qué iba a hacer si este amor me consume, me consumió siempre, aunque nadie lo supiera, yo queriéndola y esperándola, y bebiendo como un naufrago en el desierto (¿un naufrago en el desierto?) las gotas de agua que ella dejaba caer en mis labios agrietados, ella, ella fue, me hizo creer que podríamos estar juntos, qué más da el tiempo, el amor no sabe de eso, para algo es eterno, y cuando fue al cuartel me lo dijo bien claro, que ella estaba casada, como diciendo, y entonces yo, y cómo no iba a matarla, yo no quería, cómo iba a querer, si era mi vida entera, pero me di cuenta de que ni por esas, que de nada había servido, ni esperarla, ni los años de sacrificio, yo no quería pero se me puso un velo rojo delante de los ojos, y la golpeé, pero no es que quisiera, fue el velo rojo, toda la sangre se me vino a los ojos, y no veía, y perdió el conocimiento, y entonces no supe qué hacer, y me la llevé en el caballo y anduve con ella inconsciente por la noche, sin que recobrará el conocimiento, y yo quería que estuviera bien y que nada hubiera pasado, pero ya no, ya no podía ser, después de aquello ella no solo*

no me iba a perdonar, otra sí, pero Flora no, es que seguro que me buscaba la ruina, me denunciaría, y una cosa es que la perdiera a ella, pero tampoco podía perder mi honor, y seguro, seguro que lo perdía, porque, además...

—¿Además? ¿Además qué, hijo de la gran puta? ¿Qué más le habías hecho?

Tanto Emilio como Onel estaban aguantando como podían las ganas de empezar a golpear sin piedad a aquel hombre que, bajo su aniquilado aspecto de marioneta rota, dejaba a veces atisbar un rescoldo de crueldad que, tras estas palabras y lo que parecía esconderse detrás, a Liborio le había llevado a intentar estrangularlo. Y el intento habría sido, sin duda, un éxito, de no ser por la intervención de los otros dos, que habían conseguido superar la náusea y la violencia que les crecía por dentro a la espera de saber más, de saber hasta dónde, de saber hasta cuándo, *No la mancillé si eso es lo que os preocupa*, Sefa miró interrogante a Liborio, que le hizo un significativo gesto con los dedos para que entendiera la expresión que acababa de utilizar y que ella no había oído en la vida, y eso que había tenido clientes cursis hasta extremos impensables, *no pude hacerlo porque se rio de mí, en mi cara, la muy zorra, me dijo que cómo se me había ocurrido pensar que ella y yo... bueno, no se rio, pero a mí me pareció que se reía, tan zorra como entonces, cuando me dejó hace tantos años, igual de hija de puta, y de mí no se ríe nadie, ya lo hizo una vez, no iba a consentir que lo hiciera más, ahí estaba, haciéndose la digna, tan orgullosa como fue siempre, que se creía que porque era maestra y leía libros ya era superior a mí, y de mí no se ríe ni Dios, así que se lo dije, claro que se lo dije, que ella me lo había dejado bien claro el día que fue al cuartel para ver si me conmovía el corazón y te dejaba salir, Onel, qué zorra, me lo dijo bien claro, que si ella no estuviera casada, algo así me dijo, y yo entendí muy bien lo que quería decir, que si no lo estuviera, así que se lo dije, le dije lo que había hecho por ella, que ya me había encargado yo de liberarla de su marido, tendría que habérmelo agradecido, aunque tampoco costó mucho, con las ganas que le tenía al imbécil ese, Onel se había quedado muy quieto, como si un rayo lo hubiera atravesado, solo un empujón, y ya, listo, un problema menos, y el corazón de Flora para mí, eso pensaba yo, pero nada, allí estaba, la hijadeputa, por lo menos dejó*

de reírse, cómo le cambió la cara, qué miedo había en sus ojos, solo por ese momento mereció la pena, pero fue una imbécil, mujer, al fin y al cabo, que no piensan por listas que quieran parecer y libros que lean, se tiró a mí, a arañarme la cara, como si quisiera sacarme los ojos, y casi lo consigue porque no la vi venir, menos mal que pude, en el último instante, apartarme y controlarla, y entonces sí, fue por defenderme, estaba fuera de sí, y le di un golpe, mal dado, sí, en la cabeza, y cayó redonda, y no supe qué hacer, y entonces fue cuando me la llevé y anduve toda la noche por ahí, sin saber, creí que ya no iba a volver en sí, pero volvió y se puso a chillar, que ni tapándole la boca, que me mordió y daba patadas como una loca, así que no tuve otra que disparar, a ver qué iba a hacer... Emilio tomó entonces en su mano la pistola que Sefa Quintana había metido en la cinturilla de su falda, y Onel que no terminaba de salir del estado en el que se mezclaba el horror, la perplejidad, el prólogo, en definitiva, de una tristeza que sabía que le treparía por la garganta hasta cortarle el aire, comprobó que de sus ojos se desprendían astillas de hielo. Jamás había visto una mirada así y él mismo, prisionero de su propio desconcierto, no había sabido qué hacer, a lo mejor porque su mirada basculaba de uno a otro, de los ojos profundamente enrojecidos de Liborio, silenciosamente fuera de sí, de forma que daba miedo aquella fiereza sorda, como si en su interior un volcán estuviera a punto de estallar, a la mirada profundamente triste de Sefa, que, como la suya iba de uno a otro, buscando seguramente una respuesta que...

—¿Y qué más da quién lo mató?

Gregorio lo había escuchado con una mezcla de incredulidad y de agitación, sin poder evitar que lo que le estaba contando Onel, sentados en la Escalerona, a donde habían llegado caminando despacio desde el Cantábrico, a través de la plaza del Ayuntamiento, superando el barullo de la Pescadería y las tiendas del aire, que empezaban a hervir de público: diligentes criadas, amas de casa con el cansancio impreso en el rostro, mujeres venidas de la aldea, con madreñas y la cabeza cubierta por pañuelos oscuros, delantales de percal de cuyos bolsillos podía salir lo más insospechado. Ni siquiera, ajenos como iban a todo lo que los rodeaba, habían sido conscientes del saludo que les había dirigido Visi, que volvía presurosa después de hacerse con una

buena provisión de avellanas para la tarta que Mercedes le había encargado para el domingo. El mar, inusualmente calmado, se acercaba a los escalones más bajos y pronto sería pleamar. Una rara apacibilidad contrastaba con la agitación que estaba creciendo en la conciencia de Gregorio, un desorden tormentoso, una inquietud inhóspita, la sensación de que su vida, tan equilibrada y solo ligeramente esquinada por la presencia de Onel y las concesiones que hacía a sus devaneos revolucionarios, estaba a punto de entrar en una zona en la que el cartel de peligro no parecía servir de nada.

—¿Cómo que qué más da? ¡Claro que da!

—Créeme, Gregorio, de verdad que no importa y además es mejor que no sepas más. Que te baste saber que la pistola la disparó él mismo. No voy a decirte más.

—Si la pistola la disparó él mismo, ya me contarás qué necesidad teníais de sacarlo a hurtadillas...

Onel sonrió con tristeza. Tendría que contarle a Gregorio, pero tampoco era necesario. Para qué. Superada la infancia, y aunque Gregorio seguía siendo mayor que él, los papeles se habían cambiado: hacía mucho tiempo ya que la protección que Onel ejercía sobre quien había sido su modelo y protector cuando niños era un hecho, más allá incluso de la protección que Gregorio creía ejercer sobre él. Así que evitó contarle algunos detalles: como que difícilmente las autoridades iban a creerse que uno se suicida después de haberse propinado a sí mismo toda clase de golpes y patadas, los que habían surgido sin remedio de la ira de los tres hombres. Que finalmente la muerte hubiera llegado por obra y gracia de la pistola del propio Estanislao Pastor y por su propia mano, era puramente accidental. Tampoco era necesario contar quién había sido el encargado de apretar con la suya la mano suicida, tanto en apariencia como en intención, del capitán. Por tanto, resultó mucho más sencillo explicarle que no podían hacerle a Sefa y a su establecimiento, que bastantes problemas tenía ya, a pesar de su cuidada reputación y del rango de sus clientes, pasar por el escándalo de un suicidio, que, por mucho que se quieran ocultar, esas cosas siempre se saben, así que habían optado por sacarlo de allí utilizando el baúl que Onel tenía en su cuarto, el que había estado en casa de Flora atesorando la ropa blanca, y que antes había servido

para transportar los libros que la maestra había llevado consigo a Nozaleda, y que, antes aun, había sido el escondite de los niños Mateo cuando su padre les pegaba sin sospechar que, mucho antes, en ese mismo baúl, la abuela paterna había ocultado a un amante, y sin imaginar qué otras vidas tendría, qué otras historias podría contar a lo largo de los años. Lo habían sacado sin grandes esfuerzos, porque el capitán Pastor se había quedado en los puros huesos, utilizando la puerta que de forma clandestina Sefa Quintana y Liborio habían abierto años atrás entre los dos establecimientos, y que de tantos apuros había sacado a egregias personalidades a punto de ser pilladas, y que había facilitado los tratos carnales en la comodidad del propio hotel de aquellos clientes particularmente generosos y dispuestos a pagar su prestigio y su buen nombre.

—Terminarán por encontrarlo...

—No creas. Tardarán, Gregorio.

No le contó que lo habían enterrado en un bosque de carbayos, ya fuera de los límites del concejo, ni le habló del silencio que se había adueñado de las horas, del modo en que se había sellado aquel secreto que los tres hombres llevarían consigo y que los hermanaba como los había hermanado la vida de Flora y de Canor, el complejo y sutil tejido del que sin remedio y ya para siempre formaban parte.

Solo acertó a contarle, náufrago de un mar de lágrimas antiguas y renovadas, cómo dolía, otra vez, la muerte de su padre. Cómo dolía, de nuevo, la muerte de Flora. Cómo dolía.

Transcurridas dos semanas, al capitán Pastor dejaron de buscarlo. Conocida su afición por el vino y por otras bebidas de más alto contenido alcohólico, y con el testimonio del resto de guardias del cuartel, que habían observado un deterioro importante en su estado mental y físico, terminaron por concluir que en una de sus borracheras se habría acercado peligrosamente a algún acantilado y la combinación de noche, alcohol y otros estropicios, sin duda, lo habían conducido al abismo. Fueron dos las circunstancias que ayudaron a que los encargados de la investigación llegaran a concluir que ese y no otro había sido el destino de Pastor: el hecho de que Sefa Quintana declarara, cuando fue preguntada sobre los pasos del capitán, que había salido de su establecimiento muy muy borracho (en realidad ya había entrado en esas condiciones), tanto que había sido invitado a salir después de que le hubiera tratado de hacer daño a una de las chicas, y también, y sobre todo, que la camioneta que tenían en el cuartel, y de la que había hecho uso para acercarse a Gijón, había aparecido con la puerta abierta muy cerca de la ermita de San Lorenzo de la Mar, frente al islote de la Tortuga.

Además, estaba la cosa como para perder tiempo y efectivos.

Los días transcurrían con una amenaza de nubes oscuras. Llovió todo el otoño como si el cielo hubiera perdido la costumbre de apartar las nubes, y los temporales, que se sucedieron uno tras otro con precisión, no devolvieron el cadáver del capitán Pastor, entre otras cosas, porque no lo albergaban, pero a cambio dejaron profundos socavones en el Muro. También se sucedieron desórdenes, detenciones, crímenes raros, y Nozaleda se sumió en una tristeza

extraña, como si sus habitantes sufrieran algo parecido a un sonambulismo de origen desconocido que los hacía deambular por caleyes y entregarse a sus ocupaciones habituales de forma automática. La agitación política se hacía sentir únicamente cuando llegaban periódicos, los tres ejemplares (*El Noroeste* para Honorino Santaclara, *El Comercio* para la taberna de Sinda y para don Clemenciano), y aunque algunos de los parroquianos de Sinda solían echarle un vistazo, la mayor parte de ellos carecía de herramientas suficientes para leer con fluidez —y mucho menos para entender— los complicados entresijos de la política nacional, aquel laberinto de partidos, elecciones, candidatos, alianzas, salpicados, eso sí, de vez en cuando, de muertos y de una violencia presente, soterrada, cuyos ecos, más que las voces, llegaban de vez en cuando a Nozaleda, porque había agravios y había heridas, y había insidia y rumores que colocaban en lugares diferentes, más próximos y más dolorosos por la cercanía, atrocidades cometidas en cualquier otro punto del país.

Clemenciano Santaclara, sin embargo, parecía menos activo en su propagación de los efectos del mal y del pecado que se cometía al subvertir el orden natural de la sociedad. Andaba meditabundo, y sus sermones, que podrían haber estado contagiados por la beligerancia que crecía con la cercanía de unas elecciones que nadie dudaba en catalogar de decisivas, se perdían a veces en frases de difícil comprensión que abundaban en cómo el demonio siembra las tentaciones en el alma humana y hace que dude y no cumpla con la ley de Dios y la de la Santa Madre Iglesia y en las dificultades del pecador para lidiar con los problemas de la conciencia que se derivan de tal falta de claridad. No sospechaba que justamente esa falta de claridad era lo que él extendía desde el púlpito, aunque eso, seguramente, solo habría sucedido si alguno de los feligreses, perdidos en sus propios laberintos mentales ellos y bisbiseando sus propias oraciones ellas, le hubiera prestado algún tipo de atención.

En realidad, aunque nadie pudiera ni imaginarlo, don Clemenciano se pasaba los sermones hablando de sí mismo, de su propio desorden, de la angustia que le habían provocado la desaparición del capitán Pastor y la evidencia, cada vez mayor, aunque el mar no había devuelto su cuerpo, de que habría terminado por quitarse la vida, y casi con toda seguridad lo habría

hecho sin ponerse en gracia de Dios, aunque también era cierto que de poco habría servido, puesto que poner punto final a la propia existencia era en sí mismo un pecado tan grave que invalidaría cualquier absolución anterior. Ese era su único y transitorio consuelo, porque enseguida volvía, y lo hacía con una insistencia atroz, la imagen de Estanislao Pastor tambaleándose mientras cruzaba el campo de la iglesia, sus dificultades para subirse a su camioneta, su voz ronca y matizada por la desesperación con que lo había llamado tantas veces. Le martirizaba la imagen del hombre, más flaco que nunca, bebiendo un trago tan largo que en el recuerdo del cura se convertía en eterno, tanto que le habría dado tiempo a tomar una última decisión, a abrir el balcón y darle una voz, decirle que estaba allí, que subiera, abrirle su puerta, que era la puerta del Dios Padre. Si lo hubiera hecho. Si hubiera sido un poco menos soberbio. Un poco más diligente. Menos cómodo. Se había olvidado de cuál era su cometido, su misión en el mundo. Había cometido un pecado de tan grave naturaleza que la memoria de aquella imagen, del modo en que tras beber se colocó al volante de la destartada camioneta del cuartel y, después de muchas dificultades, porque parecía no ser capaz de encontrar la forma de arrancarla, se había marchado, lo perseguía permanentemente sin que hiciera distinguos entre el sueño y la vigilia.

El resto de sus tareas quedaban desdibujadas por aquella desdicha que le atenazaba el corazón. Había pensado en ir a confesarse con el cura de El Lloredal, pero aún le guardaba rencor por un viejo conflicto derivado de unos privilegios otorgados a don Severino por parte del arzobispado que Santaclara estaba persuadido de que le correspondían. Tampoco quería ir a ninguna parroquia de Gijón, porque siempre se había sentido ligeramente acomplejado, en su condición de cura rural, frente a los de la ciudad, que parecían mirarlo con algo que quería ser misericordia (y a ver por qué) y solo era desdén, cuando no abierto desprecio.

Así las cosas, en la escuela, aquel maestro republicano, abiertamente enfrentado con el cura y visto con desconfianza por los vecinos, que echaban de menos la sensatez y la suavidad de Flora, seguía con sus mensajes anticlericales, empeñado en negar que Dios hubiera creado a Adán y Eva (¿no decía el muy animal que los seres humanos procedían del mono? Que sí, que

vale, que también Flora decía algo parecido, pero al menos no se reía de la ignorancia de quienes se creían a pie juntillas el relato del Génesis).

Si la muerte de Flora había dejado un silencio atroz en Nozaleda y las palabras que servían para nombrarla rascaban la garganta y provocaban algo que se parecía al dolor, poco a poco, con los días como bálsamo y la distancia como salvaguarda, hablar de Flora se convirtió en una costumbre, y era frecuente que todas las conversaciones incluyeran un «Flora decía», o «Aquella vez que Flora...», reales la mayoría pero inventados otras, de forma que las palabras de la maestra, sus enseñanzas, sus silencios comprensivos, sus remedios para las enfermedades, sus recomendaciones higiénicas, la forma en que hacía los marañueles, sus consejos, el consuelo que había repartido generosamente, lo que dijo, lo que hizo, incluso lo que pensó, porque quien más quien menos se arrogaba el derecho de interpretar lo que no decía, su pasión por los libros, el modo en que se ponía los pantalones aunque muchas mujeres la hubieran criticado cruelmente cuando lo hacía, su firmeza, el cariño con que educaba a los niños, lo mucho que les hacía conocer, que los chicos hubieran aprendido con ella a coser un botón, que las niñas se hubieran instruido en la lectura y en las cuentas más allá de los deseos y las consideraciones paternas, cómo había acogido en su casa a Rocío, de qué manera había cuidado de su marido y de los hijos de este, y de su hermano Emilio, su entrega permanente, su generosidad, todo ello, y tantas otras cosas, adquiriría una dimensión nueva, como si entre todos, y sin ponerse de acuerdo, la memoria de la maestra estuviera adquiriendo un rango de leyenda, trascendiendo de su propia realidad para convertirse en un patrimonio de respeto y veneración, una pura hagiografía construida por todos, asumida por todos.

Pero la ausencia de Flora dolía especialmente al grupo de mujeres que cada tarde habían disfrutado de su compañía, de sus lecturas, de sus enseñanzas. Huérfanas de su presencia, desorientadas y con la sensación de que con ella se había ido su esperanza de ir haciendo de su vida algo más parecido a una de las delicadas labores que salían de sus manos que a la torpe y tosca existencia a la que se veían condenadas sin remedio. Algunas veces se reunían a coser en casa de unas o de otras, pero ya nada era lo mismo. En

ninguna se respiraba aquel aire que era Flora, su voz, sus palabras, los gestos con los que escribía las tardes y las transformaba. Se decían que ella no querría que dejaran de ser lo que habían empezado a ser, pero sabían también que faltaba la sabiduría irremplazable, su sentido del humor, su capacidad para manejar aquel pequeño grupo sin conflictos, fortaleciendo los lazos, impidiendo que los detalles más nimios restaran un solo átomo de armonía. Eso solo sabía hacerlo ella.

Una mañana el cartero trajo una carta para Marta, una de las mujeres de las tardes, la vecina más próxima a la casa de Flora y de Canor. Afortunadamente, estaba sola cuando se la entregó, lo que la liberó de tener que afrontar una situación bastante embarazosa por doble partido: no solo recibía una carta (a ver quién te escribe a ti) sino que, además, inexplicablemente, sabía leerla... Nada más abrirla, aunque carecía de remite, invadió la estancia un aroma de lejos, como de azahar o de jazmín, no sabría decirlo, aunque en cuanto leyó las primeras frases supo por qué: era una carta de Rocío.

Hablaba de Flora con cariño y con tristeza, pero aquella carta estaba también destinada a ser consuelo, a llamarlas, porque era para ella pero era para todas, a la fortaleza. A no dejar el camino que habían iniciado, a recordar todas y cada una de las cosas que habían aprendido con Flora, especialmente aquello del respeto por sí mismas, la búsqueda de la verdad y el conocimiento y la dignidad. Era una carta en la que se mezclaba la tristeza por la pérdida que los meses transcurridos no atenuaban y la energía que surgía de su propia experiencia por el lejano sur, por su tierra, donde estaba colaborando con las misiones pedagógicas y trabajando con grupos de mujeres en su pueblo, igual que había hecho Flora. Finalmente, y ese parecía ser el objetivo fundamental de aquella misiva, las avisaba del gran peligro que se cernía sobre la sociedad española: la derecha estaba cada vez más enfadada y no iba a dejar que se quedaran todas las conquistas (*pequeñas para lo que necesitamos, decía, pero irrenunciables*) que la República había ido consiguiendo a costa de tantos sacrificios de hombres y mujeres: *tenéis que estar atentas, muy atentas. Veréis cómo crece la Falange, veréis formarse grupos organizados de hombres y mujeres, no van a dejar que esto siga adelante, así que no bajéis*

la guardia, ahora haría más falta que nunca Flora, pero sois fuertes y conseguiréis poco a poco contrarrestar el efecto de la derecha en vuestro ámbito: tenéis que conseguir que en las próximas elecciones el Frente Popular tenga muchos, muchos votos, tenemos que conseguir como sea librarnos de la amenaza de la derecha...

A Marta le faltó tiempo para ir a buscar a cada una de las mujeres del grupo. Todas ellas leyeron la carta y sintieron que el entusiasmo de Rocío se colaba a través del papel. Parecían estar escuchando su voz, la forma en que pronunciaba las palabras comiéndose alguna letra, seseando a veces, sonriendo siempre. Su pelo oscuro y el perfume que la acompañaba siempre se habían colado en aquel mediodía gris, con la niebla y la llovizna presagiando tristezas. De pronto, era el sol. De pronto, el espíritu de Flora volvía a flotar por encima de las brumas y conseguía romperlas, descorrer el velo, conjurar los días desapacibles, disipar las cenizas que se pegaban a los minutos y paralizaban las agujas de los relojes.

El espíritu de Flora había vuelto a Nozaleda. Y lo había hecho como ella sabía, como ella era y había querido ser: con palabras escritas.

Ella nunca había hecho una travesía tan larga en un barco, y el océano empezó a metérsele en el alma a través de los ojos: donde quiera que mirara todo era inmensidad, horizonte inalcanzable, y el naufragio una amenaza que solo ella parecía tener presente a cada instante. Y todo ello percibido, además, como en un sueño, porque los intestinos se le volvían del revés, y aunque los demás dijeran que no, que se trataba de un barco con una estabilidad envidiable, a ella el suelo se le movía. Nunca como en aquel viaje había pensado en Canor, en aquel otro viaje del que le había hablado tantas veces, tan joven, tan asustado. Nunca había tenido tan presente su recuerdo, la placidez de su rostro, la bondad que siempre se asomaba a sus ojos de chico noble y sin dobleces. Cuánto tiempo perdido. Cuántos errores, cuántos años entregados a la nada. Aurelio, aunque transitaba su propio labertino, que tenía que ver con el modo en que vecinos y conocidos iban a quedarse boquiabiertos ante el hombre en que se había convertido el muchacho despreciado de la aldea, compartía con ella, aunque fuera de modo epidérmico, el desasosiego, la tormenta que amenazaba con formarse en su corazón. En las noches de la travesía, ambos terminaban por dejarse acunar por el peso transparente del océano y se dormían de madrugada, él tratando de imaginar el futuro de hombre triunfador en su pueblo, y ella pensando más en el pasado que en el futuro, incapaz de hacerse cábala alguna de qué se iba a encontrar cuando el barco llegara a puerto, cuando por fin emprendieran el viaje hacia aquel lugar que se había convertido en un espacio mítico en su imaginación. Cuando al fin viajaran a Nozaleda.

Para Servanda la guerra llegó antes que para el resto de la gente. Y no solo porque desde su aparente y silenciosa existencia de mujer amarrada a la tierra y a la casa se hubiera encargado de promover acciones destinadas a dinamitar la más o menos pacífica existencia de los habitantes de Nozaleda con una división que quedó patente en las elecciones de febrero, cuando al hacer el recuento de los votos que a lo largo del día habían ido depositando en la urna instalada en la escuela, por primera vez, los que habían sido votos testimoniales a las izquierdas votación tras votación se convirtieron en casi la mitad de los sufragios emitidos, para espanto no solo de Clemenciano Santaclara, habitual vigilante de los recuentos, sino para el grupo de mujeres que había terminado por formarse y del que la propia Servanda podía presumir de ser capitana.

Mal asunto, se habían dicho, arrugando la nariz, discretamente instaladas en el banco de delante de la escuela, desde donde, por turnos, vigilaban quiénes (la práctica totalidad del pueblo, lo que también era mal presagio) y qué cara llevaban los que iban a votar. Hasta Emilio Mateo, saldada su deuda con la justicia, y empadronado en Nozaleda, había acudido a depositar su voto, lo que llevaba a la conclusión de que lo que decían los periódicos iba a ser cierto y hasta los anarquistas, tan abstencionistas ellos, en esa ocasión iban a engordar la cuenta de aquel maldito Frente Popular, aquella colección de enemigos de Dios y de España que solo podía sumir a la patria en la ruina, en el descrédito, en la desgracia.

La guerra para Vanda Santaclara llegó después de las elecciones, en los

meses aciagos que siguieron a estas, y lo hizo para terminar de confirmarle que aquello de la felicidad de la que algunos hablaban, si es que existía, que no estaba muy segura de ello, tenía un carácter tan efímero que casi era preferible pasar la vida entera sin conocer siquiera la estela de su paso fugaz.

Aprendió también por aquellos días que el amor existe, pero que no deja de tener más duración que el resplandor de un rayo, y sus efectos son igual de devastadores.

Por un tiempo, brevísimo, vivió el espejismo, el artificio luminoso que arrasa la conciencia cuando al amor le da por combinarse con la felicidad, y supo, aunque fuera tan breve, que existía, porque ella, la mujer que nunca había conseguido un novio, la condenada a ocuparse de la casa y de la tierra, la más fea de las dos hermanas, la menos lista de los tres, la que tenía las manos ennegrecidas y el pelo con más canas de las que le correspondían, la solterona cuyos pasos solo conocían el camino que iba o de casa a la iglesia o de casa a cualquiera de las tierras de su familia, habituada a no tener más alegrías que la brevedad de aquella confusa mezcla de placer estéril y de imaginación tan desbocada como inútil, ella, precisamente, se había ganado el favor del joven Eduardito Montes. Del hombre joven, guapo, listo, con el verbo seductor, el que se encargaba de arengar en los pueblos a los grupos de mujeres que, seducidas tanto por su mirada y su sonrisa de perfecta dentadura como por sus palabras, que venían a reafirmar las creencias que la iglesia había sabido sembrar y hacer crecer a lo largo de años de ritos y de rezos, él, se había fijado en ella, en Vanda Santaclara, la pobre Servanda.

Cierto que aquel amor había sido poco más que un instante, pero la muerte se había encargado de convertirlo en eterno con su irrupción brutal, y si bien dejó el dolor y el incontenible deseo de venganza en Servanda, también la liberó de la desilusión que sin duda habría tenido en muy poco tiempo.

Acostumbrada a la fantasía, a construir un amor de naturaleza megalítica utilizando como base la más fútil de las evidencias, el hecho de que Eduardito Montes la hubiera acompañado hasta su casa cuando febrero se asomaba a la primavera pero aún era capaz de ennegrecer las tardes con sus sombras, y que, en el recodo, justo donde el nozal más antiguo obligaba a un giro, la hubiera empujado contra el tronco y sin demasiados miramientos le hubiera metido

simultáneamente la lengua en la boca y una mano debajo de la falda, mientras la otra recorría enfebrecida el resto de su cuerpo, lo que tantas veces había soñado, lo que nadie jamás le había hecho, solo podía ser una cosa. Si cualquiera de los habitantes de Nozaleda hubiera osado tocarla de aquella manera, besarla con aquella violencia, acercarse tan solo a una distancia tan comprometida, ella habría puesto el grito en el cielo. Lo habría considerado una muestra de su condición de bestias, un ataque a su honor, pero aquello que venía de Eduardito solo podía ser amor.

No es que lo fuera, claro. Aquel día Eduardito había combinado el ardor guerrero del que se proveía para arengar a los grupos de beatas para transformarlas en sujetos activos de la propagación del espíritu nacional con un par de copas de coñac, que le estimulaban la locuacidad y le permitían prescindir de las notas que siempre llevaba y le proporcionaban un brillo en los ojos que todos tomaban por entusiasmo y fervor patriótico. Lo había arrojado al cuerpo de Servanda el hecho de que en ella se combinara la pertenencia a la familia Santaclara con la certeza de que, a pesar de sus años, seguro que jamás había conocido varón, unido a que bajo la tosquedad de sus ropas (sin embargo, de mucha más calidad que las del resto de las mujeres) pudieran adivinarse formas aún apetecibles. Eso, y sobre todo la mirada de ella: aquellos ojos pardos y grandes en cuyo fondo no era difícil leer como en un libro abierto que un vendaval de algo que no podía evitar entender como propensión al vicio anidaba sin remedio.

Y no, no lo había defraudado ni aquel día, ni las tres o cuatro noches siguientes en que protegidos por las sombras las cosas habían ido a mayores, aderezadas por algunas palabras de él, de esas que nunca decía, pero que ella reclamaba, insistiendo en que solo se entregaba por amor, y amor había de darle.

Fue un amor de menos de una semana. El tiempo transcurrido hasta que un día alguien llegó con la noticia de que a Eduardito Montes lo habían molido a palos los malditos comunistas y había muerto al caer al suelo y golpearse la nuca de muy mala manera.

De repente, para Servanda, había llegado ya la guerra.

Al principio la cosa parecía poco importante. Una más, dijo Gregorio, cuando Onel le habló de sublevación y a continuación lo apresuró: si querían ver la función de *Nuestra Natacha* en el teatro Dindurra, tenían que irse ya, y dejarse de hacer payasadas con las niñas en su cuarto, por mucho que Gadea le reclamara una y otra vez que siguieran haciendo cucurrabucos, ellas en sus camas, él sobre la alfombra en el mismo suelo. Si, por lo general, formaban parte del ritual de juegos y canciones que Onel practicaba con ellas los días que lo pillaba en casa de Gregorio y Mercedes (y solían ser muchos), esa noche, las acrobacias parecían no tener fin, porque estaban particularmente seducidas por la sesión del Circo Feijoo al que habían acudido con Gregorio y con Onel por la tarde, en el paseo de San José, y Gadea estaba entusiasmada. Valeria no tanto. Se había pasado gran parte de la función quejándose de que olía mal («a excrementos de los animales», había dicho justo antes de que Gadea prorrumpiera en carcajadas, como cada vez que la hermana mayor utilizaba una expresión de ese tipo). Seguramente esa era la razón por la que por la noche, allí, tratando de amarrar lo más posible a Onel como intentaban siempre, para que se prolongara aquella especie de fiesta que era su compañía, sus bromas, sus risas y sus canciones antes de apagar la luz, Valeria no era capaz de reproducir ninguna de las aproximaciones que Gadea intentaba llevar a cabo para imitar a las elegantes trapecistas que la habían seducido con sus trajes de brillantes lentejuelas, y solo conseguía que, a cada torpe intento, Gadea y Onel se partieran de risa. Valeria había terminado metiéndose en la cama enfurruñada, y se había alegrado secretamente de que Onel,

requerido por su padre, se marchara y dejara a Gadea reclamando más y más.

El enfurruñamiento de Valeria aquella noche era compartido por Mercedes, que se había negado a acompañarlos (casi siempre lo hacía, no era mucha novedad, por más que Gregorio repitiera una y otra vez la invitación para el cine o el teatro) porque seguía enfadada. En sus planes estaba acudir a la romería del Carmen que se celebraba en el Somió Park, y a la que acudirían sus amigas con sus maridos, y aunque Onel le había sugerido a Gregorio que tal vez sería buena idea concederle ese capricho a Merceditas, no había habido manera de hacerlo ceder. Solo si tú vienes también, le había dicho, pero Onel, una vez más, le había hecho ver que una cosa era que por su trabajo tratara con los miembros más conservadores y más fascistas de la ciudad, pero de ahí a acudir a divertirse con ellos... y había aprovechado una vez más para prevenir a Gregorio acerca de las compañías que se gastaba Mercedes. *Ella solo merienda con esas mujeres, no hay cuidado, no se imaginaba a su mujer formando parte de ningún grupo que tuviera algo que ver con la política, si siempre huía de cualquier conversación, si no sabía ni quién era quién en el Gobierno, si no leía ni un maldito periódico. Tú fíate, donde ande la Hidalga, y ya ves que es amiguísima de Mercedes, no puede haber nada bueno. Como tu hermana. Otra. En Nozaleda, en cada aldea, en muchas de las parroquias. Están reclutando para lo suyo a esas mujeres. La Falange no tardará en hacer una especie de Frente Femenino, una sección dedicada específicamente a las mujeres, y ya sabes qué significa eso...* Pero Gregorio se había reído, se reía siempre de las admoniciones apocalípticas de Onel. *Los revolucionarios es lo que tenéis, que veis conspiraciones y amenazas en todas partes. Vivís instalados en la sospecha, y a veces, y no te enfades, a veces tengo la sensación de que todo esto, lo vuestro y lo de ellos, tiene algo de juego de niños. Como cuando de críos jugábamos a los espías.*

Gregorio quería creer que aquello tampoco sería nada, y que Onel pronunciara la palabra guerra le parecía un exceso, uno más de su mente agujereada por tanta revolución, tanta proclama, tantas y tan tendenciosas lecturas.

—¿Guerra? Qué tontería. Una andanada más, una bravuconería del ejército, que tiene la cabeza caliente, y a veces hasta con motivos, así te lo

digo. Lo de Calvo Sotelo no tiene ni explicación ni justificación alguna. Los militares se enfadan y se les calientan los cascos y hacen esas cosas... ¡y en África! Mira cómo no lo hacen en Madrid o en Barcelona, con las ganas que le tienen... Estamos en 1936, Onel, es un exceso pensar en una guerra. Atentados, disturbios, alborotos, revueltas, desórdenes... intentos de revolución si me apuras. Pero guerra no, coño. Una guerra es otra cosa, no sé si sabes que se necesitan dos bandos

—Hay dos bandos. Los ha habido siempre.

—No son bandos de verdad, Onel. No vamos a matarnos españoles entre nosotros. No así, con bombas y con trincheras, con ejércitos enemigos y todo eso. Eso solo sucede entre países. No entre hermanos, coño.

Más tarde, cuando empezaron los bombardeos, los dos recordarían, cada uno por su cuenta, aquel anochecer de domingo de julio caminando hacia el teatro Dindurra, el olor a verano, grupos de veraneantes con trajes claros riendo y bromeando en la Plazuela, adolescentes en bicicleta arrancándole horas al día festivo, la placidez de las conversaciones en la terraza del café, las risas en el teatro, las ganas de reír que tenía la gente, como si deliberadamente estuvieran conjurando la desgracia.

—Mira toda esta gente —dijo Gregorio cuando salían de la función, todavía sonriendo—. ¿Tú crees que una guerra civil es posible?

Cuando empezaron los bombardeos, y aunque nunca mencionaron aquel domingo en que la suerte ya estaba echada sin que nadie pudiera imaginar las dimensiones del naufragio, siempre les quedó a los dos fijado en la retina el color rojizo del cielo por el oeste, el sol que parecía despedir un día más, cuando en realidad estaba diciendo adiós a la belleza, a la precaria paz, a la vida.

Inés Santaclara volvió a Nozaleda sin hábitos, con el aspecto de una mecanógrafa, delgada y pálida, tan bella como había sido siempre, pero con los ojos asustados. Los últimos años en el convento habían estado marcados por el miedo constante, por la alarma que generaba cada noticia, y habían terminado con la recomendación primero y la orden tajante e inapelable después de volver a sus domicilios quienes consideraban que era un lugar seguro, o de tratar de encontrar amparo en casas de personas de orden dispuestas a correr el riesgo de ocultar a una religiosa, y aquel mes de agosto en que se sucedían las noticias alarmantes de fusilamientos y torturas, Inés, desoyendo la opinión de la superiora, que consideraba que se iba de Guatemala para entrar en Guatepeor, porque ya se sabía que si había un lugar en la patria en que prendieran las soflamas comunistas, revolucionarias y anticlericales era Asturias, emprendió el viaje, lleno de interrupciones, cambios, trasbordos y paradas hacia Nozaleda.

De forma preventiva, en los últimos meses (ella y el resto de las hermanas del convento) se habían dejado crecer el pelo, y, la víspera, una peluquera de total confianza había acudido al convento a darle forma a aquellos trasquilones, y le había hecho unas ondas con las que apenas era capaz de reconocerse. La madre superiora le dio unos pendientes que sacó de la caja nacarada donde guardaba las escasas joyas que las novicias portaban a su entrada en el convento, y aunque resultaron no ser los suyos, los que su madrina le había regalado el día de su bautismo, los dio por buenos.

—No se trata de presumir, hermana —dijo muy seria la superiora—, se

trata de ocultarse, así que no encuentres gusto alguno en peinados ni en joyas, porque esto es un disfraz, solo eso. Ocúltate tan bien como puedas, no te hagas notar, y, cuando todo esto termine, que el Señor te encuentre sin haber quebrantado ni por un instante sus mandamientos. Y una cosa es que no lleves hábitos y otra muy distinta que caigas en la tentación de la autocomplacencia: bajo ningún concepto se te ocurra pintarte los labios, no es necesario convertirse en una mujer indecente para escapar de la persecución de los enemigos del Señor.

Inés no había tenido dudas en ningún momento. Por mucho que se dijeran aquellas barbaridades de todo lo que había sucedido en Asturias un par de años atrás, en los días terribles de la revolución, ella no podía evitar pensar en Nozaleda como en un refugio seguro. Pensaba en su padre como en una roca firme, y estaba convencida de que nada malo podría sucederle allí, en la solidez de la casa familiar.

Como no había habido tiempo para que llegara una carta informando de su llegada y las comunicaciones estaban como estaban, Inés se vio en la estación sin saber cómo llegar a Nozaleda, así que trató de recordar cuál era la dirección de su hermano Gregorio, a quien había dirigido algunas cartas a lo largo de los años del convento, y de quien había recibido algunas fotos que le habían permitido conocer a sus dos sobrinas y comprobar, con intervalos de más o menos un año, su crecimiento.

Había visto edificios de cuya imagen guardaba un vago recuerdo convertidos en esqueletos por las bombas arrojadas desde los aviones, según le informó Gregorio, a quien había encontrado en la casa desierta y entregado a la consulta de algunos pacientes, así que no podría llevarla hasta varias horas más tarde. Supo que Mercedes y las niñas estaban en Nozaleda donde sin duda parecía menos probable que se produjeran bombardeos. Mientras la ponía al corriente de los últimos sucesos, escatimando toda clase de detalles en torno a la muerte de Flora, por ejemplo, que había sido por un corto espacio de tiempo su maestra y a quien ella tenía en sus oraciones permanentemente, convencida como estaba de que su alma estaba en peligro por aquellas ideas tan poco piadosas que traslucían de sus enseñanzas alejadas de Dios y de la religión, apareció Onel. Gregorio le pidió que la

llevara hasta Nozaleda, puesto que él no podría hacerlo hasta mucho más tarde, y ella se horrorizó al verlo con un mono azul, en cuyo bolsillo llevaba bordada una hoz y un martillo, que por lo que sabía era el símbolo de los enemigos de Dios. Onel vio el espanto en sus ojos y quitó importancia riendo.

—Bah, mujer, si ni siquiera es mío, puse uno que había en el comité porque me llené de grasa mi ropa por intentar arreglar el coche que tiene que llevar el pan a Tremañes. Que ya sé que te habrán dicho que nos desayunamos cada día un par de niños, pero no.

Aunque siguió sin desaparecer el susto de sus ojos desconcertados, la conversación de Onel, a quien recordaba como un crío que hablaba con los pájaros y que andaba siempre enredando con su hermano, la había tranquilizado e inquietado a partes iguales. Cualquiera de las cosas que él le decía la habrían aterrorizado en el convento, pero allí, mientras bordeaban la costa y le llegaba el olor del ocle en el mar de principios de septiembre, todo parecía más liviano. Menos peligroso.

Por eso le resultó inquietante el estado de su hermana Servanda. La encontró más vieja, con el pelo excesivamente gris (herencia seguro de su madre, que por lo visto había encanecido poco después de casarse), con las manos estropeadas, muy distintas de las cuidadas manos suyas, cuyo máximo trajín eran las labores de complicadas vainicas y bordado *richelieu* y la elaboración ocasional de chulapillas y mantecadas. Pero, con todo, eso no era lo peor. Más allá del deterioro físico, le dio miedo la mirada de Vanda, que siempre había sido dura, pero se había convertido en mineral, como si la posibilidad del brillo la hubiera abandonado, como si no le quedaran lágrimas.

—¿Quién te trajo? ¿Ese hijo de Satanás? Espero que no se haya acercado ni siquiera a la portilla de la entrada. Aquí no entra ese enemigo de Dios y de España.

Más que a la guerra y los cambios que trajo para la vida cotidiana, por aquellos días, a Sefa Quintana le daba miedo la melancolía de Liborio. Se sentaba en el despacho anexo a la recepción del hotel, y allí se le pasaban las horas mientras hacía garabatos, incomprensibles dibujitos, en los márgenes de los papeles, de las facturas, de los libros de contabilidad. Ella, que lo conocía mejor que nadie, aparecía con cualquier excusa para contarle un chisme, para traerle alguna noticia o algo que había conseguido saber de alguno de los clientes de su casa, poco cuidadosos a la hora de echar la lengua a pacer, que era una expresión que siempre le hacía mucha gracia a Liborio. Antes.

Esa era la sensación: que el tiempo se había dividido en dos partes, como si en el suelo se hubiera abierto un abismo y el retorno al otro lado ya fuera imposible. Ahora, solo la melancolía. Todo lo anterior cobraba un significado, y las imágenes de aquel otro tiempo, cuando finalizaba el siglo y Canor y él perseguían sueños y mujeres, combinando la intrepidez canalla de Liborio y la admiración tímida de Canor por su amigo. Siempre había sido así: el valiente, el que se metía en líos y sabía cómo salir de todos ellos, el que bordeaba la ley, el imparable conquistador, el que parecía burlarse permanentemente de todo, y a su lado, siempre, unas veces reprochando, otras aconsejando y, en el fondo, seducido siempre por la arrolladora personalidad de Liborio, Canor. Tan incapaz de contravenir las leyes, tan asentado en las enseñanzas de honradez, trabajo y esfuerzo de los Forquetos, y que, sin embargo, qué curioso, pensaba Liborio, él había sido finalmente el que se había puesto el mundo por montera. No solo se había quedado con la única mujer que de verdad le había

interesado a Liborio. También había sido el que más se había jugado desertando cuando debía incorporarse a filas. A Liborio le conmovía especialmente aquella imagen de Canor, los pulgares en los bolsillos del chaleco que se ponía los domingos, paseando los dos por la parte baja de Cimadevilla, los barcos del muelle como promesa, el plan, las dudas de Canor (*cómo voy a marchar pa Cuba si voy huyendo de la guerra de Cuba*), su propia suficiencia (*por eso, Canor, por eso, a la guerra le quedan los días contados, y nadie va a buscarte allí, dice el enganchador que conozco que es el mejor momento para instalarse en La Habana, tiene tus papeles preparados y los contactos, todo irá bien*). Y aun así, el miedo que sintió en todo el tiempo que no supo de él hasta aquella carta, las noticias de uno y otro lado, el retorno, Flora en medio de los dos, la renuncia, la alegría que terminaba con un sabor un poco triste cada vez que los veía juntos, tan bien, tan tranquilos, tan felices. El dolor de la muerte, la forma en que se paró su corazón cuando lo vio en el fondo del acantilado, aquella postura imposible, la certeza que tuvo entonces de que solo termina retorcido de ese modo en el suelo quien ha peleado en el aire por agarrarse a la nada, quien no quiere saltar, quien no quiere morir. Y la culpabilidad terrible por no haber sabido cuidar de Flora, por no haber cumplido con el deseo nunca verbalizado, que sintió como un mandato inexcusable, de ser su protector, de cuidarla por él.

Sefa y Liborio no habían vuelto a hablar de *aquello* a lo que ni siquiera nombraban en su pensamiento. En realidad, ninguno de los cuatro que habían participado en la muerte del capitán Pastor, aunque en el caso de Sefa hubiera sido de un modo únicamente presencial, habían vuelto a mencionarlo. Las circunstancias no habían querido que volvieran a reunirse todos, y lo que hasta ese momento era bastante habitual, porque de un modo u otro todos terminaban recalando en el bar del hotel donde compartían mesa hasta la madrugada, no había vuelto a suceder.

A veces, Liborio incluso llegaba a pensar si no habría sido todo un sueño. Pero era solo un instante, como si un rayo iluminara la noche oscura y momentáneamente hubiera hueco para una ilusión, para la mentira amable, para el alivio tras la pesadilla, el tiempo justo para generar una duda acerca de si lo sucedido habría sido real o no, porque inmediatamente era el abismo,

el suelo abriéndose a sus pies, la certeza de haber hecho algo irreversible. Y también porque había sido el primero en asestar un golpe, no podía evitar la angustia, que le dejaba arañada en la cara la huella de la culpabilidad. Y así naufragaba cada noche, amarrado inútilmente a una botella de ginebra en un sueño del que ni siquiera salía del todo, cuando Sefa, como una madre de corazón inquebrantable, lo arrastraba como podía hasta su cuarto, hasta la cama, que difícilmente alcanzaba la condición efímera de bote salvavidas, de asidero incierto en el que terminaba de consumarse el definitivo naufragio.

Fue por entonces cuando, de manera tan inexplicable como inesperada, a Onel le dio por empezar a hablar de la felicidad. Acostumbrado a la levedad que solía imprimir a sus conversaciones, Gregorio pensó en un principio que estaba bromeando, porque solo podía ser un chiste, y de dudoso gusto, hablar de felicidad con lo que tenían encima (literalmente: los aviones de la Legión Cóndor hacían frecuentes visitas caligrafiando sobre el cielo de la ciudad sus amenazas de muerte y espanto) y con la oscuridad, que parecía cernirse a cada día que transcurría desde aquello que empezó siendo un golpe de Estado y al que Gregorio, mucho más optimista que Onel, auguraba una existencia efímera, que se extendía como una marea de aceite hirviendo, arrebatando territorios a la legalidad y convirtiendo a todos, los unos y los otros, en la peor fotografía de sí mismos.

Y, sin embargo, a medida que hablaba de la felicidad como una conquista o, más aún, como un destino, parecía como si los edificios derruidos, las noticias de asesinatos, la escasez de todo, que terminaba por oscurecer el entusiasmo de milicianos y la sonrisa en flor de las milicianas del mono azul, las noticias que se adivinaban bajo los titulares triunfales de los escasos periódicos que se publicaban, la impostación de las noticias en los espacios informativos radiofónicos —precedidos siempre por el parte de guerra—, como si todo, de pronto, se desvelara como una dimensión desconocida. Y Gregorio terminó por entender de qué hablaba Onel cuando hablaba de felicidad.

Tuvo mucho que ver en aquel estado de luminiscencia interior que Onel le

había contagiado el hecho de que su vida, de repente, se hubiera visto transformada por la ausencia de Mercedes y las niñas, a las que había puesto todo lo a salvo que se le ocurría que se podía poner, en la casa de Nozaleda. Ciertamente Mercedes se había encabritado, había manifestado su enfado con un repertorio de frases en las que se mezclaba el rencor con la firme decisión de no recluirse por nada del mundo en la casa de los suegros, incluso había levantado la voz y había tratado de hacer cómplice de sus protestas a Valeria, que había llorado con amargura, mezclando, además de su desagrado por tener que irse a vivir a Nozaleda, su secreta intención de conseguir conmover el corazón de su padre. Parecía que la aventura terrible que habían vivido días atrás, cuando tuvieron que correr hacia el refugio del paseo de Begoña no había sido suficiente, aunque lo que Gregorio ignoraba era que de Mercedes tiraban todo su grupo de mujeres y las llamadas a la resistencia que la Hidalga (*tenemos que estar aquí porque van a llegar los nuestros, van a llegar*) repetía una y otra vez. Su marido, que había participado de la sublevación los primeros días de la guerra, había sido hecho prisionero, y, aunque todos los días llegaban noticias de que había sido ejecutado, se desmentían poco tiempo después y ella, Isabelita, abandonaba su gesto de angustia de presagiada viuda y volvía a endurecer su rostro con la altivez y la arrogancia de mantenerse inflexible, porque los días de la victoria estaban próximos.

Valeria se había empleado a fondo también. Odiaba Nozaleda, odiaba a los palurdos de sus habitantes, no soportaba a su tía Servanda y su rictus amargo, temía al abuelo Honorino, aunque jamás habría podido explicar la razón, odiaba el olor del pueblo, el frío que se colaba en invierno, el sol que amenazaba, aunque nunca lo había conseguido, con hacer que en su piel brotaran las terribles pecas, en verano, no soportaba a la abuela y su manía de estar haciendo floritos a todas horas para aplacar sus muchos, indeterminados y seguro que imaginarios males, empeñada en hacer extensible su consumo a todos los miembros de la familia, *pa que nunca estéis tan enfermos como yo*. Como su madre, hacía ascos a la comida, al pote de nabos o de berza, odiaba la leche, y no entendía cómo Gadea no encontraba nada mejor que acompañar a su abuelo a ordeñar a la cuadra y beber (*Por Dios bendito, pero qué asco, por favor*) leche recién ordeñada que su abuelo le daba en la tapa de la

lechera que utilizaba para recogerla, y no contenta con eso, llegaba luego a casa de la mano del abuelo exhibiendo orgullosa el bigote blanco que le quedaba al beber. Odiaba los vaticinios de su abuela, siempre profetizando desgracias, el olor acre de los dormitorios, el cuadro del espantoso bodegón del comedor, los cubiertos que Servanda limpiaba sin parar, por si tenían cardenillo, que era venenoso y podían morir si no estaban bien limpios, lo que hacía que a la poca apetencia que le suscitaban los menús aldeanos se sumara el temor a la muerte por los cubiertos. Odiaba a los criados que trabajaban las tierras del abuelo, y que siempre andaban atravesados por el portalón, con la excusa de hacer algo, de la enorme casa mariñana, que cuando su padre era pequeño ya se había transformado toda ella en vivienda, contraviniendo la costumbre y alejando de la familia (Honorino era muy exquisito con la higiene y el progreso) los animales, que tiempo atrás vivían al otro lado del portalón. Odiaba a los niños de Nozaleda porque se reían de ella y de sus vestidos de organdí y de sus lazos, y no entendía por qué, en cuanto llegaban, Gadea ya estaba corriendo en dirección a la pequeña plaza donde se reunían todos, y no podía evitar sentir un poco de envidia, unos celos absurdos, porque se divertía con ellos, aunque rápidamente secuestraba aquel sentimiento, consagrándose a la razón: cómo no iba a hacer buenas migas Gadea con ellos: igual de zarrapastrosos, igual de palurdos. Ni ella ni su madre estaban tampoco dispuestas a tener que prescindir del servicio, y sabían que en Nozaleda había que arrimar el hombro, que por mucho que Servanda trabajara como una mula, siempre había algo que hacer.

Aun así, intentos de razonar y rabietas incluidos, no hubo forma de que Gregorio cediese, y una mañana de septiembre comenzó aquel extraño paraíso, aquella isla de felicidad en mitad de un océano gris, con que los dioses, caprichosos como son, habían decidido premiarlos.

La lluvia que era como una salmodia que caía despacio, más como caricia que otra cosa, tan distinta de las lluvias, contundentes, extremas, que ella conocía. Aquella neblina que desdibujaba contornos y convertía en fantasmales los paisajes y hasta las personas. Aquella música con que se acompañaban las palabras y lo difícil que se hacía entender a quienes en teoría hablaban el mismo idioma. El frío húmedo colándose por las rendijas de la casa que ocuparon de forma provisional mientras se construían la suya. Y aquella inquietud, como si viviera en uno de esos sueños que tenía a veces, en los que intentaba correr pero no avanzaba ni un milímetro, porque, mirara hacia el punto que mirara, en su vida todo había sido así: un viaje a ninguna parte sin moverse del mismo sitio.

Y ahora que estaba ya tan cerca, ahora que había cruzado un océano, después de una vida de derrotas y naufragios, el país estaba en guerra y ella estaba en la tierra conquistada por uno de los bandos. Y Nozaleda al otro lado de la frontera portátil que separaba el triunfo del golpe de Estado, de la resistencia de la República, y pasar de un lado a otro, imposible a pesar de las noticias que traía Aurelio cuando iba a Ferrol y hablaba con viejos amigos militares, afectos al general que había protagonizado lo que algunos habían pensado, en su ingenuidad, que era una asonada más de un ejército enfadado, y que, poco a poco, con la ayuda del fascismo europeo y utilizando en su favor los errores de un enemigo con más tendencia a la división interna de la deseable, podría terminar por hacerse con el control total de la nación. Aurelio Varela, que no se cansaba de pasearla por el

pueblo como si llevara de su brazo a poco más que una adolescente cimbreante, que era lo que seguía siendo en su mirada de hombre absolutamente enamorado, insistía en que pronto podrían viajar a Asturias, la columna gallega avanzaba y el camino estaría libre.

Pero los días pasaban, la lluvia continuaba rezando sus jaculatorias, y Cachita trataba de engañar su desánimo, el pensamiento que con vocación repetitiva e incansable colonizaba su cerebro: los errores se pagan hasta el final, no hay segundas oportunidades, no voy a conseguirlo nunca, toda mi vida ha sido un rosario de decisiones equivocadas, y el abrazo y el perdón parecían tan inalcanzables como si desde el principio de los tiempos los dioses hubieran decretado la imposibilidad de cualquier ceremonia de encuentro, y todo había sido diseñado con el único fin de mostrarle que al destino no se le puede hacer trampas, que al final siempre termina por imponer su decisión. Incluso las veces en que parecía estar tan próximo, siempre había sucedido algo, siempre se había cruzado la imposibilidad con el disfraz más oportuno a cada momento, y había tenido que hacer acopio de algo que Aurelio le recomendaba siempre tener como antídoto a todos los males y que ella, desde niña, había desechado de su equipaje: la paciencia.

Y, sin embargo, aquellos días que primero fueron semanas y más tarde meses que no se terminaban nunca, Cachita Lavín aprendía la asignatura más difícil, la de esperar, y con su voz desafinada, pero también desafiante, tarareaba aquella copla que había oído una vez en la radio y que, como las verdades inamovibles, había decidido quedarse instalada en su conciencia: Várgame san Rafael, tener el agua tan cerca y no poderla bebé...

Muchos años después, cuando la niña Valeria ya estuviera acabando su vida, habría de recordar, sentada frente a la psicóloga con la que estaría haciendo terapia, los días de entonces, aquellos quince meses largos de guerra, especialmente los transcurridos en Nozaleda, y, al hacerlo, la memoria, traidora unas veces y delicadamente balsámica otras, seleccionaría con cuidado las imágenes que terminaban por constituir su único equipaje en la vida.

Atrapada por la pubertad y sus vaivenes, Valeria percibió la guerra como un doble castigo: no solo había quebrado su normalidad, la había arrancado de la vida que era suya, del lugar al que sentía pertenecer, para colocarla en un sitio que aborrecía, con una familia que no le provocaba más que desdén, lejos de sus amigas, de su colegio, de su casa. La coartada incontestable, aquello de lo peligroso que era vivir en Gijón, y los bombardeos, y la inseguridad, le resultaba una precaución excesiva. No era para tanto. Ciertamente que todo estaba manga por hombro, que a veces sonaban las sirenas y había que bajar corriendo al sótano, donde estaban las carboneras, y que salían poco a la calle, y que a veces, cuando lo hacían, se veían cascotes, o cristales rotos en las aceras, y que no había tanta comida como antes, y que por las calles te encontrabas a milicianas que fumaban y decían palabrotas, vestidas con aquellos monos azules, pero nada de eso compensaba aquel exilio rural. Ya bastante duro era tener que ir cuando las fiestas del Carmen, y otras veces que sin más ni más su padre decretaba que había que visitar a los abuelos y a la tía Servanda. Además de eso, lo peor de todo era sentirse extranjera en un mundo

que odiaba y que a su hermana pequeña, por el contrario, parecía entusiasmarla.

Si Valeria no se hubiera pasado aquellos largos meses en Nozaleda lamentándose por su suerte, vapuleada por los cambios de humor que las hormonas habían decretado en su cuerpo en cambio, y arrugando la nariz ante cualquier olor desagradable (y todos los del pueblo lo eran para ella), seguramente habría podido entender de qué forma los acontecimientos, tan decisivos para su familia, se habían ido cocinando a fuego lento hasta llegar a un punto de ebullición ya sin retorno.

Habría prestado atención, por ejemplo, a los cambios en el carácter de su tío abuelo, Clemenciano Santaclara, que se traducían también en su apariencia física. No había querido abandonar su querida parroquia, alentado por la certeza de que si había sobrevivido a la Revolución del 34 pese a haber estado a punto de ser ejecutado (cuando hablaba de ello, solía liquidar el asunto con un par de frases para no entrar en detalles y no tener que reconocer el agradecimiento que sin duda le debía a Onel), nada lo iba a apartar de sus feligreses, más necesitados que nunca del consuelo que proporcionaba la religión y la Iglesia.

En realidad, si nadie molestó, a pesar de que era público y notorio su apoyo a las derechas, a Clemenciano Santaclara, más allá de algunos insultos y algunas amenazas proferidos por unos cuantos milicianos que pasaron por el pueblo a *pedir amablemente* colaboración para los comités de abastos de cara a incrementar las raciones asignadas a los más desfavorecidos con motivo de las fiestas de Navidad, fue por la reputación de sus hermanos. Liborio, con su facilidad para moverse en los ambientes más diversos, su carácter, risueño y golfo, y su generosidad, se había ganado la simpatía de muchísima gente, y Honorino, tan recto y tan justo, tan próximo a los movimientos sociales, tan respetuoso y tan afable, era conocido y querido entre los veteranos y respetado entre los más jóvenes.

Y además, y sobre todo, estaba Onel, protector invisible de Nozaleda, que convertía en intocables a las personas que lo habitaban.

En otras circunstancias, Clemenciano Santaclara seguramente dedicaría mucho tiempo, hasta convertirlo en su propia y personal cruzada, a bramar

desde el púlpito pero andaba sumido en su propia angustia desde la desaparición del capitán Pastor. Aunque algunas noches soñaba que lo veía venir cruzando el campo de la iglesia, como tantas veces, o que estaban en su despacho tomándose una copita y charlando animadamente, su cabeza le decía que el capitán estaba muerto. Y si estaba muerto solo había dos opciones: que alguien lo hubiera asesinado o que él mismo, Dios no lo quisiera, se hubiera quitado la vida. En los días en que se sentía más optimista, el cura pensaba que tal vez había tenido un mal encuentro y lo habían asesinado y arrojado su cuerpo al mar. Eso sería una gran noticia, porque sin duda Pastor habría tenido el tiempo suficiente como para arrepentirse de sus pecados, por gordos que fueran, y el Señor, en su infinita misericordia, lo habría perdonado (aunque una temporadita en el purgatorio seguro que no se la quitaba nadie), y él podría liberarse del peso insoportable de la culpa de haberse escondido como un conejo cobarde para evitarse el peso de aquella confesión. Si, por el contrario, el capitán se había suicidado, entonces todo era desastre y las noches un naufragio insomne, porque, de ser así, aunque el capitán Pastor se hubiera arrepentido de los pecados que él no le había perdonado a través del santo sacramento de la penitencia, el hecho de darse muerte ya lo condenaba al infierno, y eso no habría sucedido sin él.

Clemenciano Santaclara se sentía, de cualquier modo, en deuda con el Altísimo, y a ello contribuía el hecho de que aún no había encontrado el modo ni la fuerza suficiente como para acudir él mismo a confesarse. Tampoco el confesor adecuado, y su conciencia seguía siendo un océano de culpabilidad en el que siempre terminaba naufragando de madrugada, incurriendo en faltas que rozaban la frontera de algún que otro pecado capital, aunque sin llegar del todo, no fuera a ser que la lista de sus culpas se incrementaran y llegaran al territorio peligroso del sacrilegio, porque seguía comulgando cada mañana en la misa diaria que celebraba con media docena de feligresas.

Entre ellas estaba Inés. Un ángel de pureza y santidad a quien los años transcurridos en el convento casi le habían hecho nacer unas alas que, aunque invisibles, podían adivinarse en los escasos momentos (siempre camino de o en la iglesia) en que se la veía fuera de casa. La presencia de Inés no había hecho otra cosa que amargar aún más a la amarga Vanda, cuyo carácter arisco

y angular se había convertido, además, en abiertamente beligerante, hasta ganarse la reprimenda de Honorino, que mezclando el temor por su hija y su abierta hostilidad hacia el gobierno legal, con los problemas que podría suponerle, y su propio desagrado por lo injusto de sus críticas, la había advertido seriamente de que ni se le ocurriera decir fuera de casa nada de lo que estaba soltando por aquella boca. Y que incluso en casa debería medir sus palabras. Esto había suscitado una sonrisa ladeada en Mercedes, que en aquel momento volvía de la despensa con uno de los frascos donde habían hecho dulce de membrillo a principios del otoño. Ella se cuidaba mucho de decir nada, entre otras cosas porque despreciaba lo suficiente a su cuñada, a pesar de la hermandad ideológica que extrañamente las unía, y además trataba de pasar aquellos días, que se hacían interminables lejos de su casa en la ciudad, de la mejor forma posible. Y la mejor forma posible consistía en maquinarse mentalmente, en dejar la imaginación libre, basculando entre la idílica imagen de la sociedad por venir, *cuando lleguen los nuestros*, y las historias románticas que había llevado consigo la mañana que salieron de Gijón en el fondo de la maleta, que guardaba bajo el colchón, en el cuarto que había sido de Gregorio y que le habían adjudicado. Ese era otro de los problemas, el de la distribución en los cuartos. La casa de los Santaclara era envidiada en Nozaleda por el número de cuartos, que siempre había permitido (en tiempos en que Honorino y sus hermanos eran pequeños y posteriormente con sus propios hijos) que cada hijo tuviera su habitación. Pero, con la llegada de la familia de Gregorio y la vuelta a casa de Inés, las estrecheces se hacían notar, y así Servanda llevaba con poca resignación tener que compartir cuarto con su hermana, incluso aunque esta hubiera optado, con la ayuda de su padre, por colocar un estrecho jergón que al menos las libraba de tener que dormir pegadas, aun así no era suficiente para permitirle a Servanda sus expansiones y ensoñaciones secretas. También para Valeria y Gadea, aunque estuvieran acostumbradas a dormir en el mismo cuarto, compartir la antigua cama de Inés era una tortura. Muchas noches Valeria terminaba por trasladarse al cuarto de su madre, huyendo del sueño agitado de Gadea y su tendencia a dar patadas, y se acurrucaba en la estrecha cama que había sido de su padre. Ese era otro de los territorios del conflicto, porque los días que Gregorio llegaba desde Gijón

compartía cama con su mujer, y eso provocaba situaciones incómodas en dos personas que no deseaban tocarse y a quienes en más de una ocasión la inconsciencia del sueño y la obligada proximidad había jugado una mala pasada.

De todas formas, cuando Gregorio pasaba las noches en Nozaleda, era muy raro que no hubiera algún tipo de conflicto, puesto que casi siempre aparecía Onel, cuya exquisita educación era muy celebrada siempre por Honorino, que lo quería casi como si fuera el cuarto de sus hijos, para disgusto de su mujer, que nunca lo había mirado con buenos ojos: a saber qué origen tenía aquella criatura que bien podía ser un gitano, con la piel tan oscura que tenía (los conocimientos étnicos de Catalina Valdés no eran muy extensos). Onel solía llegar por la noche, un par de horas más tarde de que lo hubiera hecho Gregorio, y lo hacía en alguno de los coches que había cedido al comité, uno de los cuales se había convertido en un *tiznao* y lo tenían en el frente de San Esteban de las Cruces. Siempre traía alguna chuchería para las niñas y, a veces, incluso compartía cena con la familia, ante el disgusto sin disimulo de Servanda, que expresaba su enfado en el trato que les daba a los platos cuando los recogía de la mesa y en el hecho de que siempre, sin excepción, colocara la fuente donde se amontonaban las patatas fritas y los huevos en el extremo opuesto de donde hubieran sentado a Onel, a quien no podía mirar sin pensar en que formaba parte del enemigo ni sin ver en él al asesino sin rostro que le había arrebatado al amor de su vida (a Servanda le gustaba referirse de este modo a Eduardito, aunque solo lo hiciera en el secreto de su pensamiento). No podía soportar tampoco que su hermana Inés lo mirara con aquella cara de boba y le riera las gracias de aquel modo tan poco recatado que hasta su madre la miraba con desaprobación.

Después de la cena, y a requerimiento de Gadea, Onel siempre se pasaba por su cuarto para darles las buenas noches, para hacer alguna payasada: un truco de magia, para cantarles alguna canción o contarles algún cuento, que Valeria, que se sentía lo suficientemente mayor para esas tonterías, fingía no escuchar mientras intentaba evitar que aquel sentimiento de envidia que sentía hacia Gadea, obviamente la favorita de Onel, se le instalara en la garganta porque, si lo hacía, ella estaba segura de que terminaría por asfixiarla.

Era marcharse Onel, que o bien volvía a Gijón o bien se quedaba en la casa que había sido de su padre, y en la que su hermana Camila estaba pasando también los meses más duros de la guerra con sus niños, y empezar en la cocina la misma discusión: Honorino afeaba a su hija Servanda su pésima educación y su abierta hostilidad hacia Onel, y esta argumentaba que cómo podía defender a un enemigo de la patria como era Onel. La primera vez que Honorino oyó aquello se quedó mudo de asombro. Intentó varias veces abrir la boca para replicar lo que acababa de escuchar, y, solo después de tomar aire y de tratar de contener la mezcla de estupor y de indignación, le había dicho muy despacio:

—A ver si vamos a estar todos locos. Aquí los únicos enemigos de la patria son los que dieron el golpe de Estado en África y avanzan mucho más de lo que nadie se imaginaba. Onel es leal a la República, yo no sé de dónde sacas esas ideas.

Desde aquel día, la situación, las frases, los reproches, las discusiones se habían repetido con puntualidad ceremonial, y, la mayor parte de las veces, Honorino, sorprendido por la beligerancia de Servanda, terminaba por poner punto final desde su condición de padre de familia y, por tanto, autoridad absoluta de la casa. Pero no dejaba de preocuparlo el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Pensaba que lo de Servanda era una chifladura bastante inofensiva que venía de su hermano Clemenciano y sus ideas, pero el discurrir de la guerra, a pesar de lo que podía leerse en los periódicos, empeñados en elevar la moral a costa de alguna que otra mentira y no pocas exageraciones, no parecía muy alentador: los llamados nacionales avanzaban y a la República cada vez le costaba más contenerlos.

Después, cuando el silencio ocupaba la casa, y Servanda masticaba su desprecio para no sentir dolor, y las niñas se dormían con las notas de la última canción de Onel, que habían quedado prendidas en el aire de su cuarto, y mientras Inés no podía evitar (más tarde, de madrugada, aprovechando el sueño de su hermana, se levantaría de la cama y sacaría los garbanzos secos que siempre llevaba en el bolsillo para ponerse de rodillas en el suelo sobre

ellos y no levantarse, aguantando el dolor hasta haber rezado el número de avemarías que le parecieran oportunas para que el Señor la perdonara por haberse reído con las cosas que contaba uno de los enemigos de Dios y de la Iglesia) aquella alegría extraña que se le instalaba en el corazón cuando escuchaba a Onel, Gregorio se refugiaba, como casi siempre, en el silencio.

Cada noche que pasaba en Nozaleda, no era raro que gran parte de las horas las pasara de pie, ante los cristales del balcón, mirando cómo se movían las nubes en el cielo nocturno y fumando un cigarrillo tras otro, mientras su pensamiento navegaba océanos que Mercedes sabía absolutamente vedados. Tanto que ni siquiera se molestaba en recordarle que se acostara, y se dormía pensando que mejor, más espacio en la cama para ella si él se obstinaba en aquella vigilia cuyo origen ella estaba muy lejos de imaginar siquiera. Tampoco podía sospechar ni por un instante que los ojos de Gregorio, cansados de tanto dolor como había visto a lo largo de la semana en la consulta gratuita en la policlínica del paseo de Begoña, en la que atendía a soldados heridos, no se apartaban de la silueta oscura que dibujaba en la noche la casa donde dormía Onel.

Nunca habló con nadie (a pesar de que tuvo la tentación de hacerlo muchos años después, cuando Gadea lo acompañaba trabajando a su lado en la consulta) de aquella extraña felicidad que la guerra trajo consigo. Si lo hubiera hecho nadie lo habría entendido. ¿Hablar de tiempos felices para referirse a los días de los bombardeos, los enfrentamientos, las noticias de muertos y heridos en el frente, el miedo en la retaguardia? ¿Quién iba a entender eso?

Y, sin embargo, ajenos a la desdicha, al dolor y a las heridas, aunque inmersos en ello, Onel y Gregorio vivieron durante aquel tiempo en una burbuja de felicidad inexplicable. Con Mercedes y las niñas a salvo en Nozaleda y él atendiendo a sus pacientes en las consultas de pago y brindando su ayuda desinteresada para curar a algunos heridos que venían del frente cuando era necesario y a los que enfermaban en las trincheras por el frío del invierno y la humedad y a los que, enviados a fortificar, retornaban en pésimas condiciones, Gregorio había alcanzado una extraña plenitud en su condición de médico. Por primera vez encontraba el verdadero sentido de su vocación, y aunque siempre se había entregado a cada uno de sus enfermos, era con estos hombres con los que se conmovía, como un par de años atrás, durante la revolución, se había conmovido con los heridos que Onel le hacía llegar clandestinamente. Veía cuerpos destrozados por los bombardeos, aplastados por edificios que se venían abajo y pillaban a alguien que no se había podido poner a salvo a tiempo. Curaba los cuerpos de soldados que traían desde el frente, aplicaba sus conocimientos para sanarles las pulmonías, las

infecciones, las heridas de bala, pero también los escuchaba, y a veces hasta conseguía que pudieran expresar las cosas que les pasaban por dentro, las heridas del corazón, las ausencias y los temores, la desilusión, el miedo haciéndose dueño de su entusiasmo, la parálisis emocional en que los sumía la muerte de compañeros, el odio como motor, la pérdida. Alguna vez atendía a alguna miliciana de las pocas que estaban en el frente, algún embarazo a destiempo pésimamente interrumpido, heridas por alguna bala que no les correspondía, si la mayoría ni siquiera cogían el fusil, pero allí estaban, preparando comidas, haciendo curas. Hasta que las echaron, después de unos meses de batirse el cobre como cualquiera de sus compañeros varones. Que transmitían muchas enfermedades venéreas, dijeron los mandos, y que la tropa no se lo podía permitir. Eso dijeron.

Onel formaba parte de todo lo que podía, y si bien no había partido al frente, como Emilio, con el batallón anarquista Víctor, su labor en la ciudad se había convertido en indispensable, en el comité de abastos y en cuantas iniciativas era necesario poner en marcha. Hasta había colaborado en la creación de un coro antifascista, el coro de milicias, que amenizaba las tardes del domingo con sus interpretaciones.

A veces, cuando Emilio regresaba del frente con algún permiso, se reunían en el Cantábrico con Liborio y bebían mucho y hablaban más: empezaban por el recuento de avances y retrocesos, examinaban los periódicos y trataban de leer entre líneas, escuchaban alguna emisora de radio con voces que llegaban de puntos que parecían remotos, y cuyas palabras apenas podían entender porque eran como islas diminutas en un mar de ruidos e interferencias, comentaban las últimas noticias, los planes urbanísticos para la ciudad que estaba emprendiendo o que proyectaba la gestora municipal, y que irían encaminados a modernizar extraordinariamente la vida de sus habitantes, aunque de momento casi todos andaban lamentándose por aquella fiebre de demoliciones que se confundían con los edificios dañados por los bombardeos: bajo la piqueta habían caído manzanas enteras, como las casas de Veronda, la manzana donde había estado el hospital de Caridad y, por supuesto, los viejos balnearios de la playa y la iglesia de San Pedro, que ya había sufrido daños durante la revolución. Estaba en el aire, aunque el

proyecto existía, conseguir hacer una vía costera que recorriera todo el litoral gijonés: la gran duda, y sobre esto podían discutir durante horas, era si se conseguiría vencer las resistencias y acabar con el Club de Regatas, que era el principal escollo para conseguirlo. Sucedió entonces que, poco a poco, sin darse cuenta, abandonaban aquel catálogo de proyectos, frases y consignas, las ideas que se repetían, para creerse que aquella esquina de la vida que les tocaba vivir no era una colosal mentira, y hablaban de ellos mismos, acudían a los recuerdos como si en el pasado habitara la única idea posible de inocencia, revivían a unos y a otros a partir de la memoria que guardaban, volvían a llenar los vasos cuando los nombres de Flora o de Canor o de los abuelos Tomás y Amparo iluminaban como un fogonazo el aire enrarecido por el humo de los cigarros, reían recordando viejas anécdotas y volvían a vaciar otra botella en los vasos conjurando el temor, celebrando la vida, hasta que caían en la cuenta de que era muy tarde, que mejor no salir a la calle, y acababan dormidos de cualquier manera, abrazados a la amistad incombustible como única tabla de salvación de cualquier naufragio.

Y luego estaban las noches que Onel y Gregorio pasaban solos: el cine en los Campos Elíseos o en el teatro Dindurra, la última función a las siete y media de la tarde, con el tiempo justo para recogerse después sin contravenir el toque de queda, y contemplar, desde el balcón de la sala de casa, la Plazuela desierta, el pavimento mojado, los árboles desnudos, esqueletos verticales de vida en suspenso.

Hablaban en susurros, con la sensación de ser los únicos habitantes de la ciudad, y en parte lo eran. En su edificio, la mayoría de la gente, especialmente las familias con niños, había huido a las aldeas donde familiares o amigos pudieran refugiarlos. Hablaban también en susurros porque algo de clandestino había en aquellas horas arrancadas al día y que sabían propias. Algo que trascendía las disposiciones o las costumbres y que solo les pertenecía a ellos.

Cenaban parrochas, porque el pescado por aquellos días, y sin que se supiera muy bien la razón, era abundante, que impregnaban el aire de una cotidianeidad que estaba lejos de existir, y racionaban el vino bueno. A veces reían por cualquier tontería, o se emocionaban con el relato de alguna de las

historias que el día hubiera podido dejar en su mirada.

Más tarde, boca arriba en la cama, fumaban despacio y apenas hablaban, como si la felicidad fuera a escaparse a través de las palabras y solo permanecer así, tumbados el uno al lado del otro, atrapara el infinito de cada uno de aquellos instantes.

Y, sin embargo, protagonistas del descubrimiento más extraordinario, conocedores del secreto de la construcción de una isla propia que los mantenía a salvo de los embates furiosos de aquel mar embravecido, ni siquiera aquel misterio feliz podía salvar a Onel de la angustia que le provocaba desde niño, algunas veces de forma insoportable, el momento en que descorría el velo entre la vigilia y el sueño. El instante mismo inmediatamente anterior a quedarse dormido, cuando de golpe aquello que no podía identificar lo devolvía a la consciencia, a las paredes, a la cama. Aquella sensación intolerable de que algo le faltaba, de que algo no estaba bien, de que había olvidado algo imprescindible, tanto que siempre terminaba por palpase el cuerpo, convencido de que había perdido un brazo, o una pierna, algo que le hacía mucha falta y que no estaba allí, la desesperación de la ausencia, que ni siquiera la cercanía de Gregorio conseguía arrebatarse. Solo cuando la tibieza de su cuerpo se mezclaba del todo con la suya y los brazos de Gregorio eran cárcel y refugio conseguía regresar lentamente a la respiración que lo conduciría al sueño mientras escuchaba, como de niño escuchaba la voz de la abuela Amparo en su cama de Nozaleda, las mismas palabras: *Yo no voy a dejar que te pase nada malo, Onel, yo estoy contigo siempre...*

Con la llegada del verano, el tiempo, que parecía detenido en Nozaleda desde varios meses atrás, comenzó de pronto a dejar que se colara por sus costuras la sensación de que algo estaba cambiando. Fue como el verano anterior, cuando todos creyeron que aquello de la guerra sería cosa de días, como lo había sido la revolución, pero esta vez la certeza de que las cosas avanzaban se imponía al discurso oficial, entre otras razones porque la cápsula en la que las noticias del gobierno del Consejo Soberano de Asturias que había decretado de hecho la independencia de la región los aislaba se resquebrajaba con las noticias de primera mano de los soldados que volvían, heridos o enfermos, y contaban que los avances no eran tales, que con no perder posiciones ya se daban con un canto en los dientes, y que una prueba de que las cosas iban mal (caían uno tras otro pueblos y ciudades por toda la Península) era que si bien los primeros días el movimiento de deserciones y abandonos iba del bando de los sublevados al de los republicanos, en los últimos tiempos cada vez eran más los que en cuanto tenían ocasión se pasaban al bando que ya se conocía como el de los nacionales. Hasta el nombre nos están quitando, decían con amargura.

Estas noticias, que perturbaban sobremanera a algunos vecinos, que temían por la vida de sus hijos en el frente, llenaban de alegría al resto, especialmente a Servanda y a Mercedes, que vivían para ver entrar a los suyos, la una porque la venganza crecía en su corazón como una marea inexorable, y la otra porque no veía el día de volver a su casa, a su vida, a las reuniones con sus amigas, a las tiendas y a los escaparates. A Valeria le

pasaba algo parecido: había conseguido abstraerse y estar en Nozaleda sin estar del todo: sus pies pisaban los caleyes, el campo de la iglesia, los caminos rodeados de zarzas, de las que huía convencida de que albergaban un número innumerable de serpientes, pero su cabeza vivía en el recuerdo de Gijón, en el deseo gigantesco de volver a dormir en su cama, en las conversaciones que mantendría con sus amigas (dónde habrían pasado ellas la guerra, qué aventuras habrían vivido), en las que trataría de disfrazar lo más posible aquella vida pueblerina, hasta el punto de que no descartaba inventarse un pretendiente, alguien interesante y mayor, ajeno al pueblo, naturalmente, y, como ella, temporalmente prisionero de las circunstancias. Aunque Honorino disfrutaba de tener a la familia en casa (no porque sintiera muchas simpatías por Mercedes, a la que, sin embargo, quería sinceramente, ni por la nieta mayor, que estaba claro que no sentía aprecio alguno por Nozaleda, sino porque Gadea se había convertido en su cómplice perfecta, hasta había aprendido a segar con la guadaña para espanto de Servanda), su mujer, Catalina, no podía soportar a aquella nuera tan estirada. Nunca había podido con ella, ya desde el principio y lamentaba mucho que fuera Mercedes la que estuviera viviendo a cuerpo de reina del esfuerzo que durante años les había supuesto tener a su hijo lejos estudiando. Las niñas tampoco le hacían mucha gracia: Valeria era igual que su madre de estirada y tonta, y la pequeña tenía algo que no terminaba de convencerla. Por más que la miraba no veía nada de su hijo en ella, era como si la hubieran cogido del hospicio, y eso la desasosegaba.

Inés estaba deseando también el fin de la guerra. Durante meses había vivido en un extrañamiento permanente, y su encuentro con el mundo, al otro lado de los protectores muros del convento, había terminado por desordenar su conciencia. Qué razón tenía la madre superiora advirtiéndola de las asechanzas del demonio... No había llegado a pecar, claro, pero qué fácil le parecía caer en las tentaciones, cuánta penitencia había tenido que hacer para mantener a raya cualquier señuelo del maligno. Ojalá la guerra terminara cuanto antes, ojalá pudiera volver a la seguridad de los días iguales.

La zozobra de Clemenciano Santaclara había disminuido considerablemente después de encontrarse con un antiguo compañero de

seminario que se refugió durante un par de meses en casa de unos familiares de Nozaleda. Aunque no llegó a confesarse con él, mantuvieron largas conversaciones, y algo empezó a aclararse en el oscuro horizonte por el que navegaba la conciencia de don Clemenciano: el Señor era justo y misericordioso, Él, en su infinita sabiduría, sabría poner en su camino la ocasión para compensar, para resarcir la ofensa causada.

—Pronto se terminará todo esto, amigo Clemenciano. Vendrán los nuestros y traerán consigo un tiempo nuevo y una patria en la que reine por fin el temor de Dios y la religión. Entonces habrá ocasión de hacer buenas obras, porque aunque lleguen la victoria y el triunfo del bien sobre el mal, quedarán muchas malas hierbas que arrancar. Habrá mucha tarea para culminar con bien la obra del Altísimo.

Después de lo del Mazucu, donde Emilio Mateo conoció el lado más terrible de la guerra, lo que era mucho decir tras llevar más de un año por los distintos frentes que defendían la Asturias leal a la República, supo que todo estaba perdido. En los treinta y tres días que duró aquel espanto, que a la postre resultó incapaz de contener por el este las tropas del general Solchaga, no hizo otra cosa que confirmar lo que siempre había temido. En realidad, era una sospecha que había tenido apenas un mes después de la sublevación, y que, a pesar del triunfalismo presente por momentos en el bando republicano, había terminado por convertirse en certeza. También tenía que ver con el carácter del propio Emilio, mucho más pesimista de lo que nadie habría podido imaginar jamás cuando lo escuchaban hablar con ardor y entusiasmo de los nuevos tiempos que alumbraría la revolución obrera. Sabía, aunque proclamara encendidamente lo contrario, que el ideal libertario siempre sería aplastado. Quizá no en un futuro, se consolaba en los días en que las trincheras no eran la puerta a la esperanza sino la metáfora de la tumba que los aguardaba a todos, pero no lo verán mis ojos.

Esa certidumbre, la de que la guerra estaba perdida, lo llevó a una resolución que no lo había abandonado desde su terrible experiencia en la cárcel tras la revolución. A él no lo iban a coger vivo, así que preparó convenientemente su plan de huida personal, al margen de las contradictorias recomendaciones que, por lo que sabía, venían del Consejo Soberano. Poca confianza había que tener en socialistas y hasta en comunistas, que ya se sabía cómo se las gastaban. En cuanto el repliegue lo situó en Gijón, buscó la forma

de convencer a Onel para encontrar sitio en uno de los barcos que se estaban preparando para evacuar a republicanos, tanto civiles como militares, pero Onel no quería marcharse. Dio igual explicarle que todo estaba perdido, que lo único que tenían que hacer era ponerse a salvo. Que llegarían a Valencia. Que tal vez desde allí. Onel era partidario de quedarse, de seguir, sin mandos, sin ejército. La guerrilla, le dijo.

Faltaba muy poco tiempo para que Gijón cayera en manos de los sublevados, y Onel seguía esperando la llegada del cargamento de armas que venía en el vapor *Reina*, que ya tendría que haber llegado un mes atrás, y trataba de explicarle a Emilio que aún era posible defender una ciudad donde habían ido congregándose refugiados venidos de pueblos tomados, con la esperanza, todos, de poder huir por mar.

—Están a las puertas de Villaviciosa. No creo que resistan ni dos días. ¿No ves cómo llega gente? Tendrías que haber visto de qué manera huyen los soldados del frente. Ni la mano dura que puso Prada, que ejecutó a unos cuantos mandos para imponer la disciplina, está sirviendo de mucho. Y ellos tienen de todo. No hay nada que hacer.

Hablaban en un rincón del restaurante del Cantábrico, y bebían un aguardiente que rascaba la garganta y contribuía a la aspereza que hasta el aire traía consigo. Acababan de bombardear los depósitos de Campsa, y del incendio llegaba un olor que se confundía con la derrota que empezaba a respirarse. Emilio previno a Onel, aunque este ya lo sabía y no dejaba de vigilar sus espaldas: la quinta columna ya estaba tomando posiciones, y cada vez eran más los que habían permanecido callados y ahora, ¡por fin!, reconocían que ellos, por supuesto, siempre habían apoyado el alzamiento, y que qué mal con los rojos.

—Ni Carrocera ni Ladreda van a embarcarse si no lo hacen sus hombres. Van a quedarse aquí y seguirán peleando, en la guerrilla, donde sea. Yo no me voy tampoco. Si conseguimos ir reagrupando... Además, aunque me cogieran. A mí qué me van a hacer. No he pegado un tiro en toda la guerra. Me he limitado a conseguir que la gente comiera y poco más.

Emilio dejó de intentar convencer a Onel. Si ese era el argumento que esgrimiría ante un consejo de guerra, estaba visto que no tenía ni la más

remota idea de con quiénes y con qué se estaban jugando la vida.

—Además. No va a haber barcos para todos. Si anoche hundieron otro. ¿Cómo va a garantizar Belarmino Tomás la cifra esa que dice de sesenta mil?

Era una buena pregunta, y Emilio no respondió. Miró a Onel y vio al niño al que había empezado a llenar la cabeza de ideas y de verdades, y, de algún modo, allí los dos, en mitad de aquel otoño tan terrible, eran náufragos de las páginas de tantos libros leídos, de tanto pensamiento. Y supo que, aunque su principal objetivo era que no volvieran a cogerlo vivo, tampoco iba a dejar a Onel a su suerte. En cuestión de horas la ciudad sería una ratonera, porque los presos, que alguien se había encargado de liberar, ya patrullaban por las calles, y tenían memoria para ir quitando del medio a quienes hubieran visto al otro lado de sus propias ideas.

Las últimas noticias eran alentadoras, y a ella empezaron a crecerle alas en las ganas y en los pies. Respiraba intentando apresar el aire con avaricia, con la absurda esperanza de que de este modo el tiempo fuera más rápido y el viaje a Nozaleda, por fin, una certeza. Cada avance de las tropas nacionales en el frente del norte era celebrado con entusiasmo porque era la certificación de que su propio avance hacia Él, era posible. Aurelio Varela abrió una botella de un vino que le había regalado uno de sus amigos militares para celebrarlo con Cachita: una nueva patria, un nuevo orden, una esperanza entre tanta desolación, y, por si fuera poco, la posibilidad real de viajar hacia Gijón, que estaba a punto de caer, y con ella, definitivamente, el reducto del norte. En menos de una semana podremos viajar a Nozaleda, le dijo, y ella supo, con la certidumbre de las verdades absolutas, que jamás nadie la había querido tanto y tan bien. El final de la guerra estaba ya más cerca, y aunque a sus amigos esto era lo que realmente les importaba, él sabía que la única victoria que celebraba era la de Cachita, la que dobléaba, y ya era hora, al impasible olvido.

Era el final, y Merceditas ya tenía preparada la maleta con sus cosas y las de las niñas para volver a casa. Honorino trasteaba por la cocina de leña y por la panera, preparando provisiones para el retorno en una caja de cartón: chorizos que quedaban del último sanmartín, la mayoría de sabadiego, manzanas de la pomarada, fragantes y dulces, castañas que habían recogido días atrás y muchas nueces. Lejos de la sensación de triunfo que se respiraba en la casa, con Merceditas loca de contenta, con la mirada que no era capaz de reconocer del todo en su hija Vanda y con Inés rezando todo el día por la suerte de sus hermanas, porque no hubieran caído en manos de los rojos y todas pudieran reunirse en torno a la madre superiora a no tardar, Honorino Santaclara tenía una amargura indefinible, como si de pronto el peso del mundo fuera imposible de soportar. Aunque le parecía increíble que así fuera, temía por su hijo, aunque nunca se hubiera significado. Y temía sobre todo por Onel, y desde luego, por Emilio, aunque su implicación afectiva era mucho menor con el hermano de Flora, que siempre le había parecido demasiado exaltado.

Gregorio tenía que llegar esa noche, y al día siguiente volverían a casa, pero no terminaba de aparecer y ya habían cenado. Gadea estaba ya en su cuarto leyendo uno de los viejos cuentos de Calleja que había sido de su padre cuando era pequeño y Valeria había salido al portalón para darle las sobras de la cena al perro. Se sentía tan feliz porque iba a volver a su casa que, convencida de que nadie la veía, comenzó a girar por la antojana, dando vueltas en una coreografía inventada a juego con el viento cálido de octubre, que dibujaba sombras móviles de las ramas de la higuera en el suelo. La

sobresaltó un ruido y, después de frenar en seco, vio a Onel refugiado en la oscuridad, que le pedía que se acercara.

—Tu padre no llegó todavía, ¿verdad?

Valeria negó con la cabeza.

—Tienes que hacerme un favor, y es muy importante, Valeria. Tienes que decirle que no puedo esperar, que me voy. Dile que estaré en este sitio que está aquí escrito y que por favor me consiga las medicinas y las cosas que están en la lista. —Onel puso en su mano un papel doblado en el que había apuntado algo a lápiz—. Es muy importante que se lo digas solo a él. ¿De acuerdo?

Valeria afirmó, también con la cabeza. Se sentía tan avergonzada de que la hubiera visto bailando que apenas podía pensar en nada más. Luego Onel le preguntó por Gadea, y le pidió que le dijera que bajara.

—¿Por qué no entras tú? Está en el cuarto y ya se ha puesto el camisón.

—Es mejor que no entre, que seguro que está Servanda por ahí. —Onel intentó hacer una mueca para hacerla reír, pero incluso Valeria se dio cuenta de que hacer una broma le costaba un gran esfuerzo.

No supo Valeria, en aquel momento, preocupada por su propia vergüenza y por evitar que Servanda saliera de casa y las viera allí hablando con Onel, que muchos años después seguiría recordando el modo en que este abrazó a Gadea, cómo la llenó de besos, de qué forma le dijo que no la olvidaría, y cómo a ella solo le dio uno y le recordó una vez más el encargo, que era importante y que se lo dijera solo a su padre. Que se iba con otros dos mozos de Nozaleda y que se marchaba porque lo estaban esperando. Lo que no iba a recordar, porque la memoria tiene un proceso de selección muy extravagante a la hora de decidir qué imágenes, qué momentos elige para que formen parte del equipaje biográfico que transportaremos a lo largo de nuestra existencia, tenía que ver con aquel confuso deseo de venganza, la rebeldía de no hacer lo que Onel le había pedido, qué demonios, que se lo hubiera pedido a Gadea, que para eso le dio muchos más besos y había dejado claro siempre que la quería más, pero, claro, para eso no, para hacer las cosas, Gadea no servía, las tareas tenía que hacerlas ella, la pequeña solo para las risas y para las carantoñas...

—Pues hala, ¡a *camín*!

Y con aquella expresión, inhabitual en ella, Valeria se dio cuenta de que, para su desgracia, Nozaleda le había calado más hondo de lo que hubiera podido imaginar.

Afortunadamente, a Gregorio, cuando lo pararon cerca ya de Nozaleda, no le registraron el coche. Se le había ido el tiempo tratando de recoger algunas cosas que se le ocurría que pudieran ser de utilidad para el tiempo en que Onel estuviera fuera de la circulación, escondido por el monte, y quién sabía si en alguna partida de las que ya se decía que se iban a formar o se estaban formando para continuar la guerra. Eran cuatro, con el característico mono de Falange y los correajes impolutos. Seguramente habían permanecido ocultos durante los meses de la guerra, alimentando un resentimiento que, con la victoria a punto de proclamarse, reclamaba su espacio. Le dieron el alto colocándose en mitad de la carretera y llevaban fusiles. Aunque él no los había visto en su vida, alguno de ellos sí sabía quién era él.

—Hombre, el médico.

Procuró mantenerse tranquilo y respondió con un buenas noches, destinado a ganar tiempo y a evitar que se le notara el miedo que estaba empezando a sentir. No se atrevía a preguntar si había algún problema, o un más directo qué cojones queréis, y permaneció en silencio mientras lo miraban y le pedían la cédula de identificación. Ni siquiera se molestó en preguntar a santo de qué y quiénes eran ellos para pedírsela, pero el más joven, que parecía leer sus pensamientos, se lo aclaró.

—Mire, señor médico. Las cosas van a cambiar mucho desde ahora mismo. Aquí se acabó la fiesta.

El más viejo miró alternativamente la cara de Gregorio y la cédula de identificación.

—Cuidao con esti, que ye un Santaclara.

—Sí, hombre. Será un Santaclara, pero que yo sepa este es amigo del maricón ese que canta en el Setién..

—Huy. A ver si va a ser maricón también. —Eso parecía haberles hecho mucha gracia, pero uno de ellos enseguida los llamó al orden.

—Ni hablar, no digáis tonterías. A este ni tocarle un pelo, que la mujer es del grupo de mujeres de la Hidalga. De la sección femenina. Ojito, os digo.

Y luego, dirigiéndose a Gregorio:

—Puede usted seguir, caballero. Buenas noches y buen viaje. Y tenga cuidado, que esto está infestao de bandoleros.

—De putos rojos.

No había duda. Todo estaba perdido.

Valeria escuchó el motor del coche de su padre antes de pararse, el ruido de la portezuela al cerrarse, los pasos de su padre en la antojana, la voz queda del abuelo, que lo aguardaba. Oyó cómo su padre contaba algo confuso acerca de unos de Falange que le habían echado el alto, oyó el ruido de cubiertos y la conversación en susurros, porque salvo Honorino ya todo el mundo dormía en la casa. Oyó el crujido de los escalones de madera cuando su padre y su abuelo subían a dormir, se hizo la dormida cuando el primero abrió la puerta de su dormitorio, las miró y volvió a cerrarla muy despacio.

Ese había sido el momento. En ese momento tenía que haberse incorporado, tenía que haberle dicho bajito a su padre que Onel había estado allí, que tenía un recado para él. Pero no lo hizo. Primero, porque seguía enfadada con el trato tan injusto que había tenido con ella, y luego porque pensó que tampoco pasaba nada, que ya se lo diría al día siguiente.

Pero al día siguiente, cuando se despertó después de una noche en que le había costado conciliar el sueño (sus propios pensamientos, la rabia de sentirse injustamente tratada y el agitado sueño de Gadea, que se traducían en toda clase de patadas), resultó que su padre se había marchado muy temprano. Por lo visto tenía que visitar a uno de sus pacientes, al que había dejado el día anterior en muy malas condiciones, y luego iría a buscarlas para volver a Gijón. Esto a Valeria la sumió en un estado de agitación interior y, por primera vez, la sensación de culpabilidad, el remordimiento de conciencia del que tanto hablaban las monjas, se le instaló sin remedio, de forma que su progresivo avance, como una marea subiendo, invadía los territorios donde

debía estar reinando la alegría de volver a casa, la alegría del final de la guerra. La alegría.

Mordisqueaba las sopas de leche que les hacía Servanda cada mañana, y finalmente se decidió a hablar con su tía Inés: siempre era tan dulce y tan amable, y parecía estar tan cerca de Dios, que Valeria tenía la extravagante idea de que si se lo contaba a ella, tal vez el Señor le perdonaría aquel pecado sin necesidad de tener que pasar por el trámite de confesarse. Y lo cierto es que Inés no le dio mucha importancia, la disculpó diciendo que claro, que su padre había llegado muy tarde y que ella ya estaría durmiéndose y que no se preocupara, que ya se lo diría, pero luego, cuando Inés, como de costumbre, fue a confesarse con su tío Clemenciano, algo que hacía cada día, como si pasara a limpio todos y cada uno de los pensamientos y acciones de la jornada, lo que al cura le producía un soberano aburrimiento, justo cuando iba a pronunciar la fórmula habitual en la que solicitaba la absolución, cayó en la cuenta de que se le había quedado algo por decir.

—Tengo una duda... Si una persona tiene una información acerca de alguien, de un, digamos, enemigo de Dios y de la Santa Madre Iglesia ¿debería decirlo?

Las antenas de Clemenciano Santaclara, adormecidas por la copita de orujo que se tomaba por las mañanas después del café, se elevaron instintivamente, escuchó y luego lamentó profundamente que esa información le hubiera llegado como secreto de confesión. Bastantes problemas tenía ya su conciencia, y ahora aquella duda. Le esperaban tiempos de zozobra, y quién sabe si de naufragio.

No fue necesario que le diera demasiadas vueltas, que se planteara como un dilema de graves implicaciones morales la delación o no del escondite de Onel y, con él, de otros dos milicianos del pueblo. Una parte de sí mismo le recomendaba dejarlo pasar, al fin y al cabo a aquellos niños les había dado la comunión y, aunque luego hubieran tomado decisiones equivocadas y hubieran abrazado una ideología asesina... y sus madres eran feligresas suyas. Sus padres no, iban poco a la iglesia, pero las madres... Y en cuanto a Onel... era un elemento peligroso, un miembro muy activo, una pieza importante en aquella locura, aquel desorden en que se había convertido la convivencia.

Formaba parte del aparato de la violencia y la guerra. Y recordaba la conversación con su antiguo compañero de seminario, aquello de que Dios le concedería la oportunidad de arrancar las malas hierbas que podrían entorpecer aquel futuro que empezaba a amanecer.

Pero estaba el secreto de confesión. Y otra vez empezaba aquel remolino de pensamientos, otra vez deambulando por un laberinto sin salida, otra vez el vértigo.

No fue necesario, sin embargo, que le dedicara mucho tiempo a desenredar aquel nudo que se le había hecho en el cerebro. Inés, que demostró ser una persona no muy fiable a la hora de guardar secretos, tardó menos de una mañana, cuando ya Valeria y su familia se habían marchado a Gijón y de pronto la casa se había convertido en un hueco silencioso, en contarle a Servanda lo que sabía de Onel. Lo hizo sin ningún tipo de ceremonia, como quien comenta que ha amanecido un poco nublado o que ya han madurado los membrillos. Después de la confesión, en que Clemenciano Santaclara había insistido (un soplo de inspiración divina así se lo había aconsejado, con la secreta esperanza de que su sobrina dejara de considerar información confidencial aquel dato y eso permitiera que alguien más pudiera utilizarlo) en la poca trascendencia del asunto, a ella se le había olvidado la angustia con que Valeria se lo había contado, y había entrado a formar parte del capítulo de las conversaciones triviales.

Pero, naturalmente, a Servanda le faltó tiempo para informar de ello: se lo había dicho a Genarón, que orgullosamente había sacado ya el uniforme de falangista, que había guardado en lo más recóndito del pajar durante meses, y a este le crecieron alas en los pies, calzados con aquellas botas lustradas que tan importante le hacían sentir, a él, que no sabía calzar otra cosa que alpargatas en verano y madreñas en invierno, para ir con el cuento y organizar la captura de Onel, convencido de que era una pieza a cobrar que le colocaría en un puesto visible a los ojos de los dirigentes del partido en Gijón.

Los cadáveres estaban irreconocibles. A simple vista no se sabía si tenían impactos de bala, porque estaban calcinados y nadie se iba a molestar en hacer una autopsia. Aquellas tres muertes inauguraron el tiempo de la victoria en la zona y dejaron a los habitantes de Nozaleda mudos durante mucho tiempo. Hablar se convirtió en una actividad de riesgo, y el miedo en el compañero inseparable de los días, en una niebla que desdibujaba los contornos de las personas y arrebatava las palabras y las sonrisas.

Habían dejado los tres cadáveres en el suelo, en el campo de la iglesia. A dos de ellos (Ramonín y Celedonio) los identificaron sus familiares por detalles que el fuego había respetado, un mechero y una cadena con una medalla de la Virgen de Covadonga. El otro fue identificado como Onel, y aunque alguien habló de avisar a su hermana Camila, se supo que, gracias al puesto que su marido tenía en el ayuntamiento, habían conseguido una plaza en uno de los barcos que habían emprendido el rumbo a Francia aquella misma tarde. Así que los tres terminaron enterrados en una fosa en la parte exterior del cementerio.

A Onel solo lo lloraron, junto a la fosa, las mujeres que tantas tardes habían compartido con Flora, que habían oído su risa y sus bromas, y aunque eran muchos los que guardaban un recuerdo feliz de su presencia, empezaban a saber que, con los tiempos que venían, mejor mantenerse al margen de cualquier posibilidad de ser señalados. Solo Honorino Santaclara, con un dolor profundo en el fondo del pecho, se acercó a la tierra removida y, sentándose en el muro de piedra, lloró con amargura por tanta sinrazón. Lloró

por adelantado el dolor de su propio hijo cuando se lo dijera. Había querido evitarle la visión del cuerpo calcinado de su amigo, su hermano del alma. Y con aquella congoja insoportable, entendió de pronto qué grande era el amor de aquellos dos hombres.

No se cruzan medio mundo y un océano infinito, con los bolsillos llenos de culpa y los ojos saturados de urgencia, para llegar tarde. No se acaricia la promesa de un encuentro que primero fue un dedo trazando itinerarios en un viejo mapa y una nostalgia de lo nunca tenido creciendo y ocupando la geografía de los sueños, para no encontrar otra respuesta que la ausencia.

Ya hacía una semana que los nacionales habían entrado en la ciudad y, en medio de una desbandada presidida por el espanto, de los unos, y un repentino fervor patriótico generalizado y una inquebrantable adhesión al nuevo régimen, de la visible mayoría, Cachita Lavín y su marido llegaron a Gijón en un estado muy distinto a como habían imaginado. Aurelio Varela venía roto por el dolor con que una lumbalgia le había castigado desde que pasaron Mondoñedo, y que no había hecho más que crecer espantosamente con las irregularidades del firme de la calzada. Cachita llegaba descompuesta: después de tanto esperar y de tanto acariciar un sueño, el del reencuentro, una vez que pisó suelo gijonés, sintió que lo mejor sería darse la vuelta y olvidarse de ello, que había apostado toda su vida a un error, y que qué locura estar allí. Para colmo, ver a Aurelio doblado de dolor no hacía otra cosa que confirmarle que aquello que había convertido en eje de su existencia era una auténtica equivocación.

Así que, encorvado uno, y hecha un verdadero lío la otra, ocuparon su dormitorio en un hotel situado entre el muelle y el ayuntamiento. El director, que combinaba la amabilidad extrema con una sombra de tristeza que se extendía por su rostro como una marea, y que Cachita no tuvo ningún problema

en deducir que sin duda alguna tenía que ver con la afición del hombre por el ron, o lo que quiera que se bebiera allí, les ofreció avisar a un médico para que visitara a Aurelio Varela y le ofreciera algún alivio para el dolor que lo aquejaba.

El médico resultó ser un personaje atolondrado, que miró con enorme extrañeza a Cachita y abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo antes de cruzar, con el director del hotel, una mirada que no se le escapó a la mujer a pesar del enorme nerviosismo en que estaba sumida. Después de examinar la espalda de Aurelio, le recomendó fajarse y unas friegas con alcohol de romero, y que, sobre todo, guardara reposo en una superficie lo más lisa posible, para lo que recomendó al director allí presente que vieran el modo de colocar una tabla bajo el colchón de la cama.

Se imponía de nuevo la espera, y Cachita empezaba a sentir que todo era aproximarse, como decía la copla al *agua y no poderla bebé*. Así que, animada por Aurelio, que se sentía profundamente culpable por entorpecer una vez más con su salud el encuentro de Cachita con su hijo, le pidió al director del hotel que le facilitara un coche con chófer porque tenía que dirigirse a un pueblo cercano.

A Nozaleda.

Y otra vez el médico y el director se miraron. Como si confirmaran una sospecha.

No se aguarda una eternidad mientras se suceden los desastres y se viaja a un país en guerra, enarbolando la decisión inquebrantable como única bandera, para descubrir que donde debería haber un hijo, la muerte ha cavado una fosa.

La habían mirado con curiosidad cuando se bajó del coche, y luego con pena cuando dijo aquello de *Estoy buscando, no sé si ustedes sabrán decirme, a alguien que vivió en este pueblo, que tal vez vive aquí, se trata de don Nicanor Fernández y su hijo Onel.*

Y en aquel gesto de las dos mujeres que estaban sentadas al sol de la media tarde, prólogo del veranillo de san Martín, Cachita supo que no los iba a encontrar.

—Mejor le pregunta usted a don Clemenciano, el cura párroco.

Alguna vez había pensado que era muy probable que Canor estuviera muerto, pero entre las muchas opciones que barajaba como verosímiles en el encuentro con su hijo Onel, y que iban del abrazo infinito al desdén y el desprecio, pasando por todos los estados posibles con innumerables matices, nunca, nunca había considerado, ni siquiera por un instante, que lo que acariciaba con tantísimo mimo, lo que alentaba su existencia, lo que ocupaba el espacio de su sueño, fuera una tumba sin lápida en el exterior (*Aquí enterramos a los que mueren en pecado mortal y no están en situación de encontrarse con Dios Nuestro Señor*, había aclarado, solícito el cura) del cementerio.

No le había costado a don Clemenciano entender que aquella mujer que se había bajado del coche, muy cerca de la casa rectoral detrás de cuyos cristales observaba él, tenía que ver con Onel. La piel oscura, el pecado escrito en sus ojos negros, el cuerpo que guardaba bajo la ropa la memoria fácilmente legible del vicio en cualquiera de sus formas. El mal viaja en la sangre, pensó Clemenciano Santaclara, y mientras se preparaba para asestarle la puñalada mortal que sus palabras y la evidencia de la muerte de Onel supondrían en su corazón, sintió, por primera vez en su vida, algo que se parecía a una duda.

Por eso, porque lo estaba invadiendo el pánico, porque los ojos de aquella mujer venida del otro lado del mundo, con quién sabe qué equipaje de dolor a sus espaldas, le estaban removiendo una inexplorada zona de su conciencia, y por primera vez se le tambaleaban las certezas y pensaba que tal vez había que concederle una oportunidad a la existencia de otros puntos de vista, que había que fijar un poco menos la mirada en un solo punto, salirse un poco para mirar el cuadro al completo, y ese pensamiento, que ponía en jaque todo lo que era, lo que había sido, los principios que habían regido su existencia, le daba tanto miedo, porque era como perder pie, como si en el suelo se abriera un abismo y en cualquier momento pudiera tragarlo, así que mejor agarrarse como fuera a las palabras sabidas, a las ideas repetidas, mejor refugiarse en los argumentos de que quien mal anda, mal acaba, de que tal vez era irremediable la muerte de Onel como epílogo de una vida en la que tanto daño había hecho a la Iglesia, tantas ofensas a Dios Nuestro Señor, pero hablaba y no podía quitar los ojos del rostro de aquella mujer, no podía evitar sentir un latido, el del cuerpo

presentido, rotundo y evidente, bajo el tejido caro de aquel abrigo tan elegante, y se preguntaba cómo era aquello, cómo podía ser que hubiera permanecido impassible cuando decía frases de consuelo a padres que habían perdido a sus hijos, a mujeres que se habían quedado viudas, a huérfanos, todos ellos desolados, todos ellos con su confianza puesta en un Dios al que él acudía como remedio de todos los males, con palabras tan vacías, tan repetidas, sin conmoverse, y fuera allí, en aquella tarde de principios de noviembre, bajo el sol de un otoño que marcaba la victoria sobre el mal, cuando todas sus certezas se despeñaran, cuando su corazón pudiera estremecerse frente a aquella mujer que venía del otro lado del mar.

Y entonces, como en un último y desesperado intento, le vino a la mente que era ella: ella era la mujer que venía del mar, la que, con su canto, con su tentadora presencia, provocaba todos los naufragios, la que traía la muerte.

Cachita Lavín miraba a don Clemenciano con una mezcla de asco y desesperación. No podía creer que lo que le estuviera diciendo fuera verdad. Cómo iba a estar muerto su hijo, cómo era posible que nadie del otro lado de la vida la hubiera avisado en sueños, que ni un solo presagio, ni la más mínima sospecha, hubiera germinado en su corazón. Una madre sabe, sabe siempre. Y aquel cura (cómo los había odiado ella siempre) hablaba y hablaba sin parar, trastabillando, instalado en algo que se parecía a la jactancia, su propia satisfacción (¿le parecía a ella o aquel grandísimo hijo de la gran puta se estaba inculcando de la muerte de Onel? ¿Le estaba diciendo que lo había delatado él como un favor que le había hecho a la humanidad, a la nueva patria que alumbraba el glorioso alzamiento? ¿Le estaba queriendo decir eso?),

la muerte ha cavado una fosa y quien la ha propiciado, cómplice del desvarío general, la mira con el desprecio de quien se sabe dueño de certezas, vidas y destinos y las gobierna sin que la piedad encuentre una fisura para mirar la noche sin siquiera posibilidad de redentora lluvia, en los ojos de quien espera y escucha, y no puede entender que el final de ese viaje turbulento solo sea la burla cruel de la fatalidad más asesina.

... y de ahí, basculaba a una confusión desconocida, a la pérdida de equilibrio, como si también él, a saber por qué razón, estuviera siendo devastado por dentro por un tsunami, por un temporal de dimensiones

descomunales, por la confusión entre su propia conciencia y otra fuerza que no podía combatir, que iba a matarlo...

Cómo no sentirse atravesada por un odio desconocido, por una ira tan feroz como hermética, que avanza, que sale de su corazón condenado ya a pudrirse de dolor, y sin manos, sin armas, heredera de quién sabe qué magias remotas, asfixia al hombre, que se echa las manos al cuello, que pone los ojos en blanco, que boquea sin poder pedir más auxilio que el que el miedo dibuja en su rostro, que se ha convertido en un grito sordo, hacia dentro, el mismo que termina por ahogarlo, el mismo que lo derriba y, en el suelo, agonizante ya, no tiene más amparo que el desdén de ella,

... y supo que le estaba dando un ataque, que el corazón se le estaba rompiendo, y que allí iba a entregar su más bien miserable (ahora la veía así, iluminado por un fugaz relámpago de lucidez) vida al Altísimo, y le quedó el tiempo justo para arrepentirse de todo, de su vida entera, de la mentira absurda en la que había vivido, de no haber conocido más amor al prójimo que el de las palabras gastadas que nada decían, de no haber querido a nadie, de no haber sabido aprender nada de lo que la vida le había puesto delante de los ojos, de despreciar la belleza, de abrazarse al deber como único designio y, mientras cerraba lentamente los ojos y sentía que el hilo que lo amarraba a la existencia se deslizaba entre sus dedos, acertó a oír el ruido de los tacones de la mujer, que se alejaba, y a ver cómo a su paso dejaban las huellas de unos pies mojados, unos charquitos diminutos de agua en los que bailaba la risa de un niño de rizos.

Un niño feliz.

Epílogo

GIJÓN, 1959

Gregorio Santaclara terminó de romper en pedacitos las cuartillas que había escrito durante largas horas. Si había pasado los últimos años con la duda acerca de qué era lo correcto, movido tantas veces a hablar con Gadea en el tiempo que ambos compartían en la consulta, solo después de ver escrito todo lo que había pensado en decirle comprendió que había cosas que era mejor que definitivamente se quedaran en sus días.

Ser dueño de un secreto es agotador. Mantenerlo a medida que pasan los años acaba con las resistencias, te coloca en multitud de ocasiones en el disparadero, en la tentación de decir algo, analizando permanentemente las consecuencias: cuánto de felicidad, cuánto de conflicto, cuánto de peligro.

Cuando enfermó y supo que aquello no tenía ya remedio, las dudas fueron mayores aún. Y entonces escribió la carta para Gadea, la que acababa de romper, para que ella supiera. Porque era la única que tenía derecho a saber.

Si le había dicho algún tiempo atrás cuál era su origen, quién había sido su padre, qué menos que también supiera lo que de verdad había pasado. El secreto.

Por eso había escrito detalladamente lo sucedido desde la noche en que Onel la abrazó y se despidió de ella y emprendió la huida.

Con luna llena, que era la que le gustaba a Onel, que siempre hablaba de

su influencia en todo lo que ocurría. Nada malo pasa cuando hay luna llena, decía, aunque sabía de sobra que no era cierto. Habían salido de Nozaleda los tres, amparándose en las sombras, y antes de llegar a la cabaña donde iban a refugiarse se les había unido un miliciano que, como ellos, quería unirse a otros muchos que estaban tratando de agruparse en la partida de Ferla. Habían quedado en que aguardarían en la cabaña hasta que llegara Gregorio con los encargos que le había hecho: medicinas, un par de mantas, vendas y desinfectantes. Mientras esperaban, había sido Emilio Mateo, más *gatu* que nunca, el que había aparecido por un ventanuco.

—Anda que... menudos vigilantes estáis hechos. A vosotros os pillan los falangistas sin que os enteréis. Que, por cierto, por ahí andan. Han aparecido como si fueran setas. Centenares.

Al principio Onel creyó que traía el encargo de Gregorio, y se sintió un tanto decepcionado. Necesitaba verlo y abrazarlo con la sospecha de que podía ser la última vez. Pero no era así. Emilio venía a llevarse a Onel consigo.

Llevaba mucho tiempo pensando en ello. No quería la vida de fugado para Onel. Se lo debía a Canor, que había sido la generosidad pura, se lo debía a su hermana Flora, que quería a Onel como si fuera su hijo. Naturalmente, tampoco quería que se entregara, porque aunque en ese momento nadie, ni él siquiera, imaginaba cómo iba a ser de terrible la represión, le bastaba el recuerdo de su estancia en la cárcel, de las torturas y el sufrimiento para que la idea de obedecer aquella publicidad del nuevo régimen que tranquilizaba con frases como «Nada ha de temer el que no tenga sus manos manchadas de sangre, de la magnanimidad del Caudillo» para animar a que se entregara el mayor número posible de vencidos le produjera espanto.

Tenía otro plan, pero tampoco podía decírselo a Onel allí porque no iba a querer. Se negaría en redondo, se refugiaría en la insobornable dignidad, en el compromiso adquirido... Así que solo podía llevárselo consigo si empleaba la astucia.

Así que, con gravedad, le habló de que Gregorio había sido herido por un grupo de falangistas. En realidad le había servido de inspiración observar desde detrás de unos matos, preparado para lanzarse pegando tiros si la cosa

se ponía fea, cómo el coche de Gregorio había sido interceptado por un grupo mientras él recorría las inmediaciones de Nozaleda por si Onel todavía no había acudido al punto que habían marcado. Le dijo que estaba muy mal y que quería verlo antes de morir, que era su último deseo. Él mismo, pronunciando aquellas palabras, que parecían sacadas de alguna de las tontas canciones que Onel cantaba en el Setién, no podía evitar sentirse muy ridículo, pero se consolaba pensando que probablemente daría resultado y conseguiría sacarlo de allí y llevárselo consigo.

Onel se despidió de sus tres compañeros prometiéndoles traer las medicinas y el resto del equipamiento necesario en unas horas, y, con la complicidad de la noche y la destreza de Emilio para moverse en las sombras, llegaron al hotel de Liborio, donde habían dispuesto todo.

Le había descrito a Gadea cómo le contaron después que Onel se había enfadado por lo que entendía una miserable engañifa para alejarlo de su intención de echarse al monte. Hubo que hacerlo callar y sujetarlo hasta que le hicieron entender que la buena noticia era que Gregorio estaba perfectamente y no se iba a morir, y que él tampoco, porque ya se encargarían Liborio y Sefa de que no fuera así.

Nunca habían utilizado un curioso sistema que habían instalado cuando Liborio se hizo cargo del hotel y Sefa Quintana de la casa lindante. Tenían una puerta discreta que habían hecho a espaldas de la legislación vigente, pero también, previendo que la actividad del burdel pudiera colocar a algunos clientes prominentes en una situación complicada, habían ideado que en la pared que compartían y separaba los dos establecimientos se hicieran sendos armarios empotrados, y entre los dos, en su hueco interno, un espacio, poco más que para ocultar a un hombre, que además permitía el paso de uno a otro apartando con cuidado el revestimiento de madera del lateral interior de los armarios. Los dos armarios estaban destinados a ropa blanca perfectamente ordenada, pero uno de los cuerpos, el que limitaba con el hueco destinado a escondite, podía girarse y abrir paso, volviendo a su posición normal de ropa perfectamente doblada, planchada y ordenada.

A Gregorio le dejaron creer que Onel había muerto cuando llegó la noticia de que los tres fugados habían sido descubiertos y cosidos a tiros y de cómo

uno de los falangistas que les habían dado caza había convencido a los demás de que era una buena idea quemar la cabaña y dejar que los cuerpos se carbonizaran, adelantarles el infierno, dijo, con la estúpida creencia, además, de que llevar al pueblo unos cuerpos totalmente calcinados serviría de mayor escarmiento a los que tuvieran cualquier intención de no someterse al nuevo régimen.

Liborio y Sefa Quintana lo habían acompañado a Nozaleda, donde era conveniente que los vieran apenados frente a la fosa donde el día anterior habían dado sepultura a los tres cuerpos, y solo cuando volvieron a Gijón abandonaron aquel rictus de tristeza impostada que habían mantenido tanto para Gregorio como para el resto y le dijeron que tenía que acompañarlos al hotel, y que viera lo que viera, no debía sorprenderse.

Le habría gustado ver la cara de Gadea cuando supiera cómo había sido aquel abrazo, la locura de ver el rostro de Onel apareciendo tras los estantes de la ropa blanca del armario.

También le había contado la llegada de una pareja extraña unos días más tarde al hotel, cómo había sido llamado por Liborio para atender al caballero, cómo se le había parado el corazón cuando vio a Onel en el rostro de la mujer que lo acompañaba, cómo supieron que se trataba de la madre de Onel, que permanecía escondido en el cuarto de la ropa, preparado para ocultarse en el armario al más mínimo ruido, y su decisión de no decirle nada ni a la una ni al otro, ante el riesgo de que todo el plan se echara a perder. En aquel momento echaban de menos no contar ya con la opinión de Emilio, que se había ido la misma noche que dejó a Onel a su cargo para unirse a la partida de Bóger, pero creían que seguramente secundaría su decisión de no decir nada.

En su cálculo no entraba el corazón de Sefa Quintana. Cuando vio llegar a Cachita de su viaje a la nada en Nozaleda, con tanta muerte en la mirada (la tumba de Canor, la fosa donde estaba el cuerpo de su hijo), supo de inmediato lo que le había ocurrido y se acercó a ofrecerle algo para beber. Cachita solo quería llegar a su habitación y llorar náufraga en los brazos de Aurelio aquel dolor que aún no terminaba de doler del todo, como si algún tipo de ángel la protegiera de la aniquilación que suponía la realidad de lo que le estaba sucediendo.

—Usted no se apure, señora, y no llore. Acuérdesse de que justo antes de amanecer *ye cuando el cielo tá más escuru*.

Gregorio recordaba el modo en que Sefa Quintana había entrado en el despacho de Liborio, en el que estaban ambos todavía digiriendo el hecho de que hubiera aparecido la madre de Onel, y así se lo había contado a Gadea en aquella carta cuyos diminutos trozos seguían en la papelera...

—*Podeis ponevos pates parriba o pates pabajo*. Lo mismo me da. Pero a esta *muyer no me la tener* en la ignorancia, *faceime* el favor. Yo voy a *deciillo* ahora mismo.

Y salió del despacho para buscarla. Lo que no podía contarle Gregorio a Gadea, porque eso se había quedado para las dos, aunque era fácil adivinar cómo se habría producido la escena, había sido el reconocimiento de la una en la otra, la hermandad que suponía compartir la misma pena, la misma culpabilidad, las noches en las que la memoria las había acercado por igual al abismo, el dolor.

—Una de las dos —le dijo Sefa, esforzándose por evitar las palabras en asturiano— va a salir ahora mismo de la pesadilla. Y la otra va a sentir tanta felicidad por eso como si le estuviera ocurriendo a ella misma.

Gregorio había escrito imaginándose a Gadea con los ojos muy abiertos, preguntándole qué había ocurrido después, y había escrito unas líneas muy breves contándole la alegría de Onel, las lágrimas inacabables de aquel abrazo, los planes para facilitar la huida, el baúl, que ya había tenido otros usos, para trasladarlo hasta el barco, cómo Liborio había conseguido documentación de excelente calidad sufragada por Aurelio Varela, que estaba tan agradecido que no sabía cómo pagarles la felicidad de su mujer. También le habló de la despedida, aquella mezcla de alegría y de tristeza, del modo en que los dos se decían que aquello no era para siempre, la promesa de reencuentro, *cuando todo esto pase*. Onel iba a estar un tiempo con su madre y con Aurelio en Galicia, pero, los dos lo sabían, la salud de Aurelio era frágil y, con el tiempo, volverían a Cuba para hacerse cargo de las empresas. Tal vez allí, se decían. Tal vez una vida allí, los dos. Con Gadea. De momento, Onel había muerto en Nozaleda, y así había de seguir siendo, y por eso el silencio entonces, y también después, cuando la segunda muerte, la de verdad, cuando

llegó la carta escrita con letra temblorosa por Cachita Lavín para contarle, para hacerle saber que Onel había fallecido en un estúpido accidente cuando se acercaba a las oficinas de la naviera para comprar el billete que lo traería de vuelta, y entonces se acabó aquella felicidad secreta, la alegría extrañamente dolorosa que había sentido hasta ese instante, la esperanza de otra vida al otro lado del océano, sabiendo que renunciar a la presencia de Onel se traducía en saber que estaba bien. Qué sensación de estafa, a pesar de todo, entonces, qué tristeza masticada en silencio mientras escuchaba las tonterías de Mercedes, mientras el régimen convertía a su hija Valeria en una de las suyas, mientras Gadea, *nuestra hija*, crecía sin saber.

Cuando escribió esto último, a Gregorio se le había puesto un nudo en la garganta, y había decidido que era mejor callar. Gadea tenía derecho a saber, pero tal vez no todo. Así que había roto las cuartillas, había abierto con el llavín el cajón donde guardaba las cartas y había seleccionado algunas que podría dejarle a su hija. Había eliminado otras de carácter más personal y la carta de Cachita festoneada en negro luto donde le comunicaba la muerte. Y con gran dolor, con un dolor infinito, había terminado por romper la única postal que había recibido de Onel, tiempo después de su partida, en un sobre con un remite de una ficticia empresa de suministros farmacéuticos, una imagen de La Habana con palmeras.

Sacó su mechero y se dijo una vez más que, con lo poco que le quedaba de vida, iba a seguir fumando, y quemó los trozos de papel en la papelera. Lo último que se quemó fue la postal, y la caricia del fuego avanzando por el papel le permitió leer por última vez las palabras que se sabía de memoria:

Querido doctor: No he vuelto a tener aquello que me pasaba justo antes de dormirme y que tanto miedo me daba, pero ahora todas las noches naufrago recordándote.

FIN

Gijón, 10 de octubre de 2017

Agradecimientos

Mientras escribía esta novela contraí deudas de gratitud, por si ya no tuviera suficientes, con un montón de gente que me prestó su apoyo, su comprensión y su ánimo, que respondieron a cuestiones que parecían absurdas, que me encontraron un dato con el que yo no era capaz de dar, que leyeron y analizaron fragmentos que me hacían dudar, que estuvieron a mi lado y me sostuvieron incluso sin tener la más remota idea de cuánto me ayudaban.

Sus nombres, aunque no aparezcan aquí, están en mi corazón.

Citaré, de todas formas, a toda mi familia con Memel y su infinita generosidad a la cabeza, al grupo de amigas brujas que me protege y acompaña desde hace tanto tiempo, a las chicas fika, sus risas y sus ánimos, al constante magisterio y presencia de Paco García, que espanta dudas a golpe de WhatsApp, a Rafa y a Lara, libreros mágicos y amigos imprescindibles, como también es Ana; a Diego, que se leyó y analizó con acierto y cariño el original en un tiempo récord, a María Jesús y Maruja (a su memoria), que me dedicaron su tiempo para hablarme de un Gijón y de una vida que ya no existe. Gracias también a mis sabios contactos de Facebook que discutieron animadamente a requerimiento mío acerca de la grafía más adecuada para una expresión de aquí, lo que nos llevó a concluir que nos hace una enorme falta un Diccionario del Uso del Asturiano y/o una Fundéu (o Fundau)... También, aunque ella no lo sepa, a Arantza Margolles, que es leer las cosas que cuenta (y tan bien) de las historias de la ciudad, que a mí me crecen sin parar novelas

en la cabeza...

Gracias a Nicole Witt, mi agente cómplice que me cuida siempre; a Anna Soldevila, editora y amiga; a las eficientes Albas; al atentísimo Juan Vera, y a Juan Carlos, que aún no lo sabe cuando escribo esto, pero por fin va a hacerme la foto para la solapa...

Gracias, sobre todo, a todos los lectores y sus miradas sobre las páginas de mis novelas. Por su generosidad cuando comparten conmigo las emociones que les suscitan. A todos los clubes de lectura que me han permitido ese privilegio de recibir el eco de lo que una escribe en soledad, y a quienes los dirigen. A bibliotecarios, librereros, periodistas, blogueros. Me han hecho sentir siempre tan querida que toda gratitud es poca.

En los días de dudas y en los de euforia ha estado siempre ahí el Cantábrico poniendo la banda sonora de sus olas a las palabras. Contemplándolo a diario, he aprendido mucho del arte de naufragar. Y de sobrevivir a los naufragios.

Todos los naufragios
Laura Castañón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Laura Castañón, 2019

Publicado por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt, Alemania

© de la imagen de la cubierta, Sofia Bonnati

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-233-5591-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdellibre.com


¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



 Todos los
naufragios **Laura**
Castañón



DESTINO